Philipp Blom

La fractura

Vida y cultura en Occidente 1918-1938

ANAGRAMA
Colección Argumentos

Philipp Blom

La fractura

Vida y cultura en Occidente 1918-1938

ANAGRAMA
Colección Argumentos

Índice

Portada
Lista de ilustraciones
Introducción: 1.567 días
Primera parte. Después de la Primera Guerra Mundial
1918: Neurosis de guerra
1919: El golpe de Estado de un poeta
1920: Beber a escondidas
1921: Adiós a la esperanza
1922: Harlem, el renacimiento
1923: Más allá de la Vía Láctea
1924: Mala conducta
1925: El juicio del mono
1926: Metrópolis
1927: Un palacio en llamas
1928: Boop-Boop-a-Doop!
Segunda parte. Antes de la Segunda Guerra Mundial
1929: La ciudad magnética
1930: Lili Elbe y El ángel azul
1931: Italia o la anatomía del amor
1932: Golodomor
1933: El pogromo de la inteligencia
1934: Gracias, Jeeves
1935: Ruta 66
1936: Cuerpos hermosos
1937: La guerra dentro de la guerra
1938: Epílogo: «Abide with Me»
Agradecimientos
Bibliografía
Créditos
Notas

Para Manfred, Peter y Tanja,
y en memoria de Jon, poeta, profesor y amigo

Dios ha muerto. Un mundo se ha derrumbado. Soy dinamita. La historia del mundo se ha partido en dos mitades. Hay un tiempo delante de mí. Y un tiempo después de mí. Religión, ciencia, moral..., fenómenos cuyo origen es el miedo de los pueblos primitivos. Una época se derrumba. Se derrumba una cultura milenaria. [...] El mundo se revela a sí mismo como una batalla ciega de fuerzas desencadenadas.

El hombre perdió su rostro celestial, se convirtió en materia, en conglomerado, en animal, un producto demente de pensamientos que se retuercen de manera abrupta e insuficiente. [...] Y otro elemento, destructivo y amenazante, colisionó con la búsqueda desesperada de un nuevo orden en las ruinas del mundo pasado: la cultura de masas en la metrópolis moderna. Complejos son los pensamientos y las sensaciones que asaltan el cerebro; sinfónicos los sentimientos. Se crearon máquinas que ocuparon el lugar de los individuos. [...] Un mundo de demonios abstractos devoró la expresión individual, se tragó los rostros de los individuos en máscaras altas como torres, engulló la expresión personal, privó de sus nombres a las cosas, destruyó el ego y agitó océanos de sentimientos hundidos.

HUGO BALL, «Kandinsky», 1917*

LISTA DE ILUSTRACIONES

Horror sin nombre
Gabriele d'Annunzio
Los Hellfighters de Harlem
El Ku Klux Klan
Berlín
Veterano de guerra alemán
Anna Ajmátova
Escena callejera en Harlem
W. E. B. Du Bois
Josephine Baker
Franz Kafka
Ballet mécanique. Película experimental, 1924
Clarence Darrow y William Jennings Bryan
El «varón norteamericano medio»
Metrópolis, fotograma
Fritz Kahn y los mecanismos del cuerpo humano
Charlie Chaplin en *Tiempos modernos*
Homo sovieticus: La visión de Dziga Vértov
París. La visión de Le Corbusier
Arde el Palacio de Justicia de Viena
Karl-Marx-Hof, Viena
Betty Boop
Magnitogorsk. Altos hornos
Marlene Dietrich en *El ángel azul*
August Sander. *Retrato de una secretaria en Colonia*
Michele Schirru
Hitler y Mussolini
Iósif Stalin con su hija Svetlana
Una víctima de la hambruna provocada por Stalin
Acción contra el espíritu antialemán
Ósip Mandelstam. Fotografía del NKVD

Esquiroles en Rhondda, Gales
Tormenta de polvo acercándose a un poblado
Dakota del Sur, 1936. Después de una tormenta de polvo
Retrato de una refugiada del Dust Bowl con sus hijos
Wolfgang Fürstner
Estatuas de atletas en el complejo deportivo de Dresde
Obrero y mujer de un koljós, de Vera Mújina
El vencedor. Obra del escultor alemán Arnold Breker
Batallas callejeras en Barcelona, 1936
El *Guernica* de Picasso

INTRODUCCIÓN: 1.567 DÍAS

El 10 de agosto de 1920, a las nueve y media de la mañana, Mamie Smith, cantante de treinta y siete años de edad, llegó con sus músicos a un estudio de grabación próximo a la neoyorquina Times Square. Apiñados alrededor de la enorme bocina de la grabadora, empezaron a improvisar «Crazy Blues», un tema compuesto para la ocasión. Lo tocaron y lo entonaron una y otra vez mientras iban fraseando y perfeccionando los arreglos. Más tarde, Perry Bradford, el pianista, recordó: «Cuando atacamos la introducción y Mamie empezó a cantar, sentí la emoción de mi vida al oír los gemidos de la corneta de Johnny Dunn y ese blues soñador, y a Dope Andrews, que hacía unas apoyaturas dobles muy sureñas con su trombón mientras Ernest Elliott reproducía un jive de clarinete y Leroy Parker, que ese día estaba inspirado, desgarraba el violín. Vamos, que fue demasiado para mí.»[1]

Como no podía ser de otra manera, ese blues hablaba de un amor no correspondido. Smith, con su potente voz de contralto, lo cantaba sin pulir, con una pena profunda, mientras, acompañándola, suspiraban y gemían clarinete, violín y trombón y los músicos se ponían a tono echándose al coleto tragos de ginebra de contrabando con zumo de zarzamora. Después de trece grabaciones y ocho horas de trabajo, los músicos se declararon satisfechos con el resultado. Estaban cansados y contentos, viviendo algo parecido a un trance colectivo. Despidieron el día comiendo carillas con arroz en el apartamento de Mamie.

Smith, que ya no vivía en el deprimido barrio de Cincinnati donde había crecido, supo hacerse un nombre en el teatro de vodevil de Harlem antes de empezar a actuar en bares y *speakeasies*, los famosos bares clandestinos de la época. Vivía al límite, pero tuvo su recompensa. Su voz, expresiva, oscura, dúctil, no tardó en agradar al público local, y al final hasta el gran sello Victor se interesó por grabar un disco con ella. No obstante, la productora acabó abandonando la idea; por motivos artísticos, seguramente, aunque es más probable que dejase el proyecto también por miedo. Smith era negra, y los clientes del Sur en particular habían advertido a las

discográficas que boicotearían sus productos si grababan a artistas negros e incluían sus nombres en los créditos. Al final fue una compañía más modesta, la OKeh Phonograph Company, la que decidió no amilanarse ante esas amenazas y dio una oportunidad a Mamie, que había grabado su primer blues, «That Thing Called Love», el día de San Valentín de 1920 con una banda formada por músicos exclusivamente blancos; podría decirse que fue una solución de compromiso. Hasta entonces ningún afroamericano había grabado un blues.

«That Thing Called Love» reportó beneficios interesantes a la discográfica, y cuando le ofrecieron a Mamie grabar un segundo disco, le permitieron hacerlo con su banda de siempre. Cuando se enteró, la cantante se puso a bailar de alegría. Esta vez, tras un largo día en el estudio, «Crazy Blues» quedó listo para imprimir y distribuir, y vendió setenta y cinco mil copias sólo en Harlem y en apenas un mes. En todos los Estados Unidos, las ventas pronto alcanzaron el millón de copias, un hecho histórico, y no sólo para un artista negro. Ese año sólo vendieron más el célebre Enrico Caruso y Al Jolson, con su gran éxito «Swanee».

Lo que convirtió el disco de Mamie Smith en algo tan fenomenal fue que «Crazy Blues» lo compraron tanto oyentes negros como blancos. Estaba ocurriendo algo nuevo. Los cantantes clásicos como el tenor Caruso y los cantantes melódicos profesionales como Jolson ya llevaban a la gente un repertorio más popular, pero siempre en forma tan lustrosa y bien arreglada como el pelo con brillantina de Jolson. A diferencia de ellos, Smith transmitía una emoción sin barniz. Toda una cultura reconoció su voz en la de la artista, pues ésta combinaba el pregón de un vendedor ambulante con la garra de una lavandera furiosa tras siglos de humillación, y, a la vez, el puro gusto por la vida de una joven. No era la primera vez que un cantante popular destacaba por esa frescura y espontaneidad, por supuesto, pero hasta entonces no se había grabado una interpretación como la de Mamie. La voz de los de abajo llegó a los elegantes salones de las clases media y alta, y fueron los jóvenes, en particular, quienes sintieron que también hablaba por ellos.

Mientras Mamie Smith disfrutaba de su personal oleada de éxitos como «Reina del Blues», otros artistas negros empezaron a difundir el atractivo del jazz dentro y fuera de los Estados Unidos. El jazz era muchísimo más que una melodía bailable. Era el hijo de la esclavitud, de los *speakeasies*, la

fuente de inspiración de la indecencia y la irresponsabilidad; era subversión acústica, la infiltración musical de vidas al límite, en los márgenes, hacia el centro de la sociedad. En Norteamérica, un grupo de jóvenes músicos negros –entre otros, Louis Armstrong, Jelly Roll Morton, Sidney Bechet, Bessie Smith y Duke Ellington– a menudo sólo podían actuar en clubs y bares ilegales o exclusivamente para negros. En cambio, en Europa, donde todavía coleteaba la pesadilla de la Primera Guerra Mundial, actuaban en las grandes capitales, donde los saludaban como a heraldos de una nueva época. En cierto modo, el jazz encarnaba todo lo que había cambiado y más; encarnaba el hecho de que ya nada era como antes de 1914.

Y llegó a ser la banda sonora de una época, una carga incendiaria lanzada al corazón de la sociedad, un ritmo tenso y sensual que socavaba el viejo orden. Hasta los nazis rindieron tributo a la fuerza de su mensaje, declarando una guerra cultural contra el «degenerado jazz de los negros»; asustados ante tan poderoso tirón, fueron incapaces, sin embargo, de reemplazarlo con nada que no fuese swing esterilizado, marchas militares y valses vieneses transformados en vehículos del sentimiento nacionalsocialista. Pero nunca se sintieron a salvo. Al parecer, el ritmo sincopado era una amenaza que acechaba en todas las esquinas.

En el centro de esa imagen de un mundo completamente nuevo, surgido tras la guerra, se encierra una paradoja. Como ya señalé en mi libro *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, el gran paso hacia la modernidad no se dio en las trincheras del frente occidental; antes bien, muchos de sus elementos ya estaban presentes bastante antes de 1914. La sociedad de masas, el consumismo, los medios de comunicación, la urbanización, las grandes industrias, las finanzas, el feminismo, el psicoanálisis, la teoría de la relatividad, el arte abstracto y la música atonal estaban ahí en los inicios de la guerra. Entonces, ¿por qué de repente el mundo pareció mucho más moderno? ¿Por qué es mucho más que una sola década lo que parece separar las modas, las costumbres y la moral entre, pongamos por caso, 1913 y 1923?

Es posible que esta paradoja aparente se resuelva con otra. La Primera Guerra Mundial suele considerarse una ruptura radical seguida de un nuevo comienzo, y la suposición de esa súbita ruptura parece explicar por qué el mundo se vio de una manera distinta después de 1918; pero, si nos detenemos a estudiar la época, nos sorprenderán, y más de una vez, las

grandes fuerzas de continuidad que se remontan a 1900, atraviesan los años de la guerra y se internan en el futuro.

En el epígrafe con que he encabezado este libro, el poeta alemán Hugo Ball pinta un escenario apocalíptico, un fin del mundo, la «batalla ciega de fuerzas desencadenadas». Ball escribió ese texto en 1917, y si bien su análisis poético parece corresponder al periodo de entreguerras, tras la supuesta ruptura de 1918, en realidad describía la vida de antes de 1914. Las áreas metropolitanas se habían convertido en campos de batalla de la modernidad apenas iniciado el siglo XX, y Ball pudo decir: «El mundo se transformó en un lugar monstruoso, siniestro, donde desaparecieron la relación de la razón con la convención, la vara de medir. [...] La teoría de los electrones provocó una extraña vibración en todas las superficies, líneas y formas.»[2]

El escenario casi bélico de la vida urbana que Ball evoca es asombrosamente similar a las descripciones que los soldados de la Gran Guerra enviaron desde el frente, un lugar infernal repleto de máquinas, de técnica, de amenazas constantes y de una individualidad aniquilada, un lugar en el que mandaban unos demonios abstractos. Ball mismo se había presentado voluntario al servicio militar, pero lo clasificaron no apto para el combate. Su única confrontación directa con la vida en el frente tuvo lugar cuando, a finales de 1914, fue a visitar a un amigo herido cerca de Lunéville. Lo que vio detrás de las líneas del frente lo impresionó hondamente, y, como queda claro en la conferencia que dio en Zúrich tres años más tarde, identificó la brecha existencial y la ruptura histórica con la «electricidad cosquilleante» de la modernidad y su más alta expresión, a saber, la fascinación y el peligro de la vida en la gran ciudad.[3]

Las nuevas máquinas, los inventos de la ciencia y los procesos industriales venían transformando la vida de los habitantes de las ciudades desde antes de 1914 y, en menor grado, también de los que vivían en las zonas rurales. Los habitantes de las aglomeraciones urbanas ya habían llegado a depender, para la vida cotidiana, del transporte público, de los artículos fabricados en serie, de alimentos importados de todos los rincones del mundo, del trabajo en fábricas y oficinas, de los periódicos, del cine y de los avances de la técnica (por ejemplo, los condones de caucho galvanizado, que facilitaban relaciones sexuales más rápidas y menos

arriesgadas). Las posibilidades técnicas cambiaron no sólo lo cotidiano, sino también la identidad de los que vivían de esa manera.

Las consecuencias sociales y las posibilidades que abrieron los cambios de la técnica comenzaron a transformar todos los aspectos de la vida. En menos de una generación se democratizaron ámbitos como el entretenimiento, la enseñanza y los viajes; las mujeres reclamaban igualdad de derechos y luchaban por ellos, y los trabajadores estaban cada vez más organizados y dispuestos a defender sus intereses desde los sindicatos y con huelgas. Para los de más abajo, la vida en la metrópolis era miserable, pero los que ya estaban un peldaño más arriba, los que tenían suficiente para comer y pagarse un techo, se beneficiaron del acceso a artículos y alimentos más baratos y tuvieron más posibilidades de aprender sobre otras gentes, lugares, culturas y puntos de vista, y de conocerlos personalmente también, aunque sólo fuera gracias a cortos cinematográficos, a fotografías mal reproducidas en los periódicos o a una excursión familiar de fin de semana en tren y en tercera clase.

El mundo había crecido; el mundo había pisado el acelerador. Relojes, cintas transportadoras, horarios de trenes, telegramas y teléfonos hacían más rápida la vida cotidiana; coches veloces, bicicletas, aviones y también trenes y barcos eran noticia todos los días, a medida que se batían a diario nuevos récords en una especie de competición entre la naturaleza y el ingenio mecánico del ser humano. Las máquinas llevaron las capacidades del hombre a límites que superaban los sueños de la mayoría.

El avance imparable de la historia también provocó profundas angustias. A nivel filosófico, escritores de diversas tendencias políticas, desde el fanático antisemita Otto Weininger, con su odio a sí mismo, hasta el humanista de izquierdas Émile Zola, subrayaron que la modernidad devoraba a sus hijos, que la vida en la gran ciudad capitalista, sin raíces, internacionalizada y fabricada en serie se tragaba la virtud y la dignidad. Como fenómeno sociológico, cabe destacar la reciente seguridad en sí mismos que experimentaron grupos hasta entonces privados de derechos, como las mujeres, los obreros y las víctimas de discriminación racial, que se rebelaron contra la exclusión. De las colonias de todas las grandes potencias llegó una oleada de agitación en favor de los derechos civiles y del orgullo nacional, que se expresó en protestas violentas y en actos de desobediencia civil; las mujeres irrumpieron con las campañas de las

sufragistas y el análisis penetrante de escritoras como Rosa Mayreder, que declararon obsoleta la masculinidad tradicional; y los trabajadores entraron en escena cada vez más comprometidos con la revolución, tanto en el plano ideológico como individual.

Ese revuelo social e intelectual dio lugar a multitud de reacciones, y las más importantes se registraron entre los hombres que veían amenazada su masculinidad por unos modelos de poder que comenzaban a cambiar y por una vida personal y profesional marcada por la velocidad y la inseguridad. A los que no podían manejar las nuevas exigencias los declaraban «neurasténicos» y los enviaban a hospitales psiquiátricos, para que se recuperasen apartados de las prisas constantes de la vida urbana. Otros buscaron refugio en los rituales de la masculinidad, como el culturismo y el culto a la salud y la buena forma física. Se pusieron de moda los uniformes y se celebraron más duelos que nunca, mientras en los periódicos, de Chicago a Berlín, unos discretos anuncios pedían a los lectores que se preguntasen si no padecían lo que dio en llamarse «debilidad masculina» secreta, o «agotamiento nervioso», y proponían tinturas y baños eléctricos que potenciaban la virilidad.

Por tanto, para muchos hombres el estallido de la guerra fue una oportunidad que saludaron como una vía que les permitiría dar la espalda a la vida urbana «afeminada» que minaba la virilidad y conquistar no sólo territorio enemigo, sino la hombría misma. Cuando los primeros entusiastas se presentaron voluntarios en Múnich y Manchester, en Linz y Lyon, resonaban en sus oídos sermones, lecciones y exhortaciones públicas que los instaban a seguir la noble llamada de la patria y a encontrar la muerte o la gloria en el campo del honor, donde se libraría un combate sagrado, bendecido por Dios, que enfrentaba al hombre contra el hombre, el sable contra el sable, el valor contra el valor. Para muchos, la guerra fue el remedio ideal contra la vida en un mundo moderno carente de alma.

El entusiasmo que caracterizó el estallido de la guerra en el verano de 1914, eso que en Alemania se llama simplemente la «experiencia de agosto», es uno de los factores que suelen citarse para retratar los años anteriores a 1914 como ingenuos y ávidos de guerra; y no cabe duda de que, en cierta medida, lo fueron, pero ésa sería solamente la mitad de la historia, una mitad contada y vuelta a contar cientos de veces hasta hace muy poco,

en parte porque encajaba en el relato de un emperador alemán belicista y una casta militar fuera de control que hundió a toda Europa en la miseria.

Las investigaciones recientes permiten ver un cuadro más matizado. Hubo entusiasmo, sin duda, y hay pruebas de sobra que lo demuestran, principalmente porque los más entusiastas –a menudo jóvenes de clase media– fueron precisamente los que más pruebas aportaron en forma de cartas, diarios, poemas y memorias. No obstante, esa imagen no tiene en cuenta la oposición a la guerra por parte de obreros y campesinos de todos los bandos (los primeros porque sus familias podían pasar hambre y porque veían la guerra como una maquinación capitalista; los segundos, porque sus tierras quedarían abandonadas) y hace caso omiso de las grandes manifestaciones pacifistas, por lo general de cuño socialista, que tuvieron lugar en París, Berlín y Londres, así como de las muchas voces que se declararon escandalizadas y predijeron un final catastrófico ya en una fecha tan temprana como agosto de 1914.

El entusiasmo del verano de 1914 se ha convertido en una de esas verdades históricas «recibidas», pero es una verdad que prefiere olvidar que, en gran medida, el mito de la «experiencia de agosto» fue una creación consciente y deliberada. Cuando Hitler llegó al poder, circulaban en Alemania más de doscientos mil ejemplares de las *Kriegsbriefe deutscher Studenten* («Cartas de guerra de estudiantes alemanes»), una obra propagandística y muy selectiva sobre el culto retrospectivo al héroe, publicada en 1916 por Philipp Wittkop, y su popularidad sigue abonando la suposición generalizada de que tanto soldados como sociedades enteras fueron a la guerra embriagados por un entusiasmo frenético.

Si bien muchos soldados fueron a combatir desgarrados entre la preocupación por sí mismos y por sus familias, entre el resentimiento que les provocó verse forzados a luchar por una causa que no era la suya y el verdadero entusiasmo por la vida gloriosa y peligrosa del soldado, ese «baño de acero» que los convertiría en hombres de verdad, la experiencia real fue peor de lo que pudieron temer. Las más altas esperanzas de heroísmo se vieron trastocadas por la realidad de la guerra mecanizada, todos esos soldados hacinados en trincheras inundadas, viendo cómo se les pudrían los pies, rodeados de la peste de los cadáveres que se descomponían en la tierra de nadie y a la espera de que, en cualquier momento, un proyectil disparado a varios kilómetros de distancia cayera del cielo y

acabara con sus vidas con una cruel indiferencia por el valor y el patriotismo.

La modernidad en guerra

La Primera Guerra Mundial tuvo muchos frentes, desde Galípoli en Turquía hasta el río Isonzo en los Alpes; fue una horrenda carnicería también en la Europa oriental, y en las colonias estallaron conflictos satélites, pero la experiencia que con más intensidad se grabó en la imaginación de los soldados y las sociedades de la Europa occidental y los Estados Unidos fue el frente occidental, que se extendía entre Francia y Bélgica. Allí fue a combatir la mayor parte de las tropas, y fue el escenario de la guerra más mecanizada y con mayor empleo de la técnica que la humanidad había visto hasta entonces. Un páramo de aspecto lunar, cráteres abiertos por miles de proyectiles y las cicatrices de trincheras a lo largo de miles de kilómetros... Ésa era la modernidad desenfrenada. Allí todo estaba fabricado en serie, estandarizado; cada ser humano llevaba un número y un uniforme. No hubo entorno más mecanizado, más industrializado, más racionalizado y, al mismo tiempo, más demencial que ese frente, y los ejércitos eran máquinas gigantescas. Hombres, caballos, víveres, munición, noticias, secretos, ideas y experiencias transportadas a lo largo de extensas y modernas redes de carreteras, ferrocarriles y comunicaciones para ser consumidos en destino. Combatir se convirtió en un proceso industrial más que en un acto de valentía personal, y mucho menos de heroísmo.

Fueron legiones los hombres, especialmente los procedentes de zonas rurales, que durante la guerra viajaron al extranjero por primera vez en la vida. Sin embargo, como soldados uniformados eran poco más que una cifra anónima, estadísticas llevadas con todo cuidado en un juego monstruoso entre generales y políticos que se encontraban muy lejos del frente. La guerra hizo modernos a esos hombres, aun cuando muchos de ellos aborrecían e incluso odiaban esa intrusión.

En el capítulo 1 analizaremos con más detalle el infierno de la vida en las trincheras y el coste psicológico de esa experiencia. En el contexto que nos ocupa, el dinamismo de los años de vértigo y de la historia cultural de la técnica, es importante que la apabullante experiencia de los soldados no se

vea como una negación del mundo urbano y tecnificado que ya existía o que conocieron tras alistarse, sino como una intensificación de ese mundo. En el frente, esos hombres conocieron la distopía abrumadora de una técnica enloquecida que dejaba a su paso una estela de cadáveres.

Antes de la guerra, Occidente había conocido la energía resultante de un aumento sin precedentes del crecimiento económico, de la industrialización, la urbanización y la cultura. Esa combinación de velocidad e inestabilidad sólo había podido soportarse porque aún parecían seguir siendo válidos los cimientos culturales sobre los que se había construido el proyecto occidental: la idea de progreso, una concepción jerárquica de la sociedad, e ideales como el patriotismo, la fe, el sacrificio heroico y el honor. Sólo una minoría crítica cuestionó los pilares de esa visión burguesa del mundo. Si, como escribió Max Weber, el tren de la historia avanzaba a toda velocidad y los pasajeros no sabían adónde los llevaba, al menos los raíles parecían relativamente sólidos.

Cuando la guerra los hizo volar en pedazos, la inmensa energía que propulsaba el motor de esa dinámica se adentró en la sociedad misma, y la guerra se volvió hacia su interior. Durante el conflicto armado se concentraron las tremendas energías de la industrialización, con sus consecuencias culturales y sociales, y canalizaron el patriotismo y la necesidad de supervivencia, pero en muchos aspectos las hostilidades no se habían resuelto, ni siquiera a nivel simbólico. La guerra no se ganó con una victoria final y decisiva que rompió las líneas enemigas y allanó el camino que conducía a la capital del adversario y tras la cual los vencidos depositaron sus espadas a los pies de los vencedores. La guerra terminó por agotamiento mutuo, con un bando económicamente más débil que el otro, lo que permitió que los políticos alemanes afirmaran que el ejército de su país había salido «invicto en el campo». De hecho, en todas partes, y entre la mayoría de aquellos cuya vida se había visto alterada por la guerra, prevaleció una molesta sensación de traición. El amargo y abierto final de las hostilidades simplemente no pareció corresponderse con los sacrificios de esa gente. Al mismo tiempo, los valores de quienes los habían exhortado a tomar las armas acabaron totalmente desacreditados. Los años de posguerra se vivieron, con dolor, como un vacío moral.

Si hubo un punto de inflexión en la manera en que los europeos aprendieron a mirar no sólo la guerra y el sacrificio, sino también la

racionalidad ilustrada, fue la batalla del Somme, que empezó el 1 de julio de 1916 y se prolongó hasta el 18 de noviembre. Murieron más de un millón de hombres. Sólo el primer día, tras haber disparado un millón y medio de proyectiles a las líneas enemigas durante la semana anterior, el ejército británico perdió sesenta mil soldados. Fue una batalla de proporciones desconocidas hasta entonces, inimaginables, un infierno creado por el hombre. De pronto, el progreso era un asesino, la Ilustración traicionaba a los que habían confiado en la razón. No obstante, cuando se hizo evidente la magnitud de la carnicería industrializada, también se puso de manifiesto que no había alternativas rápidas. El patriotismo y la religión también se alistaron para motivar a los soldados, pero su retórica sonaba huera después de que un sinnúmero de hombres acabaran heridos y asesinados por unas simples máquinas. ¿Qué valores quedaban para seguir viviendo por ellos? Ésa sería la cuestión fundamental de los años posteriores a 1918.

Pero no había tiempo para sentarse a pensar. Acabada la guerra, las inmensas energías de la modernidad continuaron transformando los países de Occidente a lo largo de las mismas líneas, mientras las crisis políticas y económicas agravaron, y mucho, la sensación dominante de inseguridad y angustia. Sin embargo, ya no quedaba nada del optimismo que la técnica había despertado, la idea de la marcha gloriosa e ininterrumpida del progreso era una ruina, y la fe en los valores que apuntalaban la sociedad se había visto profundamente sacudida. La gran transformación técnica prosiguió íntegra, pero el carácter de los conflictos que acarreaba cambió. Callaron los cañones, pero las batallas no cesaron, pues muchas sociedades descubrieron que estaban en guerra consigo mismas.

Si bien muchas de las pruebas visibles de la vida después de la guerra sugieren que se produjo un cambio radical, se trata de un fenómeno que en realidad se debe al efecto catalizador que conlleva acelerar una modernidad que ya estaba bien asentada. Las grandes fuerzas sociales e industriales que hicieron que en los primeros años del siglo XX la vida pareciera tan vertiginosa, siguieron ejerciendo su influencia en las sociedades y en los individuos. La Norteamérica del New Deal, la Alemania de Weimar, la Italia fascista y la emergente Unión Soviética fueron expresiones de –o reacciones contra– las sociedades de masas movidas por la industria y cada vez más tecnificadas que ya habían predominado en las áreas urbanas en los

primeros años del siglo; y las preocupaciones intelectuales de la época –el Superhombre, lo irracional, las masas, la raza, la salud, la pureza– siguieron siendo el centro de acalorados debates que ya se mantenían antes de que el nacionalista serbio Gavrilo Princip disparase contra el archiduque Francisco Fernando en el verano de 1914.

Para aquellos que tenían los ojos bien abiertos, la guerra puso al descubierto los poderes y las estructuras que se habían desarrollado antes de 1914. Incluso el escritor conservador alemán Ernst Jünger puso por escrito un análisis sorprendentemente marxista de sus experiencias en el frente: «En la guerra, la batalla es una atroz competición de industrias, y la victoria es el triunfo del rival que consigue trabajar más rápido y de manera más despiadada. Aquí, la época de la que venimos enseña las cartas. El dominio de la máquina sobre el hombre, del siervo sobre el amo, se hace patente, y aflora, con aspecto mortífero, la profunda discordia que ya había comenzado a sacudir el orden económico y social en tiempos de paz. Queda así al descubierto el estilo de una generación materialista, y la técnica celebra una victoria sangrienta.»[4]

Esa victoria no sólo era la cara de la muerte masiva en las trincheras; también señalaba otra derrota, más profunda si cabe: la del hombre vencido por la máquina. El fenómeno ya era una realidad antes de la guerra, pero sólo lo percibía así una minoría de observadores perspicaces; la edad de la máquina se había asentado con una fuerza brutal. Los jóvenes que fueron a las trincheras envejecieron años en cuestión de semanas precisamente porque comprendieron que todo aquello por lo que habían ido a luchar, todo en lo que habían creído, no era más que un mito; y el mito sólo siguió siendo real para los maestros que vivían totalmente fuera de la atroz realidad de la guerra. Pero los soldados no olvidaron la lección.

Y pareció que, a partir de ese momento, hombres y mujeres serían esclavos de máquinas hechas para crear riqueza ajena, un tema recurrente en las décadas de 1920 y 1930. Entre los mejores exponentes de esta reflexión se encuentran películas como *Metrópolis* (1926), de Fritz Lang, y *Tiempos modernos* (1936), de Charlie Chaplin. «Las ideas pertenecen a seres humanos que tienen un cuerpo», escribió en 1927 el filósofo norteamericano John Dewey, «y no hay separación alguna entre las estructuras y los procesos de la parte del cuerpo que elabora ideas y la parte que realiza acciones.»[5] La guerra no la había ganado el valor humano, y

tampoco la fuerza ni una resistencia apoyada en principios, sino la artillería impersonal, heraldos de acero que garantizaban una muerte a escala industrial y que se hallaban a kilómetros del frente y mataban con una eficiencia impersonal. Las víctimas de la neurosis de guerra, soldados reducidos a temblorosas ruinas psicológicas por los bombardeos incesantes, se convirtieron en los turbadores emblemas de la humanidad.

Ese despertar del desencanto en la edad de las máquinas, en medio de disturbios sociales y de escaladas de rivalidad política, dio lugar a una intensa sensación de nostalgia y a un deseo vehemente de volver a hacer del mundo un lugar encantado, de encontrar una nueva gran visión que pudiera reemplazar a las concepciones antiguas y desacreditadas, de superar el sufrimiento y la humillación de la guerra y señalar un camino que condujera a un futuro en que los seres humanos someterían a las máquinas y dominarían los nuevos desafíos con una mente lúcida y un cuerpo sano. Esa ideología sería la respuesta a quienes se preguntaban cómo vivir en una época destrozada, cómo seguir adelante cuando todos los valores que, repetidos en incontables discursos y ensayos, habían inculcado la familia y la escuela parecían desenmascarados y se veían como cínica manipulación de las masas.

La relación del hombre con la máquina es uno de los temas recurrentes de este libro. Desde un punto de vista cultural, hay un arco que va del trauma de los soldados que volvieron de la guerra desde el frente occidental temblando y sin poder controlar los espasmos –imagen incontestable de la impotencia humana frente a las amenazas de la edad de la máquina– a los cuerpos sobrehumanos y acerados del fascismo y el bolchevismo, especie de respuesta a los temores omnipresentes ante la posibilidad de que la carne hubiese quedada relegada a un distante segundo plano en favor del metal reluciente. No fue casual que Hitler pidiera a la juventud alemana que fuese «dura como el acero de Krupp».

Despertares

Sólo 1.567 días, los que van del comienzo de la guerra, el 20 de agosto de 1914, a la firma del armisticio el 11 de noviembre de 1918, separaron dos mundos en apariencia muy distintos entre sí. Después de que los

últimos proyectiles cayeran sobre enemigos invisibles, la gente pareció salir a la superficie, parpadeando ante un sol cegador que iluminaba las ruinas que la rodeaban. Cuatro grandes imperios –Austria-Hungría, Alemania, Rusia y el otomanohabían desaparecido del mapa; economías robustas acabaron desintegradas y la estabilidad política acabó convertida en guerra civil.

Ese sombrío nuevo comienzo, especialmente en Europa, fue acompañado de un profundo sentimiento de desorientación y de rabia, cólera provocada por un pasado traicionero y un futuro dudoso. El viejo orden, los valores y las élites de antaño habían fallado, y no había nada aún que pudiera reemplazarlos. Terminada la carnicería más grande de la historia, se cuestionaba el valor de la racionalidad. En la vida personal, la experiencia de la técnica y la modernidad se vio intensificada por la guerra, pero los recuerdos traumáticos de lo ocurrido entre 1914 y 1918 se hicieron tan dominantes que cristalizaron en historias nacionales de heroísmo, en mitos de sacrificio y de traición al servicio de las necesidades de los vivos, y convirtieron a las víctimas en obstáculos psicológicos insoportables entre el presente y el pasado.

En medio de la crudeza y de las urgencias de los años de posguerra, el jazz entró abruptamente en escena como un estallido liberador. En una época en que la anarquía y la desaparición de las convenciones habían llegado a ser realidades amenazadoras, la libertad de ese género musical y su categórico desdén por la belleza nada transgresora de la música refinada fueron la respuesta ideal, pues demostraron que la expresión y la realización personales seguían siendo posibles.

El jazz ofrecía nuevas respuestas a viejas preguntas. Los ritmos contagiosos y las improvisaciones electrizantes de formas bailables como el swing liberaban el cuerpo y el alma, mientras los lamentos repetitivos, como en trance, del blues expresaban el dolor por el desencanto y la decepción del amor e incluso de la vida misma. Pisándole los talones al dolor llegó un ritmo que era veloz, divertido, furioso, una celebración de la vida, del movimiento, del sexo y de la libertad, que movía el alma y los pies de los que se sentían demasiado jóvenes para sucumbir a la desilusión y querían afirmar su derecho a vivir. La Era del Jazz, con sus *flappers* –las chicas modernas de los Estados Unidos–, los Bright Young Things en el Reino Unido y los jóvenes andróginos de ambos sexos, tan amantes de la

diversión, en los bares de Berlín y las *caves* de París, fueron una protesta espontánea contra una época que estaba volviéndose demasiado seria, que parecía vacía de esperanza o repleta de sueños utópicos, de derechas y de izquierdas por igual.

Ninguna dictadura aprobó jamás el jazz. Los que beben y bailan y acarician a su pareja en la pista de baile no se odian así como así. Bailar agarrado puede ser la mejor vacuna contra la ideología. Los dictadores de entonces –y durante el periodo de entreguerras hubo importantes movimientos en apoyo de las dictaduras en todos los países occidentales– quisieron canalizar las esperanzas y las energías de los que tenían valor suficiente para vivir un día más. Sus promesas fueron versiones remozadas de antiguas visiones religiosas. Stalin, que había sido seminarista, y el católico no practicante Hitler (nunca excomulgado) prometieron a sus seguidores una nueva Jerusalén. Por su parte, Mussolini evocó una nueva Roma. Todos ellos predicaban versiones del evangelio del hombre nuevo, una criatura pseudonietzscheana tan gloriosa y tan fuerte que podría vencer a todos los enemigos, e incluso a la técnica, en un mundo futuro en el que imperarían la salud y la pureza.

Esa luminosa ciudad en lo alto de la colina contrastaba crudamente con las realidades políticas de la Europa de posguerra, una época llamada de paz por los signatarios del Tratado de Versalles, pero que, de hecho, vivía en una situación más parecida a la guerra civil y la incertidumbre política. Entre 1918 y 1923, solamente en Alemania murieron más de cinco mil personas a causa de la violencia política imperante, y si bien en otros países el malestar no era tan profundo, también se vivieron momentos de descontento político a gran escala, muy peligrosos a veces, huelgas violentas, desórdenes y golpes de Estado en Italia, Austria, Inglaterra, Irlanda, Hungría, Francia y Portugal, por no hablar de la «guerra subsidiaria» en España a partir de 1936 entre fascistas y socialistas. Desde ese punto de vista, es más útil y más exacto, como han sugerido algunos historiadores, llamar Segunda Guerra de los Treinta Años a la experiencia europea entre 1914 y 1945.

Aunque los Estados Unidos parecieron quedar al margen de esas consecuencias directas de la guerra, allí los efectos fueron comparables en su fuerza, pero menos directos. No se había combatido en suelo norteamericano; el país había perdido menos soldados que otros aliados,

tanto en números absolutos como en porcentaje de población, y la economía se mantuvo a flote gracias a la producción durante la guerra, la venta de materias primas y otros productos a las potencias aliadas, y también a causa del debilitamiento de sus antiguos competidores del mercado internacional.

Sin embargo, tanto en los Estados Unidos como en otros países, la modernidad de la guerra transformó las sociedades de maneras sutiles, pero profundas, influyendo en las líneas de falla sociales y culturales y convirtiendo las energías bélicas en energía social. Mamie Smith y otros artistas como ella demostraron que estaba surgiendo una nueva cultura, que no se habría consolidado, o lo habría hecho mucho más despacio, sin la guerra y los cambios que supuso para los afroamericanos. Los soldados negros, que habían destacado en Francia, eran ahora objeto de un respeto desconocido hasta entonces, y siguieron exigiendo ese respeto cuando regresaron a su país. Al mismo tiempo, los obreros afroamericanos habían realizado, en las fábricas, los trabajos de los blancos llamados a filas. Cientos de miles de negros del Sur migraron a las ciudades industriales del Norte, y allí se quedaron. Gracias a esa fuerza de trabajo, renació Harlem y surgió la floreciente cultura del jazz, pero también una época de creciente odio racial, con linchamientos en el Sur y disturbios entre blancos y negros en las ciudades del Norte.

Tendencias generales y causas y efectos

A fin de aproximarme a esa época de guerras internas y a sus corrientes paralelas, donde se superponían el miedo, la esperanza, la alienación, la fuga y los compromisos, decidí analizarla mediante episodios ejemplares concebidos para formar un cuadro a partir de distintos componentes que se entrelazan de muchas maneras, a menudo por la sensación de conflicto, de guerra que continúa no en el campo de batalla, sino en la mente de la gente. Los protagonistas aparecen en contextos diversos; movimientos culturales y realidades sociales, arte del grande y enormes atrocidades que crean un panorama de la manera en que evolucionó el modo de pensar en una época de desorientación atrapada entre la esperanza y la desesperación, entre la reconstrucción y la revolución.

En el centro de esa historia de actitudes y estrategias desplegadas a lo

largo del periodo de entreguerras no encontramos políticos ni ejércitos, sino percepciones, temores y deseos, modos de hacer frente al trauma de la guerra con las energías liberadas por la industrialización, con las identidades poco claras y estimulantes que fueron posibles en una sociedad industrial de masas, sobre todo tras la desintegración de los viejos valores.

Intentando captar las distintas resonancias de pasado y presente, en este libro se analiza esa época alejándose de los grandes hitos históricos que todos conocemos. El capítulo dedicado a 1919 no trata de las negociaciones de paz que culminaron con el Tratado de Versalles; el dedicado a 1923 no se centra en la hiperinflación alemana; tampoco trata del gran crac el capítulo dedicado a 1929, ni de la llegada de Hitler al poder el que se ocupa de 1933. He escogido, en cambio, temas menos obvios y más variados que componen un mosaico de las perspectivas e identidades que crecieron y se desarrollaron en esos años, desde la conmoción inicial de la posguerra hasta la escalada de tensión posterior a 1929, que no tardó en convertirse en una época de preguerra. He preferido detenerme en las dificultades de quienes combatieron y en el ascenso del fascismo, en el mundo de los *speakeasies* durante la Prohibición y en una rebelión de marineros rusos, en el florecimiento de la cultura afroamericana en Harlem y el descubrimiento de galaxias más allá de la Vía Láctea, en el surrealismo parisino y los juicios a la teoría de la evolución en el Tennessee rural, en las malogradas Brigadas Internacionales que combatieron en la Guerra Civil española y en un concierto histórico en Viena.

Años de vértigo, el libro que dediqué a los años intensos y cambiantes que van de 1900 a 1914, se basó en un experimento deliberado, consistente en imaginar la posibilidad de contemplar esa época sin la sombra de la inminente Gran Guerra, es decir, sin una teleología acotada. En el retrato final aparecen unos años repletos de contradicciones, de optimismo y de fricciones, y marcados por una velocidad vertiginosa, con la vista puesta en un futuro abierto. Para el periodo de entreguerras, ese experimento no arrojaría resultados igualmente interesantes, porque siempre estaba presente la amenaza de otra guerra, o, mejor dicho, la posibilidad de que volviera a estallar el mismo catastrófico conflicto.

En 1939, la guerra no fue una gran sorpresa para muchos. Se venía prediciendo desde que el Tratado de Versalles forzó a Alemania a vivir en un estado de crisis permanente. En 1919 en París, el joven retratista español

José Simont recibió el encargo de dibujar a Paul Deschanel, el presidente de la Cámara de Diputados, que había participado en las negociaciones del tratado con que se puso oficialmente fin a la guerra. El año siguiente, Deschanel resultó elegido presidente de Francia, pero en 1919 conversó con el artista español. Cuando Simont le preguntó qué opinión le merecía el Tratado de Versalles, la respuesta de Deschanel fue sucinta: «Acabamos de firmar la Segunda Guerra Mundial.»

De la visión pesimista de Deschanel se hizo eco, entre otros, el influyente economista británico John Maynard Keynes. Las exigencias de los aliados, los vencedores, desequilibraron a Europa. Fue, en particular, el presidente francés Georges Clemenceau quien insistió en imponer elevadas indemnizaciones a una Alemania que ya estaba arruinada; y si bien las exigencias pudieron parecer justas desde el punto de vista moral, no se debería haber permitido que un país que era la principal potencia y el motor económico del continente se volviera inestable y viviera tambaleándose al borde de la revolución. La fragilidad intrínseca de la joven República de Weimar encerraba peligros incalculables para el futuro de Europa.

En su gran novela *El hombre sin atributos*, escrita en su mayor parte en los primeros años de la década de 1920, Robert Musil describe la Viena de antes de la guerra. El argumento visible de esta recreación de la sociedad austriaca es la tentativa, por parte de un grupo de oficiales e intelectuales del imperio habsbúrgico, de resumir su tiempo y encontrar un tributo apropiado para el 70.º aniversario del reinado del emperador en 1918. Ese grandioso esfuerzo, llamado la «Acción Paralela», acaba siendo, no obstante, un fracaso estrepitoso, porque nadie sabe a ciencia cierta qué puede unificar la época, si es que hay algo capaz de hacerlo, ni qué ideología, qué visiones del mundo y conquistas científicas –y en esos días eran muchas– merecen anteponerse a todas las demás. Al cabo de mil páginas y decenas de proyectos grandiosos y sesudos planes, lo único que queda es una modesta procesión a favor de la paz mundial, con los asistentes vestidos con el traje tradicional.

La novela de Musil se desarrolla en el año anterior al inicio de la guerra, pero la confusión, componente central del argumento, también plasma el clima hostil que reinó en los años de posguerra. En medio de la constante realineación sísmica de las posiciones sociales e intelectuales, no había tierra firme que pisar, ni una elevada causa unificadora que moviera a todos

por igual. La aparición de lo nuevo, la experiencia de la modernidad, contenía demasiadas posibilidades equívocas para que una de ellas consiguiera imponerse. En consecuencia, el protagonista de la novela, un hombre llamado Ulrich, no acaba de decidir qué hacer con su vida.

A medida que la «Acción Paralela» va haciendo agua y acaba convertida en una caricatura de sus ambiciones iniciales, Ulrich, racionalista precavido, toma conciencia de que todas las grandes promesas casi siempre son falsas. Musil escribió sobre 1914, pero sus comentarios giran en torno al mundo una década después, un mundo que había sufrido una experiencia colectiva que parecía haberlo cambiado todo, pero que seguía vibrando con las corrientes y energías liberadas durante la primera década del siglo XX y que hasta hoy continúan dando forma a nuestra vida.

Primera parte

Después de la Primera Guerra Mundial

> Una generación que todavía había ido al colegio en tranvía de caballos se encontraba ahora a la intemperie, en un paisaje en el que nada había quedado intacto, salvo las nubes, y, debajo de ellas, en un campo de fuerza de corrientes destructivas y explosiones, el diminuto y quebradizo cuerpo humano.
>
> WALTER BENJAMIN, «El narrador», 1936

1918: NEUROSIS DE GUERRA

> Corría el rumor de que los constantes meneos y sacudidas de cabeza y los bufidos que los acompañaban tenían por causa algo denominado neurosis de guerra, pero no estábamos muy seguros de lo que era eso. Suponíamos que significaba que había estallado un artefacto muy cerca de él con una fuerza explosiva tan enorme que le había hecho saltar por los aires y no había parado de saltar desde entonces.
>
> ROALD DAHL, *Boy*, 1984*

Campbell Willie Martin fue uno de los que tuvo suerte. Estaba vivo. Había escapado del infierno tras combatir durante poco más de un año y, a pesar de las heridas que recibió en dos ocasiones, conservaba todas las extremidades. Había sido un buen soldado. Nacido en Londres en 1895, hijo de un policía, en octubre de 1914, cuando tenía veintinueve años, se alistó como voluntario en el cuerpo de los Fusileros Reales; a principios de 1916 ya era soldado de primera y se encontraba en el frente occidental, donde la matanza alcanzaba dimensiones industriales.

Luego, el 16 de julio de ese año, después de horas sin poder salir de la trinchera y aguantando bombardeos sin tregua, Martin perdió el conocimiento. El día siguiente, cuando un proyectil cayó sobre su trinchera, vio morir a ocho camaradas a causa de la explosión; quedaron enterrados bajo los escombros una noche entera, hasta que vinieron a rescatarlos. De resultas de ello, y según su expediente, «el día siguiente sintió un temblor muscular muy raro[,] tuvo un ataque de llanto[,] seguido de una pérdida de conciencia que duró unas horas».

Al soldado de primera Martin se le diagnosticó «neurosis de guerra», *shell shock*, como los médicos llamaban ya entonces al trauma resultante de

la exposición prolongada al fuego de artillería y de la visión de muertes violentas, y le concedieron una incapacidad del 25 %; lo suficiente para que lo enviaran de vuelta a Inglaterra, donde lo tratarían en un hospital especializado. Y tuvo suerte una vez más; al principio, a los hombres con síntomas como los suyos los habían tratado como si fingieran estar enfermos, y a algunos sencillamente los habían enviado de vuelta a las trincheras; otros quedaron ingresados, recibiendo un tratamiento anticuado que, según los oficiales veteranos en particular, era un remedio radical para esa nueva enfermedad:

> Lo tenían todo para ser bastante duros. Recuerdo que una vez llegó un hombre, un tipo alto y fornido, de un metro ochenta de estatura, que temblaba por efecto de los proyectiles. Me sorprendió, y el coronel alzó su pesado bastón y le propinó un golpe en la cabeza, en el... –el hombre llevaba puesto el casco–, lo golpeó en la cabeza para provocarle otra conmoción mientras iba diciendo: «Eres un imbécil, ponte bien.» Pero al hombre no le sirvió para nada, y el médico se dio cuenta de que se le había ido la mano, así que, por supuesto, el enfermo recibió tratamiento. Pero sí, a veces intentaban provocarles, digamos, la conmoción inversa, ya me entiende, invertir el proceso, pero rara vez funcionaba.[1]

Horror sin nombre: El artista alemán Otto Dix transformó sus experiencias de guerra en vívidas evocaciones de la vida y la muerte en las trincheras.
Bildrecht. Otto Dix, Der Krieg. «Verwundeter.» Aus dem Radierzyklus: Der Krieg von Otto Dix. 1924/© Bildrecht, Viena, 2014

Algunos de los soldados que no respondieron a ese tratamiento a la antigua, y que luego escaparon, se negaron a salir al campo, o, destrozados, sencillamente se escondieron en las trincheras fangosas y acabaron ante un consejo de guerra por cobardía. Más de tres mil «desertores», tanto de Gran Bretaña como de otras partes de ese país-imperio, murieron ejecutados en un penoso ritual que se celebraba al amanecer; en el paredón, eran muchos los que a duras penas se tenían en pie, y temblaban incluso mientras los ataban a un poste de madera para que los fusilaran sus propios compañeros.[2]

Sin embargo, a finales de 1916, cuando la guerra era cada vez más violenta y ya nadie podía detener las terribles armas del nuevo siglo –el gas venenoso y una artillería descomunal capaz de disparar desde distancias de hasta treinta y seis kilómetros en bombardeos que podían durar varios días–, los militares británicos y el sistema médico no tuvieron más remedio que reconsiderar su postura. Ese año, la tremenda batalla del Somme, que duró cuatro meses, provocó más de un millón de bajas, y muchos de los que salieron vivos de las trincheras inundadas lo hicieron afectados por serios daños psíquicos. Sólo entre las fuerzas británicas, treinta mil hombres presentaban síntomas de esa extraña y nueva enfermedad que los dejaba inútiles como soldados y convertidos en una carga para sus unidades. Aunque de mala gana, las autoridades empezaron a aceptar que un hombre podía quedar seriamente incapacitado aun cuando no pareciera tener daños físicos, y los incapacitados por trastornos psíquicos no tardaron en llegar por decenas de miles a los hospitales militares.

Campbell Willie Martin fue uno de ellos; estuvo hospitalizado hasta después de terminada la guerra. Se lo describe como un paciente excitable, afectado de insomnio, serios dolores de cabeza, ataques de pánico recurrentes, pérdida de memoria y un temblor persistente en las manos. Si bien los médicos observaron que estaba «físicamente bien, [...] la lengua limpia, la dentadura en buen estado», en 1920 su incapacidad seguía siendo del 20%, lo que indica que había mejorado muy poco desde el primer ingreso. *Indescriptible, desesperante... y no hay Dios*

La historia clínica de Martin es una de las muchas que se conservan en los Archivos Nacionales del Reino Unido; si tenemos en cuenta los casos graves de neurosis de guerra, el suyo no fue especialmente serio. Hay

filmaciones de la época que permiten ver a un sinnúmero de soldados reducidos a una piltrafa temblorosa por la inhumanidad de lo que habían vivido. Las caras grotescamente distorsionadas y marcadas con una angustia indeleble; miembros que se agitan o tiemblan con fuerza sin que ellos puedan controlarlos; un soldado que, presa del pánico, retrocede al ver a otro uniformado. En la imaginación de esos hombres perdidos, los bombardeos no habían cesado.

Eran los escombros vivientes de la Gran Guerra. Sólo en Gran Bretaña, al 10 % de los oficiales y al 7 % de la tropa les acabaron diagnosticando neurosis de guerra, y a unos treinta y siete mil les concedieron una pensión de guerra por ese motivo. Los médicos militares aprendieron pronto a tratar las heridas del cuerpo –piernas y brazos arrancados o a punto para ser amputados; la vista cegada por el gas y los tímpanos reventados por las explosiones; las caras destrozadas y horrendamente desfiguradas–, pero, en los casos de neurosis de guerra, no había heridas externas visibles.

Algunos de los casos más graves recibieron tratamiento en el Netley Hospital de Londres; entre ellos estuvieron el soldado Meek, impedido y en silla de ruedas, con espasmos y convulsiones, totalmente ajeno a los hombres que intentaban relajar sus articulaciones rígidas; el soldado Preston, de diecinueve años, que había regresado de las trincheras mudo e incapaz de entender otra palabra que no fuera «bomba» y que, cada vez que la oía, se metía debajo de la cama del hospital presa del pánico; el soldado Smith, enterrado vivo por el fuego de artillería en agosto de 1917. Smith caminaba completamente tieso, como si tuviera patas de palo; se limpiaba la cara compulsivamente, como si quisiera quitarse el fango y el limo de los cuerpos en descomposición que lo habían rodeado. Por su parte, el sargento Peters, con la columna vertebral deformada y las piernas temblando, convertía en una farsa macabra cada uno de sus intentos por volver a andar. Hombres rotos todos ellos.

Habían embarcado como héroes destinados a recuperar la libertad de una nación, pero volvieron como tristes supervivientes de una realidad inhumana. En una carta de 1917 a su mujer, Margaret, el pintor inglés Paul Nash, destinado entonces en el frente occidental, cerca de Ypres, describió esta espantosa escena:

> No hay pluma ni dibujo que pueda describir este paisaje. [...] La puesta y la salida del sol son

> una blasfemia, se burlan del hombre; sólo la lluvia negra que cae de las nubes golpeadas e hinchadas por el cruel agujero negro de la noche es la atmósfera adecuada para una tierra como ésta. La lluvia no cesa, el fango apestoso se vuelve más cruelmente amarillo, los agujeros abiertos en la tierra por los proyectiles se llenan de un agua entre blanca y verdosa, las carreteras y las pistas están cubiertas por varios centímetros de cieno, los árboles, negros, moribundos, supuran y sudan, y las bombas nunca dejan de caer. [...] Esto es indescriptible, es desesperante..., y no hay Dios.[3]

Los soldados que volvían a casa de permiso, cuando conseguían escapar de esa monstruosa realidad a menudo se sentían más frustrados que aliviados. Tras presenciar una carnicería ininterrumpida que había llegado a parecer absurda, tras dormir junto a cadáveres sin enterrar y haber visto morir destrozados a amigos y camaradas por culpa de la destrucción aleatoria y anónima de un proyectil disparado a varios kilómetros de distancia, tras perder la confianza en las antiguas creencias y el respeto por sus superiores, y tras haber llegado a dudar de la justicia de la causa de su nación, volvían a un mundo en el que dominaba la retórica patria y la sabiduría de los que combatían desde sus cómodos sillones y seguían considerando que se luchaba por una causa justa y que la guerra era una oportunidad para demostrar el heroísmo y para la lucha viril; de hecho, una especie de guerra de opereta, una idea que, por si fuera poco, no tomaba en cuenta la salvaje realidad del frente. Ya en 1915, un periodista del izquierdista *Labour Leader*, periódico de tendencia pacifista, había descrito así a un soldado recién llegado del frente: «[El soldado] llegó y se echó a reír; era la suya una risa extraña. Siguió riendo, y supe que se reía porque había sido testigo de un horror tan lejano de sus experiencias anteriores que parecía una broma.»[4]

Los coros «chillones y dementes de esas bombas que aúllan» –las del «Himno a la juventud condenada» de Wilfred Owen– seguían resonando en los oídos de los soldados cuando disfrutaban de un permiso e incluso tras la vuelta definitiva a casa. El célebre poeta de guerra, que hasta 1915 se había desempeñado como coadjutor mientras estudiaba en el University College de Reading, también fue víctima de la neurosis de guerra después de que su trinchera quedara aniquilada durante un ataque con morteros. Tras volar por los aires, el alférez Owen aterrizó entre los cuerpos descuartizados de los compañeros muertos por la explosión, y de resultas de ese horrible incidente quedó atrapado varios días entre las dos líneas enemigas, una

experiencia que transmitió así a su madre en una carta fechada en enero de 1917:

> He conocido el séptimo infierno.
> No he estado en el frente.
> He estado frente a él.
> Tenía un puesto avanzado, es decir, un refugio subterráneo en el medio de la Tierra de Nadie. [...]
> En mi refugio había veinticinco hombres muy apretujados. Se llenó de unos cincuenta centímetros de agua que nos dejaron poco más de un metro de aire.
> Los alemanes sabían que estábamos allí; decidimos que no debíamos quedarnos.
> Esas cincuenta horas fueron la agonía de mi vida feliz.[5]

Rescatado, y a pesar de ser uno de los muy pocos que sobrevivieron, Owen se derrumbó.

Mientras se recuperaba en el Craiglockhart Hospital (Escocia), y perseguido por el horror que había soportado, el poeta comenzó a plasmar su experiencia del infierno de las trincheras en versos descarnados, y lo hizo inspirado por su encuentro con otro paciente, el poeta y oficial Siegfried Sassoon.

Aristócrata, algo exótico, bien parecido y egocéntrico, Sassoon era todo lo que Owen, de orígenes modestos, siempre había deseado ser. Rico y con inclinaciones artísticas, anglocatólico por parte de madre y judío bagdadí por parte de padre, había estudiado en Marlborough y Cambridge, y estaba imbuido de esa indestructible seguridad en sí mismo que caracteriza a la aristocracia británica. Sassoon se había alistado voluntario el mismo día en que se declaró la guerra, y se había distinguido en el frente, por lo que se le concedió la Cruz Militar como premio a su excepcional valentía. Así y todo, el héroe de sangre azul no estaba en Craiglockhart por haber recibido heridas en combate, sino por haber dicho abiertamente lo que pensaba.

Asqueado por lo que había visto durante las hostilidades en el frente occidental, en 1917, y recurriendo a sus contactos para que organizaran una lectura en el Parlamento, había publicado una protesta antibélica. El año anterior, y en aplicación de la Ley para la defensa del Reino en tiempos de guerra, al filósofo Bertrand Russell, conde y nieto de un primer ministro británico, lo habían expulsado de su fraternidad en el Trinity College de Cambridge por publicar una objeción de conciencia. Russell había esperado

obtener el apoyo de la opinión pública en caso de que lo enviaran a la cárcel, pero al final sólo lo castigaron con una multa.

Sin embargo, para Sassoon, oficial en activo, lo que estaba en juego era mucho más. Arriesgándose a ser sometido a un consejo de guerra e, incluso, a la ejecución, escribió un ataque virulento contra las autoridades. «He visto y soportado el sufrimiento de las tropas y ya no puedo contribuir a prolongar esos sufrimientos al servicio de fines que, en mi opinión, son perversos e injustos. [...] En nombre de los que en estos momentos están sufriendo, escribo esta protesta contra el engaño de que son objeto; además, creo que mis palabras pueden contribuir a acabar con la insensible complacencia de la mayoría de quienes contemplan, desde Inglaterra, cómo se prolongan tormentos que ellos no comparten; carecen de la imaginación necesaria para comprenderlo.»[6]

Hay algunas pruebas de sentencias más duras para hombres de rango militar y social inferior; al parecer, la posición de Sassoon como héroe de guerra y caballero lo salvó de un consejo de guerra por traición. En lugar de obligarlo a comparecer ante los jueces –y, posiblemente, ante un pelotón de fusilamiento–, le diagnosticaron neurastenia (agotamiento nervioso o neurosis) y lo enviaron al Craiglockhart Hospital, donde conoció al oficial y poeta Owen, más joven que él.

«Dulce et decorum est pro patria mori»

Owen no tardó mucho en sucumbir al hechizo de Sassoon. Inspirado por su valor y su intransigencia, el joven poeta comenzó a escribir sobre sus sentimientos y experiencias con palabras más llanas y directas. En el que es tal vez su poema más famoso, combina el terror de un ataque con gas tóxico con las amargas reflexiones de sus compañeros de armas, convencido ahora de que los habían llevado a un matadero embaucándolos con los ideales mendaces de quienes eran sus mentores. *Dulce et decorum est pro patria mori*, «dulce y honroso es morir por la patria»... Este verso de Horacio se leía en una pared de la capilla de la Real Academia Militar de Sandhurst, y era el sentimiento que había moldeado la educación de generaciones de jóvenes oficiales en su etapa de formación. Para Owen y otros que habían combatido en la guerra como él, sólo era una mentira cínica, y el verso

horaciano se citó incontables veces, considerándolo una acusación contra sí mismo. Por desgracia, Owen no llegó a disfrutar de la gloria literaria por los escritos que eran el triste fruto del gas y la sangre en el frente occidental. Tras recibir el alta en el hospital, se presentó voluntario para volver a Francia y murió en combate el 4 de noviembre de 1918, una semana antes del armisticio.

La muerte de Owen, cuando sólo tenía veinticinco años, se convirtió en símbolo del destino de toda su generación; la «generación perdida», como no tardó en llamársela, si bien más en el sentido de una leyenda romántica que ateniéndose a la verdad histórica. Los hombres de edad que, según se pensaba, habían estafado a la joven generación apropiándose de una victoria ganada a pulso y de los ideales por los que habían luchado, eran los generales, los políticos, los patronos, retratados en demoledores artículos y novelas como los supervivientes cínicos e incompetentes de la época victoriana. Habían enviado a la muerte a colegiales, haciendo creer a esa camada de jóvenes con grandes condiciones intelectuales, criados en los campos de juego de Eton, que ésa sería una «guerra alegre», y que iban allí a «jugar». «Leones conducidos por burros», como dijo el general alemán Erich von Ludendorff, los jóvenes británicos se ofrecieron en sacrificio en los campos de Flandes y sólo murieron en beneficio de la generación de sus mayores.

Terminada la guerra, prevaleció la sensación de que la muerte de esos jóvenes significaba que no quedaba nadie para sacar adelante el trabajo del imperio, de la industria, el arte y la ciencia. El gran derramamiento de sangre acabó, durante el periodo de entreguerras, en el «vergonzoso espectáculo de hombres de potencias menores enfrentados a serias responsabilidades». «Hay empobrecimiento en todos los niveles», escribió Reginald Pound, que también se había alistado voluntario en 1914. Medio siglo más tarde, se preguntó si las «mentes fuertes y cultivadas» de la generación perdida podrían haberse «ocupado de que su mediocridad no se convirtiera en nuestra superioridad, o de haber puesto freno al declive de la indignación moral hasta convertirse en una tolerancia desprovista de heroísmo».[7]

Es posible que la crónica literaria más conocida de esa percepción del desastre sea *Testament of Youth* («Testamento de juventud»), la novela autobiográfica de Vera Brittain publicada en 1933, en la que la autora

analiza el impacto de la guerra en su vida y en la de sus más íntimos. Brittain fue enfermera de campaña del destacamento de enfermeras voluntarias (Voluntary Aid Detachment) desde 1915 hasta el final de la guerra; en 1919, junto con su prometido, su hermano y muchos amigos universitarios –otros habían muerto– regresó a Oxford amargamente desilusionada.

El propósito de Brittain al escribir el libro que la haría famosa fue, en parte, contrarrestar la impresión de que sólo los hombres habían padecido los horrores de la guerra. «¿Acaso las mujeres no tuvieron también su guerra?», se preguntó, y ella misma se dispuso a contestar. ¿Cómo habían vivido la guerra las mujeres y cómo vivieron la paz que le siguió? «Me aparté de los demás», escribió al describir la celebración del armisticio, «y anduve despacio hasta Whitehall, con una pena súbita y fría en el corazón. Ése ya era un mundo distinto del que había conocido durante cuatro largos años de mi vida, un mundo en que la gente quería divertirse y olvidar. [...] Y en ese mundo extraño, tan iluminado, yo no tendría ningún papel que desempeñar.»[8]

Los campos de la muerte

La sensación de alienación de Brittain la compartían muchos de los soldados que regresaban a Inglaterra, sobre todo los que habían combatido en el frente occidental. Aun cuando se cuentan por miles las cartas, los diarios y las memorias que dan fe de que el comienzo de la guerra no fue acompañado por una oleada de entusiasmo colectivo rayano en la histeria –como se ha escrito tantas veces–, sino que había provocado reacciones más angustiadas y ambivalentes, muchos jóvenes fueron a combatir invadidos por una sensación de euforia. En Europa, y en Norteamérica en particular, se educaba a los niños para hacer de ellos patriotas que valorasen virtudes masculinas como el coraje, la fuerza y el sacrificio. Para muchos existían instituciones paramilitares como el Officers' Training Corps y los Boy Scouts en Gran Bretaña y la Mancomunidad de Naciones, o las temporadas de instrucción colectiva en los patios de los colegios de Prusia y Francia. También abundaban la testosterona y la esperanza de alcanzar la gloria en el campo de batalla.

No era fácil ser un hombre en 1914. Las formas tradicionales de la masculinidad y las jerarquías sociales se habían visto socavadas por la industrialización y la urbanización. Las mujeres también podían hacer la mayor parte del trabajo en las fábricas, y la vida en la gran ciudad requería que los matrimonios tuvieran menos hijos y trabajaran para llevar dos sueldos a casa. Los nuevos trabajos y ocupaciones eran difíciles de conciliar con las ideas de las generaciones anteriores respecto de la virtud masculina. Encerrado en edificios anónimos y arrinconado detrás de una máquina de escribir, pálido por la falta de luz natural y nervioso por el ruido constante de las máquinas que lo rodeaban, el oficinista moderno no reflejaba en absoluto la imagen de virilidad marcial que había predominado durante sus años de educación. La escritora feminista Rosa Mayreder llegó incluso a acuñar la expresión «ataúdes de la masculinidad» para referirse a las oficinas.[9]

El feminismo fue otro fenómeno de la preguerra que contribuyó, y mucho, a hacer temblar la imagen de lo que significaba ser hombre. Las mujeres reclamaron el derecho al voto, el acceso a las profesiones y plazas en los colegios y universidades, y comenzaron a desempeñar un papel cada vez más destacado en ocupaciones tradicionalmente reservadas a los hombres. Esas reivindicaciones tuvieron por respuesta un aluvión de afirmaciones masculinas. Los científicos habían intentado en vano demostrar la inferioridad física y psíquica de la mujer, y los rituales masculinos, como los duelos, registraron un marcado aumento de popularidad. Sin embargo, incluso antes de la guerra, cientos de miles de hombres habían sucumbido a la nueva presión psicológica; eran las víctimas de la «neurastenia», una afección nerviosa parecida al *burnout* de nuestros días, y los médicos los enviaban a recuperarse a sanatorios.

Muchos hombres saludaron el estallido de la guerra como una oportunidad para reconquistar su masculinidad, sable en mano y desafiando al fuego enemigo y creyendo que saldrían más fuertes, purificados de la debilidad y la complejidad que caracterizaban la vida moderna; pero sus esperanzas se vieron cruelmente defraudadas, en gran medida porque descubrieron que combatían en una guerra que no era la suya.

De hecho, fue precisamente la falta de combates reales lo que se convirtió en un trauma duradero de la guerra. Los conflictos anteriores se habían decidido en batallas en las que los ejércitos avanzaban para

enfrentarse entre sí en una combinación más o menos habilidosa de infantería y caballería, donde la artillería desempeñaba un papel de apoyo mientras los soldados se lanzaban al combate cuerpo a cuerpo. En 1870, durante la guerra franco-prusiana, nueve de cada diez bajas se debieron a heridas de bayoneta, de escopetas y de fusiles.

En el frente occidental, esa modalidad bélica cambió radicalmente. Los progresos de las técnicas de artillería permitieron contar con cañones de precisión que escupían proyectiles que pesaban cientos de libras, cargados de explosivos, metralla o gas y a muchos kilómetros de distancia de la línea del frente; en las trincheras, cada minuto de cada día que pasaba llegó a ser una espera agonizante. Del lado alemán, con unas trincheras muy bien construidas, dos de cada tres soldados murieron por culpa de los proyectiles, no en combate. En las unidades británicas y francesas, el porcentaje fue del 75 %. En cambio, sólo el 1 % de heridas fatales sufridas por ambos bandos se produjeron en el combate cuerpo a cuerpo, con pistolas y bayonetas. Los soldados eran poco más que blancos inmóviles identificados por aviones de reconocimiento y, luego, bombardeados sin piedad desde muy lejos.

Para la tropa fue una experiencia devastadora. Durante las primeras batallas, cuando las estrategias demostraron ser lentas en el contexto de una guerra automatizada, los soldados a quienes se les ordenaba avanzar difícilmente tenían posibilidades de salir con vida. Con las bayonetas caladas, corrían hacia las líneas enemigas y eran blancos fáciles para las ametralladoras y el fuego de artillería. En algunos casos, el 80 % de los atacantes murió antes de llegar a la línea del enemigo.

Ese escalofriante número de víctimas mortales hizo mella no sólo en las unidades de batalla, sino también en familias de todo el mundo. El 1 de julio de 1916, primer día de la batalla del Somme, sólo las fuerzas británicas y de Terranova sufrieron casi cincuenta y ocho mil bajas (incluidos más de diecinueve mil muertos), es decir, casi el 20 % de los combatientes británicos. La División Úlster de protestantes irlandeses, que ese primer día combatió con los británicos, tuvo más de cinco mil bajas, incluidos más de dos mil muertos; y de los ochocientos un hombres del Regimiento de Terranova, sólo sesenta y ocho pudieron decir presente a la hora del recuento nocturno, y todos sus oficiales terminaron el día heridos o muertos.[10]

Durante las seis semanas de esa larga batalla, las fuerzas del ANZAC (Australian and New Zealand Army Corps) sufrieron treinta y una mil bajas, un número que para el pequeño Dominio de Nueva Zelanda representó una pérdida de casi el 1 % de toda su población. Como ha señalado el historiador John Milne: «Las pérdidas del ejército británico ese solo día superan las bajas sufridas en la Guerra de Crimea, la Guerra de los Bóers y la Guerra de Corea juntas.»[11] La batalla del Somme se cobró la vida del primer soldado norteamericano muerto en la Primera Guerra Mundial; el 31 de agosto, junto con todos los demás hombres de su batería de la Royal Artillery, el soldado Harry Butters, oriundo de San Francisco, murió durante una descarga masiva de fuego alemán.

«Somme», declaró Friedrich Steinbrecher, un oficial alemán que combatió en la batalla; «no hay palabra más horrenda en toda la historia del mundo.» En el mundo anglófono, los *tommies* ingleses siguen recordando esa batalla como «the Great Fuck-Up», la gran cagada, y así siguen llamándola.

Tras comenzar a luchar en una guerra que se esperaba que fuese breve y catártica, la mayoría de los soldados que no volvieron quedaron destrozados por las bombas, lacerados por la metralla, asesinados por francotiradores, asfixiados por el gas o acribillados por las ametralladoras, o perecieron en la tierra de nadie enredados en alambre de espino o por culpa de la gangrena, de las infecciones, el tifus u otras enfermedades; la mitad murió sin haber visto jamás al enemigo. La muerte caía del cielo de repente, y con una fuerza devastadora. Verdún fue una «academia de cubismo», dijo el pintor francés Fernand Léger en una carta enviada desde el frente, en la que contó que a su alrededor se acumulaban visiones y escenas demasiado absurdas para creerlas. «Por ejemplo, se encuentra uno un árbol con una silla en la copa. La gente normal te trataría de loco si pintaras algo así. Pero aquí basta sencillamente con copiar.»[12]

Para los soldados de ambos bandos del conflicto, ese apocalipsis mecánico se pareció a una honda traición a su valor y a sus deseos de sacrificarse por una causa justa. El valor no podía competir con la matanza industrializada, y sus cuerpos se transformaron en materia prima para la muerte, casi indistinguibles del barro marrón grisáceo que los rodeaba, abatidos tan a menudo por los proyectiles y granadas que terminaron convertidos en un apestoso cieno omnipresente, mezcla de cadáveres y de

excrementos humanos, que se tragaba botas y cuerpos enteros como un pantano maloliente.

Una vez rescatados de ese infierno, los cuerpos impotentes, temblorosos, mudos y descarnados de las víctimas de la neurosis de guerra pasaban a ser calladas acusaciones contra una guerra en la que las máquinas habían vencido por completo al hombre.

¿*Una generación perdida*?

En la batalla del Somme, y también en otras, la guerra fue una trampa especialmente mortal para los jóvenes de la élite social. Del lado británico, una quinta parte de los etonianos enrolados acabaron muertos, heridos o engrosando las listas de desaparecidos, mientras que la media nacional de bajas fue de una cada ocho hombres alistados durante toda la guerra. Y es posible cuantificar aún con mayor exactitud la generación perdida: de los 26.529 estudiantes de Oxford y Cambridge, 4.933 murieron en combate, es decir, también aproximadamente una quinta parte. No se trata sólo de un porcentaje más alto que la media nacional; el número de muertos solamente de esas dos universidades fue mayor que el de todas las universidades británicas sumadas (4.920). Así pues, fueron casi diez mil jóvenes de clase alta los que no regresaron nunca del campo de batalla.

Si bien puede ser cierto que las bajas entre la élite de la sociedad rondaron el 20 %, la cifra indica también que el 80 % de los soldados de clase media y alta volvieron a casa, y también es importante recordar que el 96 % de los soldados de infantería caídos en combate no eran oficiales ni graduados de escuelas públicas o de las principales universidades del país.

Con todo, estas cifras sólo cuentan la mitad de la historia. Hasta que estalló la guerra, Gran Bretaña tenía un ejército profesional que ofrecía la posibilidad de hacer carrera a los hijos menores de las familias ricas y a hombres de clase trabajadora que no tenían otras oportunidades. La segregación social fue una constante, y gran parte de la población quedó a salvo de los efectos de conflictos sangrientos como la Guerra de Crimea, no sólo por la distancia, sino también por las barreras invisibles que la separaban incluso dentro del país. La distancia fue una barrera hasta que se registraron las terribles pérdidas entre soldados profesionales en la batalla

del Somme, pero pronto se impuso la necesidad de buscar nuevos soldados. En 1916, con la introducción del servicio militar obligatorio, los reclutas fueron jóvenes de todas las capas sociales, lo que afectó a sus familias. Además de las pérdidas irreparables, 1,7 millones de hombres volvieron a Gran Bretaña con alguna extremidad amputada, horrendamente desfigurados, con los efectos duraderos de la neurosis de guerra u otras heridas. Para la sociedad británica, la Primera Guerra Mundial pareció ser la primera guerra de la historia.

A pesar de las cifras mencionadas, la generación perdida sigue siendo, en gran parte, un mito. De hecho, con 673.375 muertos o desaparecidos según las estadísticas del ejército (poco menos de un millón si incluimos todas las fuerzas del imperio), la pérdida de vidas británicas en combate, aunque bastante horrible de por sí, fue considerablemente inferior a la de otros países combatientes, tanto en términos absolutos como en lo que respecta a la población relativa. Dos millones de alemanes perdieron la vida, y un millón cien mil hombres del imperio austrohúngaro; 1,8 millones de rusos y casi 600.000 italianos...; cifras que indican claramente lo mucho que se sufrió también lejos del frente occidental. Edward Brittain, hermano de Vera, murió en combate en la sierra de San Sisto, cerca de Venecia.

En porcentajes, las mayores pérdidas fueron, con mucho, las de Serbia y el imperio otomano (la Turquía actual). Francia fue el país occidental que se llevó la peor parte (1,4 millones de muertos, es decir, el 3,5 % de toda la población y el 17% de todos los soldados alistados); en comparación, las cifras británicas (excluidas las fuerzas del imperio) fueron del 1,6 y el 12 % respectivamente. En realidad, la llamada generación perdida en Gran Bretaña fue incluso más numerosa que las generaciones anteriores, pues muchos otros hombres que de otra manera habrían emigrado principalmente a los Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda y Canadá decidieron quedarse en su país, participando a menudo en el combate, pero, no obstante, sobreviviendo a la guerra.

Con todo, las leyendas prestan poca a atención a las cifras absolutas. El mito británico de la generación perdida se basa concretamente en la «flor y nata de la juventud», los jóvenes bien formados de familias de clase media y alta, cuyo sufrimiento se consideró desproporcionado. De hecho, en ese punto el mito sí tiene una base real. Los jóvenes de origen relativamente acomodado eran, en efecto, los más dispuestos a presentarse voluntarios, en

parte porque se habían empapado de la fervorosa retórica patriótica de las escuelas privadas, y en parte porque, económicamente, eran más prescindibles que los jóvenes de clase trabajadora, cuyos padres y hermanos dependían parcialmente de sus ingresos y que, por tanto, no podían dejar de trabajar de un día para otro e ir a combatir.

Por otra parte, en un claro reflejo del sólido sistema de clases británico, los jóvenes graduados de las «buenas» escuelas y universidades privadas eran más aptos para llegar muy pronto a suboficiales, a los que luego enviaban directamente a la línea del frente aun con poca formación y ninguna experiencia; en consecuencia, también era más probable que cayeran antes que la tropa. Y así fue incluso después de la introducción del servicio militar obligatorio en 1916.

Traumatizados

Las ideas de «neurosis de guerra» y «generación perdida» arraigaron profundamente en la memoria británica precisamente porque explicaban en parte la sensación de traición, perplejidad y horror que caló en la conciencia nacional después de 1918. Todo un continente traumatizado por los acontecimientos vividos, y los síntomas de los soldados que volvieron del frente fueron una útil referencia, una metáfora del trauma colectivo.

De hecho, la neurosis de guerra, ese trastorno que hoy llamaríamos «estrés postraumático», no se observó sólo en Gran Bretaña, sino también en soldados de todas las partes en conflicto. Alemania y Austria (imperio austrohúngaro antes de 1918) tuvieron a sus *Kriegszitterer*, los que volvían de la guerra temblando; Francia, sus *névrosés de la guerre*, y otros países, con soldados que participaron en teatros de operaciones con alto grado de mecanización, notificaron asimismo casos similares. Especialmente en el frente occidental, y en las escarpadas laderas de los Dolomitas, en los Alpes italianos, donde la guerra se había librado en el infierno de las trincheras, la mente y el cuerpo de los hombres que vivieron ese terror sencillamente cedieron por culpa de una tensión constante. Algunos padecieron desórdenes con una fuerza simbólica: un joven tirador australiano perdió el ojo derecho, que era con el que apuntaba; otros perdieron el dedo índice con el que apretaban el gatillo, como si el cuerpo se hubiese negado a trabajar

en contra de la conciencia. Y casi todos dijeron tener pesadillas atroces que los atormentaban todas las noches.

La neurosis de guerra fue algo nuevo para los médicos, y se convirtió en el reflejo de una forma de combatir nueva y más inhumana si cabe. En 1919, Elmer Ernest Southard, pionero de la psiquiatría en los Estados Unidos, publicó una colección de estudios de casos de soldados afectados de neurosis de guerra y por heridas que les habían dejado profundas cicatrices, tal vez no en el cuerpo (fueron muchos los que regresaron intactos por fuera), pero sí en la psique. El trabajo de Southard fue excepcional, no sólo por deberse a uno de los primeros especialistas que reconoció el síndrome en toda su gravedad y todas sus variedades, sino también porque su punto de vista fue realmente incluyente y se podía aplicar a escala internacional. En el sobrio lenguaje médico de su época, Southard confeccionó un catálogo de mentes y cuerpos destrozados por la guerra, junto con los nombres de los médicos que trataron a las víctimas en sus respectivos países de origen:

Caso 81 (Juquelier et Quellien, mayo de 1917) [Francés]

Soldado al que le estalló cerca un proyectil, en observación en el hospital: «Se levantó de repente del banco, dio unos pasos; parecía estar atento, angustiado, como si tuviera que ponerse en guardia. Levantó la vista como si buscara algo ruidoso que se acercaba, después bajó la cabeza, hizo un ligero movimiento convulsivo y exclamó "¡Pum!", como quien imita el ruido de una explosión. Dio unos pasos más, repitió los mismos movimientos y así hasta que volvió a gritar "¡Pum!". Esto duró más o menos un cuarto de hora, y sin que el paciente supiera exactamente dónde se encontraba.»

«Manzanas en la tierra de nadie»
Caso 165 (Weygandt, 1915) [Alemán]

Soldado; en noviembre de 1914 saltó de improviso de la trinchera y se puso a recoger las frutas de un manzano que crecía entre las líneas de fuego. Lo hizo con la intención de llevar un saco de manzanas a sus camaradas, pero comenzó a arrojarlas a las trincheras francesas. Le ordenaron que volviera y, a la vista de su extraño comportamiento, lo hospitalizaron. En el hospital se lo vio a veces inquieto y con dificultades para hablar; trepaba por los postes del dormitorio y después exclamaba en voz alta que quería volver a las trincheras. Decía que no quería volver vivo a Alemania, que no quería vivir ni un día más. Que había cometido un pecado; que tenía una mancha de pecado, de Schand [*sic*; alemán, *Schande*, «vergüenza»] en el corazón.

Caso 475 (Purser, octubre de 1917) [Británico]

Inglés de 21 años en un regimiento de fusileros; llegó en mayo de 1915 al Hospital Universitario de Dublín (Voluntary Aid Detachment), mudo, con problemas de vista y de oído, las pupilas dilatadas, temblores, inquietud y debilidad. Daba la impresión de tener alucinaciones visuales.

> Aunque era sospechoso, lo trataron amablemente unos días; recobró la audición y escribió lo poco que recordaba sobre su casa y sobre la guerra, temblando de vez en cuando, y sudando; escribió: «Asilo; no me encierren, no estoy loco.»[13]

A los soldados con neurosis de guerra los trataban de distintas maneras en cada país y según la disposición del sistema respectivo a reconocer la naturaleza del fenómeno y a tratarlo con métodos más o menos innovadores. A manera de irónico subproducto de esa carnicería total, tratar a esos soldados conllevó avances no sólo en la fabricación de prótesis anatómicamente correctas y en la cirugía plástica, sino también en el tratamiento del trauma psicológico.

No obstante, el trauma era general. Después de noviembre de 1918, tras soportar lo que nadie debería soportar jamás y de haber visto lo que nadie debería ver nunca, a los soldados de todos los países en guerra la desmovilización con la que tanto habían soñado les llegaba a menudo como una experiencia dolorosa y desconcertante que a veces también los enfurecía. Al volver a casa, muchos de ellos se sentían abandonados, en una posguerra sin paz en la que nada parecía ser lo que había sido.

La guerra puso de manifiesto profundas divisiones y dio lugar a otras: entre los que volvieron del frente y los que no combatieron; entre los de derecha y los de izquierda; entre jóvenes y viejos; entre los que aspiraban a fundar un mundo nuevo y los que deseaban volver al viejo orden. Todas las sociedades acabaron no sólo más empobrecidas, sino también menos cohesionadas, menos optimistas y más intranquilas. Con la economía hecha pedazos (salvo en los Estados Unidos), las propias sociedades, con sus valores, se vieron sacudidas en sus cimientos. Hacia el final de la guerra, aproximadamente en agosto de 1918, una epidemia de gripe hizo estragos a escala mundial en el peor momento de privaciones y miseria. La «gripe española» mató a cerca del 3 % de la población mundial, pero la tasa de mortalidad fue mucho más alta en las ciudades empobrecidas de Europa y los Estados Unidos. Cuatrocientas mil personas murieron solamente en Francia. Cuando terminó el conflicto, los países europeos fueron víctimas de una serie de emergencias potencialmente devastadoras. Fue un desastre demográfico, político y económico que acabó arrojando por resultado una catástrofe cultural.

Como en estado de choque

Si se estaba construyendo un mundo nuevo, surgió de la falta de comprensión acerca de lo que había ocurrido y por qué, de una sensación que cabe calificar de estado de choque. Lo que era familiar antes de la guerra se había convertido en extraño; lo que se entendía resultaba de repente incomprensible. En algunos artículos sobre las víctimas de la neurosis de guerra, puede leerse en la muy respetada publicación médica *The Lancet*: «Algunos ciegos; otros, mudos; otros, locos, y son todos HOMBRES, con una acepción nueva de esta palabra; porque ahora más de una palabra vieja tiene un nuevo significado. Necesitaremos un Diccionario totalmente nuevo.»[14] Pero tal diccionario nunca existió, ni se inventó un método mágico para desentrañar los misterios de un mundo que había perdido su identidad.

Todo un continente compartió el horror mudo y la perplejidad de los combatientes que regresaron con neurosis de guerra, cuya experiencia había sido demasiado dura para que un cuerpo humano la soportara. Mientras se desmovilizaban y volvían a sus países millones de soldados traumatizados, estos hombres vieron que no había manera de comunicar lo que habían tenido que vivir, de comprender lo que había pasado y por qué. Sólo sabían que los habían traicionado, que los habían expuesto a un daño irreparable con falsedades, que el mundo pujante y vertiginoso, pero también profundamente optimista en que habían vivido apenas cuatro años antes, estaba definitivamente perdido.

La sensación omnipresente de traición y de estar fuera de lugar que describieron vencedores y vencidos por igual se debió, en parte, al peso de las cifras desnudas; por ejemplo, sólo Alemania tuvo que vérselas con seis millones de soldados desmovilizados en busca de trabajo, además de los 2,7 millones que volvieron lisiados sin remedio. Casi ninguno hablaba jamás de la guerra, y sus hijos tenían prohibido preguntar.

En Francia, esa sensación de pérdida y traición fue abrumadora. Era el país que más había sufrido en el frente occidental; más del 10 % de la población fue víctima directa de la guerra y los civiles se vieron gravemente afectados por la escasez de alimentos, por la falta de suministros médicos y los efectos de la epidemia de gripe. La producción industrial ya no existía, pues en todas partes escaseaban los obreros; en el noroeste del país, la zona

más castigada por los combates, miles de pueblos acabaron reducidos a escombros, decenas de miles de negocios desaparecieron y las infraestructuras estaban en ruinas. Francia quedó fuertemente endeudada, y en el primer año después de la guerra el valor del franco cayó un 50 %.

Y fue precisamente en Francia, en medio de ese difícil contexto económico, donde tuvo lugar un conflicto generacional especialmente grave. Como en todas partes, sobre todo en Alemania y los Estados Unidos, a los soldados franceses que regresaban a su país no les resultó fácil reinsertarse en la vida civil, pero incluso para aquellos que no habían combatido, la transición al periodo de paz estuvo plagada de decepciones y desengaños. Fue una generación de hombres alimentados con retórica patria, a los que exhortaron a morir una muerte honrosa y a encontrar la gloria en el sufrimiento del campo de batalla. Educados para luchar contra los *boches*, los alemanes, vieron de repente que la guerra había terminado y que su fervor patriótico ya no era deseable; se suponía que ahora debían ser más sobrios, ciudadanos estables que trabajaran por la reconstrucción de un país seriamente debilitado por la victoria, una Francia menos segura de sí misma y ya no tan influyente en el mundo. En el vacío que dejó la paz, muchos franceses jóvenes carecían de orientación. «En una Europa perdida, de sangre y odio, entre hombres dementes o aterrorizados, ¿qué rumbo, qué apoyo podía encontrar nuestra juventud?», escribió Marcel Arland, uno de esos jóvenes.[15]

Fueron muchos también los jóvenes que descubrieron que era difícil aclimatarse a esa vida nueva y nada heroica que ofrecía la paz. Antes de la guerra, y siendo todavía un adolescente, el escritor francés Pierre Drieu La Rochelle había soñado con ser un hombre fuerte y atlético, pero había tenido que aceptar que no estaba hecho para ser un héroe del deporte. Después, en el campo de batalla, y tras descubrir reservas secretas de valor en su cuerpo fibrado y hasta demasiado entrenado, se vio de repente al frente de una carga de bayoneta. Disfrutaba siendo soldado y le encantaba cada momento de la experiencia bélica; allí, la vida moderna, con toda su compleja decadencia y sus placeres sin sentido, se reducía a matar o morir. Drieu la Rochelle celebró el estallido de la guerra, pero cuando llegó la paz, con la banalidad de la vida burguesa, lo invadió el abatimiento.

Otros jóvenes, como el periodista y escritor Jean Prévost, también se sintieron hondamente decepcionados con esa paz deshonrosa: «Nos

enseñaron que sólo hay una cosa digna de respeto. Luchar», escribió. «Aceptamos que éramos inferiores a los que combatían y que nos pasaríamos el resto de nuestra vida admirándolos. Despreciábamos a los civiles y nos daban igual los viejos, los maestros, las mujeres, incluso nosotros mismos. [...] Cuando la guerra terminó, dimos por sentado que todo iba a cambiar. Íbamos a ser felices; seríamos una nación seria, como los norteamericanos.»[16] Sin embargo, cuando llegó la paz, no cambió nada. Los soldados que regresaron no eran esos héroes perfectos y dignos de admiración; eran hombres atribulados y traumatizados, muchos eran tullidos de guerra y con poco tiempo para ilusiones más propias de adolescentes ávidos de ídolos.

Entre los veteranos y la sociedad que habían defendido se instaló una profunda sensación de desconfianza. «Todos los de la generación de posguerra que se dedicaron a analizar lo que habían vivido pudieron estar de acuerdo en lo tocante al carácter único de su experiencia, al escepticismo que suscitaban los valores de antes de la guerra, a la posibilidad de nuevos comienzos y la alienación de los que regresaban del frente», escribió Robert Wohl sobre la «generación de 1914». «Esa ambivalencia para con los que regresaban [...] también fue fruto del desencanto. Educados durante la guerra para admirar a los hombres de uniforme azul y para adorarlos como a héroes, descubrieron que los que regresaban eran inmaduros y no bastante serios, y completamente anticuados en sus valores. Además [...] los decepcionaron su evidente preocupación por la muerte, la impotencia para producir cambios importantes en la sociedad, y los aburría tanta obsesión con la guerra.»[17]

A los dieciocho años, Jean Prévost describió la repugnancia que le provocaban los soldados que volvían a Francia tullidos o desfigurados. No eran los héroes que habían esperado encontrar. En Alemania y Austria, la reacción popular fue a menudo muy similar cuando los que no habían combatido en el frente veían esas heridas físicas o psíquicas demasiado obvias para ignorarlas.

Esos personajes desesperados eran los hombres a los que tantos oradores y escritores habían celebrado; los conquistadores, los héroes de la propaganda patriótica, los cuerpos viriles acerados para la grandeza en el horno de la guerra. La guerra no fue lo que se suponía que había sido. No sólo había devastado los hermosos pueblos, bosques y prados de Bélgica y

del noreste de Francia, no sólo había abierto cicatrices en los imponentes paisajes rocosos de los Alpes que tan cruelmente se habían disputado unidades austriacas e italianas y manchado de sangre las tierras del frente oriental, desde Riga, en el Báltico, a Galitzia y Chernovitz en la actual Ucrania... También había convertido a los soldados en piltrafas humanas y, a los héroes, en fantasmas acusadores. Los habían saludado como a héroes, pero ahora los veían más como alborotadores, mendigos, portadores de infecciones físicas y morales, subversivos peligrosos, desagradables recordatorios de la vergüenza y el desastre.

Mientras que la mayoría prefirió mirar para otro lado, la descripción de la cara desagradable de la guerra y sus consecuencias la asumieron con especial fervor los artistas expresionistas, con crudos retratos del horror que empezaban allí donde se detenía la fotografía documental. Georges Grosz y Otto Dix pintaron el lado grotesco del sufrimiento de los soldados rasos, mientras los oficiales, monstruos de uniforme con la cabeza rasurada e inexpresivos ojos de cerdo, disfrutan de su obscena y estúpida obsesión con la muerte y el honor.

Para no olvidar

El 19 de julio de 1919, mientras Gran Bretaña celebraba el final oficial de las hostilidades con un desfile de la victoria, un cenotafio (una «tumba vacía») de madera y yeso se erigió en Whitehall como monumento a los millones de soldados cuyos restos habían quedado irreconocibles, y cuyos cuerpos, entremezclados y fragmentarios, yacían en fosas sin nombre. Esa Tumba del Soldado Desconocido fue finalmente reemplazada por una estructura de piedra. El héroe sin rostro se convirtió en la cara de la memoria oficial de una catástrofe que superaba las posibilidades de descripción y comprensión.

En 1920, además del cenotafio simbólico (que, en efecto, estaba vacío), se enterraron en la abadía de Westminster los restos de un soldado británico anónimo. Otros países también construyeron tumbas similares poco después de terminada la guerra. En París, bajo el Arco de Triunfo; en Roma, en el grandioso monumento a Víctor Manuel II; en los Estados Unidos, el lugar

escogido fue el cementerio de Arlington, el corazón de la memoria militar norteamericana.

En Alemania, las autoridades municipales de Weimar estaban dispuestas a llevar el dolor de toda la nación directamente al corazón espiritual del país, la morada de Goethe, Schiller y Nietzsche. Según un plan arquitectónico de 1924, en una ladera que bajaba suavemente detrás de la mítica casa de verano de Goethe se construiría un *Ehrenhain*, un bosquecillo donde se honrarían y alojarían miles de tumbas de soldados, pero el proyecto no pudo llevarse a cabo por falta de fondos.

Los fantasmas de los que nunca volvieron del frente ocuparon lugares de conmemoración centrales, epicentros del dolor de la comunidad, pero siguieron persiguiendo a los vivos, y muchos aspectos del periodo de entreguerras sólo pueden comprenderse desde la perspectiva del trauma, de la traición y el desencanto que imperaron durante la guerra e inmediatamente después del final. Los rituales del recuerdo pudieron concentrar la sensación general de pérdida, pero, junto con los monumentos mismos, también fueron objeto de violentas disputas entre adversarios políticos. La fractura y los enfrentamientos sociales, atenuados brevemente durante la guerra, volvieron a aflorar de repente con una fuerza aún mayor, y las certezas deshechas crearon un potente deseo de grandes verdades y respuestas concluyentes. No hay sensación más profundamente inquietante y corrosiva que la de vivir una vida sin sentido.

Mientras los europeos se esforzaban por comprender la magnitud de la catástrofe, comenzaron a afirmarse nuevas certezas. Una de ellas, la visión nostálgica de un mundo intacto, de un mundo casi paradisiaco anterior a 1914, se transmitió por medio del cine, las operetas, novelas y periódicos. Tal era la necesidad de alguna verdad, de la clase que fuere, y de una causalidad sólida que reemplazara el aparente caos del verano de 1914, que los mismos que vivieron los años de la guerra, los que describieron esa época como años de aturdimiento, aterradores y demasiado rápidos en una dirección desconocida, de pronto sintieron el intenso deseo de aceptar la imagen del siglo XIX como un veranillo apacible, cuando la gente habría vivido moralmente, habría aceptado su condición y se habría dedicado a elaborar rituales sociales y al fomento de las artes.

A comienzos de la década de 1930, la imagen del mundo tranquilo de ayer, esa supuesta edad de oro, ya estaba firmemente consolidada, y la

celebraban el cine, la ficción y los libros de memorias. Campbell Willie Martin, ahora padre de familia instalado en algún lugar de Londres, pudo ser uno de los millones de personas que albergaron esa nostalgia de un mundo mejor; pero es posible que él supiera más cosas, fiel al recuerdo del trauma que lo atormentaba por las noches, en esos sueños que tanto temían los que habían visto lo que nadie debería ver jamás y habían sobrevivido.

1919: EL GOLPE DE ESTADO DE UN POETA

> Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales. [...]
> Elam, Nínive, Babilonia, eran nombres hermosos y vagos, y la ruina completa de esos mundos también tenía poco significado para nosotros, aparte de su existencia misma. Pero Francia, Inglaterra, Rusia... también serían nombres hermosos. Lusitania también era un nombre hermoso. Y ahora vemos que el abismo de la historia es bastante grande para todos.
>
> PAUL VALÉRY, «La crisis del espíritu» (1919)

Nunca se había ocupado más triunfalmente una ciudad que cuando los camiones cargados de voluntarios entraron en Fiume el 12 de septiembre de 1919, aclamados por treinta mil entusiastas, casi todos los habitantes de la ciudad. A la cabeza de la airosa fuerza de ocupación marchaba una leyenda viviente, un héroe de guerra, el poeta italiano más grande del momento, Gabriele d'Annunzio, que lo había arriesgado todo para liberar la ciudad ocupada y devolverla a la madre patria, Italia. Desde el balcón del ayuntamiento, engalanado con las banderas de la ciudad recién liberada, el nuevo señor del lugar se dirigió así a la población: «Italianos de Fiume... Aquí estoy. [...] Hoy no deseo decir más nada. [...] Aquí está el hombre que lo dejó todo para ponerse completamente al servicio de vuestra causa. [...] Aquí estoy. Yo, el voluntario, el que ha combatido en todas las armas, el herido y mutilado, vengo a responder a la profunda angustia de mi país declarando que hoy la ciudad de Fiume ha sido devuelta para siempre a la Madre Italia.»[1]

Sólo había un problema, a saber, que la Madre Italia no quería esa

pequeña ciudad de la costa croata y de población mayormente italiana. Italia había cedido el territorio durante las negociaciones del Tratado de Paz de Saint-Germain; a cambio había obtenido unas extensas tierras. La aventura poética de D'Annunzio no fue bien recibida, y el primer ministro fingió no darse por enterado, incluso después de que el autor, convertido en autócrata, le escribiera una efusiva carta poniendo el poder a sus pies.

Sin inmutarse por este revés, D'Annunzio creó un Estado libre en los dieciocho kilómetros cuadrados de un territorio que ahora era suyo. Al fin y al cabo, el poeta dominaba los gestos pomposos. Durante la guerra, se había alistado en el ejército italiano a pesar de su edad –tenía cincuenta y dos años cuando empezó el conflicto–. Había pilotado aviones y había luchado en el campo de batalla. En 1918 había incluso dado un osado golpe propagandístico volando a Viena, la capital del antiguo rival europeo de Italia, donde lanzó desde el aire cientos de panfletos con la bandera tricolor italiana y la orgullosa afirmación de que podría haber lanzado bombas en lugar de octavillas. No obstante, no era él quien pilotaba ese avión; dos años antes había perdido el ojo derecho en un accidente, en el curso de una misión. Era un héroe de guerra que se había sacrificado por su país.

Es posible que D'Annunzio se sacrificara no tanto por la gloria de Italia, sino por la suya propia, ya que fue uno de los escritores más fascinantes y de más pronta comprensión e ingenio en una época en la que abundaban los grandes personajes. Bajo de estatura, con una calva incipiente y lejos de ser un hombre bien parecido, se enorgullecía de haber seducido a cientos de mujeres, incluidas algunas de las más ricas, más aristocráticas y más famosas de su tiempo. Conocido por su voluptuosidad, había pasado en París los años anteriores a la guerra para esquivar a las legiones de acreedores que habían financiado su desmesurado estilo de vida: varias mansiones espléndidas y un guardarropa con cientos de pares de zapatos y guantes de pieles exóticas y delicados colores. También era famoso por su camisa de noche con un agujero redondo bordado en oro en la parte delantera para facilitar la unión con su amante de turno; por ser un digno heredero del gran Casanova y maestro del verso embriagador desbordante de pasión, fragancias y alusiones a la Antigüedad; por presentarse como un Ícaro moderno que cada vez volaba más alto, como si quisiera tocar el Sol. Durante sus días de piloto de guerra, lo vieron subir al avión con botas de cuero y de tacón que su fiel criado le lustraba cada mañana.

Hasta sus principales detractores tuvieron que admitir que su poesía era extraordinaria; suntuosa, potente, profética y, a la vez, absolutamente amoral. D'Annunzio siempre había sabido transmitir en palabras los sentimientos más refinados y más nuevos de su época. Había sido el príncipe de los poetas decadentes durante el *fin-de-siècle*. A principios del vertiginoso siglo XX descubrió la aviación y comenzó a elogiar, en sus composiciones, la velocidad, la rapidez de las máquinas, la seducción. Cuando estalló la guerra decidió ser soldado y encomió las virtudes de la lucha viril; y ahora, en Fiume, se erigió a sí mismo en otro molde.

D'Annunzio tomó la ciudad llevado por un sentimiento de indignación, valiéndose de su fama para encontrar aliados entre los soldados que se sentían traicionados y decepcionados con las condiciones que les imponía la paz; entre otras, la cesión de un territorio que para ellos era italiano. Ahora estaba decidido a hacer valer sus influencias para crear, aprovechando la energía del momento, una nueva clase de movimiento, de comunidad. Durante la guerra, cuando, con discursos vehementes y apasionados que contribuyeron a aumentar su fama, inmensa ya entonces, había intentado convencer al gobierno para que entrase en el conflicto, D'Annunzio había descubierto una nueva fuerza en su oratoria, oscura y fascinante, y en la experiencia de seducir, con la pasión, a miles de italianos:

> Rostros, rostros, rostros sin número pasan por delante de mi ojo vendado, como la arena caliente que se desliza por un puño. ¿No es la multitud romana, la de aquella noche de mayo en el Capitolio? ¿Aquella enorme, que se movía como las olas, aullando?[2*]

El poeta reconvertido en político se dispuso a esculpir la estatua de lo que él, en contra de la voluntad de quienes lo apoyaban en esa conspiración, llamaba la *impresa*, es decir, la aventura, la empresa, el golpe, no la República de Fiume. Sus discursos desde el balcón, estimulantes y grandilocuentes, llegaron a ser auténticos acontecimientos cotidianos que sus tropas escuchaban con suma atención, pues se aburrieron pronto de la vida en esa pequeña ciudad portuaria. Alzando el brazo, D'Annunzio imitaba el saludo romano, que había visto y admirado en una representación en la Ópera de París. Vestía uniforme y adoptó el título de *duce*.

Según contaron los hermanos Osbert y Sacheverell Sitwell, dos viajeros británicos, todas sus poses tenían un marcado tono operístico. Como otros

miles de jóvenes aventureros, los hermanos se sintieron atraídos por el nuevo pequeño Estado y quisieron conocer al comandante, en el ayuntamiento «construido a imitación del conocido estilo elefantiásico y renacentista que es el sueño de todos los consejos municipales del mundo». Gracias a su elocuencia y a sus contactos, los recibieron, aunque no antes de que presenciaran, con una mezcla de perplejidad y fascinación, las escenas que tenían lugar en las calles: «La animación general y la ruidosa vitalidad parecían ser los heraldos de un nuevo país, de un nuevo sistema. [...] Todos los hombres parecían lucir un uniforme que ellos mismos habían diseñado; algunos tenían barba, y se habían rapado la cabeza para parecerse al comandante, que ahora estaba calvo; otros se habían dejado crecer unos mechones enormes, de unos quince centímetros, que les caían por la frente, y, colgando en la nuca, un fez negro.»[3] Algunos de esos luchadores por la libertad eran veteranos ya canosos de las campañas de Giuseppe Garibaldi, medio siglo antes.

D'Annunzio era un romántico incurable que ideó una constitución para su diminuto Estado, corporativista, pero también progresista en muchos aspectos. Su carta magna proclamaba la igualdad absoluta entre hombres y mujeres y entre religión y ateísmo; garantizaba la enseñanza gratuita y laica para los niños; establecía una estricta división de poderes dentro del Estado y aseguraba una sólida base democrática. Fueron muchas las influencias que se reflejaron en su obra; no menos importantes que las demás fue la del sindicalista y anarquista Alceste de Ambris, pero al final el sello característico es el del poeta y potentado, que añade a los útiles, pero vulgares, nueve gremios (obreros, docentes y marinos, entre otros) un décimo, al que denominó *energia* y que estaría formado completamente por artistas cuyo cometido sería inspirar a la sociedad. La música pasó a ser uno de los principios constitucionales más importantes; no cabe duda de que era un arte muy apropiado para un *duce* que había instalado en su palacio a su amante de turno, una pianista italiana de moda –con piano y todo–, y al que le gustaba escribir textos políticos con las sonatas de Beethoven de fondo.

Gabriele D'Annunzio, poeta y héroe de guerra italiano, famoso por sus versos fragantes y sus incontables amoríos. Casi sin quererlo, también inventó la estética del fascismo.
Dominio público

No obstante, el arte y la realidad comenzaron a chocar entre sí cada vez con mayor frecuencia, y de una manera nada melodiosa. Una vez lo hicieron, literalmente, mientras D'Annunzio escenificaba una parodia de batalla en honor de una orquesta invitada para entretener a sus soldados. Osbert Sitwell cuenta que la lista de bajas de esa batalla incluyó a varios músicos. Así y todo, más común era que la poesía y la prosa estuvieran penosamente enfrentadas en la administración de la ciudad, pues el *duce* no era hombre dado a desempeñar debidamente el minucioso y monótono trabajo administrativo. A veces desaparecía en sus aposentos y tardaba días en volver a asomar la cabeza; al parecer, se dedicaba a pensar y a buscar inspiración, comiendo apenas y sin permitir que nadie lo molestara por ningún motivo. Asimismo, era conocido por sus gestos grandilocuentes y repentinos. Nada de ello sirvió para poner orden en una ciudad sin ingresos, donde pululaban los mercenarios aburridos que sólo ganduleaban en la plaza. Italia había instaurado un bloqueo, y eran pocos los comestibles y otras mercancías que llegaban a Fiume por los canales regulares. Cuando los saqueos se hicieron más frecuentes y empezaron las violaciones, la gente de la ciudad comenzó a odiar a sus liberadores. Así pues, para alimentar tantas bocas hambrientas y dar a los hombres algo que hacer, el Estado rebelde decidió dedicarse a la piratería.

D’Annunzio había concebido su golpe como una piedra necesaria para asfaltar el camino que llevaba a Roma, viéndose a sí mismo, sin duda alguna, como el gobernador literario de Italia, a la altura de un Marco Aurelio; pero sus aliados tenían otras ideas. Uno de ellos, Benito Mussolini, el líder fascista en ciernes y futuro auténtico Duce, le había prometido su apoyo, pero de improviso se negó a actuar según sus fraternales palabras; estaba aprendiendo a conocer la fuerza emocional y la *grandezza* del poeta, y empezó a imitar sus uniformes, el saludo romano y su retórica, pero sin ninguna intención de sentar a su compañero de armas en el trono que él aspiraba a ocupar. D’Annunzio, nada dispuesto a reconocer el fracaso de su empresa, seguía atrapado en su rocoso reducto de la costa adriática, anclado en el ayuntamiento construido en un estilo tan pomposo como su habitante.

El gobierno italiano puso fin a esa farsa en 1920. Reforzó el bloqueo por tierra y por mar, reunió una fuerza invasora y comenzó a bombardear la ciudad, hiriendo al solitario *duce* en su grandioso palacio, dándole así una buena excusa para decir adiós a su plan. D’Annunzio se marchó como había llegado, es decir, con clase. No lo acusaron de nada; antes al contrario, Mussolini, que no había hecho nada por apoyar las ambiciones políticas del poeta, lo utilizó, y no poco, enalteciendo su figura de luchador por la patria. Agotado, pero también aliviado, el escritor volvió a sus pasiones de siempre y se dedicó a escribir, a las mujeres y, cada vez más, al lenguaje y el estilo políticos que había contribuido a inventar: el fascismo.

El priápico D’Annunzio vivió siempre enamorado de la fuerza viril; en gran medida, como los futuristas, aun sin ser tan aburridamente predecible como éstos, con sus himnos a la violencia masculina y a las máquinas veloces. Sus contribuciones fueron el argumento y el guión para la epopeya fílmica *Cabiria* (1914), la película más cara rodada hasta la fecha. El protagonista de esa *extravaganza* de arena y sandalias era el robusto Maciste, un Hércules moderno que posteriormente apareció en otras veintiséis películas.

Fiume fue la obertura de una ópera bufa que acabó siendo una de las tragedias más devastadoras del siglo XX. Gracias a Mussolini, su aliado, la breve incursión de D’Annunzio en la política dejó una impronta estilística en muchas de las dictaduras que siguieron, si no en todas; pero, más allá de los saludos militares y los uniformes, más allá de las marchas y la fiebre por

los discursos, la sensación de amargura y traición que tanto cundió en Europa después de 1918 alimentó una revolución afín mucho menos visible, pero, en cualquier caso, más influyente, a saber, una revolución conservadora.

Fue un golpe muy duro al desorden y el desencanto, a las huelgas y las escaramuzas callejeras, contra la amenaza del bolchevismo, contra las interminables y desalentadoras concesiones de la democracia y el patente declive de la moral. La guerra interior penetraba cada vez más en las sociedades endurecidas por años de derramamiento de sangre. «¡Ciudadanos, preparaos!», había exhortado el poeta a sus seguidores antes de la ocupación: «Va a empezar la batalla contra todo y contra todos, por nuestros derechos, por nuestros muertos. Lo escribiremos con sangre en nuestros estandartes.»[4]

La seductora retórica de D'Annunzio es un ejemplo perfecto de la clase de poesía que se desarrolló como respuesta a la dura realidad de la posguerra europea. La revolución que él y sus partidarios predicaban se expresaba en contradicciones. Era una cuestión de vida o muerte, de salud contra enfermedad, de belleza contra fealdad, de juventud contra vejez, de honradez contra mendacidad; era lo auténtico en lucha con lo artificial, la fuerza enfrentándose a la debilidad, el campo frente a la ciudad, la naturaleza pura y noble contra la vida urbana corrupta y corruptora... En una palabra, un remedio para todos los males de la civilización moderna.

La revolución sería obra de una reducida élite intelectual, pero también del pueblo y para el pueblo, con rasgos marcadamente socialistas. Su objetivo era restablecer el orden natural y el ímpetu de las fuerzas vitales primordiales y de las «razas» superiores, sin dejar rastro de los repugnantes placeres degenerados con que la gran ciudad apartaba a hombres y mujeres de su destino racial y natural y destrozaba los sueños socialistas de solidaridad e igualdad. Se aspiraba a hacer realidad una utopía, sabiendo, e incluso deseando, que el camino hacia la redención estaría empapado de sangre.

Historias de decadencia

D'Annunzio y otros revolucionarios conservadores estaban decididos a

defender al individuo heroico contra las frías reglas de la técnica y de los tecnócratas que habían comenzado a manifestarse en 1900 y que habían caracterizado la guerra. Fue el suyo un intento de rescatar la idea de lo que significa ser humano, convertida en obsoleta –si es que alguna vez había existido– por la vida moderna. Desde ese punto de vista, el problema no era la técnica, sino la decadencia, fruto de la vida antinatural e impropia de un hombre de verdad que ahora llevaban decenas de millones de urbanitas.

El inconformista poeta italiano no era el único que sostenía esa opinión, defendida también en una obra erudita en dos volúmenes escrita por Oswald Spengler, un ex profesor de instituto y periodista ocasional, achacoso, miope y caracterizado por su torpeza social, que vivía en Múnich de una pequeña herencia y había dedicado diez años de su vida a escribir *La decadencia de Occidente*. Spengler era un polímata excéntrico, con estudios oficiales e informales en una amplia gama de ciencias y humanidades; se había impuesto la prodigiosa tarea de explicar la historia en su totalidad, de crear, podría decirse, una fisiología de la vida humana y del destino de las civilizaciones de todos los tiempos y todas las regiones del planeta.

Su método era tan excéntrico como él mismo, y lo tomó prestado, literalmente, de Nietzsche, de Goethe, del biólogo Ernst Haeckel y otros pensadores. Cuando, en el verano de 1918, se publicó el primer volumen (el segundo vio la luz en 1922), pasó inadvertido, y las pocas críticas que recibió no fueron favorables; el libro parecía destinado al olvido. No obstante, después lo descubrió un público más amplio y, a medida que aumentaron las ventas, la influencia de las ideas de Spengler se multiplicó hasta alcanzar proporciones espectaculares y se difundió por numerosos países con cada nueva traducción y edición.

La decadencia de Occidente se publicó en la Rusia soviética en 1923, y alcanzó una popularidad tal, que en 1922, un año antes de que apareciera la traducción rusa, ya vio la luz en Moscú una colección de artículos críticos firmados por prestigiosos pensadores rusos (entre ellos, los filósofos de la religión Nikolái Berdiáiev y Semen Frank). Los lectores anglófonos tuvieron que esperar hasta 1926 para acceder a la prosa oracular del maestro. Sin embargo, incluso allí donde no se dispuso inmediatamente de una traducción, los lectores cultos sabían suficiente alemán para entender el original. Los intelectuales italianos, que no pudieron leerlo traducido hasta 1957, quedaron fascinados con él y lo usaron como clave para entender el

Fausto de Goethe. En 1926, la obra ya había vendido cien mil ejemplares solamente en Alemania.

La decadencia de Occidente no es un libro de lectura fácil, y se percibe como un texto sesudamente «alemán»: de tono profesoral, intrincado, con frases largas y laberínticas y un desfile de nombres famosos en cada página. De la Antigüedad al Chicago de los años veinte del siglo pasado, de Moisés a Marx y del arte griego a Goethe, no es la clase de obra que se convierte en un tema de conversación cotidiana en el mundo occidental. Pero, a veces, de un libro extenso con dilatadas explicaciones puede emanar un curioso atractivo para cierta clase de lectores y, por irónico que parezca, el lenguaje oracular y a menudo oscuro de Spengler garantizó que su obra fuese objeto de lecturas diversas y que se lo citara con una frecuencia admirable aun cuando no se entendiera. Lo más importante fue, quizá, que su publicación en dos partes (1918 y 1922) resonó oportunamente entre lectores de la posguerra cuya sensación de desencanto y resentimiento pedía a gritos algo parecido a un compendio.

Inspirándose en la *República* de Platón, Spengler dividió el periodo de vida de todas las civilizaciones en estaciones o edades –infancia, juventud, madurez, vejez– a las que atribuía características particulares. Según el autor, el presente era la senilidad del mundo occidental, que había agotado toda la gama de manifestaciones de sus genios y sólo podía recuperar la grandeza si entraba en un periodo de «cesarismo» en el que el destino individual vendría a erradicar los síntomas de la decadencia, concretamente, el imperio del dinero, de la prensa y de la democracia, que para el autor eran los mecanismos que empleaban los desalmados poderes capitalistas para manipular y esclavizar a poblaciones enteras y pervertir el curso natural de la historia.

Para Spengler, la verdadera naturaleza de todas las civilizaciones la determinaba la «sangre», un término que usaba a discreción y metafóricamente para denotar, más que la etnicidad, las características únicas de una cultura dentro de un paisaje y un entorno dados: «Una masa inabarcable de seres humanos, un torrente sin orillas, que nace en el pasado sombrío, allá donde nuestro sentimiento del tiempo pierde su eficacia ordenativa y la fantasía inquieta –o el terror– evoca la imagen de los periodos geológicos, para ocultar tras ella un enigma indescifrable; un

torrente que va a perderse en un futuro tan negro e intemporal como el pasado.»[5*]

Según Spengler, ningún individuo, ninguna civilización pueden eludir al destino, y cada «raza fuerte» intentará imponerse sobre las demás, dirigida por un hombre excepcional que conservaría su poder «por toda su existencia personal, y aún más allá para la sangre de sus hijos y nietos».[6] Ése era el destino del hombre, pues: «La mujer, en cuanto madre, es historia; el hombre, en cuanto guerrero y político, hace la historia.»[7]

Con el triunfo de la política angloamericana contemporánea, la fuerza vital de la civilización, sólida y natural, había acabado sometida a una inmensa máquina de formación de opiniones: «No se habla de hombre a hombre; la prensa, y con ella el servicio de noticias radiotelefónicas y telegráficas, mantienen la conciencia de pueblos y continentes enteros bajo el fuego graneado de frases, lemas, puntos de vista, escenas, sentimientos, y ello día por día, año por año, de modo que el individuo se convierte en mera función de una "realidad" espiritual enorme.»[8] Spengler opinaba que ese grandioso sistema estaba condenado al fracaso porque terminaría socavándose a sí mismo. Al final, la «voluntad de poder» (término que tomó de Nietzsche) acabaría afirmándose: «Por el dinero, la democracia se anula a sí misma. [...] En la democracia posterior resurge la raza y esclaviza los ideales o los tira con sarcasmo al arroyo.»[9]

Ese «conflicto entre el dinero y la sangre» conduciría a otra revolución, un gran levantamiento de los fuertes por naturaleza contra todo lo débil y pervertido. «La economía monetaria hastía hasta producir asco», escribió Spengler. Espérase una salvación; escúchase atento por si llegara un sonido claro de honor y caballerosidad, de nobleza interior, de renuncia, de deber. Y despunta entonces de nuevo una época en la que despiertan en lo hondo los poderes formales de la sangre, que habían sido reprimidos por el racionalismo de las grandes urbes. [...] El cesarismo crece sobre el suelo de la democracia; pero sus raíces penetran en los subsuelos de la sangre y de la tradición.»[10]

Para muchísimos lectores, esa curiosa mezcla de romanticismo e idealismo, de observación perspicaz y alocada generalización, pasó a ser una biblia de la posguerra, pues parecía explicar por qué la vida urbana en particular se veía como despojada de su código moral y por qué la civilización occidental en general parecía girar sin sentido alrededor de sí

misma, produciendo (aparte de dinero) millones de vidas desperdiciadas y decadencia moral.

El amplio análisis de Spengler, y su conclusión de que sólo un dictador podía salvar de la autodestrucción a la civilización occidental, consiguiendo que oyera una vez más la voz de su «sangre», tuvieron muchos admiradores e imitadores, no tanto entre los historiadores como entre profesores, periodistas y políticos que deseaban presentar una imagen de la historia universal y de la grandeza nacional. Lo que cautivó a los lectores de Spengler fue, más que la vertiginosa profusión de nombres y sus incursiones en la economía, la historia del arte y la biología –erróneas en muchos de sus detalles–, el mensaje subliminal en que se unían el destino, la salud y la fuerza, abierto a muchas interpretaciones. Hitler, convencido de ser ese hombre del destino que exigía la teoría de la historia de Spengler, visitó en 1933 al escritor, ya mayor; pero el autor, que abominaba la violencia (y no sólo en teoría) y detestaba a los nazis por considerarlos plebeyos, lo recibió con frialdad. Cuando, ese mismo año, el nuevo régimen le ofreció una cátedra en la prestigiosa Universidad de Leipzig, la rechazó.

Los partidarios de esta revolución conservadora fueron muchos, y de procedencias tan variadas como la interpretación y la importancia que daban a esas ideas. Entre ellos había veteranos del campo de batalla, como los escritores Ernst Jünger en Alemania y Pierre Drieu La Rochelle en Francia; se consideró que *Tempestades de acero* (1920) de Jünger glorificaba la experiencia de la guerra. Por su parte, Drieu La Rochelle se volvió cada vez más hacia el fascismo y el antisemitismo y acabó sumándose al colaboracionismo tras la invasión de Francia por los alemanes. En este contexto cabe citar también a algunos filósofos, como el existencialista Martin Heidegger, que luego se vio comprometido por sus conexiones con los nazis. Tampoco D'Annunzio fue el único poeta; en Alemania destacó el influyente Stefan George; entre los norteamericanos expatriados cabe citar a T. S. Eliot y Ezra Pound; también pertenecieron a esta corriente «científicos» que se ungieron a sí mismos y profetas como el propio Spengler, y personajes de la política como el francés Charles Maurras, líder de Action Française, un movimiento católico, monárquico y nacionalista; en Inglaterra, Oswald Mosley, aristócrata veterano de las trincheras, fundó la Unión de Fascistas Británicos. Y, en Italia, el poeta Giovanni Gentile y el propio Mussolini.

La amenaza roja. Los bolcheviques negros

La revolución conservadora reunió sus tropas. No obstante, en las calles las ideas ya chocaban entre sí, y lo hacían con violencia y sangre. En Italia, por ejemplo, eran intensos los enfrentamientos entre comunistas y sindicalistas y las milicias inspiradas por las hazañas heroicas de D'Annunzio y leales a Benito Mussolini. Manifestaciones violentas, huelgas con piquetes, enfrentamientos armados y asesinatos políticos estuvieron a la orden del día en el tambaleante Estado. Alemania parecía encontrarse prácticamente en guerra; Hungría vivió dos golpes de Estado en un año y acabó sometida a la mano dura del vencedor, el almirante Miklós Horthy; Armenia era un baño de sangre y en el Levante no cesaban los tumultos; Rusia seguía siendo un extenso campo de batalla donde los ejércitos, el Rojo y el Blanco, libraban una guerra descarnada.

Entre tantas incertidumbres, las ideas cobraron una importancia existencial que se les niega en épocas menos turbulentas. La incipiente lucha entre dos sueños rivales, el fascismo y el socialismo, tenía los rasgos de todos los demás conflictos sociales que a menudo enmascaraban el miedo, la codicia y la envidia; pero, al mismo tiempo, lo que se vivió en esos años fue realmente un conflicto de ideas, culturas y aspiraciones. Las creencias no habían vuelto a ser tan fundamentales, ni tan mortales, desde la Guerra de los Treinta Años.

Sin embargo, la revolución conservadora, convencida de que no tardaría en estallar un conflicto basado en la «sangre» y en la raza, no se predicaba sólo en Europa. De hecho, en 1919, la mayoría de los observadores que anticipaban disturbios raciales, e incluso asesinatos masivos, habrían pensado más que nada en los Estados Unidos. Durante la guerra, el presidente Woodrow Wilson, reformista y magnánimo, había prometido «hacer del mundo un lugar seguro para la democracia», y muchos de sus votantes desearon que los sacrificios de la guerra sirvieran para consolidar su causa. Para un sinnúmero de mujeres que tuvieron que sustituir a los hombres en las fábricas y las empresas, esa causa era el sufragio; para los negros que arriesgaron la vida en el frente, eran los plenos derechos civiles; para los norteamericanos de origen irlandés, la independencia de Irlanda del Norte; para los de origen italiano, el reconocimiento de Fiume como ciudad

italiana (D'Annunzio llegó a ser un héroe para ellos); para los reformistas sociales, el final del trabajo infantil.

Sin embargo, la guerra no había servido para hacer realidad esos sueños. Cierto, las exigencias de una economía de guerra y la mayor implicación del gobierno en la industria habían reafirmado los derechos de los trabajadores, y el tener que abastecer a todo un ejército que combatía en suelo extranjero había sido un estímulo para la agricultura; pero, al mismo tiempo, el clima imperante en el país había cambiado, y los conservadores radicales comenzaron a ganar la discusión sobre el rumbo que debía tomar la ciudad.

El compromiso de Wilson durante las negociaciones que concluyeron con la firma del Tratado de Versalles, para las que viajó personalmente a París, fue ridiculizado, y el tratado que tanto había costado consensuar fue rechazado por el Senado. Fue la mayor derrota de la vida de Wilson. El presidente, con sus elevados principios, internacionalista y un punto victoriano, quedó destrozado. Además, antes de que el Senado de los Estados Unidos rechazara el tratado, Wilson había padecido un serio problema de salud que lo dejó literalmente inválido. El país parecía cerrarse sobre sí mismo, y surgieron otras fuerzas.

El odio y el miedo estallan sobre líneas de falla culturales. En Europa, los diferentes grupos étnicos, religiones y rencores muy antiguos, disfrazados de racismo científico, alimentaron el antisemitismo –el nórdico, el alemán, el galo, el eslavo– y coincidieron con otras visiones supremacistas de un futuro puro y limpio. En los Estados Unidos, esos debates no giraron principalmente en torno a la religión (a pesar de la discriminación que padecían católicos y judíos) ni a viejos recuerdos europeos. Allí vivían atormentados por el pecado original del país, un sueño noble construido sobre la esclavitud y las masacres.

Los veteranos de los batallones negros del ejército norteamericano habían decidido arriesgar la vida en el extranjero por un trato más justo en su país, pero los privaron cruelmente de todas las esperanzas en una vida mejor y más digna. Durante la época en que una de esas unidades negras se dedicaba a la instrucción en Spartanburg, Carolina del Sur, el alcalde de la ciudad, J. T. Floyd, declaró que «con sus ideas del norte sobre la igualdad racial, [estos soldados negros] probablemente esperarán que los traten como a hombres blancos. Estoy en condiciones de afirmar aquí y ahora que no los

tratarán como a blancos. Estoy en condiciones de afirmar aquí y ahora que sólo los tratarán como a negros. Los trataremos exactamente como tratamos a los negros que residen aquí». Tras aclarar lo que eso comportaba, otro ciudadano añadió: «Les puedo decir con total seguridad que si alguno de estos soldados de color entra en un bar o algún otro local y pide que le sirvan, lo agredirán. Alguien le tirará una botella. No permitimos que los negros usen el mismo vaso del que más tarde podría beber un blanco. Aquí tenemos nuestras costumbres y no vamos a cambiarlas.» Durante ese mismo mes, soldados negros de Houston, Texas, se habían rebelado contra la manera en que los trataban y se habían enzarzado en un tiroteo con blancos del lugar; diecisiete blancos residentes murieron. Seguidamente, y tras pasar por un consejo de guerra, trece soldados negros murieron en la horca.

Héroes norteamericanos: los Hellfighters de Harlem combatieron con valor en el frente occidental. Dado que los oficiales (blancos) no confiaban en ellos, su unidad pasó a formar parte del ejército francés.
Dominio público

A la vista de esa clase de actitudes, los soldados negros vivieron su

servicio en Europa como una liberación. Tras embarcar en el buque *Pocahontas*, el 369 Regimiento de Infantería, apodado los «Hellfighters de Harlem», partió en noviembre de 1917 y llegó a Brest el día de Año Nuevo de 1918. La llegada de afroamericanos a la banda de la unidad, que tocaba las marchas más ruidosas y bailables, produjo un enorme revuelo en la ciudad portuaria francesa y en todo el país. James Reese Europe ya era un famoso director de orquesta, y el general John Pershing, al mando de la fuerza expedicionaria norteamericana, advirtió el potencial publicitario de los Hellfighters y sus músicos, aunque también estuvo a favor de mantener a los negros lejos del frente por considerarlos «inferiores»; Pershing dudaba de que alguna vez llegaran a combatir como los ciudadanos blancos. Entre febrero y marzo de 1918, la banda realizó una gira de tres mil doscientos kilómetros de territorio francés y tocó en veinticinco ciudades. En los conciertos se vivieron escenas de intensa emoción, y los franceses, que nunca habían oído jazz, los trataron como a estrellas.

Entretanto, los compañeros de armas de los Hellfighters habían experimentado una extraña transformación. Dado que tenía prohibido alistar alemanes como soldados norteamericanos, la unidad se asignó a la 16.ª División del ejército francés. Los enemigos les tenían miedo, y el 17 de febrero de 1919, en el desfile de la victoria en Nueva York, la banda recorrió orgullosa la Quinta Avenida.

No obstante, el placer de la victoria no duró mucho. En la vida civil, los Hellfighters se vieron otra vez convertidos en ciudadanos de segunda. Abiertamente segregados en el Sur, donde el Ku Klux Klan reclutaba a cientos de miles de nuevos miembros y donde los linchamientos volvieron a ponerse de moda, en las ciudades industriales del Norte los trataron como a competencia peligrosa.

La raza fue un tema constante durante los años de incertidumbre que siguieron a la guerra, y muchas de las preocupaciones e intereses vinculados a la discriminación de los afroamericanos eran un reflejo de la revolución conservadora europea. Justificando la injusticia con la paranoia, muchos blancos asociaron a la población negra del país con la sedición, la falta de Dios, la revolución y el bolchevismo; por lo visto, incluso el presidente Wilson le dijo a su médico, en marzo de 1919, que «el negro americano que regresa del extranjero sería nuestro mejor medio para traer el bolchevismo a este país».[11] Fue un momento especialmente doloroso para

los afroamericanos que habían tenido la oportunidad de saber qué significaba que los tratasen de otro modo y de conocer ideas distintas mientras peleaban por su país en Europa.

El primer Ku Klux Klan se había formado durante la época de la Reconstrucción posterior a la guerra civil como un movimiento de hombres blancos sureños (y mujeres que hacían las veces de auxiliares) en contra de la abolición de la esclavitud y de la reincorporación de los estados confederados a la Unión. El KKK había disfrutado de un reinado brutal, aunque breve, en la década de 1860 y principios de la década de 1870, antes de quedar prácticamente relegado al olvido. Sin embargo, en 1915, el director de cine D. W. Griffith estrenó una película muda basada en la novela *The Clansman*, publicada en 1905 por Thomas Dixon Jr., un pastor baptista del Sur de Carolina del Norte. Aunque contrario a la esclavitud, Dixon presentaba al KKK como un grupo de héroes que luchaban para defender a las mujeres blancas contra los negros sexualmente agresivos y estúpidos (interpretados, en el filme, por actores blancos con la cara pintada de negro) y que sólo aspiraban a restablecer el orden «natural» de las cosas, es decir, la supremacía de los blancos. Ese racismo manifestado abiertamente, transferido a la película de Griffith, convirtió a ésta en un tema polémico, aunque su popularidad fue enorme. La técnica cinematográfica de Griffith era innovadora; además, el director tuvo la osadía de asignar un papel protagonista a la legendaria Lilian Gish.

La película y el libro en que se basaba precipitaron un espectacular resurgimiento del KKK, al que casi se había dado por muerto, y no sólo en el sur de los Estados Unidos, sino también en Detroit, Chicago y otras ciudades industriales del Medio Oeste y del Norte, donde negros y blancos empezaban a competir por los puestos de trabajo en las fábricas. La pertenencia al Klan estaba limitada a los protestantes blancos nativos, y si bien el objeto principal de su odio eran los negros americanos, el grupo también se declaraba dispuesto a atacar a cualquiera sospechoso de ser «antiamericano», una categoría en la que entraban los judíos, los católicos y los socialistas. El primer líder, o «Brujo Imperial» del KKK, fue William J. Simmons, oriundo de Alabama, ex pastor de la Iglesia metodista episcopal al que habían suspendido de sus funciones por ineficiente. Inspirándose directamente en la película de Griffith, Simmons consiguió un ejemplar del *prescript* original, las normas del Klan durante la época de la

Reconstrucción, y volvió a relanzar al grupo empleando modernas tácticas de venta, incluida una comisión de cuatro dólares por cada nuevo miembro reclutado. En 1920, el KKK ya tenía cuatro millones de miembros.

Aunque las décadas que siguieron presenciaron un alto número de ataques violentos dirigidos por el KKK contra hombres y mujeres negros, incluidos miles de linchamientos, las actividades de este segundo KKK no se limitaron a la violencia contra los negros.[12] Los hombres del Klan comenzaron a atacar a cualquiera que no encajara en su visión de lo norteamericano; se consideraban a sí mismos defensores de la «feminidad pura» y guardianes de la moral, contrarios al aborto y las bebidas alcohólicas, pero también se oponían a los «bailes alegres» y a «aparcar al borde de la carretera». A los acusados de violar el estricto código moral del Klan los secuestraban y les aplicaban diversas torturas: azotes, marcas con hierro candente, brea, perforaciones, mutilaciones y, en algunos casos, les infligían una muerte cruel y lenta.

La experiencia anterior a 1919 había contribuido no poco a agudizar las tensiones raciales. Durante la guerra, el enrolamiento de millones de hombres blancos de clase trabajadora había provocado una seria escasez de mano de obra en los centros industriales del Norte, y fue necesario contratar a casi medio millón de negros del Sur para que ocuparan ese lugar. Ahora, tras la desmovilización y el regreso de los soldados, la competencia pasó a ser feroz, y el ambiente se tensó aún más con la recién descubierta seguridad en sí mismos de los soldados negros que volvían del frente.

La situación laboral la complicaron, en parte, los propios sindicatos, blancos en general y poco dispuestos a abrirse a los trabajadores negros. Tras el crecimiento espectacular que se registró inmediatamente después de la guerra, pronto los sofocaron los intereses corporativos de las principales industrias del país, desde los altos hornos a las envasadoras de productos cárnicos; cuando los sindicatos blancos reaccionaron con huelgas, las empresas contraatacaron contratando esquiroles negros. «Puede descartarse por completo el sentimiento de fraternidad», afirmó el poeta izquierdista Claude McKay en *Negroes in America*, lamentando la clásica táctica del divide y vencerás. «El movimiento obrero norteamericano se encuentra en una encrucijada y tiene que elegir uno de estos dos caminos: la organización de los trabajadores negros, por separado o junto con los blancos, o la derrota de blancos y negros a manos de las fuerzas burguesas.»[13]

¿Supremacía blanca? En medio del descontento social y racial posterior a 1918, las filas del Ku Klux Klan adquirieron proporciones desconocidas hasta entonces, y también los linchamientos.
AKG Images

En efecto, no era muy probable que surgiera una fraternidad entre blancos y negros. En el verano de 1919, tras una primavera marcada por desórdenes y huelgas en todos los Estados Unidos, las tensiones raciales estallaron en una serie de disturbios raciales. En Charleston, Carolina del Sur; en Longview, Texas; en Bisbee, Arizona; en Norfolk, Virginia, y en Knoxville, Tennessee, masas de blancos atacaron a negros del lugar, pero la población negra resistió con violencia sólo en un puñado de ciudades, como Chicago y Washington D.C., donde la policía local se negó a intervenir.

En suma, hubo sangrientos disturbios raciales en treinta y ocho ciudades norteamericanas, y a esos meses de 1919 se los bautizó «Verano Rojo». Pero esta vez los negros no se quedaron de brazos cruzados. «If We Must Die» («Si hemos de morir»), poema de Claude McKay, fue un toque de rebato al desafiante «Nuevo Negro»:

> Si hemos de morir, que no sea como cerdos
> perseguidos y acorralados sin gloria,

rodeados de perros hambrientos que nos ladran
burlándose de nosotros, los malditos.

Si hemos de morir, muramos como valientes,
que no se derrame en vano nuestra preciosa
sangre; ¡los monstruos a los que desafiamos
no tendrán más remedio que honrarnos aun muertos!

¡Oh, familia mía! ¡Plantemos cara al enemigo común!
¡Valor, aunque sean muchos más que nosotros!
¡A sus miles de golpes asestemos un golpe mortal!

¿Qué importa si ahí nos espera una tumba abierta?
Como hombres iremos al encuentro de esos cobardes.
¡Arrinconados caeremos, sí, pero antes pelearemos![14]

Aunque el autor nunca habla explícitamente de odio racial, los lectores vieron en el poema una respuesta desafiante a las multitudes blancas enfurecidas y los linchamientos. La composición era una llamada a las armas, pero también una reivindicación cultural. Con su lenguaje deliberadamente tradicional y casi bíblico, y su estricta forma de soneto –la misma que emplearon Petrarca y Shakespeare–, también era un ataque a la barbarie de las masas blancas en un lenguaje que remitía conscientemente a las cumbres más altas de la cultura literaria occidental.

El aumento de la rebeldía negra a la que McKay puso palabras provocó una intensificación de los enfrentamientos. El 27 de julio, en Chicago, un muchacho negro que se encontraba nadando se acercó a una playa reservada para los blancos; allí lo apedrearon hasta que se ahogó. Viendo que la policía no tomaba medidas, grupos de hombres negros decidieron tomarse la justicia por su mano. Durante los trece días de enfrentamientos entre afroamericanos (excombatientes muchos de ellos) y unidades de la policía militar apoyadas por grupos paramilitares de barrios pobres de irlandeses, murieron treinta y ocho personas, hubo cientos de heridos y se saquearon y quemaron cientos de casas. El gobierno tuvo que desplegar seis mil efectivos para controlar la situación. Tras salir victoriosos de la guerra más

grande de la historia, los Estados Unidos parecían estar al borde de una guerra racial.

Marea alta

«El factor básico de la historia no es la política, sino la raza», escribió el historiador norteamericano Lothrop Stoddard en 1921, en su muy leído libro *The Rising Tide of Color*.[15] Igual que Spengler, Stoddard sostenía que la civilización occidental contribuía con ganas a su propia destrucción, aunque no, en este caso, mediante el capitalismo, sistema que Stoddard apoyaba, sino mediante la «guerra intestina» de pueblos blancos enfrentados entre sí, lo que brindaba a las «razas de color», claramente inferiores, una oportunidad inmejorable para aprovechar el debilitamiento de la raza blanca en la escena mundial. «La guerra se pareció mucho a tirarse de cabeza al suicidio de la raza blanca. Fue, más que nada, una guerra civil entre estirpes blancas íntimamente vinculadas entre sí; una guerra en la que se reclutaron todos los efectivos disponibles, físicos y mentales, para lanzarlos a un infierno de maquinaria mortal que mató certeramente a los más jóvenes, a los más valientes, a los mejores.»[16]

Stoddard vio a las nobles «razas nórdicas» invadidas por una avalancha de africanos, asiáticos, «gozques» y «aborígenes simiescos», que destruirían para siempre la pureza racial de los blancos, sobre todo porque los que no eran blancos parecían tener «una vitalidad animal superabundante» con la que los blancos cultos no podían competir: «En los cruces étnicos», escribió Stoddard, «el negro despliega asombrosamente su prepotencia, pues la sangre negra, una vez que entra en el humano, parece realmente no volver a salir.»[17] Stoddard, que describió a los africanos como «salvajes» y «adictos al canibalismo», extrajo la conclusión inevitable: «Occidente ha justificado –y quizá con cierta razón– todas las agresiones a las razas más débiles, y lo ha hecho basándose en la Supervivencia del Más Apto, aduciendo que es mejor, para la humanidad del futuro, que se elimine a los ineptos para ceder ese lugar a la raza más capaz.»[18]

Según este autor, el resultado de la hibridación podía observarse en Sudamérica: «Tal es la situación en la América dominada por los gozques; la revolución alimenta la revolución, la tiranía alimenta la tiranía y los polos

opuestos se mezclan para arruinar a sus víctimas y hundirlas cada vez más en el cenagal de una barbarie degenerada. Los blancos han perdido el control y están desapareciendo rápidamente. Las razas mixtas han tenido su oportunidad y han fracasado grotescamente.»[19]

«La Europa debilitada y cansada» no tenía respuesta a esa crisis existencial «en la encrucijada de la vida y la muerte», y eso formaba parte del problema: los conflictos nacionalistas entre países europeos (en primer lugar, Alemania, que para Stoddard estaba habitada principalmente por «alpinos» inferiores, no por «nórdicos», más aristocráticos) conducían a guerras terribles entre blancos, guerras que debilitaban su control del poder mundial. Los Estados Unidos tenían que manejar este problema limitando la inmigración y segregando poblaciones. «Gracias a las migraciones, Europa se pobló de estirpes blancas superiores que desplazaron a los aborígenes de aspecto simiesco, y así Norteamérica se pobló con nórdicos en lugar de pieles rojas nómadas. [...] Pero las migraciones también bastardearon el mundo romano con híbridos levantinos, ahogaron a las Indias Occidentales bajo una marea negra y están llenando nuestra tierra con la escoria de los europeos del este y del sur.»[20]

Las diatribas racistas de Stoddard gozaron de un gran respeto y circularon por todo el país. Ninguna biblioteca universitaria estaba completa sin sus disquisiciones «científicas» sobre las superiores razas nórdicas; sus ideas eran tan conocidas, que F. Scott Fitzgerald, en *El gran Gatsby* (1925), hace decir al rico pero no muy brillante Tom Buchanan:

> –La civilización se está desmoronando –estalló Tom–. Me siento de lo más pesimista acerca de todo. ¿Has leído *La aparición de los imperios negros*, de un tal Goddard?
>
> –No, ¿por qué? –respondí, bastante sorprendido por su tono.
>
> –Bueno, es un libro excelente, y debería leerlo todo el mundo. La idea es que, si no tenemos cuidado, la raza blanca se verá... quedará completamente desbordada. Son todo argumentos científicos; cosas que están probadas.*

Demostradas o no, las ideas de gente como Stoddard y Spengler circularon mucho, y con ellas se endureció el tono que propició la llegada de un anhelo de autenticidad y de mano dura. El estilo KKK de protestantismo fanático de derechas estaba fuera de la ley, pero se lo toleró, y mucho, durante años; sólo hacia mediados de la década de 1920 comenzó a tener una oposición real. Esa indiferencia oficial respecto de las

actividades del Klan sólo puede explicarse pensando que existía una afinidad tácita y extendida por su brutal cruzada moral, o, como mínimo, un alto grado de oportunismo político; en 1919, las actividades «antiamericanas» se reprimieron despiadadamente.

No hay que olvidar tampoco que en esos días la «Amenaza Roja» recorría el país. Temiendo una revolución en suelo norteamericano, los políticos conservadores utilizaron el incidente de una serie de bombas postales recibidas en sus casas, enviadas por un grupo anarquista escindido, como excusa para apresar, en varias redadas, a cientos de socialistas, comunistas y anarquistas de todo el país, a los que encarcelaron sin juicio. La campaña contó con la eficaz coordinación del implacable y joven director del entonces Bureau of Investigations (luego Federal Bureau of Investigations, o FBI), J. Edgar Hoover, que entonces tenía veinticuatro años.

Las autoridades arrestaron y encerraron sin juicio a unos quinientos «indeseables»; a muchos los deportaron. El 21 de diciembre de 1919, doscientos cuarenta y nueve de ellos –sospechosos de ser anarquistas, comunistas e izquierdistas de otro cuño– embarcaron por la fuerza en el *Buford*, buque de carga del ejército estadounidense, más tarde apodado el «Arca Roja», atracado en el puerto de Nueva York, sin que se conociera su destino. Las deportaciones fueron absolutamente legales; en virtud de la reciente Ley de Inmigración (1918), se podía deportar a cualquiera que no fuese ciudadano norteamericano y que, por cuestión de principios, se opusiera al gobierno organizado o sencillamente no creyera en él o trabajase en contra de los esfuerzos bélicos del país. Finalmente desembarcaron en Finlandia, desde donde los enviaron a la nueva Unión Soviética.

El arcángel caído

Gabriele d'Annunzio dejó la política tras su aventura en Fiume, y su caída se produjo acompañada de otra, misteriosa y real. Alrededor de las once de la noche del 19 de agosto de 1922, cayó por la ventana del primer piso de su villa del Lago de Garda, donde se había retirado a llevar una vida centrada en sí mismo, y en la literatura y la lascivia. Estaba sentado en el alféizar, en pijama y con pantuflas. Luisa Baccara, su amante de turno,

estaba tocando el piano. D'Annunzio cayó de espaldas y se fracturó el cráneo, lo que le provocó el coma.

Más tarde, un testigo contó que en el momento de la caída el poeta estaba abrazando a la hermana de Luisa, manoseándola para decirlo claramente. ¿Lo empujó ella, con más fuerza de la que quería emplear, asqueada quizá por el comportamiento de ese fauno casi sesentón, prácticamente calvo ahora y con sólo unos dientes podridos en la boca? ¿O se desmayó él, por haberse excedido en el habitual consumo de cocaína? Otra explicación vincula la fatal caída con la presencia de Aldo Finzi, uno de los más estrechos aliados de Mussolini, de visita en la casa de D'Annunzio. Se decía que el viejo maestro había llegado a ser un peligroso rival del Duce, que reclamaba el derecho a ser el líder nacional, y también un engorro, pero D'Annunzio todavía tenía carisma y su reputación aún podía atajar la marcha fascista sobre Roma si se encaprichaba.

Cuando salió del coma, el poeta se tomó lo ocurrido con filosofía. Inveterado mitómano de sí mismo, llamó al incidente «la caída del arcángel» –por algo se llamaba Gabriele– y comentó, con cierta satisfacción, que él también había regresado de entre los muertos. Pero la verdad era que su estrella estaba apagándose. Mussolini había dado a sus milicias vía libre para eliminar brutalmente en las calles a la oposición armada, y esos hombres garantizaron su victoria. En el Partido Fascista ya militaban setecientas mil personas; el Duce sentía que había llegado el momento de tomar el poder.

El 22 de octubre, treinta mil camisas negras marcharon sobre Roma. Retratado por fotógrafos de prensa como líder carismático a la cabeza de sus tropas, en realidad Mussolini no encabezó la marcha y se limitó a observar desde lejos el arriesgado avance de sus hombres. Tenía el poder al alcance de la mano, y eso era lo único que quería. Dos días después, en Nápoles, afirmó, ante sesenta mil personas: «Nuestro programa es sencillo: queremos gobernar Italia.»[21]

1920: BEBER A ESCONDIDAS

> El término «Ley de Prohibiciones de Guerra», empleado en la presente ley, se refiere a las disposiciones de cualesquiera ley o leyes por las que se prohíbe la venta y fabricación de bebidas alcohólicas hasta que termine la guerra y también después, hasta que concluya la desmovilización, fecha que determinará y anunciará el presidente de los Estados Unidos.
>
> Ley Nacional de Prohibición, 1919

El 16 de enero de 1920 se vio transitar por las calles de Norfolk, Virginia, un bullicioso cortejo fúnebre. Lo había organizado el reverendo Billy Sunday, jugador profesional de béisbol antes de convertirse en un efusivo predicador evangelista; el cadáver que iban a enterrar esas diez mil personas medía seis metros de largo. John Barleycorn («grano de cebada») se llamaba el difunto y en muchas ciudades de los Estados Unidos se celebraron ese día funerales parecidos. Eran miles los feligreses que se alegraban de la muerte de John Barleycorn.

A la hora de ponerle nombre a la gigantesca efigie, el reverendo Sunday se había inspirado en el libro de Jack London *John Barleycorn: Las memorias alcohólicas* (1913), en que el autor había descrito la ruina de una vida de fama y dinero por la adicción a las bebidas fuertes. Esta historia de redención espiritual ya era un éxito editorial en todo el país.

Ese mismo día, y en comunidades de distinta mentalidad, también se celebraron parodias semejantes, si bien con menos jolgorio. Los clientes de Maxim's y otros restaurantes exclusivos de Nueva York apuraron los últimos tragos con pesar, mientras en el famoso café y cabaret Reisenweber's, en Columbus Circle, a todas las damas que asistieron a la

«tumba de la bebida» les regalaron un estuche de maquillaje compacto con forma de ataúd.

Cientos de miles de ciudadanos de a pie llevaban botellas de alcohol en coches, carritos de la compra e incluso en cochecitos de bebé, mientras otros cientos de miles de bebedores empedernidos se apostaban en los umbrales, desde donde observaban angustiados lo que sucedía, esperando que los otros les entregaran las bebidas. Y si bien parece que la mitad del país se sumaba a la celebración, la otra mitad lloraba y maldecía. Alrededor de la medianoche comenzaron a sonar las campanas de las iglesias; cuando dieron las doce, entró en vigor la 18.ª Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, en virtud de la cual se prohibía la venta, la fabricación, la importación y la exportación de «bebidas alcohólicas»; junto con la enmienda entró en vigor la Ley Volstead, la «ley seca», que desarrollaba la enmienda y aseguraba el cumplimiento de sus disposiciones. Había empezado la Prohibición, una época que secó las gargantas de toda Norteamérica.

Una guerra cultural norteamericana

La Prohibición se había combatido y discutido durante décadas. El diablo del alcohol era culpable de la mayoría de los males de la sociedad, decían sus enemigos declarados, los «secos», y tenían en qué apoyarse. Especialmente entre las familias de clase trabajadora, los hombres solían gastarse en alcohol casi toda su mísera paga el mismo día que cobraban. Cuando volvían a casa de la taberna, muchos desahogaban su furia en la familia. El alcohol era un problema social contra el que combatían las sufragistas, los conservadores, los socialistas y los predicadores, e incluso el Ku Klux Klan. Billy Sunday había llevado a cabo una larga campaña contra los males del alcohol. «La taberna es la suma de todas las perversidades. [...] Es peor que la guerra, peor que la podredumbre. Es el peor de todos los crímenes. Es la vergonzosa causa del sufrimiento y de la delincuencia en este país. Y permitir que se consuma la encarnación del mismísimo diablo es el negocio más sucio, más vil y más deplorable de esta vieja tierra. No hay nada comparable.»[1]

Sin embargo, las borracheras, la violencia doméstica, la pobreza y el

orden público no eran las razones principales para luchar contra el consumo de alcohol. La verdadera línea del frente discurría entre la Norteamérica rural y las grandes ciudades, y entre los inmigrantes antiguos y los recién llegados. Era una batalla por el alma de América.

Los ideólogos más destacados de la Prohibición procedían de las zonas rurales y contaban con el apoyo incondicional de las iglesias evangélicas. En gran medida, como en el caso del «cruzado» Billy Sunday, se trataba de una oleada más antigua de inmigrantes y sus familias, norteamericanas de primera generación –granjeros muchos de ellos, pioneros con fuertes comunidades protestantes en los estados de las praderas–, enfrentada a los que acababan de llegar de Italia, Alemania, Irlanda y la Europa central, que se instalaron en las grandes ciudades; católicos en su mayoría, para ellos el alcohol era parte de la vida cotidiana. La gran campaña por la renovación de la moral era la movilización de la vieja América que luchaba por una nueva, la América rural contra la vida urbana, el siglo XIX contra el XX. En cierta medida, también la América protestante se enfrentaba a la católica y la judía, aunque no por motivos religiosos. Si las cervecerías estaban en manos de familias alemanas, que las monopolizaban, las destilerías estaban casi todas en manos de judíos. En 1917, John Newton Tillman, un congresista de Arkansas partidario de la Prohibición, enumeró, ante la Cámara de Representantes, los nombres de las figuras más importantes del ramo de las bebidas alcohólicas –Steinberg, Schaumberg, Hirschbaum, entre otras– y con mucho aplomo declaró: «No estoy atacando una institución norteamericana. Lo que hago es atacar principalmente a una empresa extranjera.»[2] A Tillman no le importó pasar por alto la contribución de George Washington, nacido en Virginia, a esa industria «principalmente extranjera»; aún hoy puede visitarse la primera destilería del presidente, que se conserva en perfecto estado en su finca de Mount Vernon.

No obstante, el espaldarazo decisivo al movimiento prohibicionista no llegó hasta que estalló la guerra, pues las leyes de la época se consideraron una medida patriótica para proteger a las tropas, reservando granos para la fabricación de pan y para que los soldados y los trabajadores estuvieran sobrios al servicio de su país. Mientras los Estados Unidos combatían contra el káiser y sus hordas cerveceras, a muchos de los que en el país se dedicaban a la fabricación de bebidas alcohólicas se los podía calificar de antipatrióticos, igual que sus productos. «Los productos de las fábricas de

cerveza llenan los camiones frigoríficos; las patatas, en cambio, se pudren por falta de medios para transportarlas, los granjeros están en bancarrota y en las ciudades la gente se muere de hambre. El carbón que consumen esas fábricas podría mantener en funcionamiento los ferrocarriles y las fábricas. Pro germanismo..., ésa es la escoria de las cervecerías. [...] La abstinencia total es la barrera infranqueable que debemos levantar ante cada trinchera. La sobriedad es la bomba que hará volar en pedazos el kaiserismo», proclamó el superintendente de la Liga Anti-Saloon de Wisconsin.[3] El que bebía, empinaba el codo con el enemigo.

Durante la guerra había cambiado incluso el papel del gobierno. Se introdujeron el impuesto sobre la renta y el servicio militar obligatorio, y organismos del gobierno central se hicieron cargo de la tarea hercúlea de organizar los suministros de guerra, la producción y la logística. La 18.ª Enmienda se aprobó en 1917, en ese clima de control gubernamental y fervor patriótico, y se ratificó en 1919 sin una oposición digna de ese nombre. Fue como si el país, casi sin darse cuenta, se quedara sin nada que echarse al coleto.

Optimismo temprano

Los partidarios de la ley seca estaban seguros de que traería la felicidad universal sin demasiado alboroto. «No habrá violaciones dignas de mención», fue la opinión del supervisor de la hacienda pública de Nueva York, y los políticos y los principales defensores de la ley coincidieron de buen grado con él.

Sin embargo, no fue tan sencillo. Puede que por complacencia, o quizá por falta de voluntad política, el Bureau of Prohibition padeció desde el principio de una lamentable infrafinanciación, y tampoco contó con personal suficiente. Se suponía que mil quinientos oficiales debían vigilar todo el territorio estadounidense, incluidas las costas y la frontera más larga del mundo, los casi nueve mil kilómetros que separan el país de Canadá. Además, el hecho de que los agentes cobrasen entre 1.200 y 2.000 dólares anuales, es decir, menos que los basureros, garantizaba prácticamente que muchos se dejaran persuadir para mirar hacia otro lado si les ofrecían donativos discretos.

Para empeorar las cosas, la Ley Volstead, que supuestamente debía servir para aplicar la 18.ª Enmienda, contenía una retahíla de excepciones y concesiones interesantes que la gente no tardó en aprovechar. Por ejemplo, se permitía producir y vender alcohol para usos industriales, médicos y rituales. En consecuencia, el alcohol etílico industrial empezó a venderse en cantidades cada vez más grandes, y cuando el gobierno comenzó a añadirle el letal metanol para que no se pudiera beber, y empezó a morir gente, se acusó a las autoridades de ser cómplices de asesinato.

Por otra parte, para los médicos y los farmacéuticos la Prohibición fue un gran favor. No tardaron en extenderse hasta trescientas mil recetas de whisky por año, y un médico calculó que sus colegas facturaban unos 40 millones de dólares anuales gracias a esa nueva necesidad médica. Para los productores de vino también fue una bendición, pues se dispararon los pedidos de vino de misa, aun cuando eran contados los litros que llegaban al altar. Los viticultores imaginativos también ofrecían zumo de uva espesado para el consumo doméstico, un dulce líquido que podía casualmente fermentar si se dejaba a su aire el tiempo necesario.

La destilación casera llegó a ser un pasatiempo increíblemente popular, y también reportó unos útiles ingresos complementarios a muchísimas familias. Un popular *jingle* de la época retrata el panorama a la perfección:

> Mamá está en la cocina, lavando las jarras.
> Mi hermana en la despensa, llenando las botellas.
> Papá está en el sótano, preparando el lúpulo.
> Y Johnny en el porche, por si viene la pasma.

En 1921, las autoridades, sobrecargadas de trabajo, requisaron 95.933 destilerías ilegales, arrestaron a cientos de fermentadores y descubrieron otras instalaciones clandestinas; en 1930, el número se había casi triplicado. Ese mismo año se requisaron también unos 160 millones de litros de bebidas alcohólicas, licor de malta, vino y sidra, entre otros; era sólo la punta de un enorme iceberg de alcohol. (La experiencia rusa había sido parecida: menos de un año después del decreto del zar, por el que se prohibía «para siempre» la venta de vodka en todo el imperio, ya estaban funcionando decenas de miles de destilerías ilegales.)

Además de la producción casera, el contrabando de alcohol, el llamado

bootlegging, llegó a ser una actividad cada vez más rentable y profesionalizada, el factor más importante del crecimiento del crimen organizado. Las importaciones de whisky en Canadá se cuadriplicaron después de 1920, a pesar de que el consumo casero permaneció constante. A lo largo de una frontera con demasiados pocos agentes para un terreno tan difícil y aislado, el contrabando de alcohol era una tarea casi demasiado sencilla. Según el general Lincoln C. Andrews, secretario auxiliar del Tesoro a cargo de la aplicación de las leyes relativas a la prohibición, sus agentes sólo conseguían interceptar apenas un 5 % de todo el licor de contrabando.

Así pues, la Prohibición terminó siendo una farsa, y muy costosa, además. Los juicios abrumaron pronto a los tribunales; en 1929 ya eran medio millón las personas arrestadas en aplicación de la Ley Volstead, y la población carcelaria duplicaba la capacidad original de los centros penitenciarios. Ni siquiera una pena draconiana de cinco años de cárcel más una multa de 10.000 dólares –a quienes no tenían antecedentes– mejoró la observancia de la ley. Sencillamente, el norteamericano medio no quería la Prohibición.

Mientras el bar y la taberna pasaban a la historia, una nueva clase de establecimiento abrió sus puertas en las ciudades: locales discretos con fachada de restaurantes, peluquerías u otra clase de tiendas. A los sedientos que querían acceder a los *speakeasies*, los bares clandestinos donde podían satisfacer todos sus deseos, antes de dejarlos entrar los cacheaban. Este apaño no tardó en extenderse tanto que un periodista llegó al extremo de sugerir que toda la historia de los Estados Unidos podía resumirse en estas palabras: «Colón, Washington, Lincoln, Volstead, segundo piso y pregunte por Gus.»[4]

La amenaza de arresto nunca dejó de estar presente, pero sólo sirvió para sazonar los entretenimientos, animados de por sí, que ofrecían los *speakeasies*. La ilegalidad daba morbo al asunto, y cambió la manera de relacionarse de los clientes. Si hasta entonces los locales donde se servían bebidas alcohólicas habían sido un territorio exclusivamente masculino, en los bares clandestinos se recibía de buen grado a las mujeres, que allí, además de beber, podían fumar, escuchar jazz, bailar, y a veces con hombres de otra raza. Si las convenciones que regían fuera de esas paredes eran represoras, tanto más se divertían dentro. En los *speakeasies*, millones

de norteamericanos de todas las clases sociales descubrieron una nueva libertad haciendo caso omiso de las convenciones sociales y la ley.

La ley de la mafia

Legiones de clientes potenciales animaron a los «hombres de negocios» dispuestos a satisfacer una necesidad enorme y patente sin arriesgarse a las sanciones oficiales. El más famoso de ellos se promocionaba como vendedor de muebles de segunda mano. Hablamos nada menos que de Alphonse Capone, que había abierto su establecimiento en Chicago. Como otros personajes del mismo ramo, Capone supo aprovechar muy bien la hipocresía del sistema. «Gano dinero satisfaciendo una demanda pública. [...] Si incumplo la ley, mis clientes, entre los que se cuentan por cientos las mejores personas de Chicago, son tan culpables como yo. La única diferencia entre nosotros reside en que yo vendo y ellos compran. Todos dicen que soy un mafioso, pero yo me defino como hombre de negocios. Cuando vendo alcohol, es contrabando. Cuando mis clientes lo sirven en una bandeja de plata en Lake Shore Drive, es hospitalidad.»[5]

Los beneficios de ese comercio ilegal fueron enormes. En su apogeo, Capone ganaba entre 60 y 100 millones de dólares por año sólo vendiendo cerveza. Además, traficaba con licores fuertes, con el juego y las apuestas, y tenía otros negocios muy lucrativos. Como buen hombre de negocios, reinvertía y diversificaba su actividad. Los traficantes obligaban a los dueños de lavanderías y otras tiendas a comprar la protección que les aseguraban sus gángsters. A los que se negaban a pagar, los molían a palos, o les bombardeaban o quemaban los locales y acosaban al personal. En algunos casos los mataban. En Chicago, los «panaderos, barberos, electricistas, mecánicos, remendones, fontaneros, recogedores de residuos, limpiadores de ventanas, vendedores de leche, dueños de pastelerías y sepultureros» pagaban para que los protegieran los hombres de Al Capone; y todo cliente que llevaba sus pantalones a la tintorería pagaba realmente cincuenta centavos de dólar a la mafia por cada pieza.[6]

A la vista de oportunidades comerciales tan interesantes, Capone y sus seiscientos hombres leales, que ponían los puños al servicio del jefe, serraban escopetas, pistolas, ametralladoras Thompson (las «Tommy

guns»), llenaban de arena calcetines, usaban nudillos de bronce o navajas automáticas para enfrentarse a una competencia feroz, hombres de negocios que se organizaban invariablemente según las grandes oleadas recientes de inmigrantes asentados en las urbes: sicilianos, irlandeses o judíos. Chicago no tardó en registrar unos cuatrocientos asesinatos y cien ataques con bombas por año relacionados con la mafia mientras las distintas bandas se declaraban entre ellas la guerra por el control. Y hablamos solamente de Chicago.

Si hasta entonces asesinar había sido una actividad incómoda, que requería habilidades mortíferas, y si las fugas habían sido peligrosas y lentas, de repente los asesinos a sueldo, armados con Tommys, empezaron a llevar a las víctimas a dar una vuelta en coche, engañándolas o sencillamente secuestrándolas para luego matarlas en las afueras, donde era sencillo dejar un cadáver tirado en el arcén o embutido en los cimientos de hormigón de alguna obra en construcción, propiedad, casi seguramente, de un empresario pagado por la mafia. En otros casos, los asesinos podían lanzar un tiroteo desde un coche en marcha, acribillando a la víctima o el edificio en que sospechaban que se encontraba, antes de desaparecer rápidamente entre el tráfico.

No obstante, el más famoso de los crímenes del hampa fue más artesanal. La víctima, Dean O'Banion, «experto en orquídeas y homicidios», ejercía de día como florista, y de noche era contrabandista de alcohol; tenía en su currículum más de veinte asesinatos. Sus actividades representaban una seria amenaza para el negocio de Capone. O'Banion siempre llevaba tres pistolas, pero en una ocasión, cuando entraron en la floristería tres hombres a quienes obviamente conocía, confió en ellos lo suficiente para saludar a uno con un apretón de manos. El visitante no lo soltó, y mantuvo la mano de O'Banion apretada mientras sus dos compinches dispararon al florista varias veces. Lo que ocurrió ese día forma parte de las leyendas de la mafia, tal como lo cuenta Andrew Sinclair: «O'Banion tuvo un funeral de primera, a lo gángster: un ataúd de diez mil dólares, veintiséis camiones cargados de flores y, entre ellos, una cesta con esta emotiva inscripción: "De parte de Al."»[7]

Chicago sólo fue el territorio más célebre y temible que la mafia conquistó durante la Prohibición, mientras la policía y otros cuerpos encargados de aplicar la ley vigilaban siempre un paso por detrás, con

pocos recursos, acosados siempre por la corrupción y diezmados por constantes dimisiones, pues los agentes tomaban conciencia de que no valía la pena arriesgar la vida por lo poco que cobraban. En cambio, el otro bando siempre contaba con nuevos reclutas, nuevas armas y coches nuevos. Podrían contarse historias parecidas de otras ciudades, como Nueva York y Atlantic City. La ley seca había producido una nueva clase de delincuentes y había llevado a millones de ciudadanos corrientes a violar la ley sin que les importara demasiado.

¿Cómo es posible que una ley que se había aprobado con una oposición relativamente escasa, y que incluso había gozado de cierto apoyo popular, fuese tan desastrosa a la hora de aplicarla? En primer lugar, cabe decir que los tiempos habían cambiado. Si en el Congreso la 18.ª Enmienda se había aprobado en buena parte debido a los intensos sentimientos patrióticos que imperaron durante la guerra, de pronto el entusiasmo inicial se desvaneció. «El idealismo espartano ya no se sostenía», escribió Frederick Lewis Allen, un brillante y agudo testigo de la época. «La gente se cansó de ponerse al servicio de causas nobles. Se cansó de hacer de los Estados Unidos una tierra de héroes. Los norteamericanos querían relajarse y ser ellos mismos.»[8]

Sin embargo, no hay que olvidar que la oposición a la ley seca se apoyaba en algo más que el deseo de volver a la vida civil. De hecho, la provocaba la honda sospecha sobre los motivos reales de esos guardianes de la moral, cuyas disciplinadas campañas habían conseguido hacer de Norteamérica un país de gargantas secas. En particular, fueron los jóvenes quienes no creyeron que sus mayores tuvieran la autoridad moral necesaria para obligarlos a hacer tal o cual cosa. «No cabe duda de que la generación anterior había arruinado el mundo antes de legárnoslo», escribió John F. Carter en *The Atlantic Monthly*. «Nos legan esta cosa, hecha pedazos, agujereada, al rojo vivo, a punto de explotar, una amenaza; y después se asombran si no la aceptamos con la misma actitud de entusiasmo decoroso con que ellos la recibieron, allá por la década de 1880.»[9]

Con todo, no se trataba únicamente del amargo desencanto y del cinismo de una generación que había descubierto que los ideales que le habían inculcado eran poco más que propaganda bélica. La Prohibición era también expresión de una cultura que dividió a los Estados Unidos y, en menor medida, a todos los países occidentales, una guerra no sólo contra el

alcohol, sino también contra los cigarrillos, el jazz, la «degeneración» y la moral laxa, contra los jóvenes y sus «manoseos en las fiestas», contra las faldas cortas, el pelo corto de las chicas y el bailar agarrados. Ya en 1914, la General Federation of Women's Clubs había prohibido todos los bailes que parecían poco decentes y muy lejos de lo que se entendía por entretenimiento tradicional, todo lo que se pareciera demasiado a divertirse: «el tango y el vals pausado ... el Texas Tommy, el "agárrame fuerte", el foxtrot, el shimmy, el paso de camello y el *skunk waltz*».[10]

Sin embargo, era demasiado tarde para atrasar el reloj. La Prohibición estaba cambiando profundamente a la sociedad norteamericana, pero los efectos eran exactamente los contrarios a los deseados. La misma oleada de innovaciones técnicas que garantizaron el éxito de las actividades de los contrabandistas y asesinos de la mafia transformaron el punto de vista moral de la sociedad. Antes de la guerra, sólo cinco personas de cada mil tenían un automóvil en los Estados Unidos. En 1920, la cifra era de ochenta y siete por cada mil, y diez años después, más del 20 % de los norteamericanos estaban motorizados. La gente se dio cuenta de que los coches cerrados permitían disfrutar de una intimidad muy valiosa a la hora de concertar citas amorosas. El automóvil llevó la ciudad al campo, y no sólo transportando whisky y periódicos, sino también viajeros que antes habían dependido de las diligencias, de los trenes o de los caballos. Los automóviles servían para el desplazamiento de los viajantes, de noticias poco comunes, de anticonceptivos y de costumbres urbanas. En coche iba la gente al cine, donde podían ver a Mary Pickford, a quien en 1920 le concedieron un divorcio muy mediático y tenía un asuntillo con el apuesto Douglas Fairbanks –muy seguido siempre por ansiosos periodistas–, a Charlie Chaplin y a los hermanos Marx.

El automóvil, el cine y la radio causaron más estragos en la moral tradicional que océanos de alcohol, pero era mucho más difícil odiarlos. No obstante, rebelándose contra el consumo de bebidas alcohólicas, los prohibicionistas precipitaron su propia caída. En las grandes ciudades, los *speakeasies* contribuyeron no poco a acelerar el cambio social y de los papeles de género. Los que habían entrado por la puerta con mirilla, observados por unos ojos suspicaces que los inspeccionaban antes de girar la llave, sabían que ya estaban al margen de la ley y que formaban parte de

una comunidad de juerguistas decididos a divertirse a toda costa, y lo hacían.

Hombres y mujeres bailaban juntitos nuevas formas dancísticas, lujuriosas a menudo, como el charlestón, el frenético Lindy Hop (remoto antepasado del breakdance) o el foxtrot, peligrosamente sensual. Fuera de allí, en el mundo donde se respetaba la ley, no se habrían comportado con semejante osadía, pero dentro del bar clandestino todo parecía posible. Con frecuencia los músicos eran negros que popularizaban los ritmos y los compases del Sur profundo, donde sus abuelos habían sido esclavos. La música negra llegó a ser la verdadera voz de una corriente contracultural en germen en la que el *black cool* se convirtió en un factor cada vez más influyente.

En los Estados Unidos, la guerra pasó a ser cultural. Si los prohibicionistas empezaban rápidamente a ser los perdedores de la guerra que ellos mismos habían declarado, una cultura totalmente nueva surgió de las ruinas de sus esperanzas morales. Los *speakeasies* cambiaron la cultura norteamericana y, después, la cultura a escala mundial. Los bailes modernos, esos giros frenéticos, eran mal vistos en los ayuntamientos prohibicionistas y los establecimientos oficiales, pero no en los clubs para bebedores ilegales; fuera, la segregación racial seguía siendo prácticamente la de siempre, pero dentro todo el mundo podía conocer no sólo a músicos de color, sino también a intelectuales y artistas negros. Las diferencias de clase impedían que la gente se hablara en tiendas y restaurantes, pero el bar creaba una igualdad casi anárquica y eufórica entre bebedores, incluida una camaradería peligrosa entre hombres y mujeres, ya que allí bebían, fumaban y bailaban toda la noche. Los prohibicionistas habían querido cambiar el país, y lo consiguieron en una medida muy superior a la que jamás habían imaginado; pero, claro, fue un cambio exactamente en la dirección contraria de la deseada.

Mujer segura de sí misma, atrevida y aficionada a la bebida, Mae West fue la heroína ideal de Hollywood para ese momento, y sus frases mordaces («¿Llevas una pistola en el bolsillo o es que te alegras de verme?») se hicieron legendarias. «¡Oh, Dios, qué diamantes más hermosos», dice una joven a West, protagonista de *Noche tras noche* (1932). «Dios no tiene nada que ver con esto, cariño», replica la rubia. Los locos años veinte comenzaron en los etílicos *speakeasies*.

No obstante, el gran ganador llegó del Sur, y no tardó en conquistar el mundo. Su nombre: jazz. Originalmente por y para afroamericanos de Nueva Orleans y otras ciudades sureñas, llevaba con él los recuerdos de la esclavitud y los ritmos de África y del Caribe, y se tocaba con instrumentos derivados de la música clásica y del folk occidental, pero absorbió y desarrolló influencias de pasados múltiples. Los emigrantes lo llevaron a las ciudades industriales del norte, y pronto los músicos negros hicieron furor en la cultura permisiva de las fiestas ilegales. Louis Armstrong, Ella Fitzgerald, Jelly Roll Morton, Duke Ellington, Hoagy Carmichael, Fats Waller y Sidney Bechet comenzaron sus carreras en esa atmósfera cargada de bebida, drogas y delirio.

A partir de ese momento, la victoria del jazz fue imparable, y con él triunfó también la cultura negra. Discos y giras contribuyeron a difundir la fama del nuevo ritmo, que encarnaba más que ningún otro el espíritu de la época. Del *black cool* al rock, el soul y, en nuestros días, el rap y la cultura gangsta, estos ritmos demostraron ser hijos tardíos y no deseados de la Prohibición.

Escritores rompedores

La guerra cultural en torno a la Prohibición también se libró en el campo de batalla de la literatura; pero en ese terreno el combate fue desigual. Sin el Congreso y sin cuerpos encargados de hacer cumplir la ley, el bando «seco» sólo pudo reclutar a Upton Sinclair, buen novelista, aunque moralista, siempre al servicio de grandes causas –su padre, vendedor de bebidas alcohólicas, murió de tanto beber–, y a Jack London, que tampoco veía con buenos ojos al diablo de la botella. En el otro bando, en cambio, se enroló un batallón formidable de autores de talento; entre otros, Ernest Hemingway, John Dos Passos, E. E. Cummings, Dorothy Parker, William Faulkner, Thomas Wolfe. Y la batalla que se libró no giró sólo en torno al alcohol; ahí se mezclaron «católicos, románticos, expatriados, libertarios y amigos del arte por el arte en una batalla por la venta libre de bebidas alcohólicas, la evolución darwiniana, el pensamiento y el amor libres, Al Smith, Freud, Joyce, Karl Adam, Karl Marx, el cine ruso; contra los

tradicionalistas, los que perseguían a los judíos, los anticatólicos, los conservadores políticos y sociales, los moralistas y los legalistas».[11]

El escritor más afín a la joven generación de la década de 1920 y su camino de desencanto con la sociedad hasta el propio desengaño fue F. Scott Fitzgerald. *A este lado del paraíso* (1920), *Hermosos y malditos, Cuentos de la era del jazz* (1922) y *El gran Gatsby* (1925) fueron inmediatamente aclamados como monumentos literarios a la cultura del momento, con sus *flappers*, sus jóvenes duros de ambos sexos y el culto al hedonismo. Ahí había «una nueva generación», escribió Fitzgerald en *A este lado del paraíso*, «lanzando los viejos gritos, aprendiendo los viejos credos, a través de un ensueño de largos días y noches; destinada a la postre a enfrentarse con ese sucio torbellino gris para obedecer al amor y al orgullo; una nueva generación destinada más que la última al miedo, a la pobreza y a la adoración del éxito; crecida sobre un montón de dioses muertos, guerras terminadas, creencias pulverizadas».[12*]

La vida de Fitzgerald se pareció incómodamente al carrusel de cócteles glamourosos, juergas orgiásticas y vacío espiritual que el propio autor describió en sus obras; de hecho, podría haber sido un cuento con moraleja sacado directamente de un panfleto prohibicionista. Nacido en Minnesota en 1896 en el seno de una familia de clase media, y formado en Princeton, Scott Fitzgerald nunca terminó la carrera. Cumplió el servicio militar en Alabama, conoció a Zelda Sayre y se le declaró. De entrada, Zelda dijo que sí, pero después rompió el compromiso; no quería casarse con un hombre sin oficio ni beneficio. Mientras escribía su primera novela, *A este lado del paraíso*, Fitzgerald trabajaba en una agencia de publicidad. El libro se publicó en 1920 y fue un gran éxito; entonces Zelda aceptó ser la esposa del ahora famoso escritor.

Los años que siguieron forman parte de la leyenda de la literatura norteamericana: la célebre pareja en Nueva York, en París, en la Costa Azul, dos americanos jóvenes desbordantes de glamour, socializando, bebiendo y escribiendo, escribiendo, bebiendo y alternando. En París conocieron a Ernest Hemingway, con quien Francis hizo muy buenas migas; una amistad que a Zelda no le gustaba nada, todo ha de decirse, sobre todo porque Hemingway la acusaba de alentar a su marido a beber para que dejara de escribir. Pero Fitzgerald necesitaba la escritura como el aire que respiraba, y no sólo por haber sido siempre un hombre compulsivo.

A pesar de los buenos ingresos que le reportaron sus novelas y a pesar de los cuentos que Fitzgerald escribía para mantenerse a flote, la gran vida que se pegaba el matrimonio sólo conseguía hundirlos en deudas y más deudas. Cuando el agente de Fitzgerald se negó a concederle más anticipos, la presión se hizo más insoportable aún, y poco tiempo le quedaba para escribir obras que no fuesen comerciales. Mientras tanto, Zelda iba sucumbiendo a la esquizofrenia y hubo que hospitalizarla. Fitzgerald, que ya era un hombre de edad mediana, alcoholizado, una sombra del gran autor que había sido, nunca volvió a escribir nada que se asemejara a sus brillantes primeras obras, y acabó en Hollywood escribiendo cuentos y guiones que nunca llegaron a la pantalla grande.

En el extranjero

Scott y Zelda Fitzgerald no fueron los únicos escritores que eligieron huir de la América seca e instalarse en París durante la era del jazz. *París era una fiesta*... La ciudad tenía fama, había sido el escenario de la vanguardia antes de la guerra, el París de Apollinaire, de Stravinski, de Diáguilev. Pero, por encima de todo, vivir en París era barato. Un franco débil convertía la ciudad en el lugar ideal para los artistas norteamericanos que querían estirar más y más su dinero, y allí llegaron en manada. Sherwood Anderson, cuyo retrato de la América provinciana en la colección de cuentos *Winesburg, Ohio* había influido a toda una generación de escritores más jóvenes; la escandalosa y hermosa Djuna Barnes; el novelista y militante socialista John Dos Passos; la deliciosamente explícita Anaïs Nin y su joven amante Henry Miller; Ezra Pound, poeta y crítico larguirucho y excéntrico... En total, en la década de 1920 unos doscientos mil expatriados anglófonos se instalaron en París, casi todos jóvenes, casi todos en busca de emociones fuertes.

«Era en París donde estaba el siglo XX», señaló Gertrude Stein, anfitriona y oráculo de toda una generación de artistas, residente en la capital francesa con su compañera Alice B. Toklas.[13] Independiente, rica, de carácter fuerte y poseída por un intenso deseo de ser famosa, Stein coleccionó obras de los artistas más osados y experimentales de su época –Picasso, Matisse, Braque, Gris– y escribió novelas y piezas teatrales cuyo rasgo distintivo era

la ausencia absoluta de cualquier clase de argumento lineal o lógica aparente; extensísimos e ilegibles volúmenes desbordantes de palabras salvadas únicamente por el evidente placer de los juegos y de las imágenes surrealistas.

En el famoso salón de Stein, los sábados por la noche, se podía encontrar a gigantes como Picasso, Braque y Matisse hablando con escritores expatriados como James Joyce y Hemingway, Paul Bowles y los Fitzgerald. Según Hemingway, fue Stein quien hizo célebres a los jóvenes artistas y aspirantes a artistas norteamericanos que pululaban por las calles de París. Cuando un joven mecánico no consiguió repararle el coche, Stein le gritó: «Todos vosotros sois *une génération perdue.»* Cuando le contó el incidente a Hemingway, soltó la frase que se le había cruzado por la cabeza en un momento de furia y frustración: «Eso es lo que son ustedes. Eso es lo que son ustedes. Todos los jóvenes que sirvieron en la guerra. Una generación perdida.»[14*]

Puede que la «generación perdida» angloparlante fuese un mito, pero los bohemios expatriados en París, jóvenes, desencantados y libres de todo compromiso, eran de carne y hueso. No se sentían de ninguna parte, y la vida de expatriados les convenía. Si estaban en un país extranjero, era más sencillo vivir con la sensación de no estar en casa; en París podían llevar una vida despreocupada. La guerra cultural que arrasaba a los Estados Unidos –entre los que no bebían y los que sí, entre la virtud y el vicio, entre la rectitud de los presbiterianos y los blancos, anglosajones y protestantes, y las ideas e identidades «antiamericanas»– en Europa parecía muy lejana, y los refugiados de esas batallas podían preguntarse a sí mismos qué habían perdido exactamente o, más bien, qué no habían tenido nunca.

Los que llegaron a la vida adulta después de la guerra eran perfectamente conscientes de que estaban perdidos, de que les faltaba la sensación de ser ellos mismos, de finalidad y dirección. Scott y Zelda Fitzgerald eran divertidos y frívolos, pero tantas fiestas conllevaban una manera de vivir un punto frenética para ser inocente. Por su parte, Djuna Barnes había perdido demasiado y demasiado pronto: violada a los dieciséis años, muy probablemente por su padre, la casaron con un hombre casi cuarenta años mayor que ella al que Djuna dejó al cabo de dos meses de tormento. Cuando la familia conoció tiempos difíciles, la obligaron a mantener a sus hermanos trabajando de periodista. Intransigente a la hora de vivir una

libertad que se había ganado a pulso, tuvo un amante tras otro, tanto hombres como mujeres, y llegó a París en 1921 con el encargo de entrevistar a James Joyce. Barnes admiraba tanto el *Ulises*, publicado en 1922, que durante un tiempo creyó que ya no sería capaz de volver a escribir: «¿Quién se atreve después de eso?» Al final, se armó de valor y volvió a publicar. *Ryder* (1928), su novela autobiográfica, describió con gráficos detalles la escabrosa realidad que se ocultaba detrás de la fachada burguesa de las familias de clase media de antes de 1914.

Entre todos los artistas de la generación perdida, Ernest Hemingway fue, a la vez, uno de los más perdidos y también el que con más hondura analizó su condición. En *Fiesta* (1926) narró sus experiencias en París y en las corridas de toros que vio en España; es una novela que capta la sensación de pérdida de toda una generación y la rebelión contra una existencia desprovista de sentido. Herido en combate, Jake, el protagonista, es impotente. Su vida de corresponsal extranjero en París (el propio Hemingway lo fue) es una triste sucesión de fiestas etílicas y encuentros recelosos con personas que son igualmente cínicas y que también carecen de rumbo. Para huir de ese vacío, Jake viaja a España con su amigo Cohn y la amante de éste, Brett, una aristócrata inglesa con un nombre bastante masculino que da a entender que es más hombre que sus amigos. En muchos sentidos, Brett es una «mujer nueva» que vive libremente su sexualidad. Quiere a Jake, pero a causa de su herida de guerra no se compromete con él y se acuesta con Cohn; también seduce a un torero, la viva imagen de la masculinidad tradicional. Al final, todos pierden; pierden el amor y la esperanza, y se pierden el uno al otro.

El rag de Montmartre

Las guerras culturales entre los valores conservadores y la visión del mundo de la generación de posguerra tuvieron como escenario todo el continente europeo, y en muchas de esas batallas los Estados Unidos fueron el símbolo del poder liberador del Nuevo Mundo, lejos de la atmósfera asfixiante de las ideas de la Europa de antes de la guerra.

Tras llegar a la capital francesa como soldados en la Primera Guerra Mundial, los músicos afroamericanos prefirieron quedarse o volver a

Europa a ganarse la vida en su patria, donde la competencia más encarnizada de otros grupos negros y el racismo imperante entre la población blanca les ponían las cosas muy difíciles. Para muchos músicos negros desmovilizados, los recuerdos de Europa eran, pese a los peligros y las penurias del frente, un tesoro. Después volvieron a París con sus instrumentos y se instalaron en Montmartre y los alrededores del barrio, en la rue Lance, en la rue Pigalle y en la rue des Martyrs. La ciudad estaba despertando del trauma de una guerra que entre la población francesa había causado más muertos y sufrimientos que en cualquier otro país occidental. La gente quería olvidar tantos muertos y tantos tullidos, y lo funesta que había sido la guerra.

Los Jazz Kings de Mitchell en el Casino de París, rue de Clichy, llevaban todas las noches el sonido del Sur norteamericano al público parisino, y acompañaron también a cantantes franceses como Maurice Chevalier y Mistinguett. En 1924, el cabaret Le Grand Duc, en la rue Pigalle, fue también otro escenario para el ragtime o la *musique nègre*. Llegado desde Londres, donde había estado de gira, al gran clarinetista Sidney Bechet le asombró ver que Montmartre se parecía mucho a Harlem. «Paseando por esas calles se podía uno encontrar siempre con cuatro o cinco conocidos – intérpretes, artistas, gente toda de verdadero talento [...]. Decidías que ya era hora de volver a casa y nunca lo conseguías. Siempre había algún cantante al que escuchar, o alguien que tocaba. Te tropezabas con amigos que iban a escuchar tal cosa o tal otra, o a hacer esto o aquello, y te ibas con ellos. Parecía imposible volver a casa antes de las diez o las once de la mañana.»[15]

Desde Montmartre, los ritmos sincopados de cornetas, clarinetes y baterías viajaron en tren hasta Bruselas y Ámsterdam. Una ráfaga de cultura negra norteamericana llevó consigo su inconfundible aroma de libertad. Londres fue otro destino importante, donde, sin embargo, las cosas no eran tan fáciles. Como los parisinos, los londinenses intentaban olvidar la guerra y redescubrir los placeres, pero, a diferencia de Francia, Gran Bretaña había empleado en sus fábricas a trabajadores negros de las Antillas para compensar la escasez de mano de obra, una solución que parecía tanto más atractiva a los empleadores cuanto que la paga de los obreros negros era inferior a la que recibían los blancos.

Terminada la desmovilización, los obreros blancos británicos competían

por esos puestos de trabajo, y así creció el odio a los negros, a quienes acusaban de presionar los salarios a la baja. Otro motivo de rivalidad entre los trabajadores blancos y los negros eran los celos sexuales; en palabras de Francis Caldwell, entonces jefe de la policía de Liverpool: «Durante un tiempo se ha constatado la existencia de un sentimiento de animosidad entre la población blanca y los negros de esta ciudad. Un sentimiento probablemente causado por la conducta arrogante y autoritaria de la población de color para con los blancos, y por las mujeres blancas que viven o cohabitan con hombres negros y alardean ante otras mujeres de la calidad de los negros, muy superior a la de los hombres blancos. Desde el armisticio, la desmovilización de tantos negros en Liverpool ha provocado que ese sentimiento se desarrollara más rápida y más activamente.»[16]

Los obreros blancos se negaban a trabajar junto a sus colegas negros, y las fábricas empezaron a despedir a éstos para cederles su lugar a los blancos. En julio de 1919, las tensiones estallaron en Liverpool cuando despidieron de una refinería de azúcar a ciento veinte obreros negros. Una multitud de negros y blancos armados con porras, cadenas, revólveres y navajas se enfrentaron entre sí en batallas callejeras. Murió un marinero negro y hubo decenas de heridos. Fue precisamente durante esos días trágicos cuando Sidney Bechet y sus músicos de la Southern Syncopated Orchestra desembarcaron en Liverpool. Tocaron ante una concurrencia muy nutrida en el Philarmonic Hall de Londres, sito en Great Portland Street, e incluso los invitaron a tocar –o les ordenaron que tocasen– en el palacio de Buckingham.

Guerras culturales y guerra civil

En Alemania, derrotada y condenada al ostracismo, al principio fue más difícil acceder a los ritmos con que se celebró el final de la guerra. El jazz no llegó a Berlín hasta 1920, y lo hizo en formato disco, una torpe versión del «Tiger Rag» que tocaba una banda alemana hasta entonces desconocida y lanzada por un sello alemán. Pero aun cuando el fraseo no tenía nada de la sensual elegancia de Bechet y pese a que los músicos evitaron con cuidado todas las notas «sucias», tocando la música exactamente como si se tratara de una melodía bailable más, el disco fue una pequeña sensación. Dos años

más tarde comenzaron a importarse discos de jazz de los Estados Unidos, y las bandas y los músicos alemanes se dedicaron ávidamente a escuchar, transcribir e imitarlos, para el regocijo del público joven del país. El jazz llegó y triunfó.

Berlín fue un importante campo de batalla de las guerras culturales entre el viejo mundo y el nuevo, y si bien en éste el jazz tardó un poco en imponerse, sin duda mucho más que en París, la batalla se libró inicialmente en un terreno diferente, aunque también con fuertes referencias a los Estados Unidos y las supuestas libertades de que se gozaba en ese país.

No es fácil imaginar hoy el desgarro de Berlín y de Alemania en general después del desastre de la guerra y la caída del imperio de Guillermo II. Más que en cualquier otra ciudad (con la única posible excepción de Viena), el ambiente estaba marcado por la pobreza, la amargura, el resentimiento social y una violencia política asesina. «Había oradores en cada esquina; se entonaban canciones de odio en todas partes», recordó luego el pintor George Grosz. «Todo era objeto de odio; los judíos, los capitalistas, la aristocracia, los comunistas, los militares, los terratenientes, los trabajadores, los desempleados, el Reichswehr "negro", las comisiones de control, los políticos, los grandes almacenes y, una vez más, los judíos. Fue una verdadera orgía de incitación al odio, y la República era tan débil que apenas se notaba. Todo eso sólo podía acabar en una colisión atroz.»[17]

Intentando recuperarse de una derrota para la que no estaba en absoluto preparada, Alemania era una nación dividida en dos, enzarzada en una mortal batalla interna. «En la calle, un grupo de hombres que lucían camisas blancas marchaba entonando *"Deutschland, erwache! Juda, verrecke!"* (¡Despierta, Alemania! ¡Judío, muere!), mientras otros, en formación militar parecida, vitoreaban a Moscú. Ahí quedaron algunas cabezas rotas, y espinillas también, y algunos hombres con feas heridas de bala», cuenta Grosz.[18] «Toda una ciudad oscura, fría, donde no cesaban de correr rumores. Las calles se convirtieron en barrancos en los que se mataba sin premeditación y se traficaba con cocaína; había barras de acero y patas de sillas rotas y manchadas de sangre por todas partes.»

El arquitecto alemán Ludwig Mies van der Rohe intentó imprimir a Berlín una imagen de ciudad moderna e incluso futurista.
Bildrecht. Ludwig Mies van der Rohe, The force of the new: design for an office building in central Berlin, 1921/© Bildrecht, Viena, 2014

Desde su fundación en 1919, la República de Weimar había vivido en medio de una revolución que, de haber triunfado, podría haber llevado a Alemania en una dirección totalmente distinta. Esa revolución socialista la dirigieron socialdemócratas contrarios a la línea de la ejecutiva del partido. Los abiertos enfrentamientos callejeros entre milicias de derecha y de izquierda obligaron al joven gobierno a dejar la capital e instalarse en la tranquila y provinciana Weimar, donde la primera asamblea se celebró en el teatro local, construido más de un siglo antes por el duque de Weimar como espacio para acoger las representaciones de las obras de su ministro y, a veces, director teatral Johann Wolfgang von Goethe y de su amigo Friedrich Schiller; delante del edificio, las estatuas de estos escritores parecían invocar en vano el espíritu del humanismo clásico.

A principios de 1920, la joven República de Weimar vivió una de sus crisis más serias cuando un grupo de oficiales descontentos organizaron un

violento golpe contra el gobierno y ocuparon edificios oficiales, incluida la Cancillería, y obligaron al gabinete a abandonar Berlín una vez más. Sin embargo, esta vez se convocó una huelga general y los cabecillas del golpe tuvieron que desechar el plan de instaurar un gobierno autoritario en la línea del militarismo prusiano. Si bien la república se salvó temporalmente, siguió viviéndose una situación rayana en la guerra civil.

Sólo una alianza desestabilizadora con fuerzas paramilitares de dudosa lealtad, toleradas desde arriba, garantizó entonces el precario poder del gobierno. El problema al que se enfrentaban quienes dirigían el país era abrumador: una inmensa acumulación de deudas, y no sólo las correspondientes a las indemnizaciones fijadas en el Tratado de Versalles, sino también las que se derivaban de los costes de la guerra, financiada por el emperador casi exclusivamente con la emisión de obligaciones que, en su opinión, satisfarían las indemnizaciones que tendrían que pagarles sus enemigos una vez vencidos. De pronto, con la economía en ruinas, con la política misma en peligro y con una población brutalizada por el conflicto, Alemania se enfrentaba al pago de una deuda de guerra calculada en 153.000 millones de marcos (cuando en 1913 la deuda total alemana sólo era de 5.000 millones). La estrategia fue –al menos, se suponía que era– una inflación controlada. Si antes de la guerra había en circulación 2.000 millones de marcos, en 1919 la cantidad era de 45.000 millones. Incluso el año inmediatamente posterior al final de la guerra, el dinero perdía valor a pasos agigantados, y los ahorros y la seguridad de la clase media empezaron a evaporarse, desestabilizando aún más una situación ya volátil.

El consenso fue la primera baja de esa batalla entre posturas extremas, y si bien eran muchos los conservadores que pensaban que la salvación descansaba en un retorno a la grandeza nacional y a las «virtudes germánicas», una facción importante de inclinación izquierdista y predominantemente urbana e internacionalista se opuso a esos sueños por considerarlos una forma de suicidio nacional. La izquierda alemana detestaba el legado del imperio, el mundo de los *junkers* prusianos –la nobleza terrateniente–, los militares y su visión del mundo.

Un veterano de guerra alemán condecorado con la Cruz de Hierro mendiga en las calles de Berlín.
Bundesarchiv, Koblenza

«La ciudad se asemejaba a un cadáver gris»; así describió el pintor George Grosz el Berlín de posguerra.

> Había grietas en todas las paredes. [...] Las ventanas, muertas, sucias, rotas, parecían seguir llorando a los muchos a quienes habían esperado en vano. Fueron años absurdos. Yo me lancé como un loco a la vida y me uní a gente que buscaba una manera de salir de esa nada absoluta. Queríamos más. Pero no podíamos saber qué iba a ser ese «más». Sin embargo, mis amigos y yo no veíamos una solución en el negativismo, y tampoco en la furia que nos provocaba haber sido engañados, ni en la negación de todos los valores anteriores. Así pues, naturalmente, nos inclinamos cada vez más hacia la izquierda.[19]

Soldado a su pesar, Grosz formó parte de una nueva generación comprometida ideológicamente. Su nombre ya expresaba los intensos sentimientos sobre los ideales y la política de su país. Nacido Georg Ehrenfried Gross, se inventó una nueva identidad, con resonancias cosmopolitas, porque no quería tener un apellido alemán. Dibujante talentoso, puso su habilidad al servicio de sus esperanzas utópicas: «Para mí, todo el arte carecía de sentido a menos que sirviera de arma en la arena política. Mi arte tenía que ser fusil y espada.»[20]

Grosz empleó sus armas artísticas para combatir a quienes para él, y para

quienes libraban con él la batalla por un nuevo mundo, eran enemigos reaccionarios de la paz y el progreso. En una pintura que no ha sobrevivido, titulada *Alemania, un cuento de invierno*, y de la que se conserva un estudio preparatorio encontrado en fechas recientes, plasmó su visión de la vieja Alemania. En el centro del lienzo, un burgués rechoncho y asustado sentado a la mesa sujeta con fuerza el cuchillo y el tenedor; ante él, un plato vacío en el que sólo hay un hueso, un vaso de cerveza y, a un lado, un periódico. A su alrededor, el mundo estalla: casas en ruinas, un reloj en el que faltan algunos números, una prostituta, un revolucionario, un hombre cargando un ataúd... Todo es caos. En la parte inferior de la composición, un sacerdote con aspecto de reptil, un general con cara de estúpido y un maestro de escuela ciego con un largo bastón y, en las manos, un volumen con la etiqueta «Göthe» completan ese escenario apocalíptico.

Con su pincel dedicado a la lucha de clases, Grosz se especializó en retratar a oficiales brutales, a prostitutas fofas, a burgueses con cara de perro y a veteranos de guerra mutilados (a estos últimos se los veía mendigando en todas las calles de Berlín). Y también reflexionó sobre lo que veía a su alrededor: «Ya no quedaban códigos morales. Una oleada de vicio, de pornografía y de prostitución envolvía el país entero. *Je m'en fous* era la consigna; por fin voy a divertirme. Llegaron a Berlín unos jóvenes norteamericanos que hasta pocos días antes habían tocado en una banda militar, y las orquestas que tocaban valses vieneses se convirtieron en bandas de jazz de la noche a la mañana. En lugar de un primer y segundo violinistas, se veía a saxofonistas y banjistas risueños.»[21]

El jazz llegó a ser el emblema de una nueva manera de vivir, de una nueva generación que deseaba escapar de los confines del mundo anterior a la guerra, un mundo cuyos valores ya nadie respetaba. Eran la generación perdida, las *flappers*, los nuevos bohemios que pasaban las noches en los abrevaderos de París, Chicago, Londres, Berlín, Viena y Bruselas y Atlantic City. Sus días y sus noches parecían una celebración del hedonismo, pero no por ello dejaban de ser plenamente conscientes del tremendo vacío que ocupaba el centro del torbellino que era su vida; como dijo Scott Fitzgerald, bailaban, bebían y dormían para atontar la conciencia, pues sabían que allí acechaban preguntas no respondidas, preguntas que, muy probablemente, tampoco tenían respuesta.

Pero esa vida frívola y alocada no era para todo el mundo. Mientras la

sensación de traición y vacío llevaba a algunos de cabeza al *speakeasy*, motivó a otros a cambiar las cosas, a fundar una nueva Jerusalén. A pesar de sus coetáneos hedonistas, ellos descubrieron causas, ideologías y la salvación. Su entusiasmo era a menudo real y respetable, pero, como señaló George Grosz refiriéndose a Alemania, sus esperanzas, contradictorias mutuamente, crearon una sensación de amenaza debajo de los intensos placeres de una época liberada del peso de los cuatro años que duró la guerra:

«Era un mundo absolutamente negativo, revestido de alegres colores que mucha gente consideraba la verdadera Alemania, un país feliz antes de la erupción de la nueva barbarie. Los extranjeros que nos visitaban en aquellos días se dejaban engañar fácilmente por esa diversión aparente, esa superficie despreocupada y ruidosa, por la vida nocturna y la supuesta libertad y el florecimiento de las artes. Pero eso era solamente la superficie. Justo debajo de esa animación, que duró poco, debajo del pantano reluciente, se ocultaba la discordia fratricida y general, y se formaron regimientos para el juicio final. [...] Y nosotros lo sabíamos o, al menos, lo presentíamos.»[22]

1921: ADIÓS A LA ESPERANZA

> Diecisiete meses pasé haciendo cola a las puertas de la cárcel, en Leningrado, en los terribles años del terror de Yezhov. Un día alguien me reconoció. Detrás de mí, una mujer –los labios morados de frío– que nunca había oído mi nombre salió del acorchamiento en que todos estábamos y me preguntó al oído (allí se hablaba sólo en susurros): «¿Y usted puede dar cuenta de esto?» Yo le dije: «Puedo.»
> Y entonces algo como una sonrisa asomó a lo que había sido su rostro.
>
> ANNA AJMÁTOVA, *Réquiem*[*]

El 7 de marzo de 1921, el Séptimo Ejército ruso recibió la orden de atacar la fortaleza de Kronstadt, una isla de importancia estratégica en la bahía de San Petersburgo, entonces Petrogrado. Detrás de los gruesos muros que dominaban la helada bahía, trece mil soldados y marineros rusos armados. El gobierno de Lenin los había declarado traidores y ordenó eliminarlos.

Atacar la fortaleza desde el hielo era una empresa casi suicida, pues tanto el edificio como los buques de guerra estaban ocupados por numerosas baterías manejadas por un personal muy formado y motivado, y el hielo no ofrecía un solo lugar donde refugiarse. Por si fuera poco, muchos de los soldados del Séptimo Ejército, campesinos en su mayoría, tenían una opinión ambivalente sobre el ataque. Había que animarlos, y se hizo colocando un destacamento de ametralladoras detrás de las tropas que debían avanzar hacia la fortaleza. Tenían órdenes de matar a todos los desertores. Tuvo lugar un breve combate de la artillería, pues una ventisca

reducía la visibilidad a unos pocos metros. Se ordenó entonces a la artillería que tomara la fortaleza por asalto. En cuanto los primeros soldados, vestidos de blanco para camuflarse, asomaron de la intensa nevada, los acribillaron con fuego de artillería y de ametralladoras; los proyectiles de los grandes cañones de los rebeldes abrieron boquetes en el hielo, y decenas de atacantes se ahogaron en el mar helado.

El día siguiente, la ventisca amainó. El hielo que rodeaba la fortaleza amaneció cubierto de cadáveres. Se reanudó entonces el fuego masivo de artillería; el Séptimo Ejército respondió. En la zona continental ya ardían varios edificios. Se lanzó otro ataque, y Lenin anunció una nueva gloriosa victoria soviética, la liquidación de los rebeldes de Kronstadt; pero su optimismo puede calificarse de prematuro. Fueron veinte mil los soldados que no habían acatado las órdenes a sabiendas de que estaban atrapados en campo abierto; no obstante, no querían disparar contra sus camaradas. En la fortaleza, los marineros de Kronstadt lanzaron un llamamiento a los trabajadores del mundo: «Que los trabajadores del mundo entero sepan que nosotros, los defensores del poder soviético, vigilamos las conquistas de la revolución socialista. Venceremos o moriremos bajo las ruinas de Kronstadt, luchando por la justa causa de las masas trabajadoras. Ellas serán nuestros jueces. La sangre de los inocentes caerá sobre las cabezas de los fanáticos comunistas, ebrios de poder. ¡Larga vida al poder de los sóviets!»[1]

Nadie podía reprochar a los rebeldes de la isla falta de valor ni de lealtad al ideal comunista. Durante los terribles años de la guerra civil habían combatido por los derechos de los obreros y los campesinos, su pueblo, y no pudieron con ellos penurias ni peligros. La marina siempre había estado en el centro de la revolución. En 1905, la rebelión de los marineros del *Potiomkin*, en el Mar Negro, había sido uno de los primeros incidentes revolucionarios importantes; allí se vio que los hombres estaban decididos a luchar contra el zar, y en 1917 el *Aurora* disparó (en la mitología revolucionaria, al menos) los primeros proyectiles que marcaron el comienzo de una nueva época, las chispas de la gloriosa Revolución de Octubre.

Siguieron tres años de destructiva guerra civil, tres años de terror por parte de ambos bandos, encabezados por el Ejército Rojo y las fuerzas blancas del zar, fuerzas temibles ambas para los habitantes de las incontables aldeas en que aún vivían las cuatro quintas partes de la

población rusa. Se habían conquistado grandes extensiones en campañas punitivas con saqueos, incendios, asesinatos y violaciones en pueblos que luego quedaron abandonados; un círculo vicioso que tampoco era nuevo en Rusia. Antes de 1917, los ejércitos del zar habían participado en las mismas campañas periódicas de terror para controlar a una población que en gran parte seguía viviendo fuera de la ley; en un país de ciento sesenta millones de almas, la fuerza de policía oficial solamente contaba con cien mil hombres, y el orden cotidiano se mantenía a menudo gracias a los ancianos de las aldeas, a menudo brutales.

No obstante, esta vez no hubo fin a la violencia. Pero los nuevos dirigentes comunistas eran aún menos hábiles para gobernar que los aristócratas ya ancianos y los funcionarios corruptos que los habían precedido. Sin experiencia en cargos oficiales, ni siquiera en la administración –a la que el historiador Richard Pipes llamó gobierno de revolucionarios profesionales–, los nuevos gobernantes echaron mano de la teoría y los experimentos extremos, llegando incluso, en 1920, a abolir por completo el dinero con la intención de acabar con la raíz misma del capitalismo.

Poco antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, Rusia era un imperio de marcados contrastes sociales, económicos, étnicos e ideológicos, y parecía como si las ciudades existieran en un siglo distinto, desconocido en las zonas rurales. Después del desastre de la Primera Guerra Mundial, en la que murieron 3,5 millones de rusos, las energías destructivas generadas por esos contrastes penetraron en el corazón de la sociedad, y los rusos soportaron la revolución, la arbitrariedad asesina de los gobernantes bolcheviques y la guerra civil. Trescientos mil hombres murieron en esa guerra, y otros cuatrocientos cincuenta mil murieron a causa de enfermedades, pero estas cifras sólo son una parte de la devastación.

En una especie de concurso de crueldad, la Cheka, la temible policía secreta de Lenin, ejecutó a unas doscientas cincuenta mil personas sin juicio, y las tropas cosacas monárquicas mataron a veinticinco mil civiles en una sola provincia. La venganza fue rápida y terrible, pues tras caer derrotados por el Ejército Rojo, entre quinientos mil y setecientos mil cosacos fueron ejecutados o deportados. Mientras tanto, el Ejército Blanco, conocido por su antisemitismo, asesinó a cien mil judíos de Ucrania, y no se sabe cuántos murieron en los pogromos del sur del país.

Resentido por algo que consideraba resistencia a su política libertadora por parte de las fuerzas campesinas leales al viejo orden, Lenin ordenó la incautación del grano en los pueblos de todos los Urales, provocando así la primera de varias hambrunas deliberadas que Rusia conoció en una década. No se sabe tampoco cuántas personas murieron de hambre, pero algunas estimaciones aventuran que fueron entre uno y dos millones. Tras la hambruna, una epidemia de tifus hizo fácil presa entre la población debilitada y mató al menos a tres millones de personas.

Las unidades de la marina, las tropas más leales a los comunistas, vivieron al margen de esa terrible oleada de asesinatos y muertes, separadas del horror por una gruesa muralla de propaganda. Durante la guerra apenas pudieron bajar de sus buques para visitar la ciudad, y mucho menos a sus familias, que vivían en pueblos remotos. No obstante, a finales de 1920 la situación ya empezaba a cambiar. Repelido el Ejército Blanco, la mayor parte de Rusia vivía ahora bajo el imperio del comunismo.

Los hombres habían soportado durante meses la disciplina naval, raciones escasas, peligros varios y el aburrimiento, y pensaban que ya era hora de disfrutar de una pequeña retribución. Las tripulaciones del *Petropavlovsk* y el *Sebastopol*, encallados en el hielo frente a Kronstadt, no muy lejos el uno del otro, empezaron a impacientarse. Los marineros querían permisos para ir a visitar a la familia, que se relajara la disciplina militar y el restablecimiento de sus famosas estructuras democráticas, que permitían que los comités de los buques tomaran decisiones (en lugar de la reincorporación de los ex oficiales zaristas, los únicos con conocimientos técnicos suficientes para tripular un buque de guerra). Pero las cosas sólo parecían ir a peor; los suministros se fueron deteriorando y las raciones de la marinería, de por sí malas, llegaron a ser tan escasas que hubo un brote de escorbuto.

Temiendo una rebelión, los comandantes de la marina permitieron que cada vez fuesen más los hombres que podían gozar de un permiso para visitar a la familia. Con la esperanza de que los recibiesen como a héroes y patriotas, los marineros volvieron a sus casas, pero allí sólo encontraron el sufrimiento de la vida en el campo y la hostilidad de sus familias. Un marinero contó: «Mientras nosotros estábamos en el frente o en el mar, la censura bolchevique nos ocultó durante años lo que ocurría en el país.

Cuando volvimos, nuestros padres nos preguntaron por qué luchábamos con el opresor. Y eso nos hizo pensar.»[2]

Al regresar a los barcos, los marineros se contaron historias y experiencias: el hambre en las ciudades y las terribles pérdidas en pueblos y aldeas, las bandas de niños de la calle que pedían limosna y robaban todo lo que podían, los trabajadores vigilados por soldados armados del Ejército Rojo, como si fuesen prisioneros, la amenaza constante de la Cheka. Y concluyeron que ésa no era la revolución por la que habían combatido. Muchos acabaron desencantados con la causa. Miles de ellos dejaron de ser afiliados al Partido Comunista; cinco mil solamente en enero de 1921. La flota del Báltico estaba convirtiéndose en un peso para la dirección del partido, y los funcionarios, indiferentes a los motivos que provocaban la desafección de los marineros, echaban la culpa de todos los problemas a los agitadores zaristas e imperialistas.

La situación a bordo de los acorazados siguió deteriorándose en febrero de 1921, cuando llegaron a oídos de los marineros noticias y rumores sobre disturbios y huelgas en Petrogrado. Sin acceso a información fiable y enterándose de lo que ocurría sólo por el boca a boca y la propaganda, oyeron decir que el ejército disparaba contra miles de manifestantes, como habían hecho las tropas del zar en la misma ciudad (cuando aún era San Petersburgo) en los primeros días de la Revolución de Octubre. Se habían convocado huelgas, y las unidades de la Cheka arrestaban a los líderes de los huelguistas, a los que ejecutaban sumariamente en sótanos secretos. Nerviosos, pero sin saber a ciencia cierta qué creer, los marineros decidieron enviar a la ciudad una comisión de investigación. Lo que vieron los miembros de ese grupo reforzó la impresión de que el Estado de los obreros y los campesinos estaba convirtiéndose en una dictadura rigurosa y distante: a los obreros que se declaraban en huelga los obligaban a trabajar *manu militari*, había unidades del ejército por todas partes y se habían levantado barricadas protegidas por destacamentos armados.

A fin de responder a la represión de la huelga, los marineros de Kronstadt redactaron una resolución en la que pedían, entre otras cosas, libertad de expresión y una prensa libre, elecciones inmediatas y secretas, libertad para formar nuevos sindicatos, la liberación de todos los presos políticos y el control democrático de todos los ámbitos gubernamentales. Eran reivindicaciones imposibles, y los marineros lo sabían muy bien, pero fue la

expresión más clara hasta la fecha del creciente desafecto para con el gobierno central y con la revolución, y procedió de unos hombres que habían demostrado de sobra su lealtad y su disposición a sacrificarse por la causa. No pedían el final del gobierno soviético ni de la política revolucionaria, pero quizá lo que querían fuese aún más peligroso: intentaban arrebatarle la revolución al partido y vincularla estrechamente a una democracia popular.

El gobierno de Lenin, todavía con sede en Petrogrado, percibió que los marineros de Kronstadt representaban un serio desafío a la autoridad. Al principio reaccionó enviando a algunos de sus comisarios de más alto rango –Mijaíl Ivánovich Kalinin, presidente del Comité Ejecutivo Central, y Nikolái Nikoláievich Kuzmin, comisario político de la flota del Báltico– para salvar la situación conversando con los hombres en el marco de un mitin al aire libre que se celebró el 1 de marzo; pese a las gélidas temperaturas, asistieron quince mil personas. Al principio las cosas fueron bien. Una banda militar y una guardia de honor con estandartes recibieron a la delegación oficial, y la reunión comenzó en paz; pero, cuando se leyó la resolución de los marineros y Kalinin comenzó a manifestarse en contra, el clima cambió. Los asistentes lo interrumpieron y lo abuchearon; los silbidos e insultos ahogaron su voz.

Kuzmín, orador curtido, intentó poner a la multitud de su parte recordándole sus heroicas contribuciones durante la revolución; pero esa táctica no dio los frutos esperados. Una voz del público gritó: «¿Ha olvidado que hizo fusilar a uno de cada diez hombres en el frente septentrional? ¡Largo de aquí!» En efecto, durante la guerra se habían producido esa clase de atrocidades, y Kuzmín había sido uno de los comisarios de ese frente. Una vez, por órdenes personales de León Trotski, se interceptó a un destacamento de reclutas que intentaban huir, y se condenó a muerte y se fusiló al comandante y a uno de cada diez hombres.

Impenitente, Kuzmin respondió: «¡El pueblo trabajador siempre ha ejecutado a los traidores a la causa, y lo seguirá haciendo!», gritó a la asamblea que lo abucheaba e insultaba.[3] Cuando terminó y bajó del podio ante un público cada vez más hostil, la tribuna pasó a ser de los marineros, que comenzaron a condenar al gobierno y a exigir más libertades y más igualdad entre los privilegiados funcionarios del partido y los trabajadores corrientes. Una inmensa mayoría se declaró a favor de la resolución, y la

asamblea decidió enviar a la capital otra delegación para que la población conociera sus reivindicaciones.

La escalada de tensión no se detuvo ahí. Los marineros eligieron su propio sóviet y declararon que el cuerpo gobernante oficial no tenía validez legal. Kuzmín y otros dos funcionarios pronunciaron airados discursos; los marineros los arrestaron al día siguiente en el transcurso de otra asamblea. Cuando llegó el rumor de que quince camiones cargados de tropas bolcheviques se dirigían a Kronstadt para reprimir la asamblea, el motín se convirtió en una rebelión en toda regla. Se formó un comité revolucionario para dirigir las operaciones y se desplegaron hombres armados para ocupar los arsenales, las centrales telefónicas, los depósitos y la estación de bombeo. Los rebeldes declararon el toque de queda, y todos los barcos quedaron a sus órdenes. Con tres oficiales hechos prisioneros y todo un arsenal a su disposición, comenzó la rebelión de Kronstadt.

En Petrogrado, el gobierno reconoció que ese desafío a la autoridad tenía una importancia crucial. Tras varios años de guerra, el ejército estaba exhausto, y era perfectamente posible que fuese incapaz de controlar la situación si el levantamiento se propagaba a otras ciudades y provincias, como había ocurrido antes, sobre todo si los adversarios no eran guardias blancos, sino soldados que se habían sacrificado por la revolución. Las tropas mismas podían amotinarse y negarse a acatar las órdenes, poniendo así en peligro el centro del poder de los sóviets.

En una pauta que llegaría a ser regular, la reacción del gobierno de Lenin fue doble. El partido llevó a cabo un enorme esfuerzo propagandístico para convencer a la población de que en Kronstadt habían actuado agentes extranjeros con propósitos subversivos, así como fuerzas contrarrevolucionarias. Mientras tanto, sobre el terreno el ejército se preparaba para sofocar la rebelión lo antes posible, atacando la fortaleza antes de que se fundiera el hielo; de lo contrario, el campamento de los sublevados sería prácticamente impenetrable y les permitiría controlar todos los accesos navales a la capital. Los marineros de Kronstadt, a los que el propio Trotski había llamado «orgullo y gloria» de la Revolución Rusa, eran ahora los enemigos más peligrosos de los bolcheviques. Disponiendo las medidas de represalia, Trotski había ordenado que se tomaran rehenes a las esposas y los hijos de los rebeldes.

A medida que pasaban los días iban llegando noticias de motines aislados

en otras unidades del ejército, que confirmaron los peores miedos de Lenin. Los ferroviarios de Krasnoe Selo se negaron a operar los trenes que llevaban soldados a la guarnición; la 27.ª División de Omsk se negó a acatar las órdenes, y se descubrió un plan antibolchevique en la Academia Militar de Petershof, que fue rápidamente abortado. Entretanto, en su bastión, los rebeldes parecían más decididos que nunca, pero su resistencia contra el gobierno bolchevique no contó con un apoyo digno de este nombre. Agotados por el hambre y la guerra, los obreros de Petrogrado, cuya huelga había desencadenado los acontecimientos, no se alzaron contra el gobierno. Por otra parte, en la isla estaban quedándose rápidamente sin provisiones. Apenas quedaban combustible y munición, los víveres no eran suficientes y casi no había ropa de invierno; las largas guardias y las noches en vela habían agotado incluso a los más curtidos. Habían esperado en vano la ayuda del exterior; la inexpugnable fortaleza empezaba a parecerse a una trampa mortal.

Cuando la noche del 16 al 17 de marzo se lanzó el ataque, unos cincuenta mil soldados avanzaron hacia la isla envueltos en una densa niebla; un bombardeo prolongado precedió al ataque. Cuando, alrededor de las cinco de la mañana, las primeras unidades llegaron a los fuertes de la periferia, avanzando cuerpo a tierra sobre el hielo, ahora casi fundido, los rebeldes alumbraron a los soldados de la vanguardia con bengalas y reflectores y les pidieron que se sumaran a su causa. Los que ocupaban la fortaleza no abrieron fuego hasta que vieron aparecer a los atacantes con bayonetas en las almenas; las bajas fueron cuantiosas.

Durante todo el día, ola tras ola de atacantes fueron objeto del rechazo de los desesperados rebeldes, que emplearon la artillería para convertir la extensión helada en un frío cementerio de soldados del ejército ruso. Los que se batieron en retirada fueron asesinados en el acto por sus propios oficiales, resueltos a no darse por vencidos. Al final, los atacantes, en virtud de su mera superioridad numérica, aplastaron a las defensas y, cuando franquearon las murallas, la batalla en campo abierto se convirtió en una serie de encarnizados enfrentamientos en que los marineros acabaron retirándose casa por casa. A eso de las cuatro de la tarde, los rebeldes volvieron a reunir todas sus fuerzas y, de hecho, consiguieron expulsar a los atacantes de la isla, pero la llegada de nuevos relevos del ejército pudo con ellos. Ya al amparo de la oscuridad, ochocientos defensores de la fortaleza

consiguieron huir atravesando el hielo y se refugiaron en Finlandia. Al día siguiente, fueron casi ocho mil los que huyeron a Finlandia. La rebelión había perdido la batalla.

El coste humano del ataque fue dramático. Si bien las estimaciones difieren considerablemente (las cifras oficiales del Partido Comunista hablan de setecientas bajas en el Ejército Rojo; otras, de veinticinco mil), es probable que muriesen diez mil soldados bolcheviques, a los que hay que añadir miles de heridos. Entre los rebeldes, sólo murieron seiscientos, y los bolcheviques tomaron dos mil quinientos prisioneros. A la mayoría los ejecutaron sin juicio en las semanas que siguieron a la derrota final; a otros los enviaron a gulags, a veces junto con toda la familia, incluidos los niños. El destino de Kronstadt tenía que enviar una advertencia a la insurrección.

Y el aviso, una vez recibido, cambió la joven Unión Soviética. A partir de ese momento quedó perfectamente claro que Lenin estaba decidido a aplastar toda reivindicación de gobierno participativo y cualquier desafío a su autoridad.

Muerte en el bosque

Para el gobierno, Kronstadt representó una oportunidad de acabar de raíz con la oposición en todos los niveles de la sociedad, y a la rebelión siguió una ola de terror que incluyó arrestos, torturas y ejecuciones. Para dar una explicación oficial, los propagandistas soviéticos decidieron una vez más preparar a la opinión pública para el horror que se avecinaba. Se inventaron una conspiración antibolchevique internacional, que luego pusieron al descubierto a bombo y platillo. En este caso, el cerebro era Vladímir Nikoláievich Tagántsev, un profesor de geografía y experto en glaciares que no se interesaba en absoluto por la política. Habían encontrado su nombre, junto a muchos más, en la agenda de un espía asesinado en la frontera finlandesa. Ese hecho le bastó a la Cheka para señalar a Tagántsev como autor intelectual del plan que aspiraba a derrocar al gobierno, con conexiones que hundían sus raíces en las filas de la *intelligentsia* de Petrogrado.

El 31 de mayo de 1922, apenas una semana después del aplastamiento de la rebelión de Kronstadt, las autoridades arrestaron al discreto geógrafo y lo

acusaron de alta traición; encerrado en una prisión de la Cheka en régimen de aislamiento, lo sometieron a constantes interrogatorios y torturas. En junio, Tagántsev intentó ahorcarse en su celda, pero los guardias lo descubrieron. Poco después, el comandante de la Cheka local le ofreció un trato: indulgencia para él e inmunidad para todos los miembros de la conspiración a quienes nombrara, que ya no serían perseguidos. La amnistía se ofreció por escrito, firmada por funcionarios de alto rango. Agotado por las torturas y la angustia, Tagántsev transigió y dio nombres; muy probablemente de conocidos, o de personas de las que había oído hablar, o nombres que le habían sugerido quienes lo interrogaban.

Superviviente de los «años vegetarianos». Durante la década de 1920, la poeta Anna Ajmátova se alimentó únicamente con pan y té.
Hulton Archive

Por supuesto, la amnistía resultó ser una trampa para confeccionar una lista que, en efecto, incluía a gran parte de la élite intelectual de Petrogrado, hombres y mujeres de quienes los bolcheviques siempre habían sospechado que eran poco leales a la revolución. Ahora podían comenzar las

detenciones. La Cheka arrestó a ochocientas personas para interrogarlas, entre ellas, a Nikolái Gumiliov, poeta respetado y ex marido de Anna Ajmátova, otra gran estrella del firmamento poético de Rusia. El 25 de agosto, la Cheka ejecutó en el bosque Kovalevski, en las afueras de Petrogrado, a Tagántsev, a su mujer, a Gumiliov y a otros sesenta presos. Entre 1918 y mediados de la década siguiente, en ese mismo lugar murieron ejecutados unos treinta mil hombres y mujeres, la mayoría sin juicio. Se calcula que cuatro mil quinientos cadáveres siguen enterrados en fosas comunes en ese bosque. Sus nombres se desconocen.

Gumiliov había sido un poeta conocido e influyente que dejó su impronta en Ósip Mandelstam y el joven Vladimir Nabokov, entre otros; pero, en el clima enrarecido de la Rusia soviética, la fama podía ser una enfermedad contagiosa. Su matrimonio con Ajmátova sólo había durado unos años, pero habían tenido un hijo. Ahora, la relación de la poeta con un hombre acusado de traición a la patria y a la revolución amenazaba su propia vida y la ponía en un serio peligro.

Cuando ejecutaron a su ex marido, Ajmátova tenía treinta y dos años y trabajaba de bibliotecaria en el Instituto de Agronomía. El sueldo apenas le bastaba para sobrevivir, y durante años se alimentó sólo con pan y té, una época a la que más tarde llamó «los años vegetarianos».

Kronstadt y la época de represión subsiguiente fueron, en más de un sentido, el final de la Revolución Rusa. Los asesinatos despiadados de los supervivientes y la conspiración inventada, seguida por otra oleada de ejecuciones, dejaron absolutamente claro que a los líderes bolcheviques no les interesaba que los sóviets locales y elegidos democráticamente participaran en la toma de decisiones; en adelante gobernaron con mano de hierro.

Lenin, que durante la rebelión se había mantenido en segundo plano, era lo bastante astuto para entender que su régimen de austeridad, el comunismo de la guerra, necesitaba suavizarse un poco para prevenir nuevos alzamientos, rebeliones que podían resultar inmanejables tanto para los rebeldes como para su exhausto ejército. En palabras de Lenin, la rebelión fue un «relámpago» que le enseñó lo que tenía que hacer si quería que el régimen no se estancara, pero, aunque aflojó un poco las riendas, siguió controlándolo todo con el máximo rigor. Si su política comunista durante la guerra había sido, en parte, una guerra contra el campesinado,

amenazado por la incautación de las cosechas además de haber perdido más de una tercera parte de su productividad, el régimen empezó a permitir cierta producción y comercio artesanal y de cereales a pequeña escala, medida que mejoró la producción en el campo y calmó la desesperación de la población.

No obstante, Lenin seguía perdiendo autoridad a causa de su mala salud. Nunca se había recuperado del todo de un atentado contra su vida en 1918, y, en contraste con su anterior legendaria energía, en la década de 1920 se vio con frecuencia afectado por una fatiga paralizante que lo obligó a tomarse largos descansos en Gorki, su casa de campo, lejos del centro del poder. En 1922 consiguió imponer como secretario del partido a su protegido: Iósif Stalin era un hombre duro y peligroso, pero Lenin confiaba en él. Un poco después ese mismo año, Lenin sufrió su primer ictus y, en diciembre, nuevos episodios lo dejaron casi incapacitado. Y no tuvo más remedio que contemplar, desde su silla de ruedas, cómo su camarada Stalin reconstruía la maquinaria del partido a su imagen y semejanza. Sin poder hablar tras otra embolia sufrida a principios de 1923, Lenin intentó, no obstante, quitar a Stalin de la cúpula del poder, e hizo saber que Trotski era su favorito en la línea sucesoria, pero ya era demasiado tarde. Cuando murió, el 21 de enero de 1924, el poder que ostentaba Stalin ya era casi absoluto.

Una revolución momificada

De joven, Iósif Stalin, secretario general del partido y nuevo líder de la revolución, había estudiado en un seminario ortodoxo con la intención de ser sacerdote. Así pues, conocía la fuerza y la importancia de los símbolos religiosos. Su relación con Lenin había sido, en el mejor de los casos, ambivalente, y durante la decadencia de éste había desacatado sus órdenes, trabajando en cambio para consolidar su propio poder. No obstante, de pronto Stalin vio que tenía la oportunidad de crear un santo, un icono de la revolución, un mito poderoso. El cadáver de Lenin, fallecido en Gorki, fue llevado a Moscú, donde permaneció tres días en una capilla ardiente instalada en la Plaza Roja; dos millones de personas pasaron por delante de

su ataúd a presentarle sus respetos. Tras un funeral oficial, el cuerpo de Lenin se dejó en manos de científicos.

El plan para conservar el cadáver de Lenin lo concibieron en particular dos personas: Leonid Krasin, comisario del pueblo para comercio exterior, y Anatoli Lunacharski, comisario de Instrucción, que junto con el escritor Maksim Gorki había formado parte de los «constructores de Dios», que aspiraban a convertir el pensamiento socialista en una religión con sus propios ritos, reglas y dogmas. Se contempló entonces con mucha seriedad la posibilidad de conservar el cadáver de Lenin con técnicas criónicas, para así resucitar al gran líder cuando los avances científicos lo permitieran; pero finalmente Lunacharski y Krasin –ingeniero en técnicas de refrigeración– decidieron que lo más conveniente era embalsamarlo y convertirlo así en apropiado símbolo del nuevo Estado revolucionario. Así pues, se erigió un mausoleo en la Plaza Roja, una estructura de granito que evocaba algunas grandes tumbas de la Antigüedad, como la pirámide egipcia de Zoser; allí, el cuerpo embalsamado del dirigente esperaría la eternidad y el advenimiento del paraíso de campesinos y obreros.

La esperanza escatológica inherente al simbolismo religioso del último lugar de descanso de Lenin no tiene nada de casual. Su política de guerra se había apoyado, en parte, en la casi total seguridad de que Rusia sólo era el preludio de una revolución mundial que parecía inminente. Pero la devastadora guerra acabó en una paz incierta y a menudo violenta, y la revolución mundial no tuvo lugar.

Para los dirigentes soviéticos, ese fracaso no sólo fue una afrenta a todas sus profecías; también los obligó a repensar su propio régimen, como habían hecho los padres de la Iglesia casi dos mil años antes, cuando se vio con claridad que la pronta llegada del Juicio Final tendría que posponerse y que la Iglesia necesitaba cimientos institucionales más sólidos.

Aun cuando las esperanzas de una revolución mundial parecían desvanecerse rápidamente, en 1921 no estaban completamente muertas. Mientras los marineros de Kronstadt se rebelaban contra sus propios gobernantes, miles de obreros alemanes se alzaban contra la joven y aún frágil República de Weimar, que ya había sobrevivido casi milagrosamente a una serie de golpes y levantamientos armados de derecha y de izquierda.

El alzamiento alemán formó parte de un plan que aspiraba a precipitar el día del juicio del capitalismo. Para asegurarse de que todo iría sobre ruedas,

Lenin envió a Alemania a uno de sus lugartenientes de más confianza, Karl Radek, miembro de la Komintern de Galitzia y el extranjero de más alto rango en la jerarquía soviética. Nacido en el seno de una familia soviética en Lemberg (hoy Lviv, Ucrania), Radek era un hombre con mucha experiencia en temas de organización y agitación, y desempeñó un papel fundamental a la hora de convencer a los obreros de la región de Halle, en el este de Alemania, para que se alzaran contra el yugo capitalista. El lugar en que llevaría a cabo su misión fue objeto de una cuidadosa elección. En las elecciones regionales de 1921, el partido había obtenido el 30 % de los votos y era la fuerza política más apoyada en Halle, una ciudad de poco menos de doscientos mil habitantes, de los que sesenta y cinco mil eran afiliados al partido.

Marzo es el mes más cruel

La llamada «Acción de Marzo» se planificó con antelación, con una retórica inflamatoria difundida por todos los periódicos comunistas y burgueses y también en las calles. Cuando la policía descubrió una bomba potente y sin estallar al pie de la Columna de la Victoria, en Berlín, el monumento conmemorativo de la victoria sobre Francia en 1870, todo pareció estar claro: los explosivos estaban envueltos en las páginas de un periódico impreso en la región de Halle. Las autoridades decidieron enviar a la zona unidades armadas de la policía con vistas a mantener controlada la situación.

Para los organizadores comunistas, las duras redadas policiales y las barricadas que se levantaron en Halle, Merseburg y alrededores eran la excusa perfecta para pasar a la acción, y no tardaron en lanzar una serie de acciones terroristas, que, según la teoría revolucionaria, debían desestabilizar el poder burgués y llamar a los trabajadores a unirse a la causa. Sin embargo, los descarrilamientos de trenes en los que murieron pasajeros inocentes, los ataques con bombas, los incendios con un objetivo que no eran únicamente las casas de los dueños de fábricas, sino también varias comisarías y los palacios de justicia de Leipzig y Dresde, los saqueos generalizados y los múltiples atracos a bancos no lograron que las masas revolucionarias salieran a la calle en una demostración de solidaridad, y la

huelga general que exigía la prensa comunista sólo tuvo un seguimiento parcial y poco entusiasta. La revolución parecía negarse a despegar.

Al final, los obreros sólo consiguieron convertir una fábrica en bastión de la rebelión armada. En una operación al estilo militar (muchos de los obreros habían combatido en el frente apenas tres años antes), la fábrica de productos químicos Leuna se cerró con trincheras cavadas alrededor de la entrada, y los rebeldes llegaron al extremo de convertir un tren en una fortaleza equipada con ametralladoras.

El 23 de marzo empezó la batalla entre obreros y policías fuertemente armados. No tardó en verse con claridad que, sin apoyo externo, los obreros tenían pocas probabilidades de conseguir su objetivo. Acribillados por fuego de artillería, sin posibilidad de batirse en retirada, tuvieron que soportar que, tras una semana de ocupación, las fuerzas gubernamentales tomaran la fábrica. Los muertos rondaron los ciento cincuenta. Detuvieron también a seis mil personas, y tribunales militares especiales sentenciaron a cuatro mil de ellas a penas de cárcel; a cuatro revolucionarios se les aplicó la pena de muerte y varios otros cayeron a causa de disparos de la policía, supuestamente mientras pretendían huir. Para el movimiento comunista alemán, la Acción de Marzo acabó siendo un desastre, pues cientos de miles de simpatizantes se apartaron de los dos principales partidos. El intento más claro de los sóviets para fermentar una revolución fuera de Rusia fue un fracaso lamentable.

Más allá del experimento soviético, las maltrechas economías y las sociedades desestabilizadas del mundo occidental también parecían estar al borde del desastre. En marzo, una huelga en las minas de carbón obligó al gobierno británico a declarar el estado de excepción, y en el norte de Francia se convocó una huelga general; en las ciudades industriales del norte de Italia, los fascistas de Mussolini se enzarzaron en violentos enfrentamientos con las organizaciones obreras socialistas en una guerra civil de facto. Silesia tuvo su propia insurrección sangrienta, y se produjeron disturbios de Viena a Reikiavik. En Hungría, el almirante Horthy instauró una dictadura, y el 19 de octubre, António Grajo, primer ministro de Portugal, murió asesinado en el transcurso de un golpe de Estado orquestado por militares.

La batalla de Blair Mountain

La amenaza de la revolución era una realidad en todas partes, incluso en los Estados Unidos. La oleada de soldados que regresaban del frente, la crisis de la agricultura a causa de la sobreproducción registrada durante la guerra, las tensiones raciales causadas por la migración de más de un millón de negros del Sur profundo a las ciudades industriales del norte... Ésos fueron los motivos de los conflictos internos. En 1919, cuatro millones de obreros de todo el país participaron en una larga serie de huelgas, incluidos los agentes de la policía de Chicago, que, reclamando un mejor salario, dejaron las calles en manos de la mafia.

En ese agitado clima de posguerra, los anarquistas habían intentado asesinar a varios altos cargos del gobierno, y como consecuencia de la *Red Scare*, la Primera Amenaza Roja, ya no gozaban de derechos civiles quienes se encontraban a merced de A. Mitchell Palmer, el fiscal general, y del ambicioso J. Edgar Hoover, que encabezó la campaña contra extranjeros indeseables, sobre todo contra aquellos de inclinaciones izquierdistas. Ese verano también se registró una oleada mortal de disturbios raciales y linchamientos. Hasta cierto punto, Estados Unidos estaba en guerra consigo mismo, y esa guerra no conoció batalla más cruel que la de 1921 en el condado de Logan, un distrito minero de Virginia Occidental.

En ese enfrentamiento, que llegó a conocerse con el nombre de Batalla de Blair Mountain, no estaba en juego la revolución internacional, sino la explotación desalmada de los mineros. Antes de que, a finales del siglo XIX, se abrieran las minas de carbón, Virginia Occidental había sido una región eminentemente rural y agrícola, pero en menos de una generación, decenas de miles de nuevos inmigrantes llegaron al lugar para trabajar en las minas, las más productivas del país.

Los propietarios de las tan rentables minas de carbón habían instaurado un sistema muy extendido en aquellos días. Los empleados trabajaban con equipo de la empresa que ellos mismos debían alquilar a los empleadores, y les pagaban por cada carga de carbón, pesada y valorada siempre en provecho de la empresa. Una parte se pagaba con vales que los mineros sólo podían gastar en el economato de la empresa, que inflaba los precios de todos los artículos. A cada aumento de salario le seguía una subida de esos precios, o sea, que los patronos nunca perdían. Los mineros y sus

familias también vivían en casas que la empresa les alquilaba. Estaba estrictamente prohibida toda clase de organizaciones sindicales y de comités, y a los sindicalistas los despedían en el acto.

De hecho, los mineros vivían encerrados en un círculo vicioso monetario del que era imposible escapar. A cambio, las jornadas eran interminables, en minas que sólo contaban con las medidas de seguridad más rudimentarias. No escaseaban los accidentes, las mutilaciones y las muertes, y en 1907 una sola explosión en una mina de la Fairmont Coal Company (condado de Marion) se cobró la vida de trescientos sesenta y un trabajadores. En efecto, las probabilidades de supervivencia de los mineros eran peores que las de los soldados del frente occidental durante la Primera Guerra Mundial. Ya se conocían conatos de resistencia, incluidas huelgas y estallidos de violencia que más de una vez habían obligado al gobernador a enviar tropas. En su lucha por conseguir mejores condiciones de vida, los mineros se enfrentaban a enemigos prácticamente imposibles de vencer.

Los dueños de la mina habían contratado a la agencia de detectives Pinkerton, cuyos hombres actuaban como un ejército privado al margen de la ley y tomaban las medidas apropiadas siempre que se producía un desafío a la patronal, de la mera intimidación y golpes de pistola a expulsiones de familias enteras e incluso asesinatos. Una vez, en 1913, los guardias de la mina habían conducido un tren armado a través de un campamento de tiendas de campaña en las que habitaba el personal, y dispararon contra los mineros. Las ametralladoras montadas en el tren abrieron fuego contra las tiendas, y puede decirse que sólo de milagro hubo una sola víctima mortal.

En 1921, la situación a duras penas se sostenía. Otro intento de organizar sindicalmente a los mineros acabó con decenas de víctimas por un tiroteo y la expulsión de sus familias. Un año antes, unos mineros habían acribillado a balazos en la ciudad de Matewan a detectives que habían expulsado a algunas familias; Sid Hatfield, el sheriff de la localidad, simpatizaba con la causa de los trabajadores. Podría decirse que Hatfield era un pistolero sacado de un *western*. Aunque en esa ciudad minera del sur la ley seca era letra muerta, Hatfield era abstemio, pues pensaba que el alcohol afectaba a su capacidad de reacción; para disuadir a posibles adversarios, tiraba una patata al aire, desenfundaba el revólver y la reventaba en vuelo de un solo disparo. Cuando los detectives de la empresa lo amenazaron con arrestarlo y se dispusieron a desenfundar (la descripción de los hechos varía según el

testigo de que se trate), Hatfield fue más veloz; los mineros, apostados en techos y ventanas, terminaron el trabajo. Al final de la batalla, siete detectives y tres habitantes del pueblo yacían muertos en las calles del pueblo.

La apertura del juicio a Hatfield en enero de 1921 coincidió con una huelga general de los mineros, que, a pesar de las medidas represivas de los patronos, ahora contaban con mejor nivel de organización sindical. Los policías actuaban mayormente como agentes de las empresas mineras, acosaban a los huelguistas, destruían sus tiendas de campaña y sus pertenencias y los trataban con brutalidad a la menor ocasión. Al mismo tiempo, esquiroles traídos de otros lugares debilitaron la fuerza de los mineros sindicados, y las minas siguieron produciendo prácticamente al máximo de su capacidad.

Los huelguistas empezaron a desanimarse cuando por todo el valle circuló la noticia de que a Sid Hatfield, su héroe, lo habían despedido; más tarde lo asesinaron a sangre fría cuando llegó a una ciudad cercana para hacer frente a nuevas acusaciones en su contra. El 1 de agosto de ese año, mientras Hatfield y un amigo subían desarmados los escalones del juzgado, unos detectives de la empresa, implicados en la matanza de Matewan, abrieron fuego contra ellos y los mataron. Esos asesinatos indignaron a los mineros, sobre todo cuando se enteraron de que los detectives parecían estar a punto de salvarse de ir a juicio. Los huelguistas empezaron a organizarse en grupos armados y organizaron mítines de protesta a los que asistieron por miles. A instancias de sus dirigentes, decidieron marchar sobre Logan, la sede del condado vecino, para obligar a las autoridades a que tomaran medidas.

Con unos cinco mil mineros armados y furiosos marchando sobre la ciudad con pañuelo rojo al cuello, las autoridades empezaron a sentir pánico y organizaron un ejército de ayudantes del sheriff, guardias de las minas, dependientes de las tiendas de la ciudad y fuerzas de la policía estatal –unos mil doscientos hombres en total– para que defendieran la ciudad contra la invasión. Dirigidos por un coronel de la Guardia Nacional que había combatido en la Primera Guerra Mundial, las fuerzas de la represión se atrincheraron en Blair Mountain, que separaba a los mineros de la ciudad de Logan. El 30 de agosto, cuando los huelguistas se reunieron al pie de la montaña, tuvieron lugar los primeros encontronazos aislados entre los dos

bandos. En los días siguientes se produjeron intensos enfrentamientos, con muertes en ambos lados. Aviones contratados para la ocasión bombardearon las posiciones de los mineros, mientras bombarderos del US Army Air Service, el precursor de la Fuerza Aérea norteamericana, emprendían misiones de reconocimiento. Murieron unos treinta militares y cien mineros; los heridos fueron muchos más.

El 1 de septiembre, el presidente Warren Harding envió al ejército; la mayoría de los mineros se rindieron de inmediato. La batalla había terminado, y a los derrotados los enviaron de vuelta a casa. A más de mil doscientos los acusaron de traición, pero sólo se dictó pena de prisión contra uno de ellos. Las verdaderas consecuencias de la batalla hay que buscarlas en otra parte. Blair Mountain puso fin a todos los empeños de sindicalizar a los trabajadores de la industria minera del Sur. Al igual que otros violentos enfrentamientos de la época por motivos laborales, acabó en una erosión considerable de los derechos de los trabajadores.

Después de un terremoto de cierta envergadura, una larga serie de réplicas de distinta intensidad siguieron sacudiendo la zona afectada durante semanas, meses e incluso años, provocando más daños, más angustia y un tremendo cansancio. La conmoción, enorme y devastadora, de la Primera Guerra Mundial había pasado, pero los efectos posteriores seguían haciéndose sentir. Si bien el mundo occidental ya no estaba en guerra, tampoco había encontrado nada parecido a la paz. La brutalidad y la desestabilización asociadas al mayor conflicto armado que el mundo ha visto jamás, seguían alterando la vida de cientos de millones de personas, y hasta tal punto que podría afirmarse que la guerra no había terminado y que proseguía en frentes internos, con el orden social sacudido hasta los cimientos y una situación económica con marcadas diferencias; desde aparentemente sólida en el caso de los Estados Unidos hasta muy dura y tensa en el caso de Francia y Gran Bretaña, desesperada en el caso de Alemania, e incluso más crítica en la Unión Soviética. No era una época de paz, sino, simplemente, una interrupción de la guerra organizada.

Incluso antes de la guerra, el economista polaco Ivan Bloch había sostenido con vehemencia que nadie ganaría la clase de conflicto industrializado que cabía esperar si las principales economías volvían a

enfrentarse en el campo de batalla. Se trataría de una guerra no entre ejércitos, sino entre sistemas económicos, y sólo se decidiría cuando se viera cuál de esos sistemas se veía obligado a rendirse primero. Más inquietante aún resulta que Bloch también predijera que la victoria, incluso para los vencedores, tendría un precio catastrófico, y que al final sólo habría perdedores.

En los primeros años de la década de 1920 pudo comprobarse lo exacto que había sido el análisis de Bloch. Incluso para los Estados Unidos, país que puede considerarse el más rico y más triunfal de los vencedores, la guerra dio lugar a un torbellino de cambios sociales y disturbios civiles que resultaron casi imposibles de controlar, y mucho menos con un presidente ya bastante mayor y enfermo, el ineficiente Woodrow Wilson, al que le sucedió otro, Warren G. Harding, que admitió abiertamente que el trabajo de gobernar era demasiado complicado para un hombre con su capacidad intelectual.

En una palabra, no hubo quien llevara bien el timón en el momento en que el país necesitaba más que nunca una mano firme y prudente en su transición hacia la paz, en el paso de una economía predominantemente rural a otra predominantemente urbana e industrial y de una sociedad predominantemente blanca, anglosajona y protestante hacia una sociedad mucho más diversa tanto desde el punto de vista étnico como religioso. Cuando empezó a relajarse paulatinamente la economía de guerra, grandes sectores de la economía, en especial la agricultura, tuvieron que luchar para hacer frente a las nuevas pautas de la demanda mientras en la industria se registraban nuevos conflictos, no sólo entre los sindicatos y la patronal, sino también entre los propios trabajadores.

En Europa, la situación era considerablemente peor, y mucho menos estable. Para los soñadores ortodoxos de la izquierda y la derecha, esos conflictos sólo eran los dolores de parto de un nuevo orden que acabaría con las impuras y turbias concesiones de la democracia burguesa; pero si la revolución mundial soñada por los teóricos comunistas seguía sin hacerse realidad, lo mismo puede decirse del restablecimiento del viejo orden y su imaginaria sensación de finalidad y destino. Se combatía en todas partes, y en todas partes prevalecían el resentimiento y la violencia contra o desde el Estado. El mundo occidental buscaba un nuevo orden.

1922: HARLEM, EL RENACIMIENTO

Yo también soy América.

LANGSTON HUGHES, «I, Too», 1924

Un año de comienzos y renacimientos, eso fue 1922. Y un buen año para la literatura moderna: se publicaron el *Ulises* de Joyce en París, el gran poema *La tierra baldía*, de T. S. Eliot en Londres, la gran sátira norteamericana *Babbitt*, de Upton Sinclair, y el *Tractatus Logico-Philosophicus* de Ludwig Wittgenstein.

El 18 de mayo, un grupo de hombres hizo historia moderna sencillamente por reunirse para cenar en el Hotel Majestic de París. Los comensales fueron Marcel Proust, James Joyce, el gran coreógrafo y empresario teatral Serguéi Diáguilev, los compositores Ígor Stravinski y Erik Satie, Pablo Picasso y el crítico literario Clive Bell. Sin embargo, los hombres no tuvieron nada interesante que decirse. Joyce llegó tarde, y Proust aún más tarde, a las dos y media de la mañana, hora en la que Joyce ya roncaba plácidamente. Se oyó decir a Stravinski que detestaba a Beethoven, y al final Joyce se despertó y le reconoció a Proust que nunca había leído uno solo de sus libros. Proust reconoció que él tampoco había leído nunca a Joyce.

Al otro lado del Atlántico, 1922 marcó otra clase de comienzo, a saber, el de una nueva cultura, el renacimiento de Harlem. En parte florecimiento cultural, en parte movimiento político, en parte manifiesto artístico y, en parte también, fenómeno social, el renacimiento de Harlem –que debe su nombre al barrio bullicioso y rebosante de estímulos y esperanzas que lo vio nacer– fue un momento verdaderamente histórico, el despertar de toda una población de resultas de un proceso que la llevó a adquirir una

identidad que era expresión de sus amargas experiencias, de su perseverancia y sus esperanzas.

En épocas de entusiasmo e incertidumbre, las obras de arte pueden cobrar una gran importancia. Algo parecido había ocurrido un año antes, en 1921, cuando la revista *The Crisis*, órgano de la National Association for the Advancement of Colored People o NAACP (Asociación nacional para el progreso de las personas de color), lanzó una de las carreras literarias más brillantes de los Estados Unidos cuando publicó el poema «The Negro Speaks of Rivers», de Langston Hughes, que entonces sólo tenía diecinueve años:

> He conocido ríos:
> He conocido ríos viejos como el mundo y más viejos que la sangre humana que circula por las venas humanas.
> Mi alma se ha vuelto profunda como los ríos.
>
> Me he bañado en el Éufrates cuando los amaneceres eran jóvenes.
> Construí mi cabaña cerca del Congo y el río me acunaba hasta que me quedaba dormido.
> Contemplé el Nilo y levanté las pirámides cerca de su desembocadura.
> Oí el canto del Mississippi cuando Abe Lincoln fue a Nueva Orleans y vi su seno fangoso volverse dorado cuando se ponía el sol.
> He conocido ríos:
> Ríos antiguos, oscuros.
> Mi alma se ha vuelto profunda como los ríos.[1]

La sensación de historia, de inmortalidad, de un aliento que fluye a lo largo de los siglos, de un pasado brutalmente trastocado para la mayor parte de las familias afroamericanas, tocó una fibra en muchos de los lectores de Hughes. El poema era una nueva manera de ver la historia y el presente.

The Afro-American Realty Company

Son muchos los factores que contribuyen a dar forma a un momento histórico extraordinario. A comienzos del siglo XIX, Harlem era un barrio en decadencia y completamente abandonado, la víctima de una burbuja inmobiliaria que había estallado. Los especuladores habían construido allí apartamentos para familias de clase media, blancas en su mayoría, pero se

construyó demasiado y la oferta de vivienda superó con creces la demanda. En 1908, Philip Payton, un promotor inmobiliario negro, había comenzado, con su Afro-American Realty Company, a comprar o alquilar edificios vacíos para alquilar apartamentos a personas de color que habían llegado a Nueva York como parte de la migración masiva hacia el norte de afroamericanos oriundos del Sur profundo del país; un movimiento migratorio que respondió a la necesidad de mano de obra en las fábricas, ahora sin norteamericanos blancos –enrolados para combatir en la guerra–, y también para satisfacer la necesidad de dejar atrás el violento racismo cotidiano de los estados que se regían por las llamadas «leyes de Jim Crow», que establecieron la segregación racial. En su mayoría procedían de Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia, y también de las Antillas británicas.

Una nueva esperanza: escena callejera en Harlem.
Getty Images

La llegada de decenas de miles de inquilinos negros en los comienzos del siglo XX tuvo la predecible consecuencia de espantar a los blancos que

quedaban. Entre 1920 y 1930, cerca de ciento veinte mil habitantes blancos de Harlem se fueron a vivir a otra parte, y noventa mil negros se instalaron en la zona. En 1920, el 32 % de los habitantes del barrio eran afroamericanos; diez años más tarde, el porcentaje era del 70 %. Los negros más ricos vivían en la calle Ciento treinta y nueve Oeste, apodada «Strivers' Row», un «bloque de casas de ladrillo tostado flanqueado por hileras de árboles [...] diseñado a principios del siglo XX por el arquitecto Stanford White, en la época en que Harlem era [...] alemán».[2]

Era el momento apropiado para un nuevo comienzo. El renacimiento de Harlem no habría sido posible sin la segunda y la tercera generaciones posteriores a la esclavitud, dispuestas a redescubrir su identidad cultural y a encontrar una voz propia, y tampoco habría sido posible sin la conciencia y la seguridad en sí mismos que cobró la gente de color gracias al coraje que habían demostrado tener los soldados negros en la Primera Guerra Mundial. Otro factor que contribuyó a ese extraordinario despertar fue el audaz clima cultural a que dio lugar la Prohibición.

En 1920, esa alquimia cultural que estuvo en la base del renacimiento de Harlem ya había creado un brebaje burbujeante y embriagador de jóvenes talentosos: poetas, novelistas, cantantes, músicos, artistas en busca de una nueva voz. Se conocieron y se relacionaron en los clubs de jazz de Harlem (propiedad de blancos en su gran mayoría) y publicaron varias e impactantes revistas literarias y políticas.

Publicaciones por un mundo mejor

La revista más influyente del renacimiento de Harlem fue *The Crisis,* publicación oficial de la NAACP –«la conciencia moral y política de la nación en la cuestión del racismo institucional»– que aún sigue publicándose.[3] La había fundado en 1910 el formidable escritor y activista por los derechos civiles y visionario W. E. B. Du Bois. Autor de *The Souls of Black Folk* (1903), una colección de innovadores ensayos y otros escritos breves de tema sociológico, Du Bois fue el intelectual negro más destacado de su época.[4]

Tras licenciarse en la Fisk University de Nashville, Tennessee –universidad negra desde su fundación en 1866 como Fisk Free Colored

School–, Du Bois decidió cursar también la carrera de Historia en Harvard, adonde llegó influido por el legendario filósofo William James. Tras proseguir sus estudios en Berlín y viajar por gran parte de Europa, Du Bois se doctoró en Harvard, convirtiéndose así en el primer afroamericano con título de doctor. Tanto éxito provocó continuos intentos de arruinarle la carrera; en 1923, en un editorial publicado en primera plana, un periódico de Dallas afirmó, refiriéndose a Du Bois, que entonces ya tenía cincuenta y cinco años: «A ese "educador" negro –arrogante, con cabeza de ébano, labios gruesos y el pelo alborotado– hay que ponerlo en su sitio y hacer que no se mueva de ahí.»[5]

Indignado, pero sin dejarse intimidar por esos brotes de hostilidad, Du Bois decidió construir un futuro mejor para los negros, que debían conseguir, mediante la educación, que la sociedad los aceptara. Aun así, su revista se consideraba bastante peligrosa, y en 1920 un juez de Mississippi mandó a la cárcel a un pastor negro por vender ejemplares. Du Bois propugnaba la idea del «décimo talentoso», un grupo de élite –la décima parte de población de raza negra– formado liberalmente y socialmente respetable, que dotaría a la gente de color de una mayor seguridad social y política, y utilizó *The Crisis* para exponer sus puntos de vista a los líderes de la NAACP, entre los que se contaba el escritor y diplomático James Weldon Johnson, y para promover el trabajo de los poetas e intelectuales negros.

Una figura paterna: W. E. B. Du Bois destacó entre los activistas y defensores de los derechos civiles de los negros norteamericanos.
Du Bois. Dominio público

Opportunity, la revista de Charles S. Johnson fundada en 1922 como portavoz de la Liga Nacional Urbana, que también sigue publicándose hoy, cumplió casi la misma función, proporcionando, en palabras de Johnson, «una salida a los jóvenes escritores e intelectuales negros cuya obra no es aceptable para otros medios de prestigio porque nadie cree que son de calidad media a pesar de que gran parte de esos escritos son de calidad superior».[6] No obstante, y al igual que *The Crisis*, la revista de Johnson aspiraba a presentar una América negra con buenos estudios y que sabía comportarse –el «nuevo negro» bien vestido, por así decir– y también hizo las veces de plataforma de la rebeldía de la gente de color.

El joven Langston Hughes –futuro poeta laureado del renacimiento de Harlem– fue un ejemplo perfecto de ese décimo talentoso que buscaba Harlem. Nieto de Mary Langston, la primera mujer negra salida de Oberlin College, Ohio, Hughes ya había destacado en el instituto de Cleveland, había dado clases de inglés en México y ahora estudiaba para ingeniero de

minas en la prestigiosa Universidad de Columbia en Nueva York. Sin embargo, aunque Du Bois le había brindado un vehículo vital para sus primeras creaciones literarias, a Hughes le irritaba comprobar cuán limitadas eran sus expectativas; por su parte, Du Bois, como muchos otros hombres de su generación, esperaba que Hughes y otras estrellas jóvenes subordinaran los imperativos artísticos a las necesidades políticas del amplio movimiento por la igualdad entre negros y blancos y, en concreto, la integración racial. A diferencia de él, Hughes y sus contemporáneos se consideraban artistas antes que activistas políticos, e incluso hacían hincapié en las diferencias entre razas antes que en la tarea de reducirlas o quitarles importancia. En 1926 llegó a los quioscos otra revista más radical: *Fire!*!, de Wallace Thurman.

Cuando dejó su puesto de redactor en *The Messenger*, una revista negra de contenido social, Thurman sólo tenía veinticuatro años; seguidamente lanzó *Fire!*! Más que presentar a una élite negra impresionante y perfecta –sobre todo de clase media–, como querían hacer *The Crisis* y *Opportunity*, la nueva revista introdujo con todo descaro algo que para Thurman era un retrato más genuino de la América negra: «hombres y mujeres negros sin estudios, ordinarios y toscos, sin adornos ni jabón».[7] Thurman había reclutado a sus colaboradores entre las filas de las publicaciones más antiguas; entre ellos cabe mencionar a Hughes; a Countee Cullen –futuro yerno de Du Bois–; a las escritoras Gwendolyn Bennett y Zora Neale Hurston; al periodista John P. Davis; el pintor e ilustrador Aaron Douglas y el escritor y pintor Richard Bruce Nugent.

Aunque sus temas podían ser atrevidos (el cuento de Nugent «Smoke, Lilies and Jade» está considerado la primera descripción sin tapujos de la homosexualidad negra), los siete eran, como el propio Thurman, universitarios que no tenían nada de ordinarios. Hurston, conocida como la «Reina del Renacimiento», se interesaba especialmente por los aspectos más glamourosos de la vida en Harlem, y con mucha seguridad se refería a sí misma y a otros intelectuales y artistas de color con el término *«the nigeratti»*, por analogía con *literati*, los intelectuales y gente de letras. Repudiada por acuñar un término tan cargado de connotaciones raciales, replicó: «Para mí no es una tragedia ser negra. No formo parte de los lloricas de la negritud. [...] No lloro ante el mundo, demasiado trabajo tengo ya con afilar mi abreostras.»[8]

Hurston había crecido en Eatonville, Florida, una comunidad enteramente negra donde todos los puestos de poder y responsabilidad los ocupaban personas de color. Allí no se conocía la discriminación, hasta el punto de que en 1928 la escritora pudo afirmar: «Recuerdo vívidamente el día en que me volví negra»; fue en 1904, cuando tenía trece años y la enviaron al instituto de Jacksonville, territorio de Jim Crow. (Du Bois, nacido en Massachusetts, había tenido una impresión parecida cuando llegó a Tennessee en 1885.) Nueva York, donde Hurston se instaló en 1925, no era Jacksonville, pero tampoco Eatonville. «Junto a las aguas del Hudson», confesó en el mismo ensayo, «siento mi raza. [...] A veces me siento discriminada por ser negra, pero no por eso me enfado. Sólo me asombra. ¿Cómo puede alguien negarse el placer de mi compañía?»[9]

El refinamiento desdeñoso de Hurston, su manera de fingir, con humor e ingenio, que no había ningún problema, era una desacostumbrada línea de oposición a la tarea de Du Bois y otros negros de más edad que luchaban por ganarse el respeto de la sociedad y la integración racial. Más común era el punto de vista de Hughes, amigo íntimo de Hurston, que, en un famoso ensayo de 1926, describió «la montaña que se alza en el camino de todo verdadero arte negro en América –este impulso de nuestra raza a ser blancos, el deseo de verter la individualidad racial en el molde de la estandarización nacional y ser lo menos negros y lo más americanos posible».[10]

Algunos jóvenes intelectuales estaban decididos a ir más lejos. El artista Aaron Douglas, en un tono que recordaba al del separatista negro Marcus Garvey, llegó al extremo de afirmar: «Creemos que el negro es fundamental y esencialmente distinto de sus vecinos nórdicos. Nos sentimos orgullosos de esa diferencia. Creemos que equivale a una mayor dotación espiritual, a una mayor sensibilidad, a más capacidad para la expresión y la apreciación artísticas. Creemos que el arte negro, más que ser capitalizado y explotado, debería disfrutar de un periodo de formación y desarrollarse.»[11]

A Douglas se deben varias ilustraciones muy vívidas para el primer número de *Fire!*!, publicado en noviembre de 1926; su colaboración con la revista contribuyó a la forja de su reputación como principal artista visual del renacimiento de Harlem. No obstante, el primer número fue el único que llegó a los quioscos, ya que la revista dejó de publicarse poco después por falta de apoyo económico.

Eso no quiere decir necesariamente que el décimo talentoso –aun cuando a sus miembros no les gustaba que los llamaran asíno tuviera quien lo respaldara. Hughes, por ejemplo, tras pelearse con su padre, un hombre acaudalado, no tardó en beneficiarse, durante varios años, de la generosidad de Charlotte Osgood Mason, una rica heredera blanca de más de setenta años; los que recibieron su ayuda en Harlem, y fueron muchos, la llamaban «Madre». Y, aunque también se benefició de esa generosidad, la indomable Zora Neale Hurston apodó, con su irreverencia habitual, «negrotarianos» a Mason y otros mecenas blancos del renacimiento.

Juegos de identidad

La prolífica obra de los escritores negros no tardó en verse eclipsada con la publicación, en 1926, de la polémica novela en clave *Nigger Heaven*, de Carl Van Vechten. El autor, fotógrafo además de periodista y escritor, era uno de los «negrotarianos» de Hurston; en su novela se centró en la historia de amor entre una joven y algo remilgada bibliotecaria y un negro aspirante a escritor, pero muy indisciplinado, en la «gran ciudad negra y amurallada» llamada Harlem.

Joven blanco de clase media, aficionado a la ópera y la danza moderna, a los jóvenes guapos y la rebelión artística, Van Vechten, atraído por la marginalidad, no tardó en desempeñar un papel importante en el renacimiento de Harlem. Igual que otros escritores negros antes que él, Van Vechten echó mano del habla y de los ritmos de los jóvenes «sheiks» y «shebas», los jóvenes que se peinaban a lo Rodolfo Valentino y sus amantes.

Sin embargo, Van Vechten no dedicó demasiado tiempo a describir la vida de los trabajadores pobres, ni de los marginados u otra clase social; en cambio, se demoró en los negros ricos o, mejor dicho, en dos grupos bien diferenciados: por un lado, los ricos decadentes, consumidores de alcohol y cocaína en grandes dosis, y en su entorno sórdido y a menudo violento; por el otro, los burgueses con estudios, negros y mulatos de piel más clara –los de la «Blue Vein Society» y el «Blue Vein Club»– que se distanciaban de los negros más oscuros y que a veces incluso podían pasar por blancos.

A pesar de la presencia de algunos personajes dispuestos a brindar su

apoyo, la ausencia de solidaridad entre los negros es un rasgo destacado de la novela de Van Vechten. «¿Acaso [los negros] no quieren que uno de su raza progrese?», pregunta Byron, aspirante a escritor. «¿De qué planeta vienes?», contesta su amigo Dick, negro de piel clara, a punto de «atravesar la línea» y vivir como un blanco. *«Ellos* no quieren. Tendrás que combatir contra los de tu raza con más fuerza que la que usas para luchar contra los de la otra. [...] Si tienen problemas, contratan abogados blancos, y van a bancos y a compañías de seguros de blancos. [...] Casi todos ellos [...] le rezan a un Dios blanco. Poco te ayudarán los de tu raza.»[12] En cuanto a los blancos, la joven bibliotecaria dice: «Creo que les gustamos más cuando no somos respetables.»[13]

Du Bois, siempre ansioso por presentar una imagen «respetable» de la gente de su raza, atacó el libro de Van Vechten por considerarlo «una afrenta a la hospitalidad del pueblo negro y a la inteligencia de los blancos».[14] No obstante, otros intelectuales negros defendieron la novela como producto de la libertad artística y, aun así, por ser fiel a la realidad, y los lectores blancos de clase media la acogieron con entusiasmo. El libro provocó gran interés por la cultura de Harlem, incluida la subcultura, y contribuyó a poner a ambas de moda.

Aunque la actitud de Du Bois respecto del Harlem literario era cada vez más conservadora, en política tendía cada vez hacia la izquierda. En 1927, interesado por la economía de las distinciones de clase, visitó la Unión Soviética.

El renacimiento cultural negro tuvo muchas facetas. En primer lugar, Du Bois, con su Congreso Panafricano, pedía a las grandes potencias no sólo que concedieran a los negros del mundo más derechos civiles, sino también la descolonización de África; después, Marcus Garvey, convincente orador y político jamaicano que, con su movimiento, apropiadamente llamado Sionismo Negro, aspiraba a repatriar a África a todos los afroamericanos; y entre ellos dos, de todo. Se vivía en un clima marcado por el resentimiento y la determinación a salir de los límites raciales trazados por la América blanca, pero, lo que es más importante aún, reinaba un optimismo extraordinario en la posibilidad de un nuevo comienzo. «Para muchas generaciones, el negro ha sido, en la mente de América, más una fórmula

que un ser humano; algo en torno a lo cual discutir, ya para condenarlo, ya para defenderlo; para "contenerlo" o mantenerlo "en su sitio" o para "ayudarlo"; motivo de preocupación, sea por su vida, sea por su peligrosidad; acosado o tratado con condescendencia; el coco, o una carga para la sociedad», escribió Alain Locke, uno de los principales exponentes del renacimiento espiritual de la cultura negra, en un artículo titulado «Enter the New Negro». «Como veremos, Harlem es [...] la cuna del "sionismo" negro. El pulso del mundo negro ha comenzado a latir en Harlem.»[15]

No obstante, lo único que quería la mayor parte de los habitantes del nuevo Harlem era una vida decente, sin las humillantes experiencias cotidianas a las que invariablemente estaba expuesta la gente de color. También querían divertirse, y fue esa característica del gran renacimiento de Harlem lo que contribuyó a su fama más allá de los límites del distrito y de un reducido círculo de amantes de la literatura que admiraban a los jóvenes poetas negros cuyas obras apenas llegaban a formar parte de la corriente literaria dominante.

Para la mayoría de los blancos, Harlem significaba entretenimiento y, más que nada, jazz, «la música norteamericana más importante, más autóctona de la década de 1920, un fenómeno sin precedentes».[16] Antes de esa década, el jazz, como el blues, sólo había existido como música negra, desconocida casi para los norteamericanos blancos; pero a comienzos de la década, las emisoras de radio comerciales difundieron el nuevo ritmo, y hubo artistas blancos muy populares, como el director de orquesta Paul Whiteman, el «Rey del Jazz», que contribuyeron a acercarlo un poco más a la corriente convencional. (Fue Whiteman quien, en 1923, encargó a George Gershwin *Rhapsody in Blue.)*

Al público blanco tampoco le importaba pagar para ver musicales negros y, cuando cerraban los teatros, se dirigía en tropel a los bares y clubs nocturnos de Harlem a escuchar cómo latía, aun amortiguado en su presencia, el pulso negro. En 1923, el establecimiento preferido era el Cotton Club, sólo para blancos, que dirigía desde su celda en Sing Sing el gángster inglés Owney Madden, apodado «The Killer». Todos los camareros y artistas del club eran negros, aun cuando la gente prefería que las coristas de piernas largas tuviesen la piel más clara («altas, bronceadas y

espectaculares»); algunos blancos, incluidos Gershwin, Irving Berlin, Mae West y Judy Garland actuaron en «las noches de domingo con famosos».

No obstante, el menú estándar para los clientes blancos eran las plácidas y nada inquietantes escenas del «Viejo Sur» o del «África más negra»: una alegre banda de «morenos» en la veranda de la mansión de un magnate del algodón, con las habitaciones de los esclavos pintadas en el telón de fondo o una *troupe* de «salvajes» pintados que bailaban al son de tambores frenéticos. Pero, debajo de las arañas de cristal, entre las mesas cubiertas con tela a cuadros rojos y blancos, también se servía entretenimiento de primera categoría: Duke Ellington, Bessie Smith, Louis Armstrong, Lena Horne y todo un firmamento de estrellas negras debutaron en el Cotton Club e hicieron, además, que el propietario se forrase.

Con la apertura del Savoy Ballroom en 1926, la música negra dio otro paso adelante. El «hot jazz» del Cotton Club, más conocido ahora –un jazz que «vomitaba, relinchaba, ladraba y resollaba»–, estaba metamorfoseándose.[17] El baile que acompañaba, cada vez menos comedido, se convirtió en jitterbug, o Lindy Hopping –por sorprendente que parezca, bautizado así por el apellido del aviador Charles Lindbergh–. Fue en el elegante Savoy, de paredes color rosa, donde el nuevo estilo encontró sus exponentes más entusiastas, incluido el pianista y compositor Duke Ellington, el batería Chick Webb y, más tarde, la cantante Ella Fitzgerald y el pianista y director de orquesta Count Basie. Con «It Don't Mean a Thing», gran éxito de 1931, Ellington daría al nuevo ritmo el nombre que ya nunca perdió: swing.

A diferencia del Cotton Club, el Savoy no era exclusivo para blancos; los propietarios eran blancos (según se dice, era del mafioso de Chicago Al Capone), pero lo llevaban negros y se permitía la entrada de clientes de ambas razas. La única zona restringida de la gran pista de baile, con cabida para cuatro mil personas, era la famosa esquina noreste, donde los mejores bailarines, muchos de ellos profesionales negros, competían, aclamados por cientos de bailarines menos talentosos, para llevarse los laureles de la noche. «La música temblaba y se rompía, se resquebrajaba y se hacía pedazos. Eso era la jungla. Hotentotes y bantús bajo la luna color ámbar.»[18]

Pese a que no era objeto de segregación oficial, el joven poeta Langston Hughes sólo sentía desprecio por esa «esquina» de bailarines negros excepcionales a quienes, en su opinión, los blancos contemplaban

boquiabiertos como si estuvieran en el zoo: «Los que bailaban el Lindy Hopping en el Savoy empezaron incluso a ensayar números de acrobacia», escribió, «y a hacer cosas absurdas para entretener a los blancos, cosas que probablemente nunca se les habría pasado por la cabeza intentar para divertirse ellos mismos sin esfuerzo. Algunos de los *lindy-hoppers* llevaban una tarjeta con el nombre y llegaron a ser profesores de baile de los turistas. Así fue como las noches de Harlem se convirtieron en noches de espectáculo para los nórdicos.»[19]

Es posible que Hughes, él mismo hijo de una familia de buena posición, pasara por alto la importancia de esas noches como fuente de ingresos para los bailarines de Harlem; no obstante, era imposible escapar de la ambivalencia intrínseca, por no llamarla hostilidad, que imperaba en la base de las relaciones de raza en casi todos los aspectos de la vida.

Sombras de Harlem

Una generación de jóvenes negros, cansada del lugar que le habían asignado los prejuicios de los blancos, y el año que nos ocupa, 1922, fueron testigos de manifestaciones de una nueva cultura afroamericana muy segura de sí misma, entre otras, la publicación de *Harlem Shadows*, un delgado volumen de poesía y uno de los primeros libros de un autor negro con el sello de una prestigiosa editorial (Harcourt, Brace), entre cuyos autores figuraban T. S. Eliot y Virginia Woolf. El autor se llamaba Claude McKay.

El poema que da título al libro describe la profunda ambivalencia de McKay respecto de la vida en Harlem, donde las jóvenes negras reducidas a la prostitución deambulaban de noche con paso cansino por las calles, «calzadas con pantuflas», en busca de clientes, de distracciones y, quizá, de la redención. El poema terminaba con una acusación a la sociedad que no les dejaba otra salida:

> Ah, mundo severo y duro, que al horrendo camino
> de la pobreza, la vergüenza y la deshonra,
> ha arrastrado esos tímidos piececillos de arcilla.
> ¡Los sagrados pies morenos de mi raza caída!

Ah, mi corazón, esos pies cansados, cansados,
que deambulan por Harlem de calle en calle.

McKay era uno de los miles de recién llegados a Harlem en busca de una nueva vida, pero tuvo más suerte que la mayoría. Hijo menor de una familia de campesinos acomodados de Clarendon, Jamaica, de niño no había conocido el salvajismo del racismo sureño. En 1912, cuando tenía veintitrés años, llegó a los Estados Unidos para estudiar agronomía en el Tuskegee Institute de Alabama, el centro de formación de profesorado fundado por Booker T. Washington en 1881, otro ejemplo del brío de los norteamericanos negros que aspiraban a la enseñanza superior.

Rebelándose contra el estilo de enseñanza reglamentada propia de Tuskegee, y asombrado por la experiencia de segregación racial y discriminación cotidiana en Alabama y otros estados del país, McKay acabó dejando los estudios universitarios y se mudó al norte. En Nueva York abrió un restaurante, pero quebró y tuvo que cerrarlo; trabajó de camarero en los ferrocarriles y tomó parte en la política de izquierdas, y nunca dejó de escribir poesía. Sus dotes para la lírica y la manifiesta pasión de sus escritos le valieron un rápido reconocimiento como una de las voces más prometedoras de su generación.

Mientras tanto, el poeta decidió no seguir viviendo en un país en el que a los negros como él se los podía perseguir en la calle. Así pues, se embarcó rumbo a Gran Bretaña; llevaba consigo una carta de recomendación para George Bernard Shaw. No obstante, en Londres descubrió una clase distinta, pero también omnipresente, de exclusión social, y le resultó difícil relacionarse con los blancos ingleses, a los que describió como «gente extrañamente indiferente, tan fría como su niebla inglesa».[20]

McKay no tardó en descubrir que, como extranjero de piel oscura, se esperaba de él, más o menos explícitamente, que se juntara con los de su raza, y encontró compañía en un club para «soldados negros», cuyos miembros, muchos oriundos de las colonias británicas, contaban historias que reforzaron la propia visión del poeta sobre el imperio británico y sus súbditos. Y acabó encontrando otros rincones acogedores en el vasto edificio de la sociedad británica. Ya en los Estados Unidos se había interesado vivamente por la política de izquierdas; ahora, en el International Socialist Club, participó con vehemencia en los debates ideológicos entre

los comunistas británicos y los rusos y los polacos de ascendencia rusa, «dogmáticos y doctrinarios de ideas izquierdistas radicales: socialistas, comunistas, anarquistas, sindicalistas, partidarios del sindicato único y gremialistas, gente que pontifica, poetastros, escritorzuelos, editores de esas hojas radicales que abundan en Londres».[21]

Tras regresar a los Estados Unidos, McKay se dedicó al activismo político aún con más ahínco, y durante una breve temporada codirigió la revista marxista *The Liberator*, pero dejó pronto ese puesto a causa de diferencias políticas con otros miembros de la redacción. También se sentía inquieto y, en 1922, el año en que se publicó *Harlem Shadows*, volvió a marcharse, esta vez rumbo a Moscú, donde iba a encontrarse con Trotski y asistir al Cuarto Congreso de la Internacional Comunista.

Después de visitar Rusia, McKay se quedó en Europa doce años. Viajó primero a Alemania, luego a Francia, donde vivió varios años en París como un miembro más de la comunidad de expatriados; después viajó a España y Marruecos. Es posible que ese desasosiego lo acentuara su homosexualidad, que también lo hacía sentirse un paria, un hombre que nunca podía dar por sentado el no ser víctima de un cruel ataque. Sin embargo, a diferencia de otros intelectuales mayores que él, que desbordaban de esperanza en un futuro mejor, como Du Bois, McKay pensaba que la guerra había echado por tierra muchos de los ideales que él había llegado a abrazar: «Y ahora el mundo tiene que soportar esta enorme catástrofe, que demuestra lo vacíos que pueden ser conceptos como la nacionalidad, el patriotismo, el orgullo racial y la mayoría de las cosas que nos enseñaron a respetar y venerar.»[22]

Para McKay y su generación, el respeto y la veneración eran virtudes del pasado. Era una cultura nueva y diferente la que se celebraba en Harlem, y atraía no sólo a los turistas, sino también a otros artistas dispuestos a comprender los ritmos del «nuevo negro», el latido de su propia época. Más que por los debates políticos en el seno de la comunidad negra, se interesaban por su vida cultural, vibrante, alegre y desafiante.

La creación del mundo

Sin embargo, la música negra no quedó limitada a un gueto cultural. Se

tocaba también en Broadway, no sólo en Harlem; Noble Sissle y el gran pianista de ragtime Eubie Blake produjeron musicales negros muy populares ya en una fecha tan temprana como 1921. El musical de la década de 1920 se parecía muy poco a su predecesor, la opereta al estilo vienés; más que «una obra de teatro salpicada aquí y allá con canciones [...] era esencialmente una serie de canciones y bailes enhebrados en una línea argumental débil, a veces con "números" espectaculares colocados en momentos estratégicos».[23]

Aunque en este género predominaban los compositores blancos –Jerome Kern, Irving Berlin y George e Ira Gershwin, entre otros–, la increíble acogida que tuvieron *Shuffle Along* y *Chocolate Dandies*, de Sissle y Blake, sirvió para lanzar algunas carreras legendarias, incluidas las del cantante Paul Robeson y la bailarina Josephine Baker, que entonces era una corista adolescente.

Shuffle Along, musical que Langston Hughes calificó de «encanto de espectáculo, brillante, gracioso, ameno y alegre, con una decena de melodías bailables que se pueden cantar», fue la primera producción escrita por negros y con un elenco formado exclusivamente por negros que se representó en el corazón de la milla del espectáculo de Nueva York.[24] Durante una temporada memorable de 484 noches, el público negro ya no tuvo que sentarse obligatoriamente en la galería y pudo ocupar los asientos de platea para seguir una historia cuyos personajes no eran juglares y bufones, sino personas con emociones complejas y profundas cuya música se inspiraba no en el vodevil blanco, sino en las bandas de jazz.

El compositor blanco George Gershwin había oído jazz por primera vez cuando era todavía un niño; pasó patinando por delante de un club y lo cautivaron los sonidos que llegaban a la calle. Y regresó al lugar una y otra vez para sumergirse en las armonías sincopadas y desconocidas y en la letra de esas canciones, que más tarde él mismo contribuyó a hacer famosas con obras como *Rhapsody in Blue* (estrenada en 1924), que desde las primeras notas anunció una nueva época, con un *glissando* descuidado e interminable o un solo de clarinete que acaba cacareando y riendo y al que, para rematarlo, al final se suman una trompeta con sordina y, luego, un piano.

Aún se conservan grabaciones originales y rollos para piano en que es el propio Gershwin el que toca la pieza, con un estilo que no es grandioso ni sinfónico, sino juguetón, rápido y puntuado por vueltas y pisadas en el

suelo, y todo trae a la mente la imagen de juerguistas eufóricos que bailan hasta bien entrada la noche en algún lugar de Harlem. Así quedó allanado el camino para que otros compositores integraran en sus obras elementos del jazz, como hicieron Maurice Ravel en el blues que incorporó en su sonata para violín (1923-1927); William Walton en *Façades*, fantasía para voz y orquesta (1923), o el compositor francés Darius Milhaud, que había descubierto el jazz durante una visita a Harlem antes de estrenar en 1923 su ballet *La création du monde*.

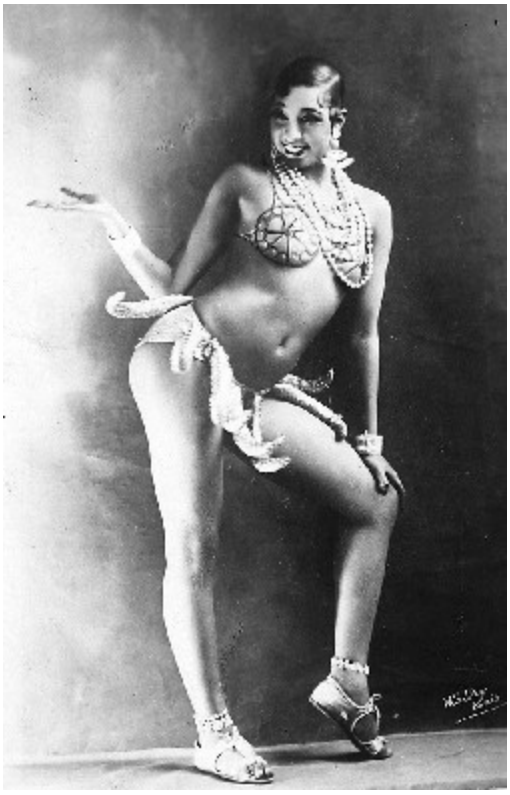
El jazz era un ritmo nuevo y divertido, pero también podía enviar un mensaje político. Los compositores de ópera comenzaron a incorporar elementos del jazz como rasgo característico de una nueva época, un tiempo de derechos humanos universales y de historias de gente pequeña, ya en *Porgy and Bess* (1935) de Gershwin, en *Jonny spielt auf* (1927) de Ernst Krenek –cuyo protagonista es un músico de jazz negro–, que dio lugar a un escándalo político y fue boicoteada por hordas de nazis furiosos delante de las salas, o en las primeras obras de teatro de Kurt Weill, que luego compuso la música de *Mahagonny* (1927) y *La ópera de tres peniques* (1930).

En una perspectiva más amplia, la variedad y la complejidad de la cultura negra adquirieron nombre propio con la aparición de dos estrellas cuyos carácter y ambiciones no podían ser más diferentes. Nacida en St. Louis, Missouri, en 1906, Josephine Baker afianzó sus dotes musicales en *Shuffle Along*; pronto se sintió lista para lanzarse en solitario, y en 1925 fue la protagonista de *La Revue Nègre*, en el Théâtre des Champs-Élysées en París. El espectáculo tuvo un éxito espectacular en París y recorrió toda Europa.

El conde Harry Kessler, esteta trotamundos muy popular por sus dietarios, conoció a Baker en Berlín en 1926, en casa del dramaturgo Karl Vollmoeller. Tras prometer que esa noche ocurrirían «cosas fabulosas», el conde cosmopolita apuntó en su diario que había visto a los hombres «rodeados por media docena de chicas desnudas y de Miss Baker, totalmente desnuda salvo por un taparrabos de gasa roja, y esa chiquilla, la Landshoff ... vestida de muchacho con una chaqueta ... Las chicas desnudas holgazaneaban o bailaban entre los cuatro o cinco hombres con chaqueta, y la Landshoff, que de verdad parece un muchachito, bailaba con Baker

modernas piezas de jazz que sonaban en el gramófono».[25] Había empezado la decadencia de Berlín.

La fama espectacular de Josephine Baker se apoyaba a partes iguales en su desinhibido *sex-appeal* y su disposición a interpretar estereotipos colonialistas o racistas. Su atuendo más famoso consistía únicamente de una falda cortísima hecha con plátanos colgantes, pesados collares y pendientes «orientales» y el pelo perfectamente alisado hacia atrás, y, de vez en cuando, una larguísima cola de plumas de avestruz. Su aspecto, cuidado al máximo, era una mezcla perfecta de un África imaginaria donde no existían las inhibiciones y una sensibilidad sofisticada y ultramoderna que combinaba elegancia, decorados abstractos y ritmos del jazz. Sus danzas, frenéticas, eran lo bastante indecentes para que le prohibieran actuar en Viena, Praga, Budapest y Múnich, un hecho que aumentó su magnético atractivo, pues para el público se había convertido en la encarnación de una fantasía erótica oriental.



Josephine Baker, bailarina norteamericana y estrella internacional, provocaba escándalos y sensaciones allí donde iba.
Dominio público

Igual que Baker, el actor y cantante Paul Robeson debía su fama al escenario y a su habilidad para encarnar personajes negros en un teatro predominantemente blanco, pero ahí se terminan las semejanzas. Robeson era una estrella del fútbol universitario y el orador de su clase, y se graduó en Derecho en Columbia. En suma, un asombroso joven de mucho talento que se había dedicado al teatro como pasatiempo extracurricular y que no tardó en protagonizar producciones *off-Broadway* de *Shuffle Along* y otras obras. Ser actor no había sido su intención, y de hecho durante un tiempo ejerció de abogado, pero el racismo que encontró en la profesión, y su hermoso físico, su prodigiosa voz de bajo-barítono y la dignidad natural de su aspecto, lo convirtieron casi instantáneamente en una estrella en un momento en que muchos papeles «africanos» los seguían interpretando actores blancos con la cara tiznada.

La oportunidad de oro le llegó con *El emperador Jones*, de Eugene O'Neill, obra para un solo actor que narra la historia de un preso que se ha dado a la fuga y llega a ser el emperador de una isla del Caribe, luego asesinado por nativos supersticiosos. Gracias al éxito que obtuvo con esa pieza, trabajó en el musical *Showboat* y llegó a ser uno de los primeros actores negros que interpretó el personaje de Otelo, en Londres. Pese a su notable carrera, Robeson tuvo que enfrentarse una y otra vez a actitudes racistas y, en los Estados Unidos, a la segregación. Sintiéndose cada vez más incómodo por interpretar personajes de una tradición cultural que no era la suya, finalmente se matriculó en la Universidad de Londres para estudiar lenguas africanas y recobrar las raíces históricas de su identidad. Su interés por la historia cultural de los afroamericanos fue de la mano de su despertar a la conciencia política y su gradual radicalización, que finalmente lo llevaron a visitar la Unión Soviética y a participar activamente en política.

«Hacia 1922 el mundo se partió en dos», escribió Willa Cather en *Para mayores de cuarenta*.[26*] Las dos partes surgidas de esa ruptura fueron los que iban «hacia delante» y los que iban «hacia atrás», éstos básicamente nacidos antes de la última década del siglo XX, y la propia Cather pertenecía a este grupo. Los «rezagados» demostraban poco interés por el renacimiento de Harlem –a pesar de *El emperador Jones* de O'Neill–, pero tampoco se interesaban por el movimiento de escritores blancos más jóvenes, los que, según Cather, avanzaban. Los progresistas como John Dos

Passos y John Steinbeck no se alejaban de lo que conocían, y los decadentes, cínicos y experimentales –Scott y Zelda Fitzgerald, Henry Miller, Ernest Hemingway, E. E. Cummings, Thomas Wolfe e incluso, durante un breve periodo, William Faulkner– estaban todos en París, viviendo su «verano de las mil fiestas».[27]

1923: MÁS ALLÁ DE LA VÍA LÁCTEA

> En esta placa (H335H) se encontraron tres estrellas; dos de ellas eran novas, y una resultó ser una variable que más tarde se identificó como una Cefeida, la primera que se detectó en M31.
>
> EDWIN HUBBLE, 1923

El 5 de octubre de 1923, en el Observatorio del Monte Wilson (Pasadena, California), nuestro lugar en el universo cambió para siempre. Edwin Hubble, astrónomo de treinta y tres años de edad y ex profesor de instituto de enseñanza secundaria, que llevaba cuatro años trabajando en el observatorio, escribió que había descubierto una Cefeida, una estrella variable, dentro de la galaxia conocida con el nombre M31, o Andrómeda. Rebosante de energía y muy seguro de sí mismo, Hubble, consciente de la importancia de su descubrimiento, no pudo esperar a contárselo a quien había sido su predecesor en el Monte Wilson, el astrónomo Harlow Shapley, a quien lo unía una rivalidad profesional, no siempre realmente cordial.

Shapley se había dado a conocer cinco años antes con una serie de artículos sobre el tamaño y la arquitectura de nuestra galaxia, la Vía Láctea. Contradiciendo las ideas recibidas, Shapley sostuvo que la Vía Láctea era diez veces más grande que el periodo de treinta mil años luz estimado hasta entonces. Asimismo, también hizo otra afirmación sorprendente: en esa Vía Láctea más grande, con un sinnúmero de estrellas y planetas, nuestro sol no era el centro; de hecho, ni siquiera se encontraba en un lugar cercano al centro. Nuestro sistema solar, uno entre un gran número de sistemas solares, estaba ubicado en los márgenes de la inmensa Vía Láctea, a sesenta y cinco mil años luz del centro de la galaxia.

Aunque sólo era un astrónomo que formaba parte del personal

relativamente joven del Monte Wilson, Shapley no desconocía las implicaciones psicológicas de su descubrimiento, y así se lo hizo saber a George Ellery Hale, su empleador: «El primer hombre que derribó a un elefante de un palazo allá en las postrimerías del Plioceno, que contempló su hermoso reflejo o recibió un cumplido, se sintió de pronto muy creído (fue una mutación) y allí surgió de inmediato el primer pensamiento reflexivo de la historia: "¡Soy el centro del universo!" Seguidamente, ese hombre se buscó una esposa y transmitió ese intolerante material genético, y ese mismo pensamiento ha sido nuestra herencia, sin muchos cambios, durante cientos de miles de años.»[1] Con esa segura afirmación, Shapley echó por tierra el engaño del que había sido objeto toda la especie humana.

Autor brillante con una sólida percepción de su capacidad, Shapley había reconocido su gran oportunidad cuando lo invitaron a exponer sus puntos de vista ante un público especializado en el «The Great Debate», que tuvo lugar en 1920 entre los representantes de las dos principales, si bien todavía no demostradas, concepciones sobre la naturaleza del universo. Su oponente sostenía que la Vía Láctea no era la única galaxia del espacio, y que las otras nebulosas que se habían observado eran, en realidad, galaxias independientes, pero Shapley se decantó por la opinión que entonces refrendaba la mayoría de los astrónomos, a saber, que fuera de la Vía Láctea no había estrellas ni había absolutamente nada, y que nuestra galaxia constituía realmente todo el universo. Sus colegas tomaron debida nota de la categoría del joven Shapley, de treinta y cinco años de edad, y ese mismo año lo recompensaron nombrándolo director del Observatorio de Harvard College.

Una nueva mirada al espacio

En 1923, en cierto modo Edwin Hubble seguía siendo un principiante en el campo de la astronomía profesional, pero, al igual que Shapley, creía firmemente en su capacidad. Había estudiado matemáticas, jurisprudencia, español y literatura en Oxford, y había regresado a los Estados Unidos desde Gran Bretaña tras la muerte de su padre en 1913, para contribuir al sostén de su madre y sus hermanos. No obstante, al cabo de un año de dedicación a la enseñanza secundaria, volvió a la universidad cuando ya

tenía veinticinco años, con la intención de doctorarse en astronomía. Perteneció al ejército durante la Primera Guerra Mundial, si bien no en el servicio activo, pues se quedó en los Estados Unidos con el empleo de comandante. En 1919 le ofrecieron su primer empleo de astrónomo, en el Observatorio del Monte Wilson, donde siguió trabajando el resto de su vida.

Dos años antes de la llegada de Hubble se había instalado en el Monte Wilson el nuevo telescopio Hooker, el más potente construido hasta la fecha. Fue una conquista técnica gigantesca. El espejo de 254 centímetros se había fabricado en California a partir de un enorme disco de cristal procedente de la planta de Saint-Gobain (París), y se transportó hasta el observatorio por una accidentada carretera de tierra en uno de los primeros camiones Mack. Instalado con infinito cuidado, empezó a funcionar en noviembre de 1919, constituyendo, para los astrónomos de California, un instrumento de una resolución y precisión tales que no tenían rival en ninguna parte del mundo.

Hubble se dispuso entonces a comprobar la hipótesis según la cual el universo podía estar formado por múltiples galaxias y que la Vía Láctea sólo era una entre muchas. Para llegar a una conclusión, necesitaba un medio fiable para medir la distancia entre la tierra y cualquier otro objeto celeste que captara el telescopio. Cuando se trataba de objetos astronómicos relativamente cercanos a nuestro planeta, el método consistía en cálculos trigonométricos bastante simples: los científicos medían el cambio aparente de posición de una estrella en los dos extremos de la órbita de la Tierra alrededor del Sol y luego introducían esa cifra en una sencilla ecuación.

Sin embargo, para objetos muy distantes, la diferencia entre los dos puntos de observación no era lo bastante grande para arrojar un resultado útil; se requería, por tanto, otro método. Y se descubrió en un artículo escrito veinte años antes por Henrietta Swan Leavitt, una astrónoma poco conocida, pero brillante, que había trabajado en el Observatorio de Harvard College haciendo las veces de «ordenador» de sus colegas de sexo masculino, es decir, catalogando los datos astronómicos recogidos en placas fotográficas, un trabajo aburrido, lento y muy por debajo de su capacidad intelectual.

Leavitt había planteado que, para medir esas distancias, podía emplearse una clase particular de cuerpos celestes, las llamadas Cefeidas, caracterizadas por un cambio periódico del brillo. El ciclo completo del

oscurecimiento y la intensificación de la luz que irradiaban podía variar de unos días a unas semanas, según el objeto de que se tratase, pero en una de esas estrellas siempre era estable. Y la astrónoma supuso que la longitud del ciclo la determinaba el tamaño de la estrella en cuestión, y que las estrellas del mismo tamaño tendrían siempre el mismo brillo y la misma periodicidad. Si se conseguía determinar ese periodo, era posible sacar conclusiones sobre su tamaño y, en consecuencia, sobre el brillo máximo. Cuanto más lejos se encontrara la estrella, menos brillante parecería desde la tierra; pero, si se conocía el periodo de un objeto distante, la distancia podía establecerse midiendo su brillo aparente y contrastándolo con el brillo real según su periodicidad. La pérdida de luminosidad se convirtió en medida de la distancia.

Harlow Shapley utilizó la técnica de Leavitt en sus observaciones, que dieron como resultado una Vía Láctea mucho más grande de lo que se había supuesto hasta entonces. Pero Hubble quería llegar mucho más lejos. El nuevo telescopio de 254 centímetros le permitía encontrar objetos hasta entonces imposibles de identificar y describir. Midiendo la periodicidad y el brillo, podría calcular la distancia que los separaba de la Tierra. Un trabajo que requirió muchas noches largas y frías en el observatorio, con el techo abierto bajo las estrellas y el telescopio moviéndose de manera casi imperceptible para seguir el ritmo de la rotación de la Tierra. Hubble y su ayudante fijaban el telescopio en un punto del cielo nocturno y tomaban fotografías con tiempos de exposición que iban de un par de minutos a varias horas. Era necesario identificar alguna débil señal que no se hubiera analizado antes, prueba de la existencia de una estrella demasiado remota para pertenecer a la Vía Láctea.

El 5 de octubre de 1923, Hubble apuntó en su cuaderno que había identificado una Cefeida que formaba parte de la nebulosa Andrómeda, a la que los astrónomos llamaban M31. Shapley había calculado que Andrómeda era un fragmento distante de nuestra galaxia, y que detrás de ella no había nada; pero la placa que tomó Hubble de la misma nebulosa, que para el ojo no entrenado parece una mancha enorme con bordes borrosos y rodeada por manchas irregulares de estrellas, reveló la presencia de una Cefeida que, según sus cálculos, tenía un periodo de 31.415 días, es decir, una estrella gigante siete mil veces más brillante que el Sol.

La luz de la estrella identificada era tan tenue que nunca podría haberse

medido sin el nuevo telescopio del Monte Wilson. Su escaso brillo y la longitud de su periodo indicaban que debía de encontrarse a un millón de años luz de la tierra, muy lejos de los confines de la Vía Láctea de Shapley. La única conclusión posible era que había estrellas y galaxias enteras fuera de la nuestra. «Querido Shapley», escribió Hubble con cierta cordialidad engañosa cuando, en febrero del año siguiente, dio por terminados sus cálculos; «te interesará saber que he descubierto una Cefeida variable en la nebulosa Andrómeda (M31). Durante esta estación he observado la nebulosa lo mejor que el tiempo me lo ha permitido, y en los últimos cinco meses han aparecido nueve novas y dos variables.»[2] Apuntándose un tanto, añadió una larga lista de datos que demostraban su razonamiento.

Posteriormente, Hubble hizo otros descubrimientos; entre ellos, el más importante fue la explicación del desplazamiento al rojo de las galaxias distantes, un fenómeno que ya se había supuesto: el cambio de color observable en el aspecto de algunos cuerpos celestes tenía cierta relación con su movimiento respecto de la Tierra, concretamente, que las ondas de luz de los cuerpos que se mueven hacia la Tierra a gran velocidad podían comprimirse y, en consecuencia, parecer ligeramente cambiadas hacia el extremo azul del espectro, mientras que los objetos que se alejan del observador alargarían sus ondas luminosas y parecerían más rojos que si fueran estacionarios. Hubble pudo demostrar que todos los objetos celestes distantes experimentaban ese cambio, más marcado cuanto más lejos se encuentran dichos cuerpos, lo cual indica que los objetos más distantes viajan a mayor velocidad.

Gracias a sus observaciones, Hubble pudo expresar en una fórmula matemática la distancia y la velocidad de una estrella tomando como referencia el desplazamiento al rojo, pero no llegó a comprender la principal implicación: si las galaxias se apartan unas de otras, alguna vez debieron de estar más cerca también, mucho más cerca, y algún suceso muy violento ocurrido hacía miles de millones de años debió de arrojarlas al espacio. En 1927, correspondió al astrónomo y sacerdote belga Georges Lemaître establecer la conexión obvia; un universo que seguía expandiéndose a partir de un punto central debió de surgir de un «Huevo Cósmico que explotó en el momento de la creación».[3] Había nacido el Big Bang, pero aún no tenía ese nombre.

El descubrimiento de Hubble revolucionó la concepción del mundo que

la humanidad había tenido hasta entonces –mejor dicho, la idea del lugar que ocupaba en el mundo–, y es difícil sobrestimar sus efectos a largo plazo. En tres milenios, a partir de una idea esencialmente local de una Tierra con forma de disco, el planeta se había vuelto redondo, desplazado de su posición en el centro del universo hasta convertirse en un mero satélite de un sol, que, a su vez, pasó a ser uno entre muchos en una galaxia de soles llamada Vía Láctea. Y de pronto esa galaxia dejó de ser un universo, el único universo, para ser solamente uno en el sinnúmero de galaxias que pueblan la oscuridad del espacio, inmenso e insondable, siempre en expansión, y la Tierra, un punto infinitesimal en un mundo de unas dimensiones inimaginables. El último golpe al narcisismo de la humanidad, y quizá el mayor de todos, fue el que Shapley había señalado en su carta cuando escribió sobre el hombre de las cavernas que imagina ser el centro del universo. La humanidad no estaba en el centro, y ni siquiera en un lugar destacado de la periferia; antes al contrario, parecía estar perdida, arrojada a la oscuridad y el vacío de un espacio profundo como una mancha diminuta en el vasto vacío aparente del universo.

La física de Alicia en el País de las Maravillas

Mientras en California se demostraba que el mundo era infinitamente más grande de lo que hasta entonces se había considerado posible, en Europa los científicos investigaban el extraño mundo de la materia a nivel subatómico. Sus hallazgos y modelos teóricos de los ladrillos más pequeños de nuestra realidad material eran desorientadores, e incluso profundamente inquietantes.

Quizá por primera vez en la historia moderna, esos hallazgos fueron más que nada el producto de una colaboración que la historia de heroísmo intelectual de un solo individuo, como había sido el caso hasta que Einstein formuló la teoría de la relatividad. En toda Alemania, y también en otros países de Europa, varios científicos se dedicaron en la misma época a analizar y formular hipótesis que acabarían transformando la naturaleza misma de nuestra manera de ver el universo físico. Uno de ellos, el profesor alemán Werner Heisenberg, aún no tenía treinta años cuando hizo sus

revolucionarias contribuciones a la física cuántica, la siguiente frontera de la ciencia después de la relatividad.

Hacía tiempo ya que intrigaba a los físicos el hecho de que la luz pareciera comportarse no sólo como una onda homogénea e inmaterial, como se esperaba de ella, sino que también, en ciertas circunstancias, presentara características propias de las partículas pese a que, según la física clásica newtoniana, sólo podía ser una cosa o la otra, pero nunca onda y partícula a la vez. Ya en 1900, el físico teórico alemán Max Planck había postulado que la energía electromagnética –como la radiación ultravioleta, los rayos X o la luz visible– estaba formada por múltiples de una unidad de energía discreta e indivisible, el cuanto. Contra todas las apariencias, había que considerar la luz no una onda inmaterial, sino un patrón de onda consistente en unidades individuales de energía.

La hipótesis de Planck proporcionaba una explicación a algunas de las cuestiones que se debatían en esos días, pero no solucionaba otras. Y la nueva solución la aportó una sugerencia revolucionaria de Heisenberg, cuyas ideas alteraron por completo la comprensión tradicional de la física. El brillante joven trabajaba con Max Born en Gotinga y con Niels Bohr en Copenhague, donde desarrolló aspectos fundamentales de un nuevo modelo del mundo tanto a nivel atómico como subatómico.

Según Heisenberg, un cuanto de luz (o electrón) no era ni una partícula ni una onda; en cualquier caso, podía comportarse como una cosa o la otra, según las circunstancias y el momento de observación. No tenía una identidad observable fija. De hecho, el papel del observador pasó a ser fundamental en física, pues el mundo natural se reveló de golpe y, al mismo tiempo, se envolvió en un misterio impenetrable. «La física atómica moderna no trata de la esencia y la estructura de los átomos», escribió en 1931, «sino de lo que percibimos cuando los observamos; el acento siempre hay que ponerlo en el concepto llamado “proceso de observación”. Y el proceso de observación ya no puede sencillamente objetivarse, y su resultado no puede convertirse directamente en un objeto real.»[4]

El científico, en cuanto observador, no podía hacer más que registrar sus percepciones, pero, al hacerlo, se veía aún más limitado por las excentricidades de la naturaleza. Para Heisenberg, el acto mismo de la observación altera el sistema observado y, hasta cierto punto, lo crea. Por si fuera poco, a nivel subatómico el movimiento de las partículas individuales

(u ondas) es esencialmente aleatorio y no se puede predecir con grado de certeza alguno. Incluso la causalidad, la piedra angular de la física newtoniana, acabó rechazada en favor de la mera probabilidad.

La trayectoria del electrón alrededor del núcleo de un átomo no es estable, y, al medirla, sólo es posible determinar su posición o su impulso, nunca ambos. No es posible adscribir a ninguna partícula subatómica una velocidad y una ubicación dadas. Por tanto, cualquier predicción sobre su comportamiento se basa exclusivamente en la probabilidad. A nivel macroscópico –el plano de la experiencia humana–, ese hecho no afecta a la predicción de acontecimientos futuros, pues la suma de un número enorme de resultados probables a nivel subatómico resulta en una casi certeza, pero, al nivel de las partículas individuales, no hay nunca un resultado seguro de un momento al otro.

La larga tradición alemana de conferencias públicas de científicos y de literatura científica popular, obra en gran parte de prestigiosos investigadores, significó que las tesis de Heisenberg se discutieran con vehemencia tanto entre sus colegas físicos como en un contexto más amplio. Las inquietantes implicaciones de sus ideas estaban claras, y atacaban los cimientos mismos de la ciencia y del pensamiento occidental.

Vale la pena no abandonar esta idea de momento. En el siglo XVII, Sir Isaac Newton formuló una serie de leyes que desde entonces se habían considerado una descripción exacta y objetiva del universo físico. Según esa serie de principios, todo objeto tenía una identidad claramente definible y se comportaba según la ley en todas las circunstancias, según su movimiento, su inercia, su gravedad y su energía. Todo era una cosa o la otra, estaba aquí o allí, fuera onda o partícula. El mundo funcionaba como un reloj gigantesco que daba las horas con precisión infalible.

No obstante, el concepto que residía en el centro de la física de Newton era mucho más antiguo y se remontaba, pasando por la Edad Media, a la filosofía de la Antigüedad griega, a los autores de la Biblia y los relatos mitológicos de Mesopotamia. Las ideas en juego eran la identidad y la dualidad, la base irreductible del pensamiento occidental. El simbolismo bíblico es dualista, con su cielo y su infierno, el sol y la luna, el día y la noche, el bien y el mal, lo puro y lo impuro. Ésa había sido la matriz de una manera de pensar que dividía el mundo en señores y sirvientes, en creyentes e infieles, y era igualmente fundamental que cada elemento de esa cadena

tuviera una identidad fija, transformable sí, pero sin dejar nunca de ser una cosa o la otra. El pensamiento cristiano había echado mano de ese principio con mucho entusiasmo, amenazado únicamente por el dogma de la Trinidad, en el que un solo ser se suponía uno y trino, según el punto de vista y la situación. En cierto modo, un Dios cuántico.

Es posible que el dogma de la Santísima Trinidad, porfiadamente ilógico (desde sus inicios sólo había sido un compromiso teológico), mantuviera abiertas algunas ventanas intelectuales para la entrada de una clase de lógica más flexible en los monasterios medievales, donde los monjes se esforzaban por comprender cómo tres podían ser uno. Era un dogma de la Iglesia, pero contradecía rotundamente las tres leyes básicas de la lógica legadas por Platón: la ley de la identidad (todo es idéntico a sí mismo y a nada más); la ley del medio excluido (de cualquier proposición debe ser cierto que ella o su negación es cierta) y la ley de la no contradicción (nada puede ser cierto o falso a la vez). Sobre esas leyes se había edificado todo un canon filosófico, y Newton no hizo otra cosa que aplicarlas a la naturaleza. En cuanto principio ético, esta lógica exclusiva y dualista había sido el centro de la manera humana de percibirse en Occidente. En cuanto principio filosófico, había florecido durante el escolasticismo, el Renacimiento y la Ilustración. Como principio científico y, finalmente, económico, demostró ser capaz de crear un nuevo mundo en menos de cuatro siglos.

La física cuántica y otros desarrollos teóricos trastocaron el resultado acumulativo de una tradición milenaria al afirmar que la materia misma del universo no se parecía en nada a lo que Newton había imaginado, y que en su centro se encuentran estados de una incertidumbre total en los que las partículas pueden ser dos cosas distintas, no tener una identidad inamovible, presentar características contradictorias y estar gobernadas no por leyes, sino por la simple casualidad. Según la nueva física, no hay leyes naturales absolutas, sólo probabilidades estadísticas.

Antes de la guerra, Einstein había demostrado que la física newtoniana era una subserie de leyes que él había descrito en su teoría de la relatividad, una subserie válida únicamente en un pequeño espectro de fenómenos físicos que, por casualidad, coinciden con la experiencia humana. Cuanto más se acercaba un objeto a la velocidad de la luz, y cuanto más largas eran las distancias que recorría, más parecían las leyes de Newton ser

únicamente aproximaciones. Para comprender la dimensión cósmica, el observador tenía que entender que no hay posición que sea siempre fija, que todo movimiento es siempre movimiento respecto de otros.

Hasta los físicos se mostraron reacios a aceptar una abolición tan radical de las leyes que parecían describir a la perfección el universo. Albert Einstein, que fue el adversario más célebre de Heisenberg y sus conclusiones radicales, también se oponía a la idea de un universo en expansión y las conclusiones que ese fenómeno sugería. «No cabe duda de que la mecánica cuántica es impresionante», escribió en 1926 en una carta a Max Born. «Pero una voz interior me dice que no es aún la cosa real. La teoría es muy explicativa, pero en realidad no nos acerca más al secreto del "Viejo". En cualquier caso, estoy convencido de que Él no juega a los dados.»[5] Otros físicos eminentes, entre los que se contaba Max Planck, coincidían con Einstein.

¿*Cuán alemana es la verdadera ciencia*?

El problema profundo que subyacía tanto en la física cuántica como en la cosmología era la pérdida de toda posibilidad de comprender intuitivamente el mundo. Con cada nuevo avance, la ciencia convertía el universo en algo menos familiar, menos acogedor, en un lugar en el que incontables galaxias atraviesan a gran velocidad una oscuridad infinita y los ladrillos de la materia son misteriosas unidades sin una identidad definida, gobernadas sólo por la posibilidad; en ese mundo, el conocimiento objetivo pasa a ser una aspiración imposible.

Einstein y Planck fueron dos de los físicos más destacados que se rebelaron contra esa comprensión extraña y contraintuitiva de la física, pero, si bien su aversión al enfoque probabilístico de la física cuántica se basó, en última instancia, en una visión del mundo religiosa incapaz de reconciliar la idea del «Viejo» con un universo construido sobre acontecimientos aleatorios, los científicos alemanes pronto se enzarzaron en un debate muy distinto en torno al carácter supuestamente racial de esa teoría. ¿Era posible que las teorías científicas se hubiesen vuelto tan desorientadoras sencillamente porque había tantos judíos formulándolas?

Este salto cualitativo puede parecer sorprendente, pues la etnicidad no

parece tener un nexo causal con las matemáticas de altura, pero un número exageradamente elevado de físicos teóricos, de Max Born a Einstein y otros, eran de ascendencia judía. Desde un punto de vista sociológico, el motivo reposa sencillamente en el hecho de que, a finales del siglo XIX, la física clásica, tradicional (que seguía siendo abrumadoramente newtoniana) se consideraba un modelo teórico del mundo que casi había alcanzado la perfección. Por su parte, la física teórica era un ámbito marginal de investigación para bichos raros y excéntricos solitarios, y ofrecía poca financiación, poco prestigio y pocas oportunidades profesionales. En una época en que a la etnia alemana se le ofrecían las cátedras más prestigiosas y los puestos de investigación de la física clásica, el trabajo en la física teórica solía reservarse para los judíos, o para mujeres, como la brillante Lise Meitner.

Como se comprueba a menudo en la historia del antisemitismo, la necesidad social y las presiones se usaron en contra de los que habían conseguido adaptarse a él. Durante el siglo XIX se había acusado a los judíos de tener un intelecto agudo y «corrosivo», aunque carente de genio creativo. Ahora, la ciencia moderna se retrató como un invento judío concebido para chuparle la sangre a la cultura alemana. Incluso Heisenberg, que se negó a emigrar cuando Hitler llegó al poder y cuyo papel en el Tercer Reich sigue siendo objeto de furiosos debates, fue objeto de ataques como «judío blanco», un no judío portador del «bacilo» del pensamiento judío, tal como puede leerse en un artículo publicado en 1937 en el periódico de las SS *Das Schwarze Korps*.

Durante la década de 1920, el debate en torno a la «física aria» conoció su apogeo, y su principal defensor, el premio Nobel de Física Philipp Lenard, lo explicó así en su obra en cuatro volúmenes *Deutsche Physik* (1936):

> «¿Física alemana?», preguntará alguno. Yo podría haber hablado también de física árabe o de la física de los pueblos de carácter nórdico. [...] La literatura actual sugiere que ya podemos tal vez hablar de la física de los japoneses, y en el pasado los árabes tuvieron su propia física. No sé de la existencia de una física de los negros; pero sí se ha producido un amplio desarrollo de una física particularmente judía, [...] los judíos están en todas partes, y si alguien sigue defendiendo la idea de un internacionalismo de las ciencias naturales, debe de estar refiriéndose subconscientemente a las judías, que los judíos están creando en todas partes y de manera intercambiable.[6]

La noble física alemana se construiría sobre el concepto de *Anschaulichkeit*, la comprensión intuitiva de los procesos físicos apoyándose en una base clásica, la física newtoniana. Si la «física judía» se tilda de racionalista y dogmática, su homóloga alemana prefería una investigación centrada en las categorías de «energía» y «fuerza». Más que un desacuerdo científico, se trataba de una cruzada moral contra la libertad intelectual y la creatividad especulativa asociada con algunos científicos judíos sobresalientes.

Lenard no fue el único en propagar ese virulento antisemitismo, pero el debate acerca de la «física alemana» también se hacía eco de una preocupación más amplia: la rebelión de una concepción tradicional de la física contra la arrogancia contraintuitiva y la opacidad del pensamiento físico moderno. La física cuántica llegó a simbolizar un mundo moderno que estaba convirtiéndose en algo realmente raro para sus habitantes, un mundo que había abandonado la evidencia empírica y la comprensión directa para favorecer las teorías misteriosas. Esa rebelión iba más allá de la imagen de las ciencias; en toda Europa y sobre todo en Alemania, los defensores de la *Lebensphilosophie*, una «filosofía de la vida» holística, atacaban lo que sus partidarios consideraban una visión del mundo fría, mecanicista y racionalista como puntal de la sociedad.

Ser y tiempo

Términos como «energía», «fuerza» y «vida» ocupaban el centro de un debate cultural que no se limitaba en absoluto a los confines de la ciencia. El marco de ese debate fueron los textos del oracular Oswald Spengler, cuyas propias ideas sobre la dicotomía entre la vida vibrante y primigenia y la razón muerta y abstracta debían mucho a Friedrich Nietzsche, el padre de todo el pensamiento antirracionalista de la época, cuyos ataques sutiles, poéticos y completamente asistemáticos contra el estilo y el pensamiento académicos estaban predestinados a citarse fuera de contexto; sus observaciones, sucintas, expresivas y a menudo sarcásticas, pudieron ponerse al servicio de un ataque más masivo a la racionalidad misma. Para Spengler, el dominio del pensamiento científico no era sino un signo de decadencia cultural, y así lo señaló en su tan influyente *La decadencia de*

Occidente: «Todo arte, toda religión y toda ciencia se van intelectualizando poco a poco, se vuelven algo ajeno a la nación, incomprensibles para el campesino que trabaja la tierra. Con la civilización empieza la decadencia. Las antiquísimas raíces del Ser se secan en los bloques de piedra de sus ciudades.»[7]

Según Spengler, la visión racional y teórica del mundo sólo era posible a costa de insensibilizar el mundo y «acallar las voces a la fuerza», voces que conectaban a cada individuo con la cadena de sus ancestros y con el destino. En cambio, el pensamiento abstracto era crónicamente incapaz de comprender aquello que de verdad importa, a saber, «el cuándo y el porqué, el Destino, la sangre, todo lo que nuestros procesos intuitivos tocan en lo más hondo de nosotros».[8] Así pues, la modernidad era una carrera hacia la muerte, una señal de que la cultura había llegado a su final. «El cine, el expresionismo, la teosofía, el boxeo, los bailes negros, el póquer y las apuestas; todo ello se encuentra en [la antigua] Roma», escribió Spengler, aunque resulte un punto inverosímil. «El último hombre de la gran urbe no quiere ya vivir.»[9]

La concepción de Spengler de la historia y la cultura, muy alemana, se formuló en un contexto en que predominaban ideas muy similares. Con la notable excepción del Círculo de Viena, que se dedicó exactamente a la clase de filosofía positivista que Spengler tanto despreciaba, los filósofos de las universidades de habla alemana se apartaron de la claridad y el racionalismo del pensamiento de la tradición ilustrada y se dirigieron hacia otras formas de exploración de la inmediatez y de la experiencia vivida, ya fuera en la fenomenología de Husserl, en la filosofía de la vida de Wilhelm Dilthey, en los impenetrables juegos gramaticales de la ontología de Heidegger o en las obras de los muchos discípulos de Henri Bergson, el pensador francés cuya distinción entre duración como experiencia vivida y la hora del reloj, medición mecánica ajena a la vida, hizo de él uno de los autores filosóficos más leídos de su generación.

En una medida no desdeñable, el rechazo del racionalismo fue consecuencia de la experiencia de la guerra. Para la generación de posguerra, la razón –ensalzada desde la Ilustración– ya no era la señal de las grandes cosas que se avecinaban; se había oscurecido, se había vuelto contra sus creadores y había demostrado su capacidad de destrucción y de locura. Los resultados de las investigaciones racionales habían sacudido los

cimientos mismos del mundo civilizado y habían convertido a los seres humanos en salvajes. Todos los valores parecían viciados, no quedaba en pie una sola certeza, todas las esperanzas estaban pervertidas. Y, puesto que la razón no había conseguido crear el glorioso futuro prometido, ya era hora de empezar a buscar en otra parte. «Hoy estamos experimentando, en general, un rechazo total del positivismo», escribió el sociólogo Alfred Vierkandt en 1920. «Estamos experimentando una nueva necesidad, necesitamos unidad [...] un tipo de pensamiento que haga hincapié básicamente en lo orgánico, más que en lo mecánico, en lo vivo y no en lo muerto, en los conceptos de valor, finalidad y objetivo, no en la causalidad.»[10]

Ese rechazo de la razón parece casi deliberadamente contrario a la ciencia, pero es bastante seguro que desempeñó un papel importante a la hora de dar forma a las ideas científicas más creativas de la época, especialmente la mecánica cuántica, como más tarde escribió el propio Werner Heisenberg: «No es casual que el desarrollo que nos condujo hasta aquí tuviera lugar en una época de fe en el progreso. Después de la catástrofe de la Primera Guerra Mundial, comenzó a entenderse, fuera también de los círculos académicos, que nuestra existencia carecía de cimientos sólidos, que nada era seguro para siempre.»[11]

La física de Weimar

La sombra de la guerra y el clima social imperante en la década de 1920 pudieron, en efecto, contribuir a concebir y formular una física en la que los principios básicos del pensamiento lógico y científico –la identidad, la causalidad, la objetividad– acabaron destronados y desplazados en favor de la ambivalencia, la casualidad y la incertidumbre. Si los años anteriores a la guerra habían sido un periodo de gran transformación y desestabilización, las ideas de la ciencia del siglo XIX, firmemente positivista, seguían teniendo una fuerte presencia en las universidades, las escuelas y las redacciones de los periódicos. Después de 1918, incluso los matemáticos se negaban a dar por bueno ese «dogmatismo racionalista». Uno de ellos, Gustav Doetsch, opinaba que la ciencia «estaba hundiéndose en su tumba

con convulsiones violentas para dejar lugar a un nuevo espíritu, una nueva sensación de la vida».[12]

El debate sobre una «física alemana» empezó a perder fuelle y no tardó mucho en desaparecer del orden del día. Sin embargo, hay otra hipótesis, más verosímil y más intrigante, sobre el malestar al que se refirieron básicamente los físicos alemanes después de 1918, una tesis inquietante que postuló el historiador Paul Forman, para quien el mundo subatómico que había descrito Heisenberg era un mundo híbrido e impredecible donde se mezclaban el punto de vista, la casualidad y una serie de resultados probables. En su visión, ese escenario desconcertante, en el que regía el principio de la incertidumbre, tenía muchas cosas en común con las realidades sociales y políticas de la Alemania de la República de Weimar; la ciencia parecía ser un espejo de la realidad.

Forman presentó algunos testigos excepcionales favorables a su tesis, entre otros, el eminente físico Erwin Schrödinger (el del célebre gato «vivo» o «muerto»), que en 1932 escribió: «En una palabra, todos formamos parte de nuestro entorno cultural. En cuanto la orientación de nuestros intereses desempeña algún papel en tal o cual asunto, el ambiente, el *Zeitgeist* o como se lo quiera llamar, no puede más que ejercer su influencia. En todos los ámbitos de una cultura se verifican rasgos comunes, frutos de la visión del mundo y, en un número aún mayor, rasgos estilísticos comunes en la política, el arte y la ciencia.»[13]

Los científicos no estaban fuera de la sociedad, sino que formaban parte de ella, y el juego de los puntos de vista continuó. Considerando que se encontraba insertada en su contexto cultural, la nueva e intrigante física cuántica era el polo opuesto de un juego teórico frío y abstracto, y, de hecho, se parecía mucho a las cualidades intuitivas del vitalismo tan en boga después de la guerra. Si la visión mecanicista y racionalista propia del viejo orden había conducido directamente a las máquinas de matar del frente occidental, la filosofía de las fuerzas vitales irracionales fue un contrapeso para esa racionalidad sin vida, y la nueva física reflejó ese culto a la energía, la vida y la voluntad de poder. La joven generación de físicos parecía afirmar que la naturaleza no es un reloj gigantesco y que, al fin y al cabo, Dios sí juega a los dados.

El universo que nos rodea

Para el público general, esos debates en torno a la ciencia eran tan irresistiblemente fascinantes y tan impenetrables y opacos como los resultados que obtenían los científicos. En una época en que parecían quedar pocas cosas en las que creer, cuando los valores y las jerarquías quedaron abolidos por el gran desencanto posterior a la guerra, los tranquilos argumentos y las fórmulas matemáticas de la ciencia atraían no poco la imaginación popular, alimentada por un aluvión constante de artículos y libros y también por un número cada vez mayor de películas que combinaban ciencia, terror y científicos locos: el estreno en Estados Unidos de *The Invisible Ray*, de Harry Pollard (1920, hoy perdida); la producción italiana *L'uomo meccanico* (1921); *The Power God*, de Francis Ford (1925) y la extraordinaria curiosidad soviética titulada *Aelita, reina de Marte* (1924).

Mientras que el cine y las novelas explotaban las posibilidades imaginativas sin límites de la nueva magia científica, los libros especializados se esforzaban por explicar las teorías a un público lector cada vez más amplio. El físico y astrónomo británico James Jeans se especializó en los libros científicos populares, y le reportaron mucha más fama que su trabajo académico en la Universidad de Cambridge. *El mundo que nos rodea*, una introducción a la cosmología publicada en 1929, se agotó en un mes y conoció siete ediciones en una década. *El misterioso universo*, publicado un año más tarde, vendió diez mil ejemplares el mismo día de su lanzamiento; antes de 1939 ya se habían publicado quince ediciones.

La ciencia llegó a ser una metáfora de la sociedad. Con Alemania y Francia en crisis y sacudidas por la violencia en las calles; con Rusia sufriendo las secuelas de la revolución y en medio de una espantosa guerra civil; con Italia paralizada por el conflicto entre socialistas y fascistas y Austria comenzando a despertar de la pérdida de su vasto imperio, era comprensible el grado de pesimismo y premonición que planeaba sobre la Europa continental, pero que también, y especialmente, prevalecía en Gran Bretaña. El historiador Richard Overy ha señalado que gran parte del interés científico del Reino Unido se centró en la idea de entropía, «un estado físico que tendía hacia el éxtasis, la degeneración y la extinción».[14]

En Cambridge, el filósofo y matemático Bertrand Russell y su homólogo austriaco Ludwig Wittgenstein defendieron una combinación de rigor intelectual y modestia epistemológica; ambos eran muy conocidos, legendarios de hecho, por no soportar alegremente a los idiotas. Pero hubo otros dos autores que también se comprometieron en el dilema intelectual en una época atrapada dolorosamente, y cada vez más, entre un enfoque científico cuyos progresos intelectuales iban contra toda comprensión intuitiva del mundo y el vacío ideológico que había dejado la Gran Guerra. Ambos se apellidaban Haldane, y eran, en efecto, tío y sobrino.

Richard Burton Haldane fue un político renombrado que había sido ministro de Guerra y Lord Canciller, pero esa ajetreada carrera no lo disuadió nunca de seguir traduciendo y escribiendo sobre filosofía y ciencia. En su libro *The Reign of Relativity* (1921) abordó sin rodeos las vastas implicaciones de la teoría de Einstein y la nueva manera de comprender las ciencias naturales en el marco más amplio de la cultura. Haldane reconoció que, a consecuencia de la guerra, se había desarrollado una nueva cultura del escepticismo, acompañada de una búsqueda de grandes respuestas que demostraban ser peligrosamente insuficientes, pues «sin alguna clase de fe omnipresente, una fe capaz de cautivar en tiempos normales como en época de emergencia, es difícil que un pueblo siga siendo un gran pueblo».[15]

El problema radicaba en que se había demostrado que la verdad misma era relativa, que dependía del punto de vista del observador. Si las generaciones anteriores habían estado más o menos seguras de la existencia de una verdad objetiva y de un mundo objetivamente cognoscible, la ciencia, la cultura y la política habían conspirado para destruir esa certeza. Basándose en su lectura de Einstein y del británico Alfred North Whitehead, especializado en filosofía de las matemáticas, Haldane llegó a una conclusión que iba mucho más allá de la teoría de la ciencia: «Toda forma particular de conocimiento es relativa, y está destinada a acabar reconociendo los límites de su propio orden aparente y a exigir que pasemos a concepciones de una índole totalmente nueva.»[16]

En una época en que se buscaban respuestas, la versión de Haldane, con una ciencia y una filosofía de carácter transitorio y vinculadas al horizonte del observador, era una píldora amarga, que no endulzó tampoco el análisis de su sobrino J. B. S. Haldane, entusiasta defensor público del darwinismo,

aun cuando su visión del futuro de la ciencia, extrañamente profético, abrió grandes posibilidades a la investigación. Igual que su tío, Jack Haldane fue un producto de sus orígenes aristocráticos, pero también de la experiencia de su generación. Al servicio de la Black Watch –el Tercer Batallón del Royal Regiment escocés– tras haber estudiado matemáticas y lenguas clásicas en Oxford, combatió en el frente occidental, y lo contó en *Daedalus, or Science and the Future*, publicado en 1923, que empieza así:*

> Al sentarme a escribir estas páginas, veo ante mí dos escenas de mi experiencia hacia el final de la guerra. Primero, una visión fugaz de una batalla olvidada de 1915. Se parece, curiosamente, a una película bastante mala. En medio de una nube de polvo y humo aparecen de repente grandes masas negras y amarillas que parecen desgarrar la superficie de la tierra y desintegrar el trabajo del hombre con un odio casi visible. Forman la parte principal del cuadro, pero en algún lugar situado a media distancia se pueden ver unas siluetas humanas sin nada de particular, y al poco son menos las que quedan. Cuesta creer que sean los protagonistas de la batalla. Uno preferiría escoger esas masas negras y aceitosas, enormes y reales, tanto más conspicuas, y suponer que los hombres son en realidad sus sirvientes, los que desempeñan un papel subordinado, fatal y nada glorioso en el combate. A fin de cuentas, es posible que esa manera de ver las cosas sea la acertada.[17]

Para Haldane, ese escenario es «parte del argumento contra la ciencia», y lo lleva a preguntar:

> ¿Es atinada la horrible visión de Samuel Butler, con ese hombre que se convierte en mero parásito de la maquinaria, un apéndice del sistema reproductivo con motores enormes y complicados que van quedándose sucesivamente con sus actividades y acaban quitándole dominio de este planeta? ¿Es el operario dedicado al trabajo repetitivo el objetivo y el ideal hacia los que tiende la humanidad? Es posible que un estudio sobre la tendencia actual de la ciencia arroje un poco de luz sobre estas preguntas.[18]

Las tendencias que Haldane previó para la humanidad son asombrosas en muchos sentidos. Por ejemplo, escribió que al cabo de cuatrocientos años Gran Bretaña estaría cubierta de molinos de viento que producirían energía eólica, almacenada luego empleando hidrógeno líquido; que los anticonceptivos cambiarían profundamente la moral sexual; que la reproducción de la flora y la fauna, y también la de los seres humanos, acabaría revolucionada por la ciencia. Eran predicciones inquietantes, alarmantes incluso, pero

> el inventor, físico o químico, es siempre un Prometeo. No hay ningún gran invento, del fuego al avión, que no se haya recibido como si fuese un insulto a tal o cual dios. Pero, si cada invención

> física o química es una blasfemia, todos los inventos biológicos son una perversión. Es difícil encontrar uno que, al captar por primera vez la atención de un observador, del país que sea, y que hasta entonces no había conocido su existencia, no parezca indecente y antinatural.[19]

El dominio de las ciencias naturales era tan persuasivo como inquietante. Para muchas personas, el mundo parecía haber perdido su anclaje metafísico, el último pivote de su existencia.

Y no hubo escritor que hiciera un análisis más agudo y más fríamente desesperante de esa situación que Franz Kafka, empleado de una compañía de seguros de Praga, muerto por tuberculosis en un sanatorio austriaco en 1924. En su relato «El artista del hambre», Kafka ofrece un retrato arteramente convincente de lo que ha ocurrido. El artista del hambre era famoso en los días de gloria de su arte, cuando ciudades enteras seguían sus ayunos a diario, atentamente y con una curiosidad frenética. Su representante consiguió que rompiera el ayuno al cabo de cuarenta días, cuando el interés ya parecía desvanecerse. Para gran fastidio suyo (ya que le habría gustado seguir ayunando), el artista sale de su jaula y delante de la multitud que lo idolatra le sirven un menú cuidadosamente escogido, una comida acompañada por una banda militar; pero, después de un periodo de descanso, el artista vuelve a ayunar. Sin embargo, los grandes días del arte del hambre han pasado, la gente deja de asistir a esas *performances* y el artista acaba trabajando en un circo, donde el público que acude a ver las fieras deja de interesarse por él; al final, nadie se da cuenta de que sencillamente se ha dejado morir de hambre. El cuidador de los animales lo entierra sin ceremonia, aliviado porque ahora puede poner una pantera magnífica en la jaula del artista.

Un ciudadano tranquilo: Muchos de los personajes de las obras de ficción de Franz Kafka viven agobiados por unas máquinas maléficas y anónimas.
Franz Kafka. AKG Images

En un nivel muy obvio, el artista es el proverbial *Hungerkünstler* alemán, un artista pobre que se alimenta ávidamente de la adulación que le reporta su sufrimiento y que muere en cuanto el público deja de interesarse por él. Pero el artista del hambre que ayuna cuarenta días, cuya fama se basa en su martirio, y que vive «en una gloria aparente, honrado por el mundo», es también el patético hermano del propio Salvador, un mesías mugriento de carromato de feriante, cuyas dudosas y abnegadas hazañas han perdido todo atractivo. No muere heroicamente, sino por falta de interés del público. El arte del hambre pasa a formar parte de un espectáculo del pasado, nos dicen; ahora la gente ha descubierto otras diversiones. Reducido a un papel marginal en el circo, el esquelético artista del hambre, una vez objeto de la admiración universal, trata de obligar a la gente a que se fije en él, y sigue ayunando, pero lo mejor que puede esperar es que los padres lo señalen a los niños mientras les hablan de tiempos pasados; en esos ojos vislumbra «algo de los tiempos por venir, nuevos y más clementes». No obstante, al

final ocupa su lugar un felino, un animal salvaje, cazador, encarnación de la fuerza, de la libertad y de la alegría.

Demostrando sus milagros y su sufrimiento en una feria, el propio Cristo no tiene una sola posibilidad contra la indiferencia de una multitud ávida de novedades y sensaciones. El gran abnegado, cuya agonía una vez dejó pasmados a pueblos enteros, acaba borrado del mapa sin miramientos, y en su lugar, una pantera, la viva imagen de una voluntad de vivir pura, sinuosa y despiadada.

En el mundo de Hubble, un mundo que ya no ocupaba el centro del universo, y en el que incluso la materia es más comprensible y, a la vez, más opaca para la mente humana, las antiguas profecías quedaron relegadas a un rincón olvidado del parque de atracciones. El conflicto entre la fe y la razón, entre el conocimiento de la experiencia y el conocimiento de la ciencia, y entre el enfoque racionalista al mundo de la ciencia decimonónica y una nueva comprensión intuitiva, estaba presente en los debates científicos del momento, y se introdujo en el debate público con una nota de pesimismo y perplejidad. Cuando el artista del hambre deja de ser objeto de adoración después de la «gran operación», la gente se lanza a buscar nuevas atracciones, nuevas explicaciones y nuevos mesías. Entre el miedo y la esperanza, empezaba a cobrar forma la lucha por un futuro muy distinto.

1924: MALA CONDUCTA

No le doy ninguna importancia a la vida
No le cuelgo ningún cartel de vida a la importancia
No le importo a la vida
Pero los ramos de sal los ramos blancos
todas las burbujas de sombra
y las anémonas de mar
descienden y respiran dentro de mi pensamiento

ANDRÉ BRETON,
«Las actitudes espectrales», 1926*

¿Qué es una respuesta racional a la vida en un mundo que ya no tiene sentido? En Europa, un movimiento marginal, pero en alza y con gran repercusión mediática, creyó haberla encontrado. Y la respuesta era el sinsentido. Agresivo, subversivo, celebrado con júbilo. El sinsentido como arma.

Al principio sólo fue arte por el arte, afirmación gozosa de una libertad recién descubierta tras la experiencia infernal de la guerra, y un rechazo de la belleza, de las convenciones y del arte de una sociedad que había enviado a sus hombres a las trincheras en nombre de alguna mentira edificante. En cuanto acto de oposición anarquista y artística a la guerra, se había iniciado en Zúrich, en la seguridad de la Suiza neutral, residencia temporal de James Joyce, Jorge Luis Borges, Romain Rolland y Lenin, entre muchos otros.

Allí, en un antro que llevaba el ambicioso nombre de Cabaret Voltaire, se reunía un grupo de exiliados y revolucionarios para discutir, beber, jugar al ajedrez y divertirse. Sus pasatiempos se volvían más y más extraños con cada día que pasaba; por ejemplo, montaban espectáculos en los que aparecían en el escenario vestidos con raros atuendos, aullando, cantando y declamando palabras que acababan de inventar y que no querían decir nada.

Eran partidarios orgullosos de todo lo improvisado, de todo lo caótico y carente de sentido, y bautizaron al grupo con un nombre sin significado alguno que sonaba a balbuceo de crío: dadá.

Junto con artistas alemanes de mentalidad afín, los amigos de Zúrich depositaron grandes esperanzas en su nueva manera de ver el mundo y de cantarle. «¿Cómo se alcanza la eterna bienaventuranza? Diciendo dadá», escribió en 1916 Hugo Ball, uno de los padres intelectuales del movimiento. «¿Cómo se adquiere fama? Diciendo dadá. Con ademán noble y refinadas maneras. Hasta la locura, hasta perder el sentido. ¿Cómo se puede desmontar todo lo escurridizo y periodístico, todo lo agradable y pulcro, todo lo moralizado, embrutecido, afectado? Diciendo dadá. Dadá es el alma universal, dadá es la sensación del momento, dadá es el mejor jabón de leche de azucena del mundo.»[1*]

En la «casa de empeños» del dadaísmo podía encontrarse un gran surtido de fragmentos de vida, imágenes y creencias mal colocadas, vigiladas todas con ternura y divulgadas por un joven rumano llamado Samy Rosenstock que ahora llevaba un nombre más misterioso y seductor, Tristan Tzara, y que se había asignado la misión de predicar por todo el mundo el nuevo evangelio, con poemas, artículos y manifiestos. El dadaísmo llegó a las ciudades alemanas y finalmente también a París, donde lo recibieron con avidez y muy agradecidos un puñado de jóvenes que buscaban un lenguaje para expresar su rechazo del mundo en que habían crecido. «Dadá aplicó una lavativa a la Venus de Milo y permitió que Laocoonte y sus hijos orinasen después de miles de años luchando con Pitón, esa buena salchicha», escribió el pintor Hans Arp, uno de los padres espirituales del nuevo estilo.[2]

En las palabras de Tzara encontraron la fuerza que buscaban. «Dadá no significa nada», había proclamado en su *Manifiesto Dadá* de 1918. «¿Cómo es posible esperar poner orden en el caos de esa variación infinita y amorfa llamada hombre? [...] Orden = desorden; ego = no ego; afirmación = negación [...]. No tenemos miedo; no somos sentimentales. Somos como un viento furioso que nos arranca las vestimentas de nubes y plegarias, estamos preparando el gran espectáculo del desastre, de la conflagración, de la descomposición. [...] Todos tienen que gritar; nos espera un trabajo ingente [...] destructivo y negativo. Barrer, limpiar.»[3]

El doctor Breton se queda sin pacientes

El miembro más animoso e intransigente de ese grupo de jóvenes fue André Breton, estudiante de medicina que había tratado a soldados con neurosis de guerra y que ahora buscaba una manera de dejar su impronta. Nacido en 1896 en Pantin, en las afueras de París, Breton odiaba la vida y los valores de la burguesía, siempre estrecha de miras, un odio íntimo basado en la experiencia, y siempre había querido salirse de ese círculo vicioso. Cuando era estudiante, antes de la guerra, lo atrajeron los *enfants terribles* de la literatura francesa, sobre todo Baudelaire y Rimbaud, y un poco más tarde también Apollinaire, el autor experimental por antonomasia. El joven Breton empezó a escribir poesía, pero su carrera poética quedó interrumpida cuando lo reclutaron para el ejército y lo enviaron a recibir la instrucción básica a unos cuarteles que más tarde describió como «una cloaca de sangre, imbecilidad y fango».

Médico interno en un hospital militar de Nantes, Breton, que entonces tenía apenas veinte años, conoció a los primeros afectados de neurosis de guerra; allí también leyó los escritos de Sigmund Freud, que lo fascinaron. En 1916 también conoció a un soldado convaleciente, cuya actitud intransigente dio un nuevo rumbo a su vida. Jacques-Pierre Vaché, estudiante de bellas artes, había caído herido en combate en el frente occidental y durante la convalecencia dibujaba figuras grotescas en postales. Joven muy bien plantado, parecía desdeñar todo y a todos los que lo rodeaban, motivo suficiente para cautivar a Breton, un año menor que él. Vaché introdujo al aspirante a médico en una vida de rebelión intelectual contra la sociedad, y la amistad se consolidó aún más cuando Vaché salió del hospital. Juntos, los jóvenes conversaban y bebían en los bares de la ciudad e iban al cine; pasaban de una sala a otra viendo fragmentos de distintas películas, y a partir de ellos reconstruían un relato de su cosecha.

Cuando Vaché tuvo que regresar al servicio activo, la intensa relación entre ambos se volvió epistolar. Vaché era un escritor excelente y excéntrico que disfrutaba de la «inutilidad teatral (y falta de alegría) de todo»;[4] sus misivas rebosaban de poesía anarquista. La íntima relación de Breton con el atractivo Vaché terminó de manera repentina y trágica cuando encontraron al soldado desnudo en una habitación de hotel, junto con otro hombre desnudo, muertos los dos por sobredosis de opio.

Terminada la guerra, Breton trabajó en el hospital de Val-de-Grâce, en París, como ayudante en el pabellón psiquiátrico. Allí, en soledad, durante las guardias nocturnas, en los oscuros pasillos del hospital y oyendo los delirios y los gritos de los enfermos, conoció la fuerza de la expresión irracional, de la demencia y la desesperación, y volvió a ahondar en los escritos de Freud.

La idea del subconsciente lo fascinaba y lo atemorizaba, pues su breve contacto con la guerra y el sufrimiento le había impedido regresar cómodamente a la vida civil y, tal como señaló, a la sociedad en general. «Se vuelve de la guerra», escribió, «pero de lo que no se puede volver es de aquello que entonces llamaban *bourrage de crânes*, de todas esas cosas que nos metieron en la cabeza y que en cuatro años convirtieron a seres que sólo quieren vivir [...] y llevarse bien con sus semejantes, en seres angustiados y desquiciados, y no sólo explotados, sino expuestos a ser diezmados a capricho.»[5] Cuatro años de miedo, de inhumanidad y de propaganda militar dejaron marcas imborrables y degradaron a la gente como nunca hasta entonces.

Encerrados en una especie de trance sin drogas en la habitación que Breton ocupaba en el Hôtel des Grands Hommes, el poeta y su amigo escritor Philippe Soupault decidieron colaborar en una obra literaria que no se pareciera a ninguna otra. Sería el resultado de la escritura automática, emanada del subconsciente con la menor interferencia posible de los pensamientos conscientes. El punto de partida experimental era la sencillez misma; durante una semana escribirían todo lo que se les pasara por la cabeza, sin revisarlo, escribirían hasta quedar exhaustos, hasta que la mente empezara a nadar en un mar de palabras e imágenes espontáneas y añadiendo al texto palabras nuevas y maravillosas, carentes de todo sentido, mientras intentaban dar rienda suelta al subconsciente.

Escribir esa obra de prosa extática y semiconsciente se reveló como una tarea estimulante y peligrosa a la vez. Sin juicio literario y sin ninguna clase de filtro consciente, escribirían con un «encomiable desdén por el resultado desde un punto de vista literario», como recordó Breton más tarde. «La fluidez de la ejecución hizo el resto.»[6] El resultado de esa investigación, titulada *Los campos magnéticos*, se publicó en varias entregas en la revista *Littérature*, y en formato libro un año después (1920). La escritura

automática formaba una secuencia parecida a una serie de cuadros de Hans Arp:

> Hace frío en la gruta y sentimos que hay que irse; el agua nos llama, es roja, y la sonrisa es más fuerte que las grietas que corren como plantas sobre tu casa, oh día magnífico y tierno como este extraordinario y pequeño círculo. El mar que amamos no soporta a los hombres flacos como nosotros. Hacen falta elefantes con cabeza de mujer y leones voladores. La jaula está abierta y el hotel cerrado por segunda vez, ¡qué calor! En el lugar central se ve a una leona bastante bella que garrapatea al domador en la arena y de cuando en cuando se agacha para lamerlo. Los grandes pantanos fosforescentes tienen sueños hermosos y los cocodrilos recuperan la maleta hecha con su piel.[7]

Después de *Los campos magnéticos*, Breton abandonó su exploración de la escritura automática. Sentía que el agotamiento posterior a esa semana con Soupault los había dejado al borde de la locura, y en su trabajo en el pabellón psiquiátrico había conocido a demasiadas personas que habían traspasado ese borde. Así pues, dio por acabada esa vía y se internó por caminos alternativos hacia un arte capaz de asestar un golpe mortal al mezquino mundo burgués, el mundo en que había crecido y al que consideraba responsable de la catástrofe de la guerra. Dotado de un gran talento retórico y de una capacidad aparentemente ilimitada para poses efectistas, y convencido de que todo lo que pensaba y hacía era importante y haría época, era un líder en ciernes. Incansable como siempre, Breton estaba abierto a lo nuevo, y se preparó para recibir al heraldo que, según creía él, transformaría no sólo la literatura, sino también todos los demás ámbitos de la vida.

Tristan en París

Y el joven poeta pensaba que ese cambio llegaría de Zúrich, pues era allí donde había conocido al más asombroso maestro poético y alma gemela, el enigmático y temerario Tristan Tzara, profeta del dadaísmo, el movimiento que derribaría todas las certezas. Breton había empezado a cartearse con Tzara el año anterior, y en 1920 el archidadaísta en persona puso rumbo a París. El francés estaba ansioso, y sus esperanzas crecían con los repetidos anuncios de la inminente llegada de Tzara a la capital francesa; pero todos fueron falsas alarmas.

Cuando por fin dadá llegó a París, lo hizo de repente. El 17 de enero de 1920, Germaine Everling, la amante del pintor Francis Picabia, que había invitado a Tzara a que lo visitara en París si alguna vez se encontraba en la ciudad, oyó golpear a la puerta del apartamento de Picabia, donde se encontraba cuidando a su hija de dos años. Everling le pidió a la niñera que despidiera al inoportuno visitante, que se negó a marcharse y al cabo de un rato entró en el dormitorio. Más tarde Everling recordó:

> [Ahí estaba], bajito, ligeramente encorvado, balanceando unos brazos cortos acabados en dos manos regordetas, pero sin duda sensibles. Tenía la piel cérea, como una vela; detrás de su *pince-nez*, sus ojos miopes parecían buscar un punto fijo en que posarse. Lo vi vacilar en la entrada, y en general parecía muy avergonzado por estar ahí. [...] Quitándose sin cesar y mecánicamente un largo mechón de pelo de la frente, dijo, con fuerte acento eslavo: «Lamento mucho molestarla, señora, pero no sé dónde dejar mis maletas.» [...] Y me di cuenta de que pretendía instalarse en mi casa.[8]

Y eso fue lo que hizo. El maestro no tenía un franco, y sencillamente se adueñó de la sala, usó como mesa una consola Luis XV y allí colocó una máquina de escribir enorme, se negó a que la criada entrase en la sala porque sus pertenencias le parecían demasiado importantes para que alguien las tocara y dio instrucciones para que toda su correspondencia se enviara a casa de Picabia. Y allí se quedó durante casi un año.

Breton, a quien no le preocupaban las cuestiones relacionadas con el confort doméstico, apenas pudo contener la emoción ante la perspectiva de conocer al hombre que podía cambiar la literatura europea y cuya energía revolucionaria podía transformar incluso la sociedad. Cuando finalmente vio al rumano bajito y miope, se quedó totalmente desconcertado, pero pronto lo sedujeron las otras cualidades de Tzara. «Habían esperado a Zaratustra, no al homúnculo de tez cérea que se movía inquieto ante ellos», escribe el historiador Mark Polizzotti, pero «en el equipaje traído de Zúrich llevaba tres años de experiencia en el arte de captar la atención del público, por no decir exasperarlo».[9] En el arsenal de provocaciones poéticas de Tzara, que incluían el montaje de lecturas simultáneas de varias obras, interrumpidas por gritos estridentes, sollozos y sonoros golpes de toda clase de objetos, Breton creyó finalmente haber encontrado oro. «Para Tzara, la representación tenía que ser estruendosa como un disparo de cañón e irritante como un guijarro en el zapato», señala Polizzotti.

En la primera representación pública, le tocó a Louis Aragon recitar el poema de Tzara «El blanco gigante leproso en el campo», que contiene estos versos memorables:

la sal se agrupa en constelación de pájaros sobre el tumor de guata
en sus pulmones se columpian las asterias y las chinches
los microbios se cristalizan en palmeras de músculos columpios
buenos días sin cigarrillo tzantzantzá gangá
buzduc zduc nfunfa mbaah nfunfa[10]

Como era de esperar, el público quedó entre encantado e indignado. A falta de otros proyectiles, algunos de los que habían pagado para oír eso arrojaron furiosos las llaves de casa al escenario.

En cambio, para Breton, esa clase de provocación no tardó en perder su atractivo. Él quería hacer avanzar algo, y a tal fin necesitaba un movimiento. Empezó a sentir que dadá, con todas sus payasadas anárquicas, no podía ofrecérselo. Era demasiado serio por temperamento, y quizá demasiado controlador por naturaleza para esos meros estallidos de disparates jocosos. Se organizaron más representaciones públicas, y la prensa reaccionó cada vez más indignada, pero Breton empezó a lanzar la red un poco más lejos. Durante su luna de miel en 1921, llevó a Simone Kahn, su flamante esposa, a visitar a Freud en Viena, pero una vez más se marchó decepcionado. El psicoanalista, que entonces tenía ya sesenta y cinco años, disponía de poco tiempo para el joven auxiliar médico francés que se presentó en la puerta sin avisar y cuyo interés por el psicoanálisis no era científico, sino meramente artístico. De orígenes y generaciones muy distintas (por no hablar de ideas contrarias durante la guerra), Freud y Breton tuvieron muy poco que decirse, y huelga decir que el francés quedó amargamente desilusionado al comprobar que su ídolo no comprendía la trascendencia de su obra. A pesar de esa decepción personal, al poeta siguieron fascinándolo las teorías freudianas.

Breton regresó a París y siguió buscando un papel destacado en el mundo literario. En 1922 organizó el Congreso internacional para la determinación de las directrices y la defensa del espíritu moderno, al que invitó a los principales escritores y artistas de Europa. Esa clase de actos –sobrios, organizados y, por encima de todo, importantes por sus consecuencias– le

gustaban más que las astracanadas dadaístas. Intentando anticiparse a todas las intervenciones espontáneas y no deseadas, pidió medidas de seguridad, incluida la opción de retirar el derecho a la palabra a cualquier ponente y la libertad para restablecer el orden por todos los medios necesarios, incluso llamando a la policía.

Puesto que poco antes se había peleado con Tzara, a quien no le gustaba el rumbo que estaban tomando las actividades de Breton, también publicó una declaración en la que denunciaba a «un impostor ávido de publicidad [...] más conocido como promotor de un "movimiento" surgido en Zúrich; es inútil nombrarlo con todas las letras, pues ya no tiene nada que ver con ninguna realidad actual».[11] Digno y, por una vez, en un tono nada anarquista, el rumano repuso: «Un congreso "internacional" que reprende a alguien por ser extranjero no tiene derecho a existir», e incluso los invitados al congreso desaprobaron las maneras dictatoriales del convocante.

Breton, aunque herido por ese desastroso giro de los acontecimientos, estaba muy lejos de tirar la toalla. Era hora de moverse, y así lo expresó en un poema en prosa que apareció en las páginas de *Littérature*:

> Sólo puedo asegurarle que me río de todo y repetirle:
> Déjelo todo.
> Deje a Dadá.
> Deje a su mujer, deje a su amante.
> Deje sus esperanzas y sus temores.
> Abandone a sus hijos en un rincón del bosque.
> Deje la presa por la sombra.
> Deje si es necesario una vida regalada, lo que le viene dado por una situación de futuro.
> Váyase a correr caminos.[12]

Ese exilio autoimpuesto tomó la forma de nuevas experimentaciones. Junto con un grupo de amigos, Breton organizó sesiones de hipnosis en su apartamento de la rue de Fontaine; René Crevel, el más dotado de todos los asistentes, caía en trance y recitaba sus visiones, y así contó Simone Kahn a una prima: «La sala está a oscuras. Nos sentamos todos alrededor de una mesa, callados, las manos extendidas. Apenas han de pasar tres minutos para que Crevel suelte unos resuellos de caballo y exclamaciones vagas. Después empieza a contar una historia truculenta en un tono forzado y declamatorio. Una mujer ha ahogado a su marido, pero él se lo había

pedido. “¡Ah! ¡Las ranas! Pobre mujer, pobre loca. Locaaaaaa. [...]” Acentos dolorosos, crueles. Salvajismo en las imágenes más claras. Alguna obscenidad también. [...] No hay nada equiparable a ese horror.»[13]

En 1924, las intervenciones constantes del empecinado Breton (a veces innegablemente inspiradas), sus escritos provocadores (que ya incluían dos obras en prosa publicadas) y la atracción que ejercía el severo personaje intelectual que se había fabricado lo habían convertido en una presencia real en la escena cultural parisina. A los veintiocho años, parecía haber logrado su ambición de ser el líder de un movimiento artístico. No había conseguido convencer al dadaísmo para sus propósitos, pero procedió a crear su propio movimiento y en 1924 publicó el primer *Manifiesto surrealista*, un documento verdaderamente extraordinario en el que resumía su experiencia de juventud como buscador de grandes verdades y, posiblemente, de gestos aún más grandes.

En su *Manifiesto*, Breton despotricaba contra el realismo, no tanto en cuanto estilo, sino como actitud vital: «Lo detesto porque está hecho de mediocridad, de odio y aburrido engreimiento. [...] No cesa de alimentarse y de tomar fuerzas de los periódicos, y anquilosa la vida y el arte [...] adulando el más bajo de los gustos: la claridad rayana en la estupidez, una vida de perro.» Para Breton, el mundo banal y mortal de la vigilia y la racionalidad tenía que fundirse con la realidad de los sueños «en una especie de realidad absoluta, una *surrealidad*, si se la puede llamar así». Para los cortos de entendederas, los que necesitaban una definición de diccionario, Breton propuso ésta:

> SURREALISMO **n. masc.** Automatismo psíquico puro mediante el que se intenta expresar –verbalmente, por escrito o de cualquier otro modo– el funcionamiento real del pensamiento. Es un dictado del pensamiento, sin la intervención reguladora de la razón, ajeno a toda preocupación estética o moral.[14]

El surrealismo de Breton fue fruto del rechazo; rechazaba a sus antiguos amigos, la realidad burguesa, el realismo artístico y la despreocupada anarquía del dadaísmo. Para él, el mundo necesitaba un movimiento disciplinado, un ataque colectivo a la cultura burguesa con la finalidad de subvertirla y, por último, derribarla.

Con su tono autoritario y su aparente explicación de los motivos ocultos

detrás de una moda artística que ya había atraído mucha publicidad, el *Manifiesto* fue un éxito considerable en la medida en que logró lo más importante, a saber, captar la atención del público. Mientras proliferaban las refutaciones, las discusiones y las polémicas, la estatua de Breton como «papa del surrealismo» llegó a ser intocable. El joven de los alrededores de París aún no tenía treinta años, pero ya había inventado un movimiento que él mismo iba a encabezar, y se convirtió en un personaje público. Interpretando su nuevo papel con celo jacobino, sancionó todas las afrentas a su indiscutida autoridad expulsando del redil surrealista –y de su vida– a todos los disidentes.

A los miembros de su grupo les exigía disciplina y acatar las directrices ideológicas del partido, y llegó incluso a prohibir a otros surrealistas que publicaran en revistas que no fueran *La Révolution surréaliste*, que él mismo controlaba. Mientras la Italia de Mussolini se convertía en un Estado fascista, en París el papa del surrealismo empezó a parecerse a una versión poética y en miniatura del Duce, y a él tampoco le avergonzaba reconocerlo. A principios de 1925 publicó un artículo titulado «Por qué me hago cargo de la dirección de *La Révolution surréaliste»* y –después de haber despedido al director– se refería a algo más que a la revista.

Lo que había comenzado como airada protesta de un grupo de jóvenes, muchos de ellos ex soldados, contra la sociedad de sus padres y la racionalidad que había hecho posible la carnicería de 1914-1918, a esas alturas ya florecía en una nueva clase de arte, parte del cual –no todo– se agrupaba en torno a Breton. Fue especialmente en París y sus alrededores donde los surrealistas y otros artistas con ideas estéticas afines, pero nada adeptos a las discusiones ideológicas, crearon obras que descubrieron un lenguaje visual apto para plasmar estados y procesos psíquicos semiconscientes. Entre ellos cabe citar a Francis Picabia (que una vez fue anfitrión *malgré soi* de Tristan Tzara) y el alemán Max Ernst, que se había instalado en casa de un amigo íntimo de Breton, el poeta Paul Éluard, que compartió con Ernst tanto su espaciosa casa como a su mujer, la irresistible Gala, inmigrante rusa que luego se casó con Salvador Dalí, en aquellos días estudiante de bellas artes en Madrid.

Mientras poetas y pintores llevaban a cabo osados experimentos vitales (en el Círculo de Bloomsbury londinense se pueden encontrar constelaciones emocionales y conyugales similares en torno a la figura de

Virginia Woolf), algunas de las obras surrealistas más innovadoras abrazaron no sólo la sensibilidad de la nueva época, sino también su técnica, un hecho que no podía más que desconcertar a Breton, pues el líder del movimiento sospechaba, y mucho, de los aspectos de la producción surrealista que él no era capaz de controlar y rechazaba todo lo que significara «adular al *establishment*», aceptando dinero a cambio de arte, exponer u organizar representaciones en locales para profesionales o contar con un presupuesto para su trabajo.

Una de las producciones que hizo montar en cólera al maestro fue, en 1924, una colaboración entre Picabia, el compositor Erik Satie, autor de la etérea *Gymnopédie* y el Ballet Real de Suecia. Satie había compuesto la música para una nueva coreografía y Picabia diseñó los decorados. Para el intermedio, Picabia y el cineasta René Clair rodaron una breve película apropiadamente titulada *Entr'acte*, un *tableau* maravilloso e imaginativo de imágenes y escenas para las que emplearon efectos visuales nuevos y turbadores. En una de las secuencias más deslumbrantes y recurrentes, se ve –desde abajo, a través de un suelo de cristal– a una bailarina en acción. En la segunda parte del filme, el cortejo fúnebre de un cazador muerto a tiros por otro cazador en las azoteas de París. Un camello tira de la carroza, y el cortejo sigue al ataúd saltando en bloque. Al final, la carroza fúnebre se pone en marcha sola y va cobrando velocidad, obligando a todos a lanzarse a una persecución frenética por la campiña francesa.

Entr'acte era una obra amena y provocadora que aprovechó las posibilidades técnicas y artísticas del cine. Otro cortometraje que se vio por primera vez ese mismo año, y dedicado a la danza, ofreció una dimensión distinta de la destreza artística. *Ballet mécanique* se rodó con guión del pintor Fernand Léger, bastante mayor que los agitadores surrealistas que tanto llamaban la atención en esos días. Antes de la guerra, Léger había sido un cubista cuyas obras eran menos atormentadas y premonitorias que las de sus colegas; su uso de colores brillantes y formas gráciles evocaban más a Kandinski que a Picasso. Después de pasar tres años en el frente y sobrevivir de milagro a un ataque con gas, el optimismo desapareció de su pintura.

Sueños y traumas: el pintor francés Fernand Léger dramatizó sus vivencias de la guerra en la película experimental Ballet mécanique, *1924*.
© Bildrecht, Viena, 2014

Ballet mécanique es una obra de arte surrealista, una película abstracta cuyo uso de las formas, los movimientos y los ritmos, delicadamente orquestados, da coherencia y desarrollo dramático a la sucesión de imágenes extrañas, efectos caleidoscópicos, sobreimposiciones y cortes rápidos, acompañados por una partitura delirante, famosa por derecho propio y compuesta por Georges Antheil para dieciséis pianos, percusión y sirenas. No obstante, la auténtica fuerza de ese paisaje onírico de dieciséis minutos de duración reside en su exploración de experiencias e impresiones que Léger llevaba consigo desde su regreso de las trincheras.

El filme empieza, de una manera en apariencia bastante inocente, con imágenes de una mujer que se columpia como una niña pequeña. No obstante, muy pronto el movimiento del columpio se vuelve insistente, filmado desde ángulos poco habituales y contrastado con las oscilaciones mecánicas de un péndulo y de imágenes de partes de máquinas en funcionamiento, todo distorsionado y multiplicado por la cámara. Aparecen los labios y los ojos de la mujer, y una cabeza de hombre que estaba oculta,

imágenes constantemente interrumpidas e intercaladas con el movimiento imparable del columpio y la fuerza de fotogramas inspirados por la técnica. Vemos las piernas de soldados que marchan, gente en un carrusel acelerado y coches que parecen lanzarse contra la cámara. El conjunto crea una sensación de dislocación, de claustrofobia y de movimiento incesante que casi penetra en la cabeza del espectador. Los labios de la mujer, los ojos, muy maquillados, y la sucesión ininterrumpida de imágenes tienen una dimensión innegablemente sexual, pero también ejemplifican vívidamente la sensación, muy generalizada en aquellos días, de cuerpos humanos que se convierten en partes de máquinas y acaban devorados y esclavizados por la técnica.

A medida que se aceleran los cortes, se oye, casi obsesivamente diseccionada, desmembrada y repetida, la frase *On a volé un collier de perles de 5 millions* («Han robado un collar de perlas de 5 millones») y el significado de las palabras se desintegra y queda reducido a las letras, como en la percepción fragmentada de un paciente traumatizado. Otra mujer, una vampiresa, sonríe seductoramente a la cámara, pero termina atomizada en varias facetas cubistas. En su conjunto, la película escenifica un mundo sin significado, hecho añicos, fracturado (en otra secuencia se ven piernas de maniquís, extrañamente parecidas a las prótesis tan comunes después de la guerra), una percepción alterada y distorsionada por una mente traumatizada que ve máscaras allí donde hay rostros, formas absurdas en las palabras, formas inquietantes y amenazadoras en las escenas cotidianas, mutilación en la belleza y obuses en la forma de las botellas.

La obra de Léger, más que un ballet mecánico, era una pesadilla maquinal de desintegración mental, una dramatización visual sin precedentes de paisajes mentales fragmentados. A pesar de que su creador no formaba oficialmente parte del movimiento surrealista, empleó las mismas técnicas y el mismo vocabulario artístico para crear una de las obras más incisivas de la época, desde el punto de vista tanto psicológico como poético.

La Internacional Surrealista

A Breton le irritaban esas obras que escapaban a su estricto control, y las

consideraba oportunidades desperdiciadas que sólo buscaban publicidad, pero él ya había entrado en su siguiente fase. Molesto por la euforia anárquica de dadá, insatisfecho con las disputas estéticas y personales que proliferaban dentro del redil surrealista, y exasperado por lo que consideraba confusión ideológica de sus colegas artistas, decidió cambiar de rumbo. Si, como pensaba, el surrealismo tenía verdadera capacidad para subvertir y finalmente abolir los valores de una sociedad deteriorada y para sustituirlos por algo nuevo, entonces sólo había un camino posible: la acción política. «De entre todos los sistemas organizados, únicamente el comunismo permite alcanzar la mayor transformación social», escribió en 1925. «Bueno o mediocre en sí mismo, defendible o no desde el punto de vista moral, ¿cómo podemos olvidar su papel de instrumento apto para derribar los antiguos edificios?»[15]

Y Breton empezó a dedicarse en cuerpo y alma a la política. Firmó peticiones, redactó las suyas, escribió un artículo tras otro, declaró su solidaridad para con los sufridos campesinos de Besarabia y los obreros de Hungría y con todos los oprimidos del mundo, discutió sobre el final de la burguesía en la terraza del Café de Flore, leyó a Marx y a Hegel, redactó proclamas en favor de la clase trabajadora y escribió refutaciones, aclaraciones doctrinales y eslóganes revolucionarios. Algunos de sus amigos artistas se interesaron por ese giro hacia la política; otros, en cambio, aunque aburridos e incluso horrorizados, no quisieron (o no osaron) provocar la temida ira del hombre que, prácticamente solo, había puesto el surrealismo en el mapa cultural del momento.

Como siempre, el propio Breton estaba dividido entre sus súbitos y abrumadores caprichos con determinadas ideas y personas y el inevitable desencanto posterior: «Estoy increíblemente cansado, fatigado moralmente [...]. Ya porque las tendencias que he tenido que adoptar recientemente para mí mismo chocan demasiado con mis anteriores tendencias, o porque al intentar vencer las resistencias de otras personas he vencido momentáneamente las mías.»[16]

La irreverencia y la despreocupación ideológica de sus amigos hacían totalmente imposible llevar a cabo un trabajo disciplinado. No obstante, tampoco los comunistas oficiales hacían nada para simplificarle la vida. Durante tres años, Breton vaciló, buscó contactos, declaró su lealtad e intentó distanciarse. Por último, en 1927, decidió solicitar la afiliación al

Partido Comunista francés, con la intención de trabajar desde dentro por la revolución internacional. Como famoso intelectual de izquierda, deseaba participar activamente, tomar parte en las discusiones al más alto nivel y que lo reconocieran como una de las mentes más lúcidas de la revolución. Breton creía que su táctica, el surrealismo, podía contribuir a derribar la fortificación de la burguesía tanto como cualquier huelga general o todo un ejército de campesinos armados.

Con todo, el partido siguió actuando con frialdad. La plana mayor desconfiaba de los juegos alocados de esos jóvenes de clase media que se negaban a trabajar y se dedicaban a la poesía, el hipnotismo y a montar extrañas representaciones públicas. No era ésa la clase de revolución que ellos querían. Cuando Breton finalmente consiguió el carnet del partido, tras largas series de entrevistas con los funcionarios, que, según se dice, cabe calificar de casi hostiles, no lo invitaron a formar parte de la secretaría general como secretario de cultura y lo asignaron a una célula de trabajadores en una fábrica de gas.

«C'est la vie»

En París, mientras André Breton sucumbía a la tentación totalitaria, la fama de las obras surrealistas y dadaístas crecía. Alemania tenía grupos dadaístas muy activos y rebeldes desde antes de la guerra; Zúrich había sido un santuario para los artistas experimentales y los revolucionarios sociales, y el movimiento también era popular en Bélgica, en obras impresas, representaciones públicas y poesía. No obstante, si bien este paisaje de vanguardia era vibrante y variado en la Europa continental, dadá y el surrealismo, por sorprendente que pueda parecer, tuvieron poca resonancia en el mundo anglosajón, particularmente en los Estados Unidos.

Marcel Duchamp, un artista solitario, nada amigo de grupos ni de manifiestos artísticos dogmáticos, se había instalado en Nueva York antes de la guerra, y había tenido un éxito enorme y polémico con *Desnudo bajando una escalera*, una imagen dinámica que captaba una secuencia de movimientos en un solo lienzo. La obra se había expuesto en el ahora legendario Armory Show de 1913 en Nueva York, donde lo compraron, el último día de la exposición, Walter y Louise Arenberg, un matrimonio

acaudalado y excéntrico cuya colección ya se centraba en las obras de vanguardia mucho antes de que se pusieran de moda en los Estados Unidos. La casa de los Arensberg, en el Upper West Side de Nueva York, se convirtió en punto de encuentro de muchos artistas e intelectuales interesados en las nuevas tendencias; entre ellos estuvieron Duchamp y, después de la guerra, también Francis Picabia, el polémico fotógrafo y novelista Carl van Vechten, el compositor Edgar Varèse, el escritor William Carlos Williams y el fotógrafo Charles Demuth.

La pintura dinámica del futurismo y las perspectivas fragmentadas del cubismo habían sido elementos claves de la estética de Duchamp, pero sólo fueron una fase para el artista, que luego inventó su propio estilo con obras fundamentales como *Fuente* (1917), un orinal firmado por él y expuesto en una galería, y su críptica obra de arte *La mariée mise à nu par ses célibataires (El gran vidrio*, 1915-1923), a la que dedicó varios años de su carrera. Nunca satisfecho, siempre inquieto, demasiado para instalarse en una rutina, y horrorizado por la idea de acabar absorbido por un movimiento, fuera cual fuese, Duchamp se reinventó travistiéndose como Rrose Sélavy, un seudónimo que puede leerse como *«Eros, c'est la vie»* (Eros es vida) o *«arrosser la vie»* (brindar por la vida); poco después abandonó toda actividad artística para dedicar su inagotable energía subversiva al ajedrez y a componer problemas de ajedrez.

Aunque no formaba parte del séquito de Breton, Duchamp funcionó como conexión directa entre París y Nueva York, igual que el norteamericano Man Ray, que había fotografiado varias veces a Rrose Sélavy y no tardó en formar parte del núcleo duro del grupo surrealista parisino. Nacido Emmanuel Radnitzky e hijo de inmigrantes judíos rusos, Ray se instaló en París en 1921; allí se enamoró de Kiki de Montparnasse, una de las emblemáticas protagonistas femeninas de un surrealismo casi exclusivamente masculino (y, por cierto, con actitudes increíblemente arcaicas respecto del sexo y la mujer).

Kiki, cuyo verdadero nombre era Alice Prin, se había criado en un ambiente de pobreza extrema y había empezado a trabajar en fábricas cuando sólo tenía doce años. Los artistas de Montparnasse, que frecuentaban los mismos cafés baratos que ella, no tardaron en descubrir a esa joven con aspecto de muchacho, con su belleza de muñeca, pues Kiki posó para, entre otros, Chaim Soutine, Amedeo Modigliani, Francis Picabia

y Fernand Léger, que también le ofreció el papel de la seductora de su corto *Ballet mécanique*. Kiki no estaba dispuesta a permitir que la pobreza destruyera su espíritu de independencia ni le quitara las ganas de divertirse. Man Ray y ella se hicieron amantes, y el fotógrafo la utilizó como modelo para cientos de retratos, entre ellos, imágenes tan icónicas como *El violín de Ingres* (el famoso desnudo visto por detrás con las muescas de un violonchelo sobreimpuestas) y *Negro y blanco*, en la que Kiki, muy maquillada, parece absorta contemplando una pequeña máscara africana.

Durante los veinte años que vivió en París, Man Ray conoció y fotografió a toda la vanguardia artística e intelectual, de André Breton a Gertrude Stein. La capital francesa le ofreció un entorno en que se lo comprendía y apreciaba. En los Estados Unidos, donde había nacido, el interés por esa clase de arte era aún muy débil, y sólo la llegada del nazismo permitió la entrada masiva en Nueva York de artistas surrealistas como Picabia, Breton, Ernst y el joven Dalí, que crearon una masa crítica que inspiraría e influiría en toda una generación de artistas norteamericanos más jóvenes.

«En el arte no se progresa, igual que no se progresa en hacer el amor. Sencillamente hay distintas maneras de hacerlo», escribió Man Ray en 1948, una afirmación que, curiosamente, salva la brecha entre los artistas a ambos lados del Atlántico. Para muchos de ellos, el arte era un acto de amor, instintivo, expresión de una relación erótica con el presente. Los surrealistas y los dadaístas en Europa, nutriéndose del cubismo, de Freud y del abandono destructivo del futurismo, habían encontrado una manera de dar voz al sentimiento de su generación, a la rabia y el desencanto con unos valores que no habían sido capaces de impedir que se derrumbara el mundo que los rodeaba.

La guerra estaba presente en la obra de los surrealistas, pero principalmente como actitud de fondo, como desencanto con todos los valores de la sociedad burguesa, su moral, su racionalidad, su noción de verdad objetiva y sus ideas de belleza. En Alemania, la experiencia bélica se utilizó de un modo más directo, si bien alimentada por una ira similar. Para expresar su ira, los pintores George Grosz y Otto Dix empezaron empleando los rostros devastados y los cuerpos amputados de los veteranos. Los dos habían combatido en el frente, de donde habían regresado traumatizados.

Dix se zambulló en un proceso catártico cuando empezó a trabajar en una

serie de grabados y en un gran tríptico, titulados ambos *La guerra*. Como inspiración inmediata empleó dibujos que había hecho en el frente, y también su diario de guerra, una crónica del brutal despertar y de la desilusión de un joven que había ido a la guerra en busca de aventuras. En una entrada de finales de 1914 se lee: «En el pasado, las guerras eran por motivos religiosos; hoy, por el comercio y la industria (dinero) – un paso atrás.»[17] Ya no quedaba nada en que creer; lo único que quedaba era la codicia. En otra nota: «Jeremías 20:14», un versículo de la Biblia que reza: «Maldito el día en que nací; no sea bendito el día en que mi madre me dio a luz.»

Fue sobre todo en sus grabados donde Dix construyó un panorama apabullante del conflicto tal como lo vivieron los soldados. Cadáveres, miembros dislocados, cráneos que sonríen y esqueletos uniformados son el telón de fondo de la monótona rutina de los vivos; a uno de ellos se lo ve devorando su ración junto a un compañero muerto. El paisaje no es más que una expansión de fango pútrido salpicada de cráteres. Los soldados, con el rostro distorsionado por la angustia, intentan distraerse con las putas del lugar. Una madre desconsolada pretende dar de mamar al cadáver de su pequeño. Las caras de los combatientes se convierten en insectos monstruosos, idénticos todos, detrás de la máscara antigás, o se transforman en caretas grotescas acribilladas por la metralla.

Dix tardó seis años en encontrar el lenguaje gráfico que finalmente le permitió contar su historia. El blanco y negro de los grabados intensifica la desolación de lo narrado y confiere más profundidad a esa abrumadora oscuridad. No obstante, para encontrar la técnica adecuada, Dix dejó de lado las nuevas formas de expresión y escogió estilos y maneras de trabajar las planchas usando, alternativamente, líneas delgadas y libres y aguadas ácidas que evocaban a los dos grandes maestros del grabado: Rembrandt, con su sutil exploración de la oscuridad y la luz y la libertad de sus líneas, y Francisco de Goya, cuyo ciclo *Los horrores de la guerra* le sirvió de inspiración directa en muchos aspectos. Dix no fue el único artista que se volvió hacia los maestros del pasado en busca de un lenguaje adecuado para capturar una experiencia que inicialmente superaba todos los límites de expresión. Un regreso similar se observó también en un gran número de artistas, desde Picasso hasta Léger.

El estilo de vida americano

En muchos aspectos, la táctica de la guerrilla surrealista y los estallidos de ira expresionistas eran menos interesantes para los artistas norteamericanos porque trataban una serie de cuestiones muy ajenas a sus preocupaciones. El impacto de la guerra inmediata estaba menos presente en la boyante economía de principios de la década de 1920, pues los Estados Unidos tenían entonces una próspera sociedad de inmigrantes donde la mejora del nivel de vida parecía ilimitada. Allí, una generación crítica de artistas e intelectuales se enfrentaba a otros desafíos.

Quien conectaba a los artistas a ambos lados del Atlántico era Sigmund Freud, el ídolo de Breton, cuyas enseñanzas, además de haber sido la influencia principal para el surrealismo en lo tocante a la creatividad del subconsciente y su liberación de la represión burguesa, también fueron recibidas y debatidas con entusiasmo por los intelectuales de la Costa Este, ávidos de un nuevo vocabulario que les permitiese comprender los vertiginosos cambios que estaba experimentando la sociedad.

Freud había aceptado una invitación para dar una conferencia en Clark University en 1909, y a pesar de que al padre del psicoanálisis no le interesaba demasiado la cultura norteamericana, sus teorías fueron acogidas con auténtico entusiasmo. Inspiró a médicos y educadores, a pensadores sociales y a los gurús de la autoayuda. En 1924, Samuel Goldwyn, el legendario productor cinematográfico, hizo el largo y arduo viaje hasta Viena para convencer a Freud de que escribiera el guión de una película que debía ser una grandiosa historia de amor, y endulzó la propuesta ofreciéndole 100.000 dólares. Freud no aceptó. No le gustaban los Estados Unidos, detestaba que lo llamaran «Sigmund» en lugar de «Herr Professor» y se sintió humillado por la oferta.

Pese a esa aversión del maestro, sus enseñanzas se prestaban maravillosamente a sustentar el evangelio de la mejora individual, e incluso de la transformación personal, que por primera vez aprovecharon también los profesionales de la publicidad, que estudiaban a su objetivo, los consumidores, no sólo desde un punto de vista social, sino también psicológico. «El auge de las revistas populares y publicitarias a escala nacional [...] se concentra cada vez más en un tipo de ejemplar que apunta a inquietar emocionalmente al lector, a presionarlo insistiendo en que la gente

decente no vive como *él»*, fue la conclusión de un influyente estudio de 1929 sobre la vida en las ciudades.[18]

Estimulados y a la vez sintiendo repulsión por esa presión comercial, artistas y escritores trataron de comprender la relación entre los individuos y la sociedad en una época cada vez más dominada por la producción en serie, los medios de comunicación de masas, la publicidad, el consumo omnipresente y la conveniencia. Cuando la economía repuntó tras los movidos años que siguieron directamente a la guerra, esos cambios se aceleraron y plantearon cuestiones fundamentales para los artistas y su producción. ¿Cómo enfrentarse a ese nuevo mundo? ¿Debían acogerlo con los brazos abiertos o apartarse de él en favor de una estética más individual, más tradicional y más agradable y cercana a las convenciones?

El psicoanálisis ofrecía un marco para plantear esas cuestiones porque contenía no sólo una idea de transformación personal, sino también una crítica de las convenciones sociales. Si la sociedad exigía reprimir los impulsos sexuales, y si por ello la gente se sentía anquilosada e infeliz, entonces los norteamericanos tenían que desarrollar una nueva relación con su cuerpo y con su vida emocional y rechazar el frenesí de la sociedad comercializada que les exigía ese sacrificio. «Algo los oprimía», escribió el novelista Malcolm Cowley. «Era la estupidez de la multitud, la prisa, la velocidad; era la producción en serie, el conformismo de Babbitt, Nuestra Civilización Empresarial; o quizá era la Máquina, desarrollada para satisfacer las necesidades de los hombres, pero que ahora controlaba esas necesidades y nos imponía sus productos estandarizados mediante una publicidad y una vulgaridad omnipresentes.»[19]

Columnas de humo de azafrán

Un antídoto contra ese aburrimiento lo ofrecía el esplendor del arte. Pintores como Joseph Stella se dedicaron a explorar y enseñar la belleza mágica y onírica de los cuerpos humanos liberados de las constricciones sociales, como en *El nacimiento de Venus*, una obra desbordante de color y con un desnudo curiosamente recatado y estilizado. Otros pintores se aventuraron por el mismo camino concentrándose en retratos, en la

desnudez heroica, en paisajes espléndidos o en la intimidad de la naturaleza muerta.

Así y todo, el rechazo de la modernidad parecía impotente y profundamente inadecuado frente al despertar de una gran civilización y de una nueva, aunque ambigua, forma de vida. Al escribir sobre una exposición de pintura moderna, el crítico de arte James N. Rosenberg comentó:

> Tengo la impresión de que el arte norteamericano no se atreve a tomar contacto con la vida de este país. [...] ¿Y no tiene nada para el arte la vida gigantesca del capitalismo, de la máquina que se ha convertido en un Frankenstein? Grandes hornos con columnas de humo de azafrán; hombres desnudos que sudan en la forja: turbinas, motores, locomotoras, electricidad, saltos de agua, barcos en el muelles, estibadores, fábricas donde se explota a los obreros, cabarets, teatros de revista abiertos a medianoche, altos edificios perdidos entre el vapor, multitudes en las calles de la ciudad; elevadores de grano, astilleros, buques de guerra... ¿Y no tiene nada para el arte? Pero el pintor norteamericano da la espalda a esa clase de material, se refugia en Woodstock o en Gloucester y se entierra en Cézanne.[20]

Una artista especialmente sensible a la contradicción inherente al arte americano fue Georgia O'Keeffe. Nacida en 1887 en el seno de una familia de agricultores, se ganaba a duras penas el sustento como maestra, y podría no haber empezado a vivir y trabajar como artista si una amiga suya, la fotógrafa Anita Pollitzer, no hubiese enviado en secreto sus dibujos a Nueva York, concretamente a Alfred Stieglitz, que llevaba una galería para artistas modernos con el sencillo nombre 291. Stieglitz, uno de los fotógrafos más influyentes del siglo XX, se quedó impresionado por las composiciones abstractas que recibió, y en 1916 las incluyó en una exposición sin consultar con O'Keeffe. Cuando la pintora lo supo, su primera reacción fue de desconcierto, pero al final dio su consentimiento e incluso expuso su obra en solitario en la misma galería el año siguiente. En 1918, O'Keeffe se mudó a Nueva York, donde se dedicó en exclusiva a la pintura. Stieglitz pronto fue más que su marchante y representante, y ambos iniciaron una relación íntima que duraría hasta el final de sus días. Se casaron en 1924, después de que Stieglitz se divorciara de su esposa.

Cuando llegó a Nueva York, O'Keeffe ya había pintado básicamente lienzos con motivos florales y composiciones abstractas que formaban una obra profundamente introspectiva; pero en Nueva York descubrió los

estímulos y el lado dramático de la ciudad moderna, y a mediados de 1920 comenzó a introducir en sus cuadros las enormes formas geométricas de los rascacielos, la geometría cautivadora del puente de Brooklyn o la luz del sol que se reflejaba en los cristales de las altas ventanas de los edificios neoyorquinos.

Otro pintor, Edward Hopper, más que en la belleza intrínseca de la vida urbana, se centró en su potencial distópico. Sus cuadros son instantáneas imaginarias de momentos cotidianos: la soledad que se puede sentir aun viviendo en una ciudad de millones de habitantes, pequeñas tragedias humanas bajo la cruda luz de establecimientos comerciales o en la penumbra de una habitación privada.

Como O'Keeffe y Hopper, muchos artistas experimentaron y debatieron sobre si el arte tradicional podía conquistar la gran ciudad como tema, o si ese arte era un medio adecuado para tratarlo. Era una cuestión urgente, porque el soberbio paisaje de torres de hormigón y ladrillo, con sus trenes y sus calles a rebosar de coches y peatones, sus vallas publicitarias y rótulos luminosos, cambiaron no sólo el rostro tradicional de la vida urbana, sino también el alcance de la experiencia humana, como señaló el crítico Edmund Wilson con una referencia maliciosa a los placeres de los bares clandestinos: «¿Acaso no logramos, entre la oficina y el club nocturno, en la emoción de ganar y gastar, y ligeramente intoxicados por el consumo de alcohol de mala calidad, experimentar sensaciones que la humanidad desconocía hasta ahora? ¿No podemos, bajo esta presión y en colisión constante, estar orgullosos, al menos, de captar destellos de nuevas resonancias y colores?»[21]

Esas sensaciones nuevas, el drama cotidiano de luces y sombras, las abstracciones de la forma, los estímulos que provocaban el volumen y el tamaño, y los rostros de los millones de personas que habitaban ese nuevo mundo se ofrecían para un medio que era, en sí, fruto del progreso imparable de la técnica. La fotografía era a la pintura lo que el jazz a la música clásica, un lenguaje contemporáneo nacido de las realidades sociales y técnicas de una nueva época. Un medio aparentemente tan directo como la fotografía permitía un complejo juego con las expectativas: un rostro en medio de una multitud podía brillar con la inmediatez y la universalidad de la condición humana, mientras que un cambio de perspectiva o un truco técnico convertía en extraño lo familiar y obligaba al

público a mirar su mundo con otros ojos. Eran realidades y posibilidades desconocidas reveladas por artistas que trabajaban entre el reportaje realista y la abstracción. Los rostros se convirtieron en iconos; los espacios urbanos en fascinantes vórtices geométricos de luces y sombras. Alfred Stieglitz, Charles Demuth, Edward Weston, Imogen Cunningham y Walker Evans destacaron entre los creadores del nuevo rostro de los Estados Unidos y adoptaron una postura estética novedosa ante un mundo que era nuevo en todos los sentidos de la palabra, aun cuando los dramas y las comedias que se representaban en ese grandioso escenario eran antiguos como la propia humanidad. Era, en palabras de Lewis Mumford, «un estilo arquitectónico desnudo, atlético, clásico [...] todo lo bueno de la Edad de la Máquina: su precisión, su limpieza, su luz dura, su lógica a toda prueba».[22]

De las ilustraciones de la prensa diaria a las obras de arte de las galerías, la fotografía comenzó a cambiar la manera de mirar el mundo y a manipular el interés del público, pero también hizo posibles otros descubrimientos. Los científicos habían usado la fotografía desde sus inicios; ahora, la documentación sistemática de los cielos nocturnos estaba a punto de revelar nuevos secretos.

1925: EL JUICIO DEL MONO

Si gana la evolución, el cristianismo desaparece.

WILLIAM JENNINGS BRYAN, 1925

John T. Scopes fue el dudoso héroe de un espectáculo en toda regla al que acabó llamándose el juicio del siglo. Granjero texano de veinticuatro años, apuesto y nada presumido, profesor de instituto de enseñanza media y entrenador de fútbol muy popular en su ciudad, compareció en la sala del tribunal y no dijo una palabra salvo cuando se dirigían a él; pero, en el fondo, la cosa no iba con Scopes, pues el juicio fue un choque de titanes y de principios, un enfrentamiento espectacular entre dos visiones de la sociedad, orquestado en el verano de 1925 en la pequeña ciudad de Dayton, en el Tennessee rural, ante las miradas ansiosas de más de doscientos periodistas.

En efecto, la falta por la que se acusaba al joven profesor la había inventado un puñado de ciudadanos locales mientras tomaban unos refrescos. Apenas unas semanas antes, en el *drugstore* Robinson, habían conversado sobre un artículo aparecido en el *Chattanooga Times*, en el que se informaba de que la American Civil Liberties Union (ACLU), con sede en Nueva York y fundada sólo cinco años antes, buscaba una manera de desafiar la constitucionalidad de una ley estatal de Tennessee recientemente aprobada y por la que se prohibía la enseñanza de la teoría de la evolución en todas las escuelas públicas. Los hombres reunidos en el Robinson decidieron que podían aportar un precedente que serviría a los propósitos de la ACLU y, de paso, dar publicidad –y oportunidades comerciales– a su desconocida ciudad del condado de Rhea. Uno de los cabecillas de los «conspiradores del *drugstore*», como llegaron a llamarlos, era un fiscal

estatal de la localidad llamado Sue H. Hicks; el otro, George Rappleyea, ingeniero metalúrgico, era oriundo de Nueva York.

Así pues, los conspiradores mandaron a buscar al profesor de ciencias John Scopes, amigo de Hicks, que se presentó en el lugar después de jugar un partido de tenis con uno de sus alumnos. Aunque personalmente no le interesaba mucho el fondo de la discusión, aceptó –acusado por el propio Hicks– ser el chivo expiatorio en un caso que sentaría jurisprudencia. «Yo sólo enseñaba para ganar dinero y poder volver a estudiar», dijo Scopes más tarde. «Me di cuenta de que se trataba de un asunto muy importante. [...] No sé si soy cristiano. Creo, sí, en las enseñanzas éticas de Jesús, y creo que existe un Dios. [...] Pero toda la biología y la mayoría de las demás ciencias son, esencialmente, la historia de la evolución de la materia y de la vida. Me habían contratado para enseñar ciencias, y eso fue lo que hice. [...] Muchos de los hombres que daban ciencias eran casados, tenían sus compromisos y no podían arriesgarse. Y decidí mojarme yo.»[1]

Seguidamente se solicitó una orden judicial para arrestar a Scopes, que reconoció haber enseñado la teoría de la evolución en una clase de biología mientras ejercía la suplencia de otro profesor que se encontraba de baja médica; después lo pusieron en libertad condicional. A Hicks y Rappleyea les encantó tener la oportunidad de asestar un golpe a la libertad intelectual y de poner en el mapa a su oscuro condado. Había empezado uno de los juicios más extraños del siglo; en un reportaje satírico, H. L. Mencken, el famoso crítico de Baltimore, que se atrevió a denunciar a sus compatriotas de inclinaciones religiosas llamándolos «boobus americanus», lo llamó «el juicio del mono».

Como la Amenaza Roja y la Prohibición, la ley contraria a la enseñanza de la teoría de Darwin había sido consecuencia directa del clima represor y prescriptivo que imperó en los Estados Unidos después de la guerra. George Washington Butler, el patrocinador de la ley, agricultor y miembro de la Cámara de Representantes del estado de Tennessee, creía que la educación moderna alejaba a los jóvenes de las enseñanzas de la Biblia, y presentó una ley sucinta que iba directamente al grano:

> Sección 1. *La Asamblea General del estado de Tennessee* declarará ilegal que un profesor de las universidades, escuelas normales de maestros y todas las demás escuelas públicas del estado, financiadas en todo o en parte con los fondos públicos que el estado dedica a la educación, enseñe

cualquier teoría que niegue el relato de la Creación divina del hombre tal como se narra en la Biblia y en su lugar enseñe que el hombre desciende de una especie animal inferior.

Sección 2. *Asimismo, determinará* que cualquier profesor al que se declare culpable de violar la presente Ley, será condenado por comisión de una falta y multado con no menos de cien ($100,00) dólares y no más de quinientos ($500,00) por cada delito.

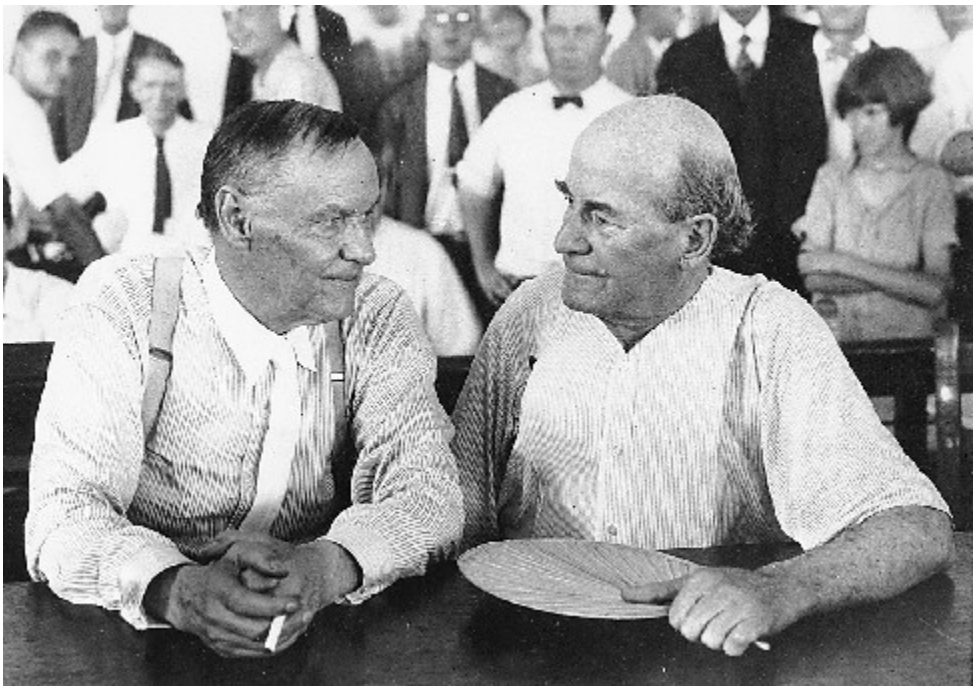
Sección 3. *Asimismo, establecerá* que la presente Ley entrará en vigor a partir de su aprobación, ya que así lo requiere el bienestar público.

Butler había redactado la ley después de oír un discurso de un hombre que más tarde sería uno de los protagonistas del juicio Scopes: William Jennings Bryan, prestigioso miembro del Partido Demócrata de Nebraska y ferviente cristiano evangélico. Bryan había dedicado los primeros años de la posguerra a recorrer los Estados Unidos pronunciando una media de doscientos discursos por año, denunciando las tendencias ateas de la sociedad moderna y, en particular, la enseñanza de la evolución, que, en su opinión, era directamente responsable no sólo de la plaga de comportamiento inmoral que entonces soportaba el país, sino también de la guerra misma. Según Bryan, los alemanes habían llevado al extremo las enseñanzas de Darwin para decidir que su riqueza y su influencia les daba derecho a gobernar el mundo: el poder otorgaba la razón.

Populista instintivo, muy bendecido con el don de la persuasión, Bryan había llegado a ser un prominente personaje público a escala nacional en 1896, cuando arremetió contra el patrón oro –que imperó durante todo el siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial– con espléndidas muestras de esa retórica de inspiración religiosa por la que tanto destacó. «No agobiarás la frente del trabajador con esta corona de espinas; no sacrificarás a la humanidad en una cruz de oro.» Gracias al discurso de la «Cruz de Oro», fue candidato a la presidencia en la primera de tres campañas que perdió una tras otra. No obstante, su talento de orador le sirvió para amasar una fortuna que en gran parte invirtió en el *boom* de la tierra en Florida.

Para Bryan, que en 1915 había sido secretario de Estado del presidente Woodrow Wilson, la guerra había puesto a prueba la fibra moral de los Estados Unidos, y las líneas de batalla no estaban en Flandes, sino en Washington, y discurrían entre los modernos, favorables a la intervención norteamericana en la guerra, y los conservadores, que querían impedir que

el país interviniera en un conflicto que, para ellos, era consecuencia directa de la impiedad y la decadencia europeas. La dimensión religiosa del razonamiento no afectaba sólo al darwinismo; hacía tiempo que los moderados e intelectuales religiosos norteamericanos habían adoptado un enfoque de la Biblia que ponía el acento en el estudio de la crítica textual, que había revelado que el texto sagrado estaba formado por diferentes capas y tradiciones, obra de distintos autores en varios momentos de la historia, una forma de erudición bíblica que se había iniciado en las universidades alemanas.



Enemigos íntimos: Clarence Darrow y William Jennings Bryan esperan inquietos en el juicio a Scopes.
Dominio público

Los conservadores cristianos se oponían rotundamente a lo que percibían como un debilitamiento del mensaje bíblico. En 1914, cuando estalló la guerra, desde las páginas de la revista evangélica *Our Hope* se exclamó: «La nueva teología ha conducido a Alemania a la barbarie, y conducirá a cualquier nación a la misma falta de moral.»[2] Algunos evangélicos milenaristas llegaron incluso a apoyar una postura estrictamente

aislacionista, alegando que la guerra europea era la consecuencia natural del secularismo y que, además, anunciaba la Segunda Venida de Cristo.

La Biblia y sus enemigos

Como otros cristianos conservadores, el secretario de Estado Bryan se había opuesto a la intervención norteamericana en Europa, y hasta tal punto que se jugó la carrera defendiendo ese punto de vista. «Mientras yo sea secretario de Estado no habrá guerra», declaró, y sólo pudo mantener su promesa presentando la dimisión cuando el presidente Wilson decretó la intervención. Así y todo, Bryan prosiguió su campaña antibélica en discursos, artículos y libros.

Mientras Europa se hundía en la crisis política y socioeconómica de la posguerra, Bryan consideraba que los disturbios sociales, las huelgas y los males de la economía, así como la Revolución Rusa, confirmaban su opinión, según la cual, sin religión, la humanidad se tambaleaba al borde del abismo. Llevado por la fuerza de sus convicciones inquebrantables, empleó, en discursos con títulos como «La amenaza del darwinismo» y «La Biblia y sus enemigos», su larga experiencia de orador para hacer campaña contra la enseñanza de la evolución e intentar apartar a los cristianos y a todos sus compatriotas de la ciencia en general.

La batalla entre la evolución y la teología se libraba desde 1859, año en que se publicó, en Londres, *El origen de las especies*, de Charles Darwin. Unos pugilistas con una formidable mentalidad científica se habían enfrentado al clero y otros creyentes indignados o angustiados con un aluvión de artículos, discursos y debates a ambos lados del Atlántico. Cabe citar especialmente al anatomista Thomas Huxley –«el Bulldog de Darwin»–, quien, en el marco de un debate que entabló en Oxford en 1860 con el obispo Samuel Wilberforce –hombre muy dado a responder con evasivas al que apodaban «Soapy Sam»–, afirmó que no se avergonzaba de descender de un mono, pero que sí le daría vergüenza estar emparentado con un hombre –Wilberforce, sin ir más lejos– que empleaba sus grandes dotes intelectuales sólo para ensombrecer la verdad. A falta de una prueba concluyente, el debate no fue más que una serie de oportunidades útiles que ambos aprovecharon para marcarse ocasionalmente un tanto, pero a medida

que los estudios de base científica fueron consolidándose en las décadas siguientes, los defensores de la verdad del relato bíblico de la Creación endurecieron aún más su postura y su determinación.

Terminada la guerra, las organizaciones protestantes de los Estados Unidos comenzaron a formar un frente unido, y sacaron a relucir parte de su armamento en una serie de volúmenes publicados por el Bible Institute de Los Ángeles, fundado en 1908 por Lyman Stewart, magnate californiano del petróleo. Los libros llevaban títulos como *The Fundamentals: A Testament to the Truth*, y en ellos los teólogos atacaban las lecturas críticas de la Biblia, incluida la científica, e insistían en la comprensión literal de las escrituras. En los noventa capítulos se dio incluso una base intelectual y un nombre oficial a este nuevo e influyente fenómeno: fundamentalismo cristiano.

No faltó quien recibiera el mensaje con los brazos abiertos. En los primeros años de la década, el predicador evangélico Billy Sunday, aprovechando su victoria en la campaña por la prohibición de las bebidas alcohólicas, atrajo a sus sermones a multitudes casi histéricas de cinco mil personas o más; Sunday se dedicó a condenar sistemáticamente la «vieja y despreciable teoría de la evolución», a mandar al infierno a todos los «modernos» y a afirmar, con la truculencia que lo caracterizaba, que de las manos de los profesores que enseñaban la evolución «chorreaba sangre inocente». Sus carnavalescas cruzadas llegaron a congregar hasta a doscientas mil personas, que marchaban y cantaban acompañadas por bandas e incluso por encapuchados del Ku Klux Klan.

En 1921, cuando el Consejo de Misiones Bautista del Estado de Kentucky aprobó una resolución en la que pedía una ley de ámbito estatal que prohibiera la enseñanza de la evolución en las escuelas, William Jennings Bryan se adueñó inmediatamente de la idea, con la esperanza de fundar un movimiento que arrasara los Estados Unidos. Tennessee, su estado, fundamentalmente rural, con una población devota, pobre y menos culta que la media de otros estados, parecía ofrecerle un punto de partida prometedor. En su opinión, no actuar conduciría al desastre: «Un sóviet científico está tratando de imponer lo que ha de enseñarse en nuestras escuelas.»[3] Con la Amenaza Roja de 1919-1921 aún fresca en la memoria de los norteamericanos, la referencia de Bryan a un «sóviet científico» bastó para despertar de su sueño a muchos religiosos y políticos.

En 1924, el creacionista George McCready Price, geólogo aficionado nacido en Canadá, calificó los hallazgos de restos de homínidos descubiertos en el valle de Neandertal (Alemania) de «vestigios degenerados que se han separado de la familia principal tanto étnica como geográficamente».[4] Otros, Bryan incluido, no tardaron en seguir su ejemplo. Ni el uno ni el otro permitían que sus rudimentos de ciencias naturales los detuvieran a la hora de ridiculizar todos los principios científicos que parecían entrar en conflicto con la fe cristiana. «Si en una gravera encuentran un diente perdido, celebran un cónclave y conciben una criatura que debe de ser tal cual era, en su opinión, la que poseía ese diente, y después hacen escarnio de Moisés», se mofó Bryan. «Hombres que no cruzarían la calle para salvar a un semejante han recorrido el mundo en busca de esqueletos.»[5]

Bryan en concreto no era hombre al que se pudiera disuadir con los molestos dictados de la lógica: reducidos a papel, sus discursos suenan más a peroratas furiosas, pero era un orador extraordinario con una voz de barítono imponente, y usó esas dotes para convencer a Butler de que la enseñanza del darwinismo –«el mono entra en el aula», decía él– era uno de los principales peligros morales que se cernían sobre Norteamérica. Butler, que sólo podía alardear de haber ido a la escuela primaria, fue presa fácil del enérgico orador y puso su influencia política al servicio de la campaña contra la enseñanza de la evolución. Cuando finalmente se aprobó la Ley Butler, muchos legisladores de Tennessee reconocieron que habían votado a favor no tanto por convicción, sino más bien porque temían que los calificaran de ateos. Pero los motivos ya no importaban; la aprobación de la ley fue una victoria para las fuerzas contrarias al pensamiento científico, en general, y para el fundamentalismo cristiano, en particular.

Llega el señor Darrow

El joven profesor de ciencias John Scopes sólo era un títere disponible en algo que, para la ACLU, fue apenas una batalla en el gran conflicto entre religión y ciencia –de hecho, una batalla por el alma americana–. Como había ocurrido con la Prohibición, las líneas se trazaban, por un lado, entre los fundamentalistas cristianos y, por el otro, los secularistas y creyentes

moderados. Era, en esencia, un enfrentamiento entre lo rural y lo urbano y entre los defensores de los derechos estatales y los partidarios de los derechos federales; y también, aunque de un modo simbólico, no estrictamente geográfico, entre el Sur y el Norte.

Con grandes principios constitucionales en juego, el juicio no podía ser solamente un acontecimiento local que tenía lugar lejos de los ojos del mundo en una ciudad perdida de Texas, y los pesos pesados no tardaron en llegar. La World Christian Fundamentals Association (WCFA), de reciente fundación, asignó a William Jennings Bryan el papel de fiscal, con la esperanza de que su potente oratoria convenciera a los miembros del jurado. Los dos abogados locales que en un principio se nombraron para la defensa de Scopes no tardaron en retirarse para ceder su lugar a un colega más prestigioso, Clarence Darrow, el letrado estrella de Chicago, un león de los tribunales, maestro de todos los trucos oratorios conocidos y, esta vez, quizá también el defensor más célebre de los Estados Unidos, que se había presentado voluntario en auxilio de Scopes.

Darrow tenía dos motivos para arrojar el sombrero al cuadrilátero. Si bien el caso sintonizaba con su agnosticismo personal y su conocida defensa de los derechos individuales, es posible que también se hiciera cargo de la defensa con la intención de limpiar su nombre, ambiguamente asociado al juicio penal más sensacional de la época, celebrado apenas un año antes, a saber, el caso contra Nathan Leopold y Richard A. Loeb, dos jóvenes de Chicago, cultos y de familias acomodadas, que habían asesinado brutalmente a un muchacho de catorce años de su barrio sencillamente para comprobar que eran capaces de cometer el crimen perfecto.

Leopold y Loeb confesaron, y Darrow los defendió en un juicio en el que ya no se cuestionaba su culpabilidad. La manera de actuar de los jóvenes asesinos *amateur* y una larga retahíla de pistas que condujeron directamente hacia ellos se esbozaron ya al comienzo de un juicio que mantuvo a los periódicos y sus lectores en vilo durante semanas. En su alegato, que duró doce horas, Darrow sostuvo que no cabía duda de que los acusados estaban mentalmente enfermos, y que, puesto que ninguno de los dos tenía aún veintiún años, eran demasiado jóvenes para que se los condenara a muerte. El juez estuvo de acuerdo con las palabras del elocuente defensor, lo que irritó, y no poco, a la prensa popular, que había pedido la ejecución. De resultas de ese juicio, Darrow, de sesenta y ocho años, se convirtió en un

nombre muy conocido a escala nacional, por lo que podía escoger los casos que le interesaban.

Otro motivo por el que no vaciló en ofrecer sus servicios fue la posibilidad de enfrentarse a Bryan, su antítesis política e ideológica. El padre de Darrow había sido un librepensador conocido localmente como el «agnóstico del pueblo», y el propio Darrow había pronunciado discursos virulentos contra la «moral esclava» del cristianismo. Como miembro de la junta de la ACLU (fundada en 1920 con el objetivo de defender los derechos individuales y la libertad de expresión), Darrow vio una gran oportunidad para su causa en la publicidad que generó el juicio de Dayton.

Al igual que los fundamentalistas cristianos, los activistas por los derechos civiles también se habían unido a causa de la guerra, y la ACLU fue la sucesora de una organización creada en 1917 para defender a los objetores de conciencia y los que se oponían a la guerra. Si Bryan y sus aliados pensaban que cada estado tenía derecho a dictar sus propias leyes, los defensores de las libertades civiles creían que prohibir la enseñanza de la evolución no sólo era una medida anticientífica y poco saludable desde el punto de vista educativo, sino también una violación radical de la libertad de cátedra. Para Darrow, la certeza absoluta de la propia rectitud y de la verdad de las creencias personales, dos productos de la fe, representaba un gran peligro. «El origen de lo que llamamos civilización no es la religión, sino el escepticismo. [...] El mundo moderno es hijo de la duda y de la indagación, igual que el mundo antiguo lo fue del miedo y de la fe.»[6]

No obstante, al principio la ACLU no vio con buenos ojos que Darrow aceptara el caso. Aunque no se oponían a él personalmente (el Comité Nacional estaba dispuesto a invitarlo a que se sumara a la causa), a sus miembros les molestó que no se les consultara al respecto. Asimismo, temían la publicidad negativa que el caso Leopold y Loeb había reportado a Darrow en el Sur del país.

El circo

Para la ciudad de Dayton, los preparativos del juicio fueron una mezcla de emergencia nacional y llegada del circo. Con decenas, por no decir cientos de periodistas esperados para cubrir las sesiones, fueron muchos los

daytonianos hospitalarios que ofrecieron su casa a los periodistas mientras durase el espectáculo, y a éstos les asombró lo que se encontraron al llegar. «Confieso que la ciudad me sorprendió mucho», escribió el polémico H. L. Mencken, que había ido a Dayton a informar sobre el juicio. «Esperaba encontrarme un miserable pueblo sureño, con negros dormitando sentados en los arrimaderos, cerdos hozando bajo las casas y los habitantes infestados de parásitos intestinales y malaria. Pero lo que encontré fue una ciudad rural encantadora, hermosa incluso.»[7] Asimismo, y con un arrepentimiento casi palpable, contó que los daytonianos no eran en absoluto unos paletos que vivían predicando la Biblia, sino personas cordiales e inteligentes que se daban perfecta cuenta de que, en lo que a ellas respectaba, lo más importante del juicio era la publicidad que daba a la ciudad.

Como era de esperar, el jurado acusó a Scopes tras determinar que había indicios suficientes para procesarlo, y la fecha de inicio del juicio se fijó para el 10 de julio, durante las vacaciones de verano, para permitir así, como explicó el juez que presidía el tribunal, que profesores y científicos asistieran en calidad de testigos. Tanto el fiscal como la defensa comenzaron un periodo de intensos preparativos. Bryan, concretamente, lanzó un aluvión de publicidad previa a la celebración del juicio, argumentando que «no es de recibo traer aquí expertos cuyo objetivo es ir en contra del propósito de los habitantes de este estado», y no se privó de soltar sus atronadoras diatribas habituales contra la perversidad de Darwin y la falta de fe.

Cuando el juicio empezó, el interés de la opinión pública ya era extraordinario. Más de doscientos reporteros se apiñaron en la pequeña sala. En el centro ya no cabían más micrófonos, y las sesiones se transmitieron a cuatro auditorios externos y, por una línea telefónica especial, a una emisora de radio de Chicago, que transmitió en directo todo el juicio. Unos pastos cercanos se transformaron en pista de aterrizaje para las avionetas encargadas de transportar las placas fotográficas a las grandes ciudades, donde se incorporaron a las noticias cablegrafiadas o comunicadas por teléfono. A pesar de que el novelista británico H. G. Wells, que en esos días ya gozaba de fama internacional, había rechazado la invitación para asistir como testigo de la defensa, pocos dudaban de que el juicio y la cobertura periodística internacional pondrían a Dayton en el mapa.

La mañana del primer día del juicio, la temperatura dentro de la sala, recién pintada, era sofocante. Una empresa de productos para la higiene dental, ávida de publicidad, había repartido gratis abanicos con el eslogan «¿Le sangran las encías?», y los periodistas, literalmente apretujados unos contra otros, los miembros del público, los equipos jurídicos, los miembros del jurado y demás asistentes no pararon de abanicarse frenéticamente durante toda la sesión. En una foto puede verse a los dos adversarios, Darrow y Bryan, sentados a una mesa en mangas de camisa y tirantes, mirándose el uno al otro a los ojos como si pudieran ganar el juicio clavándole la vista al bando contrario; una escena curiosamente íntima entre dos hombres de casi la misma edad, el mismo carácter, la misma formación y, sin embargo, con puntos de vista tan diferentes. (Véase la fotografía de la página 200; el del abanico es Bryan.)

El juicio comenzó con una larga plegaria a cargo de un pastor de Dayton. Darrow protestó, afirmando que un oficio religioso en un juicio que, en el fondo, giraba en torno a la religión era una manera de empezar bastante tendenciosa. Su intervención le hizo perder el fervor del juez y de la gente de la ciudad, pero el defensor siguió adelante sin dejarse amilanar.

Mientras la defensa presentaba sus argumentos en una sala en la que ya no cabía un alfiler, *The New York Times* publicó, en tono sensacionalista: «Hoy Clarence Darrow plantó cara al león del fundamentalismo enfrentándose a William Jennings Bryan y a un tribunal repleto de creyentes en la palabra literal de la Biblia, y con los hombros encorvados y un pulgar en los tirantes desafió todas las creencias que allí tienen por sagradas.»[8] El principal argumento de Darrow era sencillo: si una determinada interpretación de la Biblia se convertía en la base del programa de estudios, el estado violaba su propia constitución, que garantizaba a todos «el derecho natural e inexcusable a adorar a Dios Todopoderoso según los dictados de la propia conciencia», algo que «toma en cuenta incluso al tan despreciado moderno, que se atreve a ser inteligente», pero que sin duda alguna significaba que ningún libro sagrado, «incluidos el Corán [...], el Libro de Mormón [...], o los ensayos de Emerson», podía ponerse por encima de los otros.

The Times se había inclinado con admiración ante la elocuencia y el fervor de Darrow, cosa que no hicieron los asistentes al juicio. «El efecto neto del gran discurso que pronunció ayer Clarence Darrow parece ser

precisamente el mismo que habría conseguido si lo hubiera lanzado por un canalón en el interior de Afganistán», escribió Mencken; aunque al periodista la pequeña ciudad de Dayton le parecía hermosa, cada vez soportaba menos a sus habitantes. El propósito del equipo de la defensa era convertir el juicio en un juicio a la evolución, no contra un púdico profesor de instituto. «El propio Scopes no tardó en quedar eclipsado por los prestigiosos personajes que resollaron y aullaron en el tribunal. [...] Una vez, después de dos o tres días en que casi nadie vio ni oyó al acusado, el juez interrumpió la sesión para preguntar qué había sido de él. Lo encontraron –en mangas de camisa, como todos los demás– sentado en medio de una densa masa de abogados, infieles, teólogos, biólogos y periodistas; la sesión se reanudó después de que Scopes se pusiera de pie y se identificara.»[9]

El equipo de la defensa citó como testigos a varios expertos para que explicaran la base científica en que se apoyaba la teoría de la evolución, pero el juez intentó sistemáticamente limitar las oportunidades que los abogados pretendieron aprovechar para presumir e intentó, en cambio, mantener el juicio centrado en la cuestión de si Scopes había realmente enseñado la evolución a sus alumnos. Los testigos, tres jóvenes de sexo masculino (no se permitió que testificaran muchachas), declararon que así había sido. Scopes y no otro los había entrenado con mucha aplicación, y, como reconoció una vez terminado el juicio, si bien no había dicho nada sobre la evolución durante la clase en cuestión, estaba dispuesto a fingir que sí para poner a prueba la ley.

Finalmente llegó la hora de la intervención de Bryan. Empapado en sudor y con la calva reluciente, el corpulento viejo lobo se puso de pie para pronunciar su discurso y defender la verdad literal de la Biblia. «El cristiano cree que el hombre vino de arriba; el evolucionista cree que debió de venir de abajo», bramó, y el público se deleitó con cada una de sus palabras. Bryan afirmó que la verdad no requiere expertos ni conceptos científicos difíciles: «La verdadera belleza de la Palabra de Dios es que no hace falta un experto para comprenderla.»[10]

«Todo el juicio de Scopes se caracterizó por una oratoria espléndida», contó luego Mencken;[11] pero, mientras los drásticos argumentos iban y venían, se vio cada vez con mayor claridad que nadie estaba dispuesto a cambiar de opinión. «Lo único que queda de la gran causa del estado de

Tennessee contra el infiel Scopes es el objetivo final de cargarse al acusado», señaló el periodista en tono pesimista. «Es posible que el lunes veamos alguna justa jurídica, y un poco de oratoria chabacana el martes, pero la batalla principal ha terminado. Y ha triunfado el Génesis, sin ninguna duda.»[12]

Darrow se guardó su mejor arma para el final; llamando a su adversario, es decir, el mismísimo Bryan, como testigo hostil a la defensa, intentó sentar al fundamentalismo en el estrado. Sin embargo, a pesar de su incisivo interrogatorio, Bryan se mantuvo firme en su lectura literal de la Biblia y el jurado se dejó convencer tan poco por las repreguntas como por los testimonios de expertos y el discurso de Darrow. El curtido abogado defensor empezó a darse cuenta de que el caso estaba perdido. El jurado dictaminó que Scopes era culpable de haber infringido la ley y lo multó con cien dólares. El acontecimiento al que tantos periódicos calificaron de «juicio del siglo» terminó sin una espectacular victoria retórica de ninguna de las partes.

Exhausto por el juicio, y a pesar de sufrir una seria diabetes, William Jennings Bryan no tardó nada en volver a pronunciar más discursos, a recorrer cientos de kilómetros, trabajar a destajo y comer como un buey. Volvió a Dayton cinco días después del juicio, tomó una suculenta comida en su hotel, subió a su habitación a descansar y murió mientras dormía. Para los conservadores cristianos pasó a ser un mártir de la causa, y comenzaron a recaudar fondos para fundar una universidad que llevara su nombre y que debía de abrirse en 1930.

En 1927, el Tribunal Supremo de Tennessee anuló la pena impuesta de Scopes con un tecnicismo, alegando que la multa la había fijado el jurado, no el juez. En el fallo, el juez añadió: «El tribunal sabe que el demandante por error ya no trabaja para nuestro estado. No creemos que vaya a ganarse nada prolongando la duración de este extraño caso. Antes al contrario, pensamos que la paz y la dignidad del estado, que todos los procesos penales han de restablecer, aquí se conservarán mejor con un sobreseimiento.»[13]

Esa parodia llamada «juicio del mono» la cubrió de cerca la prensa internacional, en parte por simple sensacionalismo y en parte también

porque tenía fuertes ecos de las discusiones entre la fe y la ciencia que en esos días se mantenían en muchos países del globo. En Europa, la defensa de la evolución se había decidido tres décadas antes, pero había otras cuestiones que seguían estando muy vivas y que aún no se habían abordado, y que giraban especialmente en torno a los dos individuos a quienes William Jennings Bryan había considerado los archienemigos de la religión y de toda moral: Charles Darwin y Friedrich Nietzsche.

Si resulta casi imposible comprender la profunda influencia que tuvieron esos dos pensadores en la cultura de la primera mitad del siglo XX, es sólo porque su predicamento sigue estando tan hondamente arraigado en nuestra cultura que apenas podemos imaginarla sin Darwin y Nietzsche. La modernidad y su expresión ideológica –y el comunismo, el fascismo y otros movimientos sociales y artísticos– sólo pueden entenderse si empezamos tomando conciencia de la importancia fundamental que estos pensadores, sumamente personales y, a menudo, muy mal interpretados, tuvieron para las generaciones que les siguieron.

Es una maldición intelectual que a los individuos rara vez se los recuerde por algo más que uno o dos eslóganes y sin tener en cuenta la complejidad y la sutileza de su obra. En el caso de Darwin, por ejemplo, «la supervivencia del más apto» y «selección natural»; en el caso de Nietzsche, «voluntad de poder» y «más allá del bien y del mal» –o, sencillamente, «superhombre», un término que se distorsiona tan fácilmente que apenas se ha usado alguna vez salvo como caricatura de su sentido original.

Ya antes de la guerra, esos dos edificios teóricos sin ninguna relación entre sí –el darwiniano, estrictamente científico; más poético que filosófico el nietzscheano– se habían fusionado en una sola monstruosidad, conocida generalmente como darwinismo social. La idea era casi penosamente sencilla: si Darwin dice que los más aptos están destinados por naturaleza a sobrevivir, y si Nietzsche dice que sólo deberían sobrevivir los más aptos y que ideas como empatía y solidaridad sólo son expresiones de una «moral esclava», entonces el único resultado natural y moral es el dominio de una raza de superhombres fuertes y despiadados que han de encargarse de eliminar todo lo que es débil e incapaz de imponerse sobre los demás o se percibe como tal.

Huelga decir que ni Darwin ni Nietzsche dijeron jamás nada parecido. La «supervivencia del más apto» (expresión que, además, no acuñó Darwin,

sino su admirador Herbert Spencer) no excluía en absoluto el altruismo y la cooperación, y el superhombre nietzscheano no era un protonazi rampante, sino un ideal de trascendencia personal más afín a las enseñanzas del budismo que a todo lo que interpretaron luego los seguidores del filósofo-poeta alemán. No sirvió de mucho tampoco que las teorías de Darwin plantearan casi tantas cuestiones como las que zanjaron (hecho que aprovecharon mucho de sus adversarios creacionistas) y que el genio de Nietzsche rozara a veces el núcleo de sus ideas filosóficas, al parecer sin preocuparse por la contradicción ocasional y sólo fuera comprensible leyendo todas sus obras, así como su tan popular y tan fácilmente mal interpretado *Así habló Zaratustra*. Para empeorar esta situación, ya casi imposible por lo confusa, Elisabeth Förster-Nietzsche, la hermana del filósofo, no sólo se ocupó de él después de su crisis mental completa y final, sino de editar sus obras, reescribiéndolas, de hecho, a la luz de su propia admiración por la estrella ascendente de la política alemana, Adolf Hitler.

El darwinismo social fue una deformidad, un monstruo nacido de ideas mal asimiladas, pero llegó a gozar de una inmensa popularidad no a pesar de, sino a causa de su mensaje simplista de dominación absoluta por parte de una raza de seres humanos ideales (como por arte de magia, la raza en concreto siempre coincidía con la raza imaginada por el que fomentaba la idea), y se volvió tanto más atractiva gracias a la innegable degeneración que engendró la modernidad y a la superioridad de la civilización occidental sobre otras culturas, sobre todo en los imperios coloniales de los países europeos.

Ya antes de la guerra había surgido toda una industria científica basada en la necesidad de demostrar la superioridad de una raza sobre otras. Se daban conferencias, se concebían sistemas, se medían cráneos, se describían los rasgos ideales, se pesaban cerebros, se analizaban esculturas griegas como ideales de belleza y se daban por buenos artefactos arqueológicos espurios como prueba de la superioridad racial de los alemanes, los franceses, los italianos o de quienquiera que dirigiese y financiara la investigación.

Los resultados de esas actividades no sólo los usaron todos los bandos para justificar la guerra (además de la Biblia*, Así habló Zaratustra* fue el libro que más leyeron en el frente los soldados alemanes); también

inspiraron teorías políticas y programas sociales, en particular, la eugenesia, teoría que apuntaba a la reproducción de seres humanos biológicamente perfectos alentando a los «superiores» a reproducirse mientras a otros, considerados inferiores, se los convencía para que no tuvieran descendencia e incluso se les impedía tenerla mediante programas de esterilización masiva o cosas peores.

Fue grande la aceptación de la eugenesia en su momento, fomentada por todo el espectro político, y vale la pena recordar que en aquellos días, y desde un punto de vista puramente biológico, esas ideas parecían justificadas. Incluso hacia el final del siglo XIX, la teoría de la herencia de Jean-Baptiste Lamarck, que afirmaba que las características aprendidas pueden transmitirse genéticamente a las futuras generaciones, contaba con un gran apoyo entre la comunidad científica, y los estudios con guisantes que llevó a cabo el monje austriaco Gregor Mendel habían demostrado que, en efecto, los rasgos pasaban de generación en generación. A la luz de esos descubrimientos e ideas, parecía razonable concluir que los «rasgos» que predominaban en las barriadas más pobres de las ciudades europeas –alcoholismo, raquitismo, altos índices de delincuencia, pobreza e incluso miseria– no debían transmitirse a las nuevas generaciones.

Las teorías sobre la naturaleza de la herencia y la evolución se discutían con vehemencia en el seno de la comunidad científica, y la existencia de mutaciones aleatorias todavía era sólo uno entre varios conceptos en conflicto. En medio de ese fárrago de ideas, las consignas de la eugenesia captaron no sólo la imaginación del público, sino también, y en gran medida, la atención de quienes estaban en el poder. Fueron muchos los miembros de la élite social, y de todo el espectro político, que apoyaron activamente la eugenesia.

En Gran Bretaña, el Galton Institute, llamado así en honor a Francis Galton, eugenista del siglo XIX, tenía entre sus miembros al economista John Maynard Keynes, al futuro primer ministro Arthur Neville Chamberlain y al ex primer ministro Arthur Balfour; a Leonard Darwin y Charles Galton Darwin, hijo y nieto, respectivamente, del padre de la teoría de la evolución; al sexólogo Havelock Ellis; al médico norteamericano –y magnate de los cereales– John Harvey Kellogg, y a Margaret Sanger y Marie Stopes, activistas en favor del control de la natalidad. Otros partidarios destacados de la eugenesia fueron George Bernard Shaw,

Virginia Woolf, Bertrand Russell y H. G. Wells; si completáramos la lista, tendríamos prácticamente un «quién es quién» de los intelectuales británicos.

En Francia, a pesar de no contar con el mismo nivel de organización, la eugenesia también armó mucho revuelo y contó con firmes partidarios. En una conferencia que dio en la Sorbona en 1932, Just Sicard de Plauzoles resumió así el propósito de su obra: «Las clases bajas, las clases más pobres, tienen una tasa de natalidad mucho más alta que la clase alta y rica. [...] La miseria, junto con el alcoholismo, la sífilis y la tuberculosis, es un factor que influye con fuerza en la degeneración [...] y los hijos de las clases pobres, comparados con los de las clases pudientes, presentan un desarrollo físico, intelectual y moral inferior [...] debido a la fatiga y las privaciones de la madre durante la gestación, a una alimentación insuficiente en los primeros años de vida, a las malas condiciones de vivienda y también por tener que empezar a trabajar a edad temprana.»[14]

Según Sicard, esa degradación se transmitía a la generación siguiente y, por tanto, la solución no consistía en insistir en la necesidad de mayor justicia social, sino en un esfuerzo concertado para impedir que los hombres y las mujeres «inferiores» tuviesen hijos. En los Estados Unidos, donde las oleadas de inmigrantes cambiaban continuamente el entramado demográfico debido a la llegada masiva de pobres (durante esta época, a menudo del sur y el este de Europa), la élite anglosajona hizo todo lo posible para defender su posición y programar un futuro basado en los conceptos de la eugenesia; en especial, la «nórdica».

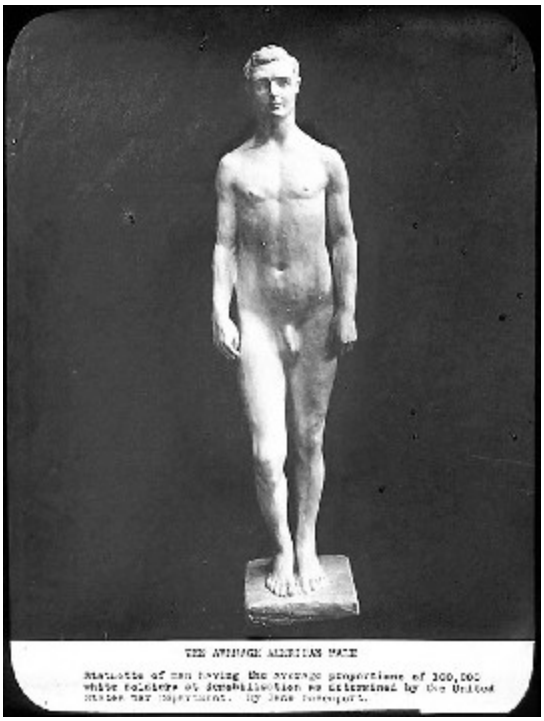
El Segundo Congreso Internacional de Eugenesia se celebró en 1921 en el Museo de Historia Natural de Nueva York. Entre los asistentes cabe citar a Alexander Graham Bell, presidente honorario del congreso; Leonard, el hijo de Charles Darwin; Herbert Hoover, futuro presidente de los Estados Unidos; Henry Fairfield Osborn, director del museo y presidente del congreso, y el prestigioso autor de ideología racista Lothrop Stoddard, que aún vendía miles de ejemplares de *The Rising Tide of Color Against White Supremacy* un año después de su publicación en 1920.

En su discurso inaugural, Osborn hizo hincapié en la urgencia de la tarea que tenían por delante:

> Dudo de que hubiera un momento en la historia universal en el que un congreso internacional

> sobre el carácter y la mejora de la raza fuera más importante que el actual. Europa, en una muestra de sacrificio patriótico por parte de ambos bandos durante la Guerra Mundial, ha perdido gran parte de la herencia que le legaron siglos de civilización, y ese legado nunca se podrá recuperar. [...] En los Estados Unidos [...] estamos comprometidos en una seria lucha para mantener nuestras instituciones republicanas históricas, y a tal fin impedimos que entren aquellos no aptos para compartir los deberes y las responsabilidades de nuestro sólido gobierno. El verdadero espíritu de la democracia norteamericana, para la cual todos los hombres nacen con iguales derechos y deberes, se ha confundido con esa sofistería política que afirma que todos los hombres nacen con igual carácter y capacidad para gobernarse a sí mismos y gobernar a los demás, y también con la sofistería educativa, en el sentido de que la educación y el entorno compensan las desventajas de la herencia.[15]

A los delegados asistentes al congreso les alarmó ver una estatua de yeso identificada como «el varón norteamericano medio», un producto de las estadísticas. Derivado de datos recabados de reclutas del ejército estadounidense durante la guerra, el montaje resultante era cualquier cosa menos heroico; al parecer, el norteamericano medio ya era, genéticamente, un producto degenerado. Hombros estrechos y caídos; silueta nada atlética; brazos débiles colgando a los lados. Era blanco, y la blancura misma del yeso evocaba no sólo el color de la piel, sino también el mármol de las esculturas griegas, que representaban el ideal estético del desarrollo humano; pero ese hombre blanco –era lo que decía el mensaje subliminal– no estaba en condiciones de defender a su mujer y sus hijos contra la «marea alta» de Stoddard, contra las hordas de otras razas que venían por ellos. Para que se entendiera mejor, el varón medio se expuso junto a la heroica figura de un idealizado atleta de Harvard. Había que hacer algo.



No tan heroico: El «varón norteamericano medio» según los datos estadísticos.
Dominio público

La eugenesia aspiraba a defender privilegios y defendía una idea genuina de mejorar la sociedad y una esperanza típicamente norteamericana de transformación personal y social que se alcanzaría mediante la técnica y un relato épico de la historia del país. Un cartel oficial de la Exposición Universal de Chicago de 1933 lo subrayó enseñando la cabeza de una noble mujer blanca, claramente inspirada en la escultura griega, coronada con una diadema formada por un águila americana y las palabras «Quiero» junto al año, 1933, sobreimpuesto en el rostro de un jefe indio nativo con tocado de plumas. En este caso, el año era 1833. La figura blanca sencillamente eclipsaba a su predecesor nativo, y lo hacía muy orgullosa. En la parte superior del cartel podía leerse: «Un siglo de progreso». En la exposición también se presentó una Casa del Crimen en la que podían verse las caras de tipos criminales etiquetadas con definiciones como «cocainómano», «terrorista», «maniaco» y «secuestrador». De 1934 a 1943, la American Public Health Association, organismo dedicado a mejorar la salud pública mediante campañas de educación y sensibilización, invitó regularmente al

gobierno alemán a que presentara, en distintas ciudades de los Estados Unidos, exposiciones relacionadas con la eugenesia.

Pero no sólo se usaron exhibiciones públicas para popularizar el mensaje de la eugenesia. Con gran aplomo y varias aliteraciones, dos mujeres, Mary T. Watts y Florence Brown Sherbon, fundaron Fitter Families for Future Firesides, algo así como «familias más sanas para reunirse alrededor del fuego en el futuro», unos concursos en que el público podía hacerse examinar por médicos y competir en categorías como «bebé perfecto», «familia media» o «mejor pareja».

A la sombra del superhombre

Mientras la eugenesia disfrutaba de un amplio apoyo popular, el feo invento ideológico llamado darwinismo social podía considerarse desde un punto de vista más filosófico, subrayando la importancia de Nietzsche en comparación con Darwin y de la cultura frente a la biología. Casi ningún pensador fue inmune a este fenómeno, y ningún autor pudo evitar tener que vérselas con Nietzsche y su legado en alguna versión más o menos impura. Sólo un año antes de defender a John Scopes en el «juicio del mono» en Tennessee, durante su defensa de Nathan Leopold y Richard A. Loeb, los asesinos de Chicago de 1924, Clarence Darrow sostuvo que el crimen se había inspirado en Nietzsche –una jugada astuta, pues después de la guerra todo lo alemán era automáticamente sospechoso–. Los acusados, dos estudiantes de Derecho e hijos de familias acomodadas, habían matado a un muchacho del barrio sencillamente porque estaban convencidos de que eran demasiado inteligentes y superiores para que los atraparan.

Al final del juicio, Darrow señaló en su recapitulación que la guerra había «encallecido» el corazón humano, y habló de un clima de crueldad omnipresente que había llevado a sus jóvenes clientes a creer equivocadamente que el asesinato era un acto heroico. Refiriéndose a Nathan Leopold, apodado «Babe», el abogado señaló que era un «joven sin emociones, obsesionado con la filosofía, con aprender». No obstante, ese aprendizaje lo había apartado de la buena senda:

> Babe se aficionó a la filosofía. [...] Se enamoró de la filosofía nietzscheana. Señoría, he leído

> todo lo que escribió Nietzsche, un hombre de una inteligencia maravillosa, el filósofo más original del siglo pasado. Un hombre que, probablemente, para bien o para mal, ha dejado en la filosofía una impronta más honda que cualquier otro en cien años, [...] un filósofo de lo que podríamos llamar el culto a la inteligencia. Nietzsche pensaba que en algún momento nacería el superhombre, que la evolución estaba trabajando para la llegada del superhombre. Y escribió un libro, *Más allá del bien y del mal* [...] un tratado en el que sostiene que el hombre inteligente está más allá del bien y del mal, que las leyes del bien y las leyes del mal no se aplican a aquellos que se aproximan al superhombre.
>
> [...] Babe estaba obsesionado con ese libro. Citaré una de las enseñanzas de Nietzsche: Hazte duro [...]. Para Leopold no era una frase filosófica cualquiera; era su vida. Creía en un superhombre. Él y Dickie Loeb eran los superhombres. [...] Los dictados ordinarios de la sociedad no eran para él. Muchos de nosotros podemos leer ese postulado, pero sabemos que no puede aplicarse realmente a la vida; en cambio, él no. Llegó a formar parte de su ser. Era su filosofía.[16]

Darrow había convencido a sus jóvenes clientes para que se declarasen culpables, pues creía que únicamente podría salvarlos de la silla eléctrica si podía evitar un juicio con jurado. Los condenaron a cadena perpetua más noventa y nueve años, una victoria espectacular para la defensa, cuyos clientes eran claramente culpables de un crimen terrible y denigrado por la prensa, que pidió varias veces la pena capital. Nietzsche había ganado la batalla. Se consideró que la influencia que el «filósofo más original del siglo pasado» tenía sobre esas mentes impresionables era tan grande que no les había dado siquiera la oportunidad de escapar de su hechizo.

Si podía considerarse que Nietzsche era una influencia corruptora para los jóvenes asesinos de Chicago, el debate en torno a valores, crisis y la civilización de la posguerra a ambos lados del Atlántico habría sido impensable sin los ecos de su voz; era, también, fuente de inspiración para sus seguidores en el continente europeo. En Alemania, las ideas de Oswald Spengler estaban empapadas con el pensamiento nietzscheano, como la poesía de Stefan George y las novelas de Thomas Mann; por su parte, el emergente movimiento revolucionario conservador en torno a Adolf Hitler se consideraba la vanguardia del superhombre. Pero la influencia no se detuvo ahí, y se dejó sentir en Francia y en la Italia de Mussolini, de norte a sur y en todo el espectro político, desde la derecha hasta la extrema izquierda.

Un profeta solitario

Una de las biografías más reveladoras y quizá, más extrañas, de entre todos los seguidores de Zaratustra fue la de Oscar Levy, el principal apóstol de Nietzsche en Gran Bretaña, que se hizo cargo de la primera edición de sus obras completas en inglés. Levy dedicó toda su carrera a traducir, a escribir prólogos para las nuevas ediciones y a popularizar la obra del filósofo alemán. Incómodo con la cultura militarista germana, este judío alemán había dejado su país natal en 1894; prefirió la atmósfera más civilizada de Inglaterra y se asignó la misión de divulgar la palabra de Nietzsche en su país de adopción, donde tradicionalmente se había mirado con recelo la filosofía del continente, en general, y la de Nietzsche, en particular.

Para Levy, ese saludable escepticismo empírico respecto de las manifestaciones poéticas y, a veces, de los desvaríos del filósofo más alemán de Alemania, era un desafío que lo llevaba a trabajar más para vencer unos obstáculos casi abrumadores. Tal vez no deba sorprender que Levy estuviera especialmente ejercitado contra el aparente antisemitismo de Nietzsche, que había llegado a compartir de buen grado y con una mezcla de odio a sí mismo y megalomanía. Como creía comprender a partir de sus lecturas, los judíos habían sido los agentes de la grandeza de la humanidad y, también, de su inminente caída, y sólo los judíos podían evitarla.

En la base de esta idea extraordinaria se encontraba, y parece adecuado que así fuera, una conversión que, en el caso de Levy, había tenido lugar en el Museo Británico. Rodeado de grandes obras de arte de civilizaciones anteriores –pruebas de otras maneras de ver el mundo, de otras ideas de belleza y de realización humana–, sintió la necesidad de cuestionar los valores de su propia sociedad: «Se me ha ocurrido pensar de repente que el monoteísmo, etc., puede, al fin y al cabo, no significar "Progreso", como me enseñaron en la escuela y en la vida bajo la influencia (inconsciente) de Hegel. Mi Damasco: ¡¿Pero entonces los judíos estaban equivocados?! ¿Un Pueblo Elegido, pero no para la Belleza, como los griegos? Sólo para la Moral, y qué moral: ¡Las maldiciones de Jesucristo!»[17]

La súbita revelación llevó a Levy a pensar que tenía grandes parecidos a la de los defensores de la eugenesia, si bien desde una perspectiva filosófica. El cristianismo había contaminado las grandes civilizaciones de la Antigüedad con lo que Nietzsche había llamado la «moral judía esclava de la culpa» y la humillación. Había llegado la hora de invertir esa

situación. Ayudar y apoyar a «los débiles, a los comunes y corrientes, los dignos de lástima, los enfermos, los endebles y los impotentes» no era hacerle un favor a la humanidad, sino sólo convertirla en «un rebaño de ovejas [...] mutuamente inofensivas e inútiles». Él creía haber encontrado la respuesta a la gran crisis de la civilización en el advenimiento de una nueva aristocracia de superhombres nietzscheanos, fuertes y orgullosamente inmorales, los encargados de descartar a todos los débiles.

Levy había trabajado incansablemente con la intención de allanar el camino para una recepción más amplia de su ídolo en Gran Bretaña, pero durante la guerra le revocaron el permiso de residencia y lo obligaron a marcharse de Inglaterra. Tras una temporada en Suiza, regresó en 1920, al parecer sin dejarse asustar por las dificultades, pero comprobó que sus anteriores conocidos le hacían el vacío, pues lo consideraban un enemigo extranjero. A pesar de esos obstáculos, Levy no cejó en su empeño y divulgó el evangelio de su curioso antisemitismo, lo bastante generoso para incluir el cristianismo y pedir una nueva misión, si bien decididamente peculiar, para el pueblo judío: «El mundo sigue necesitando a Israel, pues ha caído presa de la democracia y necesita el ejemplo de un pueblo que siempre ha actuado en contra de la democracia, que siempre ha defendido el principio de la raza. El mundo sigue necesitando a Israel, pues le esperan guerras terribles –y la actual es sólo el comienzo–; y el mundo necesita una raza de buenos europeos que se eleven por encima del fanatismo y la hipocresía nacionales y por encima del misticismo y la villanía nacionales también.»[18]

Con esta idea de un pueblo fiel a la raza, pero que desdeñaba el nacionalismo, la cruzada moral de Levy lo llevó a rodearse de extrañas compañías. Admiraba a escritores abiertamente racistas, antisemitas violentos, como Arthur de Gobineau y George Lane-Fox Pitt-Rivers, que lo explotaron sin compartir ninguno de sus confusos, pero magnánimos, sentimientos por sus semejantes. En cambio, citaban sus diatribas sobre el papel histórico de los judíos, unos textos que seguían siendo una lectura vergonzante: «Nosotros, que nos erigimos como salvadores del mundo, nosotros que incluso alardeamos de haber dado al mundo al Salvador, hoy sólo somos los burladores del mundo, sus destructores, sus incendiarios. Nosotros, que prometimos llevaros a un nuevo cielo, al final hemos conseguido haceros desembarcar en un nuevo Infierno.»[19]

Para Levy, esta polémica sólo era el prólogo de una revolución mundial conducida por el intelecto judío, pero muchos de sus lectores consideraban que ésa era exactamente la clase de argumentos que podían leerse en los conocidos *Protocolos de los sabios de Sión*, ávidamente estudiados y divulgados por políticos como Hitler, que acababa de pasar una temporada en la cárcel de Landsberg; una pausa valiosa en su carrera política que le había permitido poner por escrito para la posteridad sus propios desvaríos, increíblemente parecidos, en su célebre *Mi lucha*.

En Inglaterra, las teorías raciales de Levy tuvieron una acogida cada vez más glacial, y en 1921, sólo un año después de regresar de Suiza al país que había elegido un cuarto de siglo antes, el Home Office ordenó su deportación calificándolo de enemigo extranjero, ya que su entusiasmo por Nietzsche se tenía por flagrante propaganda pro alemana. Levy protestó contra la expulsión, pero le comunicaron que sólo se permitía radicarse en Inglaterra a los alemanes claramente útiles para el comercio británico. «¡Ay! ¡Yo sólo me he dedicado a importar un puñado de ideas nuevas, si bien es cierto que muy raras y dudosas!», repuso, y se marchó a Francia, y de allí volvió a Alemania, donde vivió hasta 1933. En 1924 viajó a Italia para conocer a Mussolini, su nuevo ídolo político. «El fascismo no es sólo un antídoto, sino también un remedio contra el bolchevismo», había escrito en 1921. «Pues el bolchevismo es un credo más reaccionario que revolucionario, que aspira a atrasar el reloj para volver a los viejos principios de la Revolución Francesa y defiende desvergonzadamente la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. Pero esas ideas ya son decadentes; más aún, se han convertido en ídolos que hoy están prácticamente muertos. Corresponde al nuevo y fantástico movimiento enterrarlas para siempre y colocar en su lugar otras ideas y aspiraciones vitales que sirvan para la orientación y el progreso de la humanidad.»[20]

Como escritor, lo aplaudió casi exclusivamente el lado condenado por la historia, pero cuando Hitler subió al poder en 1933, Levy dejó Alemania y se marchó a Francia, y regresó a Inglaterra en vísperas de la Segunda Guerra Mundial; allí vivió hasta su muerte en 1946. Se había equivocado en lo tocante al potencial histórico del fascismo, pero no fue el único que creyó que era una solución al malestar de su época, y hay que reconocerle que acabara comprendiendo su error. En noviembre de 1933, siempre fiel a

Nietzsche, ofreció, en relación con la ideología del nacionalsocialismo, una perspectiva estimulante que pudo sorprender a sus partidarios:

> Los alemanes modernos son, más que un pueblo civilizado, un pueblo religioso. Por extraño que parezca, su religión procede directamente del Antiguo Testamento. La idea de una Raza Elegida, que se encuentra en las raíces de la mentalidad alemana, surge del suelo de Israel, que también creó, mucho antes que Hitler y Göbbels [*sic*], sus *Ahnenprüfers*, los «examinadores de los ancestros», en las figuras históricas de Esdras y Nehemías, que prohibían los «matrimonios pecaminosos», es decir, las uniones con mujeres de otra religión. [...] Todos ellos también estaban a favor de la pureza de la raza, por el orgullo y el poder de la raza. Los alemanes, siguiendo sus pasos, no saben lo reaccionarios que son ni cuán afines espiritualmente a aquellos a quienes detestan. [...] El hitlerismo no es sino una herejía judía.[21]

Los debates en torno a Darwin y Nietzsche, sobre la evolución y la duda moral radical, no dejaron de oírse durante ese periodo profundamente agitado, pues representaban las dos maneras más importantes de invocar el espíritu de la época y su gran idea: el Hombre Nuevo, la respuesta al trauma de la guerra y al reinado de la técnica anónima. Los hombres nuevos se podían reproducir selectivamente, y crearse a sí mismos mediante un acto heroico de trascendencia personal. Era un sueño grandioso, pero ambiguo, y la imagen de ese gran héroe se puso al servicio de ideas tanto de izquierda como de derecha; lo desearon científicos y ocultistas por igual, que lo veneraron de muchas maneras y con distintos rituales. El sueño del Hombre Nuevo se puso de manifiesto en la obra de artistas y en el nada superficial idealismo de las asociaciones naturistas que veneraban el sol y el aire libre, en la fascinación generalizada por el deporte de competición, en la moda de las nuevas siluetas y en incontables avances científicos. Sin embargo, en aquel momento era un sueño ambiguo que se parecía más a una pesadilla. La Primera Guerra Mundial había demostrado que el progreso de la técnica ya no era positivo en sí mismo, que las máquinas podían ser malignas y que, como el aprendiz de brujo de Goethe, la humanidad ya no podía librarse de los espíritus que había invocado. El Hombre Nuevo era, a la vez, la promesa más seductora de la época y su mayor amenaza.

1926: METRÓPOLIS

El hombre se ha convertido en una suerte de Dios protésico, por así decir, verdaderamente grandioso cuando se coloca todos sus órganos auxiliares; pero éstos no han crecido con él, y de vez en cuando aún siguen dándole muchos problemas.

SIGMUND FREUD,
El malestar en la cultura, 1930

Oíd el evangelio de la nueva era...
La máquina no tiene inhibiciones
El hombre inventó la máquina para descubrirse a sí mismo
Pero yo he oído decir a una mujer, sin ninguna inflexión que indicara aprobación: «Il fait l'amour comme une machine à coudre.»

MINA LOY, «The Oil in the Machine?», 1923

No fue un comienzo ideal para el estreno en los Estados Unidos de una película europea importante. «Hace poco he visto la película más tonta imaginable», empezaba diciendo el crítico. «No creo que fuese posible hacer una más tonta. [...] Se titula *Metrópolis*, una producción de los grandes estudios alemanes UFA; según dan a entender los productores, el rodaje contó con un presupuesto enorme. La película contiene, en un grado de concentración vertiginoso, todas las bobadas posibles, todos los tópicos, las vulgaridades y las confusiones que concebirse puedan sobre el progreso mecánico y el progreso en general, servidas con una salsa de

sentimentalismo que es exclusivamente suya.»[1] La demoledora crítica apareció en *The New York Times,* firmada, nada más y nada menos, que por el novelista británico H. G. Wells, el maestro de la ciencia ficción.

Salta a la vista que Wells se sintió algo más que un poco molesto, ya que *Metrópolis* se había anunciado como el filme alemán más grandioso de todos los tiempos y, también, el más caro. Los estudios UFA quisieron competir con Hollywood y demostrar al mundo que disponían de la misma técnica, los mismos conocimientos, los mismos trucajes fotográficos y demás virguerías que las que se empleaban en la meca del cine, y que, además, podían dar a sus películas un auténtico sesgo cultural, por no decir contenido espiritual. Fue en ese punto donde se equivocaron, como señaló Wells con un regocijo más que evidente. En su opinión, el problema residía en el exceso de romanticismo barato y fáustico en lo que se suponía era una fábula absolutamente moderna: «Es posible que los alemanes nunca consigan apartarse del monte Brocken. Noche de Walpurgis se llama la fiesta de la imaginación poética alemana, y la fantasía nacional germana volará para siempre con una escoba entre las piernas.»

Desde un punto de vista artístico, *Metrópolis* era un batiburrillo y, comercialmente hablando, fue un desastre. Su presupuesto faraónico –cinco millones de marcos–, aunque modesto si pensamos en lo que hoy llega a gastarse en una película, llevó a los estudios alemanes al borde de la bancarrota y los obligó a colaborar con productoras norteamericanas, pasando así a ser económicamente dependientes; fue el fin del sueño de desafiar a Hollywood, que conservó su posición dominante. No obstante, si bien la película fue un fracaso de taquilla, también cuando se reestrenó con importantes cortes decididos después del difícil estreno en Alemania, sigue siendo un documento histórico y artístico importante, y podría decirse que hasta su fracaso tiene un lado fascinante.

Dirigida por Fritz Lang según un guión de Thea von Harbou, su esposa y colaboradora, *Metrópolis* cuenta una fábula de amor y redención en una dictadura que gobernará «dentro de unos cien años» y en la que la sociedad aparece dividida tajantemente en dos clases, los que tienen y los que no tienen. En los niveles más altos de una deslumbrante ciudad futurista, con sus rascacielos de setenta pisos, calles a diferentes niveles y aviones que parecen flotar entre los edificios, vive una clase rica y ociosa, la *beautiful people,* que dedica su vida al deporte y a celebraciones por todo lo alto

mientras abajo, en las oscuras catacumbas, un ejército de esclavos echan carbón en las máquinas gigantescas que mantienen la ciudad en funcionamiento. Y, en lo más alto, en un despacho ubicado en la «nueva torre de Babel», Joh Fredersen; a su visión y su autoridad en materia de técnica se debe ese mundo del futuro, y es el soberano indiscutible de esa ciudad llamada Metrópolis.

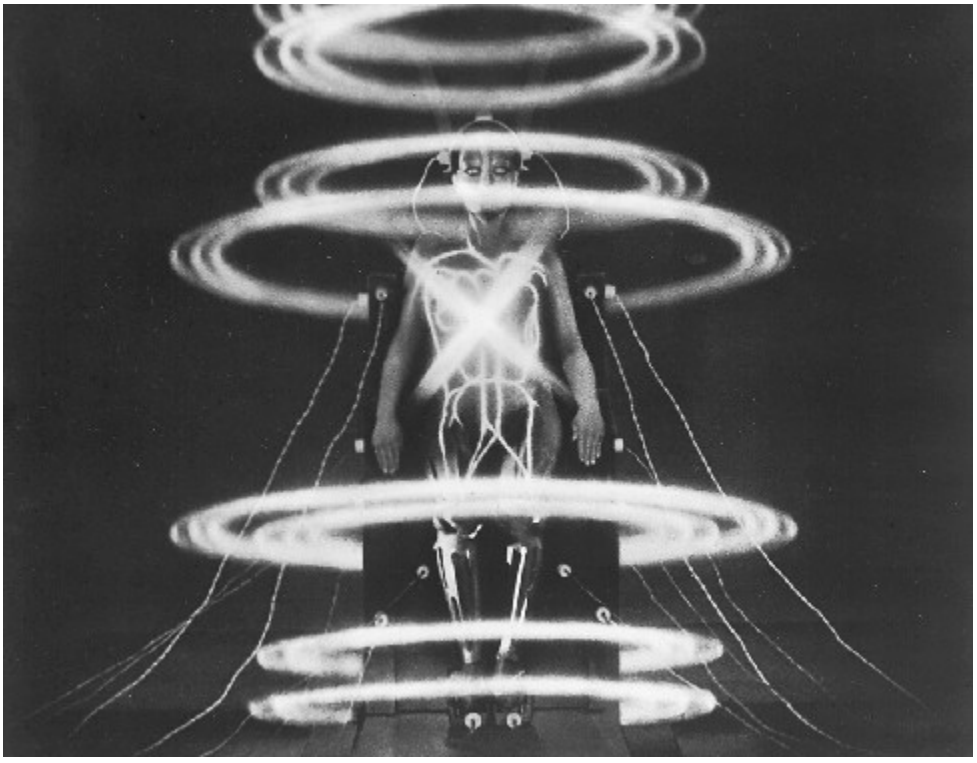
Lo que viene después es casi inevitable. Freder, el hijo del dictador, desciende a la ciudad de abajo porque ha visto allí a una muchacha muy atractiva, Maria, una de las obreras esclavizadas. Durante la visita a la gran sala de máquinas de la ciudad, Freder presencia un accidente; un obrero exhausto pierde el conocimiento y una máquina, al explotar, mata a algunos de sus compañeros. Indignado por la tragedia y por la dureza de todo lo que ha presenciado, decide ayudar; los obreros acaban rebelándose, pero no es el noble Freder quien los incita, sino un robot diseñado para que se parezca a Maria y que el malvado Joh Fredersen ha concebido para que sus esclavos se desvíen de la buena senda mientras envía a la cárcel a la líder espiritual de los obreros, la Maria real. Al final los obreros queman a la falsa Maria en la hoguera, el joven Freder se erige en paladín de los explotados y la verdadera Maria es puesta en libertad. El padre transige y saluda a la cabecilla de la rebelión con un apretón de manos. Como se dice en la película: «El corazón debe mediar entre la cabeza y las manos.»

A Fritz Lang, director ambicioso e increíblemente imaginativo, no le interesaba en absoluto la moraleja de esa historia, ni, de hecho, ninguna parte de la historia, y ese desinterés puede explicar los baches de la película y el final sentimental. Para él, *Metrópolis* era una oportunidad de crear un nuevo mundo cinematográfico con decorados gigantescos, trucajes novedosos y miles de extras, que a menudo tenían que trabajar en condiciones espantosas, haciendo cola para el rodaje de una serie interminable de tomas hasta que el director se daba por satisfecho. Para la escena en que los obreros tienen que luchar contra una inundación se necesitó literalmente un ejército de extras –en total, en la película participaron veintisiete mil hombres, mujeres y niños–, que tuvieron que soportar más de una vez los embates del agua helada. Para hacer realidad su visión artística, Lang fue despiadado, y durante los trescientos diez días y sesenta noches que duró el rodaje, al que por lo general se dedicaron doce

horas diarias, los miembros del equipo, por no mencionar a los extras ateridos de frío, llegaron a aborrecerlo.

Si bien el filme fracasó a pesar de sus impresionantes proezas técnicas, de la creación de toda una ciudad futurista, de las espectaculares escenas de masas y unas secuencias asombrosas, gran parte de la culpa del desastre hay que achacarla al escaso interés del director y al guión. Como señaló el cáustico Wells, Von Harbou había creado un escenario profético en muchos aspectos, si bien no todos ellos fueron intencionados.

Aparte de las evidentes alusiones cristianas –el padre cruel, el hijo que media entre él y los desesperados mortales, la Santísima Virgen María, etcétera–, en la película resonaban otras referencias, más inquietantes y contemporáneas. Los obreros oprimidos esperaban a un caudillo, un Führer, para alzarse contra la injusticia que padecían; la falsa Maria solivianta con sus discursos a las masas, que acaban destruyendo el corazón mecánico de la ciudad para que todo deje de funcionar. Asimismo, se invita al público a solidarizarse con sus reivindicaciones y con la idea de que sólo un personaje carismático puede salvarlos y rescatarlos de la dictadura de una élite decadente.



El hombre y la máquina: fotograma de la escena de la transformación en Metrópolis.
AKG Images

Paradójicamente, otra característica llamativa de la película es el rabioso espíritu antimoderno en el centro de un relato de ciencia ficción. En última instancia, la enorme y espectacular ciudad sólo es una nueva Babel, y su criatura, la falsa Maria, es la Puta de Babilonia en acción. Brigitte Helm, que interpretó a la Maria de carne y hueso y al robot, presentó a la heroína real como casta y maternal; en cambio, esa máquina automática con forma humana llamada Maria es una ramera lasciva y sensual que baila semidesnuda para los jóvenes privilegiados, presas de un frenesí colectivo cada vez que contemplan su cuerpo.

Maria, a la que podemos ver mientras oficia misas a la luz de las velas para las masas que habitan en la ciudad de abajo, es la alemana ideal; su aspecto es claramente medieval. Wells, que no soportaba a los imbéciles, siempre se burló especialmente de esta utopía crítica con la técnica, en la que las máquinas y las innovaciones representan a una dictadura desalmada y que predica la salvación como regreso al pasado. «Esa vuelta a las antorchas es perfectamente típica del espíritu que impregna este espectáculo», se burló en su crítica. «Nos piden que supongamos que las antorchas son cristianos; antorchas humanas. Las antorchas tienen corazón, pero las luces eléctricas son perversas, mecánicas, cosas sin alma. El inventor, un hombre malo de verdad, lleva una muy grande.»

Si bien en la película el ideal femenino se presenta como casto, pío y arraigado en la historia, la falsa Maria también puede verse como encarnación de muchos de los estereotipos antisemitas de esa época. Como los judíos de una caricatura contemporánea, el robot es, literalmente, el producto del mundo urbano, ultramoderno y técnico de la industria y el capitalismo, y, sin sentimientos ni originalidad, se dedica a corromper la pureza de la gente. No echa raíces en nada y se limita a remedar la falta de alma de quienes la rodean, mientras, en realidad, los seduce con su sexualidad neurótica y los conduce a su destrucción. Eran éstas acusaciones que apuntaban a los judíos, típicas de escritores antisemitas, y no es casual que Von Harbou tuviera una carrera sembrada de éxitos durante el régimen nazi.

Metrópolis fue una metáfora de la amenaza de un mundo gobernado por

una técnica despiadada, un tema especialmente popular entre los políticos y pensadores conservadores y de derecha. La dimensión antisemita del relato, hoy ya no inmediatamente obvia, es tanto más inquietante en cuanto que la liberación del pueblo esclavo sólo resulta posible cuando la falsa Maria muere en la hoguera y las llamas chamuscan la falsa carne para dejar al descubierto el armazón de hierro de la autómata.

Mitad relato *high-tech* y mitad leyenda medieval, *Metrópolis* delata una ambivalencia muy alemana respecto del vértigo de la modernización que había arrasado el país durante una generación y se había extendido más y en menos tiempo que en cualquier otra parte. Imposible negar que Alemania, el país técnicamente más desarrollado y más industrializado de Europa, la patria de la estética vanguardista de la Bauhaus y centro también de investigación científica, no se sentía cómoda con el rápido avance de lo nuevo. La ciudad de Metrópolis y sus gobernantes son decadentes, crueles y tecnócratas, y la verdadera espiritualidad y la auténtica salvación residen en la piedad casi medieval de Maria y sus seguidores.

Gólems mecánicos

Con su película más importante hasta la fecha, Lang y Von Harbou dieron a las discusiones populares sobre el progreso y sus peligros un toque claramente alemán, a pesar de que sus ideas no eran necesariamente alemanas. La Maria mecánica no sólo es una metáfora aparentemente inocua de la fantasía antisemita de una conspiración judía mundial; el personaje toca una fibra de esa época tan obsesionada con el cuerpo, en la que la imagen del autómata había llegado a formar parte de la imaginación popular. Como señaló Wells en su crítica, guionista y director habían plagiado no sólo sus novelas futuristas, sino también una obra teatral del checo Karel Čapek, estrenada seis años antes del lanzamiento de *Metrópolis*.

Con el enigmático título *R.U.R.*, el drama de Čapek era otra historia de amor muy convencional con atrezo técnico, pero no tenía final feliz. En una isla, un inventor se dedica a crear robots de aspecto humano con protoplasma sintético, y su hijo, que lo ayuda sólo por dinero, lanza la producción en serie. La tierra no tarda en poblarse de una raza de útiles

humanoides. Puesto que hacen el trabajo sucio de la humanidad, los llaman «robots», por la palabra checa que significa trabajo (duro). Al final, se rebelan contra sus amos, declaran una guerra sangrienta a la humanidad y acaban con casi toda la vida humana del planeta.

Útiles, pero a la vez una amenaza en potencia, los robots eran figuras omnipresentes en la cultura de la década de 1920. En los Estados Unidos se recibió a estos «ayudantes» técnicos con una actitud casi siempre optimista. Los periódicos contaban noticias sobre robots de trescientos metros de altura que los gobiernos estaban desarrollando en secreto por todo el mundo para utilizarlos en las guerras mundiales. En un anuncio para promocionar a Katrina Van Televox, la «maravillosa criada mecánica» de Westinghouse, los fabricantes de esa máquina de 22.000 dólares prometían, y al parecer en serio: «Katrina habla..., contesta el teléfono..., maneja la aspiradora..., prepara café y tostadas..., enciende y apaga las luces y todo lo hace con mucho gusto obedeciendo las órdenes del señor T. Barnard, el experto de Westinghouse Electric & Manufacturing, que la acompaña en su gira.» Ese mismo año, el científico Samuel Montgomery Kintner presentó al mundo un robot de su creación, Rastus, un peón agrícola que –vaya casualidad– era un «negro mecánico».

Los robots eran toda una promesa comercial. Si bien los artilugios reales de acero y tubos seguían siendo demasiado primitivos para hacer mucho más de lo que los autómatas venían haciendo desde muchos siglos antes, las posibilidades parecían infinitas. ¿Cuándo se podría –preguntó alguien de *The San Antonio Light* en 1928– conseguir que una «vieja criada romántica» tuviera debajo de la cama un robot que funcionara a pleno rendimiento para sus momentos sentimentales y (eso parecía insinuar) para cuando necesitara compañía amorosa? El autor del artículo esperaba que ese día no estuviese demasiado lejos. «En ese futuro feliz, ninguna vieja criada tendrá que buscar en vano un hombre debajo de la cama. El robot siempre estaría ahí, y sería un hombre muy atractivo, una imitación perfecta de su ídolo cinematográfico de las matinés, rubio o moreno el pelo, con bigote o afeitado al ras..., lo que su corazón deseara. Serían modelos estándar, comercializados en serie y a un precio bastante razonable.»[2]

Artículos como ése aseguraban buenas tiradas y eran entretenidos sin ser científicos. No obstante, al mismo tiempo la mecanización real y progresiva del trabajo en las fábricas provocaba angustia. Los escritores utópicos

habían esbozado un futuro en que todo el trabajo lo harían unas máquinas que sólo de vez en cuando necesitarían que un ser humano las revisara o las reparase. Un sueño dorado; pero después de 1929, cuando la Depresión empezó a hacerse sentir, ya se parecía más a una pesadilla, a una competición entre el hombre y la máquina, que se disputaban los pocos y preciosos puestos de trabajo que quedaban. El estado de ánimo de la prensa cambió junto con las angustias de sus lectores, y los artículos de robots comenzaron a tener un matiz desagradable, rayano en la histeria. En 1932, cuando el inventor británico Harry May hizo una demostración de un robot que él mismo había diseñado, capaz de disparar una pistola, apretó sin querer el gatillo mientras lo colocaba en la mano del autómata. El incidente no tardó en conocerse en los Estados Unidos, donde cobró vida propia; varias fuentes escribieron que el robot había apretado el gatillo aposta y que había herido, o incluso matado, a May, convirtiéndose así en el primer muñeco mecánico en alzarse contra su creador y atacarlo.

El hecho de que la historia del robot asesino fuese una invención no impidió que se difundiera. Se vivía un momento en que eran cada vez más los que se sentían vulnerables ante el avance imparable de las máquinas. «¿Está el hombre condenado por la Edad de la Máquina?», preguntó en 1931 un colaborador de la revista *Modern Mechanics and Inventions,* ilustrando el artículo con la imagen de un robot enorme sentado ante un conmutador y mirando con expresión amenazadora a las diminutas figuras humanas que se desloman trabajando. En la misma publicación, el campeón de boxeo Jack Dempsey prometía acudir al rescate y afirmaba: «Puedo noquear a cualquier robot mecánico.» La traicionera falsa Maria de *Metrópolis* había llegado demasiado pronto para suscitar los temores del público.

El progreso del puño de hierro

Que en las décadas de 1920 y 1930 los robots ocuparan un espacio tan grande en la imaginación popular no se debió únicamente a que el progreso de la técnica puso casi al alcance de la mano la posibilidad de hacer realidad un sueño tan antiguo como la humanidad. Al menos en Europa, los cuerpos perfeccionados y, hasta cierto punto, creados por la ciencia, ya

formaban parte de la vida cotidiana. Decenas de miles de mutilados de guerra se habían sometido a cirugía reconstructora para disimular sus horrendas heridas, que a menudo los habían desfigurado, o se veían obligados a llevar máscaras que cubrían parte del rostro imitando de manera natural su aspecto anterior, y eran cientos de miles los que vivían con prótesis cada vez más complejas en las manos e incluso con brazos y piernas enteras. Había empezado la fusión de la biología y la técnica.

El médico vendaba, cortaba, injertaba, modelaba, reeducaba y experimentaba para que los pacientes mutilados llevaran una vida lo más normal posible; pero, al hacerlo, se aproximaba a algo que no tardó en considerarse el límite inviolable entre el ingenio humano y la creación divina. Para la opinión pública era un debate irresistible, pues resurgieron antiguas supersticiones y una curiosidad atemporal. Una vez más, el cine fue el medio ideal para explotar la sed de historias sensacionales que la novedad provocaba. La película austriaca de 1924 *Orlacs Hände (Las manos de Orlac)* es la adaptación cinematográfica de una novela del francés Maurice Renard publicada en 1920: un pianista que pierde las manos en un accidente de tren recibe las de un asesino ejecutado poco antes. Orlac, que siempre había sido un hombre amable, no tarda en sentir una atracción incontenible por los cuchillos, y también un deseo intenso de matar. En 1935 se rodó un *remake* en Hollywood, titulado *Mad Love (Las manos de Orlac)* y protagonizado por Peter Lorre.

Durante la guerra, y en los primeros años posteriores al final del conflicto, las víctimas de neurosis de guerra se habían tratado con buenos resultados no sólo con hipnosis, sino también con electrochoques, que reactivaban unos cuerpos que se habían vuelto dolorosamente inútiles por culpa del trauma de los bombardeos y la visión de tantas carnicerías. El actor y director británico James Whale, un veterano del frente occidental, había dirigido el drama *Journey's End* (Londres, 1928), muy aclamado por la crítica y el público. Poco después lo invitaron a Hollywood, donde firmó un contrato con Universal Studios, que le ofreció la posibilidad de rodar la película que quisiera. Whale eligió el clásico *Frankenstein*, de Mary Shelley, y para el papel protagonista escogió a otro inglés, William Henry Pratt, a quien, por sus extraños rasgos, solían contratar para interpretar a villanos orientales. Y Pratt se ocupó de realzar aún más su exotismo eligiendo el seudónimo de Boris Karloff.

Estrenada en 1931, *Frankenstein* no tardó en convertirse en una película paradigmática. La historia del científico loco que usa partes de cadáveres profanados y las expone a la electricidad y a unos rayos misteriosos para crear un monstruo que, cuando despierta, es una pesadilla asesina, tocó una fibra muy profunda del público. La tan mal concebida criatura llevaba el cerebro de un criminal, pero no era malvada por naturaleza. Antes bien, la falta de comprensión y los poco eficaces tratamientos del Dr. Frankenstein la volvían cada vez más agresiva y desesperada, hasta que al final escapa de su mazmorra y mata sin querer a una joven. Muere quemado en la hoguera –igual que la falsa Maria de *Metrópolis*– a manos de una multitud encolerizada, y así se restablece el equilibrio natural.

El ritual expiatorio del linchamiento público es hondamente inquietante, pero también refleja una verdad psicológica dramatizada en otra película estrenada en 1931, *El hombre y el monstruo,* de Rouben Mamoulian, protagonizada por Fredric March. Adaptación del clásico de Robert Louis Stevenson *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, novela en la que un científico se convierte en un ser malvado ingiriendo una poción que le permite satisfacer sus instintos primitivos sin ningún freno moral una vez transformado en el despiadado y lascivo Hyde, a quien no le importa matar con tal de satisfacer sus deseos. Cuando el doctor Jekyll descubre que ya no es capaz de controlar a su violento álter ego, la situación se le escapa de las manos y la policía termina matándolo en una de sus fases como Hyde.

La película siempre se ha prestado a interpretaciones freudianas, muy populares en aquellos días. Sin embargo, esos villanos del cine –Jekyll/Hyde, Orlac, el monstruo de Frankenstein, el espeluznante Nosferatu, y personajes como el doctor Jack Griffin en *El hombre invisible* (1933, basada en una novela de H. G. Wells)también se dirigían al público en un tono diferente. Millones de soldados habían ido a la guerra convencidos de que combatían por una buena causa, pero se desilusionaron tremendamente cuando llegaron a las trincheras. La guerra no sólo había destrozado, mutilado y desfigurado sus cuerpos; también los había obligado a matar de una manera horrible, anónima y carente de todo sentido, igual que sus enemigos los mataban a ellos. Como al monstruo de Frankenstein, manso al principio, o a la falsa Maria, sus amos los convirtieron en seres abominables que ahora tenían sangre en las manos.

La muerte a ambos lados del frente seguía atormentando a los veteranos

de guerra, como contó el poeta suizo-francés Blaise Cendrars, que en 1915 había perdido un brazo en el frente occidental, en su relato «J'ai tué» (1918). El cuento es una evocación emocionante y magistral de la experiencia bélica, relatada en una prosa densa y modernista como perturbadora aproximación verbal a lo inefable:

> Fuego por doquier. Mil estallidos. Incendios, pavesas, explosiones. Estamos en medio de la avalancha de cañones. Del fragor. De barreras. De la destrucción. Sobre el resplandor de los cañonazos se perfilan perdidos hombres oblicuos, el índice de un cartel, un caballo desbocado. [...] Estamos bajo la bóveda de obuses. Oímos a los enormes pepinazos entrar en la estación. Las locomotoras están en el aire, trenes invisibles, choques frontales, topetazos. [...] Un arca se abre sobre nuestras cabezas. Los sonidos salen de ella por parejas, macho y hembra. Chirridos. Silbidos. Ululares. Relinchos. Todo tose, escupe, barrita, aúlla, grita y se lamenta. Quimeras de acero y mastodontes en celo. Boca apocalíptica, bolsa abierta, de donde caen palabras inarticuladas, enormes como ballenas borrachas.[3]

Atravesando un campo irreconocible, salpicado de cráteres abiertos por las bombas, extremidades en descomposición y cadáveres casi momificados, el narrador se encuentra de repente ante la bayoneta de un soldado alemán. En ese momento, las consideraciones morales no cuentan:

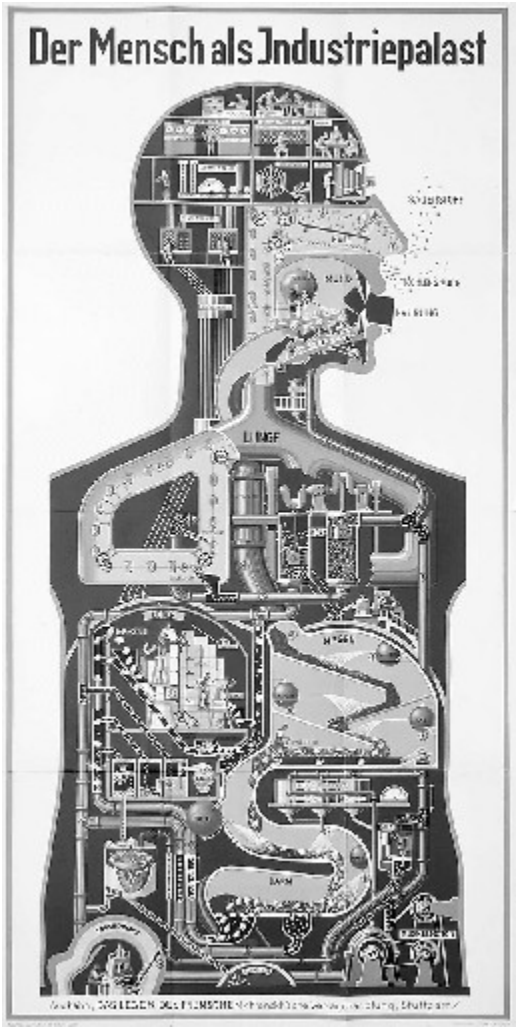
> He desafiado el torpedo, el cañón, las minas, el fuego, los gases, las ametralladoras, toda la maquinaria anónima, demoniaca, sistemática, ciega. Voy a desafiar al hombre. Mi semejante. Un mono. Ojo por ojo, diente por diente. Ahora nos toca a nosotros dos. A puñetazos, a navajazos. Sin piedad. Salto sobre mi enemigo. Le asesto un golpe terrible. Casi le arranco la cabeza. He matado a un *boche*. He sido más ágil y más rápido que él. Más directo. He golpeado primero. Yo, poeta, tengo sentido de la realidad. He actuado. He matado. Como quien quiere vivir.

Una guerra que había convertido a los poetas en asesinos sin hacer de ellos héroes, sino simplemente seres que querían vivir, sin ningún objetivo más alto, sin mayor justificación que la mera supervivencia, que pudo hacer e hizo de los hombres honrados unos monstruosos álter ego de sí mismos. Cuando volvieron, les resultó casi imposible hablar de sus experiencias, del cambio que se había registrado en su interior, y siguieron viviendo con miedo a que su cerebro fuese ahora el cerebro de un criminal, a que sus manos fuesen las de un asesino, miedo a despertar un día y ver que el señor Hyde había ganado, que Jekyll ya no podía volver a ser el que había sido.

Mientras el terror de Hollywood imbuía el temor a Dios con visiones de una criatura que no era obra divina y las terribles consecuencias que ello

acarreaba, los científicos serios también se interesaban por la metáfora del cuerpo como máquina. En 1919, el antropólogo y anatomista escocés Arthur Keith había publicado *The Engines of the Human Body* («Los motores del cuerpo humano»), obra en la que describía la máquina humana como un sistema de palancas (los huesos), motores de combustión interna y una «centralita telefónica» (el sistema nervioso central); pero quien con más vehemencia popularizó la idea de mecanizar a los seres humanos fue Fritz Kahn, un médico alemán que llevó una vida peripatética entre los Estados Unidos, Alemania y Palestina. Nacido en Halle en 1888, había crecido en Hoboken (estado de Nueva Jersey) y Nueva York, y cursado estudios en Hamburgo, Bonn y Berlín, donde también terminó la carrera de medicina. Durante la guerra, el joven médico sirvió en el frente occidental y en los Alpes, escenario de batallas encarnizadas y bombardeos especialmente crueles. A principios de 1918, tras una crisis nerviosa, lo enviaron a recuperarse a la granja de unos campesinos del Tirol.

Al volver de un largo viaje a Argelia, Kahn se comprometió en algunos proyectos sociales. Ferviente sionista desde sus días de estudiante, participó activamente en organizaciones de beneficencia judías y en 1921 viajó a Palestina. El año siguiente abrió una consulta de ginecólogo en Berlín y comenzó a escribir libros de divulgación médica en los que describió sistemáticamente el cuerpo humano como «la máquina de más alto rendimiento del mundo». Una gran parte del éxito de sus obras se debió a las espléndidas ilustraciones, láminas de los mecanismos internos de la máquina humana, con su centro de mando en el cerebro, donde unos hombrecillos vestidos de blanco se ocupan de hacerla funcionar: las arterias parecen un sistema de tuberías; el hígado transforma el azúcar y limpia la instalación en una cinta transportadora vigilada por unos obreros muy atentos... Como metáfora, la referencia al hombre máquina no sólo era fácilmente comprensible, sino que su determinismo se prestaba a aplicarse a cuestiones políticas y sociales.



El hombre como máquina. En su ilustración de 1922 «El hombre como palacio industrial», Fritz Kahn exponía su visión del funcionamiento del cuerpo humano.
Thilo von Debschitz

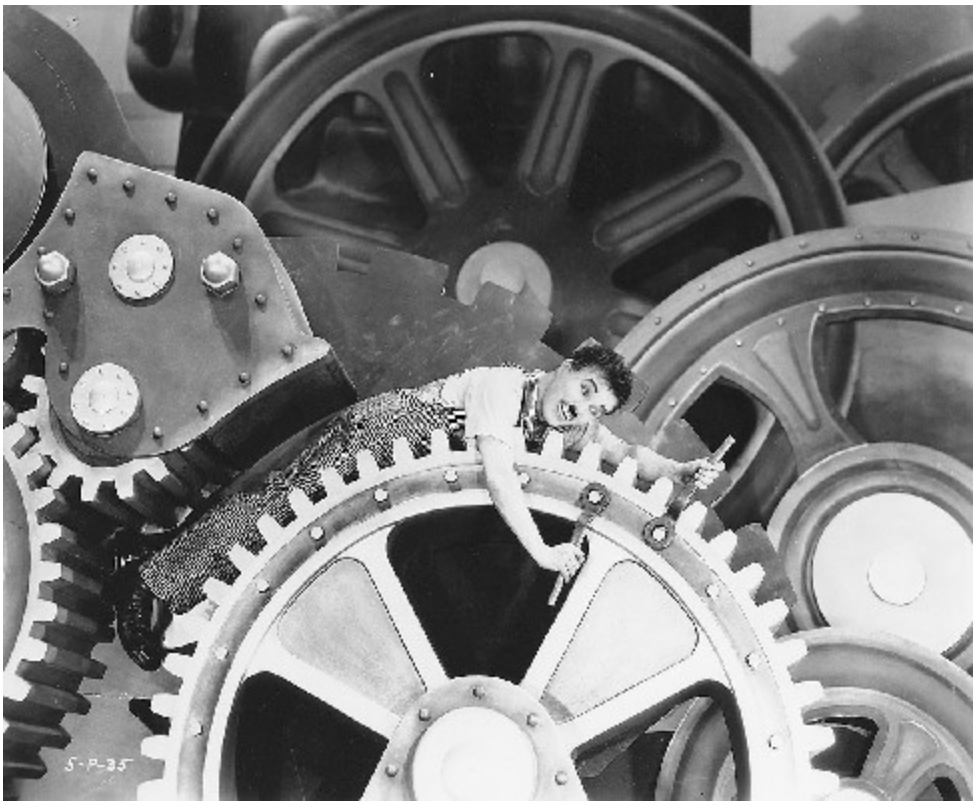
Por entonces Kahn ya era una figura muy popular, y en 1926 lo invitaron a desempeñarse como consejero científico de una importante exposición que se abriría en Düsseldorf, dedicada a la salud, a cuestiones sociales y a la buena forma física; Kahn se encargó de los temas relativos a «la higiene de los judíos», lo que da fe de la ideología racista de los organizadores, pero lo cierto es que tampoco él era inmune al determinismo biológico. En su libro *Nuestra vida sexual* (1937) describió las características sexuales de un hombre y una mujer «normales»; según Kahn, el hombre tenía la frente alta, señal de inteligencia y determinación, mientras que la frente baja de la mujer era prueba de su naturaleza sentimental y disposición a sacrificarse.

Sólo piezas de una máquina

La imagen de los humanos como máquinas, metafórica o literalmente, como cyborgs mejorados mecánicamente, rondaba la imaginación popular del periodo de entreguerras. Era una pesadilla muy moderna, producto no sólo de la experiencia bélica, sino también de la vida urbana y el trabajo en las fábricas organizado según los principios del taylorismo. En *Tiempos modernos*, dirigida por Charlie Chaplin en 1936, se dio un paso más para contar la historia de un obrero cuyo lado humano se rebela contra la mecanización de su existencia y que acaba devorado por la enorme máquina de la que él ha llegado a ser una parte mecánica y orgánica.

La mecanización aterrorizaba, pero no a todo el mundo. El lugar ideal para hacer realidad esos sueños de un plan perfecto para una sociedad del futuro sin fallos fue la Rusia revolucionaria (llamada Unión Soviética después de unirse con algunos de los antiguos estados zaristas más pequeños en 1922). Tras el terrible derramamiento de sangre que tuvo lugar durante la guerra civil, tras las ejecuciones, las hambrunas y las epidemias, después del hambre constante y las desastrosas iniciativas de los primeros gobiernos, a algunos el nuevo imperio les daba la impresión de estar apaciguándose y haber tomado la senda de la esperanza, y los llevó a reflexionar sobra la manera de hacer realidad un sueño de justicia e igualdad tan antiguo como la humanidad misma.

Sin embargo, no todos veían con optimismo lo que estaba ocurriendo en el nuevo Estado. El aplastamiento de la rebelión de Kronstadt había horrorizado a muchos de los simpatizantes occidentales, e incluso en Rusia se desilusionaron muchos socialistas idealistas. Sin embargo, mientras el camarada Stalin consolidaba su poder con una red de policía secreta cada vez más extensa, con espías, cárceles, calabozos de tortura y ejecuciones, muchos intelectuales y artistas jóvenes comprometidos políticamente seguían pensando que podrían hacer realidad la utopía, y a menudo siguieron pensando así hasta que la Cheka llamó a sus puertas a altas horas de la noche.



Tragado por la máquina: Charlie Chaplin, el obrero trastornado de Tiempos modernos, *película que muchos consideran demasiado crítica con el capitalismo de la época*.
Modern Times © Roy Export S.A.S. Scan Courtesy Cineteca di Bologna

Entre los leales a la idea revolucionaria y la posibilidad de una renovación utópica cabe citar al ingeniero y poeta Alekséi Gástev, militante comunista desde sus días de estudiante. Su compromiso le había valido la exclusión de la Academia de Pedagogía de Moscú y tres destierros en Siberia, hasta que finalmente emigró a Francia en 1907. En París había trabajado en la fábrica Renault y había visto desde la primera fila la introducción del taylorismo, el evangelio de la eficiencia y la optimización del trabajo que predicó el ingeniero y economista norteamericano Frederick Winslow Taylor, que había analizado la producción industrial dividiéndola en secuencias individuales de los movimientos de los obreros en la fábrica y había divulgado una serie de cambios concebidos para ahorrar esfuerzo y tiempo y, así, aumentar la productividad. Para Taylor, los obreros eran poco más que partes de una máquina, y la eficiencia mejoraba no haciendo su trabajo más agradable o más seguro, sino simplemente haciendo de ellos trabajadores más productivos.

Al volver a Rusia poco antes de la revolución, Gástev se hizo sindicalista y se convirtió en el profeta del taylorismo; encontró un oyente interesado en Lenin, con quien se carteaba. Tras la creación del Estado soviético, Lenin se fijó la prioridad de industrializar rápidamente el inmenso imperio, muy atrasado, y recurrió a Gástev para que introdujera en las fábricas el milagro de la eficiencia. «La guerra nos enseñó muchas cosas», escribió Lenin; «no sólo que la gente sufrió, sino sobre todo que llegaron primeros los que disponían de la mejor técnica, los que tenían la mejor organización y disciplina y las mejores máquinas; eso es lo que nos enseñó la guerra. Es fundamental aprender que sin máquinas y sin disciplina es imposible vivir en la sociedad moderna. Es necesario dominar la técnica más desarrollada; de lo contrario, nos aplastan.»[4]

En 1920, a manera de paso adelante hacia la realización del sueño de una Unión Soviética plenamente industrializada, Lenin había ayudado a Gástev a crear el Instituto Central del Trabajo, dedicado a analizar distintas prácticas y a formar a los trabajadores para que fueran más eficientes. Gástev se zambulló en la tarea como un poseso; su objetivo era la eficiencia absoluta y maquinal del trabajo en las fábricas y, en última instancia, de todos los aspectos de la vida en la nueva sociedad.

Su adoración del «mesías de hierro» no conocía límites. Para Gástev, las máquinas eran sus «amigos de hierro» y el estrépito, los pitidos, los chirridos y los gritos eran la música del futuro. Al final, hasta el pesado proceso de toma de decisiones en democracia lo asumirían unos autómatas competentes, capaces de evaluar los hechos con una objetividad que superaría con mucho a la de los humanos. Su modelo ideal de transformación del lugar de trabajo, con sus implicaciones sociales, era nada menos que el capitalista a ultranza Henry Ford, fundador de Ford Motor Company e introductor de la línea de montaje en sus fábricas de automóviles. Ford no sólo había escrito *Mi vida y mi obra*, una autobiografía que en traducción rusa conoció múltiples ediciones; en otros libros, también se había explayado sobre la moral oculta del trabajo.

En *La máquina, el Nuevo Mesías*, Gástev entonó loas a ese nuevo evangelio llamado fordismo, que no sólo era un medio para mejorar la productividad, sino también para instaurar entre los trabajadores una manera de vivir moral y limpia. «Una fábrica limpia, unas herramientas limpias, indicadores y métodos de fabricación precisos crean una máquina

eficiente que funciona sin problemas», había escrito Ford; y «un pensamiento y un estilo de vida limpios y la falta de engaño» garantizaban una vida familiar satisfactoria.[5] No obstante, tampoco puede decirse que las fábricas de Ford fueran tranquilas escuelas dominicales; antes bien, eran la arena de una competencia feroz en la que los obreros sólo eran piezas de una máquina perfectamente puesta a punto. «Una gran empresa es realmente demasiado grande para ser humana», pensaba Ford, y Gástev admiraba esa determinación implacable y sus fabulosos resultados. La Unión Soviética importaba coches y tractores Ford por decenas de miles, y el ingeniero estaba convencido de que los comunistas tenían que aprender de su adversario ideológico. La consigna fue: *amerikanizatsii*, «americanización».

El objetivo del proceso residía en nada menos que una transformación completa de la sociedad. Gástev escribió que, dentro del nuevo orden soviético, y con el entusiasmo necesario, las máquinas fijarían el rumbo y la gente las seguiría, realizando gestos estandarizados y llevando una vida estandarizada. Todos los aspectos de la vida acabarían optimizados por la eficiencia y la uniformidad, incluidas no sólo la vivienda y la educación, sino también la lengua, la comida, el pensamiento y el sexo. La persona ideal debía ser una unidad de producción, evaluada únicamente según su eficiencia y bautizada con una combinación de letras y cifras neutras, «frías y carentes de personalidad, de emoción y de lirismo; y ya no se expresará mediante gritos o risas, sino más bien por medio de un manómetro o un taxímetro. La ingeniería de masas convertirá al hombre en un autómata social».[6]

En el Instituto de Gástev, los trabajadores tenían que aprender a llevar a cabo sus tareas atados a máquinas que aseguraban la máxima eficiencia de sus movimientos. Cada tarea se fotografiaba y se describía en diagramas y «ciclogramas», y las mejoras que se obtenían se comunicaban a fábricas de toda la Unión Soviética. Luchando contra la escasez de herramientas y de instrumentos científicos, y también de comida y combustible para la calefacción de sus institutos, el incansable Gástev predicó el evangelio de la completa mecanización final de la sociedad e hizo caso omiso de la oposición obrera y de otras corrientes bolcheviques. El escritor alemán Ernst Toller visitó el instituto y describió filas y filas de aprendices vestidos con el mismo uniforme de trabajo y sentados ante idénticas mesas de

trabajo; les enseñaban a obedecer las señales eléctricas de una máquina, una y otra vez y día tras día, hasta completar los seis meses que duraba la formación.

Para los entusiastas de la planificación revolucionaria, esa monotonía cotidiana era, ni más ni menos, un ideal social. Los miembros de la Sociedad de Arquitectos Contemporáneos, fundada en 1928, consideraban que su misión iba mucho más allá de construir casas para el proletariado, pues aspiraban a «modificar radicalmente la estructura de la vida humana tanto en lo productivo como en lo social y lo personal», imaginando y construyendo estructuras que, en el apogeo del urbanismo soviético, funcionasen como «condensadores sociales». Las viviendas obreras tenían que organizarse en comunas, y cada una de ellas tendría su comedor, un club, una lavandería, guarderías, espacios para actividades culturales y parques. A diferencia de los hábitos pequeñoburgueses del pasado, la propiedad y las tareas de la vida cotidiana se compartirían libremente y la vida tenía que organizarse según principios científicos. Un arquitecto diseñó un útil «gráfico de la vida» con la intención de regular la rutina diaria de los trabajadores y las prioridades de planificación de los urbanistas:

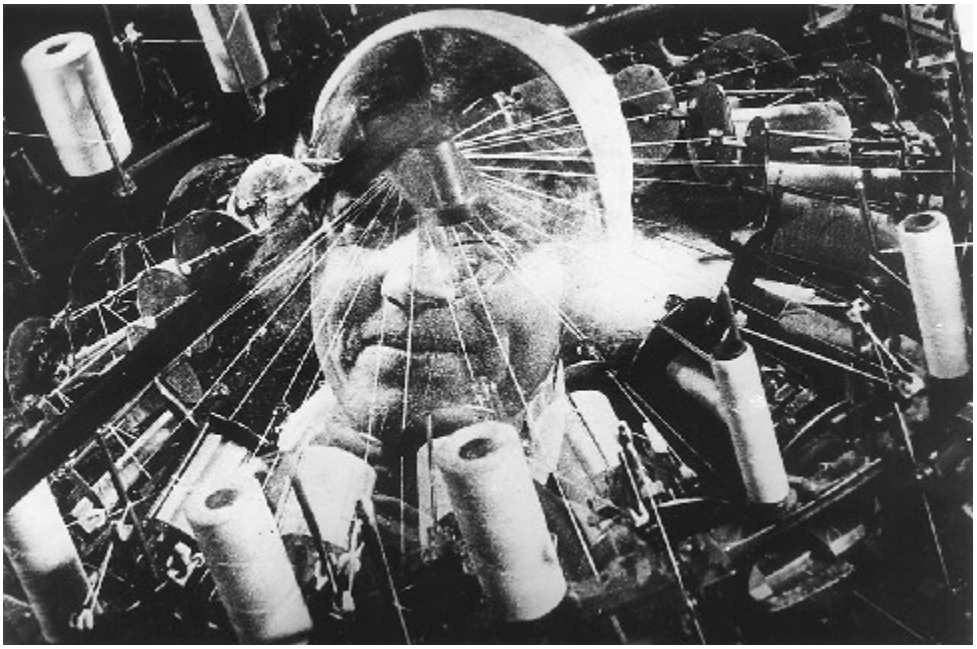
1. Apagar las luces: 22.00.
2. Despertar (ocho horas de sueño): 6.00.
3. Calistenia (cinco minutos): 6.05.
4. Cuarto de baño (10 minutos): 6.15.
5. Ducha (opcional; 5 minutos): 6.20.
6. Vestirse (5 minutos): 6.25.
7. Al comedor (3 minutos): 6.28.
8. Desayuno (15 minutos): 6.43.
9. A los vestuarios (2 minutos): 6.45.
10. Ponerse ropa de calle (5 minutos): 6.50.
11. A la mina (10 minutos): 7.00.
12. Trabajo en la mina (8 horas): 15.00.
13. Regreso a la comuna (10 minutos): 15.10.
14. Quitarse la ropa de calle (7 minutos): 15.17.
15. Aseo personal (8 minutos): 15.25.
16. Almuerzo (30 minutos): 15.55.
17. A la sala de reposo para hora libre (3 minutos): 15.58.

18. Tiempo libre. Quienes lo deseen podrán dormir la siesta. En ese caso, se retirarán a los dormitorios: 16.58.
19. Baño y cambio de ropa (10 minutos): 17.08.
20. Al comedor (2 minutos): 17.10.
21. Té (15 minutos): 17.25.
22 Al club (Recreación. Desarrollo cultural. Gimnasia. Opcional: tomar un baño o nadar. Aquí será simplemente la vida la que determinará cómo se pasa el tiempo, la que confeccionará el plan. Tiempo asignado: 4 horas): 21.25.
23. Al comedor; cena y al dormitorio (25 minutos): 21.50.
24. Preparativos para retirarse (se podrá tomar una ducha; 10 minutos): 22.00.[7]

En 1938, en el Instituto y en sus mil setecientas filiales ya se había formado más de medio millón de trabajadores con el nuevo sistema. A Gástev le concedieron la Orden de la Bandera Roja, una condecoración al mérito del trabajo que era una de las más altas de la Unión Soviética. También le concedieron un apartamento en un edificio de Moscú en el que se alojaban muchos escritores e intelectuales del país. Allí, el 8 de septiembre de 1938, agentes de la policía secreta lo arrestaron y se lo llevaron. Acusado de ser un conspirador contrarrevolucionario, lo condenaron a muerte durante un juicio de media hora celebrado el 14 de abril de 1939, y lo ejecutaron al día siguiente.

El destino de Gástev lo compartieron miles de entusiastas revolucionarios que de repente se encontraron en el lado equivocado de las luchas del poder del Kremlin, con sus constantes y súbitos cambios de políticas, o los que sencillamente fueron elegidos para completar las cuotas de ejecuciones impuestas desde arriba. Su fe en un futuro de la técnica, en el que toda la Unión Soviética sería una máquina enorme y reluciente manejada por unidades de producción de carne y hueso, un extenso paisaje de acero, hormigón y asfalto, gloria de la revolución internacional, no murió con él, pero tampoco pervivió tal como lo habría deseado. Sus escritos y puntos de vista sirvieron de fuente de inspiración para una larga serie de novelas de ciencia ficción. La más famosa de ellas fue *Nosotros*, de Yevgueni Zamiatin; escrita en 1921, no se publicó hasta 1927, después de que el autor consiguiera sacar el manuscrito de la Unión Soviética a escondidas. La

novela transcurre en «Un Estado», un país policial y dictatorial del futuro en el que, a manera de nombre, los individuos llevan una combinación de letras y cifras. El narrador, ingeniero en jefe de Un Estado, es D-503, que al principio lleva una vida cómoda en la que tienen cabida visitas ocasionales de su amante, 0-90, que le ha sido asignada para encuentros sexuales impersonales. Los habitantes de Un Estado llevan una existencia completamente uniforme en casas de cristal que facilitan la vigilancia de la policía secreta, y acatan absolutamente todas las órdenes.



Fuera de control: visión utópica del Homo sovieticus, *parte de una máquina perfecta, según Dziga Vértov*.
Dominio público

Cuando D-503 conoce a una mujer que viola las estrictas normas de la nación y da muestras de tener rasgos y deseos personales, se horroriza, pero también se siente extrañamente fascinado. Poco después empieza a soñar por las noches, indicio claro de trastornos mentales según las autoridades estatales. Ese amor ilícito termina no sólo en un embarazo no aprobado por la omnisciente administración; su amante consigue escapar y llevar otra vida, y quedarse con la criatura en lugar de verse obligada a entregarla en adopción. Tal como revela en la última entrada de su diario, D-503 tiene que pagar un alto precio por su insensato acto de individualismo. Aturdido y

atado a una mesa, lo someten a una «gran operación» en el cerebro; a partir de ahí, funcionará «como un tractor con forma humana», igual que miles de sus conciudadanos, también sometidos a la misma intervención quirúrgica.

Otra aproximación ficcional a la utopía fría e impersonal de Gástev fue *Aelita, reina de Marte*, película de 1924 dirigida por Yákov Protazánov, en la que la reina deja de funcionar como se espera de ella y se sale de su existencia aristocrática programada al milímetro después de ver por su telescopio a un atractivo joven ingeniero ruso que habita en la Tierra. En el mundo futurista de Marte, que el filme recrea con unos asombrosos decorados constructivistas, se supone que el amor no forma parte del sistema; así, Aelita ya no es respetada por los otros miembros de la élite, y ha de esperar hasta que su amor interplanetario, que ha construido una nave espacial que le permite viajar a Marte, acuda en su rescate. En la visión de Protazánov, el planeta distante se parece mucho a la Rusia que había imaginado Gástev, con la única diferencia de que, en Marte, un ejército de trabajadores esclavos –muy similares a los que dos años después aparecerían en *Metrópolis*– sostiene al mundo esplendoroso de la clase alta.

Utopías concretas

En Alemania, el lenguaje de la nueva manera de vivir, deliberadamente contraria a las pesadas cortinas y cachivaches de la época guillermina y su espíritu belicista, tuvo un nombre: Bauhaus. Como el país desgarrado y contradictorio donde surgió, en el que todo parecía estar a punto de empezar, la escuela de la Bauhaus perseguía ideales que, en muchos aspectos, eran mutuamente excluyentes. Recordado hoy principalmente por la funcionalidad de sus diseños y su arquitectura, el antepasado de la imparable oleada de edificios funcionales, con frecuencia desangelados, que proliferaron en las décadas de 1960 y 1970 y que se valieron de los métodos de la Bauhaus sin emular su espíritu, tenía ambiciones mucho más grandes que apuntaban nada menos que a una revolución en todos los ámbitos de la vida.

La Bauhaus la fundó en Weimar Walter Gropius, arquitecto visionario cuya elegante fábrica Fagus de hormas para zapatos, construida en Alfeld en 1911, es uno de los primeros ejemplos del nuevo estilo arquitectónico,

que evitaba toda ornamentación de un modo casi ostentoso. Con el acento puesto en las líneas rectas y en materiales como el vidrio, el hormigón y el acero, la funcionalidad y la eficiencia industrial de la escuela alemana debían a las ideas de Taylor y Ford tanto como a los sueños de Gástev, el impulsor de una Unión Soviética mecanizada.

Antes de la guerra, Gropius había trabajado en el estudio de Peter Behrens, defensor de un estilo arquitectónico nuevo y carente de elementos decorativos. Entre sus colegas cabe citar a Ludwig Mies van der Rohe y al joven arquitecto suizo Charles-Édouard Jeanneret-Gris, más tarde mundialmente célebre como Le Corbusier. En 1915, Gropius se casó con Alma, la viuda de Gustav Mahler, con la que tenía una relación extraconyugal desde antes de la muerte del compositor en 1911.

Invitado a dirigir la escuela de Bellas Artes de Weimar por Henry van de Velde, su anterior director, Gropius se dedicó a concebir una nueva manera de enseñar y producir arte, objetos de uso cotidiano, casas y espacios urbanos. A tal fin, y con el objetivo de construir una institución que llegara a ser el centro de una nueva estética, invitó a algunos de los artistas más destacados de la época; entre otros, a Vassili Kandinski, Lyonel Feininger, Paul Klee y Oskar Schlemmer.

Las ideas en que se apoyó el proyecto de la Bauhaus eran utópicas, y evolucionaron paralelamente a los debates culturales que se mantenían en y fuera de Alemania. En un primer momento, las grandes figuras de la escuela se inspiraron en los trabajos del movimiento británico Arts and Crafts, que hacía hincapié en la necesidad de liberar a los objetos del rigor de la fábrica, reivindicaba una belleza funcional y daba prioridad a la artesanía por encima de la producción impersonal y en serie. «El artista es la intensificación del artesano», escribió Gropius. Los objetos icónicos que concibieron los diseñadores de la Bauhaus y que construyeron en sus talleres –el sillón de acero y cuero de Marcel Breuer, o el edificio de la Bauhaus en Dessau con las casas de los profesores– dejaron una marca imborrable en la estética moderna, precisamente por hallarse en la intersección entre oficio y arte, entre utilidad y belleza.

Esa visión inicial acabó cambiando y adaptándose a las ideas de moda en aquellos días. Con sus «maestros» y su inflexibilidad en lo tocante a cuestiones estéticas, la Bauhaus siempre había tenido su lado autoritario; de hecho, la mayoría de sus profesores tenían una concepción muy alemana y

casi wagneriana de la obra de arte total, un enfoque abarcador de la estética que iba más allá de los objetos y los edificios y se filtraba incluso en la danza, en la música y en las cuestiones sociales, creando así una visión integrada de la vida. Si bien las ideas de conocimiento del oficio e ingeniería social siguieron desempeñando un papel importante, algunos profesores y estudiantes se interesaron en una estética puramente mecánica inspirada en la idea del cuerpo humano como máquina; de ello dan fe las producciones teatrales con personajes de aspecto robótico y los movimientos y los estudios geométricos salidos del estudio de Oskar Schlemmer y sus alumnos. Esa benigna dictadura artística de la verdad y la belleza que fue la Bauhaus empezó a hacer sus propias contribuciones al tema del hombre y la máquina.

El experimento duró solamente hasta 1933, cuando el gobierno nazi, que, además de sospechosa, la consideraba un rival ideológico, la obligó a echar el cierre. No obstante, la escuela ya había cambiado de un modo significativo antes de la clausura. Tantas grandes personalidades artísticas en un espacio tan pequeño, y obligadas a veces a trabajar juntas en una curiosa mezcla de experimento socialista y academia alemana, siempre habían sido sinónimo de incontables problemas, pero al final, y en parte como reacción a las presiones comerciales, los diseños comenzaron a tender cada vez más hacia la producción en serie. La gran atención que se prestaba a la proporción, a los volúmenes y al detalle, que constituía el secreto de la belleza del diseño de la Bauhaus, se vio desplazada a menudo por preocupaciones más mundanas.

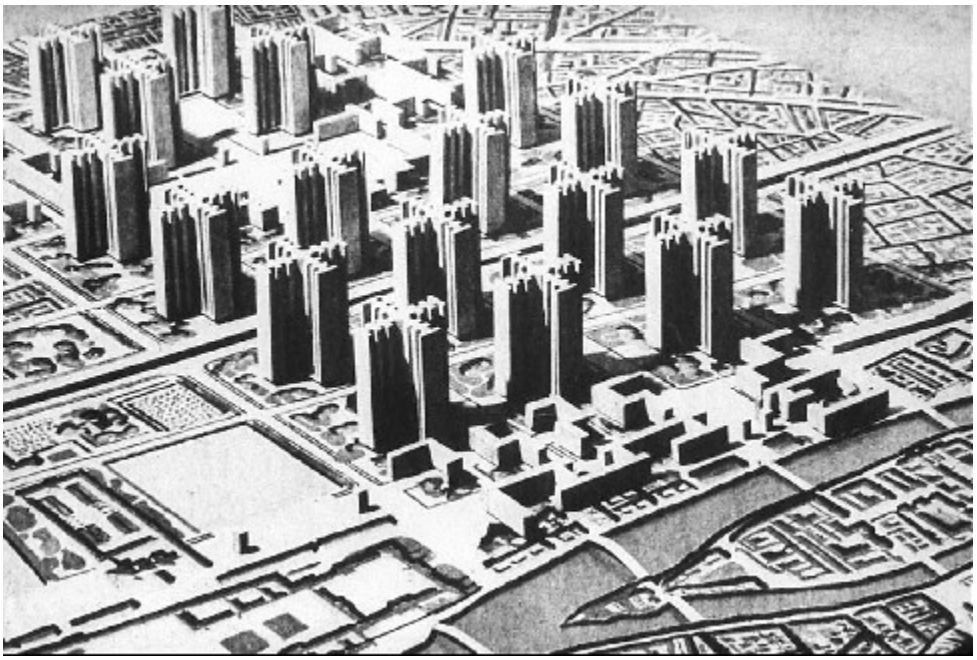
Gropius había dejado la escuela en 1928 para dedicarse a una carrera en solitario, también orientada cada vez más hacia grandes proyectos urbanísticos y viviendas para las clases trabajadoras, y en ese camino abandonó también gran parte de su postura anterior, que insistía en el trabajo artesanal y en la individualidad y se decantó por los componentes prefabricados por considerarlos la manera más rápida y sencilla de paliar el déficit de vivienda, e incluso el diseño de los edificios acabó determinado en parte no por las necesidades de sus futuros habitantes, sino por las maneras más eficaces de utilizar las máquinas, los materiales y a los trabajadores durante el proceso de construcción.

Walter Gropius llegó a dejar de lado las ideas de sus comienzos, pero no puede decirse lo mismo de Le Corbusier, el segundo gran partidario de la

construcción racionalista, cuyo entusiasmo por la edificación a gran escala y conforme a necesidades industriales era tan ilimitado que lo llevó a definir una casa como «una máquina para vivir». Si bien la mayor parte de su obra arquitectónica se concretó en viviendas individuales, la verdadera pasión de Le Corbusier era diseñar o rediseñar ciudades enteras según sus principios, que giraban en torno a la eficacia, las líneas limpias y las zonas de intersección, meticulosamente concebidas, entre la vida, el trabajo y el transporte. Le Corbusier comprendió, antes que la mayoría de sus colegas, que los automóviles cambiarían el modo de planificar y construir las ciudades –y de vivir en ellas– y apostó sin reparos por el nuevo medio de transporte, que emanciparía a los individuos derribando todos los límites a su movilidad.

En 1922, Le Corbusier presentó su Ciudad Contemporánea, un plan consistente en levantar una inmensa metrópolis para tres millones de habitantes alrededor de unas torres cruciformes rodeadas de calles que discurrían en diferentes niveles; en suma, una urbe muy parecida a la Metrópolis de Fritz Lang. Cuando el arquitecto se dio cuenta de que su proyecto no despertaba el entusiasmo general que había esperado, dio un paso más y promocionó una iniciativa que, en su opinión, no dejaría indiferente a nadie. Financiado por un fabricante francés de automóviles y aviones, el arquitecto suizo desarrolló el Plan Voisin, cuyo objetivo final era reconstruir París derribando la mayor parte de los edificios de la orilla derecha del Sena y reemplazándolos con una serie de dieciocho rascacielos dispuestos como otros tantos bloques.

En 1925, cuando Le Corbusier presentó su plan en una exposición mediante un diorama de dieciocho metros del nuevo París imaginario, la reacción de los políticos responsables fue una mezcla de burla y auténtico horror. París, la más bella de las ciudades del mundo, no iba a permitir que una pesadilla moderna la borrase del mapa, aun cuando significara liberar a la ciudad de sus calles estrechas y ya apenas transitables, del mismo modo, casi, que el plan del barón Haussmann en otras partes de la ciudad dos generaciones antes. Le Corbusier no dejó que la predecible reacción a su complicado sueño lo intimidara; al parecer, la confianza que tenía en sí mismo era tan indestructible como el celo que ponía en sus proyectos de gran envergadura.



La brutalidad de lo moderno: el arquitecto suizo Le Corbusier propuso tirar abajo París y reemplazarlo con una serie de rascacielos y carreteras.
Bildrecht. Le Corbusier, plan Voisin (für HC) Paris, Plan Voisin, 1925/© Bildrecht, Viena, 2014

Movido siempre por el deseo de hacer realidad sus sueños, el arquitecto buscó alianzas allí donde parecían más prometedoras. Sus ideas arquitectónicas, de una modernidad arrolladora, y su énfasis en la disciplina y en las soluciones racionalistas radicales, le valieron el aplauso del periodista y escritor francés Georges Valois, el fundador de Le Faisceau, en cuya revista, *Nouveau Siècle*, que destilaba un antisemitismo y un nacionalismo violentos, se publicó el plan y las ideas de Le Corbusier. El arquitecto cultivó ese prometedor contacto y en 1934, a invitación de Mussolini, dio varias conferencias en Italia.

En Gran Bretaña, la modernidad de la metrópolis con sus máquinas y robots se acogió con un escepticismo considerable. Algunos intelectuales entusiastas, como George Bernard Shaw, fueron fervientes partidarios de lo que consideraban el gran experimento soviético para el futuro de la humanidad, pero esas soluciones ambiciosas nunca gozaron del favor de un país y una cultura esencialmente empíricos, individualistas y respetuosos con la costumbre. En esos momentos, Gran Bretaña tenía preocupaciones más urgentes; en 1926 una huelga general paralizó el país y la economía renqueaba. Con todo, no pasó inadvertido el entusiasmo casi universal por

un mundo nuevo y automatizado, y tampoco los excesos soviéticos, que ya eran más que evidentes.

Aldous Huxley había leído *Nosotros*, de Yevgueni Zamiatin –al menos eso fue lo que más tarde afirmó George Orwell–. En 1931, mientras vivía en Italia, Huxley comenzó a escribir una novela acerca de un futuro Estado mundial cuya población es totalmente feliz. La población está dividida en castas. Todos saben el lugar que les corresponde y funcionan de manera responsable, y a todos los vigilan... por si acaso. No existen los celos, el sexo es sólo un momento de recreo y todo el mundo puede consumir libremente «soma», una droga que alegra la vida. El idilio se quiebra cuando un muchacho, originario de una tierra remota y cuya madre había formado parte de esa sociedad de sonámbulos, llega a Londres y se revela incapaz de funcionar en ese mundo sin emociones, sin individualidad y sin ningún apego personal. Al final, la felicidad incesante e impersonal de la mayoría puede con él. La novela se publicó en 1932 con el título *Un mundo feliz*.

Desde el monstruo de Frankenstein hasta la desdichada Aelita, reina de Marte, y desde la diabólica falsa Maria de *Metrópolis* hasta los robots asesinos de *R.U.R.*, las utopías de base técnica y sus visiones del Hombre Nuevo, surgidas en el periodo de entreguerras, estuvieron plagadas de profundas angustias respecto del futuro. El miedo y la sospecha también envenenaban el clima político, pues no había utopía, salvo la personal, que se considerase inocente, racional y ni siquiera moral. En muchas sociedades, sobre todo en las que se habían vuelto a trazar las fronteras y cuyas instituciones se encontraban fuertemente debilitadas, ese clima de odio latente provocó violentos conflictos. Vecinos y hermanos se enfrentaron entre sí en las guerras civiles europeas, y en ninguna parte lo hicieron con tanta saña como en Austria, el corazón del continente.

1927: UN PALACIO EN LLAMAS

> Fue una época agitada. Nunca se sabía cuál era la fiesta más salvaje. Nunca se sabía a cuál ir.
>
> HELMUT QUALTINGER,
> *Der Herr Karl*, 1963

«¡Se queman los archivos!», gritó el hombre una y otra vez. «¡Todos los archivos!»

«¡Es mejor que quemar gente!», replicó, con furia, un joven mezclado entre la multitud, antes de que el remolino de cuerpos lo arrastrase entre los gritos que advertían de nuevas cargas de la policía que disparaba contra los manifestantes.

El joven era Elias Canetti, estudiante en aquellos días, y narró el episodio en su autobiografía. El 15 de julio de 1927, la gente había llegado a las puertas del Palacio de Justicia de Viena desde todos los rincones de la ciudad. Con expresión adusta, pero decidida, los vieneses se congregaron delante del imponente edificio. Nada los detendría. Temiendo lo peor, el alcalde socialdemócrata de Viena se había subido a lo alto de un coche de bomberos para suplicar que se dispersaran; pero los manifestantes tiraron abajo las puertas del Palacio y comenzaron a destrozar los archivos y a arrojarlos por las ventanas mientras rompían los muebles y hacían pedazos todo lo que encontraban.

Seguidamente, empezó a circular, de una boca airada a otra, en voz baja o a gritos, el rumor de que se estaba tramando otro plan: «¡Vamos a llenarlos de humo!» Alguien encendió fuego. Pronto el calor reventó las ventanas y un humo negrísimo inundó la calle. Los bomberos, que ya se encontraban en el lugar por lo que pudiera pasar, quisieron entrar en el edificio, pero los manifestantes les cerraron el paso, y aquéllos no tuvieron más remedio que contemplar impotentes las primeras llamas que, lamiendo la fachada,

llegaban a la azotea mientras el fuego destruía miles de páginas y ahuyentaba a tantos otros pájaros aturdidos. Ardía el Palacio de Justicia.

La reacción fue rápida y brutal. Con el consentimiento expreso de Ignaz Seipel, el canciller de la joven república, la policía ordenó disparar contra la multitud. Oficiales a caballo y pelotones armados convirtieron la refriega en un baño de sangre. A los que huían les disparaban por la espalda; la manifestación se disolvió, pero volvió a formarse; soliviantados, los vieneses abucheaban a las fuerzas del orden antes de salir corriendo; un hombre empezó a darse puñetazos en el pecho y gritó: «¡Aquí! ¡A mi pecho tenéis que disparar!» Al final del día, ochenta y nueve manifestantes yacían muertos en las calles de Viena; los heridos se contaban por centenares.

El enfrentamiento mortal del 15 de julio fue consecuencia directa de un altercado anterior, de diferente carácter, durante el cual habían muerto un niño de ocho años y un veterano de guerra. El 14 de julio, los asesinos, dos miembros de una organización paramilitar, habían sido absueltos de todos los cargos, decisión que provocó la marcha sobre el Palacio de Justicia. Al joven Canetti, que ese día se encontraba entre los manifestantes, la experiencia de ser arrastrado con la multitud, de formar parte de algo más grande, más fuerte y extrañamente impersonal, le cambió la vida. En su obra posterior volvió a referirse en incontables ocasiones a ese día crucial, y también lo hizo en su ensayo *Masa y poder* y en la novela *Auto de fe*, en la que un filólogo y bibliófilo trastornado quema su biblioteca.

Un símbolo de las luchas fratricidas en Austria: arde el Palacio de Justicia de Viena.
Getty Images

Canetti no fue el único que vio en el incendio un símbolo potente de una catástrofe política y social. El gran novelista austriaco Heimito von Doderer, que en el mundo anglófono sigue siendo hasta hoy casi un desconocido, se sintió hondamente conmovido por los acontecimientos en torno al incendio del Palacio de Justicia, y lo mismo le ocurrió a Karl Kraus, el periodista célebre por su mordacidad. También sintieron una fuerte sacudida interior miles de austriacos, y si bien casi ninguno puso por escrito esos sentimientos tan bien guardados, los llevaron con ellos, como tantas otras bombas incendiarias, durante los años que siguieron.

Hacía décadas que la capital austriaca no se encontraba tan cerca de una guerra civil en toda regla como en ese caluroso día de verano. Los acontecimientos que se sucedieron apoyan la afirmación de Karl Kraus, para quien Viena era «una estación experimental del apocalipsis», un microcosmos político y cultural con grupos sociales desgarrados entre la recuperación y el colapso, entre la esperanza y el odio y entre el socialismo y el fascismo.

Dos facciones, ambas con brazos paramilitares armados, se enfrentaban

entre sí con un odio implacable en Viena y en todo el país; por una parte, un movimiento fundamentalmente urbano formado por socialdemócratas, socialistas, comunistas y varios otros grupúsculos, y, por la otra, una facción conservadora, católica y a menudo fascista que contaba con fuerte apoyo especialmente en las zonas rurales y entre la pequeña burguesía.

Se combatía, nada más y nada menos, que por el alma del país, y el origen de esa batalla hay que buscarlo en la disolución del imperio habsbúrgico tras la derrota de los poderes centrales una década antes. Hasta 1918, el imperio austrohúngaro había abarcado el 20% del territorio europeo, desde los remotos bosques de Transilvania hasta la frontera suiza, y desde las regiones de Bohemia, al norte, rozando Dresde, hasta la costa adriática de Bosnia y Montenegro. Rural en su mayor parte, y económicamente atrasado en muchas zonas, el imperio siempre había sido una entidad política problemática, atrapado a menudo en guerras intestinas entre diferentes grupos étnicos que se disputaban una mayor influencia, mayor reconocimiento o, directamente, la independencia. Con todo, ese difícil legado también había sido la fuente de su riqueza cultural en ciudades como Viena, Praga, Budapest, Chernovitz, Trieste y Lemberg (hoy Lviv, en Ucrania).

La cultura del imperio habsbúrgico era tan polifacética como las etnias que lo formaban, y en cada uno de sus centros culturales, una diversidad de lenguas, prácticas religiosas y culturales, orígenes geográficos, identidades históricas y lealtades políticas creaban una vida cultural de una variedad casi sin parangón, pues los grupos e individuos no sólo competían entre sí; también enriquecían la esfera cultural común y creaban nuevas formas de expresión. Praga, por ejemplo, a pesar de sus apenas doscientos mil habitantes, una población relativamente baja, de los cuales muy pocos habían cursado estudios superiores, podía alardear de contar con dos universidades, una en alemán y otra en checo, y un paisaje cultural que se desdoblaba a lo largo la frontera lingüística.

Desde un punto de vista económico, el imperio era incapaz de competir con la vecina Alemania; no obstante, crecía rápidamente. El carbón y el hierro de las minas de Silesia (hoy en la República Checa) alimentaban la industrialización, mientras los territorios orientales de Hungría y la moderna Rumanía eran sobre todo agrícolas, y hasta tal punto que, en los primeros años del siglo XX, el imperio austrohúngaro era el único productor

europeo que exportaba cereales cuando todos los demás dependían de las importaciones, sobre todo de Rusia y del Canadá, desde antes de la Primera Guerra Mundial.

Ese sistema económico se hizo añicos cuando el imperio se disolvió una vez terminada la guerra. Con un territorio que abarcaba apenas el 12 % del antiguo imperio, Austria ya no tenía acceso a los ricos depósitos de carbón y mineral de la ahora independiente Checoslovaquia, y también había perdido el granero del este. Lo que quedó, la Primera República Austriaca, era un país alpino poco poblado y con una capital, Viena, que, creada para ser la sede de un gobierno imperial, se había quedado sin imperio.

La nueva república tenía que hacer frente a un sinnúmero de problemas; además de cruel, la guerra había sido ruinosa, y el Estado se encontraba prácticamente en quiebra, y tanto era así, que las indemnizaciones exigidas a Austria en el Tratado de Versalles no eran nada en comparación con las cantidades impuestas a Alemania, a pesar de que la culpa podía echarse al estamento militar habsbúrgico tanto como a los belicistas de Berlín.

Con todo, había problemas más grandes que la incertidumbre económica. Nadie había querido esa Austria. Para los monárquicos y, hasta cierto punto, para la burguesía culta en parte monárquica y en parte internacionalista, la grandeza de los Habsburgo residía en su autoridad sobre la gran diversidad de culturas que la dinastía había administrado y controlado, una situación que presentaba muchas semejanzas con el imperio colonial británico. A la burguesía no le interesaba un pequeño Estado nacional llamado Austria, y tampoco le interesaba a la élite culta, de orientación cosmopolita, sobre todo los judíos asimilados.

Por el contrario, los nacionalistas germanohablantes siempre habían mirado esperanzados a Alemania, soñando con la unificación de los pueblos que compartían la misma lengua; no querían tener una nacionalidad aparte, austriaca. Por último, los trabajadores y los elementos de inclinación izquierdista de la clase media habían deseado un Estado revolucionario de orientación internacionalista.

De pronto, todos esos grupos se sintieron decepcionados. El nuevo Estado austriaco se consideraba poco más que un fragmento triste y truncado de los anteriores territorios habsbúrgicos, una zona administrativa sin identidad real. Los mapas escolares con que los austriacos habían estudiado geografía antes de 1918 ni siquiera incluían un país llamado

Austria, sino sólo los distintos estados y ducados –Alta Austria, Baja Austria, el Tirol, Carintia, Salzburgo, entre otros–. Lo único que esos territorios tenían en común era la lengua que hablaba la mayoría de la población, el alemán, a pesar de que las regiones fronterizas solían ser bilingües y estar divididas por el conflicto nacionalista. El Tirol, por ejemplo, tenía una minoría italiana no desdeñable; en Carintia vivían no pocos eslovenos, y una parte importante del oeste de Hungría, en la que la mayoría hablaba alemán, pasó a formar parte de Austria por referéndum en 1921.

El desafío obvio a que se enfrentaba la república de posguerra consistía en proporcionar una identidad nacional al nuevo país, inventar el significado de la expresión «ser austriaco», y en ese punto, las dos fuerzas políticas mayoritarias tenían ideas muy diferentes. Los socialistas, con una sólida mayoría en Viena mientras su número iba creciendo en todas partes, especialmente en las zonas industriales del norte, aspiraban a transformar la nueva nación en una república socialista moderna de carácter internacionalista, un país aliado de la Unión Soviética. Un anatema para los conservadores, para quienes, aunque Austria, en su forma moderna, podía ser una tragedia o una parodia de la historia, el pueblo debía ser fiel a la identidad histórica, cuyas raíces eran católicas y rurales en zonas donde los campesinos vivían –o, al menos, eso se decíasegún las virtudes y tradiciones inmemoriales de una vida genuinamente austriaca.

La Viena roja

En los peligrosos primeros días de la posguerra, la esperanza y el miedo iban de la mano. Para los socialistas y los socialdemócratas, la caída del imperio ofrecía la oportunidad de empezar de cero y hacer realidad los sueños de justicia social que eran la base de su movimiento. En 1922, cuando la propia Viena se convirtió en un Estado federal con gobierno socialista, las autoridades locales se embarcaron en un ambicioso programa de reforma social en ámbitos como la educación, la atención sanitaria y la vivienda pública. A pesar de las dificultades económicas, se llevó a cabo una larga serie de proyectos edilicios, los *Gemeindebauten* (edificios municipales), que se concibieron para proporcionar, a un precio asequible,

mucho más que apartamentos limpios y sin humedad, con agua corriente y calefacción central para los trabajadores; las nuevas construcciones tenían que ser parte de una utopía social.

El Karl-Marx-Hof, el más importante de dichos proyectos, edificado entre 1927 y 1930, sigue siendo un monumento a esas ambiciones y el complejo de viviendas de propiedad horizontal más grande del mundo, formado por unos mil cuatrocientos apartamentos que dan techo a cinco mil habitantes. Pero no sólo las cifras hicieron de esa gran empresa algo tan asombroso. La enorme estructura del Karl-Marx-Hof, con su imponente fachada escultórica de más de ochocientos metros de largo, también tenía guarderías y lavanderías, tiendas y consultas médicas, salas comunes, baños y una biblioteca de préstamo. Otros complejos habitacionales también tuvieron su propio teatro. Todo en ellos era una declaración de fe en la dignidad de los trabajadores, los modestos votantes del gobierno municipal. Los complejos eran amplios y luminosos. El Karl-Marx-Hof cubría una gran superficie, pero sólo una cuarta parte del terreno estaba edificada; el resto se dedicó a patios espaciosos, a campos de deportes y zonas de juegos infantiles, todos decorados con esculturas, frescos y mosaicos.

Durante el periodo de entreguerras, la municipalidad de Viena proporcionó nuevas viviendas a más de doscientas veinte mil personas con bajos ingresos. Tal esplendidez pública, financiada con un impuesto especial a la vivienda, creó una gran lealtad entre el electorado de izquierda, y formó parte de una cultura pública socialista en auge, con sus propios periódicos, clubs deportivos, asociaciones educativas para los trabajadores, teatros, cajas de ahorros, economatos, comedores de beneficencia, organizaciones infantiles, huertos comunitarios y editoriales.

Una utopía en piedra: construido entre 1927 y 1930, el Karl-Marx-Hof de Viena fue un ambicioso proyecto habitacional que representó la esperanza de una vida mejor.
AKG Images

El 1 de mayo de cada año, el movimiento socialista demostraba su poder con una inmensa marcha a la que acudían cientos de miles de trabajadores con sus pancartas, sus bandas y sus carrozas decoradas; desfilaban por la Ringstrasse, delante de los edificios historicistas y el palacio imperial que se había construido apenas unos años antes para celebrar un pasado muy distinto.

Los conservadores observaban esos desfiles horrorizados; para ellos, la cultura socialista de la ciudad se miraba en general con una sospecha rayana en el odio. Si el gobierno municipal estaba en firmes manos socialdemócratas, el federal, elegido por todo un país mayormente rural, lo controlaban los demócrata-cristianos liderados por Ignaz Seipel, «el prelado despiadado», un sacerdote católico que había sido profesor de teología antes de ser el primer ministro imperial de asuntos sociales y, después de la guerra, canciller de Austria de 1922 a 1924 y, una vez más, de 1926 a 1929.

La Austria de Seipel parecía un país que nada tenía que ver con la utopía colectivista reflejada en los proyectos de vivienda social de la ciudad. Su visión del país se apoyaba en la fe y el autoritarismo. A pesar de haber nacido en Viena, donde su padre había sido cochero, el canciller demócrata-

cristiano se posicionó con firmeza del lado del campo conservador –en su opinión, el bando ganador–. Viena, que antes de 1914 había sido no sólo la quinta ciudad más grande del mundo, sino también uno de los principales centros culturales en el plano internacional, se estaba atrofiando. Hasta 1918, la ciudad que era el centro de un imperio multinacional y multicultural había tenido 2,1 millones de habitantes, pero en la posguerra fueron casi cuatrocientos mil los que abandonaron la capital de un país ahora mucho más pequeño y casi exclusivamente de habla alemana. «La Viena del Danubio ha pasado a ser la Viena de los Alpes», se lamentó Anton Kuh, uno de los periodistas vieneses más célebres del momento.[1]

Sin embargo, para los conservadores nacionalistas, la conexión alpina podía no ser aún bastante fuerte. En su búsqueda de una identidad nacional, promovían el uso del *Trachten*, el atuendo tradicional de los campesinos del norte, de Estiria y del Tirol, que ya había gozado de una popularidad considerable entre la gente de la ciudad antes de la guerra, cuando los abogados, hombres de negocios, periodistas y administradores municipales que en verano se podían permitir sacar a la familia de la ciudad unas semanas lo adoptaron como moderno traje para las vacaciones. Claro que ahora ese gesto de ayer, ligeramente afectado, de lucir *dirndls* con corpiños ajustados y delantales floridos, o *lederhosen* y chaquetas de fieltro verde con botones de asta de ciervo –hay incluso una fotografía de Freud en *Trachten*–, tenía la fuerza de una afirmación ideológica. Con la política, el traje típico llegó a las ciudades. Las asociaciones oficiales y las guías de estilo se ocupaban de que la vestimenta fuese lo bastante auténtica para pasar la inspección.

A los intelectuales de la metrópolis les horrorizaba ese aumento gradual del provincianismo en una ciudad que había sido un *hub* cultural europeo, sobre todo cuando los nacionalistas de todos los pelajes propagaron sus ideas en tonos antisemitas cada vez más estridentes. En Viena vivían casi doscientos mil judíos, la mayoría procedentes de otras partes del imperio durante la segunda mitad del siglo XIX. Constituían el 10 % de la población de la capital, pero, con su tradicional respeto por la educación y su avidez por asimilarse, pronto estuvieron excesivamente representados en las escuelas secundarias y en las universidades, así como en el periodismo, la abogacía, la medicina y otras profesiones. Tras haber sido desafiados a quitarse el caftán y las largas barbas de sus antepasados, a dejar de hablar

yídish y a convertirse en buenos ciudadanos del imperio y, más tarde, en patriotas austriacos, muchos judíos habían triunfado más allá de todo lo esperado.

Ya antes de la guerra, la lograda asimilación de los judíos de Viena se había vuelto en su contra, porque los resentidos perdedores de la modernidad buscaban un objeto en que desahogar su rabia. No equivale esto a decir que el antisemitismo fuese algo nuevo en la Europa central, pero su naturaleza había ido cambiando con las nuevas realidades sociales, cada vez más industriales, complejas y capitalistas. Los judíos estaban entre los ganadores de ese proceso de transformación, que los había sacado de la humillación del gueto hasta ponerlos en el corazón de la sociedad burguesa. Como a Maria, la diabólica máquina de *Metrópolis*, ahora se los consideraba el epítome de un nuevo presente: urbano, sin raíces, frío, sexualizado, neurótico y ávido de dinero.

Hacia finales del siglo XIX, cuando empezaban a percibirse los cambios sociales resultantes de la industrialización, los escritores de Alemania, Francia, el imperio habsbúrgico, Rusia y otras partes de Europa ya habían despotricado de lo lindo contra los judíos, señalándolos no por motivos religiosos, como una vez había sido el caso, sino por motivos «científicos» y raciales, sobre todo por ser la encarnación del capitalismo internacional que parecía estar destruyendo la certidumbre que ofrecían las tradiciones. Ahora, terminada la guerra, el antisemitismo volvía, y con fuerza renovada, a ser un tema de actualidad. En la Viena anterior a la guerra, se había introducido en el centro mismo de la política de la mano del tan aclamado alcalde Karl Lueger, que había manipulado los prejuicios de sus votantes con un virtuosismo incomparable. Cuando una sociedad carente de orientación e identidad empezó a buscar chivos expiatorios, los judíos, blanco de una nueva oleada de desprecio, fueron los elegidos.

¿*Una ciudad sin judíos*?

En la capital de la nueva república era palpable la tendencia hacia una Viena alpina y provinciana, una sensación que, para algunos, era claustrofóbica. En Viena seguía viviendo una próspera comunidad judía, desde los ortodoxos del barrio de Leopoldstadt, la «isla del matzó», el pan

ácimo, hasta los judíos liberales y las familias totalmente asimiladas que no toleraban nada que les recordara la religión y las humillaciones históricas de sus antepasados. Muchos de estos últimos habían cambiado el nombre junto con la religión, y no permitían siquiera que en su presencia se hablara una sola palabra en yídish. Esta asimilación tan decidida la rechazaban las muchas e igualmente resueltas asociaciones sionistas –desde clubs juveniles y sociedades deportivas como el icónico club de fútbol Hakoah, hasta las logias casi masónicas de B'nai B'rith–, cuyas actividades daban fe de que muchos judíos se sentían ya en una Europa cada vez más hostil en la que su futuro peligraba.

Es cierto que en Viena seguían viviendo grandes intelectuales judíos: Sigmund Freud; el escritor y dramaturgo Arthur Schnitzler y autores como Joseph Roth, Franz Werfel y Stefan Zweig; Karl Kraus y muchos otros periodistas de renombre; políticos socialistas o socialdemócratas como Otto Bauer y Julius Tandler; actores y satíricos que comentaban los destinos cambiantes del país y el clima político reinante, y científicos y líderes civiles... En una palabra, una sociedad vibrante que se reunía y discutía en cafés y salones particulares, en los teatros y en las páginas de los grandes periódicos. Pero, a medida que el debate sobre la identidad austriaca se volvió más restrictivo y más alejado del gusto habsbúrgico por la diversidad, las visiones del futuro fueron tiñéndose de pesimismo. En 1922, Hugo Bettauer publicó *La ciudad sin judíos*, en la que imaginaba un futuro en que la etnia austriaca pura expulsaría a todos los judíos y no tardaría en degradarse y disolverse en un provincianismo católico y pueblerino tan vergonzante que al final los palurdos se verían obligados a volver a llamar al pueblo al que habían desterrado.

Dos novelistas, testigos presenciales de los acontecimientos del 15 de julio y que en su obra evocaron la imagen del Palacio de Justicia en llamas, ejemplifican las tensiones internas de la población de Viena y ponen de manifiesto la importancia que ese día tuvo en la imaginación de personas de entornos muy diferentes y muy distintos puntos de vista. Elias Canetti es el primero de ellos. Nacido en 1905 en Ruse (en la actual Bulgaria, entonces parte del imperio habsbúrgico), pertenecía a una familia judeoespañola que hablaba ladino y que había padecido la salida forzada de España en 1492; los Canetti habían llegado a Ruse poco antes desde la ciudad de Edirne, en el imperio otomano. Tras haber dejado, cuando tenía seis años, la rica

atmósfera oriental de Ruse para ir a vivir a Manchester, donde su padre contemplaba la posibilidad de hacer algunos negocios, Canetti se mudó otra vez: primero a Lausana y a Viena, luego a Zúrich y Frankfurt, después otra vez a Viena, donde, en el momento de los disturbios de 1927, el futuro Nobel de Literatura estudiaba química.

Canetti era la quintaesencia del cosmopolitismo, un hombre que se sentía cómodo en cinco idiomas (ladino, rumano, alemán, inglés y francés) y en distintos ambientes, un apasionado de la literatura y eternamente inseguro de sí mismo. Los hechos que presenció el 15 de julio lo impresionaron hondamente, y fueron la fuente de su principal obra filosófica, *Masa y poder*, la primera chispa de algo que él mismo situaba en aquel día de verano cuando se vio atrapado en medio de un vórtice de cuerpos, voces y mero instinto atávico, sintiendo que él mismo pasaba a formar parte de ese organismo extático, colectivo y siempre hambriento que es la masa.

El otro testigo que dedicó toda una novela a lo ocurrido aquel 15 de julio fue Heimito von Doderer. Nacido en el seno de una familia de la nobleza menor, su curioso primer nombre lo escogió su madre, enamorada de España y, muy posiblemente, de un caballero español llamado Jaime. El niño pasó toda su infancia y juventud en Viena, donde recibió una educación conservadora y clasista. Tras un apático intento de estudiar Derecho, en 1915 se alistó en un regimiento de caballería; enviado al frente, primero a Galitzia y luego a la Bucovina, fue hecho prisionero de guerra por los rusos.

Durante la temporada que pasó en un campo de prisioneros de Siberia, Doderer decidió ser escritor, y tras volver a Viena en 1918, se puso a trabajar con ahínco, pero casi siempre sin éxito, para alcanzar su objetivo. Sus primeras novelas apenas tuvieron lectores, y el joven autor tuvo que luchar para ganarse el sustento como periodista y con varios trabajos ocasionales relacionados con la literatura. Los tiempos habían cambiado; el mundo en que lo habían educado ya no existía. En muchas de sus obras narrativas, Doderer reflexionó con amargura acerca de esa transformación y sobre la sensación de vivir fuera de su tiempo. Fue, en gran medida, un exiliado de nacimiento, igual que Canetti lo fue del lugar en que transcurrió su primera infancia. De pronto, ninguno de los dos era de ninguna parte.

No obstante, ahora Viena era una ciudad para gente de ninguna parte. De hecho, nadie se sentía en casa en ese nuevo Estado que fue la Austria

poshabsbúrgica. Con sensibilidad de sismógrafo, Von Doderer describió las muchas maneras de estar perdido en ese mundo nuevo, y también la nostalgia de un mundo anterior que la memoria y el deseo hacían parecer idílico. Para este vienés, el 15 de julio fue el momento del pecado original, cuando la violencia se apoderó del corazón de un territorio que había sido un imperio tolerante y benévolo.

De hecho, para Von Doderer todo 1927 fue un año rebosante de acontecimientos y traumático a la vez. Sin sentir verdadero entusiasmo, se casó con la novia de su juventud, una chica judía; fue una relación tortuosa entre una pianista talentosa de un entorno mundano e intelectual y un escritor en ciernes cuyas hirientes diatribas antisemitas se usaron a menudo contra su mujer. El matrimonio terminó con la separación definitiva en 1932, cuando Doderer se afilió al NSDAP, el Partido Nazi, entonces todavía ilegal en Austria. Tras la anexión de Austria por el Reich en 1938, el escritor pidió el divorcio, eliminando así la última capa de relativa seguridad que protegía a su esposa de la persecución.

Aunque personalmente poco atractivo, Doderer fue un virtuoso de la trama y la caracterización. Su lenguaje, sonoro y sumamente personal, con su uso del dialecto y frecuentes alusiones a Viena, se resiste a los esfuerzos de hasta los traductores más capaces. En su monumental *Los demonios*, describió la caída en desgracia de la ciudad cuando empezó a romperse la «costura» que unía a la Viena judía y la no judía, una ruptura simbolizada por el incendio del Palacio de Justicia. Como siempre, la actitud personal de Von Doderer no podía ser más contradictoria, esnob y salpicada de odio a sí mismo. Era un nazi que despreciaba el nazismo, un antisemita que admiraba a los judíos, un racista que pensaba que el concepto de raza era un fraude («en Viena, los conserjes forman una raza aparte», comentó una vez), un hombre demasiado abrumado por sus propias contradicciones para considerar ciertas las cosas en que creía. En otras palabras, como han señalado muchos, un vienés arquetípico de su tiempo.

Fuerzas en conflicto

En Austria, las tensiones entre las ideologías y las fuerzas de izquierda y de derecha crecían cada año. En 1920, los conservadores habían fundado el

Heimwehr, una milicia armada que era el brazo armado del Partido Demócrata Cristiano, tolerado y a veces apoyado activamente por oficiales del ejército y la policía. Para los dirigentes políticos del Heimwehr, el marxismo y todos los grupos e ideas izquierdistas eran sus enemigos. Las demostraciones de poder de esta milicia condujeron a los socialdemócratas a crear el Republikanischer Schutzbund, un organismo también armado.

Los enfrentamientos esporádicos entre los miembros del Heimwehr y del Schutzbund eran el pan de cada día durante la Primera República, y crearon un clima constante de amenaza y miedo en Viena y en otras partes del país. El 30 de enero de 1927, cuando las dos organizaciones rivales celebraron sendos mítines en Schattendorf, un pueblo de la provincia oriental de Burgenland, congregándose, con actitud desafiante, en tabernas separadas apenas por unos cientos de metros una de otra, se respiraba violencia en el aire. Los partidarios del Schutzbund, que eran mayoría, proferían gritos amenazadores: «¡Abajo los veteranos [del Heimwehr]! ¡Mueran los perros cristianos y los asesinos monárquicos!» Se produjeron encontronazos aislados cuando algunos miembros del Schutzbund atravesaron el umbral de la taberna contraria antes de desaparecer marchando todos triunfalmente por las calles de Schattendorf.

Dos hombres del Heimwehr, armados con fusiles, se encontraban junto al ventanal enrejado de la taberna contemplando la partida de los odiados izquierdistas. Apuntando a la espalda de sus enemigos, abrieron fuego y vaciaron los cargadores. Matthias Csmarits, un manifestante croata, cayó herido de muerte. También murió un niño de ocho años y hubo cinco heridos.

Cuando, en julio de 1927, se celebró finalmente el juicio contra los dos asesinos de Schattendorf, más un cómplice, los trabajadores austriacos esperaban que se hiciera justicia por los crueles asesinatos de dos de los suyos; pero los miembros del jurado –un aprendiz de carnicero, un carpintero, un aprendiz de carpintero, un funcionario público, un terrateniente, un secretario, un aprendiz de cajista, un peluquero, un pensionista, un aprendiz de fontanero, un agricultor y un ama de casa– dijeron que, dados los testimonios contradictorios de los testigos, no podían llegar a un veredicto. El 14 de julio se leyó la sentencia; los acusados fueron absueltos de todos los cargos y rehabilitados como «hombres honorables». A la mañana siguiente los periódicos publicaron la noticia.

Elias Canetti describió su propia reacción cuando se enteró de la absolución de los hombres que habían disparado por la espalda a dos obreros desarmados. La mañana del 15 de julio, el escritor se encontraba en uno de los muchos cafés de un barrio residencial de Viena, leyendo los periódicos. Indignado por la noticia, que apareció en primera plana, cogió la bicicleta y se dirigió al centro de la ciudad, donde ya se habían concentrado miles de trabajadores. No fue una manifestación organizada. Los dirigentes del Partido Socialista, viendo que la situación era cada vez más tensa, intentaron no encender los ánimos y decidieron no organizar huelgas ni marchas de protesta, y los trabajadores que se concentraron espontáneamente no tenían un recorrido marcado ni quien encabezara la manifestación. Al parecer sin nadie que los dirigiera, llegaron hasta el Palacio de Justicia, donde se había leído la sentencia. Los hechos que se produjeron allí quedaron grabados durante muchos años en la memoria de la república, y más tarde se consideraron el sangriento preludio de la guerra civil que estalló siete años después.

El odio a los patriotas

Como Austria, la Francia de posguerra tuvo un legado lacerante y traumático que ni siquiera una década de paz pudo curar. Las pérdidas sufridas habían sido horrorosas: 1,7 millones de muertos, casi el 4,3% de la población total, es decir, más víctimas mortales que cualquier otra nación de la Europa occidental. Otros 4,2 millones de soldados volvieron heridos o lisiados, y se desconoce el número de los que regresaron con problemas psíquicos a causa de la experiencia bélica. Además de la tragedia humana, el daño estructural causado por la guerra de trincheras y los interminables bombardeos masivos dejaron hondas cicatrices en el paisaje del norte de Francia, una zona que antaño no sólo había sido rica en yacimientos históricos, sino también una de las regiones más fértiles del país, fundamental para la producción agrícola antes de la guerra.

La guerra de trincheras y millones de granadas y bombas convirtieron ese vergel en una región devastada de unos diez mil kilómetros cuadrados, en una inmensa tierra baldía prácticamente irreconocible, un tóxico paisaje lunar hecho de cráteres, trincheras, troncos de árboles y ruinas, en el que

incluso los oriundos del lugar sólo conseguían orientarse cuando echaban mano de la brújula para atravesar mil pueblos arrasados. Más de quinientas mil casas destruidas, y las ciudades de Arras, Cambrai, Laon, Lille, Saint-Quentin, Soissons, Verdún y Reims seriamente dañadas. Hasta la imponente catedral de Reims, lugar de coronación de los reyes franceses, quedó destruida por los bombardeos.

Reconstruir esa tierra quemada no era sólo cuestión de orgullo nacional, sino también una necesidad económica. No obstante, los recursos disponibles eran pocos y las demandas gigantescas. Como en todos los países que participaron directamente en el conflicto, la guerra había dejado vacías las arcas nacionales y agotada la oferta de materias primas y mano de obra, y había creado una economía de guerra que ahora era necesario reajustar a las necesidades de la paz. Igual que en Austria, el carácter, la cultura y el futuro del país –el alma, por así decir– se disputaron en una serie de batallas que se libraron en los periódicos, en las cámaras legislativas y en la calle.

País con regiones muy industrializadas, sobre todo en los alrededores de París y en el norte, y con una fuerte tradición revolucionaria, Francia tenía un sólido movimiento comunista y socialista que tras la guerra había resurgido con fuerza renovada. Durante los primeros años de la década de 1920, en una situación dominada por la agitación social, la penuria económica y huelgas generales, el clima era tan irrespirable que Francia parecía estar al borde de una nueva revolución. Inspirada por la Unión Soviética, el ala radical del socialismo soñó con derrocar al gobierno, que tenía aspecto de encontrarse demasiado débil y de ser demasiado conservador para solucionar con eficacia los problemas de la nación.

A pesar de varias violentas huelgas generales, de enfrentamientos sangrientos entre trabajadores y policías y de la fundación, en las fábricas de París, de «sóviets obreros» –que duraron muy poco–, la revolución no tuvo lugar, pero tampoco se apaciguó el clima de desconfianza visceral entre la izquierda y la derecha, ni siquiera después de que el gobierno consiguiera estabilizar la caída en picado del franco a un quinto de su valor de antes de la guerra. En contra de los socialistas, de los comunistas y los sindicatos se alzó un vigoroso movimiento monárquico que aspiraba a devolver a Francia su antigua grandeza instaurando en el trono a un nuevo Borbón; también entraron en escena los militantes católicos y admiradores

fascistas de Mussolini, y las tres corrientes conservadoras se solapaban en diversas constelaciones y asociaciones. Fue, como puede constatarse a menudo en la historia francesa reciente, una guerra de identidades entre Juana de Arco, el emblema católico, y Marianne, el símbolo republicano.

La figura más desatacada de la Francia ultraconservadora fue un hombre con el pedigrí intelectual perfecto para su cargo: Charles Maurras, hijo de un recaudador de impuestos y de una madre de lo más devota. Nacido en 1863 y educado por su madre, Maurras había perdido la fe ya en su juventud, pero había seguido sintiendo un gran apego por la Iglesia católica, que para él era uno de los grandes pilares del orden y la moral. Según Maurras, Francia había conocido su apogeo en el siglo XVII, bajo el reinado de Luis XIV, el Rey Sol, cuando la cultura había florecido en toda su pureza. Después había sido víctima del Romanticismo alemán y se había extraviado, y su encaprichamiento con el igualitarismo, la democracia y otras ideas «foráneas» habían conducido, siempre en opinión de Maurras, a la catástrofe de la Revolución Francesa, una conspiración de alemanes, judíos y francmasones contra la verdadera gloria de Francia.

En *L'Action française*, periódico que dirigía, Maurras cargaba contra todo lo que despreciaba; como su odio era fácil e iba dirigido contra casi todo, al periodista nunca le faltó material, algo más palpable que nunca en el caso de Léon Blum, el líder judío del Partido Socialista (también conocido como Sección Francesa de la Internacional Obrera). Blum, hombre de buen temperamento, se inició como crítico literario; había decidido dedicarse a la política para contribuir al esfuerzo bélico nacional (la miopía le impidió servir en el frente). Ahora trabajaba en pos de la reconciliación entre el ala radical y revolucionaria del partido, que quería imponer la dictadura del proletariado, y sus miembros más moderados, cuyo compromiso con la justicia social sin violencia política él compartía. Blum fue el blanco perfecto del odio de Maurras; en las páginas de *L'Action française* lo describieron como «el [diputado] circunciso de Narbonne» y «el hebreo beligerante».

A Maurras tampoco le importaba insultar. En 1935 escribió, refiriéndose a Blum: «Es un monstruo de la república democrática. Es un espejismo de la dialéctica de los *heimatlos* [los apátridas]. Basura humana, y como tal hay que tratarlo [...]. A ese hombre hay que pegarle un tiro, pero por la espalda.»[2] En febrero del año siguiente, cuando unos fanáticos de los

Camelots du Roi (algo así como los buhoneros del rey, nombre acuñado por un periodista socarrón para una organización juvenil de derechas fundada originalmente para vender *L'Action française* en las calles y propagar su mensaje) sacaron por la fuerza a Blum de un coche y a punto estuvieron de matarlo a golpes, Maurras no condenó el incidente. Y en 1936, con Blum ya primer ministro, Maurras volvió a dar rienda suelta a sus sentimientos: «Es como judío que hemos de ver y entender a Blum, y luchar contra él y matarlo.»[3] Acusado de instigación al homicidio, el director de *L'Action française* pasó ocho meses entre rejas.

Antidemócrata, nacionalista y antisemita, sí, pero sin ser, no obstante, amigo del fascismo –principalmente porque desconfiaba de los impulsos totalitarios de ese movimiento–, Maurras quería atrasar el reloj y volver a la época anterior a la Revolución de 1789, antes de que la democracia, el individualismo y el liberalismo ensuciaran lo que él consideraba el genio francés. Su sueño era el resurgimiento de la monarquía, el final de la Tercera República y la restauración de la sensación de grandeza y finalidad moral de la nación, y a tal fin necesitaba a la Iglesia católica (en cuyas doctrinas no creía) como garante de la estabilidad y para animar a la población al sacrificio; asimismo, deseaba contar con una élite aristocrática dispuesta a luchar y un orden social que se inspirase en los *états* de la Edad Media.

Esta visión confusa y, hasta cierto punto, contradictoria (aunque era un furioso antisemita, Maurras despreciaba otras clases de racismo por considerarlas demasiado alemanas) ejerció no poca influencia intelectual, y no sólo en pensadores franceses de derechas, sino también en conservadores tan diversos como Charles de Gaulle, Francisco Franco, el rey Alberto de Bélgica, el dictador portugués António Salazar e incluso en el poeta angloamericano T. S. Eliot.

Si en su odio sin límites a la modernidad y a todo lo asociado a ella, Maurras era una figura absolutamente peculiar, otros intelectuales franceses eran más directamente afines a la grandiosa marcha del fascismo hacia un futuro más luminoso y más limpio. Escritores como Pierre Drieu La Rochelle pasaron de coquetear con la izquierda (fue amigo íntimo de los surrealistas del círculo de Breton) a ser los portavoces de un socialismo de cuño fascista cada vez más próximo al de Hitler; por su parte, Robert

Brasillach llegó a dirigir el virulento periódico antisemita *Je suis partout* («Estoy por todas partes»).

Libros que fomentaban la agitación y artículos de prensa de derecha y de izquierda sirvieron de base al odio entre los franceses y desempeñaron un papel fundamental a la hora de crear una atmósfera de crisis, y en Francia lo hicieron con la misma táctica que utilizaron en Alemania, en Austria, Irlanda, Bélgica y España y en otras partes de Europa. No obstante, el verdadero poder parecía necesitar una mano dura, e incluso en Francia las milicias armadas empezaron a ser un factor no desdeñable en la política cotidiana. Maurras, *L'Action française* y los Camelots du Roi ya eran una fuerza arraigada del ala católica y monárquica. En 1927, la Croix-de-Feu, que en sus orígenes fue una asociación de veteranos de guerra, también se dispuso a entrar en acción, igual que la Ligue des Patriotes (Liga de los Patriotas, financiada por Pierre Taittinger, famoso productor de champán), la Ligue des Jeunesses Patriotes (Liga de las Juventudes Patrióticas), abiertamente fascista, y el Faisceau, que imitaba descaradamente los rituales de Mussolini. Todos los miembros de estas organizaciones de derechas marchaban uniformados; a muchos no les faltaban armas de fuego, y esperaban la oportunidad de usarlas contra los odiados socialistas.

«El bello Sacha»

El momento llegó en 1934, tras la sospechosa muerte de Serge Alexandre Stavisky, «el bello Sacha», un estafador francés de origen ucraniano y judío que había utilizado sus excelentes contactos con el gobierno para organizar un plan Ponzi con el banco Crédit Communal a manera de pantalla; la llamada «estafa del siglo» le permitió embolsarse doscientos millones de francos de pequeños inversores. Perseguido por la policía, Stavisky permaneció escondido hasta que finalmente lo encontraron en su chalet alpino. Según la policía, se oyeron dos disparos cuando los agentes entraron en la casa, donde encontraron muerto al sospechoso, que se había suicidado. Sin embargo, no tardaron en manifestarse dudas sobre esa versión de los hechos. Los críticos comentaron que era difícil, incluso para el más pintado, pegarse dos tiros en la cabeza.

Cuando el gobierno liberal de izquierda se negó a crear una comisión

parlamentaria para investigar la implicación de políticos en la muerte de Stavisky, varias asociaciones, de derechas y también comunistas, pidieron a sus miembros que tomaran las calles. Tras un enero caótico, durante el cual resultaron heridos más de dos mil policías en choques con los manifestantes, el gobierno se vio obligado a dimitir.

Pero no terminaron ahí los problemas. Cuando se conocieron todas las consecuencias del caso Stavisky, y Édouard Daladier, primer ministro en funciones, intentó torpemente limitar el derrumbe político, aparecieron en las calles de París carteles en los que las facciones rivales llamaban a manifestarse el 6 de febrero, el día en que tomaría posesión el nuevo gobierno. La concentración más numerosa se convocó en la Place de la Concorde, al otro lado del Sena y de la Cámara de Diputados (Palais-Bourbon).

A primera hora de ese gélido día de febrero, los manifestantes formaron filas como miembros de un ejército. *L'Action française* había instado a sus lectores a que participaran, y también movilizaron a sus miembros la Croix-de-Feu, las Jeunesses Patriotes, la Union Nationale des Combattants (una asociación de veteranos de guerra) y la Union des Contribuables (asociación de contribuyentes); lo mismo hicieron el Partido Comunista y su brazo militar, la Association Française des Anciens Combattants, hostil a los grupos de derechas que se concentraron en la Concorde. Sólo en esa plaza fueron unos treinta mil los manifestantes que, sintiéndose desairados, plantaron cara al frío.

Si bien algunos acudieron más que nada a expresar su indignación, otros lo hicieron con la intención de tomar por asalto el Palais-Bourbon para impedir que se formara el gobierno; pero el comandante de la Croix-de-Feu se amilanó a la hora de ocupar por la fuerza el corazón de la democracia francesa. Por culpa de esa vacilación, el grueso más beligerante de la manifestación perdió fuelle, y lo que había comenzado como una marcha ordenada no tardó en degenerar en una serie de choques cuerpo a cuerpo entre derechistas, comunistas, católicos, socialistas y agentes de la policía, que habían levantado barricadas en el puente que une la Place de la Concorde con el Palais Bourbon y que ya se empleaba en dispersar a unos manifestantes que, si bien iban a por todas, lo hacían descoordinados y armados con palos, piedras y armas de fuego de calibre corto.

La batalla por el puente de Solférino duró toda la noche. Cada vez que

los manifestantes arremetían y volvían a arremeter, la policía recibía órdenes de disparar contra la multitud. Cuando amaneció sobre las barricadas humeantes y la luz del día dejó al descubierto autobuses y coches quemados, escaparates destrozados, se comprobó que la cosecha había sido sangrienta. Entre los policías y otras fuerzas del orden que habían defendido el Palais –bomberos, gendarmes, guardias republicanos–, se contabilizaron un soldado muerto y 1.664 heridos. En el bando contrario murieron dieciséis manifestantes y hubo 657 heridos.

Un sueño sitiado

En todo el continente europeo, las facciones opuestas chocaron entre sí en una larga serie de enfrentamientos sangrientos, por motivos ideológicos y, más específicamente, por el papel que cada una de ellas atribuía a la modernidad; ese estado de guerra latente predominaba en casi todos los países europeos, con la sola posible excepción de Gran Bretaña, donde los Camisas Negras del fascista Oswald Mosley, que, según ellos mismos, fueron unos cincuenta mil en el mejor momento de la agrupación, nunca llegaron a ser un verdadero movimiento popular.

En Austria, donde la quema del Palacio de Justicia en 1927 se había convertido en símbolo de la desesperada y cada vez más mortífera batalla del país por una nueva identidad, los hechos no se limitaron, como en Francia, a un solo choque sangriento. En 1934, sólo dos semanas después del sitio al Palais-Bourbon que se cobró diecisiete vidas, las tensiones estallaron en Viena y se desencadenó una guerra civil en toda regla.

El conflicto era casi inevitable. En 1934, Austria ya no era una democracia. Después de las elecciones de 1929, el canciller Engelbert Dollfuss, católico y conservador, supo sacar partido de un fallo del protocolo democrático –tres presidentes del Parlamento habían dimitido por motivos de procedimiento, dejando el órgano técnicamente incapaz de votar– y declaró extinta la asamblea. Dollfuss, que no estaba dispuesto a esperar hasta que los parlamentarios estuviesen en condiciones de elegir tres nuevos presidentes para desempeñar sus funciones habituales, ordenó a la policía que interrumpiera por la fuerza las tres sesiones siguientes; después, sencillamente tomó el poder y procedió a gobernar por decreto.

En la batalla austriaca por la identidad nacional, las líneas del frente se trazaron principalmente entre socialistas y católicos conservadores, entre visiones de un moderno paraíso de los trabajadores y una rígida autocracia de derechas en la que imperarían las virtudes nacionales, y, con la jugada de Dollfuss, equivalente a un golpe de Estado, esta última salió vencedora.

Así fue cobrando forma rápidamente una nueva Austria dictatorial. Dollfuss introdujo la censura en la prensa, prohibió las asambleas políticas e ilegalizó el Republikanischer Schutzbund, el ala paramilitar del Partido Socialista. Los esbirros del canciller arrestaron a los principales adversarios políticos y los enviaron a campos de prisioneros, y volvió a instaurarse la pena de muerte para delitos no capitales e incluso habituales, por ejemplo, los actos de «violencia pública y el daño intencionado a la propiedad ajena».

Desde el primer día de su dictadura, Dollfuss se ocupó especialmente de revocar las reformas seculares de los gobiernos anteriores y de convertir su patria en una hija obediente de la Iglesia católica. Por decreto oficial, los puestos en la enseñanza superior tenían que desempeñarlos «hombres de principios cristianos» que fueran también buenos patriotas; la religión pasó a ser asignatura obligatoria, y en un acto legislativo que sólo puede calificarse de espectacular, se decretó que cualquiera que tuviese la intención de apostatar tenía que someterse, a instancias del Estado, a un examen neurológico. Los obispos apreciaron todas esas medidas, y en una carta a sus feligreses afirmaron, encantados: «1933 es un año que ha traído abundantes bendiciones a todo el cristianismo, y alegrías especiales a Austria, nuestra patria.»[4]

No todos los austriacos agradecieron esas bendiciones. A principios de 1934, miles de socialistas ya estaban internados en campos o prisiones por motivos políticos, y los miembros del Schutzbund, ahora ilegal, se dedicaban a hacer acopio de armas. El 12 de febrero la policía desmanteló uno de esos arsenales como parte de una campaña para desarmar a todas las organizaciones socialistas y socialdemócratas; el comandante del Schutzbund local se negó a entregar las armas y ordenó abrir fuego.

La noticia de este incidente no tardó en encender la chispa de una situación ya sumamente volátil. Cuando, en medio de una serie de huelgas preventivas, la policía y unidades del ejército intentaron intervenir, se toparon con una férrea resistencia, y los enfrentamientos no tardaron en

propagarse por el país, si bien no llegaron a todas las provincias; algunos dirigentes socialdemócratas prefirieron dejar el partido antes de arriesgarse a provocar un derramamiento de sangre, y muy pocas zonas rurales resultaron afectadas por la violencia.

En Viena, los choques entre las fuerzas gubernamentales y las milicias del Schutzbund fueron especialmente intensos. La resistencia se concentró en el espléndido Karl-Marx-Hof, en el norte de la ciudad, el escaparate de la utopía socialista en materia de vivienda, mientras que en los cafés y los despachos del centro de la ciudad, el resto de los vieneses hacía caso omiso de los disturbios para dedicarse sencillamente, como más tarde recordó Stefan Zweig, a seguir viviendo. Mientras tanto, el ejército decidió emplear la artillería para bombardear el Karl-Marx-Hof, convertido en una fortaleza improvisada por los trabajadores socialistas.

Enfrentado a unas fuerzas del orden arrolladoras, e incapaz de movilizar un levantamiento más amplio, el Schutzbund capituló el 15 de febrero, tres días después de iniciarse los disturbios. Más de doscientos de ellos murieron, y hubo varios cientos de heridos; por su parte, las fuerzas del orden perdieron ciento veintiocho efectivos. Para el gobierno, ese momento de triunfo fue también una oportunidad para desmantelar la cúpula socialista. A nueve comandantes del Schutzbund se los condenó a muerte y murieron ejecutados por garrote vil; a uno de ellos, que había caído mal herido, tuvieron que llevarlo al cadalso en camilla. Los miembros civiles del Partido Socialdemócrata no esperaron a que fuesen a arrestarlos y huyeron a la vecina Checoslovaquia.

Los dramáticos acontecimientos de 1927 fueron el presagio de conflictos más crueles. Sólo siete años después, los conservadores ganaron la batalla entre una visión secular, progresista y socialdemócrata de la sociedad, y otra católica, corporativa y rural. Acosado por un conflicto real entre concepciones sociales e identidades culturales, el mapa político de Europa cambiaba a pasos agigantados.

1928: «BOOP-BOOP-A-DOOP!»

> Así pues, la mujer de la época se puso en marcha: inquieta, seductora, codiciosa, insatisfecha, ávida de sensaciones, desinhibida, un punto morbosa, más que un poco egoísta, de mente despreocupada y cuerpo esbelto, neurótica y enérgica, adoradora de dioses de oropel en altares perfumados, pareja adecuada para el hombre temerario, con prisa y cínico de su tiempo, madre predestinada de... ¿de qué manera de ser?
>
> WALTER FABIAN (SAMUEL HOPKINS ADAMS),
> *Flaming Youth*, 1923

Helen Kane no tenía aspecto de estrella de Broadway. Bajita y regordeta, chica del Bronx con bonitas curvas y segura de sí misma, no se parecía en nada a la silueta lánguida y de muchacho que lucían las *flappers* de moda. Una mata de pelo castaño aparentemente ingobernable le daba unos preciosos centímetros más de estatura. Pero bueno..., su voz: preciosa, sexy, con un dejo neoyorquino casi de personaje de viñeta o de dibujos animados. Delineados con lápiz negro, sus ojazos parecían hacerles guiños a casi todos los hombres del público; el eterno mohín de sus labios púrpura era una promesa con forma de corazón.

En 1928, Kane se subió al escenario para actuar en la revista de Oscar Hammerstein *Good Boy*, miró al público e interpretó su número más reciente, «I Wanna Be Loved by You», un tema que más tarde resucitó Marilyn Monroe, y triunfó. Sus admiradores esperaban casi sin aliento que llegaran las palabras marca de la casa, una coletilla entre tímida y coqueta a la letra de la canción, más dicha que cantada: *Boop-boop-a-doop*.

Si bien nunca fue una gran actriz y cantante, Helen Kane atraía un enorme interés a la vez que se embolsaba un jugoso caché. Se organizaban

concursos que buscaban a la chica que más se le pareciera, se vendían muñecas Helen Kane y también circuló una tira cómica que la inmortalizó, un personaje bautizado con el célebre latiguillo: Betty Boop. Para toda una nueva generación de norteamericanas, la ingenua y glamourosa chica del Bronx simbolizó su propia determinación a marcharse de casa, lejos de los padres, y disfrutar de la vida.

La sombra de la guerra ya no pendía sobre ellas, y no les interesaba la solemnidad, la angustia, el trauma y la tensión de sus mayores. Mientras otros debatían sobre la crisis de la sociedad y luchaban por un futuro prometedor, la nueva generación respondió con pícaro *boop-boop-a-doop* y una mirada de refilón a la persona más atractiva y que tuviese más a mano. La política no era para ellos, y su ideología era el charlestón.

«Flirtear era divertido»

Las *flappers* eran fabulosas. Habían cogido su vida con las manos y vivían lejos de la familia. Las chicas de pelo corto y vestidos escandalosamente cortos, fumaban en público y empinaban el codo con los hombres, no se conformaban con cualquier clase de sexo y eran atrevidas en cuestiones como el matrimonio y otras ideas anticuadas, iban a fiestas y se pegaban el lote en coches último modelo.

¡*Oh, qué bonita!: Betty Boop, símbolo irónico de la feminidad durante la Gran Depresión*.
AKG Images

«No quiero ser respetable porque las chicas respetables no son atractivas», proclamó Zelda Fitzgerald, diosa de las *flappers*, resumiendo así la actitud de esa joven generación peligrosamente independiente. «Los chicos bailan más con las chicas que más besan [...]. La *flapper,* cuando lo advirtió, despertó de su letargo de "predebutante", se cortó el pelo a lo paje, se puso los pendientes más elegantes, y mucha audacia y colorete, y salió al campo de batalla. Flirteaba porque flirtear era divertido.»[1]

El nihilismo jovial de las *flappers* era el hijo de la recuperación económica y del escapismo general. Tras los primeros y agitados años de la posguerra, con sus huelgas violentas, sus disturbios raciales, conflictos sociales y la Amenaza Roja, la economía de la paz había despegado y ya se notaba una nueva sensación de optimismo. «Lo que más interesa a los norteamericanos son los negocios», había dicho en 1925 el presidente Coolidge en un discurso pronunciado ante directores de periódicos, y esa mirada pragmática a la vida expresó lo que muchos sentían y querían. Tras

una larga década de intranquilidad, parecía que los estadounidenses salían adelante y que las cosas les volvían a ir bien.

Como Coolidge se había ocupado de dejar bien claro, en los Estados Unidos el acento se ponía en los negocios, no en la justicia. Los ingresos del 0,1 % más rico equivalían a la renta total del 42 % más pobre, y los que se habían situado del lado equivocado estaban solos; no obstante, volvía a haber trabajo y el sector manufacturero vivía unos días de esplendor.

En ninguna parte era más obvia esa nueva libertad que en la fabricación de automóviles, el producto norteamericano por excelencia, garantía de prestigio para algunos y de movilidad para todos. Los coches también fueron un estímulo fundamental para muchísimas industrias asociadas: construcción de carreteras y puentes, producción y refinado de crudo, y una red cada vez más extensa de gasolineras, fábricas de neumáticos, talleres de reparación de automóviles y moteles y cabañas para turistas motorizados. Los Estados Unidos se lanzaron a las calles. Hacia 1920, veintitrés de cada veinticuatro automóviles que se ponían en circulación en todo el mundo se fabricaban allí, donde había matriculados unos diez millones de unidades. A finales de la década, el número se había triplicado y era de poco menos de un coche por familia. Casi la mitad de esos vehículos eran del modelo Ford T, disponible por apenas 290 dólares en 1924.

En 1929, los conductores norteamericanos recorrieron un total de trescientos veinte mil millones de kilómetros en un solo año. Los coches transformaron la vida de los granjeros aislados, que hasta entonces tenían muchas dificultades para desplazarse hasta el pueblo más cercano; de los oficinistas, que ahora podían vivir en los barrios residenciales de las afueras, y de millones de adolescentes, que ya podían ir en coche al cine, a fiestas o a bailar o, sencillamente, aparcar en calles mal iluminadas para practicar con devoción la clase de comunicación no verbal que sus padres nunca habrían tolerado dentro de casa; léase, el *petting* (el magreo), término que se acuñó a mediados de la década de 1920.

En ese momento de auge de las manufacturas, salían de las fábricas objetos que hasta entonces nadie había considerado necesarios: electrodomésticos como tostadoras y aspiradoras, coches y radios, cosméticos y lencería, jabones perfumados, cigarrillos y cámaras de fotos. El arma decisiva en esa guerra por los dólares fue la transformación de los ciudadanos en consumidores y la usurpación de su atención por una

publicidad sexualizada que realzaba valores como la seducción y la elegancia.

En 1920, John B. Watson, un prestigioso psicólogo conductista, dejó su cátedra en la Johns Hopkins University (Baltimore) y aceptó un puesto en la agencia publicitaria J. Walter Thompson. Watson, especialista en comportamiento animal, se había doctorado con una tesis sobre la capacidad de aprendizaje de las ratas. Admirador del psicólogo ruso Iván Pávlov, estaba convencido de que el condicionamiento era la clave de la psique humana. «Dadme una decena de niños pequeños sanos y bien formados, y mi propio mundo hecho a medida para criarlos, y os aseguro que escogeré a uno de ellos al azar y lo formaré para que sea el especialista que yo decida: médico, abogado, artista, marino mercante y, sí, también mendigo o ladrón», afirmó, añadiendo que el talento y la raza podían poco o nada contra el condicionamiento social y cognitivo.[2] Convertido al mundo de la publicidad, Watson llevó sus ideas a la práctica sosteniendo que, para dar buenos resultados, un anuncio exitoso tenía que acceder a las emociones básicas de los clientes –amor, miedo, rabia, vergüenza– y, mediante la repetición incesante, asociarlas con tal o cual marca.

«¡Por el torniquete a una tierra de AVENTURAS!», pregonó en 1929 el anuncio de Piggly Wiggly, la primera cadena de supermercados con autoservicio y más de dos mil puntos de venta repartidos por todo el país. Y no faltó quien imitara esa lógica. En 1928, J. C. Penney tenía mil tiendas, y sus productos llegaron a ser parte integrante de la vida americana, pues no sólo ofrecían una calidad predecible, sino también muchas y nuevas oportunidades de mercado. La Curtis Candy Company de Chicago contrató una flotilla de aviones para lanzar sus golosinas en barra Baby Ruth sobre cuarenta ciudades norteamericanas; en 1926, después de que el dulce maná cayera del cielo en pequeños paracaídas, Curtis vendía cinco millones de barritas por día.

«Starstruck»

Si acomodándose a esa lógica se podían vender tantas golosinas, también podían proyectarse en la pantalla grande películas y los sueños que contenían. Charlie Chaplin se había transformado a sí mismo en una marca

registrada encarnando al Chico que no tardó en dar la vuelta al mundo, y los ejecutivos de Hollywood tampoco tardaron en comprender que el público quería vivir con las estrellas o, mejor dicho, que quería vivir con una proyección, una imagen pública que podía crearse y cultivarse con esmero. Al fin y al cabo, el cine empezaba en serio a ser un gran negocio. A mediados de la década de 1920 se vendían en los Estados Unidos cincuenta millones de entradas de cine por semana; en 1929, la cifra ya era de ochenta millones.

Antes de la guerra, el centro de la industria cinematográfica había sido Francia, pero, dado que el cine francés, víctima de una economía deprimida, tenía que esforzarse mucho para encontrar fondos que permitieran rodar producciones de gran presupuesto, y considerando que las industrias alemana e italiana no habían conseguido consolidarse por motivos muy parecidos (véase el ejemplo de *Metrópolis)*, Hollywood pasó a ser el lugar preferido, donde se producían las películas más espectaculares y más taquilleras, con estrellas como Buster Keaton, Greta Garbo, John Gilbert, Mary Pickford y Douglas Fairbanks, padre e hijo.

Una de las estrellas más rutilantes de ese firmamento, y que, además, contaba con un muy buen representante, y una de las primeras en acabar destruidas por el sistema, fue la radiante Clara Bow, la «It Girl» original. Bien mirados, sus comienzos no la predestinaban para una gran carrera. Nacida en 1905 o 1906 en una casa de vecindad de Brooklyn, y única superviviente de tres hermanos (la primera, una niña, murió a los tres días de nacer, y la madre, destrozada, echó el cadáver a un cubo de basura), Clara era hija de un padre alcohólico y de una madre mentalmente inestable que más de una vez se vio obligada a prostituirse. De pequeña, la futura actriz fue una niña solitaria que pasaba hambre, y vergüenza también por los harapos que llevaba. Tartamudeaba y tenía pocos amigos, pero siempre que tenía cinco centavos en el bolsillo se iba al cine, su única vía de escape de la pobreza y la suciedad que la rodeaban.

Cuando la niña anunció que quería ser actriz, la madre reaccionó horrorizada. Una noche, Clara despertó y vio a su madre arrodillada a su lado; la mujer, que tenía un cuchillo de trinchar, parecía dispuesta a cortarle el cuello. La pequeña consiguió apartarla de la cama y encerrarla en otra habitación; ella escapó, pero no tuvo valor para volver a casa hasta tres días más tarde. A fuerza de determinación, Bow consiguió actuar en el cine tras

ganar un concurso para nuevos talentos y visitar a un representante tras otro hasta que le consiguieron pequeños papeles. En 1924, cuando empezó a trabajar en Hollywood, su madre ya estaba internada en un manicomio.

En el sistema de estudios de Hollywood, que tendía a considerar a los actores como esclavos, Bow vivía delante de las cámaras de sol a sol; solamente en 1925 actuó en quince largometrajes. La cámara la adoraba. Chica vivaz de Brooklyn sin formación teatral pero con una presencia incomparable y unos ojos que hipnotizaban, daba la impresión de poder interpretarlo todo. En 1926 vivió el momento decisivo de su carrera con el estreno de *Mantrap*. «¡Clara Bow! ¡Bow! ¡Wow, wow! ¡Menuda "trampa para hombres"! ¡Y más lo será a partir de esta película!», exclamó el crítico de *Variety*. Bow había encontrado su personaje en el papel de una coqueta chica de barrio que toma sus propias decisiones en lugar de hacer gala de la educada reticencia de una joven que no dice nada a menos que se dirijan a ella. Cuando ve a un hombre que le resulta interesante, es ella la que lo sigue, y es ella la que da una bofetada si le tiran los tejos, pero no porque no le guste, sino porque, de lo contrario, la cosa sería demasiado sencilla para su pretendiente.

A pesar de sus curvas y su larga cabellera, Clara Bow era la encarnación perfecta de la *flapper*, esa criatura mítica de la posguerra, hecha a partes iguales de frivolidad, moda, determinación y alcohol de contrabando. Su público la adoraba por eso, y en un solo mes llegó a recibir hasta cuarenta y cinco mil cartas de sus admiradores, más que las que se reciben en una ciudad de cinco mil habitantes.

Los «locos años veinte» necesitaban su estrella, y también una manera de llamarla. Cuando la novelista inglesa Elinor Glyn, especializada en novelas atrevidas para un extenso mercado, publicó *It*, la palabra pareció ser la perfecta. La propia autora no era precisamente la mejor candidata para dar una identidad a la generación *flapper*; nacida en 1864, mujer de actitud dominante y aristocrática, y con un más que exagerado acento inglés de clase alta, se parecía más a la típica institutriz odiada por los niños, y la moral disoluta de sus pupilas, que llevaban blusas tan cortas que dejaban el ombligo al aire, era la manera perfecta de escandalizar a los mayores de todas partes.

Sin embargo, la prolífica escritora, conocida por publicar hasta tres novelas picantes por año, fue lo bastante espabilada para inventar un

concepto entre misterioso y seductor, y, no obstante, sin un contenido claro, una herramienta ideal para el márketing. «Para tener "It", el afortunado poseedor ha de contar con ese extraño magnetismo que atrae a ambos sexos. [...] En el mundo animal "It" aparece en tigres y gatos, animales ambos fascinantes y misteriosos, y en absoluto dóciles.»[3]

En palabras de un crítico, «el flapperismo de hoy, con su jazz y sus *necker-dancers*, con esas fiestas en que todos se besuquean y se manosean y con su total falta de respeto a las convenciones» era la materia prima ideal para Hollywood,[4] y la fascinante y nada dócil Clara Bow fue la elegida para interpretar a la chica *It* en una película de 1927 basada en la novela de Glyn, en la que aparecía como la *flapper* perfecta.

Ser *flapper* era una moda universal, y no tardó en extenderse gracias al cine, a las revistas ilustradas y los discos de jazz. El charlestón hacía furor en Berlín y sacaba a la pista de baile a todo Londres. Películas y periódicos saludaban a esas chicas como parte de una marea irresistible –y escandalosa– de liberación social y sexual. El cosmopolita conde Harry Kessler lo percibió cuando asistió, en Berlín, a una fiesta donde esa nueva libertad teñida de nihilismo se celebró con un abandono aún mayor, y con la presencia de una invitada norteamericana: «Llegué al apartamento pasada la medianoche. Una vez más, un grupo pintoresco, por llamarlo de alguna manera; allí nadie conocía a nadie. [...] Los nombres de las mujeres, que se paseaban en diferentes grados de desnudez, eran ininteligibles, y era imposible saber si eran amantes, putas o damas. [...] Del gramófono salían, una tras otras, piezas populares, pero Josephine Baker, en lugar de bailar, prefirió sentarse en un sofá a comer *hot dogs*. Y así seguía la fiesta a las tres, cuando me despedí.»[5]

Si la cultura de las *flappers* florecía principalmente en los bares (legales o no) y otros antros frecuentados por jóvenes y ricos en busca de emociones fuertes, el jazz, el nuevo ritmo que despertaba sensaciones desconocidas, tuvo su himno gracias a un joven compositor norteamericano que en 1928 visitó en París a Nadia Boulanger, la profesora de composición más famosa de entonces, una figura formidable del mundo musical europeo. Compositora, profesora y directora de orquesta, a Boulanger la solicitaban los estudiantes de composición más talentosos, pues se la conocía no sólo por su genio, sino también por la capacidad de comprender y apoyar la voz personal de sus estudiantes mientras trabajaba junto a ellos codo con codo

los aspectos técnicos de la composición. El joven de Nueva York se sentó al piano y empezó a tocar algunas de sus piezas con la esperanza de contagiarse un poco de la sofisticación europea, pues asumía, sintiéndose inseguro, que a su música le faltaba solidez y profundidad intelectual. Cuando dejó de tocar, Boulanger le dijo que ella no tenía nada que enseñarle. El músico norteamericano se llamaba George Gershwin.

Al regresar de Europa, Gershwin puso sus nuevas ideas en una ambiciosa composición para orquesta, *Un americano en París* (1928). Con su ritmo sincopado, sus cláxones y sus giros inesperados, el lenguaje de Gershwin es decididamente más norteamericano que parisino, pero es muy probable que el título fuese, más que una evocación directa, una referencia caprichosa al viaje a París, en el que el compositor ahondó en una importante tradición musical y encontró su propia voz orquestal. A fin de cuentas, la capital francesa también era la capital europea del jazz, y los músicos negros norteamericanos habían hecho de ella su residencia.

Si bien las *flappers* nunca triunfaron del todo en París, el movimiento tuvo en esa ciudad a alguien que elevaría algunas de sus características a la categoría de arte. Como Clara Bow, Coco Chanel venía del lado oscuro de la vida. Nacida en 1883, era hija ilegítima de una lavandera y un vendedor ambulante; tras la muerte de su madre, cuando Coco tenía sólo doce años, se había educado en un convento aburrido y con normas muy estrictas. Las monjas le enseñaron a coser, para que la huérfana tuviera algunos ingresos. Con un tesón y una energía extraordinarios, la costurerita llegó a directora de un imperio de la moda, financiado en parte gracias al acierto con que elegía a sus amantes, entre los que destacó el inmensamente rico duque de Westminster.

Chanel había comprendido que la alta costura tenía que aprender de las *flappers*, a las que tanto molestaban los corsés, los vestidos hasta los pies, los cuellos altos y todo lo que oliera a rigidez y sofoco, y se inspiró no en los espectaculares trajes de las famosas, sino en la ropa de deportistas, jinetes, marineros y pescadores. Elegantes y sobrias, y también mucho más prácticas que los diseños favorecidos antes de la guerra, sus creaciones tenían una atrevida sencillez que las convirtió en un *must* de la nueva élite urbana. Es posible que su contribución más duradera a la moda fuese un diseño con mucho estilo que Chanel presentó en 1926; el modelo llegó a

considerarse tan imprescindible en el guardarropa femenino, que al final se lo conoció simplemente por su acrónimo: PRN, la *petite robe noire*.

El pícnic de los «teddy bears»

Las *flappers* fueron un fenómeno claramente norteamericano, quizá la primera ola de cultura juvenil que incluyó la moda, la música, los comportamientos, la lengua e iconos culturales que se propagaron por todo el mundo. En las sociedades totalitarias de entonces, como la Unión Soviética o Italia, o en países muy conservadores como España, esta corriente nunca prosperó de verdad, pero su influencia se dejó sentir de Dublín a Tokio y de Shanghái a Berlín. Así y todo, existieron variantes muy distintivas. En Londres, donde la moda *flapper* se exponía en las tiendas más elegantes (en Selfridge's las lucían maniquís humanas que se pasaban el día tumbadas en el escaparate), la prensa vivía fascinada por otra corriente juvenil que ya hacía furor, a saber, los llamados Bright Young Things (Jóvenes Brillantes).

Es posible que el revuelo que armaron ese glamour irresponsable y su deliberado infantilismo sólo pudiera darse en Inglaterra, y únicamente como reacción a la solemnidad y el dolor de los primeros años de posguerra, durante los que esos jóvenes alcanzaron la adolescencia. Mientras la nación se recuperaba de la neurosis de guerra colectiva provocada por las bajas y el socavamiento del orden social, de la crisis económica, de las huelgas y los disturbios, y de la terrible sensación de que Gran Bretaña ya no dominaba los mares tan fácilmente como hasta entonces, un puñado de privilegiados recién salidos del colegio y la universidad se dedicaban simplemente a reírse por cualquier cosa, a lucir unos trajes de lo más tontos y a beber un cóctel tras otro.

Los años de austeridad de la posguerra habían pasado, y los tiempos habían cambiado, al parecer para bien. A muchos jóvenes de 1928, el mundo moral de sus padres les parecía antediluviano. Virginia Woolf señaló que la naturaleza humana había cambiado en 1910, y como ejemplo puso a su cocinera: «La cocinera victoriana vivía como un leviatán, abajo del todo, formidable, callada, misteriosa, inescrutable; la cocinera georgiana es una criatura solar, hecha de aire fresco; entra y sale del cuarto de estar, ahora

para tomar prestado el *Daily Herald*, después para pedir consejo sobre un sombrero. ¿Se puede pedir que cambien ejemplares más solemnes de la especie humana?»[6]

A Woolf le había parecido revolucionaria la idea de que una empleada doméstica pudiera hablar con la dueña de casa de mujer a mujer, de que la cocinera de repente se considerase sexualmente igual a la señora. Veinte años y una guerra después, el juego había vuelto a cambiar. Nietzsche había enterrado a Dios; los dadaístas, los surrealistas, los fascistas y los comunistas habían proclamado la muerte de los valores burgueses; los freudianos decían que la decencia de la clase media era una enfermedad peligrosa. La generación *flapper* lanzó su gran campaña, pero no sentada a un escritorio o en las redacciones de los periódicos, y tampoco manifestándose airada en las calles y en las fábricas, sino yendo de juerga a los clubs nocturnos, a cabarets donde la sordidez era el principal atractivo del lugar o montando sus fiestas en casa de los ricos.

No todo el mundo parecía aprobar sin más ese cambio de actitud. En 1920, el doctor R. Murray-Leslie se había burlado del hecho de que la falta de buenos partidos de sexo masculino hubiese dado lugar al «tipo social mariposa; la *flapper* frívola que apenas cubre su cuerpo, la que vive a ritmo de jazz, la irresponsable e indisciplinada, para quien un baile, un sombrero nuevo o un hombre con un automóvil eran más importantes que el destino de las naciones». Otro árbitro del gusto ridiculizó a las sufragistas y otras feministas por masculinas y feas: «Muchas de nuestras jóvenes se han vuelto asexuadas, se han masculinizado... Ese pelo tan corto, esas faldas no más largas que un *kilt*, y encima esas caderas estrechas y esos pechos insignificantes», escribió Arabella Kenealy en el *Daily Mail* en 1920.[7]

A las mujeres objeto de esos insultos les daba absolutamente igual. Sus apretadas agendas sociales apenas les dejaban un rato libre para hojear un periódico. Algunos de esos jóvenes tan envidiables eran la encarnación de la riqueza y los privilegios. Entre los representantes más destacados de los Bright Young Things cabe citar a Bryan Guinness, heredero de una fortuna hecha gracias a la cerveza negra (se decía que ganaba la duodécima parte de un penique por cada botella que se vendía); el esteta americano-italianoinglés Harold Acton, acaudalado y exótico a más no poder, y famoso por haber recitado nada menos que en Oxford, en Christ Church Meadows, y valiéndose de un megáfono, *La tierra baldía* de Eliot; Elisabeth

Ponsonby, hija de Arthur Ponsonby, ministro laborista y antibelicista; Henry Yorke, escritor e hijo de un industrial y luego más conocido por su seudónimo Henry Green; los más que excéntricos hermanos Sitwell (Edith, Osbert y Sacheverell); las hermanas Mitford, aristócratas muy venidas a menos a quienes la vida y sus elecciones personales acabaron distanciando, y Stephen Tennant, el más gay de todos los gays del grupo, cuyas costumbres y comportamientos entraron en la leyenda, e incluso en canciones de la época, y que era capaz de presentarse en una fiesta normal y corriente con polvo de oro en sus ondulantes mechones rubios.

Algunos de esos jóvenes eran inmensamente ricos; otros, en cambio, subsistían en lo que entonces aún se llamaba pobreza elegante, pero todos tenían una posición social importante, eran miembros de la aristocracia o se relacionaban de una manera u otra con ella. Con todo, sus numeritos habrían sido totalmente convencionales y no habrían inspirado tantos textos brillantes de no haber sido por algunos de sus seguidores, gente de no tan alta cuna que compensó su falta de pedigrí con generosas dosis de talento y escándalo.

Durante la temporada que pasó en Londres a finales de la década de 1920, la actriz norteamericana Tallulah Bankhead fue una de las más aplaudidas. Bankhead no soportaba un solo minuto de aburrimiento, y solía animar o liar la cosa con su hambre directa y, en palabras suyas, «ambisextra» de encuentros eróticos. Otros que vivían deseando figurar fueron el prometedor fotógrafo Cecil Beaton, capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir encargos y empujoncitos de esa *beautiful people* a la que tanto admiraba, personajes a los que él embellecía aún más con sus muy elaborados retratos; Robert Byron, escritor de libros de viajes expulsado de Oxford por negarse a estudiar y a comportarse como es debido; el brillante y hosco novelista Evelyn Waugh, bebedor empedernido, que siempre intentaba encontrar un camino entre su monumental esnobismo y su deseo, aún más monumental si cabe, de estar donde había que estar; Noël Coward, que ya era una estrella del teatro pero que nunca formó realmente parte de ninguna *jet set*, aunque siempre estaba ahí para beber, divertirse y observar, y el joven poeta John Betjeman, que acababa de llegar de Oxford, donde había fallado por segunda vez a la hora de acabar la carrera de teología. Así recordó Betjeman una noche de juerga:

El chorro de soda y el aroma del whisky
embriagador que se subía a la cabeza
con otras fragancias que solemos olvidar:
champú de Delhez, cigarrillos turcos,
el olor a Ronuk en el parquet,
y fiestas y más fiestas, en cascada:
Eli Ponsonby con sus mallas de leopardo
y Robert Byron y las mellizas Ruthven.

Ser un o una Bright Young Thing significaba eso, irrumpir en la cascada de fiestas con mallas de leopardo y ser escandaloso y divertido. La sucesión de fiestas en pijama era interminable, y también lo eran las fiestas junto a la piscina y con orquesta, los fines de semana larguísimos en las casas de campo de unos padres ricos y a menudo escandalizados, los bailes de máscaras legendarios, las bromas pícaras y las carreras de coches nocturnas por las calles de Londres.

El clima de esas juergas incesantes recordaba a Peter Pan con cócteles, y en 1926 se organizó incluso una fiesta con ese tema... Todo era tan deliberado en su inocencia, en su negativa a ver el mundo desde una perspectiva adulta. Las fiestas temáticas llevaban directamente de vuelta a la obsesión infantil con el disfraz, y parecía como si nunca hubiera terminado la vida en el internado (casi todos los miembros de ese círculo encantador habían pasado por alguno), con sus ganas de divertirse, el desafío a las normas de la institución y las expediciones nocturnas tras escapar por las ventanas y las azoteas.

Uno de los sitios preferidos por los más brillantes entre los brillantes era el Gargoyle Club, en el 69 de Dean Street, Soho. Fundado por David Tennant, hermano de Stephen, el ricitos de oro, en el Gargoyle, con las paredes revestidas con mosaicos hechos con fragmentos de espejos y dos cuadros de Matisse, se respiraba el aire de los nuevos tiempos. El dueño decía que lo había abierto sólo para tener un lugar apropiado para bailar con su novia.

Allí, en 1926, los miembros del elegante círculo londinense fueron los invitados a una «fiesta eduardiana»; se les pidió que asistieran vestidos como «hace veinte años». En abril de 1930, fueron unos cinco mil los que se reunieron ataviados con trajes del siglo XVIII para celebrar a Mozart.

Según se dice, la *extravaganza* costó más de 3.000 libras esterlinas (unos 100.000 dólares de hoy). El exclusivo menú de la cena que se sirvió antes del baile salió directamente de un libro de cocina antiguo, los platos que se servían en la corte de Luis XVI. Terminado el ágape, una orquesta con trajes de época y pelucas y una banda de jazz animaron a los asistentes hasta altas horas de la noche. Al volver a casa, los animados juerguistas se encontraron con algunos obreros que trabajaban en la calle y posaron, martillo neumático en mano, con los asombrados trabajadores para una foto que debía inmortalizar esa gran noche.

Las diversiones de ese grupo de privilegiados se habrían evaporado como la nube de alcohol en que vivían de no haber sido por la duradera fascinación de la prensa, que advirtió que se podían vender muchos ejemplares comentando sus fiestas y otros pasatiempos y retratando la osadía de esa manera de vivir. Periódicos como el *Daily Express* y revistas como *Punch* y *Tatler* estaban presentes en todas las fiestas, en todas las *extravaganzas* y hasta en el último escándalo, por pequeño que fuese, y ningún acontecimiento se consideraba completo sin la imprescindible bandada de reporteros y fotógrafos. Esa atención de los medios de comunicación magnificó, hasta convertirlos en un fenómeno nacional, la importancia y el eco de algo que, al fin y al cabo, sólo era un círculo relativamente reducido y adorable formado por jóvenes más o menos aristocráticos y su séquito.

Al lector de esas publicaciones, el ciudadano de a pie que vivía con 200 libras anuales –un oficinista o un funcionario de no muy alto rango–, los artículos sobre esa *jet set* le permitían atisbar momentos de la vida ociosa de unos privilegiados. Puede que ese lector aspirase a un estilo de vida así, y que sintiera envidia y la disimulara expresando su desaprobación moral; pero, en un contexto más amplio, los artículos que hablaban de botellas y más botellas de champán, de Pimm's y de los Bright Young Things reflejaban un cambio en las mareas sociales. A pesar de que no todos eran realmente jóvenes y brillantes, representaban la divisoria nacional entre los que habían sobrevivido a la guerra o combatido en ella y los que en 1914 aún eran demasiado jóvenes para hacerlo. Si bien la diferencia de edad era a menudo insignificante, la diferencia entre sus respectivos puntos de vista podía ser enorme.

Al final, ese jovial nihilismo y la indiferencia, forzada a veces, respecto

de todo lo que tuviera que ver con la política empezaron a desgastarse, la borrachera ininterrumpida cedió el paso a la sobriedad y los jóvenes amantes de la juerga decidieron buscar respuestas y algo en que creer. En el caso de las hermanas Mitford, la búsqueda las llevó en direcciones contrarias. Nancy, expatriada en París, fue una novelista que escribió sobre usos y convenciones sociales; Diana se divorció del millonario heredero Bryan Guinness, el de la cerveza, para casarse con Oswald Mosley, el líder de los fascistas británicos; Unity se rindió enteramente a Hitler en un acto de adulación que dejó pasmada incluso a su familia y que culminó con una tentativa de suicidio cuando su ídolo ya parecía perdido; Jessica se hizo comunista y combatió con los republicanos en la Guerra Civil española, y Deborah se casó con Andrew Cavendish y fue duquesa de Devonshire.

La búsqueda de una certidumbre ideológica también se contagió a otros miembros de ese círculo aparentemente intocable de los locos años veinte cuando su hedonismo sin límites se vio inmerso en un clima político cada vez más amenazador. Evelyn Waugh, uno de los observadores más agudos de las costumbres de sus amigos bebedores, se convirtió al catolicismo; Tom Driberg se comprometió aún más con el comunismo; Brian Howard viajó a Alemania y Austria para estudiar el ascenso del nacionalsocialismo. Valiéndose de Unity Mitford para acceder a la jerarquía nazi, llegó a ser una voz importante que informaba a los lectores británicos acerca de la amenaza fascista, y más tarde escribiendo también sobre la Guerra Civil española. Otros no consiguieron una transición satisfactoria en el camino de los días de gloria de su juventud a una vida adulta más comprometida. Elisabeth Ponsonby murió alcoholizada a los treinta y nueve años, y el hermoso y rubio Stephen Tennant decidió meterse en su cama, de la que prácticamente nunca se levantó hasta su muerte en 1987.

Una agitada indignación

Mientras en la década de 1920 las *flappers* y los Bright Young Things llenaban las páginas de cotilleos y sacaban de quicio a muchos padres, tanto en Nueva York y Chicago como en Londres –lugares en que una economía creciente y al parecer robusta parecía acompañar sin titubeos a la estabilidad política–, en otros países menos estables los valores de una

generación más joven rebelde y de por sí apolítica vivieron una época de constante agitación, un clima que se percibió más claramente que nunca en febrero de 1928, durante la visita de Josephine Baker a Viena.

Baker era el epítome de una nueva cultura del entretenimiento, brillante y dinámica, que mezclaba el jazz y las variedades con fantasías orientales y mucho sexo, sin dejar prácticamente nada a la imaginación de su público, hombres en su mayoría, que la seguían encantados. Janet Flanner, corresponsal de *The New Yorker* (en sí mismo una novela y siempre al corriente de la sofisticación urbana), describió pasmada a sus lectores una actuación de Baker en París, la ciudad que la había hecho famosa:

> Salió a escena completamente desnuda salvo por una pluma de flamenco rosa entre las piernas; la llevaba en volandas un gigante negro, en cuyos hombros [Baker] se abría completamente de piernas. Al llegar al centro del escenario, el negro se detuvo y la cogió por la cintura con sus largos dedos, como si la cantante fuese una cesta, y la dejó en el escenario tras hacerla dar una lenta voltereta. [...] Ahí estaba ella, una estatua de ébano, inolvidable. Toda la sala la recibió con gritos de admiración. Lo que ocurrió después no tiene importancia. Ya estaban ahí los dos elementos básicos, y quién podía olvidarlos... Por un lado, su magnífico cuerpo de piel oscura que demostró a los franceses por primera vez que lo negro también puede ser bello; por el otro, la breve pero intensa reacción del público masculino blanco en París, la capital europea del hedonismo.

En la capital austriaca, el anuncio de la inminente llegada de Baker desencadenó una tormenta, pues no hay que olvidar que en Viena facciones políticas rivales se disputaban la base moral; y si a las autoridades socialistas de la ciudad les molestaba un espectáculo generalmente tachado de inmoral, los católicos conservadores y los fascistas prácticamente echaban espuma por la boca cuando pensaban que Viena vería actuar a una mujer negra que ejecutaba danzas eróticas y, para colmo de males, acompañada por una orquesta de jazz formada únicamente por músicos negros.

Al parecer, la ciudad de Mozart y Schubert no sobreviviría a semejante insulto. El año anterior, la representación de *Jonny spielt auf*, en la que aparecía un músico de jazz con la cara pintada de negro, había provocado un escándalo político y violentos enfrentamientos en las calles. Esta vez parecían jugarse cosas aún más importantes. El *Neues Wiener Tagblatt*, un influyente periódico conservador, predijo nada menos que un apocalipsis cultural: «La literatura y la música, la danza y la vida social se han convertido en artes negras; la negrificación [*Vernegerung*] es la última y

más abyecta novedad europea. La cacofonía del jazz ejecuta la *danse macabre* de la cultura europea, y los giros arrítmicos del charlestón y el Black Bottom avanzan a la velocidad de una película.»[8] No sólo la cultura negra, sino la cultura norteamericana en general significaban, por lo visto, la muerte de la tradición clásica. Otro periodista dijo que los bailes de Baker eran «la última parada de un viaje a las profundidades insondables del abismo».

Tras discutir mucho sobre el lugar más adecuado para su debut, y después de muchas amenazas de manifestaciones, Josephine Baker actuó finalmente en Viena, aunque sólo como parte de un espectáculo en que presentó algunos de sus números menos escandalosos acompañada por actores vieneses con la cara pintada, una decisión que incluso al público local le pareció vergonzante.

Las reacciones a la actuación de Baker repitieron muchos de los argumentos que los críticos observadores solían blandir contra el hedonismo de los locos años veinte y su valorización de la cultura juvenil, nunca hasta entonces tan afirmativa y tan descaradamente presente en la vida pública. En Berlín, donde en 1925 Baker había bailado su conocida danza del plátano, los periodistas tendían menos a moralizar, y estaban dispuestos a verla como el fenómeno que era y a escribir sobre los músicos que la acompañaban: «Son una mezcla de selvas primigenias y rascacielos; lo mismo puede decirse de su música, el jazz, con sus colores y ritmos. Ultramoderno y ultraprimitivo.»[9]

Si Viena se volvía cada vez más provinciana, Berlín era ahora la capital germanófona de la cultura cosmopolita, y durante unos años fue, para los atrevidos y los sofisticados, el lugar en el que había que estar; allí vivieron, entre otros muchos, el escritor inglés Stephen Spender y el director de teatro vienés Max Reinhardt. La vida artística y la cultura juvenil de Berlín no tenían rival, y los berlineses disfrutaron de su edad de oro particular en la década de 1920, *die goldenen zwanziger Jahre*, caracterizados por la recuperación económica, una aparente estabilidad política y un vacilante, aunque real, aumento de la confianza en el futuro. En los bares y las cervecerías, los jóvenes bailaban el charlestón y los músicos alemanes imitaban los acordes del jazz que oían en discos importados de los Estados Unidos.

El espíritu de frivolidad y de fiesta voló en las alas de la canción, en las

letras de la sensación musical de 1928, los Comedian Harmonists, un sexteto vocal masculino formado por cantantes inspirados en The Revelers, un conjunto musical norteamericano. Al principio, los miembros del nuevo grupo, todos relativamente jóvenes y sin oficio conocido, se reunían para ensayar gratis y se llamaban The Melody Makers. Tras unos comienzos marcados por la incertidumbre, se consolidaron con letras muy desinhibidas y arreglos que rezumaban alegría y un brío inigualable. Casi todo lo que cantaban era subido de tono, aunque esa característica no siempre era evidente la primera vez que se oían sus canciones. En el clásico «Veronica, der Lenz ist da» (Verónica, la primavera ya está aquí), se le dice a la amada del cantante que la primavera ya debe de haber llegado porque «el espárrago está creciendo» y los jóvenes deberían buscar la felicidad y la libertad en el bosque; una manera especialmente encantadora de actualizar la sacralidad de los bosques alemanes en la tradición romántica. De hecho, la primavera parecía por fin haber llegado, y en la República de Weimar se respiraba una ráfaga de alivio colectivo.

No todo el mundo tomó parte en esas diversiones. En el terreno político, las tensiones se habían disipado, pero no desaparecido; no obstante, socialmente, la tensión seguía haciéndose sentir con fuerza. Para la cultura de los bajos fondos berlineses, entre deliciosa y peligrosa, era ese Berlín, con su gente de malvivir, mezcla de ganadores y parásitos a los que todo les daba igual, de prostitutas y delincuentes de medio pelo, lo que hacía que la vida fuese interesante. Sin embargo, también hubo quien advirtió el peligro que implicaba vivir al límite de lo que podía llamarse una vida decente e incluso algo peor que eso.

El rostro oficial de la nueva metrópolis del glamour no mostraba la miseria. Los que viven en la oscuridad siguen siendo invisibles, escribió el poeta Bertolt Brecht en su balada más famosa, «Mackie Navaja», en la que describió en tonos ominosos las prácticas asesinas de un delincuente profesional. Era el primer tema de *La ópera de tres peniques,* con música de Kurt Weill, que se estrenó el 31 de agosto de 1928 en el Theater am Schiffbauerdamm de Berlín.

La ópera de tres peniques cuenta la sórdida historia de gente insignificante cuyos sueños acaban destrozados por un capitalismo igualmente sórdido y prosaico, encarnado en la figura de Jonathan Jeremiah Peachum, el «rey de los mendigos», quien, en realidad, es una especie de

rufián, y en Mackie, que se gana bien la vida dedicándose al robo, la extorsión y el asesinato. Disfrazada de historia de amor entre Polly, la hija de Peachum, y el despiadado Mackie, la ópera describe una lucha de poder capitalista en la que Peachum trata de quitarse de en medio a su rival entregándolo a la policía para que lo ahorquen; pero le sale el tiro por la culata, pues la recién coronada reina de Inglaterra, además de no condenar a Mackie, le concede un título de nobleza. Así pues, gana el más cruel de los gángsters.

Con una música innovadora y salpicada de elementos de la música popular, del jazz, el tango y algunas formas clásicas, inspirada en su mensaje entre cínico y sincero, *La ópera de tres peniques* fue un éxito teatral como pocos, favorecido, como era predecible, por la izquierda y odiado por los nazis con la misma intensidad. Pretendidamente simple, campechano y sin artificios, fue el espectáculo más *cool* del momento, pero, si bien sus melodías eran cautivadoras, sus letras, que se prestaban claramente a ser citadas, daban a entender que no faltaba mucho para que terminase la fiesta.

Segunda parte

Antes de la Segunda Guerra Mundial

1929: LA CIUDAD MAGNÉTICA

> ¿Qué es Magnitostrói? Es una fábrica grandiosa para rehacer a las personas. El campesino de ayer [...] se convierte en un auténtico proletario [...] que lucha para que la colocación de los cimientos del socialismo se complete lo antes posible. Querido lector, si no has estado en Magnitostrói, eres una persona desdichada. Lo lamento por ti.
>
> R. ROMÁN, *Krokodil v Magnitogorske*, 1931*

Un viento furioso y gélido soplaba sobre el paisaje yermo, tiraba de las ropas de un grupo de jinetes que avanzaba entre las estribaciones de las laderas orientales de los Urales. Corría el mes de marzo, y los inviernos eran largos. Hasta allí sólo se podía llegar a caballo o a pie. Los jinetes escrutaron el paisaje árido que se extendía ante ellos. Al cabo de unos años, de meses incluso, construirían allí una fábrica, y no una fábrica cualquiera, sino las acerías más grandes de Europa y, tal vez, del mundo.

Ese lugar se llamaba Magnítnaia Gorá, la montaña magnética. Siglos antes, los colonos habían observado que las brújulas allí se comportaban de manera extraña en los alrededores de esas colinas. Las rocas eran puro mineral de hierro, y los dirigentes de Moscú estaban decididos a explotar ese recurso y pusieron en marcha un ambicioso proyecto que podía compararse con la construcción de las pirámides de Egipto. Levantar una enorme ciudad socialista donde no había nada.

«Que nuestro país deje de ser un país agrícola para convertirse en una nación industrial con poder propio para producir maquinaria fundamental; ésa es la esencia, la base de nuestro plan general», había proclamado Stalin en 1925, y ahora esa ambición iba a convertirse en una política concreta.[1]

Era cierto: recuperándose de una terrible y sangrienta guerra civil, el inmenso imperio soviético necesitaba una transición rápida para dejar de ser un país de aldeas campesinas en las que durante siglos casi nada había cambiado y convertirse en una sociedad plenamente moderna e industrial. La guerra había dañado gran parte de la ya pequeña base industrial de Rusia: fábricas destrozadas, obreros desplazados, ingenieros asesinados, administradores e industriales exiliados.

La ofensiva industrial de Stalin no aspiraba únicamente a dar de comer a la población y defender un país debilitado por años de guerras fratricidas; en el centro de la ambición del partido de industrializar la Unión Soviética en un tiempo récord estaba el deseo de demostrar al mundo la superioridad intrínseca del socialismo sobre el capitalismo. Sólo si eran capaces de conseguir lo imposible, podían los bolcheviques demostrar que el futuro les pertenecía.

Para obrar ese milagro, Stalin había anunciado la puesta en marcha del primer Plan quinquenal, concebido para transformar la industria y las manufacturas en un inmenso salto de fe y forjar una auténtica sociedad soviética mediante un amplio programa de colectivización. «Estamos avanzando a todo gas por el camino de la industrialización [...] hacia el socialismo, dejando atrás el antiquísimo retraso ruso», había dicho Stalin. «Estamos convirtiéndonos en un país de metal, en un país motorizado, tractorizado. Y cuando hayamos puesto a la Unión Soviética en un automóvil, y al *mujik* en un tractor, entonces que nuestros estimados capitalistas, que tanto alardean de su "civilización" intenten adelantarnos.»[2]

La ciudad del Plan quinquenal

Magnitogorsk, literalmente la Ciudad Magnética, sería el microcosmos de esas grandes ambiciones. En 1927, cuando se tomó la decisión de construir allí una planta que duplicaría la producción soviética de arrabio y acero, Magnitogorsk no era sólo un lugar de los Urales remoto y carente de infraestructuras; tampoco había en la Unión Soviética ingenieros capaces de diseñar y construir la enorme fábrica. Por tanto, los gobernantes contrataron los servicios de Henry Freyn and Co., de Chicago, una empresa

especializada en el diseño, construcción y funcionamiento de grandes estructuras industriales.

De hecho, y a pesar de los deseos de Stalin, los «estimados capitalistas» desempeñaron un papel fundamental en el esfuerzo ruso por dar, en apenas cinco años, un salto equivalente a siglos de desarrollo. Magnitogorsk tuvo su fuente de inspiración en los Estados Unidos, concretamente en las costas del lago Michigan, a unos cuarenta kilómetros de Chicago: Gary, en el estado de Indiana, la ciudad del acero, construida en 1906, era, en muchos aspectos, un modelo perfecto, pues también había sido el resultado de un acto de voluntad concertado y, a veces, despótico. No obstante, lo que hacía de su historia una hazaña genuinamente americana, era que el fundador y amo de la ciudad que llegó a tener cien mil habitantes no era el Estado, sino una empresa capitalista privada, la United States Steel Corporation.

Podría decirse que a Gary la habían creado de un plumazo. Era una utopía deslumbrante que se había convertido no sólo en una próspera ciudad, sino también en unas potentes acerías que producían más de cuatro mil toneladas de acero por día. «Uno de los rasgos asombrosos de Gary, construida, como es sabido, sobre arenas movedizas, es que sea realmente sólida, permanente, fuerte. No hay nada en ella que haga pensar en una chapuza, o en algo temporal», comentó un observador en 1920. «Escuelas, bibliotecas, clubs, edificios comerciales, casas, iglesias, lugares de encuentro, todo parece haberse construido para durar. ¡La ciudad ha surgido tan rápidamente, tan sólidamente, y sólo porque así lo ordenó una gran empresa! Es un logro más importante que si lo hubiera ordenado un monarca arbitrario, con absoluto control de la nación y de sus recursos.»[3]

Con un trazado cuadriculado, la ciudad próspera y trabajadora era el verdadero fruto del espíritu emprendedor del país, y a muchos les parecía ser la encarnación misma de los Estados Unidos. Sin embargo, no a todos les gustaba; el presidente Woodrow Wilson había hecho campaña contra su construcción, y llegó al extremo de calificarla de antiamericana, pues era el feudo privado de una corporación y no producto de la auténtica democracia norteamericana. Con todo, era una opinión minoritaria, tal como lo dejó claro un rabino que vivía y trabajaba en la ciudad: «Gary es Norteamérica. En mayor o menor medida, toda ciudad norteamericana es Gary.»[4]

Los dirigentes comunistas rusos estaban impresionados con la idea de que una ciudad industrial podía inventarse así sin más en una pizarra. Y

ellos querían levantar una ciudad más grande, más eficiente y, en general, más imponente que la norteamericana, y se levantaría directamente al lado de uno de los depósitos de mineral de hierro más grandes y de más fácil acceso del imperio soviético. El acero de Magnitogorsk se emplearía en la industria, pero serviría para mucho más, tal como afirmaba un folleto publicitario de la futura ciudad: «El metal no se produce simplemente para su uso. [...] El metal atrae a toda la industria, a todos los ámbitos de la vida humana, empezando por la producción de turbinas, tractores, cosechadoras, textiles, alimentación, y terminando con libros. El metal es la base de la civilización moderna.»[5]

Sólo era cuestión de tiempo que los ambiciosos sueños de un proletariado nuevo orgulloso que produjera acero en una ciudad soviética ideal chocaran contra la realidad de la burocracia comunista. Los ingenieros de Chicago hicieron los planos, pero tuvieron que verlos modificados por los comisarios y los comités, ávidos de demostrar su utilidad patriótica y suspicaces respecto de los designios de los forasteros capitalistas. Los objetivos de producción y las capacidades de funcionamiento se aumentaron arbitrariamente, no adaptándose a las posibilidades técnicas, sino con las exigencias de la propaganda, cada vez mayores. Las instalaciones originales se concibieron para una capacidad anual de 656.000 toneladas métricas de arrabio, pero en 1929 la cantidad había aumentado varias veces, alcanzando los 1,6 millones de toneladas métrica, y luego, en 1930, 2,5 millones.

El pequeño grupo de colonos que llegó en marzo de 1929 tenía la misión de construir barracones y otras estructuras básicas. Llevaban años prometiéndoles una línea férrea de la que de momento sólo existía una parte. Hasta entonces, la fábrica gigantesca y la ciudad sólo eran franjas que se extendían a lo largo de una tierra cubierta por las aguas del deshielo y asolada por los vientos que indicaban dónde tenían que levantarse los barracones y los edificios de la fábrica. En mayo se empezó a trabajar en una fábrica de ladrillos, y con la ayuda del Ejército Rojo se tendieron los últimos kilómetros de la línea férrea. Así, el trabajo en el gran proyecto socialista podía por fin empezar en serio.

Al mismo tiempo, aún no había nada en pie, y la planificación se vio profundamente perjudicada por la incompetencia y el fraude. La línea férrea era tan mala que los trenes sólo podían circular a unos 10 kilómetros por

hora, y algunos pasajeros a veces preferían andar junto a los vagones. Para recorrer los casi novecientos kilómetros que separaban Moscú de Magnitogorsk se tardaba más de una semana. La empresa estatal rusa encargada de construir y supervisar la fábrica se llamaba, como corresponde a una productora de acero, Stalstrói, pero hasta pocas semanas antes era Tekstilstrói, especializada en la fabricación de textiles. Lo único que se había cambiado para prepararla para su nueva hercúlea misión era el nombre. Los subcontratistas norteamericanos empezaron a entender que su tarea sería muchísimo más complicada que la construcción de las acerías más grandes del mundo. «Lo que más nos llamó la atención», señaló el jefe de la obra, «fue que entre los que trabajaban en el lugar nadie tenía idea de lo que era una acería.»[6]

Cuando los ingenieros norteamericanos por fin llegaron al lugar en verano, no creyeron lo que veían. Lo que les habían descrito como una ciudad era poco más que un puñado de tiendas de campaña, no había allí carreteras, las herramientas eran pocas y no existía nada que pudiera llamarse maquinaria pesada. Para empeorar las cosas, los obreros que ahora llegaban al lugar en tren no tenían la mínima formación, y detestaban ese destino que les habían impuesto, pues eran muy pocos los que habían ido allí por voluntad propia. Muchos de los recién llegados eran, de hecho, víctimas de la nueva política de colectivización y de la persecución de los *kulaks* decretada por Stalin.

Retratados por la propaganda soviética como grandes terratenientes y chupasangres capitalistas, los *kulaks* eran, en realidad, poco más que granjeros libres que poseían un poco más de tierra que los demás campesinos. Ahora, cientos de miles de ellos se vieron forzados a ceder sus animales y dejar sus campos o trabajar en granjas colectivas. Como era predecible, el resultado fue catastrófico. Los granjeros preferían matar a su ganado a entregarlo a los nuevos gobernantes, y durante 1929 y 1930 sacrificaron a millones de animales.

Los *kulaks* expropiados formaron parte de la nueva población de Magnitogorsk y no tardaron en llegar, en trenes repletos, a la sucia vía que hacía las veces de estación, como recordó un activista comunista:

> Llegó un plenipotenciario con poderes extraordinarios. Me llamaron. A las 13 horas llegó un coche y me acerqué. El camarada Yákov Semiónovich Gúguel, el jefe de la obra, estaba ahí. El

plenipotenciario se volvió hacia mí y preguntó cómo me llamaba. Después preguntó: «¿Sabe con quién está hablando?» «No le conozco a usted», contesté. Y él dijo: «Mire, si quiere ayudarme... Dentro de tres días habrá aquí no menos de veinticinco mil personas. ¿Ha servido usted en el ejército? Tenemos que construir barracones antes de que lleguen.» [...] Y llegaron en masa, pero no veinticinco mil, sino cuarenta mil. Llovía, había críos que lloraban cuando uno pasaba. Pero nadie quería mirar.[7]

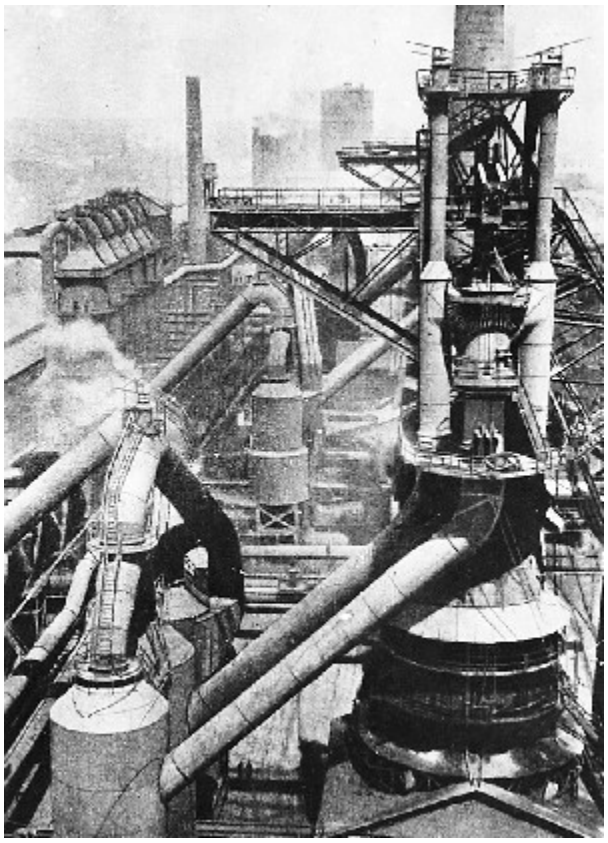
La sinfonía de las sirenas

La construcción de la ciudad siguió adelante contra viento y marea, a pesar de la falta de casi todo lo básico. El partido había fijado ya la fecha en que la fábrica tenía que empezar a producir, y los responsables oficiales sabían que les iba la vida en ello. Mientras el tórrido verano continental se transformaba lentamente en un crudo invierno con temperaturas de hasta –40 ºC, los obreros se veían una y otra vez forzados a trabajar al límite de sus fuerzas. «En aquel momento la consigna era: "¡Poner en marcha el horno en la fecha indicada!"», recordó un obrero. «Una consigna que podía verse literalmente por todas partes. [...] Iba uno al cuarto de baño, a hacer sus necesidades, y hasta ahí la veía: "¡El alto horno ha de acabarse en el plazo fijado!" [...]. Lo único que les faltó fue escribirlas en el cielo.»[8]

Al trabajar tan duro y en condiciones tan apremiantes y con herramientas y materiales primitivos, los obreros, a menudo no cualificados, solían producir cosas inutilizables e incluso peligrosas, y los accidentes eran el pan de cada día. La gigantesca obra en construcción parecía estar en constante estado de emergencia: «En cuanto sonaba el teléfono, ya se sabía que se trataba de una avería en alguna parte», escribió Yákov Shmidt, uno de los varios directores a corto plazo. «El operador me notificaba inmediatamente todas las emergencias. Al mismo tiempo, en la obra, en caso de incendio, sonaban alarmas en todas las locomotoras, junto con la sirena de la central eléctrica. Esa nada habitual "sinfonía" impresionaba e inquietaba a todos los que vivíamos en Magnitka.»[9]

Otro testigo ocular vio lo que ocurría a una luz mucho más benévola. Nacido en Filadelfia en 1912, John Scott era comunista e idealista, emigrado a la Unión Soviética en 1932 para ayudar en la construcción de un futuro mejor para la humanidad. Fue uno de los poquísimos voluntarios que se presentaron para trabajar en Magnitogorsk, soportó las mismas

privaciones que sus compañeros, y le encantó. «Fui muy feliz», escribió en sus memorias, tituladas *Más allá de los montes Urales*. «Los bolcheviques planificaban su economía y daban oportunidades a los hombres y las mujeres más jóvenes. Además, ya no vivían fetichizando las posesiones materiales, que [...] era uno de los males básicos de nuestra civilización norteamericana. Vi que la mayor parte de los rusos comían sólo pan negro, que usaban un solo traje hasta que se desintegraba, que usaban periódicos viejos para escribir cartas y las notas e informes de la oficina, para liar cigarrillos y hacer sobres y para otros varios usos personales.»[10]



Altos hornos en la estepa: Magnitogorsk.
Bundesarchiv, Koblenza

Al leer las memorias de Scott sobre sus experiencias en la Rusia soviética, se puede tener la sensación del entusiasmo, genuino a menudo, de los jóvenes militantes dispuestos a soportarlo todo por el sueño más grande jamás soñado. Igual que los funcionarios del partido, para Scott las variopintas multitudes de ex campesinos, de obreros de otras industrias y de

presos sólo eran materia prima que era necesario purificar, forjar y modelar en nuevos hombres soviéticos, igual que el metal que se procesaría en los altos hornos que estaban construyendo. «Jaibulín, el Tártaro, nunca había visto una escalera, ni una locomotora ni una bombilla eléctrica hasta que llegó a Magnitogorsk un año antes», contó Scott.

> Sus antepasados se habían dedicado durante siglos a criar ganado en las llanuras de Kazajstán. Poco se habían enterado del gobierno zarista; habían tenido que pagar impuestos. Habían oído hablar de la Revolución de Octubre; yo llegué a ver al Ejército Rojo expulsar a algunos terratenientes ricos. Habían asistido a las reuniones del Sóviet, sin entender con claridad de qué iban, pero mientras tanto, su vida había seguido siendo más o menos la de siempre. Y ahora Shaimat Jaibulín estaba construyendo el alto horno más grande de Europa. Había aprendido a leer e iba a una escuela nocturna, donde estudiaba para electricista. Había aprendido el ruso y leía los periódicos. En un año, su vida cambió más que la de sus antepasados desde los días de Tamerlán.[11]

Scott fue uno de los pocos occidentales que se fueron a vivir a Rusia por idealismo, pero muchos izquierdistas miraban hacia el este con gran interés. «Intelectuales, trabajadores sociales, hombres y mujeres profesionales son recibidos con la mayor cordialidad en Rusia», decía un anuncio publicado en *The Nation* en enero de 1929, que señalaba que ése era el país «en el que se estaba llevando a cabo el experimento social más gigantesco del mundo, en medio de una galaxia de nacionalidades pintorescas, un paisaje maravilloso, una arquitectura espléndida y civilizaciones exóticas».

Ruido de cosas que caen

Mientras los locos años veinte avanzaban a toda velocidad hacia la década siguiente, que prometía más estabilidad, más crecimiento y más pobreza para todos, un número creciente de economistas y observadores de otras profesiones empezaron a pensar que los buenos tiempos no podían durar eternamente. Y en el último año de la década, el entusiasmo que sentían en Rusia y en otros países muchos socialistas y comunistas comprometidos, respecto de la construcción de un mundo nuevo, quedó bruscamente galvanizado por un acontecimiento que, en su opinión, venían prediciendo desde hacía tiempo.

Lo que ocurrió exactamente el 29 de octubre de 1929 ha sido objeto de

exhaustivas investigaciones, pero el porqué sigue siendo el centro de un animado debate. Tras un periodo de crecimiento sin precedentes que vio multiplicarse por diez el aumento del índice Dow Jones, el mercado se desplomó, repentina y catastróficamente, durante cinco días caóticos. No había una razón directa para esa caída; un caso de fraude en el que estuvo implicado un inversor de Londres había creado cierto nerviosismo, pero nada que no se hubiera visto antes; un exceso de oferta de trigo había llevado la volatilidad al mercado de futuros de cereales, pero en sí eso no habría provocado el apocalipsis financiero. La verdadera razón se parecía más al loco motor de los años veinte: un desarrollo industrial y económico veloz que en los Estados Unidos vio aumentar las ganancias de la industria más del 30 % y produjo retornos sobre la inversión de más del 20 %.

En ese frenesí financiero, muchos inversores habían dejado de tomar precauciones; lo que querían era sacar tajada, y rápido. Como ocurre siempre en momentos así, muchos pequeños inversores se habían apuntado al viaje, reconociendo que las cosas no podían ir viento en popa indefinidamente, pero convencidos de que sabrían retirarse a tiempo. En ese ambiente de emocionante incertidumbre, una duda, pequeña pero omnipresente, un rumor verosímil, era suficiente para que todo ese castillo levantado en el aire cayera estrepitosamente. El 29 de octubre, las acciones en la Bolsa de Nueva York perdieron el 12 % de su valor; fue un día en que todo el mundo se dedicó a vender, movido por el pánico y el caos. Todos los intentos de los grandes inversores, incluido John D. Rockefeller, por devolver la confianza comprando acciones fallaron en el momento en que los mercados dejaron de ser controlables.

En los días y meses que siguieron, la tendencia bajista continuó, y en 1932 el índice Dow Jones había perdido el 89 % de su valor comparado con la víspera del crac. Sólo el 16 % de los particulares norteamericanos tenían dinero en la bolsa, pero los efectos del caos fueron mucho más amplios y devastadores. La destrucción de enormes fortunas en el mercado socavó el optimismo que había alimentado la gran tendencia al alza durante la década de 1920. Despidos de trabajadores por doquier, y en el peor momento de lo que pasó a llamarse la Gran Depresión, doce mil norteamericanos perdían su trabajo cada día; una cuarta parte de la mano de obra del país se encontró de repente en la calle sin nada que llevarse a la boca, salvo lo que conseguían en las colas del pan y los comedores sociales.

La Depresión fue mucho más que el final de una época económica de sólido capitalismo y de una fuerte clase media. Décadas antes, Karl Marx había predicho que el sistema capitalista acabaría destruyéndose a sí mismo, y había sostenido, además, que una revolución mundial y, finalmente, una sociedad socialista más pacífica, sería el resultado de la catástrofe. En 1929, la predicción de Marx parecía haberse hecho realidad, y los socialistas de todo el mundo consideraron que el crac era nada menos que la demostración histórica de la exactitud y el carácter científico del marxismo.

Arthur Koestler, escritor y periodista nacido en Budapest, fue uno de los millones de occidentales llenos de esperanza, más tarde llamados «compañeros de viaje», que creyeron que el socialismo era el único futuro justo para la humanidad y que buscaron en el modelo soviético inspiración y, a menudo, también orientación ideológica y apoyo financiero. Había crecido en el seno de una próspera familia judía de clase media que había sido reducida a la miseria durante la Primera Guerra Mundial, y había conocido los brutales primeros tiempos del régimen de Miklós Horthy en Hungría, y se había visto obligado a interrumpir sus estudios en Viena por no poder pagar las tasas universitarias y a buscar alternativas al orden social que con tanta dureza los había tratado a él y a su familia.

Koestler había ido a Palestina con el claro deseo de formar parte de la gran oleada de idealismo de los jóvenes sionistas que intentaban construir una nueva patria para los judíos, practicando el socialismo en los kibutz (comunas agrícolas) y creando una cultura intelectual a la que él mismo quería contribuir. Al principio se vio obligado a ganarse la vida como jornalero, y había conseguido publicar sus primeros artículos; finalmente fue el corresponsal en Oriente Medio para una prestigiosa publicación alemana. En 1929 dejó Jerusalén y se instaló en París, donde fue testigo de los efectos del crac y del cambio del clima social cuando se hizo patente la Gran Depresión. Para Koestler, parecía inevitable que la predicción de Marx fuese cierta, y en 1931 se afilió al Partido Comunista. «Si la historia misma fuera un compañero de viaje», escribió más tarde Koestler, «no podría haber dispuesto un calendario más inteligente de los hechos que esta coincidencia de la crisis más grave del mundo occidental con la fase inicial de la revolución industrial rusa. [...] El contraste [...] era tan llamativo y tan evidente que condujo a la conclusión igualmente obvia: Ellos son el futuro; nosotros el pasado.»[12]

Las autoridades soviéticas hicieron todo lo posible para fomentar esa impresión, especialmente entre los intelectuales y artistas, cuyo alto perfil social podía ayudarlos a predicar la buena nueva. La propagación tomó dos caminos: mediante actividades culturales (públicas y clandestinas) en el extranjero, e invitando a la Unión Soviética a personalidades influyentes.

Les Ballets Russes

La cultura soviética demostró ser un activo crucial en el intento por atraer la imaginación occidental. Durante los años de posguerra, una época de involución artística en Occidente, cuando el neoclasicismo triunfó sobre la experimentación, algunas de las obras de arte más vibrantes e innovadoras salían de la Unión Soviética. Antes de la revolución ya se conocían los Ballets Russes de Diáguilev. Ahora llegaron las películas de Serguéi Eisenstein y Dziga Vértov, junto con los hermosos cuadros, carteles y *collages* constructivistas de Malévich, El Lissitzky y Aleksandr Ródchenko, así como otras formas de arte experimental. Todo ello condujo al escritor británico Stephen Spender, que entonces vivía en Berlín, a decir, extasiado: «Fuimos a ver esas películas rusas que se proyectaban a menudo en Berlín en aquellos días: *Tierra, La línea general, La madre, Diez días que conmovieron al mundo,* entre otras. Esas películas nos emocionaban [...] porque tenían la modernidad, la sensibilidad poética, la sátira, la belleza visual, todas esas cualidades que nos parecían más fascinantes en otras formas de arte moderno, pero también transmitían un mensaje de esperanza.»[13]

De mayor valor propagandístico incluso que el mensaje de las obras de artistas soviéticos fueron los relatos empáticos de los testigos publicados por intelectuales occidentales que habían viajado por la Unión Soviética para formarse su propia opinión. Esas visitas, por supuesto, no eran viajes improvisados sin vigilancia; sólo los artistas y escritores de renombre a los que los funcionarios soviéticos consideraban aptos para dar la opinión correcta eran invitados. Según su categoría y la importancia que les atribuían, les pagaban parte del viaje o la totalidad. Durante las décadas de 1920 y 1930, unos cien mil visitantes culturales hicieron ese viaje ritual a invitación del partido, a menudo estrictamente controlados por los guías,

intérpretes, visitas oficiales, itinerarios rígidos y espías. Nada se dejaba al azar.

Una sucesión de prestigiosos escritores e intelectuales de varios países occidentales, entre ellos algunas lumbreras como H. G. Wells, André Gide, Theodore Dreiser, Romain Rolland, George Bernard Shaw y Lion Feuchtwanger, visitaron la Unión Soviética en viajes gestionados con todo detalle. «Cuando volví de la Unión Soviética yo era otro hombre», confesó Louis Aragon, profundamente emocionado, el camarada de André Breton y uno de los cofundadores del surrealismo en París. Como Breton, Aragon se había convertido al comunismo, y los dos eminentes surrealistas no fueron los únicos. Incluso Pierre Drieu La Rochelle, que para entonces ya tenía bien encaminado su viaje hacia el fascismo, quedó tan hondamente cautivado y preocupado por la Unión Soviética y su capacidad de hacer realidad los sueños de la humanidad, que escribió: «Ahora, el fuego de Moscú. A partir de ahora, dentro de cada hombre tiene lugar un diálogo interior en el que Moscú es inevitablemente uno de los interlocutores.»[14]

El turismo cultural de los intelectuales occidentales llegó a ser tan importante que produjo una industria soviética menor, que se describe mejor como fábrica de aldeas Potiomkin. Según la leyenda, el conde Potiomkin, un favorito de Catalina la Grande, había querido impresionar a la emperatriz construyendo una serie de poblados fantasmas hechos sólo con fachadas, en una región que la emperatriz le había ordenado desarrollar. Es probable que sea una historia apócrifa, pero demostró tener una increíble longevidad, no en última instancia porque parecía describir un rasgo destacado de la cultura rusa, a saber, la combinación de una incompetencia absoluta con el don de mantener las apariencias. Un equipo de funcionarios soviéticos trabajaba incansablemente para asegurarse de que las experiencias de los escritores invitados superaran todas sus expectativas.

A partir de 1927, los guías turísticos asignados a los dignatarios extranjeros recibían formación especial no sólo en temas típicos como la economía política, Lenin y el leninismo e historia de la revolución, sino también en la historia y las disposiciones institucionales de los principales países invitados, geografía universal y lenguas extranjeras. También les hacían practicar temas de conversación comunes. La pobreza infantil y los niños sin hogar eran chocantes, sin duda, pero eran una rémora del zarismo. La velocidad de las mejoras y los cambios, por otro lado, era realmente

lenta. Para demostrarlo, los guías llevaban a los visitantes a una serie de fábricas, orfanatos, universidades, koljoses y otros grandes proyectos donde podían ver por sí mismos los pasos de gigante que se daban hacia un futuro más feliz y más humano. A los funcionarios de esas instituciones les entregaban un catálogo siempre en construcción de temas tabú, al que informalmente llamaban «el Talmud».

En esas condiciones, las visitas podían ser muy agradables. En 1927, Theodore Dreiser, el periodista estrella norteamericano, cada vez más popular en traducción rusa gracias a sus polémicos puntos de vista sobre su país natal, hizo su primer viaje a la Unión Soviética con todos los gastos pagados. Fue muy ambivalente en cuanto a la experiencia, pero algunos aspectos lo cautivaron de inmediato. Al llegar a Moscú, se alojó en el Grand Hotel y presenció un desfile en la Plaza Roja desde el balcón. En su diario plasmó su asombro y su placer. «Marchan para mostrar al mundo lo grande que es su fe en la Rusia roja. Y aquí, donde hasta hace muy poco sólo se veía pobreza, miedo y una fe ciega, ahora son más o menos cultos, hombres y mujeres, niños y niñas formados.»[15]

En la estación de Leningrado lo esperaba un gesto que él nunca pudo haber imaginado. «Me esperaba un automóvil y me llevaron con gran pompa al Hotel Europa. En el camino me sorprendió la belleza de la ciudad, las calles anchas y los elegantes edificios, el aire de elegancia y vivacidad que le falta a Moscú. El hotel resultó ser mucho más imponente y cómodo que el famoso Bolshaia Moskóvskaia de la capital. Unos lacayos acudieron a abrir la portezuela del coche. Todo olía a grandeza y obsequiosidad y a orden, sobre todo para alguien maltratado por vestíbulos cochambrosos, un servicio pésimo y cañerías rotas.»[16]

Ese gusto por el lujo las autoridades soviéticas lo conocían bien, pues tenían expedientes detallados de todos los visitantes. A Dreiser lo calificaban de «típicamente burgués [...] con una ideología específicamente individualista y pequeñoburguesa», y como tal lo trataron.[17] En el informe final sobre su visita se hizo constar esta conclusión: «Dreiser presentará la situación de modo tal que sus lectores comprendan que, bajo el régimen soviético, a las amplias masas de campesinos y obreros disfrutan de una libertad desconocida hasta ahora, bajo el régimen del zar o en cualquier otra parte.»[18]

El entusiasmo contagioso por la gran causa del bolchevismo podía

convertir en admiradores acríticos a personas que nunca habían defendido regímenes dictatoriales. El novelista francés Henri Barbusse, autor de la popular novela antimilitarista *El fuego: diario de una escuadra*, descubrió que, por sorprendente que pudiera parecer, los métodos autoritarios no eran problemáticos si se usaban en nombre de una «dictadura de la Razón», y sostenía que los bolcheviques necesitaban emplear la violencia: «No sólo es atinada su ortodoxia, tampoco se equivocan cuando quieren imponer sus medios autoritarios. [...] Toda revolución impone una constitución por la fuerza. [...] Hacen bien cuando dicen que si se quiere abolir la sociedad de clases hay que querer imponer una dictadura del proletariado. Creer que hay otra manera de conseguir la igualdad social para todo no sólo es una locura, también es un acto criminal.»[19]

George Bernard Shaw también fue otro destacado apologista de la dictadura soviética. Siempre ávido de denunciar las injusticias sociales en sus obras, y activista del movimiento fabiano, conducido por Beatrice y Sidney Webb, Shaw no comprendía por qué había que justificar las atrocidades soviéticas; sencillamente sostenía que eran justas y necesarias. Había viajado por la Unión Soviética en 1931 junto con la diputada conservadora Lady Nancy Astor, que, durante la audiencia especial que le concedió Stalin, había preguntado al líder soviético por qué seguía gobernando como un zar y matando a su pueblo. «¡Todos ustedes me parecen atroces!», exclamó Astor en un momento de la visita. A su manera bastante victoriana, mostró más comprensión por la situación del país que el acérrimo socialista Shaw, inflexible y agresivo en lo tocante a la pureza y la virtud de la revolución comunista en Rusia. Tras la visita en la que le enseñaron a campesinos felices y obreros satisfechos y productivos, Shaw disfrutó todo lo que pudo, convencido de que el espectáculo que le habían montado era prueba de la victoria definitiva del socialismo. Siguió defendiendo a Stalin y negando las atrocidades del régimen durante muchos años.

Al volver a Gran Bretaña, consiguió convertir a los Webb a la causa estalinista. Ellos también se dejaron convencer demasiado rápido. Winston Churchill, su adversario político, fue mordaz en su valoración, mucho más realista, del viaje del dramaturgo al corazón del poder soviético:

> A los rusos siempre les han gustado los circos y los espectáculos ambulantes. Puesto que han

> encarcelado, fusilado o matado de hambre a la mayoría de sus mejores comediantes, sus visitantes podrían llenar [...] un vacío muy visible. Y ahí estuvo el intelectual más famoso del mundo, Arlequín y Pantaleón en una sola persona, y la encantadora Colombina de la pantomima capitalista. [...] El archicomisario Stalin, «el hombre de acero», abrió de par en par las puertas de los santuarios del Kremlin, estrictamente vigilados, y, dejando de lado su cuota matutina de sentencias de muerte y órdenes reservadas, recibió a sus huéspedes con sonrisas desbordantes de camaradería.[20]

Sin embargo, no todos los distinguidos visitantes picaron tan fácilmente. En medio de un coro de elogios casi unánimes, se oyeron también algunas voces escépticas. Ya en 1920, el filósofo británico Bertrand Russell, al que nunca le dio miedo manifestar una opinión disidente, había visitado Moscú, donde conoció a Lenin. Al regresar, describió la Unión Soviética como «una pesadilla que no cesa de crecer».[21] En la década de 1930, el novelista francés André Gide desempeñó un papel similar, y denunció los gulags de Stalin, los juicios que eran meras farsas y la opresión general, sobre todo después de visitar Rusia.

Vivir en Amerikanka

Las controversias en torno a la opresión estalinista –o, para ser más exactos, el conocimiento exacto de la magnitud de esa opresión– aún quedaban lejos en 1929, a pesar de las preguntas que formuló Lady Astor. Después del crac de Wall Street, parecía realmente como si el socialismo hubiese ganado una batalla histórica y anunciada sobre el capitalismo y que el futuro pertenecía a los obreros de Magnitogorsk. Cuando llegó a la Ciudad Magnética en 1932, John Scott se empapó de ese sentimiento de esperanza y camaradería que crecía en medio de las privaciones. «En Magnitogorsk, de pronto me vi metido de lleno en la batalla. Me destinaron al frente del hierro y el acero. Decenas de miles de personas soportaban las penurias más duras que se pueden concebir con el propósito de construir altos hornos, y muchas de ellas lo hacían por voluntad propia, con un entusiasmo que parecía no tener límites y que me contagió desde el día de mi llegada.»[22]

En aquel momento, en Magnitogorsk ya funcionaba una acería enorme, una de las más grandes del mundo, el orgullo de los dirigentes soviéticos. El

frenético coro de llamadas de emergencia y de alarmas de incendios había sido reemplazado con el canto épico de la fábrica de fábricas. El socialismo había obrado el milagro prometido, y el esfuerzo colectivo y un entusiasmo auténtico habían transformado la estepa más árida en una ciudad socialista próspera y productiva, habitada por briosos proletarios. Toda la historia era un homenaje al nuevo hombre soviético y a la gran máquina llamada comunismo; una máquina en la que la gente sólo tenía valor como piezas del conjunto que se tenían que reemplazar en cuanto dejaban de funcionar.

No obstante, la realidad cotidiana era muy diferente. Desde el principio hubo problemas, pero los accidentes, actos de sabotaje y los robos en la gigantesca obra en construcción habían sido reemplazados por una rutina oceánica de calamidades grandes y pequeñas. Construida cerca de un gran yacimiento de mineral de hierro, Magnitogorsk se encontraba a cientos de kilómetros de la mina de carbón más próxima, y los ferrocarriles siempre tendían a averiarse, lo que ralentizaba la producción a paso de tortuga por falta de combustible u otros materiales. La dirección enviaba sin cesar telegramas y cartas de súplica a Moscú, a la administración central, pero, como era de esperar, las respuestas tardaban en llegar y por lo general contenían una negativa.

Además de los constantes problemas en la fábrica, la ciudad seguía siendo poco más que un grupo de tiendas de campaña, barracones y un puñado de edificios de ladrillo, a pesar de que los inviernos podían ser mortalmente fríos. Dentro de esas primitivas viviendas, la política de colectivización de Stalin se impuso más allá de lo que los cuadros de Moscú habían imaginado posible. Cuando se vieron viviendo con cuatro veces más gente que la prevista, los habitantes descubrieron que la intimidad y cualquier posibilidad de aislamiento ya no existían. «En los barracones, barro y ruido incesante», recordó uno de ellos. «La luz no es suficiente para leer. En la biblioteca no hay casi nada, y escasean los periódicos. Los roban para liar pitillos. [...] Cotilleos, anécdotas obscenas y canciones, salen de los rincones fangosos. Por la noche, los borrachos vuelven a los barracones, atontados por el aburrimiento. Interrumpen el sueño de los demás. De vez en cuando llegan a Magnitogorsk algunas compañías de artistas ambulantes: tragasables, malabaristas, comediantes.»[23]

La ubicación del futuro poblado resultó ser una cuestión especialmente espinosa, pues las emanaciones tóxicas de la acería y el humo de las

fundiciones inundaban la parte central, originalmente prevista como zona de viviendas. El otro único lugar residencial estaba a casi dos kilómetros al otro lado de un río, demasiado lejos para ir a trabajar por la mañana a varios grados bajo cero en una ciudad que hasta entonces tenía pocos vehículos de motor y ningún tranvía.

La construcción de los nuevos edificios resultó ser un asunto planificado pésimamente, plagado por la incompetencia, los chanchullos y los robos sistemáticos. Los delitos contra la propiedad eran tantos, que una tasa de desgaste del 30% o más de todos los materiales y productos se daba simplemente por algo natural. Incluso años más tarde, las mejoras eran lastimosamente pocas. «La construcción empezó en 1935», informó un periodista local en 1937. «El año pasado se levantaron las paredes de cuatro edificios. Ahora sólo están construyendo una escuela. Hay un guardián nocturno en la obra, pero de día el material de construcción se lo lleva el primero dispuesto a tomarse esa molestia.»[24] Los obreros que no tenían casa no habrían podido comprar muebles para su apartamento de todos modos. La carpintería de la fábrica, encargada de producir los muebles para la fábrica y para uso doméstico, no tener madera ni clavos suficientes.

Uno de los pocos edificios que ya se encontraba en pie era la arena de un circo, donde asimismo se celebraban los juicios públicos, por lo general casos claros desde el principio y que ofrecían a los acusados poca o ninguna oportunidad para defenderse. Con todo, los juicios celebrados en ese lugar eran más que nada parte del teatro político de la intimidación; todos los demás casos en esa ciudad de cien mil habitantes los oían tres jueces con poca o ninguna experiencia. Verdadero microcosmos de la Unión Soviética, Magnitogorsk tenía su propio campo de prisioneros, en el que detrás de alambre de espino recluían principalmente a presos políticos. Entretanto, la cárcel para delincuentes comunes, construida para alojar a cuatrocientos reclusos, superaba con creces esa capacidad con mil novecientos.

En su gran novela *La excavación*, el escritor soviético Andréi Platónov describe la excavación de unos cimientos gigantescos, empresa de tanta envergadura que los obreros acaban olvidando por qué están excavando y el objetivo final de su trabajo. Para Platónov, que había sido un joven ingeniero idealista, que ardía en deseos de hacer realidad la revolución y sacrificar los mejores años de su vida para construir un radiante futuro socialista, la excavación pasó a ser un microcosmos de la vida en la Unión

Soviética. En 1937, Magnitogorsk se declaró zona vetada a los extranjeros, que tuvieron que marcharse.

No obstante, antes del éxodo, los expertos capitalistas cuya presencia había sido necesaria para la utopía soviética llevaron una vida a todas luces muy cómoda. Los ingenieros norteamericanos encargados de construir la fábrica no vivían con los obreros rusos, sino en un entorno idílico fuera de la ciudad principal, un suburbio elegante con casas espaciosas rodeadas por jardines exuberantes que podrían haberse encontrado en cualquier lugar de Nueva Inglaterra. «Amerikanka» era un sitio acogedor, con lujos tales como cuartos de baño dentro de las casas, estufas de leña y agua caliente. El poblado también tenía una pista de tenis y un comedor donde los clientes eran atendidos por camareras. Pronto los mandamases de la administración soviética descubrieron el confort del estilo de vida americano y tomaron algunas casas con sus familias. «Todos los animales son iguales, pero hay algunos más iguales que otros», comentó George Orwell en *Rebelión en la granja* (1945). En la Unión Soviética, la ficción ya era realidad diez años antes.

1930: LILI ELBE Y «EL ÁNGEL AZUL»

Falling in love again, never wanted to.
What am I to do? I can't help it.

«Falling in Love Again»,
de *El ángel azul*, 1930

Immanuel Raat es profesor de instituto en una ciudad alemana de provincias. A sus espaldas los alumnos lo llaman «Professor Unrat», Profesor Basura. Ninguno se atrevería a decírselo a la cara, porque en clase Unrat es un déspota y trata a sus adolescentes con mano de hierro. Ordena, humilla, amenaza y castiga a su antojo, y los muchachos de su clase se ponen de pie cuando entra en el aula, tal como se usaba en los institutos alemanes. Este tema militar domina su enfoque a la enseñanza, pues considera que sus alumnos son enemigos que han de ser humillados y derrotados.

La disciplina también rige la vida privada del profesor. Vive con un triste salario de docente, no puede permitirse más que dos habitaciones en una buhardilla atestada de libros, un escritorio en el que ya no caben más papeles, y un globo terráqueo, símbolo de su estatus de amo de su propio pequeño universo. Su vida emocional se canaliza en los héroes y heroínas de la literatura universal, y en su cariño por el canario que guarda en una jaula y al que todas las mañanas le da azúcar. Limitado, presuntuoso y redicho, es la encarnación de la vieja Alemania de la disciplina y la *Bildung* (la educación), en la que el título de profesor transforma a un maestro de escuela en un dios menor del firmamento provinciano, a pesar de que ni siquiera tiene dinero para casarse.

Este personaje del profesor Raat es creación de Heinrich Mann, hermano del más célebre Thomas Mann y novelista por derecho propio. Su novela *El profesor Unrat* es la crónica de la decadencia y caída de un hombre

honorable en circunstancias imposibles; Josef von Sternberg la llevó al cine en 1930. Cuando el profesor, interpretado por Emil Jannings, ganador de un Oscar, descubre que sus alumnos frecuentan un bar de mala fama donde escuchan canciones de cabaret, todas subidas de tono, interpretadas por una seductora cantante llamada Lola, decide plantar cara a la mujer que está poniendo en riesgo la virtud de sus alumnos. No obstante, en el bar se ve abrumado por la fuerza de lo nuevo, un mundo que hasta entonces no conocía.

Cuando llega al camerino de la escandalosa *soubrette*, cuyas osadas costumbres parecen volver locos a los adolescentes, el profesor, de edad mediana, descubre que ni su título ni su posición tienen importancia alguna en esos bajos fondos donde se dan citas payasos y fenómenos de circo y en los que mandan el alcohol y todo lo que excite los sentidos. Sólo el mago y director del espectáculo, un tirano como Raat, aunque mucho menos sutil, se queda impresionado al recibir la visita de uno de los principales ciudadanos de la localidad.

Sternberg confió el papel de Lola a una actriz joven muy prometedora que tenía experiencia en una troupe de variedades en los inicios de su carrera: Marlene Dietrich. Con su *sex-appeal* y su manera de cantar, deliciosamente directa y desafinada, Dietrich inmortalizó al personaje de Heinrich Mann y, de paso, se inmortalizó a sí misma. El tema «Ich bin von Kopf bis Fuss auf Liebe eingestellt» (en inglés, «Falling in Love Again»), su número más famoso, se convirtió, como la película, en un éxito instantáneo.

De ángel no tenía nada: Marlene Dietrich interpreta a Lola, el primer gran papel de su carrera, en El ángel azul.
AKG Images

Un Emil Jannings brillante retrata a un hombre cuyos principios han sido la opresión y la represión, y que cae completamente bajo el hechizo de Lola, descaradamente sexy e ignorante, una criatura típica de los duros tiempos de entreguerras, a la que no le importan nada los títulos y los rituales burgueses; a ella sólo le interesa el dinero, divertirse un poco y vivir un día más. Incapaz de resistirse a los encantos de Lola y a esa vida peligrosamente seductora, el alto e imponente profesor acaba deshonrado y convertido literalmente en un payaso que se arrastra por los bares y clubs nocturnos con la troupe de Lola.

Raat cayó vencido por el atractivo de una joven desvergonzada del siglo XX; ese atractivo pudo con su personalidad emocional decimonónica. No obstante, lo que hizo que la historia tuviese en Alemania resonancias mucho más amplias fue el extraordinario contexto político-social en que se inscribía. La caída del profesor también fue una consecuencia del crac de 1929 y la Gran Depresión que le siguió. Durante muchas décadas, y aproximadamente desde mediados del siglo XIX, la sociedad alemana había

vivido dominada por un pacto tácito. De hecho, la capital cultural de la nación y grandes partes de su capital social estaban en manos de la clase media, que había instituido una jerarquía propia mediante títulos y cualificaciones que competían con los de la aristocracia.

Mientras que bajo el antiguo régimen lo único que importaba eran los títulos de nobleza y la tierra que los acompañaba, la nueva cultura burguesa, con sus doctores, sus profesores, sus alcaldes y sus concejales crearon nuevos títulos que se apoyaban al menos teóricamente no en el dinero y la cuna, sino en la educación, la competencia y el carácter. Era la nueva clase media la creadora de la grandeza de Alemania, desarrollando sus ciudades, poblando las universidades, creando sus industrias y produciendo los poetas y pensadores de quienes tanto se enorgullecían los alemanes. Max Weber había descrito sus virtudes caracterizando la ética protestante del trabajo: trabajar duramente y viviendo frugalmente, dejar siempre el placer para otro momento, una sublimación del deseo y un fuerte sentido del deber. Vivían para el futuro, no el presente.

La inflación de los valores

Eran varias las generaciones de estudiantes que en el mundo real habían tenido a sus profesores Raat, su brújula moral, su superyó tiránico. Habían sido profesores respetados y odiados a partes iguales, y de ello daba fe no sólo la novela de Mann, sino también una larga serie de obras. La hiperinflación de 1923 lo cambió todo. Si al principio respondió a la intención del gobierno alemán de compensar la carga de las asfixiantes indemnizaciones de guerra, la inflación fue un fenómeno alentado, pero a las autoridades se les escapó de las manos. Se evaporaron fortunas de un día para otro, vidas antes confortables acabaron arruinadas, los trabajadores necesitaban carretillas para transportar la paga y tenían que precipitarse a las tiendas a gastarlo todo antes de que perdiera aún más valor; en los restaurantes, la gente comía rápido para no tener que pagar el doble, y los niños usaban fajos de billetes sin valor alguno para construir sus casitas de juguete.

Con todo, no sólo resultó afectada la estructura económica de Alemania. De pronto, los principios y las virtudes en que se asentaba la clase media

alemana parecieron superfluos. Gente que había trabajado duro, que vivía modestamente y que había ahorrado toda la vida lo perdió todo, de la noche a la mañana, y quedaron reducidos a la penuria. Virtudes del trabajo, la abnegación, el deber y la frugalidad que habían predicado y aplicado como profesores, parlamentarios, jueces y periodistas parecían inútiles o algo peor. En un momento en el que un país derrotado pedía a gritos reconstrucción y estabilidad, el núcleo moral y la autoridad de las clases medias acabaron hechos pedazos. Podría decirse que el ascenso de Hitler en 1933 facilitó, y mucho, el socavamiento catastrófico de los valores humanistas y de ética del trabajo que dio lugar a la hiperinflación.

Esta catástrofe moral que se vio obligada a soportar la joven República de Weimar tuvo una importancia enorme para el desarrollo cultural y político de Alemania en un momento de inestabilidad; la peor consecuencia, una dictadura, sólo pudo evitarse por muy poco. Varios años después, el rendimiento económico y la confianza general se habían regenerado lentamente, y comenzó a pensarse que la no amada democracia alemana había podido salvarse y ahora por fin estaba en condiciones de echar raíces. Pero dos golpes sacudieron a Alemania en rápida sucesión.

El primero fue la muerte, el 3 de octubre de 1929, de Gustav Stresemann, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, cuyas políticas, caracterizadas por una sagaz visión de futuro, habían contribuido no poco a la reconciliación de Alemania con sus antiguos enemigos, con el objetivo de renegociar las duras condiciones del Tratado de Versalles. Los alemanes estaban desesperados y querían ver que su economía repuntara; sólo así se daría una oportunidad a la frágil democracia de Weimar. También querían conseguir préstamos extranjeros para poder seguir pagando las reparaciones de guerra y mantener la paz social interna. La muerte de Stresemann privó a Alemania de su negociador más curtido y más respetado a nivel internacional, una figura fundamental para la reconstrucción de la posguerra. No obstante, ni su habilidad para negociar podría haber frenado las consecuencias del crac de Wall Street, tras el que se cerró el grifo de los préstamos norteamericanos y los acreedores exigieron el pago inmediato de los ya concedidos. Ése fue el segundo golpe, el fatal, para una democracia aún no plenamente aceptada por el pueblo alemán y para un sistema económico que apenas empezaba a repuntar. En Alemania, las consecuencias fueron desastrosas. Millones de personas perdieron el puesto

de trabajo; en 1932, la tasa oficial de desempleo alcanzó el 42 %. Y los logros de los siete años anteriores se cuestionaron una vez más.

Dos crisis económicas en menos de una década le habían costado a la Alemania de Weimar su sensación de finalidad y sus esperanzas. El presente parecía caótico y sin remedio; el pasado se refutaba con argumentos implacables, y el futuro ya estaba ensombrecido por concepciones totalitarias rivales que a menudo eran demasiado aterradoras para contemplarlas.

En ese clima de incertidumbre absoluta, con su falta de identidades tradicionales y principios morales, podía florecer una nueva cultura. Y fue esa cultura, más que los encantos de una joven, lo que demostró la caída del profesor prusiano en la novela de Heinrich Mann y en la película de Von Sternberg. El representante de las virtudes imperiales del siglo XIX acaba vencido y socavado por la nueva y peligrosa cultura sexual de la República de Weimar, una cultura que no respetaba nada de lo anterior, y tampoco del presente.

Berlín Babilonia

La capital de esa nueva cultura anarquista de la década de 1930, dentro de Alemania y más allá de sus fronteras, fue Berlín, una ciudad cuya historia puede considerarse una alegoría del destino del país. Mientras que otras ciudades, como Colonia, Hamburgo, Núremberg y Leipzig podían enorgullecerse de su larga historia, Berlín había sido una somnolienta ciudad de provincias hasta que el rápido ascenso de Prusia al poder la llevó a ocupar un lugar prominente. Cuando los reyes de Prusia se convirtieron en emperadores alemanes, la capital se transformó en un centro de poder amplio y representativo; un punto demasiado amplio, quizá, y también demasiado ostentoso, nunca completamente seguro de sí mismo y peligrosamente híbrido con su mezcla de poblaciones.

Más allá de las grandes avenidas concebidas para los desfiles y las bandas militares se alzaba el Berlín pobre de los obreros industriales y los nuevos inmigrantes –polacos y rusos, judíos de Galitzia, emigrantes, exiliados, refugiados y fugitivos– hacinados en casas de vecindad húmedas

y oscuras. Y entre esas casas y la corte, una clase media de profesionales cada vez más extensa, cada vez más rica y segura de sí misma.

La capital padeció especialmente los efectos de la incertidumbre de una época y sus sucesivas crisis. Con cuatro millones de habitantes, era, con mucho, la ciudad más grande del país, una metrópolis demasiado compleja, de composición demasiado fluida, y demasiado desbordante de vida y de ambiciones para ser controlada adecuadamente.

Ahora, cuando el núcleo duro de la moral oficial se partió en dos, la vida se afirmó a sí misma, no en los bulevares y plazas, ni en las elegantes calles comerciales y edificios gubernamentales, sino en apartamentos privados y habitaciones de hotel anónimas, en la media luz de las esquinas, en los cafés y los bares en que la gente podía encontrarse sin llamar demasiado la atención, rincones discretos en los parques públicos al caer la noche y los bancos de los lagos que rodeaban de la ciudad. Cien mil caras y muchas más máscaras. Su influencia llegó desde los ingeniosos equívocos de las letras cantadas en cientos de miles de discos y en grandes salas de conciertos por los Comedian Harmonists hasta unos bajos fondos casi oficiales y, luego, hasta un submundo de prostitución realmente clandestino que satisfacía todos los gustos, todas las fantasías y todas las perversiones.

Uno de los retratos más célebres, y quizá más espeluznantes, es el de una mujer vestida de rojo; su rostro es poco más que una máscara blanco tiza, con una boca pequeña pintada de color cereza sobre la palidez del cutis, grandes ojos verdes rodeados de sombra negra como el carbón, unas cejas que parecen dos finos arcos negros y un flequillo de un tono rojizo y desmayado. La mujer del retrato, la bailarina Anita Berber, parece haber vivido demasiado y haber visto demasiado también. A pesar de que sólo tenía veintiséis años. Claro que ya era famosa, una leyenda viviente y encarnación perfecta de una época temeraria. Hija de una acomodada familia burguesa, como Marlene Dietrich, Berber era una bailarina talentosa que empezó desde muy joven su carrera en solitario. Sin embargo, la danza clásica no le interesaba, se especializó en coreografías expresionistas hechas a medida, con títulos como «Cocaína», «Morfina» y «Trance de opio» (y Berber conocía esas sustancias por haberlas probado, y regado con al menos una botella de coñac al día). En sus actuaciones aparecía semidesnuda (a veces, totalmente desnuda); el público jadeaba de placer o

de indignación, pues sus lascivos movimientos no dejaban nada a la imaginación.

Klaus Mann –hijo del futuro premio Nobel Thomas Mann–, que entonces tenía dieciocho años, conoció a la cantante en la época en que Dix pintó su retrato:

> Anita Berber ya era una leyenda. [...] Erotismo de posguerra, cocaína, Salomé, lo último en perversión; fueron conceptos como éstos los que forjaron la radiante diadema de su gloria. [...] A su lado, un caballero, y champán. A las dos de la mañana nos llevó, a mí y a su caballero, a la habitación de su hotel. [...] Cuando uno tiene dieciocho años, impresiona un rostro así, tan maquillado. Era una máscara oscura y malvada. [...] Hablaba sin parar, y contaba una mentira tras otra. Saltaba a la vista que había tomado mucha cocaína. A mí me ofreció un poco. [...] Con su voz ronca me contó aventuras increíbles, sobre animales que había hipnotizado, sobre asesinos de los que había conseguido escapar gracias a su astucia.[1]

Berber fue la pionera de una nueva y autodestructiva manera de vivir fuera de las convenciones. Sus apariciones en clubs nocturnos o en teatros más grandes siempre escandalizaban al público y provocaban un aluvión de cartas a la policía, y ventas de entradas cada vez más altas. Desnuda, andrógina, hermosa y desvergonzadamente exhibicionista, Anita llegó, bailó y venció. *Vanity Fair* publicó algunas fotos de la bailarina; artistas célebres y pretendientes hacían cola en la puerta de su casa. Pero las drogas pudieron con ella. Su carácter cambió y a menudo se la veía violenta, agresiva; arañaba y escupía entre una discusión y otra. Una vez, cuando una mujer la señaló en la calle, Berber casi le arrancó el dedo a mordiscos. Y como tuvo problemas con la policía, pensó que más le convenía irse de Berlín.

En Viena, Berber actuó en el prestigioso Konzerthaus junto con su marido, en un espectáculo llamado *Danzas de vicio, horror y éxtasis*, y como era de esperar provocó las protestas del público. Siguió viajando, siempre con una denuncia o un juicio en los talones, a Oriente Medio, donde un día se desmayó en el escenario mientras bailaba en un teatro de Damasco. Los médicos le diagnosticaron un caso avanzado de tuberculosis, exacerbada, posiblemente, por el consumo excesivo de cocaína y alcohol, pero el diagnóstico real era sencillo: excesos. Murió en Berlín el 10 de noviembre de 1928 a los veintinueve años.

Berlín, sinónimo de chicos

La lasciva Lola que interpretó Marlene Dietrich en *El ángel azul* cantaba que los hombres se apiñaban a su alrededor «como mariposillas alrededor de una rama», y en el Berlín real había un sinnúmero de lugares para toda clase de mariposas. Se estima en seiscientos el número de clubs nocturnos que ofrecían servicios sexuales, desde las muy explícitas revistas eróticas hasta el *lap dance* y más.

Ochenta y cinco de esos clubs eran exclusivamente para lesbianas, que podían convivir abiertamente gracias a una laguna jurídica. El infame apartado 175 del Código penal criminalizaba sólo los actos sexuales entre hombres, muy probablemente porque los legisladores del siglo XIX no habían sido capaces de concebir la variante femenina de la homosexualidad.

Además de esos establecimientos, digamos, oficiales, había cientos de bares gays, y también saunas, casas de masajes y clubs para varones homosexuales. En 1928, el poeta inglés Wystan H. Auden visitó la capital alemana después de haber residido en París, ciudad que lo aburría porque ahí sólo había «espejos en los dormitorios, lencería y adulterios, colegiales que sonreían tontamente y viejos repugnantes». En Berlín casi se quedó extasiado por la cultura que se desplegaba ante él y sus ojos incrédulos: «Berlín es el sueño diurno de un maricón. Hay ciento setenta burdeles masculinos controlados por la policía.»[2]

Igual que otros homosexuales ingleses que marchaban al extranjero para vivir como no podían hacerlo en su país, Auden llegó a ser un *habitué* del Cozy Corner, en el barrio obrero de Hallesches Tor, que, según otro visitante inglés, estaba a rebosar «de chicos atractivos de todas las edades entre los dieciséis y los veintiuno [...] todos vestidos con *lederhosen* cortísimos que dejaban a la vista sus encantadores muslos lampiños y tostados por el sol». Una vez, el visitante tuvo que ir al baño, y «los siguieron varios chicos, que, como por casualidad, se me colocaron a ambos lados y sacaron la polla, más para exhibirse que para hacer sus necesidades como estaba haciendo yo».[3]

A Auden le gustaba jugar fuerte, y durante un tiempo con un joven al que describió como «un cruce entre jugador de rugby y Josephine Baker», y que lo dejaba una y otra vez bastante magullado, pero feliz.[4] Christopher Isherwood, compañero de estudios de Auden, conoció a un joven de una

belleza exquisita que respondía al apodo de Bubi. «Cuando abrazaba a Bubi», recordó más tarde el escritor, «Christopher podía tener en los brazos todo el misterio y la magia de lo extranjero, de la alemanidad. Por medio de Bubi pudo enamorarse de toda la nación y poseerla.»[5]

Sin embargo, no era tan fácil poseer a toda la nación, ni entenderla fácilmente. Berlín se jactaba de tener un ambiente erótico formado por cerca de cien mil mujeres y treinta y cinco mil hombres que se prostituían regularmente. Si la relativa tolerancia para con las minorías sexuales convertía a Berlín en un paraíso para quienes deseaban huir de la moral burguesa de provincias y de países extranjeros, la capital alemana también llegó a ser el principal destino turístico del mundo para gente de todos los gustos sexuales. Veinte años antes, algunos franceses, incluido el escritor André Gide, habían viajado a Argelia para realizar sus fantasías sexuales; alemanes como el industrial homosexual Alfred Krupp o el fotógrafo y esteta Wilhelm von Gloeden preferían el sur de Italia, asimismo pobre y acomodaticio. Sin embargo, también de pronto no hubo en casa ni un solo deseo estrafalario que no pudiese satisfacerse en la capital alemana.

Berlín tenía guías que aconsejaban a los turistas sobre los establecimientos adecuados para tal o cual inclinación sexual, y en qué esquina o café podían ligar con una mujer o un hombre de su gusto. Las calles y las zonas de la ciudad eran frecuentadas por distintos tipos de trabajadoras y trabajadores del sexo: chicas con tacones, dominatrices que trabajaban por su cuenta, secretarias y dependientas con certificado oficial de higiene, chicas menores de edad, mujeres maduras, embarazadas, mujeres maquilladas para parecer chicos, travestis y transexuales, chicos de alquiler y machotes rudos, niños en venta a precios exorbitantes, sádicos y masoquistas, flageladores y coprófilos.

Tanta fornicación tenía algo de maquinal, como una vía de escape mecánica que parecía decidida a negar la realidad política. Pero no habría sido Alemania si esa variedad desconcertante de conductas sexuales no hubiera despertado el interés de la ciencia, y la infinita pluralidad de la vida nocturna de Berlín y las discretas diversiones diurnas fueron estudiadas por el primer verdadero sexólogo del mundo, Magnus Hirschfeld, cuyo Institut für Sexualwissenschaft no sólo llevaba a cabo estadísticas e investigaciones sociológicas; también tenía un museo de artilugios y accesorios que hicieron reír con nerviosismo incluso a Christopher Isherwood.

Hirschfeld fue un hombre fuera de lo común. Médico titulado descendiente de una familia de judíos asimilados, había comenzado a comprender su homosexualidad no como una maldición social, como la mayoría la consideraba entonces, sino como tema de investigación y, también, como misión política. Junto con otros activistas de ideas afines a las suyas, comenzó a presionar para conseguir la descriminalización de la homosexualidad, a la vez que dirigía un amplio estudio sobre actitudes y orientaciones sexuales entre el estudiantado universitario –el grupo más accesible para esa clase de investigaciones– y publicaba sus hallazgos en revistas y libros.

Según los descubrimientos de Hirschfeld, un porcentaje fijo de hombres y mujeres de cualquier población –alrededor del 2 % en su opinión– eran bisexuales, homosexuales y transexuales. Al referirse a este último grupo, habló del «tercer sexo», una identidad sexual alternativa y no reconocida hasta la fecha. En noviembre de 1930 lo visitó un paciente danés. Einar Wegener era un pintor que residía en París, donde estaba casado con la artista Gerda Gottlieb, que había hecho una carrera interesante con sus retratos de mujeres delicadas y elegantes.

Se había producido un escándalo menor cuando se supo que el modelo de esos cuadros era su marido, quien, además de su identidad masculina, llevaba paralelamente una vida de mujer, una mujer llamada Lili Elbe. Wegener fue a ver al doctor Hirschfeld con la intención de dar el último paso antes de operarse para cambiar de sexo, la primera cirugía sexual que se llevó a cabo. Lili Elbe nació tras pasar por cinco operaciones a lo largo de dos dolorosos años. Al principio, aparentemente con éxito, pero cuando un cirujano intentó completar la transformación trasplantándole un útero, Elbe murió a causa del rechazo.

Hay asesinos entre nosotros

Berlín era una ciudad violenta, el peligro físico siempre flotaba en el aire. Durante las manifestaciones socialistas del 1 de mayo de 1929, veintitrés personas murieron en los enfrentamientos callejeros con grupos fascistas, y hubo muchos más heridos. El joven inglés Isherwood sintió que se aproximaba algo muy peligroso: «Ahí se cocía el caldo de la historia [...] un

caldo [...] sazonado con desempleo, desnutrición, pánico bursátil, odio al Tratado de Versalles y otros ingredientes potentes.»[6]

Fritz Lang y su esposa, Thea von Harbou, que pocos años antes se habían mostrado receptivos a los anhelos utópicos del momento, así como al terror que conllevaban, trabajaban en esos días en un retrato psicológico de Berlín, cuyo estreno estaba previsto para 1931. La película, titulada *M*, se inspiraba en la figura real de Peter Kürten, asesino en serie de Düsseldorf, cuyos juicio y ejecución la prensa había seguido de cerca. Para la película, la acción se trasladó a una ciudad sin nombre muy parecida a la capital alemana, ya que la idea básica sólo era concebible en una sociedad que había perdido toda fe en el Estado, y en la que respetar la ley era asunto de vigilantes y criminales.

Un asesino sexual anda suelto, se ceba en niñas pequeñas y aterroriza a la ciudad. El nivel de preocupación de la opinión pública es tan alto que el aumento de presencia policial en las calles empieza a interferir seriamente con las actividades del hampa. Finalmente, el capo de la organización criminal más grande de la ciudad decide movilizar a sus hombres, a los que ordena liquidar al asesino y volver a su acuerdo normal y viable con la policía. Comienza así una brutal cacería del hombre, y al final el asesino (interpretado por un joven Peter Lorre en el apogeo de su creatividad) es arrinconado y llevado a juicio por la delincuencia organizada, cuyo jefe (interpretado por Gustav Gründgens, con aspecto diabólico: bombín y abrigo largo de cuero) será juez y verdugo.

El juicio es el momento psicológico culminante de ese cuadro opresivo y denso, aligerado apenas por momentos con algunos toques de comedia en las escenas en las que se retrata la incompetencia de la policía y de los delincuentes. Lorre pronuncia un discurso apasionado en el que describe su estado mental, con voces interiores y fuerzas irresistibles que lo llevan a cometer un crimen tras otro, y el coro de ladrones, rufianes y matones lo quieren ver muerto. En un fragmento que no aparece en la copia que finalmente se estrenó, el personaje de Lorre atribuye su locura y su depravación a su terrible experiencia como soldado en la Gran Guerra, otro más en la larga galería de hombres destrozados que salieron de las trincheras y entraron en la ficción. Es una escena en la que se combinan la violencia y la sexualidad nihilista de una sociedad desorientada, y la única solución parece consistir en responder con más violencia todavía. Cuando la

policía finalmente entra en las catacumbas al estilo de Piranesi en las que se ha celebrado la parodia de juicio, justo a tiempo para salvar al loco peligroso de una muerte segura, la llegada es sólo un gesto desganado en pos del restablecimiento del orden y la autoridad.

Incertidumbre y posibilidad

Huelga decir que el Berlín de Weimar era mucho más que la capital de la decadencia y un fértil caldo de cultivo para la violencia política y los matones de todo tipo. Lejos de esa atmósfera de amenaza y deseos oscuros se encontraba la ciudad moderna y productiva, que experimentaba un florecimiento artístico e intelectual sin paralelos y atraía a talentos de primera clase y de todas partes del mundo. Las vidas del hampa berlinesa las plasmaron en sus obras artistas como Otto Dix y Georges Grosz, y también los pertenecientes a una generación más joven entre la que figuran John Heartfield, Raoul Hausmann y Hannah Höch. Dadá y el expresionismo ya estaban casi agotados, pero una nueva manera de ver las cosas, descarnada y objetiva –*Neue Sachlichkeit*, la nueva objetividad–, hacía furor, y la perspectiva fría e impasible sobre el colapso de un mundo se reflejó en las ideas estéticas de la Bauhaus, cuyos despojados diseños (arquitectura, muebles, artículos de uso diario) empezaban a conquistar no solamente los salones de la burguesía, sino también el horizonte de las ciudades alemanas.

Berlín atraía a los mejores talentos del mundo germanohablante. En el Grosses Schauspierlerhaus del Schiffbauerdamm, el director teatral vienés Max Reinhardt montaba espectáculos cuya coherencia y profundidad de caracterización influirían decisivamente en toda una generación de directores y actores; Bertolt Brecht escribía y dirigía obras y revolucionaba la concepción del drama. En la Philharmonie, la sala de conciertos más prestigiosa de Alemania, Wilhelm Furtwängler producía interpretaciones legendarias como director de la Orquesta Filarmónica de Berlín; fue el maestro, por todos reconocido, de una generación a la que también pertenecieron Erich Kleiber, Otto Klemperer y el joven Bruno Walter. Albert Einstein continuó sus investigaciones en Berlín, igual que el ya mayor Max Planck. Escritores como Alfred Döblin y Erich Kästner

plasmaron en sus novelas el frenesí de la ciudad, y los artículos, ensayos y poemas de Kurt Tucholsky dieron expresión al sentimiento cínico, alerta y tedioso de la época. Quizá no sólo a pesar de la volatilidad de la atmósfera, sino precisamente a causa de esa característica, la metrópolis alemana era un hervidero de creatividad.

Una nueva clase de mujer: secretaria de una emisora de radio de Colonia; retrato de August Sander. Bildrecht. August Sander, Sekretärin beim Westdeutschen Rundfunk in Köln, 1931/© Photographische Sammlung/SK Stiftung Kultur-August Sander Archiv, Colonia/Bildrecht, Viena, 2014

Berlín parecía rebosar promesas de futuro, era una ciudad desbordante de posibilidades. Nunca había tenido una identidad definida, pero ahora demostraba estar abierta a nuevas identidades. Y más que cualquier otra ciudad de Europa, parecía moderna y amante de la estética y la promesa de futuro. Las luces de neón de la Potsdamer Platz rivalizaban con las de la

neoyorquina Times Square, y en Haus Vaterland, el palacio de entretenimientos más grande del mundo y buque insignia del próspero imperio Kempinski, ocho mil personas podían divertirse a la vez y en cualquier momento; allí se podían servir hasta treinta y cinco mil comidas a la vez, y en 1928, con el establecimiento renovado, Haus Vaterland recibió a su visitante número un millón en un solo año. La Alexanderplatz era un río de tráfico día y noche, y los iconoclastas de la arquitectura empezaban a remodelar el aspecto de la ciudad con nuevas y osadas estructuras como los grandes almacenes Karstadt de Neukölln (1929) y con diseños que nunca se construyeron, como el asombroso rascacielos de acero y cristal de Ludwig Mies van der Rohe en la Friedrichstrasse.

Berlín estaba a años luz de la capital imperial, con sus uniformes, sus desfiles interminables y las bandas militares; o mejor dicho, este Berlín ocupaba el mismo espacio que otra ciudad llena de nostalgia, de cólera y humillación, que nunca había superado la pérdida de su antigua grandeza, ejemplificada por la figura del bigotudo mariscal de campo Paul von Hindenburg, el anciano presidente de la joven república.

Berlín también era una ciudad juvenil; una tercera parte de sus habitantes tenía menos de veinte años. Habían sido niños durante la guerra, y ahora estaban ansiosos por construirse un futuro propio. La neurosis de guerra que habían padecido sus padres y abuelos sólo era para ellos un recuerdo de segunda mano, representado por la presencia en la calles de veteranos mutilados que pedían limosna, la airada retórica de los profesores y los borrachos, novelas de estilo sensacionalista acerca del heroísmo y el cine.

Sin embargo, los recuerdos perduraban y eran avivados y cuestionados por una generación de jóvenes artistas. La película *Sin novedad en el frente* llegó a los cines en 1930 después del escándalo causado en 1929 por la novela homónima de Erich Maria Remarque. La historia de un grupo de compañeros de estudios que se presentan como entusiastas voluntarios en 1914 sólo para verse atrapados en la realidad de pesadilla de la guerra de trincheras transmitía con contundencia el mensaje de que los valores predicados en colegios e iglesias sólo eran una mentira cínica y que el heroísmo era imposible ante la artillería moderna que mataba a kilómetros de distancia. Hacia el final de la novela, sólo uno de los protagonistas sobrevive, embotado por el miedo constante e indiferente al destino de vivos y muertos. Cuando él también cae, justo antes de que termine la

guerra, un día en que no se libra ninguna batalla importante, el parte oficial del día dice: «Sin novedad en el frente.»

La producción de Hollywood que se estrenó sin tardanza para capitalizar la fama de la novela se cortó y mucho para su lanzamiento en Alemania, y en un intento cobarde de no enfurecer a la derecha antisemita, se omitieron de los títulos de crédito los nombres de los actores judíos que trabajaron en la película. Unos cambios que fueron concesiones a la cada vez más radicalizada opinión pública alemana y, sobre todo, a una presencia más ruidosa y más amenazadora que iba tomando las calles, el emergente Partido Nacionalsocialista y su hábil jefe de propaganda Joseph Goebbels. Percibiendo la oportunidad de adueñarse del debate, Goebbels despotricó contra la obra «traicionera» y «antipatriótica» y ordenó a los miembros de la SA –la *Schutzabteilung*, el ala paramilitar del partido– que hicieran todo lo posible por perturbar el desarrollo de los pases arrojando bombas de humo, soltando ratones u otras alimañas en las salas y apaleando a miembros del público. Aprovechando la situación, Goebbels afirmó en la prensa que la película no sólo atentaba contra el honor y la reputación de Alemania, sino que también causaba desórdenes públicos. En diciembre, las autoridades retiraron la aprobación de la película, que tuvo que dejarse de exhibir públicamente.

Sin novedad en el frente atacaba y cuestionaba la memoria oficial de la guerra no sólo porque mostraba que era inhumana, sino también porque era un relato sin héroes. Los protagonistas eran jóvenes corrientes con deseos corrientes, y con pocos principios después de haber pasado por el frente occidental. Eran las víctimas de un juego mucho más grande, pero en lugar de aparecer estilizados como modelos de la inocencia perdida y de la nostálgica idea de nacionalidad, eran personajes cínicos, airados y miedosos que repudiaban todo lo que el nacionalsocialismo incipiente aspiraba a propagar, y representaban todo lo que el partido y sus seguidores odiaban.

El ángel azul, la versión cinematográfica de la novela de Heinrich Mann, también tuvo una acogida dudosa por parte de la prensa, aun cuando fuese inmediatamente un éxito entre los cinéfilos. La prensa de derecha despotricó contra la moral disoluta y las imágenes lascivas; la izquierda criticó la decisión de Von Sternberg de haber excluido del filme la crítica social contenida en el original de Mann. En su publicación *Die Weltbühne*, el conocido periodista socialista Carl von Ossietzky, firmando con su

seudónimo Celsus, dijo que *El ángel azul* era una «película contra Heinrich Mann»;[7] pero nadie dijo nada en contra de los delicados y hermosos muslos desnudos de la joven Marlene Dietrich. Incluso para los que estaban en contra de esa exhibición excesiva de carne en la pantalla, ese cine, y el riesgo que podía significar para las mentes impresionables, contribuyeron al éxito, y las ideas galopantes de los lectores, dedicando columnas y más columnas a las piernas de Dietrich.

Fuerzas contrarias

En Berlín, la ciudad de las contradicciones y de los submundos, de los transformistas y de los que cambiaban de sexo, Marlene Dietrich, diva andrógina, se convirtió en el *sex-symbol* de las ambiguas identidades de la época. El tirón sísmico de fuerzas contrarias –de ideologías y necesidades, de posibilidades y certezas perdidas– se apoderó del lastimoso profesor Raat en *El ángel azul,* donde se revela al final como un personaje en quiebra, un tirano de pacotilla en extinción que acaba siendo lo que en secreto siempre había sido: un payaso patético.

No frenada ya por una moral totalmente desacreditada, sin creer ya en nada que no fuesen las posibilidades de follar y salir adelante, sin esperar ya realmente mucho de nada, la amorfa sensación de identidad de esa sociedad de posguerra se convirtió en un vasto campo de experimentación, y en él se abrieron muchas flores extrañas. Algunas de ellas pueden citarse entre las mejores que ha producido la cultura alemana; otras, desde los espectáculos eróticos hasta polvos rápidos de pago en baños públicos, eran signos de otra clase de inflación, una en la que el amor había perdido su valor y era reemplazado con una moneda más pequeña y más dura. Sin embargo, otras, la explotación comercial e ideológica de la destructividad humana, comenzaron a anunciar lo que se avecinaba.

En la propia Berlín, ni la floreciente creatividad ni la decadencia deliciosa de la capital pudieron ocultar que el clima político derivaba lenta pero decididamente hacia la violencia. Los choques entre nazis y comunistas durante las manifestaciones, fuese en bares o en las calles, llenaban de sangre un día sí y otro también las calzadas y las aceras, y por lo general dejaban muertos; cuando el ministro del Interior prohibió las

camisas pardas, la milicia nazi comenzó a usar camisas blancas mientras seguía imponiendo su visión política con botas altas, porras y navajas.

En 1930, el movimiento pasó a tener un mártir importante en Berlín, un héroe cuyo nombre adornaría uno de los más importantes cantos de guerra nacionalsocialistas. Horst Wessel fue un miembro de la SA que vivía con su novia, una prostituta, en el barrio de Friedrichshain. Cuando se negó a pagar su parte del alquiler, la mujer le pidió a un matón del Frente Rojo comunista que lo hiciera entrar en razón. Wessel acabó muerto en la reyerta, y Joseph Goebbels aprovechó la oportunidad para transformar a ese chulo violento en un noble luchador por la gran causa y asesinado porque había trabajado incansablemente por una Alemania mejor. Una canción escrita por el ministro se convirtió en el himno de batalla oficial de la *Schutzabteilung*: «Oh, alzad la bandera y cerremos filas. / Los hombres de la SA marchamos con paso resuelto y audaz. / Camaradas derribados en combate por rojos y ultras / marchan a nuestro lado; su alma no ha muerto.»[8] La melodía machacona del *Horst Wessel Lied*, ideal para marchar con aire amenazador, se entonaba durante procesiones iluminadas con antorchas, en los mítines del partido y en concentraciones diurnas, por lo general con la rabia desafinada de los gamberros del fútbol, y se convirtió en el férreo himno del movimiento nacionalsocialista en ciernes.

A medida que escalaban las tensiones sociales, esos años tan divertidos fueron transformándose poco a poco en una época de marchas y manifestaciones políticas. Las calles estaban llenas de hombres que no tenían nada mejor que hacer. La frágil recuperación del país había sido posible, en gran medida, gracias a la inversión y a los préstamos de los Estados Unidos, un país que, dadas las altas tasas de interés, consideraba que Alemania era una oportunidad atractiva. Gracias a la productividad alemana y a sus cuantiosas exportaciones, la mayor parte de lo prestado se había devuelto, pero, incluso antes del crac, la economía estadounidense había empezado a contraerse, y había menos dinero para invertir. Ahora exigían el pago de los préstamos concedidos y concedían pocos nuevos.

La industria de Alemania y su estabilidad política habían dependido de esos créditos, que habían servido para pagar las indemnizaciones de guerra, las prestaciones de desempleo, las infraestructuras y las inversiones industriales. Cuando se cerró ese grifo, el país empezó a tambalearse peligrosamente. Las fábricas redujeron la producción, hubo despidos

masivos de trabajadores, muchas empresas echaron el cierre. En 1928, los desempleados en Alemania eran 1,3 millones; tres años más tarde, más de tres millones, y en 1932 la cifra se elevó casi a seis millones, sin contar el sinnúmero de trabajadores que tenían que arreglárselas con trabajos de poca categoría, la reducción del salario o trabajos a tiempo parcial. En los patios de Berlín, Essen y Hamburgo, los niños jugaban a que eran obreros en paro que se apuntaban a una bolsa de trabajo. Con hambre, frustrados y desesperados, muchos se aferraron a las promesas de los partidos políticos. El número de afiliados del Partido Comunista aumentó bruscamente de 117.000 a 360.000 en cuatro años, y el 80 % de los nuevos miembros no tenían trabajo. El ascenso del Partido Nacionalsocialista de Hitler fue aún más espectacular: 109.000 afiliados en 1928; un millón en 1932.

El ambiente iba radicalizándose, y no sólo en la economía más grande y central de Europa. La producción industrial de Alemania cayó un 40 %, y la de Gran Bretaña el 11 %. En Gran Bretaña, el desempleo afectaba a 3,5 millones de personas, y una cuarta parte de la población vivía por debajo del nivel se subsistencia. En Francia la producción cayó casi un 25 %, pero el desempleo era menor; el país había perdido más de un millón de hombres en la guerra, y muchos más regresaron inválidos y dejaron los puestos de trabajo para otros. Con la ayuda de las indemnizaciones pagadas por Alemania, el país había conocido incluso un repunte económico en los años anteriores, y en Francia la crisis tardó más en hacerse sentir que en otras partes de Europa.

Las inmensas energías que transformaron la vida de los europeos y de los norteamericanos desde finales del siglo XIX seguían devastando las sociedades de Occidente. La guerra había acelerado brutalmente para millones de personas la experiencia de vivir en un mundo moderno, y las fuerzas de lo nuevo se habían afirmado triunfalmente en una Europa de posguerra sacudida en su centro moral. La base estaba en las fábricas, y se habían anunciado con las chimeneas humeantes, la producción en serie y ciudades florecientes.

Cuando la base industrial de esa marea de cambio comenzó a debilitarse, los efectos de la gran transformación siguieron desvaneciéndose. Las corrientes de cambio se volvieron hacia el interior, y enfrentaron entre sí a las clases sociales, a los clanes y a los países. No había vuelta atrás ni alternativa viable a la vida urbana para aquellos que habían roto los lazos

que los unían al campo. Imposible distanciarse de la modernidad, de sus productos fabricados en serie, de sus cines y de sus oportunidades.

Aun cuando los profetas y aquellos que predicaban la condenación eterna echaran la culpa de todos los males del mundo al carácter mecanicista y desalmado de la modernidad, casi nadie estaba dispuesto a vivir sin ella. Las mujeres gozaban de nuevas libertades; la gente que no había perdido su trabajo vivía mejor que antes, y los sueños fomentados por el cine y la publicidad, los horizontes abiertos por la educación y los deseos que despertaban los escaparates estaban ahí para quedarse. El tejido mismo de la vida había cambiado desde 1900, y no se vislumbraba el fin.

Ahora, atrapada en una crisis de la que no parecía haber vía de escape y con pocas perspectivas de mejorar, esa nueva vida moderna empezó a parecer fría y amenazadora. Mientras muchos se refugiaban en el clan y se unían contra comunes enemigos imaginarios, los años de posguerra empezaron a pivotar y a parecerse a los de antes de la guerra. Una década antes, en 1919, muchos observadores –John Maynard Keynes y el presidente francés Paul Deschanel, entre otros– habían profetizado una segunda guerra mundial, que sería el fruto de una paz marcada por grandes defectos. Cuando en toda Europa el clima se radicalizó, las energías de la modernización parecieron volverse contra los de abajo, y millones de personas buscaron refugio en ideologías que eran visceralmente hostiles entre sí, y daba la impresión de que la otra guerra (el mismo conflicto, renovado, quizá) era sólo cuestión de tiempo.

Para la joven Marlene Dietrich, el estreno de *El ángel azul* en 1930 fue sólo el comienzo de su carrera, que la llevaría fuera de Alemania la noche misma del estreno de la película. Lo más granado de la sociedad asistió a la proyección, esperando que el famoso Emil Jannings fuese la estrella de la noche, pero, para su sorpresa, la belleza andrógina de aspecto divertido y mundano de una estrella desconocida le robó el primer plano. Con todo, mientras el público celebraba a Dietrich y brindaba escandalosamente por ella y por el enorme éxito de su aparición en la segunda película sonora de Alemania, ella llevaba en el bolsillo un contrato con Paramount Pictures, y no tardó en marcharse a Hollywood.

Y así dejó atrás una ciudad en ebullición anticipando lo que se avecinaba, como señaló el escritor británico Stephen Spender: «Berlín era la tensión, la pobreza, la rabia, la prostitución, la esperanza en las calles. Eran los ricos

ostentosos en los restaurantes exclusivos, las prostitutas calzadas con botas del ejército en las esquinas, los comunistas adustos que se manifestaban, y los jóvenes violentos que de repente salieron de ninguna parte y en la Wittenbergplatz gritaron *"Deutschland, Erwache!"* (¡Alemania, despierta!).»[9]

1931: ITALIA O LA ANATOMÍA DEL AMOR

> La sensación de que se acerca el fin del mundo ha dejado paso a la sensación de un nuevo comienzo. Ahora, el objetivo último destaca claramente en el campo de visión que se abre ante nosotros, y toda la fe en los milagros está unida a la transformación activa del presente.
>
> JULIUS PETERSEN, *Die Sehnsucht nach dem Dritten Reich in Deutscher Sage und Dichtung* (1934)

Poco se sabe de Michele «Michael» Schirru, el anarquista que viajó de su patria adoptiva, los Estados Unidos, a su Italia natal con la intención de asesinar a Benito Mussolini. Las dos únicas fotos que se conservan cuentan dos momentos de su historia con una inmediatez asombrosa. En una de ellas, la del pasaporte, un hombre de unos treinta años mira fijamente a la cámara. Lleva una chaqueta de color oscuro, camisa blanca y corbata. El pelo corto a los lados y más largo arriba. En sus ojos se detectan desafío, ira, miedo tal vez: es la cara de alguien que no quiere revelar mucho sobre sí mismo.

Michele Schirru, que no consiguió asesinar a Mussolini, antes y después de ser arrestado.
Dominio público

La segunda imagen es la foto del archivo policial. En ese retrato implacable, parece que le falta la oreja derecha; el pelo que la rodeaba aparece rasurado o arrancado, el ojo derecho inyectado en sangre. No se ha afeitado, y lleva una camiseta sin mangas y chaqueta de presidiario. La fotografía se tomó el 3 de febrero de 1931, o poco después, cuando disparó contra dos oficiales de policía y luego se llevó el arma a la sien derecha y apretó el gatillo.

Según su propio testimonio, Schirru nació en 1899 en la abyecta pobreza de la Cerdeña rural, y había sido «un monstruito despeinado y salvaje».[1] Obligado a dejar el colegio cuando tenía diez años, fue aprendiz de herrero, y creció odiando a los que mandaban sobre él y los de su clase manteniéndolos en la pobreza y la ignorancia; a los quince años dejó su isla natal en busca de trabajo y horizontes intelectuales más amplios en los astilleros de Turín. En 1917 se alistó en el ejército italiano y combatió en el horrendo frente alpino, pero al volver a la vida civil descubrió que no se valoraban los sacrificios de los soldados y que sus esperanzas para el propio país se truncaban cuando los fascistas empezaron a ganar las batallas en las calles. El joven tomó parte en algunos de esos enfrentamientos y dedicó su vida a la agitación política. Conocido por la policía por alborotador, finalmente tuvo que regresar a Cerdeña.

En 1920, Schirru decidió emigrar a los Estados Unidos, siguiendo los pasos de su padre. Llegó a Nueva York en noviembre de ese año, e inmediatamente contactó con otros anarquistas y socialistas italianos, y

comenzó a escribir para distintas revistas y periódicos. En 1926, durante el juicio a Sacco y Vanzetti, fue uno de los que trabajó para salvarlos de la silla eléctrica. En vano. Pero no dejaba de pensar en Italia, y el ascenso de los fascistas lo angustiaba profundamente. Hasta que en 1930 decidió volver y actuar. Después de viajar por Francia, Bélgica y, posiblemente, Gran Bretaña, llegó a Milán en enero de 1931; de allí fue a Roma, donde tomó una habitación en el Hotel Royal, cerca de la estación de ferrocarril de Trevi. En la maleta llevaba dos bombas y un revólver.

Frente al ascenso inexorable de Mussolini, que detentaba el poder con mano de hierro, Schirru decidió que la única manera de luchar contra esa dictadura era cortarle la cabeza, el magnicidio. Así que tomó la decisión de matar al Duce y se puso a esperar que llegara una oportunidad. Pero nunca la tuvo. El 3 de febrero lo arrestaron en su hotel, probablemente traicionado por un confidente. Entre sus pertenencias encontraron un testamento escrito un mes antes en el que anunciaba:

> Yo siempre he sentido un horror profundamente arraigado por el fascismo y por todas las dictaduras y tiranías. Mussolini, que se regodea con sus cínicas brutalidades y persecuciones atroces [...] siempre lo he considerado un reptil peligrosísimo para la humanidad. Con sus actitudes, propias de un Nerón, el papel de verdugo del pueblo italiano y su libertad, de la que se enorgullece, siempre me han inspirado odio –odio y revulsión, no tanto por el hombre que pesa poco más que un quintal de carne fláccida y ajada, sino por el déspota, el asesino de mis camaradas, el traidor de esos pobres trabajadores que, hasta hace pocos años, le daban de comer. Mis años de meditación sólo han servido para acumular más odio en mi corazón: llegará el día en que estallará.[2]

Es obvio que Schirru sabía qué destino le esperaba cuando lo arrestaron y que no estaba dispuesto a aceptarlo. Lo llevaron a la comisaría de Trevi, y allí sacó velozmente el revólver, disparó contra los agentes que lo rodeaban y después intentó quitarse la vida, pero sólo consiguió herirse y desfigurarse. Durante los dos meses que siguieron, a la espera del juicio, se recuperó de las heridas e intentó desesperadamente contactar con su familia, pero nadie contestó sus cartas, que, muy probablemente, nunca llegaron a sus destinatarios.

Schirru fue juzgado por un tribunal fascista especial el 28 de mayo, en virtud de una nueva ley. No hubo jurado, y sólo la defensa más superficial ante el presidente del tribunal, un joven militante fascista, leyó la sentencia:

el acusado debía morir de un disparo por la espalda ante un pelotón de fusilamiento, que, por insistencia de Mussolini, debían formarlo voluntarios sardos. El día siguiente, a las dos y media de la mañana, despertaron a Schirru en su celda; el condenado se negó a recibir al sacerdote antes de que lo condujeran al patíbulo, donde se ejecutó la sentencia. Tenía treinta años.

Esperanzas truncadas

Como tantos otros idealistas y emigrantes pobres, en busca de una vida mejor, Schirru había atravesado un océano para encontrar que también en el Nuevo Mundo se pasaban privaciones y se padecía la injusticia. En los Estados Unidos de la Gran Depresión, eran especialmente duras, y rebosantes de ironía. Si Schirru tenía acceso a los periódicos en su celda, debió de leer sobre la inauguración del Empire State Building, concebido como testimonio visible del éxito del inversor John Jakob Raskob, que había hecho gran parte de su fortuna con General Motors, beneficiario del *boom* del automóvil durante las primeras décadas del siglo.

Cuatro mil obreros habían trabajado en la construcción del edificio, incluidas decenas de indios mohawk, aparentemente inmunes a la sensación de vértigo en los andamios y vigas a cientos de metros de altura y sin ninguna medida de protección de accidentes. Según las estadísticas oficiales, cinco albañiles cayeron desde los andamios y murieron; uno de ellos se arrojó al vacío al enterarse de que lo habían despedido.

Diseñado por William F. Lamb, el edificio estaba pensado para ser el más alto del mundo, superando al Chrysler Building, que mantuvo el título apenas unos meses. Encaramándose sobre Manhattan, el nuevo rascacielos era un himno de ladrillo y acero al capitalismo y al espíritu empresarial: 443 metros de altura, diez millones de ladrillos y unas vistas impresionantes de Nueva York desde más de seis mil ventanas de sus ciento dos plantas. No obstante, cuando se inauguró el 1 de mayo de 1931 (Día Internacional de los Trabajadores), sólo un año después del inicio de la obra, el reluciente símbolo ya había perdido gran parte de su lustre, pues decenas de pisos reservados para oficinas estaban vacíos.

Abajo en las calles, a la sombra imponente del coloso, se veían los nuevos emblemas de Norteamérica: las colas del pan. A pesar de que el

presidente Hoover seguía convencido de que el desempleo «se exageraba descaradamente» y de que «muchas personas dejaron su trabajo para dedicarse al negocio de vender manzanas, mucho más rentable», la situación era tan desesperada que incluso Al Capone abrió un comedor social en Chicago.[3] De los diez millones de parados que había en el país, sólo la cuarta parte recibía una ayuda económica del Estado, mientras el resto era dejado a su suerte. Junto con las familias sumaban treinta millones de personas, la cuarta parte de la población activa, que luchaba desesperadamente para subsistir sin ingresos. Cientos de miles de norteamericanos se lanzaron a la carretera, o a los trenes, viajando sin pagar en coches o en trenes de carga en busca de trabajo o, como mínimo, de algo que llevarse a la boca, y bandas de jóvenes desesperados merodeaban por el campo. Medio millón de personas abandonó las grandes ciudades y fue a las zonas rurales a buscar trabajo, y por primera vez en la historia del país, fue mayor el número de emigrantes que de inmigrantes.

Mientras los bancos cerraban, las empresas quebraban, la producción industrial caía en picado y millones de personas mendigaban un poco de pan o unas patatas, los precios de los productos agrícolas se desmoronaron debido a las abundantes cosechas en el extranjero. Los cereales importados eran tan baratos que en muchas zonas cosechar llegó a ser más costoso que dejar que la cosecha se pudriese en las plantas: maíz, algodón, manzanas y melocotones valían menos que la exigua paga por hora de los peones que solían contratarse para la tarea, y en Kansas los agricultores empezaron a quemar el trigo y las mazorcas de maíz para calentarse, una alternativa barata al carbón, y los rancheros mataban a miles de reses porque no podían alimentarlas. Mientras subía la tasa de suicidios y la tasa de natalidad descendía, cien mil personas solicitaron permiso de residencia y trabajo en la Unión Soviética, y muchos hablaban abiertamente de revolución.

Antes de 1924, Italia había sido uno de los principales orígenes de la inmigración a los Estados Unidos. En particular, el sur del país era pobre de necesidad, y millones de italianos luchaban por alimentarse día tras día. La pobreza extrema combinada con un gran número de familias numerosas provocaba situaciones de una crueldad dickensiana, y quienes más sufrieron esa crueldad fueron los *carusi*, los niños que trabajaban en las minas de azufre de Sicilia. En 1910 el activista afroamericano Booker T. Washington visitó esas minas y las describió como «lo más parecido al infierno que creo

que veré en esta tierra», y añadió: «Las crueldades a las que han estado sometidos los niños esclavos de Sicilia son tan malas como todo lo que se ha contado sobre las crueldades de la esclavitud negra.»[4]

En efecto, era trabajo de esclavos. A todos los efectos, los chicos eran vendidos por sus padres desesperados a los dueños de las minas; Washington contó: «El padre que entrega a su hijo a un minero recibe a cambio una cantidad de dinero a manera de préstamo. La cantidad suele oscilar entre los ocho y los treinta dólares, según la edad del niño, su fuerza y utilidad general. Con la paga de esa cantidad, el niño se cede por completo al amo. [...] Ni los padres ni el niño tendrán jamás dinero suficiente para devolver el préstamo original.»[5]

Unas minas a las que no había llegado la mecanización, tal como en la antigüedad, y sólo accesibles por unos escalones tallados en la piedra, hasta mil escalones en las más profundas, y los propios pozos, sin ventilación y a veces con cabida apenas para un solo hombre, estaban llenos de vapores sulfurosos. Las temperaturas eran tan asfixiantes que los mineros iban completamente desnudos. «Niños de seis y siete años, para un trabajo extenuante, terrible», comentó Washington.

Era poco lo que había cambiado después de la guerra, y Sicilia sólo era la región más pobre de un país en general pobre. Antes de la Depresión, el trabajo por el que en Gran Bretaña se pagaba 100 dólares; en Alemania 73, y la suculenta suma de 190 dólares en los Estados Unidos, normalmente reportaba 39 dólares a un italiano, y en el sur del país era mucho menos. Frente a esa ausencia total de perspectivas, cuatro millones de italianos decidieron emigrar a los Estados Unidos entre 1880 y 1920. Como Michele Schirru, en su mayor parte habían ido a las ciudades industrializadas del Norte, como Nueva York y Chicago, y llevaron con ellos sus estructuras sociales, sus hábitos y su comida.

Muchos norteamericanos nativos con antepasados que habían llegado con las primeras oleadas de emigrantes y que eran principalmente anglosajones, alemanes o del norte de Europa contemplaron la llegada de esas masas de europeos del sur y del este, muchos de ellos judíos, con gran suspicacia. La lucha por la Prohibición la había motivado en parte una guerra cultural entre comunidades rurales de protestantes de ascendencia anglosajona instalados en los estados del interior del país y las crecientes poblaciones urbanas con actitudes muy diferentes en lo tocante al alcohol y la vida

social. Sin embargo, la victoria de los prohibicionistas sobre la afición alemana a la cerveza, al gusto por el vino de los italianos y la popularidad universal de las bebidas alcohólicas sólo fue una parte de una campaña mucho más amplia para mantener a América eugenésicamente pura, blanca y anglosajona.

La Primera Guerra Mundial había disminuido el flujo de la emigración europea, pues muchos jóvenes que en tiempos de paz habrían emigrado al Nuevo Mundo fueron a los campos de batalla, donde murieron, provocando una escasez de mano de obra y de hombres jóvenes después de 1918. Pero esa reducción temporal no fue suficiente para los activistas norteamericanos, que aspiraban a encontrar una solución definitiva a ese problema. Su incansable campaña culminó con la Ley de Inmigración de 1924, que estableció cuotas de entrada, poniendo el tope al número de inmigrantes de cualquier país al 2 % del número de personas de ese grupo nacional en los Estados Unidos en 1890 –antes de que el grueso de nuevos inmigrantes del este y del sur de Europa atravesara el Atlántico–. Así, al declarar implícitamente esa mezcla étnica normativa para los Estados Unidos, fijó cuotas de inmigrantes del noroeste de Europa que eran mucho más altas que la demanda real, y excluyó a la mayor parte de los que querían emigrar de Europa oriental y meridional, principalmente italianos, rusos y judíos, muchos de los cuales seguían viviendo en los antiguos territorios zaristas y habsbúrgicos.

La medida fue eficaz y su intención era en efecto todo lo racista que parece. En 1924, el senador de Carolina del Sur Ellison Du-Rant Smith dijo: «Opino que ya tenemos suficiente población en nuestro país para cerrar la puerta y engendrar una ciudadanía americana pura y no adulterada.» La idea misma de América se había diluido peligrosamente, según este senador: «Si uno viajara al extranjero y alguien al conocerlo dijera: "He conocido a un americano típico", ¿qué se le cruzaría por la cabeza como americano típico, el representante típico de esa nueva nación? ¿Sería el hijo de un inmigrante italiano, el hijo de un inmigrante alemán, el hijo de cualquiera de las razas del este, el hijo de ciudadanos africanos? [...] Gracias a Dios en América tenemos, quizá, el porcentaje más alto del mundo de población anglosajona pura y no adulterada.»[6]

Aún más que la Ley de Inmigración, la Gran Depresión había desacelerado la llegada de inmigrantes italianos, y a veces incluso había

invertido el sentido. Michele Schirru fue sólo uno de las decenas de miles de recién llegados a quienes la situación de América durante la Depresión les pareció tan desesperada y hostil que prefirieron probar suerte en su país. No era una buena época para volver. Después de 1929, la producción industrial italiana había caído un 25 %, y también los salarios; las huestes de desempleados se habían triplicado, y eran muchos los que tenían que luchar cada día para no morirse de hambre.

Una nueva grandeza

No obstante, si bien la situación económica era desesperada, surgía un relato más ambicioso y mesiánico de esperanza y grandeza nacional. Mussolini y su Partido Fascista consideraban a Italia poco más que la arcilla con la que modelar una gran y futura nación. El modelo era claro; al igual que el poeta futurista Filippo Marinetti, querían, nada más y nada menos, recuperar la grandeza del imperio romano, un país orgulloso, guerrero, poderoso en el que se celebrase la virilidad y la violencia. Según el Duce, los italianos contemporáneos eran demasiado blandos, demasiado pusilánimes y demasiado cobardes para crear una gran civilización.

Para construir una Italia nueva y más grande, el Duce tendría que construir primero un pueblo italiano con esas características. Mussolini llegó al poder en 1922, y acometió su gran empresa con una energía inagotable y grandilocuencia despiadada. El historiador conservador alemán Oswald Spengler había pedido un César que pusiera freno a la marea de la decadencia europea y devolviera a Occidente su grandeza. Si bien despreciaba a Hitler, al que consideraba un advenedizo proletario, Spengler creía que el mundo había encontrado a ese nuevo César en Mussolini.

Para Spengler, el crecimiento de la población era la única arma con la que Italia podía competir con otras grandes potencias, y los fascistas estaban completamente de acuerdo con él. Las guerras del futuro necesitarían soldados, y el gobierno aprobó una serie de leyes concebidas para alentar la natalidad: apoyo a madres solteras, impuestos a los solteros, subsidios especiales y medallas para familias numerosas, y controles estrictos sobre la venta de anticonceptivos. Una ley de 1931 estableció que era «un crimen contra la integridad de la salud de la raza» fomentar o

aplicar el control de la natalidad, y castigó el aborto con largas penas de prisión (y, más tarde, incluso con la pena de muerte).

Al parecer, el Duce contribuyó no poco a la causa. Legendario por sus conquistas, casi siempre encuentros informales incluso cuando estaba de servicio, le gustaba jactarse de poder tener hasta cuatro encuentros sexuales al día mientras despachaba asuntos de Estado, casi como quien no quiere la cosa, y podría decirse que tenía un concepto casi carnal de la política y del estado de ánimo de las masas. En sus discursos era, a la vez, líder y amante, el Duce y Don Juan, como contó una de sus amantes: «Los gritos alcanzan niveles frenéticos, el rugido se parece a una explosión, aumentando con el estruendo hasta el enardecimiento. [...] Sombreros al aire, pañuelos, risas, rostros radiantes. [...] Parecen locos. Es un delirio, algo indescriptible, una sensación inexplicable de alegría, el [...] tormento del alma que se desborda en el grito de júbilo.»[7]

Entre artistas: Hitler y Mussolini en una exposición de arte clásico, 1938.
AKG Images

El Duce inspiraba una intensa devoción a sus seguidores, y de ello dan fe los cientos de cartas que todos los días llegaban al despacho de su secretaria. Algunas de ellas eran simples declaraciones de admiración y lealtad, pero muchas eran la prueba de un grado de devoción que tenía claras connotaciones religiosas y también eróticas; algunas incluso se convertían en fantasías sexuales. Un ama de casa de Bolonia escribió ochocientas cuarenta y ocho cartas a su «gran Señor y hermoso Duce» entre 1937 y 1943, y pudo ser una de las muchas mujeres que en algún momento tuvo con él una aventura furtiva. Otra mujer confesó en su diario: «El Duce me hace temblar de excitación, porque sólo necesito oír sus palabras para sentirme transportada en el corazón y en el alma a un mundo de alegría y grandeza.» Un veterano herido se desahogó escribiendo: «Junto a mi cama tengo su Efigie, de la época en que usted cayó herido y tuvo que andar con muletas, y yo beso Sus Muletas, que pronto tendré que usar; las besaba con pasión, porque me hacen sentir igual a Usted en sufrimiento físico, llegaré a parecerme a Usted aún más en el ideal. Pues la sangre derramada en su nombre, por la Patria; por el voluntario regalo de mi pierna, Duce, ¡gracias!»[8]

Deseosos de mantenerlo a salvo para que pudiera cumplir con su misión histórica, hombres y mujeres que lo adoraban le enviaban amuletos, estampas religiosas y reliquias, y lo llamaban «el padre de Italia», «el padre de los pobres», «el padre de todos nosotros», «el que lo puede todo y lo hace todo», «nuestro Dios en la tierra», «el que fue amado como un padre» y «el venerado como ha de venerarse a los santos». Los tonos claramente religiosos de esos apelativos no sorprenden en la Italia católica, y Mussolini dominaba como nadie el arte de explotar la cultura de la piedad cotidiana y los rituales del país. Los gestos espontáneos de generosidad eran sus favoritos, y solían contarse, repetirse y embellecerse como las vidas de santos. *Se lo sapesse il Duce* (si el Duce lo supiera) era una expresión popular en aquellos días.

El venerado líder demostró ser un genio a la hora de crear una imagen de su persona, heroica y santa, en la mente pública. Cribando trigo y con el pecho desnudo para las cámaras «me miró como un Cristo en la tierra», recordó un campesino atemorizado, y allí donde aparecía, la organización local del partido conseguía sin ninguna dificultad congregar una multitud entregada. La Organización Nacional de Mujeres Campesinas organizaba

peregrinaciones al lugar de nacimiento de Mussolini; una de sus miembros contó en 1937: «Después, con emoción religiosa, visitaron la casa del Duce, pobre, rústica como las suyas, donde la madre había trabajado, amado, sufrido y vivido como ellas, sencilla y cariñosa, una vida de sacrificios y de felicidad, enseñando a su Gran Hijo la bondad, la disciplina y la abnegación.»[9]

Los sonoros tonos mesiánicos y cristianos de esos sentimientos desempeñaron un papel fundamental para el triunfo del régimen fascista. Desde bravuconear, extorsionar, maltratar y asesinar para llegar al poder, Mussolini había explotado magistralmente la psique y las preocupaciones colectivas de los italianos. En el combate contra el socialismo, que durante la década de 1920 tenía una base muy sólida entre los pobres y los obreros industriales del norte del país, sus aliados y financieros fueron terratenientes, dueños de fábricas y gente de la clase media urbana, concentrados en Milán y otras ciudades manufactureras, donde una revolución socialista parecía ser una posibilidad real. No obstante, para tener una base de seguidores viable, Mussolini tenía que nutrirse de una clase más extensa y poderosa de imaginación colectiva.

Sus gestos para revivir la gloria del imperio romano crearon imágenes muy eficaces, como su defensa de un plan para modernizar e industrializar un país que seguía siendo mayormente rural y en el que mucha gente aún vivía y pensaba como un siglo antes. Pero, para capturar corazones y mentes, necesitaba algo más que una retórica que, en última instancia, derivaba de los futuristas y de Gabriele d'Annunzio, que había sido su mentor. El Duce encontró ese ingrediente elusivo en la fuerte presencia de la Iglesia y sus rituales, estatuas y símbolos en todos los ámbitos de la vida privada y pública.

La relación entre los héroes de la identidad nacional italiana, como Garibaldi y la Iglesia católica, nunca había sido fácil, pero entre las muchas clases de catolicismo de la península –desde la fe visceral, animista y supersticiosa de los campesinos del sur hasta los rituales burgueses en los centros industriales del norte–, el apego de grandes segmentos de la población a la simbología y los rituales cristianos era innegable. Como político y ex periodista, Mussolini estaba marcado por el fracaso de las instituciones de la democracia liberal, ampliamente percibido; como líder

autoritario y carismático, prometió renovación; como hombre de la Providencia bendecido y protegido por Dios, podía representar la eternidad.

Salvadores y rivales

Michele Schirru no fue el primero que intentó matar al Duce, pero una serie de intentos fallidos sólo sirvieron para reforzar y confirmar la invulnerabilidad «divina» de Mussolini. En noviembre de 1925, un ex diputado socialista había planeado matarlo de un disparo durante un discurso pronunciado desde el balcón del Palazzo Chigi, pero la conspiración se descubrió a tiempo. En abril de 1926, una irlandesa con trastornos mentales intentó matarlo, pero el disparo sólo rozó la nariz del Duce. En octubre de ese mismo año, dos anarquistas arrojaron una bomba contra el coche de Mussolini, pero sólo consiguieron herir a ocho curiosos.

El efecto de esos atentados en la opinión pública no sólo fue gratificante, sino también más eficaz que cualesquiera otros obtenidos con medios propagandísticos habituales. El Papa había dicho en público que Dios había salvado a Mussolini, tocado por la mano del Señor, y las campanas sonaron en toda Italia en honor del Duce, y los periódicos publicaron reportajes sobre el gran líder, bendecido y querido por Dios. Después del atentado de 1926, el cardenal de Venecia ordenó que tocaran las campanas de San Marcos, y en Milán hubo una manifestación multitudinaria en la Piazza del Duomo. Los cines de la ciudad suspendieron las sesiones para que todos los milaneses pudieran asistir. El hermano de Mussolini le escribió: «Dios te protege, los italianos te adoran: dos fuerzas que consiguen que la criminalidad de los asesinos sea fútil.»[10]

El panteón personal de Mussolini tenía espacio para la veneración de la Providencia y de sí mismo, pero no para un Dios personal ni de su humilde representante en la tierra, el pontífice máximo, y el Vaticano estaba a apenas un kilómetro y medio del despacho del líder. Mussolini se había empeñado en reducir la influencia y el poder de las organizaciones católicas de toda Italia, y era consciente de la agenda política del pontífice; en privado, sólo sentía desprecio por sus creencias, aun cuando necesitara la aprobación de la Iglesia católica para barnizar el fascismo con ese sello supremo y para que arraigara profundamente en la imaginación de los fieles.

Y Mussolini hizo un trato de primera clase. Desde la proclamación de una república italiana laica en 1861, se habían sucedido los papas que se negaron a reconocer la legitimidad del gobierno, y de Roma como capital del país, en la que la Iglesia no tenía poder temporal alguno en virtud de las leyes de la República. Encerrados en el Vaticano, los príncipes de la Iglesia, furiosos, sólo podían contemplar, impotentes, cómo su poder se iba erosionando. Con los fascistas, la situación empeoró aún más, pues el trabajo de las instituciones y las organizaciones católicas se obstaculizó más, o simplemente fue ilegalizado porque competían con las organizaciones fascistas equivalentes.

Ahora el Duce extendía una rama de olivo; a cambio del reconocimiento oficial de la legitimidad y la soberanía del Estado italiano, así como de la garantía de que los dignatarios vaticanos se abstendrían de participar directamente en la política, el gobierno de Mussolini, actuando oficialmente en nombre del rey, estaba dispuesto a reconocer la soberanía del Estado vaticano, con sus propias fronteras. El Tratado Lateranense de 1929 fue ventajoso para ambas partes, pues ofreció a la Santa Sede legitimidad política y al gobierno fascista una considerable ventaja moral.

El tratado también demostró que ambos lados habían encontrado una manera no sólo de tolerarse entre sí, sino de instrumentalizarse mutuamente. En la superficie, la insistencia de los fascistas en la violencia, la guerra y el resurgimiento de antiguos rituales paganos parecía inmune a las exigencias de la Iglesia y su mensaje de amor fraternal, el perdón de los pecados y la pureza de la fe. Pero, por debajo, las dos eran tan parecidas como dos gotas de agua. Aunque cada tanto alentaban sospechas recíprocas, sus necesidades y sus enemigos comunes superaban con creces las desavenencias. Unidos en el odio al comunismo, eran autoritarios y jerárquicos, despreciaban la democracia y las ideas liberales, creían en la supremacía del martirio y de la fe sobre la razón, y asignaban un papel subordinado a las mujeres y a todos los creyentes de otra fe (o, en el caso de los fascistas, a otros grupos étnicos).

En un discurso pronunciado en Roma en 1927, Mussolini había esbozado su visión del mundo y del lugar que Italia ocupaba en él, con palabras que el propio Papa podría haber elegido: «Ésta es ahora la situación; en una Europa decadente, debilitada por el vicio, pervertida por costumbres exóticas, empeñada delirantemente en alcanzar los sueños del

humanitarismo social democrático, el único principio vital es la Italia fascista. Europa ya no tiene fe: no atribuye importancia alguna a los valores religiosos, sino exclusivamente al dinero, al instinto de supervivencia individual y colectiva, a la búsqueda del placer y de una vida en paz. La Italia fascista –católica, disciplinada, beligerante– será capaz de dominar Europa si es capaz de salvaguardar su salud moral y física.»[11]

Si bien la unión con la Iglesia puede ser descartada como ardid político de Mussolini, salta a la vista que el Vaticano no tenía ningún problema a la hora de tratar con dictaduras fascistas y dignificarlas. Tras el éxito del Tratado Lateranense, el Papa buscó cerrar otros acuerdos internacionales, mayormente para reforzar la legitimidad política del recién creado Estado vaticano, y también la influencia social de las organizaciones católicas. En 1933, el nuevo Papa, Pío XII, celebró dos nuevos concordatos –con la Austria fascista y la Alemania nazi– que se sumaron a los ya existentes.

El Altar de los Mártires

Tras conseguir aliarse con la Iglesia, Mussolini pudo usar aún mejor el potencial del simbolismo y de los ritos católicos. En Padua, una muchacha de dieciocho años llamada Maria visitó la Exposición de la Revolución Fascista, en un edificio cuyo exterior había sido transformado con fasces de quince metros en la elegante fachada decimonónica. En el Altar de los Mártires, Maria y otros visitantes quedaron especialmente impresionados:

> Es muy sugerente y emotivo [...]. Hay muchísimas reliquias de los mártires fascistas, el pañuelo del Duce empapado con la sangre de su herida. Con el alma así dispuesta para los sentimientos religiosos, se entra en el Altar de los Mártires: una oscura sala circular con rectángulos de cristal iluminados en los que se lee «presente» en las tres cuartas partes superiores de las paredes. Debajo, en una media luz azul púrpura, montones de banderas. La gente se mueve en silencio por una plataforma en la que hay una cruz muy alta, mientras muy muy lejos, se oyen coros que entonan himnos patrióticos. Uno regresa a casa ligeramente aturdido, en parte porque tampoco hay ventanas y el calor se sube a la cabeza.[12]

La santa sangre de la sagrada herida del salvador, las reliquias, la media luz, el silencio, los coros; los diseñadores de ese elaborado montaje de los comienzos de un movimiento político que apenas tenía más edad que la

admiradora de dieciocho años, no tuvieron que ir muy lejos para encontrar un modelo eficaz que resonara con el imaginario colectivo italiano.

Un nuevo Hércules

Mussolini y su Partido Fascista no estaban solos en el uso de los sentimientos y el simbolismo religiosos para fomentar su causa. A fin de cuentas, tanto el fascismo como el socialismo y el comunismo pueden calificarse de religiones políticas: respondían al deseo de orden, finalidad y sentido que era especialmente agudo en el clima de fragmentación y nihilismo de las décadas de 1920 y 1930.

Por razones obvias, Mussolini adoptó su imagen de la iconografía católica, así como Stalin fue adueñándose poco a poco no sólo de los poderes de los zares, sino también del espacio cultural y espiritual que habían ocupado en la cultura rusa. El culto al «Padrecito Stalin» acabó usurpando literalmente el lugar que ocupaban los santos ortodoxos en los hogares rusos, el iconostasio, un icono colocado en un rincón de la sala, iluminado con una vela siempre encendida y decorado con flores. Ahora, en el iconostasio no estaban ni la Virgen María ni Cristo entronados, sino el familiar rostro bigotudo del primer secretario que sonreía a los moradores de esa casa.

En Alemania, el genio propagandístico de Joseph Goebbels ya había empezado a atraer a millones de corazones y de mentes, y si la República de Weimar nunca fue más que apenas tolerada por la mayoría de los alemanes fue, entre otras cosas, porque no consiguió ganar la batalla de las imágenes. Es posible que a la joven democracia le faltara simplemente comunicadores lo bastante dotados para transformar el legado envenenado del desastre bélico, la acusación de que los políticos socialdemócratas habían traicionado al victorioso ejército luchando por la paz, y la herencia de un imperio enterrado bajo las ruinas de su propia arrogancia.

Si Berlín era un lugar tan fascinante para vivir, lo era también porque no había una única versión oficial de su identidad, y en ese vacío podían florecer muchas posibilidades. No obstante, junto a las variedades experimentales y creativas, las religiones políticas rivales se imponían en la imaginación de una población desgarrada entre el cinismo y una avidez real

de esperanzas legítimas. Al final, el relato mesiánico de Hitler triunfó donde las difíciles negociaciones y los vacilantes intentos democráticos habían fracasado.

Los mensajes de las religiones totalitarias daban a la gente una sensación de trascendencia, de tocar algo que era más grande que ellos, de verdad esencial. Acercaban a la gente a lo sagrado y a las leyes inmutables de la Providencia, que en el vocabulario racista del fascismo significaba invariablemente la sensación de la propia superioridad. Al fin y al cabo, no hay variedad de racismo que llegue a la conclusión de que el propio grupo no sea el mejor y el más valioso en comparación con otros que son inferiores o degenerados y merecen que se los elimine.

Sin embargo, las religiones totalitarias, siendo el fascismo de Mussolini un ejemplo ilustrativo, también hicieron otra cosa: devolvieron una sensación de esperanza, de un futuro positivo. Ese futuro era siempre mesiánico, inflado de grandes expectativas, pero, especialmente en tiempo de crisis, en los que eran tantos los que tenían poco que perder y mucho que ganar, crearon un espacio que la gente podía habitar y comparar con el presente, que era complicado e incluso peligroso.

El Duce era muy consciente de la necesidad de despertar y alimentar la esperanza mesiánica. Mientras los soviéticos habían construido Magnitogorsk y soñaban con llevar a cabo proyectos aún más ambiciosos, la Italia fascista no se quedó atrás. La respuesta de Mussolini a la ciudad de acero de los comunistas fue Carbonia, en Cerdeña, una ciudad minera de carbón construida de la nada e inaugurada en 1937.

Carbonia no fue la única ciudad que fundó el Duce, que se presentó como otro Alejandro Magno. Su proyecto más ambicioso fue, con mucho, el drenaje de los pantanos pontinos, al sur de Roma, una región anegada de casi ochocientos kilómetros cuadrados en la que mil seiscientas personas apenas se ganaban la vida como podían. En la «batalla de los pantanos», el gobierno de Mussolini se propuso conquistar la región asolada por la malaria construyendo primero una red de canales y luego transformando la marisma para usos agrícolas. Más de ciento veinte mil hombres trabajaron en el proyecto. No se sabe cuántos murieron de malaria. No obstante, el resultado fue un gran tanto propagandístico. «El que una vez fue un pantano azotado por las fiebres, ahora es una colonia próspera», alardeaba un noticiario de British Pathé en 1934 con ocasión del primer aniversario de la

nueva ciudad de Littoria, construida al estilo tradicional con una plaza dominada por un campanario cuadrado, rodeada de elegantes mansiones campestres y poblada con familias fascistas leales del norte. En el cortometraje, el público, casi exclusivamente masculino, vitorea y saluda al Duce, que está en el balcón del ayuntamiento.

Con el dragado de los pantanos pontinos, Mussolini consiguió algo que los gobernantes del imperio romano no habían logrado, permitiéndole retratarse no sólo como el legítimo heredero de la Antigüedad clásica, sino como el líder que había venido a completar su legado inacabado. Estaba obsesionado con la idea de recuperar la grandeza del imperio allí donde fuera posible, y sus planes para la Ciudad Eterna fueron verdaderamente asombrosos. «Dentro de cinco años, Roma debe parecer un lugar maravilloso para el mundo entero, una ciudad extensa, ordenada y potente, como lo fue en los días del primer imperio de Augusto», proclamó en uno de sus muchos discursos.

Aunque sólo se terminaron unos pocos de sus proyectos gigantescos, entre ellos cabe señalar otro homenaje a la Antigüedad, el Foro Mussolini (ahora Foro Itálico), con el espectacular Stadio dei Marmi, en el que sesenta y cuatro estatuas de atletas, todas de mármol, hacen guardia ante las proezas de sus sucesores reales. Pero obedecer al pasado sólo era una parte del proyecto concebido para cautivar la imaginación de millones de italianos, y para conseguirlo también era necesario asegurarse el futuro.

Los programas de construcción de edificios públicos y nuevas ciudades crearon empleo y alimentaron los noticiarios con imágenes muy eficaces. Para ir incluso un poco más lejos y abrazar la estética y la técnica de la modernidad, Mussolini sólo tuvo que dirigirse a uno de sus partidarios más entusiastas, el poeta Filippo Marinetti, cuyo movimiento futurista era una orgía de motores rugientes, fábricas con chimeneas humeantes, velocidades de vértigo y sexo. Uno de los triunfos propagandísticos más grandes del régimen se consiguió cuando el fascismo tomó literalmente los cielos de Italia. El futurismo siempre había estado seducido por la aviación, e incluso el canijo poeta protofascista Gabriele d'Annunzio había demostrado su valor como as de la fuerza aérea durante la Primera Guerra Mundial. Ahora le tocó el turno a otro héroe del aire, Italo Balbo, ministro de Aviación de 1929 a 1933, que contribuyó a que el Duce obtuviera el reconocimiento internacional que tanto ansiaba.

En 1931, Balbo consiguió volar con una escuadrilla de nueve hidroaviones desde Italia por el Atlántico Sur, promocionando con buenos resultados no sólo el heroísmo de la nueva Italia, sino también la fuerza de las acciones colectivas. En 1933, otra acción, aún más espectacular, consistió en llevar veinticuatro aviones Savoia Marchetti por el Atlántico Norte; Balbo y sus hombres aterrizaron en Chicago ante una inmensa multitud y acompañados por cuarenta y tres aviones de combate norteamericanos que escribieron la palabra «Italia» en el cielo crepuscular. Entre los muchísimos honores que acumuló el piloto italiano se encontraba la designación de miembro honorario de la tribu sioux, y durante el desfile triunfal por Michigan Avenue, los héroes fueron saludados por un millón de norteamericanos, muchos de ellos con el brazo alzado haciendo el saludo fascista.

Transmitiendo el incidente para la radio italiana estuvo nada menos que Marinetti, incapaz de contener la emoción ante ese matrimonio místico de la técnica con la virilidad fascista:

> Escuchad la música del cielo, con sus melodiosos órganos del orgullo, los vibrantes taladros de los mineros de las nubes, entusiastas rugidos del gas, martilleos cada vez más embriagados de velocidad y el aplauso de resplandecientes hélices. La hermosa música de Balbo y sus zumbidos transatlánticos, estalla y ríe entre los flashes azules de todo el horizonte. [...] El crucero *Díaz* dispara salvas. La multitud grita de júbilo. El sonido es el reflejo del genio creativo italiano. [...] La multitud delirante grita: «¡Ahí está él, ahí está! ¡Duce, Duce, Duce! ¡Italia!» El runrún de los motores que pasan a apenas unos metros por encima de mi cabeza.[13]

1932: GOLODOMOR

«Crecí en un típico pueblo ucraniano, en la provincia de Cherkasi, a unos ciento sesenta kilómetros al sur de Kiev», recordó Miron Dolot al contar su infancia en sus memorias.

> Mi pueblo estaba en la orilla norte del río Tiasmin, uno de los muchos tributarios del Dniéper, y era hermoso. Al sur, detrás del río, se alzaban unas colinas muy verdes, y al norte se extendía un rico suelo negro como el alquitrán. Las llanuras estaban divididas en campos. Todas las primaveras y todos los veranos, esas franjas desaparecían debajo de kilómetros de trigo. Eran olas y olas de nutritivo cereal, verdes en primavera, doradas en verano, que se movían suavemente movidas por la brisa estival. Después de la cosecha, los campos volvían a mostrarse desnudos, como en un duelo por la belleza perdida. Hacia el final del año, el nuevo ciclo de color –el blanco de los inviernos– fundía el horizonte de la llanura con el cielo gris y helado.[1*]

Gran parte de la historia universal trata de las grandes ciudades y sus habitantes, los centros demográficos en los que tienen lugar los grandes cambios. Las zonas urbanas son puntos focales de las migraciones, de la cultura y del poder político; cambian rápido, son cosmopolitas y son centros empresariales y de la moda, de la inteligencia y la revolución. Los habitantes del campo solían vivir apartados de esos grandes avances. Sus hábitos y sus maneras de pensar, su pobreza, sus diversiones y su trabajo cambiaban a un ritmo distinto y mucho más lento. Por supuesto, en la década de 1930 decenas de millones de habitantes del campo ya se habían trasladado a las ciudades y seguían haciéndolo; querían escapar del hambre y de una vida marcada por la estrechez y esperaban encontrar algo mejor, si no para ellos, al menos sí para sus hijos. Esas migraciones masivas, junto con la pérdida de poder de la Iglesia y la introducción de la maquinaria agrícola, de los fertilizantes sintéticos, de la radio, el comunismo y la escolarización obligatoria, ya habían transformado la vida rural de muchos países de la Europa occidental y de varios lugares de la Unión Soviética, pero en otras zonas daba la impresión de que las catástrofes, las transformaciones y las revoluciones habían pasado sin dejar rastro.

Y así era el pueblo de Miron Dolot. Cuatro mil habitantes y casas de madera apiñadas alrededor de la iglesia, de la escuela, de la tienda en que se

vendía todo tipo de artículos, del edificio del Consejo del Pueblo, la oficina de correos y la casa del médico. Los recuerdos de Dolot son claros, aunque tal vez ligeramente idealizadores:

> La mayor parte de las casas sólo tenía una habitación, que se usaba para todo, también para cocinar y para dormir. Tampoco eran habituales los suelos de madera; eran de arcilla, como las paredes, que se enlucían con este material. No obstante, al margen de la sencillez de la construcción, y de lo primitivas que eran nuestras condiciones de vida, las casas eran limpias, y la gente las cuidaba. En cada casa había una parcela para las flores y los árboles frutales; para las gallinas, los gansos y los patos se usaba el patio trasero. En los establos había un caballo, una o dos vacas y unos cerdos. En el porche, o en el portal, solía verse un perro repantigado.[2]

Después de una dura jornada de trabajo, los jóvenes del pueblo dedicaban el resto del día a las mismas actividades que sus antepasados. Se reunían «en los barrios situados en los cruces de caminos, y bailaban, cantaban y jugaban hasta bien entrada la noche».[3]

Aunque allí la vida nunca había sido fácil, los pequeños agricultores de Ucrania tenían motivos para mirar el futuro con optimismo. Aprisionado entre Polonia, el imperio otomano y el imperio ruso, el país había conocido varias invasiones, y durante gran parte de su historia se lo repartieron y lo gobernaron potencias extranjeras. Durante siglos se lo llamó simplemente la Pequeña Rusia, y Kiev, la capital, era un importante centro espiritual e histórico de la cultura rusa. Gracias a sus suelos fértiles, también se lo consideró tradicionalmente el granero del zar, pues en 1795 el imperio ruso había completado la anexión de casi la totalidad de las tierras ucranianas.

Durante el siglo XIX, la mayor parte del país perteneció al imperio ruso, pero en la zona occidental, Rutenia, gobernaban los Habsburgo. Las duras políticas zaristas de rusificación, que ilegalizaron la lengua nacional y reprimieron todos los asomos de una cultura distintiva, habían llevado al exilio a muchos intelectuales nacionalistas ucranianos; el país vivía en un clima de malestar casi constante. Con su propia Iglesia, y con una lengua y una historia propias, Ucrania parecía, casi, el corazón ruso del llamado Anillo de Oro, pero nunca lo fue del todo.

Tras la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, el país se lo disputaron, a menudo con una violencia despiadada, tres fuerzas rivales, los comunistas, los blancos y los nacionalistas ucranianos, y entre febrero de 1918 y junio de 1920 Kiev cambió de manos no menos de siete veces.

Finalmente, en marzo de 1921, Ucrania pasó a ser una república socialista soviética.

Al principio, los nuevos gobernantes de Moscú no supieron muy bien qué hacer con esta problemática república. A los ucranianos se los tenía por intransigentes, por gente que se aferraba con fiereza a sus costumbres y nada dispuesta a someterse al dominio soviético. Los dirigentes bolcheviques habían respondido con una política caracterizada por la cautela, dejando de lado el empleo rigurosamente obligatorio de la lengua y la cultura rusas y permitiendo incluso el desarrollo de un movimiento cultural nacional. La Iglesia ortodoxa ucraniana se había separado del patriarca de Moscú, y en 1923 Stalin pronunció una diatriba atronadora contra la arrogancia rusa y a favor de cierto grado de independencia cultural de las repúblicas soviéticas no rusas. Por primera vez en la historia, una nación ucraniana comenzó a surgir de la destrucción que habían provocado la guerra y la revolución.

A pesar de las presiones para fomentar el desarrollo de ciudades industriales como Járkiv y Dnepropetrovsk, y de un movimiento migratorio continuado hacia las ciudades –el porcentaje de aldeanos y campesinos se redujo del 81 % al 66 % de la población en una década–, los habitantes del campo no odiaban al nuevo régimen más de lo que habían odiado a los anteriores. Aunque siempre recelosos de los representantes del poder ruso, y no siendo muchos los que se interesaban por el comunismo, recibieron con satisfacción la noticia de que los bolcheviques habían optado por no gobernar con mano dura.

Una matanza masiva

El problema había comenzado con el primer Plan quinquenal, que Stalin introdujo en 1928. Con vistas a fomentar una industrialización rápida, el plan exigía la colectivización a gran escala de los medios de producción, incluidas las tierras de labranza, las herramientas y los animales, para mejorar así el rendimiento y liberar del hambre y la opresión a la sacrificada masa de campesinos pobres. En teoría, el plan era todo lo hermoso y necesario que podía ser. Para los ideólogos soviéticos, los *mujiks* –campesinos atrasados– estaban atrapados para siempre entre la

subordinación a sus amos o a la Iglesia, por un lado, y por el otro, a los codiciosos *kulaks*, los principales enemigos ideológicos a la hora de reestructurar la economía rural. El término *kulak,* que puede traducirse como «puño apretado», se empleaba para designar a los agricultores ricos, de quienes se decía que explotaban a los campesinos y se enriquecían acaparando el grano en beneficio propio mientras los pobres morían de hambre.

La visión bolchevique de los *mujiks* y de la miseria rural no era mera propaganda, y el relato de Miron Dolot y su idílica vida en el pueblo necesita, sin duda, algunos retoques. Aun cuando Ucrania tuviese el suelo más fértil del imperio soviético, las prácticas agrícolas eran penosamente ineficaces, los rendimientos eran más bajos que en los países de la Europa occidental, que contaban con técnicas más avanzadas, la mayoría de los habitantes era pobre y la alfabetización entre la población rural, especialmente entre las mujeres, era baja. La mayor parte de las familias campesinas vivía en una habitación oscura y a menudo sucia, iluminada únicamente por la luz que entraba por los ventanucos y la llama de la vela que ardía en un rincón, delante de los iconos. El alcoholismo era endémico, la violencia doméstica estaba a la orden del día y se consideraba parte de la vida, y las mujeres y los niños vivían prácticamente esclavizados a los hombres, los únicos que podían decidir en todas las cuestiones importantes. Si bien nunca existió una categoría oficial fija denominada *kulaks*, la autoridad solían ejercerla los agricultores más ricos, y no cabe duda de que muchos de ellos se aprovechaban prestando dinero a los campesinos endeudados que no tenían con qué alimentar a la prole hambrienta.

Los bolcheviques juraron cambiar esa situación. En lugar del retraso, la ineficiencia y la injusticia de la agricultura tradicional, la producción socialista de base científica combinaría los recursos en grandes explotaciones colectivas, transformando a los campesinos serviles e ignorantes en auténticos proletarios agrícolas y produciendo cereal suficiente para satisfacer el rápido crecimiento de la industria que los líderes soviéticos habían proyectado como parte del Plan quinquenal.

Los primeros intentos de aplicar esta política fueron recibidos con una resistencia que no gustó nada en Moscú. El comunismo no prosperaba en el campo, y Stalin y su estrecho colaborador Lázar Kaganóvich encontraron la solución bolchevique, consistente en designar un culpable y eliminarlo. Se

pensaba que el problema eran los campesinos ricos, que se oponían al socialismo para perpetuar su nefasto poder, y los dirigentes soviéticos estaban convencidos de que la única respuesta posible era liquidar a los *kulaks* como clase.

Dado que la colectivización sólo acumulaba frustraciones, Moscú envió a la policía secreta y a unidades del ejército de otras regiones de la Unión Soviética, con la orden de llevar a la práctica el plan. Miron Dolot recuerda una reunión convocada por funcionarios del partido poco después de que un destacamento de propaganda visitara el pueblo y destruyera la iglesia: «En el centro de la plaza montaron una tarima. [...] A su alrededor se apostaron centinelas armados. La ametralladora apuntaba hacia nosotros desde las ruinas de la iglesia. Unos soldados fuertemente armados daban vueltas por la plaza y, en el centro, se agolparon los agricultores, callados, pero inquietos, pues hacía mucho frío.»[4]

Cualquier agricultor al que se considerase *kulak* (un término mal definido, pues en la práctica podía significar solamente que esa persona tenía más de una vaca, que contrataba peones o que su casa tenía mejor techo que las demás) era arrestado y deportado. Durante los primeros años de la década de 1930, fueron unas cien mil familias las enviadas a Siberia o a otros lugares de la Unión Soviética; algunas, en los trenes de la miseria que llegaban a Magnitogorsk. Y a muchos más ucranianos los arrestaron y ejecutaron sumariamente. Se recibían a diario denuncias de vecinos celosos. La Comisión del Pan comenzó sus temidas rondas, presionando a los granjeros para que se sumaran a la colectivización e incautándose de su trigo, que se destinaba al Estado.

En el pueblo de Miron, el presidente de la comisión era un alborotador muy conocido por sus vecinos, alcohólico para más inri, que se había afiliado al partido en 1919 y ahora decidía sobre la vida y la muerte de los lugareños. Una vez fue a casa de los Dolot a medianoche «por asuntos oficiales», borracho como una cuba y acompañado de otros miembros de la comisión. Cuando la madre de Miron le dio una bofetada después de que intentara toquetearla, el presidente quiso matarla de un disparo, pero sólo atinó a darle al icono que contemplaba la escena desde un rincón. Cuando volvió a apuntar, uno de los hermanos quiso arrebatarle el arma. Lo arrestaron por «atacar a un funcionario del partido» y lo condenaron a

trabajos forzosos. Dos años más tarde, la familia se enteró de que había muerto de agotamiento mientras trabajaba en la construcción de un canal.

La represión contra los *kulaks*, los contrarrevolucionarios y los saboteadores se intensificó cuando llegó el invierno de 1932. Arrestaron a varios tíos de Dolot; uno murió en su propia casa a causa de las patadas que le dieron en la cabeza, y a otro lo enviaron a Siberia sin proporcionarle siquiera un abrigo. A los habitantes más ancianos del pueblo, a los campesinos más ricos y a cualquiera que en el pasado hubiese incomodado al presidente de la comisión los llevaron a la plaza como si fueran ganado; en la nieve, las autoridades habían colocado una mesa cubierta con un mantel rojo brillante. En la mesa había un teléfono, y allí sentado, el comisario del partido ejercía de juez. Cuando los parientes de las familias arrestadas comenzaron a avanzar hacia los guardias, una ametralladora disparó sobre la multitud. Los trineos se llevaron a la estación a los condenados –léase, a todos los acusados.

«Mientras un trineo avanzaba para sumarse a una columna, un joven saltó de él y corrió hacia otro trineo en el que, impotentes y llorando, viajaban su mujer y sus hijos», recordó el joven observador. «Era evidente que el padre quería estar con su familia, pero no lo consiguió. El camarada Paschenko, presidente del sóviet del pueblo que supervisaba la operación, le disparó a sangre fría. El joven padre cayó en la nieve, y el trineo que llevaba a la viuda y los huérfanos siguió su camino.»[5]

Después de esas detenciones, «nuestra vida se volvió dura y sombría», escribió Dolot. Aunque eran pocos los granjeros que vivían lo bastante bien para que los acusaran de ser *kulaks*, todos tuvieron que someterse a la nueva política de colectivización y trabajar en grandes koljoses. A los campesinos que no querían entregar sus granjas los citaba la comisión del pueblo más cercano y, después, la comisión del pueblo siguiente, y con cada citación tenían que emprender una marcha forzada por la nieve, de noche, para llegar puntualmente al interrogatorio de la mañana. Y siguieron recorriendo ese camino hasta que las víctimas, exhaustas y humilladas, prefirieron resignarse a su destino. Después de que le quitaran todo el trigo, y tras muchas semanas de acoso sistemático, la madre de Dolot también se dio por vencida y firmó la solicitud. «Considerando que la explotación agrícola colectiva tiene ventajas comparada con la individual, y teniendo en cuenta que es la única manera de asegurarse una vida próspera y feliz, solicito

voluntariamente a la administración que me acepte como miembro de la granja colectiva.»[6]

Sin embargo, puesto que no todos cedieron a la presión de los comisarios, los soldados del ejército ocuparon sus casas. Tras recibir la orden de entregar los aperos y animales al koljós local, al principio los campesinos se negaron; después escondieron o destruyeron los arados para no ver cómo se los llevaban y sacrificaron a los animales. Patios y prados se tiñeron de rojo con la sangre de decenas de millones de vacas, caballos, cerdos, ovejas, pollos y gansos. Podría decirse que a los animales entregados al koljós tampoco les fue mucho mejor. Los trabajadores de la granja eran descuidados y olvidaban darles de comer y de atenderlos en general; les daban de comer cuando se acordaban y las enfermedades y la desnutrición proliferaban entre el ganado. En muchos koljoses, a los caballos simplemente los soltaron en los bosques, pues los administradores confiaban en la inminente llegada de tractores.

En las granjas colectivas, el miedo y la sospecha no tardaron en hacer presa de los recién llegados. «Siempre sospechaban que éramos traidores. Hasta la tristeza y la alegría eran motivo de sospecha. Si estábamos tristes, pensaban que era un indicio de insatisfacción por la vida que llevábamos; y la alegría, aunque fuese esporádica, espontánea o pasajera, se consideraba un fenómeno peligroso que podía acabar con nuestra lealtad a la causa comunista», contó Dolot.[7] Así y todo, la resistencia no cejó. A los funcionarios comunistas los molían a palos por las noches, y los cuerpos ensangrentados aparecían en las cloacas por la mañana, a veces con mensajes desafiantes en el pecho. A manera de represalia, el partido arrestó a más agricultores y los enviaron a campos de trabajo. Los que intentaban resistirse o escapar caían en el acto bajo las balas comunistas. En 1932, cuando Ucrania amenazaba con sumirse en la anarquía y el tan preciado granero de la nación empezó a producir menos, la respuesta de Stalin fue fría y punitiva. En esa problemática zona de la Unión Soviética, donde la deportación y la ejecución de parte de la población campesina y la destrucción de ganado y maquinaria ya habían amenazado seriamente a la agricultura, Stalin aumentó del 30 % al 40 % de la cosecha la cuota de trigo que debía entregarse al gobierno central, un porcentaje fijado deliberadamente por encima de lo posible. «Fue en la memorable primavera de 1932, cuando estalló la hambruna y empezaron a producirse las primeras

muertes por hambre», contó Dolot. «Recuerdo el desfile interminable de mendigos en las carreteras y los caminos, yendo de casa en casa en diferentes estados de inanición, sucios y harapientos. Con las manos extendidas pedían comida, cualquier cosa que pudieran llevarse a la boca, una patata, una remolacha o al menos un grano de trigo.»[8]

Un dictador tierno: Iósif Stalin con su hija Svetlana.
AKG Images

Con vistas a cumplir con la cuota, de importancia fundamental para los soviéticos, se impusieron a los agricultores otras exigencias imposibles. A un hombre del pueblo de Miron le exigieron quinientos kilos de trigo, y los entregó. Las autoridades le reclamaron de inmediato mil kilos más, un pedido que el campesino sólo pudo satisfacer vendiendo la mayor parte de sus posesiones. Seguidamente le pidieron dos mil kilos más, y esta vez ya no pudo cumplir. Acusado de *kulak* y traidor, lo arrestaron y deportaron con toda la familia. Asimismo, le confiscaron la granja, convertida luego en el

cuartel general del sóviet local. Nunca se volvió a saber nada de ese campesino y su familia.

La cuota de la cosecha se fijaba según unos cálculos muy elevados y nada realistas, y el 44 % exigido de una hipotética cosecha normal excedía toda la producción de 1932, un año maldito no solamente por el abandono de las prácticas agrícolas tradicionales, sino también por un mal tiempo persistente. A fin de acelerar la campaña y conseguir las cuotas oficiales, Moscú envió a Ucrania a unos cien mil jóvenes funcionarios bolcheviques para que supervisaran el trabajo, pero la mayoría eran estudiantes y habitantes de ciudades y nunca habían visto un arado. No tenían ni idea de cuándo cosechar ni de cómo organizar el trabajo, y sus órdenes y castigos sólo consiguieron empeorar las cosas. El cereal cosechado se guardó en silos vigilados desde atalayas; cualquiera que intentara acercarse sin autorización recibía un disparo.

Los funcionarios del partido local fueron despiadados a la hora de hacer cumplir las órdenes de Moscú. Grupos armados con largas picas iban de granja en granja buscando el trigo por todas partes. Después de registrar la despensa y los cuartos de almacenes, destrozaban camas y cunas, rompían los arcones cerrados con llave y destrozaban las paredes y suelos de madera en busca de escondites, y al marcharse dejaban atrás devastación y miseria. No hubo de pasar mucho tiempo para que los agricultores no tuvieran más remedio que salir a buscar comida en los bosques o en los campos ya cosechados: «Multitudes de muertos de hambre merodeaban por los campos de patatas. Buscaban las que habían quedado de la cosecha del año anterior.»[9]

Cuando ya no quedaba nada, los que aún tenían fuerzas suficientes se iban a las ciudades a buscar trabajo, pero allí sólo encontraban las hordas de hambrientos que deambulaban por las calles. Al principio tenían algo que vender –ropa y artículos del hogar, reliquias de la familia y ropa de cama y mantelerías bordadas–, pero, después de venderlo todo, se vieron enfrentados otra vez a la perspectiva de morirse de hambre. Se declaró ilegal dar trabajo a la gente del campo, y los cuerpos escuálidos de quienes ya no esperaban nada rondaban por las calles, revolviendo la basura o mendigando a otros que tampoco tenían nada que dar. Al final, la gente se acostumbró a la desesperanza de esos miles y miles de pordioseros.

En los pueblos, recordó Dolot, la situación ya no podía ser peor: «Se

veían extraños cortejos fúnebres, niños que tiraban de carretillas improvisadas en las que llevaban los cuerpos de sus padres muertos, o padres que llevaban los cadáveres de sus hijos. No había ataúdes ni sacerdotes que oficiaran ceremonias fúnebres.»[10]

Ejecución por hambre

La campaña para matar de hambre a la población ucraniana se organizó a gran escala. Los habitantes de los pueblos debían sacar el pasaporte si querían viajar, o dejar las granjas colectivas en las que trabajaban, pero esos documentos nunca se emitieron. Controles militares vigilaban las carreteras de las zonas rurales, y las fronteras estaban prácticamente cerradas. El trigo seguía saliendo de la república, y el campo, como escribe Robert Conquest, acabó convertido en «un extenso Belsen».

«Enfrentados a la perspectiva de morirse de hambre, los aldeanos hicieron todo lo posible para salvarse y salvar a sus familias», recordó Dolot. «Hubo quien empezó a comer perros y gatos. Otros cazaban aves; cuervos, urracas, golondrinas, gorriones, cigüeñas y hasta ruiseñores. Se podía ver a campesinos famélicos que buscaban nidos de pájaros en los arbustos que crecían a lo largo del río. [...] Y hasta comían hierbajos, las hojas y la corteza de los árboles, insectos, ranas y caracoles.»[11]

Una víctima de la hambruna provocada por Stalin.
Getty Images

Al ver esta situación extrema de los campesinos, Stalin reaccionó sin tardanza. Una nueva cuota exigía que se entregasen al Estado los pellejos de perros y gatos, y jóvenes militantes comunistas se encargaron de matar a todos los perros y gatos que encontraban, dejando a los aldeanos sólo la posibilidad de comer ratas. Cuando terminaron esa tarea, los entusiastas voluntarios se pusieron a matar ruiseñores y otras aves.

Cuando terminó el otoño y comenzó el invierno y no había nada que cosechar, los aldeanos, desesperados, comenzaron a saquear cementerios e iglesias en busca de oro y otros objetos de valor que pudieran intercambiarse por comida en las tiendas de las ciudades, en las que todas las delicias imaginables parecían estar disponibles. Incluso se asaltaba y se mataba para quitar a las víctimas los dientes de oro. El campo dormitaba enterrado bajo una gruesa capa de nieve, y Dolot observó que en esa nieve no había huellas, lo cual significaba que eran pocos los animales que andaban sueltos. Mientras iba en busca de comida, llegó a un pueblo vecino

donde no se veía salir humo por las chimeneas; las extremidades de los que habían muerto de hambre sobresalían del manto blanco que lo cubría todo. La mayoría de los cuerpos congelados yacían al borde del camino, prueba de que los pobladores habían gastado sus últimas fuerzas intentando escapar y llegar a la ciudad más cercana. A quienes lo consiguieron, las milicias locales los arrestaban un día sí y otro también, los llevaban a un descampado y allí los abandonaban a las bajísimas temperaturas del invierno ucraniano.

Con la intención de vender un amuleto de oro que su madre había logrado esconder hasta entonces, Miron se dirigió al *torgsin*[*] de la capital del distrito, donde ya se había reunido mucha gente, personas suspendidas entre una remota esperanza de vida y una resignada anticipación de la muerte. «Escuálidos y con aspecto de esqueletos, o con el cuerpo hinchado, había seres humanos por las calles, apoyados contra los postes de teléfono o contra las paredes, o tirados en las aceras y en las alcantarillas. Esperaban con paciencia que algún misericordioso comprador compartiera con ellos un mendrugo de lo que llevaba a su casa. [...] Aquí y allá, entre las multitudes, podíamos ver los cuerpos rígidos de los muertos, pero nadie les prestaba atención.»[12]

Con la venta del amuleto –y tras obtener un talón de dieciocho rublos que les extendió un tasador–, Dolot y su madre esperaron en la cola una hora antes de que les llegara el turno de entrar en una de las famosas tiendas del lugar. «Qué espectáculo más maravilloso. No podía creer lo que veía; parecía un sueño. Ahí había todo lo que necesitábamos y más. Cosas de las que nunca habíamos oído hablar, que no habíamos visto nunca en la vida, comestibles que yo sólo conocía por los libros que había leído. Todo estaba ordenado con muy buen gusto, y expuesto en vitrinas. Mientras miraba ese espléndido surtido, empecé a marearme.»[13]

Dolot y su madre llevaron a casa a escondidas la comida que habían podido comprar; fue una breve tregua de la hambruna. Otros, los que carecían de ese último recurso o simplemente tuvieron mala suerte, quedaron reducidos al canibalismo. Un hombre mató a su mujer a hachazos para hacer sopa; a los niños pequeños, los hambrientos los asfixiaban y se los comían, y a los cuerpos de los muertos recientes (a menudo bien conservados por la nieve) se los profanaba con cuchillas carniceras para sacarles la carne. La práctica se extendió tanto que un directivo de Moscú

exigió que el partido local imprimiera y distribuyera cientos de carteles con el eslogan COMER NIÑOS MUERTOS ES UN ACTO BÁRBARO. Durante la hambruna, los tribunales soviéticos condenaron por canibalismo a más de dos mil quinientos campesinos ucranianos. A la vista de semejantes horrores, hasta los miembros leales del partido que habían apoyado la política estalinista con las mejores intenciones acabaron suicidándose.

No hay pan

Golodomor es un vocablo ucraniano acuñado para referirse a la hambruna de 1932-1933; deriva de *golod*, «frío», y *mor*, «muerte», «plaga» o «muerte masiva», y significa «muerte por inanición». La miseria a la que condujo la sistemática campaña que Stalin lanzó sobre la población rural de Ucrania tuvo su punto culminante en la primavera de 1933, cuando todas las reservas de comida, todos los materiales aprovechables y todos los animales salvajes ya habían desaparecido, y a las frutas y verduras aún les faltaba mucho por llegar. El novelista británico Arthur Koestler, nacido en Austria, pasó tres meses en la ciudad de Járkiv durante la hambruna; en 1949 publicó *El fracaso de un ídolo*, memorias en las que habla de sus sueños comunistas y de cómo acabaron traicionándolo. «Vi los estragos de la hambruna de 1932-1933 en Ucrania; hordas de familias vestidas con harapos y mendigando en las estaciones de ferrocarril, las mujeres que alzaban en brazos a sus pequeños hambrientos para acercarlos a la ventana de un compartimento, críos con las extremidades tiesas como palos, enormes cabezas cadavéricas y barrigas hinchadas que parecían embriones sacados de frascos de alcohol.»[14]

El periodista galés Gareth Jones también consiguió entrar en Ucrania e informar sobre la situación; fue uno del escaso puñado de visitantes internacionales que lo consiguió. Graduado en el Trinity College, Cambridge, y ex asesor de política exterior con el primer ministro David Lloyd George, Jones, que hablaba ruso con soltura, se encontraba en una posición ideal para observar y evaluar lo que estaba ocurriendo, y consiguió publicar en varios periódicos internacionales acusaciones furibundas sobre la hambruna provocada. En una entrevista concedida a *The New York Evening Post* en abril de 1933 dijo:

> Son millones los que están muriendo de hambre. [...] En todas partes se oía gritar: «No hay pan. Nos morimos.» Un grito que venía de todas partes de Rusia, del Volga, de Siberia, de Bielorrusia, del norte del Cáucaso, de Asia Central. Recorrí esa región de tierra negra porque una vez fue la tierra de labranza más fértil de Rusia y porque han prohibido a los corresponsales que vayan a ver con sus propios ojos lo que está pasando.
>
> En el tren, un comunista me negó que hubiera una hambruna. Entonces arrojé en una escupidera una corteza de pan que estaba comiendo, y que yo mismo había llevado. Un campesino que viajaba en ese vagón la recogió y se la comió vorazmente.

Jones añadió que el hombre más odiado en Ucrania no era Stalin, sino George Bernard Shaw, que, tras un reciente viaje cuidadosamente organizado, había dicho: «No hay hambruna en Ucrania», tomándose la molestia de añadir que durante ese viaje había disfrutado de una de las mejores cenas de su vida. Pero Shaw no fue el único que negó que estaba cometiéndose un crimen monstruoso. Édouard Herriot era primer ministro de Francia cuando viajó a Ucrania en 1933. Al volver, dijo que el país parecía «un vergel».[15]

No obstante, la voz más importante fue la de Walter Duranty, jefe de redacción en Moscú de *The New York Times*, que en 1932 ganó el Premio Pulitzer por su reportaje sobre la situación en Ucrania. Duranty había conocido a Jones después del viaje y había conversado con él largo y tendido. Tras hacerle algunas preguntas, anunció, muy convencido y con la seguridad que le daba el respaldo de un gran periódico, que Jones estaba divulgando «una gran historia de terror».[16] Condescendiente como nadie, caracterizó a su colega como «un hombre con una inteligencia muy aguda y activa», y señaló que «se ha tomado la molestia de aprender ruso, lengua que habla con una soltura nada desdeñable, pero el escritor pensaba que la opinión del señor Jones era un poco precipitada».

Reconociendo que la mala gestión de las explotaciones agrícolas colectivas, sumada a «una conspiración muy eficaz» montada por un funcionario soviético, «habían arruinado la producción alimentaria rusa», sostuvo: «No se puede hacer una tortilla sin romper huevos, y los líderes bolcheviques son tan indiferentes a las bajas que pueden estar produciéndose en el camino hacia la socialización como cualquier general de la guerra mundial cuando ordenaba un oneroso ataque con la intención de mostrar a sus superiores que él y su división tenían el espíritu militar que había que tener. [...] La situación es mala, pero no hay hambruna.» Las

«dificultades actuales se olvidarán rápido», pronosticó, y en ese sentido demostró tener bastante razón.

Es difícil calcular cuántas víctimas provocó el *golodomor*. Las estadísticas oficiales soviéticas son, en gran parte, falsas, montadas para que encajen en los propósitos ideológicos, y después de la Gran Guerra, de la revolución y la guerra civil en Rusia, los censos no estaban necesariamente actualizados ni eran fiables. Además, surgen cuestiones de definición. Hubo hambrunas, pero no sólo en Ucrania, sino también en la vecina Moldavia, en la región del Volga, en Kazajstán, los Urales, el norte del Cáucaso y el oeste de Siberia. Tomando como referencia sólo las víctimas de la hambruna ucraniana, hubo muertos por inanición y por disparos, pero también a causa del tifus y otras epidemias, además de los condenados a trabajos forzosos en Siberia o en otras partes de la Unión Soviética que nunca volvieron. El cálculo más sensato y serio y, al mismo tiempo, el más conservador, procede del erudito ucraniano emigrado Volodymyr Kubiyovich, que estimó el número de víctimas en cerca de 2,5 millones. Más recientemente, Timothy Snyder elevó a 3,5 millones el número probable de víctimas mortales; por su parte, Robert Conquest calcula que se perdieron unos 5 millones de vidas. Este número aumenta significativamente si se toma en cuenta el déficit de población, incluidos los millones de no nacidos. Es probable que, en toda la Unión Soviética, el número de víctimas de la hambruna de 1932-1933 fuese de entre 7 y 8 millones de personas.[17]

No más muertes

Las naciones occidentales y los personajes públicos tenían sus propias razones para guardar silencio sobre las informaciones que recibían acerca de la hambruna. Una de las raras voces de protesta fue la del cardenal austriaco Innitzer, que pidió ayuda alimentaria para Ucrania y señaló casos de canibalismo; pero los funcionarios soviéticos refutaron sus afirmaciones y se burlaron diciendo que en la Unión Soviética no había «ni caníbales ni cardenales». Muchos intelectuales y políticos de izquierda deseaban que el experimento soviético saliera bien, y querían creer que cualquier noticia que apuntara a la instauración de una dictadura cruel era mera propaganda

capitalista. Los de derechas defendían con bastante frecuencia el duro trato que en sus respectivos países se brindaba a los trabajadores en huelga y, también, la represión de los motines en las colonias; por tanto, no estaban en condiciones de criticar las políticas de Stalin. Y así se corrió un tupido velo sobre uno de los crímenes más atroces del siglo XX.

A principios de 1933, Stalin empezó a temer que el colapso de varias repúblicas soviéticas desestabilizara a toda la Unión. Los bandidos merodeaban por el campo, y saqueaban y mataban. A los ladrones, aunque fuesen niños, solían lincharlos, y los tribunales locales imponían penas muy crueles con la intención de controlar los desórdenes. El Sóviet Supremo tomó medidas para paliar la crisis, y entre enero y julio se enviaron a Ucrania 320.000 toneladas métricas de trigo para poner fin a la hambruna. La distribución se organizó respetando estrictamente los «principios de clase». Los primeros en recibir la ayuda fueron los miembros del Ejército Rojo; luego, los trabajadores de los koljoses, seguidos de los obreros de la industria y los campesinos más pobres; por último, los *«kulaks*, los contrarrevolucionarios, los parásitos y todos los elementos enemigos que intentaron aprovecharse de los problemas alimentarios en beneficio de sus propósitos contrarrevolucionarios, divulgando rumores sobre la hambruna y otros "horrores" y dejando a propósito los muertos sin enterrar».[18]

A fin de compensar la escasez de mano de obra agrícola, las autoridades del sóviet sencillamente enviaron por la fuerza al campo a gente de las ciudades, y así lo contó un diplomático italiano: «La movilización de la fuerza de trabajo urbana ha adquirido proporciones enormes. [...] Esta semana enviaron al campo al menos a veinte mil personas. [...] Anteayer rodearon el mercado, detuvieron a todas las personas aptas para el trabajo, hombres, mujeres y adolescentes, las llevaron a la estación vigiladas por hombres de la GPU y las mandaron en tren a las plantaciones.»[19]

Miron Dolot, su madre y el único hermano que seguía con vida se salvaron de la gran hambruna. «A principios de mayo», escribió Dolot, «nuestro pueblo ya era un lugar desolado, el horror acechaba en todas las casas y todos los patios. Nos sentíamos abandonados por el mundo entero. La carretera principal, por donde antes pasaba todo el tráfico y que había sido el centro de la vida del pueblo, estaba vacía, cubierta de maleza. Apenas se veía un alma, y tampoco animales. Muchas casas estaban en ruinas y vacías, con las ventanas y las puertas abiertas. Los propietarios

habían muerto, o los habían deportado al norte, o se habían ido del pueblo a buscar comida.»[20]

A los Dolot les esperaba un futuro sombrío, pero estaban vivos.

1933: EL POGROMO DE LA INTELIGENCIA

Y ahí estaba él, en medio de la multitud, y observaba. Miraba los rostros iluminados por las antorchas y por las llamas de la hoguera. La escena que se desarrollaba en la plaza ese 10 de mayo era en parte auto de fe y en parte comedia política y también aquelarre, un Sabbat; los jóvenes que se habían congregado allí se acercaban uno tras otro a las brasas y entonaban con fervor: «¡Contra la destructora sobrestimación de nuestros impulsos! ¡Por la nobleza del alma humana! Entrego a las llamas los escritos de Sigmund Freud.» Y: «¡Contra la traición literaria a los soldados de la Gran Guerra! ¡Por la educación guiada por el espíritu de la verdad! Entrego a las llamas los escritos de Erich Maria Remarque.» «¡Contra la impudicia y la arrogancia! ¡Por el respeto y la veneración al inmortal espíritu alemán del *Volk*! ¡Devorad, llamas, los escritos de Tucholsky y Ossietzky!»

Antes, otro joven, vestido con el uniforme negro de la SA *(Sturmabteilung)*, había gritado: «Contra la decadencia y el hundimiento de la moral! ¡Por la reproducción y la moral en el seno de la familia y el Estado! Entrego a las llamas los escritos de Heinrich Mann, Ernst Glaeser y Erich Kästner.»

El propio Kästner, apretujado entre los demás curiosos, sabía que era peligroso para él estar ahí, presenciando la destrucción simbólica de sus obras. La multitud podía convertirse en una masa enfurecida en cualquier momento. De repente, una mujer gritó: «¡Pero si ahí está Kästner!» Era el momento de largarse, y rápido. El escritor desapareció en la oscuridad, dejando que la última escena de la hoguera nazi contra la cultura alemana terminase lejos de su triste mirada. «Vi nuestros libros volar hacia las llamas rugientes y oí las diatribas de ese pequeño mentiroso [Goebbels] ingenioso, pero huero y sentimental. En la ciudad hacía un tiempo sombrío. [...] La escena era repugnante», recordó el escritor después de la guerra.[1]

Aunque Joseph Goebbels, en esos días ministro de Propaganda del nuevo gobierno de Hitler, había pronunciado un discurso para celebrar la gran quema de libros de Alemania, el acto en sí no había sido idea suya, y al principio incluso se había mostrado reacio a que se celebrase. Sólo aceptó

ocuparse de la escenificación cuando las presiones en ese sentido ya eran demasiado fuertes para ignorarlas. Goebbels desconfiaba de las iniciativas de las bases, que tendían a hacer que se sintiera alejado de lo que ocurría a su alrededor e incapaz de controlarlo; ésta en particular había aterrizado en su escritorio cuando la organización ya estaba bastante avanzada. Le había sorprendido, pues nunca había pensado que los alemanes estuvieran preparados para un montaje tan espectacular. ¿Y si los ciudadanos del autoproclamado *Land der Dichter und Denker* («País de los Poetas y los Pensadores»), con su tan cacareado amor a los clásicos y su exaltada visión de la literatura, se negaban a asistir?

La Acción contra el espíritu antialemán se llevó a cabo en toda Alemania.
Getty Images

Pero no tenía por qué preocuparse. Los promotores de lo que acabó llamándose «Acción contra el espíritu antialemán» eran estudiantes nazis, al parecer tan ansiosos por impresionar a sus superiores como por cambiar el mundo, y no dejaron nada al azar. Habían activado todos los mecanismos inmediatamente después del nombramiento de Hitler como canciller del Reich el 30 de enero de 1933.

Encabezados por Hans Karl Leistritz, estudiante de derecho e hijo de un

director de escuela, los miembros de la organización estudiantil planificaron una campaña de un mes de duración contra las obras de escritores, científicos y profesores que, en su opinión, no eran lo bastante «alemanes» para contribuir a forjar el glorioso futuro del Tercer Reich. El propio Leistritz remitió a las organizaciones locales una carta en la que podía leerse: «Hay que aniquilar el espíritu judío tal como se revela en la campaña mundial de odio [...] y que ya ha tenido efectos en la literatura alemana.»[2] Para promocionar aún más su postura, los estudiantes afirmaron inspirarse en el reformador protestante Martín Lutero, y confeccionaron una lista de las «tesis contra el espíritu antialemán», la imprimieron en tinta roja en letras góticas y el 12 de abril de 1933 la colocaron en miles de espacios urbanos y universitarios de todo el país reservados para publicidad. En una prosa arrogante y pseudofilosófica, los jóvenes autores del texto afirmaban:

> El pueblo alemán es el responsable de garantizar que su lengua y sus escritos sean expresión pura y no adulterada de su identidad. [...] Los judíos sólo pueden pensar a la manera judía. Si un judío dice que escribe en alemán, miente. Un alemán que escribe en alemán, pero que piensa de manera antialemana, es un traidor. [...] Las obras judías tienen que publicarse en hebreo. [...] Sólo los alemanes podrán usar la escritura gótica. Hay que expulsar de todas las universidades el espíritu antialemán. [...] Pedimos a los estudiantes alemanes que tengan la voluntad y la capacidad necesarias para vencer al intelectualismo judío y similares signos de decadencia hoy visibles en la vida intelectual alemana.[3]

La declaración tropezó con airadas protestas, a menudo en forma de cartas a los periódicos, que remitieron judíos y no judíos por igual. También se imprimieron parodias y refutaciones del manifiesto. M. C. Well, un parlamentario y médico británico que por casualidad se encontraba en Berlín en esos días, dirigió una carta abierta a la Deutsche Studentenschaft, la Unión de Estudiantes Alemanes, señalando que, en relación con ese documento, «cuya tinta [roja] se había sonrojado de vergüenza», ni él ni sus colegas médicos sabían a ciencia cierta qué enfermedad diagnosticar a sus autores, pero que, en cualquier caso, todas las patologías que barajaban requerían medidas urgentes: «¿Se trata de *lues cerebrospinalis* [sífilis]? Recomendaría que los caballeros afectados vayan a hacerse una revisión en un asilo mental con ayuda del test sanguíneo que ha desarrollado un judío alemán llamado Wasserman –si bien es cierto que no está publicado en hebreo– y que, además, se hagan tratar con el medicamento Salvarsan,

desarrollado, aunque no en hebreo, por el judío alemán Paul Ehrlich. ¿O será un tumor cerebral? Ése sería el campo de Otto H. Warburg, premio Nobel y también judío alemán.»[4]

No obstante, todas esas duras reacciones parecieron reforzar la determinación de los líderes estudiantiles. Con base en el Nationalsozialistischer Deutscher Studentenbund, la mayor organización de estudiantes del país, Leistritz y sus colaboradores enviaron a todas las universidades circulares con una lista de autores «prohibidos» que ellos mismos habían confeccionado, y lanzaron una campaña por todos los medios de comunicación, con artículos en los periódicos, comunicados de prensa y programas de radio. La respuesta de otras universidades fue más que alentadora.

El 10 de mayo se encendieron hogueras en las plazas de unas setenta ciudades alemanas, incluidas todas aquellas que eran sede de universidades importantes. En Berlín, los bomberos de la ciudad tuvieron la cortesía de proporcionarles gasolina. Decenas de miles de libros se habían sacado de bibliotecas universitarias y públicas, y también de casas particulares; se calcula que la hoguera de Unter den Linden, la gran avenida de Berlín, se alimentó con más de veinte mil volúmenes. Un periódico de la ciudad universitaria de Gotinga llegó al extremo de pedir a sus lectores que inspeccionaran y purgaran las bibliotecas de sus conocidos y también la suya propia. Cuando empezó a oscurecer, miembros de la SA y jóvenes uniformados de las asociaciones estudiantiles y otros grupos nazis se dirigieron a las plazas designadas para la quema de libros en una procesión iluminada por antorchas, entonando canciones estudiantiles y varios himnos de batalla, dispuestos a entregar a las llamas todo lo que consideraban antialemán.

A la vanguardia juvenil se sumaron miles de curiosos; las emisiones en directo de las principales radios tenían por finalidad que ningún «alemán auténtico» se perdiera el espectáculo. Los periódicos acompañaron el acto con un aluvión de artículos en los que elogiaban la determinación con que la juventud alemana se enfrentaba a la amenaza del judaísmo y el comunismo y alentaban el desarrollo de un arte sano y auténtico desde lo más hondo del alma del *Volk*, el pueblo. A las diez y media ya ardían las piras; las llamas lamían el negro cielo nocturno mientras los estudiantes uniformados llegaban con carretillas y más carretillas repletas de libros que

arrojaban a la hoguera. En muchas ciudades, el acto se convirtió en una fiesta callejera, con música y vendedores de salchichas. La quema de libros sólo se canceló en la antigua ciudad universitaria de Friburgo, y a causa de la intensa lluvia.

Siete de los diez autores más vendidos de Alemania estuvieron entre los destruidos por el fuego, tras lo cual se les prohibió publicar en Alemania. Finalmente acabaron prohibiéndose más de doce mil títulos de unos seiscientos escritores; entre otros, Thomas y Heinrich Mann, Sigmund Freud, el historiador Emil Ludwig, el icónico crítico teatral Alfred Kerr, el periodista Kurt Tucholsky, que ya vivía exiliado en Suecia, y Carl von Ossietzky, ex director de la revista izquierdista *Die Weltbühne*, preso ya en un campo de concentración. Al final, casi ningún intelectual y ningún artista de renombre se salvó de esa perversa distinción: el dramaturgo y poeta comunista Bertolt Brecht; la dramaturga y premio Nobel de la Paz Bertha von Suttner, y prestigiosos escritores judíos, incluidos Alfred Döblin, Lion Feuchtwanger, Egon Erwin Kirsch, Arthur Schnitzler, Franz Werfel y Stefan Zweig, cayeron en desgracia por «antialemanes».

Pero no fueron únicamente los escritores en lengua alemana los que aparecieron en la lista. Jack London compartió ese honor con el bolchevique ruso Maksim Gorki y el pacifista francés Romain Rolland, y Winston Churchill apareció junto a John Dos Passos y Ernest Hemingway. Y hasta los muertos tuvieron a sus representantes; Karl Marx fue uno de los autores prohibidos, y también el poeta judío Heinrich Heine, que cien años antes había hecho una afirmación profética: «Un país que quema libros acaba quemando a la gente.»

La iniciativa de los estudiantes tuvo consecuencias profundas para los autores incluidos en la lista. Para muchos de ellos fue la ruina profesional. Sin poder publicar y ganarse la vida con su trabajo, la mayoría se vio obligada a irse de Alemania, en caso de que no se hubiera marchado antes. Algunos no se recuperaron nunca del golpe. Kurt Tucholsky murió en el exilio ese mismo año, a causa de una sobredosis de somníferos. Heinrich Mann, que no consiguió adaptarse a su exilio californiano, fue víctima de una depresión paralizante y sólo publicó un puñado de nuevos títulos. El judío austriaco Stefan Zweig, uno de los autores más leídos de su época, tampoco pudo adaptarse al exilio en Brasil y poco después de marcharse también eligió poner fin a su vida junto a su joven esposa Lotte.

A algunos exiliados les fue bien, particularmente a aquellos ya consolidados como grandes figuras literarias: Thomas Mann, Brecht, Feuchtwanger y Werfel, por ejemplo; pero para los que empezaban su carrera, un país nuevo y, más concretamente, una lengua nueva significaron muchos años difíciles. Uno de los jóvenes repletos de esas esperanzas fue en aquellos días Hans Keilson, de veintiséis años; estudiante de medicina oriundo del norte de Alemania, se ganaba un dinero extra como trompetista de jazz. Su primera novela, *Das Leben geht weiter* («La vida continúa»), la había aceptado poco antes la prestigiosa editorial S. Fischer. Se publicó en la primavera de 1933, pero el autor tuvo pocas oportunidades de disfrutarla. Perseguido por judío, por escritor «subversivo» y por músico de jazz, se vio obligado a marcharse de Berlín siguiendo el consejo urgente de su editor, que sencillamente le dijo: *«Machen Sie, dass Sie rauskommen»* («Lárguese de aquí»). Keilson escapó a los Países Bajos, donde vivió con una falsa identidad y se unió a la resistencia neerlandesa. Después de la guerra, se labró una reputación envidiable como psiquiatra y trató a niños judíos que regresaban de los campos de concentración. No obstante, el reconocimiento literario tardó décadas en llegarle.

Una sociedad que marcha hombro con hombro

Cientos de carreras y de vidas privadas quedaron destrozadas o, como mínimo, trastornadas, y de ninguna manera nos referimos sólo a escritores. En el contexto de una campaña cultural cada vez más amplia, los nazis apuntaron contra individuos destacados de todas las artes y las ciencias y otros campos socialmente influyentes, siendo su objetivo nada menos que la *Gleichschaltung* total, es decir, el control y la coordinación totalitarios de la cultura alemana, tanto la alta cultura como la popular, incluidos muchos aspectos de la vida cotidiana de la gente corriente.

Cuatro días antes de la quema de libros del 10 de mayo, una institución berlinesa ya había aprendido qué significaba el «sentimiento alemán sano». El Institut für Sexualwissenschaft de Magnus Hirschfeld era un centro pionero en sociología e investigación de las identidades sexuales, y representaba la vanguardia científica del clima tradicionalmente tolerante que imperaba en la capital alemana. Hirschfeld, que había asumido el riesgo

de declarar abiertamente su condición de homosexual, tenía una biblioteca de unos veinte mil volúmenes sobre todos los aspectos de la sexualidad, y una inmensa colección de fotografías, cuarenta mil entrevistas y cartas, y un importante surtido de objetos coleccionables de índole sexual, como dispositivos anticonceptivos, juguetes eróticos y fetiches. Con cuarenta empleados a jornada completa, encargados de dirigir estudios y brindar consejos, el instituto se había convertido en una meca de médicos y sociólogos, y también de homosexuales.

El 6 de mayo de 1933, unos cien estudiantes de la Hochschule für Leibesübungen (Academia de Educación Física) se reunieron en formación militar delante de la gran casa que albergaba las colecciones de Hirschfeld, e irrumpieron en el edificio al compás de música marcial muy apropiada para la ocasión. Tiraron las puertas abajo y cargaron contra todo y contra todos los que se interponían en su camino; destrozaron documentos; rompieron muebles, cuadros y otras piezas de la colección, y se llevaron todo lo que consideraron «moralmente sospechoso».

Cuando exigieron ver a Hirschfeld, los activistas nazis se enteraron de que estaba en el extranjero dando conferencias, y enfermo de malaria. Los jóvenes parecieron alegrarse de la noticia y se burlaron diciendo que esa enfermedad podía matarlo sin que ellos tuvieran que tomarse la molestia de ahorcarlo o molerlo a palos. En lugar del Hirschfeld de carne y hueso, se llevaron un busto de bronce del fundador del instituto, con el que más tarde decoraron la quema de libros en la plaza de la Ópera. Esa misma tarde, unos hombres de la SA volvieron a saquear el Instituto y se llevaron otros dos camiones con objetos de la colección de Hirschfeld, que, una vez curado de la malaria, nunca regresó a Berlín. El reputado sexólogo intentó más tarde establecer un nuevo cuartel general para el instituto, primero en París y luego en Niza, donde murió dos años después de un ataque al corazón.

Opciones existenciales

En abril de 1933, una nueva Ley para la Restauración de la Administración pública facilitó la exclusión de los ministerios, los ayuntamientos, los juzgados, el profesorado universitario y puestos de investigación, de los judíos, izquierdistas y otros empleados estatales

considerados sospechosos. En la famosa Universidad de Gotinga, que albergaba una de las mejores facultades de ciencias del país, dos terceras partes de los físicos y matemáticos fueron despedidos o tuvieron que dimitir, entre ellos los físicos Max Born y James Franck, este último premio Nobel por haber colocado, en su campo, los cimientos de la reputación de Gotinga. Born y Franck marcharon al extranjero; el primero a Cambridge, y su amigo y colega Franck a Baltimore y luego a Chicago, donde más tarde participó en el Manhattan Project para fabricar la primera bomba atómica.

No obstante, igual que los escritores de más renombre, los científicos destacados como Franck encontraron ayuda y nuevos puestos con relativa facilidad, pero los colegas más jóvenes tuvieron más dificultades. En la Universidad de Berlín, el biólogo Wilhelm Feldberg trabajaba en su laboratorio del Instituto de Fisiología cuando lo citaron al despacho del director, quien, entregándole una copia de la nueva ley, le dijo: «Es usted judío. Tiene que dejar la universidad antes de mediodía.» Feldberg, hasta entonces un apreciado miembro de la facultad, protestó diciendo que acababa de empezar una nueva serie de experimentos: «Muy bien», repuso su superior; «tiene tiempo hasta medianoche.»[5] Con treinta y dos años, Feldberg, en los inicios de su carrera, no tuvo más remedio que realizar las engorrosas gestiones para emigrar legalmente y buscar trabajo en el extranjero.

Desde Gran Bretaña, Feldberg y otros varios miles de científicos recibieron la ayuda del Academic Assistance Council de Sir William Beveridge, fundado por famosos investigadores, entre otros el físico y químico Sir Ernest Rutherford y el fisiólogo J. S. Haldane, como respuesta al «pogromo de la inteligencia» lanzado en la Alemania de Hitler. Entre los que recibieron dinero, ánimos y puestos de trabajo gracias a esta organización estuvieron los historiadores del arte Ernest Gombrich y Nikolaus Pevsner, el químico Max Perutz y el filósofo Karl Popper. En octubre de 1933, Beveridge organizó un acto de apoyo en el Albert Hall de Londres; se vendieron todas las entradas. Más de cinco mil personas asistieron para oír a Albert Einstein y otros exiliados eminentes, que hablaron en defensa de la libertad de cátedra y de la libertad intelectual y cultural.

Si bien la *Gleichschaltung* de toda la vida cultural e intelectual trastornó la vida y la carrera de algunos de los escritores y científicos más talentosos

de Alemania, también abrió puertas a otros. Los estudiantes que con tanto entusiasmo organizaron la quema de libros, y participaron en ella, fueron los siguientes en la cola a la hora de ocupar las nuevas plazas académicas vacantes, convirtiendo así las humanidades y las ciencias en un asunto puramente alemán. Por ejemplo, se llegó al extremo de intentar sentar las bases teóricas de una física y unas matemáticas alemanas ideológicamente puras, capaces de funcionar sin las aportaciones de científicos judíos. Desde su exilio en Gran Bretaña, Albert Einstein comentó al escultor Jacob Epstein que cien profesores alemanes acababan de condenar sus teorías de la relatividad, la general y la especial, y añadió: «Si yo estuviera equivocado, con un solo profesor bastaba.»

Sin embargo, no todos los amenazados dejaron la Alemania nazi, y tampoco lo hicieron todos los que tuvieron la opción de marcharse. Con setenta y dos años, Max Planck, el gran físico teórico, pensó que era sencillamente demasiado viejo para empezar una vida en otra parte; así pues, se quedó en Berlín y animó a otros científicos a que hicieran lo mismo. La lealtad de Planck para con el ahora extinto ideal prusiano se parecía a aquella en la que había vivido y trabajado durante la mayor parte de su carrera. Werner Heisenberg, figura destacada de la joven generación de físicos teóricos alemanes, también optó por continuar su carrera bajo el régimen nazi. Aún hoy sigue discutiéndose si más tarde Heisenberg ayudó al gobierno de Berlín en sus aspiraciones a tener la bomba atómica o si hizo lo contrario; en cualquier caso, su decisión fue la causa de un serio distanciamiento de muchos de sus colegas, sobre todo del danés Niels Bohr, que había sido su mentor.

Los intelectuales y científicos que, como Heisenberg, decidieron quedarse en la Alemania nazi, a menudo se aislaron en lo que el escritor Erich Kästner llamó «exilio interior», algo parecido a una Siberia del alma. A Kästner le prohibieron publicar, y su decisión de quedarse se debió, en gran parte, al deseo de su madre, a quien el escritor soltero tenía un profundo apego. Durante el nazismo, Kästner se las ingenió para escribir con diferentes seudónimos; varios de sus guiones cinematográficos lo acercaron al régimen, y más de lo que después estuvo dispuesto a admitir, pero su reputación literaria no se recuperó nunca de ese periodo de oscuridad casi total, y a pesar de que su mayor ambición era la narrativa para adultos, a la que debía su fama, llegó a ser conocido como el autor de

Emilio y los detectives y otros libros infantiles, tan populares que los nazis los eliminaron de las listas negras.

Un caso más complejo es el del gran compositor y director de orquesta Richard Strauss. Con sesenta y nueve años cuando Hitler llegó al poder, ofreció sus servicios al régimen casi en el acto, e hizo saber que nada le gustaría más que aceptar el nombramiento de presidente de la nueva Reichsmusikkammer, el cuerpo profesional del que todos los músicos estaban obligados a formar parte en el marco de la *Gleichschaltung* general de la vida cultural. Puede afirmarse rotundamente que Strauss no fue un nazi comprometido con la causa. Despreciaba a los camisas pardas y sus gustos plebeyos en materia musical; él era un cosmopolita *fin-de-siècle* y no simpatizaba con la ideología del nacionalsocialismo. Concentrado en su arte, mostraba escaso interés por la política y desdeñaba las ideas simplistas de la pureza aria. Sus dos libretistas preferidos, Hugo von Hofmannsthal y Stefan Zweig, eran de ascendencia total o parcialmente judía (un abuelo de Von Hofmannsthal era judío), igual que muchos de sus amigos e incluso su nuera.

Así y todo, para los nazis, el nombramiento del compositor más famoso de Alemania, con su innegable fama internacional, fue un gran golpe publicitario. La música clásica –tradicionalmente uno de los más eficaces vehículos de asimilación para la próspera burguesía judía desde los días de Felix Mendelssohn– contaba con una fuerte presencia judía, y el éxodo de músicos de orquesta, profesores y solistas, por no hablar de los «decadentes» compositores de música átona y músicos de jazz, había dejado un enorme vacío en la vida musical alemana, a la vez que había creado grandes oportunidades para los ambiciosos y jóvenes músicos «arios», como el director Herbert von Karajan, que en esos días aún era director musical del teatro municipal de Ulm. Karajan no tardó nada en afiliarse al Partido Nazi en 1933, una jugada táctica que pronto le reportó ventajas; en 1935 se convirtió en el director musical más joven de una gran orquesta alemana.

El régimen nazi quería contar con estrellas para mostrar al mundo que la música alemana seguía viva aun después del masivo derramamiento de sangre de la Primera Guerra Mundial. Los nacionalsocialistas tenían que demostrar que su música seguía estando donde tenía que estar, es decir, en el lugar más alto de la civilización, donde la habían colocado Beethoven y

Wagner. No obstante, las estrellas se negaron a hacer acto de presencia. Algunos eran judíos, otros de izquierda, y a algunos, como el director de orquesta Fritz Busch, el sistema sencillamente les repugnaba; todos se negaron a actuar en y para el Reich. A pesar de ello, la música alemana podía alardear de tener la gran Filarmónica de Berlín, todavía bajo la dirección del legendario (y, según se dice, políticamente ingenuo) Wilhelm Furtwängler, y de contar también con el apoyo táctico del gran maestro del Romanticismo tardío, el compositor Richard Strauss.

¿Por qué aceptó Strauss pactar con ese poder a sabiendas de que era diabólico? Es posible que lo considerase necesario para asegurarse un gran público, la aparición frecuente en los mejores teatros y colaboraciones con las mejores orquestas, cantantes y directores del mundo. La razón por la que él mismo insistió en presidir la Reichsmusikkammer debe buscarse en su deseo de proteger la música alemana y a los músicos alemanes, muchos de ellos judíos, de la peor parte de la barbarie nazi. Es posible también que los motivos fuesen varios y que Strauss aceptara de buen grado las ventajas que ese servicio público conllevaba para sus obras.

La carrera política de Strauss en la Alemania nazi fue tan breve como erróneo fue el planteamiento desde el principio. En 1935, exasperado por los libretistas «arios» que le imponían las autoridades nazis, escribió una carta apasionada a Stefan Zweig, que ya vivía en el exilio. Tal era su frustración que se permitió expresar lo que sentía sin ninguna evasiva política ni ideológica: «¿Cree de verdad que Mozart compuso conscientemente música "aria"? [...] Para mí sólo hay dos clases de personas, las que tienen talento y las que no lo tienen, y para mí el *Volk* existe únicamente a partir del momento en que pasa a ser público. Puede estar formado por chinos, por gente de la Alta Baviera, por neozelandeses o por berlineses, a mí me da igual mientras pague la entrada.» Y el compositor añadió que se mantenía en su puesto «para hacer el bien y prevenir lo peor, sencillamente por sentido del deber artístico».[6]

La Gestapo interceptó la misiva y Goebbels obligó a Strauss casi en el acto a que dimitiera como presidente de la Reichsmusikkammer «por motivos de salud»; pero, en lugar de retirarse tranquilamente a su espléndida casa de campo en Baviera, el músico apeló al mismísimo Hitler: «Confiando en su elevado sentido de la justicia, le solicito humildemente,

mein Führer, que me reciba personalmente.» A Hitler no le pareció necesario contestarle.

Si el anciano compositor había lucido el uniforme nazi al servicio del arte, el filósofo Martin Heidegger, que entonces tenía cuarenta y nueve años, se comprometió más genuinamente con la ideología nacionalsocialista. Es imposible hacer justicia en pocas frases a su sistema de pensamiento, famoso por su complejidad y tan oscuro a menudo, pero un aspecto importante de Heidegger es el deseo de liberarse de la *Uneigentlichkeit*, la falta de autenticidad del mundo moderno al que nos vemos arrojados sin haberlo elegido, y llegar al reino del auténtico ser.

Las fuentes de inspiración filosófica más importantes de Heidegger fueron los presocráticos, los primeros textos cristianos y el poeta Friedrich Hölderlin; en una palabra, nada con lo que habrían podido identificarse los teóricos del nacionalsocialismo. Sin embargo, el filósofo también pensaba que el fascismo contenía elementos de la respuesta a una de las preguntas que más lo acuciaba. Su búsqueda intelectual de autenticidad, a menudo en su célebre y aislada cabaña en los montes, parecía reflejarse en la exigencia de los nazis a un retorno a las raíces no adulteradas del pueblo, un *Volk* hecho de sangre y tierra alemanas, no manipulado por los inhumanos mecanismos de la modernidad.

No cabe duda de que el encaprichamiento del filósofo con los camisas negras, esos hombres de acción, se vio intensificado por el hecho de que su elección –se afilió al Partido Nazi en 1933– no afectó en absoluto a su carrera. Antes al contrario, ese mismo año lo nombraron rector de la Universidad de Friburgo, donde ya ocupaba una plaza de profesor titular. En el hoy ya célebre discurso que pronunció con motivo de la toma de posesión de su cargo, se refirió a «la marcha que nuestro pueblo ha iniciado hacia su historia futura» y al «poder de la conservación profunda de las fuerzas de la tierra y de la sangre».[7]

Un mes más tarde, en junio de 1933, Heidegger declaró ante una organización estudiantil que la investigación alemana no debía rendirse al cosmopolitismo liberal: «Tenemos que luchar contra esa tendencia en el espíritu del nacionalsocialismo, que no debe verse sofocado por ideas cristianas y humanizadoras.» En la nueva universidad, estudiar volvería a ser «un acto osado, no un refugio para cobardes. Los que no consigan imponerse en el combate quedarán tendidos en la tierra... porque la lucha

será larga. Se combatirá con las fuerzas del nuevo Reich, el que creará el canciller Hitler. La generación que libre esa batalla será fuerte».[8]

Heidegger aspiraba nada menos que a reorganizar el sistema universitario alemán convirtiéndolo en una serie de campos de entrenamiento para los futuros líderes de un pueblo obediente que acataría a ciegas a su propio y gran Führer; pero las relaciones con los dirigentes del partido no tardaron mucho en agriarse. Los nazis habían buscado más que nada una figura decorativa, no un reformista que metía las narices en todo y que tenía demasiadas ideas y una irritante tendencia a decir lo que pensaba empleando neologismos incomprensibles y frases subordinadas interminables. El entusiasmo de Heidegger era filosófico, pero él no era un fanático del nazismo. Nombrado rector apenas dos días antes de la gran quema de libros del 10 de mayo, Heidegger prohibió que en Friburgo se llevara a cabo ningún acto parecido. En ese sentido, fue una de las pocas autoridades universitarias que lo hizo, aunque cabe añadir que su decisión no tuvo consecuencias, pues el día previsto para el acto llovía con fuerza en Friburgo. Y si bien se opuso a la «Acción contra el espíritu antialemán», el filósofo y rector no vaciló a la hora de apoyar al régimen de otras maneras, pues bloqueó el nombramiento de académicos que, en su opinión, no eran ideológicamente fiables.

Sólo tuvo que pasar un año para que Heidegger renunciara y volviera a su cabaña. Más tarde, él mismo reconoció sentirse avergonzado por ese episodio, y afirmó que se debió a un error de juicio de carácter temporal y que en adelante adoptaría una postura de «resistencia intelectual». Sin embargo, durante una visita a Italia lució una esvástica en la pechera y se le oyó despacharse a gusto sobre la profunda verdad del nacionalsocialismo incluso poco antes de que estallara la guerra. En un lenguaje filosófico nada claro, vacilaba y hacía afirmaciones oraculares que podían interpretarse, según el caso, como afines o como críticas a los nuevos gobernantes alemanes.

La cobardía moral de Heidegger decepcionó profundamente a una de sus estudiantes más talentosas –y ex amante–: Hannah Arendt. Tras cartearse con su profesor incluso después de terminada la relación, dejó de escribirle por completo en 1933 y se dedicó a ayudar a los refugiados judíos como ella. Más tarde la arrestó la Gestapo, que la interrogó durante varios días. No es seguro que Heidegger se enterase del incidente; en cualquier caso, no

intervino en favor de Arendt en ningún momento mientras ella se preparaba para emigrar, primero a París y luego a Palestina.

El doctor Croce vuelve a casa

Martin Heidegger fue sólo uno de las decenas de intelectuales y artistas que al principio sintieron que el fascismo podía ser una respuesta a los problemas aparentemente irresolubles de una época carente de fuerte liderazgo político, sin valores ni perspectivas creíbles, y que se debatía al borde del abismo económico. La erosión de los valores y la evidente falta de alternativa a la lucha maniquea entre el comunismo y el fascismo preocupaban a muchos grandes intelectuales de la época. Otro filósofo de un país fascista, al principio esperanzado con la idea de que un líder fuerte cambiara las cosas para bien y que decidió no emigrar siquiera cuando la situación se volvió crítica, fue el italiano Benedetto Croce, que llegó a una conclusión muy distinta de la de Heidegger.

Croce, que en 1933 tenía sesenta y siete años, fue una figura singular en varios aspectos. A los diecisiete años, cuando un terremoto destruyó la casa familiar, perdió a sus padres y a su única hermana, y él mismo pasó largas horas enterrado bajo los escombros. Es posible que esa ausencia de fuertes lazos personales contribuyera a crear en él una sensación de autonomía, pues Croce también rompió otros vínculos, especialmente los que lo unían con la Iglesia católica. Con una fortuna heredada, no se interesó por hacer carrera en la universidad y prefirió dedicarse a proyectos filosóficos en su casa de Nápoles.

Su fuerte sentido del deber cívico lo llevó a abandonar temporalmente sus investigaciones para dedicarse a la política. Senador en Roma, se hizo impopular por oponerse a la entrada de Italia en la Primera Guerra Mundial, y después, como ministro de Educación de 1920 a 1921, quiso llevar a cabo la reforma del sistema educativo del país, vetusto y dominado por la Iglesia. Durante el caos de la posguerra, empezó a considerar que los fascistas de Mussolini eran la única fuerza capaz de restaurar cierto grado de orden en el país, aunque desde el principio declaró, sin dejar lugar a dudas, que el fascismo «no puede y no debe ser más que una fase pasajera en el camino hacia la restauración de un sistema estrictamente liberal».[9]

El momento decisivo de ese coqueteo con el fascismo tuvo lugar en 1924, con el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti. Tras pronunciar algunos valerosos discursos contra el ascenso del fascismo en la Cámara de Diputados, Matteotti fue secuestrado y apuñalado varias veces con un punzón de carpintero. Sus asesinos, cinco fascistas muy conocidos, recibieron penas leves, y Víctor Manuel III, un rey muy acomodaticio, tardó muy poco en indultarlos. Croce, que aún era senador liberal, se disgustó y dio la espalda a sus antiguos aliados, incluido su íntimo amigo Giovanni Gentile, un filósofo con el que había trabajado y que se había puesto del lado de Mussolini. Croce volvió a Nápoles, y a partir de entonces se negó a tener nada que ver con la política.

En 1925, cuando Gentile publicó el Manifiesto de los intelectuales fascistas –que firmaron, entre otros, el escritor y político Gabriele d'Annunzio, el escritor y diplomático Curzio Malaparte, el fundador del movimiento futurista Filippo Tommaso Marinetti, y el gran dramaturgo siciliano Luigi Pirandello–, Croce redactó un contramanifiesto en el que repudiaba el fascismo en nombre de la humanidad: «No podemos simpatizar con esta "religión" caótica y esquiva y abandonar nuestra vieja fe, la fe que durante dos siglos y medio ha sido el alma de Italia y que volvió a surgir de la Italia moderna, una fe hecha de amor a la verdad, de anhelo de justicia, de un sentido humano generoso y cívico, del fervor por la educación intelectual y moral y un compromiso con la libertad y la fuerza, y que es la garante de todo el progreso.»[10]

Croce, que a esas alturas condenaba abiertamente el fascismo como «enfermedad moral», era demasiado famoso para ser asesinado, pero el Estado tenía otros medios para hacerlo callar. Durante los más de veinte años de Mussolini en el poder no se publicaron libros de Croce, y tampoco se mencionó su nombre en publicaciones de carácter académico o general. Los fascistas «registraron» su casa de Nápoles, lugar de encuentro de intelectuales disidentes de todo el país, y crearon en su biblioteca todo el caos y la destrucción posibles. Pero el filósofo no se dejaba intimidar. Cuando el Duce se embarcó en la sangrienta invasión de Abisinia, el senador vitalicio devolvió de inmediato la medalla que era la insignia de su cargo.

Es verdad, por supuesto, que Italia no era Alemania, donde desde el principio el régimen estuvo perfectamente organizado y fue mucho más

sanguinario. Allí, la oposición al nazismo estuvo mucho más circunscrita; ninguna figura pública en Alemania podría haber publicado y firmado un manifiesto contra el fascismo y sobrevivir. A falta de un heroísmo absoluto, la negativa a participar siguió siendo la única alternativa moral de los que no deseaban emigrar. No obstante, la postura de Croce demostró claramente que era posible mantener la integridad intelectual.

Hitler y Hollywood

El alcance de la influencia cultural nazi fue más amplio de lo esperado, también más allá de las fronteras alemanas. Como ha documentado el historiador Ben Urwand en *The Collaboration* (2013), dicha influencia se reflejó en la producción de muchas películas de Hollywood, y en parte llegó a controlarla, y también en los guiones.

Es bien conocida la historia del exilio de grandes directores y actores de lengua alemana –Billy Wilder, Erich von Stroheim, Marlene Dietrich, Hedy Lamarr, Paul Henreid, Ernst Lubitsch y Fritz Lang, entre otros–, así como la célebre afición del Führer a las comedias ligeras rodadas al otro lado del Atlántico. Al parecer, nada le gustaba más que descansar de su sobrehumana misión histórica viendo películas de Laurel y Hardy, Mickey Mouse o Greta Garbo..., aunque se sabe que su límite de tolerancia era Tarzán, la versión hollywoodense de un superhombre primitivo.

Así y todo, siempre se ha subestimado la magnitud de la cooperación entre los grandes estudios y el gobierno de Berlín antes de la Segunda Guerra Mundial. No dispuestos a perder el rentable mercado alemán, que se había abierto a las producciones de Hollywood después del estrepitoso fracaso comercial de *Metrópolis*, de Fritz Lang, los jefes de los estudios decidieron hacer un favor especial a Georg Gyssling, vicecónsul del Reich en Los Ángeles, invitándolo a visionar los filmes en pases privados antes de que se estrenasen y a sugerir cortes y cambios a discreción; de ese modo concedieron al gobierno nazi un derecho de veto sobre la producción de la floreciente industria cinematográfica de Hollywood.

No es de extrañar que a los propagandistas de Berlín les encantaran películas como *El despertar de una nación* (1933), *Rebelión a bordo* y *Tres lanceros bengalíes* (ambas de 1935), que, en una clave de aventuras y

humor que sólo Hollywood podía producir, hablaban de la necesidad de contar con un gran líder. En cambio, Gyssling y los ejecutivos de los estudios descartaron discretamente las películas que criticaban a los nazis, como *The Mad Dog of Europe,* un proyecto de Herman Mankiewicz de 1933, o *It Can't Happen Here*, con guión de Sidney Howard según una novela de Sinclair Lewis. En el caso de *It Can't Happen Here*, fue Will Hays –el perro guardián de Hollywood, primer presidente de la Asociación de Productores y Distribuidores de Cine de los Estados Unidos y padre del tristemente célebre «Código Hays», la Biblia de la censura norteamericana– quien, siempre preocupado por la decencia y el buen gusto, notificó a Louis B. Mayer, jefe de los estudios MGM y judío, que la película podía no gustar a «ciertos gobiernos extranjeros». Mayer captó la indirecta y el guión nunca se rodó.

Fueron dos películas en concreto las que sirvieron de marco a la colaboración transatlántica, y una de ellas fue incluso anterior el ascenso de los nazis al poder. *Sin novedad en el frente,* filmada en Hollywood en 1930, tuvo un estreno agitado en Alemania. A manera de reacción, el cineasta pionero Carl Laemmle, emigrado alemán también judío, aceptó cortes importantes con vistas a facilitar un reestreno potencialmente lucrativo en su país natal.

Plegándose descaradamente a la propaganda nazi, 20th Century Fox produjo en 1934 *La casa de Rothschild*, película en la que se caricaturiza al jefe de la célebre familia europea como un hombre tacaño y ávido de poder que podría haber salido directamente de *Los protocolos de los sabios de Sión,* el apócrifo antisemita por antonomasia. Tan eficaz fue a la hora de conseguir su objetivo, que los nazis la emplearon como inspiración directa para su famoso filme propagandístico *Der ewige Jude* («El judío eterno», 1940), otra vuelta de tuerca sobre el personaje medieval del judío errante. No obstante, la producción de Hollywood preocupó tanto a los funcionarios de la American Jewish Anti-Defamation League, que convencieron a los ejecutivos del estudio para que, en el futuro, se abstuvieran de incluir en sus producciones personajes con rasgos abiertamente judíos. Como consecuencia no intencionada, durante el resto de la década de 1930 la persecución de los judíos y su desesperada situación en Europa quedaron prácticamente excluidas de las producciones de Hollywood, y no sólo de las

que se estrenaron en Alemania, sino también de las distribuidas por todo el mundo, desde Idaho hasta Shanghái.

Poesía fatal

La propaganda cultural y la opresión de las manifestaciones culturales también caracterizaron a la Unión Soviética, otra gran potencia totalitaria de la época. Tras el gran auge creativo de la década de 1920, supervisado por Anatoli Lunacharski, el primer comisario del pueblo para instrucción, el gobierno de Stalin puso punto final a casi toda la experimentación y todas las libertades artísticas, y «estilizó» sin miramientos la producción cultural de una manera muy similar a la que se orquestó mediante la *Gleichschaltung* de los nazis: «El proletariado soviético tiene que promover el principio de literatura del partido», había exigido Lenin ya en 1905. Siendo tan difícil de controlar la energía del constructivismo, el suprematismo y otros movimientos artísticos modernos, en 1929 la jerarquía soviética decidió dejar bien clara su autoridad. En adelante, la libertad creativa se ajustaría a la definición del novelista Mijaíl Shólojov, ganador del Premio Stalin y del Nobel de Literatura (1965). «Escribo según me lo pide el corazón», dijo Shólojov, «y mi corazón pertenece al Partido.»[11]

La mayor parte de los escritores que se negaron a enrolarse en las filas del realismo socialista, rechazando sus interminables panegíricos del heroísmo proletario y los himnos al Camarada y Primer Secretario Stalin, Conductor de la Locomotora de la Historia, acabaron rápidamente silenciados. El poeta futurista y dramaturgo Vladímir Maiakovski –el muchacho de los carteles del arte revolucionario, que más tarde padeció el recrudecimiento de la censura y la cada vez más laberíntica burocracia cultural– se suicidó en 1930. A principios de la década de 1930, los que se oponían al régimen, como el escritor Isaac Bábel y la poeta Anna Ajmátova, tropezaron con la prohibición de publicar sus obras; más tarde, a Bábel lo ejecutaron por presunto espía.

El poeta Ósip Mandelstam: fotografía del NKVD.
Fotografía del NKVD. Getty Images

Mijaíl Bulgákov, novelista y dramaturgo nacido en Kiev, prefirió escribir en secreto su gran novela *El maestro y Margarita* mientras presentaba obras teatrales políticamente aceptables. Para escapar de la peligrosa etiqueta de «reaccionario burgués», Borís Pasternak se vio obligado a introducir cambios radicales en el estilo de su poesía y su prosa. Los arrestos, los interrogatorios y las sentencias arbitrarias podían sorprender a cualquiera en cualquier momento. Sólo Maksim Gorki poseía el rango de escritor y figura política icónica que impedía que Stalin lo tocara..., al menos no abiertamente. Siempre crítico con el régimen, y defensor, a menudo, de otros escritores, Gorki murió en circunstancias poco claras en 1936; se cree que pudo ser asesinado por orden de Stalin.

Es imposible no citar aquí a un escritor temerario y valiente que sí intentó expresar su indignación y pagó ese coraje con su vida. Hacia finales de 1933, el poeta Ósip Mandelstam, que entonces tenía cuarenta y dos años, escribió una composición breve titulada –en alusión a los orígenes de Stalin, nacido en el Cáucaso, Georgia– «El montañés del Kremlin», que más tarde se hizo célebre con el título «El epigrama contra Stalin». En esos

versos, Mandelstam expresa lo poco agradable que le resultaba el «Ingeniero de las Almas Humanas»:

> Sus dedos gordos parecen grasientos gusanos,
> como pesas certeras las palabras de su boca caen.
>
> Aletea la risa bajo sus bigotes de cucaracha
> y relucen brillantes las cañas de sus botas.
>
> Una chusma de jefes de cuellos flacos lo rodea,
> infrahombres con los que él se divierte y juega.
>
> Uno silba, otro maúlla, otro gime,
> sólo él parlotea y dictamina.
>
> Forja ucase tras ucase como herraduras,
> a uno en la ingle golpea, a otro en la frente, en el ojo, en la ceja.
>
> Y cada ejecución es un bendito don
> que regocija el ancho pecho del Osseta.[12*]

Mandelstam sólo leyó el poema a amigos íntimos de ideología afín a la suya, como Borís Pasternak, pero éste, aunque afirmó inmediatamente no haber oído nada y que Mandelstam no había recitado nada, advirtió que en la Rusia de Stalin hasta las ramas de los árboles oían. Y tenía razón. A Mandelstam lo arrestaron en virtud de una orden emitida por Guénrij Yagoda, el jefe del NKVD, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos. Cuando lo interrogaron, Pasternak trató de salir en defensa de Mandelstam, para lo cual apeló a Nikolái Bujarin, editor del prestigioso diario *Izvestia* y uno de los pocos altos funcionarios que simpatizaba con los intelectuales disidentes.

Pasternak esperaba que Bujarin planteara la cuestión al más alto nivel. Unos días después, sonó el teléfono en su apartamento y una voz le comunicó que «el camarada Stalin quiere hablar con usted». Al cabo de una breve pausa, otra voz, y el poeta tomó conciencia de que, en efecto, estaba hablando con Stalin, que procedió a preguntarle qué se decía sobre él y

Mandelstam en los círculos literarios. Muerto de miedo, Pasternak intentó distanciarse de su amigo y colega diciendo que, por todo lo que sabía, ya no había círculos literarios en Rusia, que las opiniones poéticas de Mandelstam diferían mucho de las suyas y que nadie estaba comentando absolutamente nada sobre el poema hostil al primer secretario. Stalin lo escuchó sin decir nada. Cuando Pasternak pareció vacilar y calló, Stalin dijo simplemente: «Comprendo. Es usted incapaz de salir en defensa de un camarada», y colgó.[13]

A pesar de la angustiada afirmación de Pasternak, aún quedaban algunos círculos literarios en la capital, y al arresto de Mandelstam siguieron rápidas y enérgicas medidas contra los miembros de dichos círculos. Al poeta lo desterraron, junto con su esposa, a la provinciana ciudad de Cherdyn, en el norte de los Urales; casi todo el mundo vio su destino como un extraordinario golpe de suerte, explicable únicamente como indulgencia por parte de Stalin. A otros no les fue tan bien. Su leal amiga Anna Ajmátova también había estado presente en la lectura del poema de Mandelstam. En 1921, los bolcheviques habían ejecutado al primer marido de Ajmátova; ahora, su marido por lo civil, el historiador del arte Nikolái Punin, y su hijo de veintiún años, Lev, también fueron arrestados y acusados de actividades contrarrevolucionarias. Al final liberaron a los dos, pero más tarde volvieron a arrestarlos; Lev sobrevivió, pero Punin murió en el gulag.

Con vistas a canalizar y dirigir el rumbo de la literatura soviética, en 1932 las autoridades crearon el equivalente local de la *Reichsschrifttumskammer* (la Asociación Profesional de Escritores del Reich), a saber, la Soiuz Pisátelei SSSR, o Unión de Escritores de la Unión Soviética, presidida por Maksim Gorki. En el sofocante agosto de 1934, la organización celebró un congreso de escritores al que también estuvieron invitados autores extranjeros conocidos por sus simpatías con el comunismo; entre otros, el poeta expresionista alemán Johannes Becher y hombres de letras franceses como André Malraux, Paul Nizan y Louis Aragon. Otro invitado, Klaus Mann, escribió muy entusiasmado: «El Congreso de escritores es una prueba de la conexión vital que existe aquí entre el productor literario y sus clientes, los lectores, entre el escritor y el público, entre la literatura y el pueblo. [...] La gran hazaña del nuevo orden social [...] crea un clima de enorme optimismo entre los escritores rusos.»[14]

Vista desde nuestros días, la ingenuidad de Klaus Mann resulta crispante,

pero no fue el único que reaccionó con tanto entusiasmo; por otra parte, su actitud también debe contextualizarse tomando en cuenta el «pogromo de la inteligencia» alemán, que había tenido lugar apenas un año antes. Las autoridades soviéticas se ocuparon de no limitar la libertad de expresión de los invitados extranjeros, y muchos autores que habían tenido que huir de su país dejando atrás su modus vivendi creyeron haber encontrado en la Unión Soviética un paraíso literario, tal como queda patente en el discurso que pronunció Willi Bredel, escritor realista alemán y ex presidente de la Akademie der Künste de Berlín, que unos meses antes había llegado a Moscú tras escapar de un campo de concentración alemán: «Os traigo cálidos y fraternales saludos de los antifascistas hoy encerrados en los campos de concentración y las prisiones de Alemania. [...] No descansaremos hasta que veamos caer el fascismo, y Alemania pertenezca al pueblo trabajador; no descansaremos hasta que el obrero alemán, heredero de la filosofía y la literatura clásicas, vuelva a convertir a Alemania en una gran nación de las ciencias y las artes, un pueblo de poetas y pensadores.»[15]

1934: GRACIAS, JEEVES

> Me sentía un tanto trastornado. Nada importante, en realidad, pero de todos modos sí un poquitín preocupado. Sentado en mi apartamento, acariciando distraídamente las cuerdas de mi banjo, instrumento al que en los últimos tiempos me había aficionado considerablemente, nadie hubiera podido decir que mi entrecejo estuviera lo que se dice fruncido y, sin embargo, por otra parte nadie hubiera podido afirmar categóricamente que no lo estuviera. Cabe que la palabra «meditabundo» sea más o menos la apropiada, pues me parecía que acababa de surgir una situación pletórica de embarazosas potencialidades.
>
> –¿Sabe una cosa, Jeeves? –pregunté.
>
> –No, señor.
>
> P. G. WODEHOUSE,
> ¡*Gracias, Jeeves*!, 1934*

Una vez más, Bertie Wooster estaba metido en un lío. Nada especialmente digno de mención tratándose de un tontaina encantador de clase alta con cierta propensión cíclica a quedarse sin un penique, consecuencia natural de beber demasiado y pensar demasiado poco. Pero, afortunadamente para él, ahí estaba Jeeves, el sobrehumano, el mayordomo siempre disponible y con un consejo discreto a mano, una información crucial y un menjunje hecho a propósito para quitar la resaca.

¡*Gracias, Jeeves*!, de P. G. Wodehouse, la primera novela larga con Bertie Wooster como protagonista, se publicó en marzo de 1934. El propio autor llamaba a sus novelas, muy atinadamente, «comedias musicales sin música». Los excéntricos de ficción que poblaban sus obras lo habían hecho

rico, y tan rico, que el creador de personajes típicamente británicos como Bertie, con sus temi-

Es posible que fuese esa prolongada ausencia de Gran Bretaña lo que convirtió los libros de Wodehouse en perfectas cápsulas de tiempo, pues, a pesar de que el autor siguió escribiendo hasta la década de 1970, el mundo social y emocional de sus personajes estaba firmemente anclado en la década de 1920. Wodehouse había pasado la infancia en una serie de internados ingleses; allí lo había «depositado» su padre, un juez que trabajaba en el extranjero, en el servicio colonial.

En la levedad del universo de Bertie Wooster reside el secreto de la popularidad de los cuentos y las novelas de Wodehouse, que salían de su máquina de escribir a una velocidad prodigiosa. Era una época ávida de comedias musicales, con o sin música. Pocas otras cosas de las que reírse había en Gran Bretaña a mediados de la década de 1930. En plena Gran Depresión, la vida no había sido tan sombría para muchos británicos desde los tiempos de la reina Victoria.

Una realidad diferente

Gran Bretaña había financiado la guerra liquidando las inversiones extranjeras, subiendo los impuestos y pidiendo préstamos; con un triste resultado: la deuda del país se multiplicó por doce hasta alcanzar los 8.000 millones de libras (634.000 millones de hoy), lo que a su vez había forzado al gobierno conservador, encabezado por el primer ministro Stanley Baldwin, a volver a subir los impuestos para poder pagar la deuda. En 1929, el electorado reaccionó votando a los laboristas de Ramsay MacDonald.

Tradicionalmente muy orientada hacia las exportaciones, la economía británica se vio tremendamente afectada por la interrupción del comercio internacional que había provocado la Gran Guerra, y también por la destrucción de casi el 40 % de su flota mercante, blanco de los submarinos alemanes, y la debilidad general del mercado mundial después de 1918. Las industrias pesadas, como el carbón y el acero, y también gran parte del sector manufacturero, sobre todo los productos del algodón, que antes de la guerra habían vestido a medio mundo, funcionaban en gran parte con métodos y maquinaria anticuados. Incluso antes de la guerra, Alemania y

los Estados Unidos habían superado a Gran Bretaña en nuevos sectores industriales, como los productos químicos, la maquinaria eléctrica y las herramientas de precisión.

En muchos aspectos, la guerra había acelerado una crisis que venía anunciándose desde mucho antes de 1914, con una Gran Bretaña dependiente de los mercados cautivos de su imperio para apoyar a industrias nacionales cada vez menos competitivas en la escena internacional. No obstante, seguía siendo una gran potencia que aún podía alardear de una posición envidiable en la escena mundial, si bien el bajón de la demanda en la posguerra acabó hundiendo poco a poco la economía británica. En 1930, la producción textil, que antes había representado casi la mitad de todas las exportaciones, se redujo en dos tercios; la construcción naval, tradicionalmente el motor económico de la región de Tyne y Clyde, había caído al 7 % del nivel anterior a la guerra, y la producción de carbón había disminuido el 20 %. Hasta la prestigiosa naviera Cunard tenía problemas; el 10 de diciembre de 1931 había aparecido en las puertas del astillero de John Brown, donde se estaba construyendo el ultimo transatlántico, un aviso que decía sencillamente: «Hoy al mediodía todos los empleados dejarán de prestar sus servicios.» Y así perdieron su puesto de trabajo tres mil hombres, y otros diez mil empleos indirectos resultaron afectados. Para muchos, la que había sido la gran fábrica del mundo empezaba a parecerse a un albergue para pobres.

Esquiroles en Rhondda, Gales.
AKG Images

Las ciudades mineras estuvieron entre las más perjudicadas. En Gales y en el norte de Inglaterra, las minas y las empresas que las abastecían eran prácticamente los únicos empleadores locales, y juntas habían sido la base de una cultura obrera orgullosa y muy particular. Las exportaciones de carbón, que en 1913 habían alcanzado los 287 millones de toneladas, se habían reducido a 40 millones, es decir, una disminución del 86 %. Ciudades enteras parecieron desaparecer envueltas en un silencio de ultratumba; el humo negro de las minas ya no teñía el cielo de la región; casas y rostros, antes siempre tiznados, se veían ahora limpios de la mugre que lo había cubierto todo... Todo desacostumbradamente limpio, pero hundido en la miseria. Cientos de miles de mineros se vieron obligados a trabajar solamente tres o cuatro días por semana, y el magro salario que antes apenas había bastado para mantenerse a flote, se situaba ahora por debajo del nivel de subsistencia. En muchas zonas de Gran Bretaña dormían los muelles, las minas y las fábricas, y la maquinaria se herrumbraba en medio de un silencio más propio de un cementerio.

Un viaje a través de la decadencia

No es de extrañar, pues, que quienes se lo podían permitir buscaran algunas distracciones. Así y todo, otro libro publicado en 1934 describía esa Gran Bretaña desesperada, muy distinta de la de Wodehouse y sus encantadoras diversiones. En 1933, el periodista y ensayista J. B. Priestley había recorrido el país en autobús, y registró sus impresiones en *English Journey*, un libro que pronto sería famoso. Gracias a esas expediciones desde el próspero sur hasta el norte destrozado por la crisis, Priestley pudo pintar un vívido cuadro de las enormes desigualdades entre unas zonas en las que se vivía con holgura y otras que podrían haberse encontrado perfectamente en otro país.

El primer encuentro del autor, en un autobús que había salido de Londres, refleja a la perfección el triste panorama que tendría ocasión de contemplar a lo largo de todo el viaje, consecuencia del crac de Wall Street en 1929. Uno de sus compañeros de viaje era «un tipo delgaducho, de entre cuarenta y cincuenta años, con nariz puntiaguda, bigote bien cuidado, gafas sin montura y una de esas frentes enormes en las que hay espacio de sobra para el cerebro de un Einstein y que con tanta frecuencia parecen no decir nada». Ese hombre había montado un negocio poco antes del crac, y le había ido mal:

> «Salones de té.» Y señaló uno por el que pasábamos delante en ese momento. «Lo intenté. Mi mujer estaba muy entusiasmada. En Kent. Bien ubicado, además, en una calle principal. Y bien bonito que lo pusimos, muy bonito, sí, señor. Le pusimos Chaucer Pilgrims, ya sabe, por Chaucer, el escritor. A la antigua, estilo Tudor. Vigas negras, esas cosas. Pero no era rentable. A mí no me habría importado, pero mi mujer... Si me pregunta por qué fracasó, diría que fue la crisis en los Estados Unidos. Estaba en el camino que lleva a Canterbury, ya sabe, los peregrinos de Chaucer, pero los turistas norteamericanos no llegaban. Jamás volvería a tener un salón de té, ni aunque me lo regalasen.»[1]

A pesar de esa empresa fallida, el autor señala que el sur de Inglaterra seguía siendo un lugar verde y agradable. En Southampton encontró las aceras «repletas de personas sonrientes y con buen aspecto, mujeres en su mayoría, y la calle comercial no parecía precisamente muerta. [...] Al principio me sentí como alguien que se había colado en un cuento de hadas del comercio. Las personas que se abrían paso dándome empujones [...]

parecían todas bien alimentadas, vestían ropas decentes y se las veía animadas, alegres casi. El sol sonreía por encima de ellos, y yo hice lo mismo.»[2] Desde Southampton, Priestley viajó a Bath y luego a Bristol, «una ciudad muy bonita. Hacen bien sintiéndose orgullosos de ella».

Subiendo a través de los Cotswolds y sus pueblos pintorescos, con sus casas solariegas y su riqueza histórica, el viajero se sintió en condiciones de decir que Inglaterra era un país próspero, incluso para los que ocupaban los peldaños más bajos de la escala social: «A los hombres del lugar no les pagan bien, pero pueden vivir de su salario. La gente parecía sentirse a gusto allí, y al instante se advertía que los niños tenían un aspecto saludable.»[3] Priestley también visitó algunas fábricas y apuntó sus impresiones y conversaciones; presenció en directo la fabricación de coches, autobuses y máquinas de escribir, y también la producción de malvaviscos de chocolate en una tierra orgullosa de su manufactura y su comercio.

De Birmingham, el viaje lo llevó al Black Country y las «metálicas Midlands», donde las cosas empezaron a cambiar. «Descendí a la extensa hondonada humeante y la vi convertirse en una interminable sucesión de talleres, en hileras de casas mugrientas, de pubs y salas de cine, de patios atestados de metal oxidado y grandes parcelas baldías.»[4]

En las ciudades industriales de las Midlands, Priestley empezó a ver más pruebas de la pobreza y se internó en un mundo casi dickensiano. Por ejemplo, fue a una feria bastante desangelada a ver una atracción que presentaban como la mujer más fea del mundo, y en Liverpool visitó «la parroquia más estrambótica de Inglaterra», donde un sacerdote se había asignado la misión de cuidar de los hijos de las prostitutas que trabajaban en el puerto, muchas de ellas procedentes de las colonias británicas, o que, si eran inglesas, ya habían ejercido su oficio en el extranjero. La mayoría de esas madres había abandonado a los niños. «Rostros que habían brillado durante una breve temporada en los burdeles de la época victoriana y que ahora nos observaban y nos decían cosas apenas comprensibles. Hasta allí habían llegado Port Said y Bombay, Zanzíbar y Hong Kong. Los bebés contaban la historia de una manera bastante sencilla. Eran de todos los colores, y por sus ojos curiosos asomaban Asia y África.»[5]

El viajero llegó a Blackpool fuera de la temporada de vacaciones y encontró una ciudad fantasma: «Tras quedar olvidada una o dos semanas en

ese clima atlántico, poco le quedaba de su esplendor. Se habían ido todos, los timadores, las videntes, los cómicos, los buhoneros, los camareros y los vendedores de pirulís de menta y de piña. Alguien presentaba, acompañado por un piano y un saxofón, las "Canciones del verano".»[6]

En Blackburn se anunciaba una realidad diferente y más sombría. El comercio del algodón, tan próspero en tiempos, se encontraba en un completo punto muerto. «Aquí es posible tener una fábrica sin pagar alquiler si uno está dispuesto a hacerla funcionar. [...] Nadie tiene dinero ya para comprar fábricas, y tampoco para alquilarlas o hacerlas producir. Hace años ya que toda esta región viene deslizándose hacia la quiebra total.»

Las historias de hombres que habían tenido que echar el cierre a su empresa eran incontables. «Oí hablar de alguien que había sido un barón del algodón al que hace poco vieron recoger colillas en la calle. Otro era un conductor de autobuses; otro tenía un puesto en el mercado al aire libre; otro es barman», escribió Priestley. Una mujer se quejaba de la transformación que estaba experimentando el paisaje: «Es espantoso. No tienen trabajo. A duras penas he reconocido este lugar. No va quedando nada. El carbón ya no sirve porque casi todas las fábricas han cerrado. En los edificios de ladrillo y piedra empiezan a aparecer grietas.»[7]

Así pues, Priestley describió una Gran Bretaña brutal hecha de barriadas miserables y ruinas industriales, de fábricas abandonadas y niños famélicos. Un combate de boxeo en Newcastle servía de diversión a los hombres en paro, y también era una oportunidad muy esperada para los que tenían coraje suficiente para subirse al ring y ganarse unos chelines. «Mucha sangre por todos lados, en parte porque la mayoría de los boxeadores eran novatos que daban puñetazos a diestro y siniestro y que también sangraban con facilidad. [...] Al público no parecía importarle. Tenían sed de sangre. [...] "Eeeh cabr...", gritaban encantados cuando uno de esos guantes manchados asestaba un buen par de golpes. [...] Era muy feo contemplar ese espectáculo, rozaba lo indescriptible.»[8]

Cuando Priestley llegó a Jarrow, en el condado de Durham, donde el 80% de la población activa se encontraba en paro, reconoció que estaba contemplando el abismo social: «En Jarrow no hay manera de escapar de esa miseria que lo invade todo, pues es una ciudad de clase trabajadora al ciento por ciento. Una calleja puede ser bastante más horrible que otra, pero al forastero todas le parecen iguales. Una de cada dos tiendas parece estar

cerrada definitivamente. Fuéramos donde fuésemos veíamos hombres sin nada que hacer, y no digo diez ni veinte, sino cientos y miles. Toda la ciudad daba la impresión de estar viviendo un Sabbat interminable y deprimente, nadie tenía un penique. Los hombres llevaban dibujada en la cara la máscara de los prisioneros de guerra.»[9]

Los cascos de los barcos «se herrumbraban uno detrás de otro», pues los inversores habían abandonado los astilleros o habían quebrado. Las minas de los pueblos de los alrededores ofrecían poco trabajo, y lo que se pagaba no alcanzaba para vivir; los hombres estaban tan desesperados que hasta se pasaban por alto las normas de seguridad más básicas. «Durante los cinco años anteriores a 1931, más de cinco mil personas murieron en la industria minera, y el número de heridos superó los ochenta mil. Las mujeres de un pueblo minero siguen viviendo en el mismo clima de angustia que había imperado en los años de la guerra.»[10]

La vida sin trabajo era dura e implacable, y no golpeaba únicamente a las industrias vulnerables del norte. Max Cohen, un desocupado, lo sabía todo acerca de «la hastiante perspectiva de no tener un penique». Sin trabajo, no tardó en descubrir que sus días empezaban a girar en torno a la búsqueda de la siguiente comida.

> La vida empezó a dividirse en dos periodos más o menos rígidos. [...] Por ejemplo, el viernes..., el día que, después de esperar con impaciencia en la oficina de empleo, recibía esos catorce chelines que para mí eran la vida. Tras pagar los seis chelines y seis peniques del alquiler semanal, podía, con mucho cuidado y discernimiento, vivir de un modo más o menos normal la primera mitad de la semana. Está claro que no podía gastar nada en ropa nueva, ni en lujos menores de ninguna clase, por insignificantes que fuesen. A partir del martes, bancarrota. [...] Ni un penique, y así, en cierto sentido, nada por que preocuparme. [...] Vivía de las sobras que hubiesen quedado de lo que había comprado al principio de la semana..., pan seco y trocitos de queso que no sabían a nada. Era lo único que necesitaba para apretarme aún más el cinturón, ignorar el dolor de mi estómago vacío y estar sin hacer nada hasta que llegaran otra vez el viernes y el alivio.[11]

Con un poco de suerte, un joven hábil y formado podía esperar volver a encontrar un trabajo en algún momento; pero para los atrapados en la pobreza real parecía no haber salida. En el East End de Londres aún había viviendas míseras, dickensianas; era una parte de la ciudad que un funcionario público describió como «tan desconocida para nosotros como las islas Trobriand».[12] La escasez de vivienda era tan grave que, en 1931,

una tercera parte de la población de Londres vivía junto con más de tres personas en una habitación; sólo el 37 % de las familias podía permitirse una casa o un apartamento no compartidos.

Un dandy sueña con la dictadura

Para el gobierno británico, la década de 1930 fue una época de crisis perpetua. Con 2,5 millones de desempleados en 1930, se temía realmente una revolución, y la penuria también afectó al gobierno: Ramsay MacDonald, primer ministro laborista del gobierno de coalición e hijo ilegítimo de una criada de una granja escocesa, se vio obligado a usar los comedores oficiales del 10 de Downing Street, pues no podía permitirse pagar el carbón necesario para caldear su apartamento.

MacDonald intentó contener la emergencia y ayudar a los que soportaban la peor parte de la crisis. Cuando los financieros de la City lo obligaron a aceptar un recorte doloroso de las prestaciones de desempleo, que condenó a millones de personas vulnerables a pasar hambre, la mitad del gabinete se negó a plegarse a la medida. El primer ministro presentó la renuncia, pero el rey Jorge V lo instó a quedarse en su puesto y «sacar adelante el país».

Philip Snowden, Chancellor of the Exchequer –el ministro de Hacienda británico–, se autodefinía como socialista, y si bien creía firmemente en los mecanismos autorreguladores del mercado libre, insistió en mantener una política económica de estricta austeridad. No obstante, a finales de 1931, tanto MacDonald como Snowden reconocieron la derrota; aun contando con el apoyo de los liberales, la dificultad de pagar la deuda y apoyar a los millones de desempleados demostró ser tan enorme como la de tomar parte en la guerra y financiarla.

MacDonald escogió el que, para él, era el menor de dos males, e invitó a los conservadores a formar un gobierno de unidad nacional. Aunque esa decisión desembocó en su expulsión, y la de Snowden, del Partido Laborista, la opinión pública la acogió con satisfacción; en las elecciones generales de noviembre de ese año, el laborismo pasó de tener doscientos ochenta y siete escaños en el Parlamento a apenas cincuenta y cuatro, pero MacDonald volvió al poder con una abrumadora mayoría a favor de su coalición. Su nuevo Chancellor, el conservador Neville Chamberlain, se las

ingenió para equilibrar el presupuesto a principios de 1934, pero el coste fue enorme para los británicos más pobres, y aunque MacDonald no estaba de acuerdo con los métodos de Chamberlain, seguía dependiendo del apoyo de los conservadores.

Con su propia debilidad política exacerbada por unos problemas de salud cada vez más acuciantes, MacDonald no tuvo la fuerza suficiente para anular las decisiones del poderoso ministro. Chamberlain había recortado un 20 % las prestaciones de desempleo, y otros sectores de la población tuvieron que aceptar también grandes sacrificios. Todas estas medidas provocaron serios disturbios sociales. En 1932 y 1933, decenas de miles de trabajadores en paro de Escocia y del norte de Inglaterra convergieron en Londres en las marchas del hambre. Cuando los marineros del buque de guerra *Valiant* se enteraron de que iban a reducirles el sueldo un 25 % y que los oficiales sólo cobrarían un 4 % menos, se amotinaron.

Y ésas no fueron las únicas repercusiones. El primer gobierno de MacDonald había contado con el joven y brillante barón Sir Oswald Mosley, un fabiano comprometido, conservador en sus inicios, luego independiente y después miembro del Partido Laborista Independiente. A principios de 1930, Mosley había presentado una propuesta encaminada a salvar la vacilante economía y vencer al desempleo con un plan keynesiano de obras públicas financiado con gastos deficitarios sumados a un programa de altos aranceles aduaneros y la nacionalización de industrias pesadas. En mayo de 1930, tras ver rechazada la propuesta, renunció a manera de protesta y formó su propio New Party; pero dado que no consiguió ningún escaño en las elecciones de noviembre de 1931, Mosley decidió buscar su fuente de inspiración en el extranjero. Durante una visita a Roma, redactó un elogioso estudio del gobierno fascista de Mussolini y volvió a Gran Bretaña decidido a fundar un movimiento de cuño similar.

La Unión de Fascistas Británicos (British Union of Fascists) se creó en 1932 y pronto se jactó de tener cincuenta mil afiliados. Aunque se trataba sin duda de una cantidad exagerada, el grupo disfrutó durante un tiempo del apoyo del *Daily Mirror*, un tabloide londinense con una tirada de unos tres millones de ejemplares y propiedad de Lord Rothermere, admirador y conocido personal de Mussolini y de Hitler. En enero de 1934, el periódico publicó un editorial infame titulado «Un hurra por los camisas negras», en el que ensalzaba la «sólida y sensata doctrina conservadora» de Mosley.

En 1938, Mosley y sus camisas negras fueron el blanco de la sátira de P. G. Wodehouse en una novela con Jeeves y Wooster, donde aparecen encarnados en los personajes de Roderick Spode y sus Pantalones Cortos Negros, un código de vestimenta que se deriva del hecho de que en la época en que Spode fundó su movimiento «ya no quedaban camisas». Pero los fascistas británicos no consiguieron influir de verdad en la política de entreguerras ni siquiera en el mundo real. A Mosley se lo consideraba demasiado narcisista e indulgente consigo mismo para tomarlo en serio como líder político. Al aristócrata le gustaba vivir por todo lo alto, no faltaba a casi ninguna de las fiestas londinenses y se lo veía en todos los clubs de derechas haciendo gala de la vistosa elegancia que le permitía su fortuna o luciendo el austero traje de su partido.

Lord Birkenhead, presidente de la cámara de los lores y el amigo más íntimo de Winston Churchill, decía que Mosley era un «petimetre perfumado en tocadores fragantes».[13] (Birkenhead era famoso por sus ingeniosas réplicas. Se cuenta que un colega de la judicatura le pidió consejo en un caso de sodomía y preguntó: «¿Qué cree usted que hay que dar a un hombre que se deja follar por el culo?» «Oh», repuso Birkenhead; «treinta chelines o dos libras, lo que usted lleve encima en ese momento.»)[14]

Las opiniones de Mosley contaron con el muy valioso apoyo de la clase alta británica, gran parte de la cual, preocupada por la escalada de disturbios sociales, temía una revolución al estilo bolchevique. Hasta el rey, Jorge V, reconoció las virtudes de los gobiernos autoritarios. El coqueteo de su hijo mayor –David, luego Eduardo VII durante un breve periodo– no sólo con el fascismo en general, sino con el hitlerismo, fue una herida abierta en la política británica hasta el final de la Segunda Guerra Mundial y después. Sin embargo, también se oyeron voces que advirtieron del peligro. En *The Coming Struggle for Power* (1932), un bestseller de John Strachey, el ex secretario privado de Mosley, que se había alejado de su empleador para abrazar el socialismo, advirtió sobre lo que le esperaba a Gran Bretaña si se internaba por el camino del fascismo: «Un terror abierto y directo contra los trabajadores sólo puede permitir que un imperio moderno se mantenga. Y para bautizar esa política ya existe un nombre: fascismo.»[15]

Pero el fascismo no consiguió despegar en Gran Bretaña como movimiento popular. Tras un violento incidente entre manifestantes y

camisas negras que tuvo lugar durante un mitin del partido en 1934, pasó a ocupar una posición absolutamente marginal; en 1936, la Ley de Orden Público ilegalizó las organizaciones de cuño militar y el uso de uniformes. No obstante, la angustia, muy extendida en ese momento, se mezclaba con una sensación de impotencia e incluso de inevitabilidad. En una lamentación a posteriori, Evelyn Waugh, escritor conservador y católico romano, escribió que «la estructura de la vida occidental, tan bellamente ornamentada y tan pacientemente construida, se fundió de la noche a la mañana como un castillo de hielo, y en su lugar sólo quedó un charco fangoso».[16] Desde el punto de vista de la izquierda, las cosas tenían un aspecto aún más amenazador. Poco antes de que los nazis llegaran al poder, Beatrice Webb, que negaba toda posibilidad de una amenaza soviética, había señalado:

> Estados Unidos, con un tumor canceroso de delincuencia y de desempleados en un número no cuantificado, pero desposeídos; Alemania al borde del precipicio de una dictadura nacionalista; Italia haciendo alarde de su poderío militar; Francia con miedo a una nueva alianza de Italia, Alemania y Austria; España al borde de la revolución; los Estados balcánicos atacándose los unos a los otros; el Lejano Oriente en un estado de fermentación anárquico; el continente africano sin saber si su interés primordial y su poder cultural serán blanco o negro; los Estados sudamericanos reemplazando por la fuerza unas pseudodemocracias con dictaduras militares; y, por último –sumamente hostil al resto del mundo e inmersa en un empeño fabuloso cuyo éxito sacudiría los cimientos mismos del capitalismo–, la Rusia soviética.[17]

El clima de incertidumbre se reflejaba en una plétora de publicaciones que vieron la luz en los primeros años de la década de 1930. Como el libro de Strachey arriba citado, *An Intelligent Man's Guide Through World Chaos*, de George Douglas Cole, también se vendió muy bien (cincuenta mil ejemplares); en las librerías compartía estante con *Hungry England*, de Fenner Brockway. En 1933, el éxito literario de la temporada fue *Love on the Dole*, de Walter Greenwood (cuarenta y seis mil ejemplares); es una novela ambientada en una mísera barriada industrial de Salford, la ciudad natal del autor. En 1934 se publicó *Plan*, una nueva revista que en su primer número se arriesgó a decir que «el descalabro de la economía y la anarquía internacional amenazan con destruir la civilización».

Entre los vicepresidentes de la Federación de Sociedades e Individuos Progresistas, responsables de la publicación de *Plan*, estaban algunos de los

intelectuales británicos más influyentes del momento, incluidas la feminista y pacifista Vera Brittain; el militante laborista y editor Leonard Woolf; Aldous Huxley, el autor de *Un mundo feliz*, y su hermano Julian, biólogo y filósofo; el matemático y crítico social Bertrand Russell, y el autor de ciencia ficción H. G. Wells. El anónimo *Handbook of Marxism*, publicado por Gollancz en 1935, vendió treinta y tres mil ejemplares antes de que terminase el año. Otros títulos populares fueron la novela *The Means-Test Man*, de Walter Brierley, que narraba una semana en la vida de un minero de Derbyshire en paro, y *The Strange Death of Liberal England*, de George Dangerfield, un análisis crítico del fracaso del Partido Liberal a la hora de responder a los nuevos desafíos sociales y económicos del siglo XX.

Desde su cómodo exilio fiscal en Francia, Wodehouse, gran maestro del humor, encontró su manera de reflejar los estallidos revolucionarios que tenían lugar en Gran Bretaña. En ¡*Gracias, Jeeves*!, Bertie Wooster vuelve a estar «metido en un lío»: el insustituible mayordomo, incapaz de soportar el cacofónico amorío de su empleador con un *banjolele*, que según Bertie es un híbrido a la moda entre banjo y ukelele, le ha avisado que se marcha, y Bertie siente que sin Jeeves será la víctima indefensa de todas las tonterías que se le pasan por la cabeza. Lo más preocupante es que el mayordomo que ha contratado para sustituirlo no es hombre de fiar: «De expresión melancólica, con un semblante alargado y flaco lleno de granos y unos ojos hundidos y pensativos, desde el principio se había mostrado adverso a aquella agradable charla entre amo y criado a la que me había acostumbrado la compañía de Jeeves. Desde que llegó, yo había estado tratando de establecer unas relaciones cordiales, pero sin el menor éxito. Exteriormente, era todo él respeto, pero interiormente cabía ver que se trataba de un hombre que soñaba con la Revolución Social [...]. No dijo nada y se limitó a mirarme como si me estuviera midiendo con vistas a colgarme de una farola.»[18]

La «blackpoolización» del mundo

Como había señalado J. B. Priestley, no todo el mundo padecía los efectos inmediatos del descalabro económico. Para las clases medias del sur de Inglaterra sobre todo, en realidad la situación mejoraba gracias a los

nuevos sectores de la economía, más orientados hacia el consumo, que daban claras muestras de crecimiento. En los suburbios residenciales de Londres y los llamados Home Counties, los condados del sur y del este que rodean a la capital, se construyeron más de tres millones de viviendas a lo largo de la década de 1930; el número de automóviles particulares se duplicó; se popularizaron los teléfonos, los aparatos de radio, las aspiradoras y otros electrodomésticos, y los grandes almacenes y otros establecimientos que habían sido supermercados, como Woolworths y Marks & Spencer, abrieron muchas nuevas sucursales.

No obstante, a pesar de la prosperidad a escala regional, el universo de Wodehouse estaba desapareciendo, víctima de un cambio fundamental de las actitudes sociales. Y pese al desempleo, que también afectaba al sur del país, y a unas penurias y privaciones que eran reales, la clase trabajadora se resistía a entrar en el servicio doméstico. Los Jeeves potenciales de la década de 1930 preferían comer arenques ahumados y pan duro mojado en té antes de satisfacer los caprichos de aquellos a quienes la generación de sus padres llamaban *«the betters»*, los superiores. Empleos como ayuda de cámara *(gentleman's gentleman)*, lacayo, criada o cocinera habían dado trabajo a millones de ingleses en el pasado, facilitando así una fluida vida doméstica y social para todos aquellos con posibles. Una sociedad sin criados había parecido algo impensable.

En la década de 1930 seguía habiendo muchos empleados domésticos, por supuesto, pero su número no cesaba de disminuir. Según un estudio, en 1931 había en Londres más empleadas en el servicio doméstico que en cualquier otro sector de la economía, pero la cantidad había disminuido una tercera parte desde 1900, y siempre que podían las mujeres elegían un trabajo que les diera más libertad personal. De hecho, muchas de las encuestadas dijeron que preferirían cualquier cosa antes que trabajar como empleadas del hogar. Y lo mismo ocurría en otras zonas aún más empobrecidas. Según una encuesta del Ministerio de Trabajo realizada en el noroeste de Inglaterra, de las trescientas ochenta mujeres solteras en paro y menores de treinta años, principales candidatas a vivir en los sótanos de alguna familia acomodada, sólo cuatro estaban dispuestas a trabajar de criadas. En Preston, condado de Lancashire, sólo once de las 1.248 encuestadas se declararon dispuestas a contemplar esa posibilidad.

Algo había cambiado en la sociedad británica, de una manera sutil, sí,

pero irreversible. Al menos en algunas partes del país, una economía cada vez más moderna e industrializada ofrecía nuevas y mejores oportunidades a la clase trabajadora. La vida de un empleado doméstico estaba estrictamente limitada. Trabajo duro y mal pagado, muchas horas y poca intimidad eran la norma. De los empleados del hogar se esperaba que fueran solteros, y las criadas tenían que soportar la rígida regla que les impedía recibir visitas masculinas. Un trabajo en una fábrica o de dependiente o administrativo no estaba mucho mejor remunerado, pero el horario era fijo y la gente tenía libertad para hacer lo que le apeteciera durante sus horas de ocio. Asimismo, se volvió habitual que los obreros y los administrativos tuvieran una semana de vacaciones al año, aunque no remunerada.

Cabe señalar también otro cambio de actitud, provocado éste por la guerra. En una sociedad tan clasista como la británica, los que habían trabajado en el servicio doméstico habían sentido no poco orgullo por ello y por formar parte de una gran familia o haber servido a un caballero o a una dama de alto copete, pero la experiencia de la guerra había provocado un profundo cambio en ese aspecto de las costumbres. Con la idea de una «generación perdida» todavía rondando en la imaginación de los privilegiados, las actitudes de la clase obrera habían cambiado, y mucho, a causa de la sensación de incompetencia y distancia que provocaban los oficiales de clase alta. Fuese o no un reflejo de las estrategias y decisiones del alto mando, perduraba en la imaginación popular la imagen de unos soldados rasos de clase obrera, esos *tommies* llamados «leones», a las órdenes de unos «burros» de clase alta. La democratización resultante de los métodos de producción en serie y la vida en una economía industrial iban acompañadas de un respeto cada vez menor por los de arriba, y alentaban esa actitud.

Ésa es, en gran medida, la actitud de Jeeves respecto de su amo, Bertram Wooster, el prototípico ocurrente de clase alta. Por supuesto, Jeeves es demasiado profesional para dejar escapar la más mínima sugerencia ante su empleador, pero sabe que, aunque Wooster tiene el dinero y los contactos sociales, es imposible dudar de quién es el «superior», ni de quién estaría perdido si le faltara el otro. Wodehouse se valió de una convención antigua como la comedia misma, la del criado inteligente y el amo atolondrado, presente en el teatro desde Aristófanes hasta Molière, pero ahora ése parecía ser el juego en el mundo real. Es posible que Jeeves siga trabajando para

Bertie por motivos que le atañen sólo a él, pero no puede dudarse que un hombre con su capacidad podía tener otras oportunidades en el futuro de la sociedad británica.

En su viaje por Inglaterra, J. B. Priestley describió ese mismo cambio con este esbozo de los tres «países» que había encontrado:

> Al principio vi la Vieja Inglaterra, el país de las catedrales y las iglesias, de los monasterios, de las casas señoriales y las hosterías, la Inglaterra de párrocos y caballeros. [...] Hace tiempo que ese país ha dejado de ganarse el sustento. [...] Después decidí ver la Inglaterra del siglo XIX, la Inglaterra industrial del carbón, del hierro, el acero, el algodón, la lana, los ferrocarriles; hileras e hileras de casitas idénticas. [...] Para los más afortunados no fue en absoluto una mala Inglaterra, todo era muy sólido y confortable.

Y, además de esos dos, o junto a ellos, otro país completamente distinto:

> La tercera Inglaterra pertenecía mucho más a nuestra época que esta isla en que vivimos. Supuse que su verdadero lugar de nacimiento era América. Ésta es la Inglaterra de las grandes arterias de tráfico y carreteras de circunvalación, de las gasolineras y las fábricas que parecen edificios de exposiciones, de los cines enormes y las salas de baile y los cafés, de los bungalows con garajes pequeños, de las coctelerías. [...] Es trabajo a gran escala, producción en serie. Se podría incluso aceptar que Woolworths es su símbolo. Lo barato es, a la vez, su fuerza y su debilidad. Fuerza porque lo barato es asequible. [...] En esta Inglaterra, por primera vez en la historia, Jack y Jill son casi tan buenos como el señor y la señora. [...] Jack, como su señor, llega rápido a tal o cual lugar donde las diversiones parecen más bien mecánicas. Jill se engalana exactamente igual que su señora. Es, por fin, una Inglaterra sin privilegios. Hace muchos, muchos años, fue en la democrática y emprendedora Blackpool donde comenzó todo esto, cuando se declaró que todos eran igual de buenos mientras tuvieran los imprescindibles seis peniques. La Inglaterra moderna está blackpoolizándose rápidamente.[19]

Blackpool, ciudad costera, era un lugar turístico popular entre la clase trabajadora del norte de Inglaterra y de Escocia; aun con un magro salario, allí podían permitirse ciertos entretenimientos, artículos baratos y una nueva clase de identidad que no tenía que someterse a los *toffs*, los encopetados. Aunque difícilmente podría decirse que esos obreros y dependientas formaban una nueva élite, iban abriéndose espacios en los que la jerarquía social la determinaba el dinero que uno llevaba en el bolsillo. La cuna y la educación, los grandes protectores y promotores de individuos con posibles, pero necios como Bertie Wooster, habían entrado en la recta final de una decadencia que los llevaba hacia un mundo en que no pintarían

nada. Como había observado Priestley, había empezado la americanización de las viejas jerarquías inglesas.

También en otros países iban afirmándose las nuevas élites, aún más rápidamente y, en algunos casos, con más violencia. En la Unión Soviética y en Italia, y, en menor medida, en otros Estados dictatoriales, como Hungría, las sociedades estaban remodelándose casi por la fuerza, no para ser necesariamente más igualitarias, pero sin duda sí al margen de los orígenes o de la educación recibida. Ya hacía tiempo que la aristocracia rusa había huido y pasado a engrosar las filas de periodistas pobres en París y de taxistas en Nueva York. Ahora perdía espacio la burguesía, siempre reducida, y los puestos codiciados se reservaban para los que podían enseñar el sello de intachable de la clase trabajadora. En Alemania, los nazis eran los nuevos árbitros del estatus social; la pomposa y vieja *Bildungsbürgerturm*, la alta burguesía, que había sido el motor del crecimiento del país durante todo el siglo XIX y principios del XX, ocupaba ahora un lugar marginal, y en las universidades, en el comercio, en las artes y en otros puestos públicos destacados, la lealtad al partido era lo único que importaba.

Esta nueva situación abría nuevas puertas a muchas personas que en otros tiempos habrían estado excluidas de toda posibilidad de progresar; naturalmente, no dejaron escapar esa oportunidad, ignorando con demasiada frecuencia la pérdida de estatus que ese cambio implicaba para otros menos sumisos políticamente o menos favorecidos por la raza o el nacimiento; hasta podría decirse que se regodearon presenciando esa desgracia ajena. Por irónico que parezca, en los Estados Unidos lo que menos avanzaba era la «americanización». Tan dura fue allí la Gran Depresión que las viejas élites –las del dinero, no las de alta cuna– no sólo conservaron sino que también consolidaron su posición de poder. Eran blancos, por supuesto, y aún eran pocos los que cuestionaban esa realidad. La Depresión hundía aún más a los negros norteamericanos en la escala económica; ergo, también en la social. Para la mayoría de ellos, era el peor momento para ahorrar esos necesarios «seis peniques».

1935: RUTA 66

> Nuestro reciente paso del lluvioso este de Kansas, con sus pastos, su lozano follaje, su abundancia de flores y su promesa de una cosecha generosa, a la polvorienta desolación de la Tierra de Nadie fue un cambio difícil de encajar en un corto día de viaje. [...] Con sombreros para protegernos del sol, pañuelos para cubrirnos la cara y vaselina en la nariz, hemos tratado de salvar la casa de todo el polvo que trae el viento y que entra por donde se cuela el aire. Es una tarea casi imposible, pues rara vez pasa un día en que, en un momento u otro, no pasen por aquí esas nubes de polvo.
>
> CAROLINE HENDERSON, carta a una amiga,
> 30 de junio de 1935

El domingo 14 de abril, los habitantes del llamado cinturón maicero de Norteamérica respiraron aliviados después de varias horribles tormentas de polvo, pertinaces y asfixiantes, que dejaban un residuo arenoso en todo lo que se veía; pero esa mañana fue clara y luminosa, y volver a ver el sol fue un verdadero consuelo. Después, a medida que se acercaba el mediodía, la brisa dejó de soplar y la luz cambió hasta adquirir un tono sombrío y deprimente. Nerviosas, las aves empezaron a gorjear.

La nube apareció en el horizonte; era una franja negra que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Fue aumentando rápidamente de tamaño, precedida por miles de aves que no paraban de chillar. La tolvanera que de repente azotó los pueblos y ciudades agrícolas no se pareció a nada que los lugareños hubiesen visto antes. Cuando finalmente cayó sobre las casas y sus habitantes, ya era una pared negra como ala de cuervo; furiosa, de unos treinta metros, devastadora, rugiente, una negrura cegadora. Domingo Negro, como después bautizaron a esa tormenta catastrófica, soltó

trescientas toneladas de polvo en una sola tarde; las praderas, hasta entonces fértiles, parecieron después una tarta hecha de dunas de arena, una muerte segura que se cocía lentamente al horno.

Fue el peor día de una sucesión de desastres naturales, el golpe definitivo a las esperanzas de cientos de miles de agricultores que llevaban décadas trabajando duro por una vida mejor en un lugar del que una vez se había dicho que era un paraíso, una tierra densa y rica como el chocolate que se quedaba pegada a las cuchillas del arado. Habían alentado a los agricultores a instalarse allí, a tener sus propias tierras, y fueron cientos de miles los que apostaron por su futuro en esas grandes llanuras. En 1916, cuando los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial, había que alimentar a todo un ejército, y la Bolsa vivía de la especulación con cereales.

Los agricultores de las fértiles tierras de Kansas, Texas, Colorado y Nuevo México reaccionaron trabajando con aún más ahínco y produciendo más para satisfacer a ese hambriento mercado. Cuando aparecieron los tractores y las cosechadoras combinadas, invirtieron mucho dinero en esas nuevas y milagrosas máquinas y pidieron préstamos para financiar la compra, a un precio que superaba con mucho sus ganancias anuales; pero valía la pena. Con un par de caballos, un granjero podía arar poco más de una hectárea por día; con un tractor podía volver a casa mucho más descansado y satisfecho tras arar una superficie media diaria de veinte hectáreas. Con una cosechadora podía recoger en dos semanas el trigo de doscientas hectáreas, y colocar los sacos en fila junto a los enormes surcos que la máquina abría en el campo. Sin embargo, los agricultores no tardaron en darse cuenta de que el progreso conllevaba costes inesperados. Si antes el gasto necesario para cosechar media hectárea de trigo se limitaba a la mano de obra y el forraje para los caballos, ahora se elevaba a cuatro dólares para gasolina y suministros. Mientras el precio del grano se mantuvo alto, los agricultores pudieron ganarse la vida; pero después de la guerra, y tras varias buenas cosechas que habían llenado los silos de los especuladores, los precios siguieron las leyes de mercado y empezaron a bajar. Los granjeros reaccionaron abriendo nuevos surcos para aumentar la producción. En algunas partes de Kansas, la superficie agrícola pasó de unas 800.000 hectáreas en 1925 a 1,2 millones en 1930; en otras regiones, la superficie cultivada se multiplicó por dos. La tierra virgen era fértil, y hubo varias buenas cosechas.

La mayoría de los agricultores trabajaban las veinticuatro horas del día, por turnos, y si las máquinas desprendían un destello metálico durante las horas de sol, de noche los tractores y las cosechadoras reptaban por los campos como luciérnagas gigantes. La tierra tenía que rendir cada vez más, y el tiempo ayudaba. Unas lluvias copiosas y mucho sol se tradujeron en cosechas sin precedentes, y cada día empezaban a cultivarse miles de hectáreas hasta entonces yermas.

Luego, en 1931, dejó de llover. De entrada, nada fuera de lo común; después, la falta de lluvia empezó a ser un misterio alarmante. A una mala cosecha seguía otra, peor aún que la anterior. El sol marchitó los campos cultivados y los convirtió en una extensión gris blancuzca que susurraba movida por el viento mucho antes de que pudiera cosecharse. El calor, despiadado, agostó y agrietó la tierra, y cuando se secaron campos y más campos de trigo y maíz, la capa arable del suelo, la tierra vegetal, comenzó a danzar en el aire, arrastrada por las tormentas de polvo circulares que siempre habían visitado esas llanuras.

Esta vez el viento trajo cantidades desacostumbradas de polvo, y los agricultores no tardaron en darse cuenta de que ése era el resultado de sus maneras de cultivar la tierra. No sólo habían sembrado cientos de miles de hectáreas; la fuerte demanda y el desarrollo de nueva maquinaria agrícola también habían conllevado un cambio en el modo de cultivar. Los arados tradicionales, tirados por caballos, abrían surcos profundos removiendo íntegros grandes y pesados terrones que luego cubrían el suelo como una manta; pero las máquinas eran más rápidas y mucho más eficaces. Cada tractor podía tener varias filas de discos que abrían la superficie y desmenuzaban la capa superior en terrones más pequeños. Así, la resistencia del suelo era menor y todo se hacía muchísimo más rápido; la profundidad de la tierra arada seguía siendo suficiente para sembrar. Ahora, con las cosechas fallidas, ese suelo literalmente molido no oponía resistencia a las ráfagas de viento.

Como una pared negra: tormenta de polvo acercándose a un poblado.
Dominio público

Las temperaturas siguieron subiendo año tras año y provocaron otra clase de tormentas, unas ventiscas negras que llevaban enormes cantidades de polvo y llegaron a cubrir cientos de kilómetros. En 1933 se registraron treinta y ocho tormentas; el año siguiente fueron menos. Después volvieron con fuerza. En 1936 llegaron a registrarse hasta seis por mes, y con ellas desapareció la preciosa fértil tierra de la región. En marzo de 1934, una tormenta levantó trescientos cincuenta millones de toneladas de polvo en los campos de Montana y Wyoming, llevándolas luego hacia el este, hacia Dakota del Norte y Dakota del Sur. Por la noche cayeron seis mil toneladas de polvo sobre Chicago, llevadas por rachas de hasta 180 kilómetros por hora. Luego las tormentas llegaron hasta Boston, Nueva York, Washington y Atlanta y descargaron incluso sobre barcos que navegaban a casi trescientas millas de la Costa Este.

Esas tempestades de polvo se tragaron literalmente todo lo que encontraron en su camino. Niños y conductores que se expusieron a esas ráfagas acabaron perdidos en nubes de polvo tan densas que no dejaban ver ni las manos; días más tarde aparecieron asfixiados. El ganado que pastaba sufrió el mismo destino.

Antes de desplomarse muertas, las vacas hacían rechinar los dientes contra las encías para arrancar unas briznas de hierba del desierto. «Cuando

se acercaba una tormenta de arena, el ganado enceguecía al instante», escribió la fotógrafa Margaret Bourke-White, que engrosó las filas de periodistas enviados a la zona para cubrir el desastre. «Las bestias daban vueltas en círculo hasta que caían, y tragaban polvo hasta morir. Las autopsias permitieron ver que los pulmones de esos animales estaban cubiertos de polvo y fango.»[1]

Muy afectada también resultó la fauna. En los escasos charcos que quedaban, los peces morían ahogados bajo una capa de polvo acre; aves, ratones de campo y conejos yacían en las llanuras, y los supervivientes iban tan desorientados que era posible atraparlos sin que opusieran resistencia. En 1934, el gobierno decidió sacrificar miles de reses, ofreciendo así un trabajo deprimente y algunos dólares a los agricultores que, ahora en la miseria, se disponían a liquidar todo lo que habían invertido para el futuro.

Los evangélicos y algunos que se autoproclamaron profetas anunciaron la llegada del fin del mundo y la Segunda Venida de Cristo. En las casas y las iglesias, la gente empezó a debatir si de verdad se trataba del fin de los días, tal como se profetizaba. Con expresión adusta se citaban estos versículos del Deuteronomio 28: 24: «Yahveh dará como lluvia a tu tierra polvo y arena, que caerán del cielo sobre ti hasta tu destrucción.» Sin embargo, Ada Watkins, una granjera de Kansas, sacó de la catástrofe una conclusión esperanzadora: «Sospecho que el Buen Dios nos devolverá a la Tierra Prometida.»[2]

Pero en 1935 ya casi no quedaban optimistas. Las tormentas habían pasado a dominar todos los aspectos de la vida de esos agricultores. Reforzaron como pudieron las puertas y ventanas de sus casas para que no entrase el polvo, pero después de cada ráfaga tenían que sacarlo a paladas. Había polvo hasta en la comida, y el agua dejaba arenilla entre los dientes. Para desayunar, comer y cenar, la mayoría sólo tenía alubias y pan de maíz. Por las noches, Avis Carlson, granjero, repetía una triste rutina: «Vamos por agua para quitarnos la tierra de los labios. Después volvemos a la cama y nos tapamos la nariz con toallas pequeñas. Tratamos de no movernos, porque a cada vuelta que damos removemos el polvo que cubre las mantas. Al cabo de un rato, y si dormimos bien, nos olvidamos.»[3]

Esperanzas enterradas: después de una tormenta de polvo. Dakota del Sur, 1936.
Dominio público

La naturaleza no les permitió olvidarse de ella por mucho tiempo. Cultivar –lo que fuese– se convirtió en misión casi imposible. Allí donde antes había trigales que llegaban hasta el hombro, sólo quedaban tallos marchitos, y ni siquiera las huertas irrigadas se salvaban de la mortífera mano de ese clima. Las enormes acumulaciones de electricidad estática de las tormentas devastaban los cultivos, y en pocas horas ponían negras las sandías y marrón el trigo.

Cuando el paisaje comenzó a convertirse en un infierno, cientos de miles de liebres bajaron de las llanuras a los campos y arrasaron lo poco que quedaba de la cosecha perdida. Llegaban en manadas tan numerosas, que parecía que era la tierra calcinada la que migraba, ahuyentada por ese calor agobiante. Los domingos, después del servicio religioso, los granjeros se reunían para matar conejos; cientos, miles de conejos, primero a tiros y después, cuando ese método resultó demasiado costoso y demasiado peligroso para otros cazadores, a palos.

Tras las liebres llegaron las nubes de saltamontes, pequeñas máquinas de devorar a las que no se podía matar a palazos. Y después de los saltamontes,

la desesperanza. Los campos ya habían perdido hasta casi trece centímetros de su preciosa capa arable, convertida en montones de polvo que caía sobre el paisaje hasta transformarlo en un fantasmagórico desierto de Gobi. En el *panhandle* de Texas –la región formada por los veintiséis condados más septentrionales de ese estado– se encontró un nido de cuervos hecho con alambre de espino oxidado, el único material de construcción que las aves habían logrado encontrar en las áridas llanuras. Cuarenta millones de hectáreas convertidas en tierra baldía.

Algunos días, el cielo se ponía tan negro que parecían noches de veinticuatro horas, y los vientos podían soplar cinco días seguidos. La gente se protegía con mascarillas de tela, y una nueva forma de neumonía asoló la región. Desnutridos y debilitados por esa amenaza ininterrumpida, los niños enfermaron y empezaron a morir. George Greenfield escribió desde Kansas para *The New York Times*: «Hoy he visto la mano helada de la muerte posarse sobre el que fue uno de los graneros más extensos del país [...]. Gente perdida que ahora vive en una tierra perdida.»[4]

El poeta Archibald MacLeish se horrorizó cuando contempló ese paisaje. En su opinión, el desastre no se debía únicamente a un devastador capricho de la naturaleza, sino también a una interpretación destructiva del sueño americano: la obsesión codiciosa y agresiva por obtener ganancias rápidas había expuesto la tierra a los elementos hasta dejar a los agricultores en la miseria. Para MacLeish, se trataba de una perversión de las grandes ideas de los padres fundadores:

> Nos preguntamos si el sueño de la libertad americana
> fueron dos siglos de pinos y madera
> y tres generaciones de hierba.
> Y las generaciones han pasado, también los años...
> Nos preguntamos si el gran sueño americano
> fue el canto de las langostas que de los pastos
> se fueron hacia el oeste y si el oeste
> ahora queda detrás de nosotros...
> Nos preguntamos si la libertad se ha acabado:
> hemos dejado de soñar.[5]

Marcharse

Sin lluvias dignas de mención en cuatro años, y sin ningún cambio a la vista, las familias empezaron a darse por vencidas, hicieron los bártulos con lo poco que les quedaba y se marcharon. En la segunda mitad de la década de 1930, ya eran cincuenta mil al mes las que se dirigían hacia el oeste. No cerraban las puertas ni quemaban los puentes; sencillamente se iban con sus pertenencias apiladas en la camioneta: algunos muebles, ollas y sartenes, alubias y harina de maíz, hatajos de ropa vieja, un poco de agua, gasolina, neumáticos. En un documental de la época se ve a dos niños de una familia sentados en la caja del camión, mirando la casa que abandonaban y con los pies descalzos colgando encima del polvo caliente. Los que no tenían vehículo plantaban cara en bicicleta al calor y a los cientos de kilómetros que tenían por delante.

Casi medio millón de hombres, mujeres y niños enfilaron hacia el oeste con la esperanza de volver a empezar. La principal arteria de esa enorme migración fue la Ruta 66, que se había terminado de construir poco antes y que iba desde Chicago hasta el muelle de Santa Mónica, en California. Una caravana de desolados «Okies» (como al principio llamaron a los habitantes de Oklahoma) se dirigió lentamente hacia el oeste por las largas rectas y las colinas, llenas de curvas, de esa mítica carretera. Tras varios días atravesando áridas extensiones de tierra baldía, los afligidos viajeros divisaban los primeros llanos verdes, los primeros árboles, los campos fértiles y las flores que llevaban años sin ver. Se acercaban a un paisaje en el que abundaban los jardines, donde el tiempo era agradable y se realizaban dos cosechas anuales. Soñaban con encontrar trabajo en los huertos, e incluso con comprar un poco de tierra y empezar de cero.

Pero no eran bienvenidos. Los Estados Unidos estaban en plena Gran Depresión, y en las grandes ciudades las colas del pan se extendían a lo largo de varias calles; hombres que antes habían tenido un negocio de su propiedad mendigaban en la calle y dormían a la intemperie. Andrew Mellon, el multimillonario secretario del Tesoro, tenía algo que él consideraba un remedio patentado contra las crisis económicas, y se ocupó de administrarlo. «Liquidar la mano de obra, liquidar las acciones, liquidar a los agricultores, liquidar los bienes inmuebles. Así se acabará con la podredumbre del sistema. [...] La gente trabajará más duro, vivirá una vida

más real. Los valores serán los que tienen que ser y los emprendedores recogerán lo que dejen los menos competentes.»[6] No obstante, las colas del pan eran cada vez más largas, y no empezaron a acortarse hasta que el New Deal de Roosevelt puso en marcha una serie de programas de obras públicas que a mediados de la década de 1930 dieron nuevo impulso a la economía. Incluso entonces, las cosas seguían pintando mal para los que se habían marchado de sus pueblos y ciudades en busca de trabajo.

Saludados triunfalmente como héroes y pioneros en la publicidad y en los discursos oficiales de apenas una generación antes, de pronto los Okies tuvieron que soportar malos tratos e insultos en la calle, y los echaban cuando montaban sus tiendas o construían una chabola; en caso de que encontrasen trabajo, les pagaban menos de lo necesario para vivir. En los inmensos huertos de California, eran cuatro los que se presentaban para cada puesto de trabajo, y hasta los afortunados ganaban demasiado poco para llegar a fin de mes. Si se rebelaban, los trataban de mala manera. A los sindicalistas y a los trabajadores «problemáticos» los despedían sin miramientos y sin ofrecerles prestación alguna; las huelgas se reprimían con dureza y los líderes de los huelguistas solían terminar en la cárcel o muertos a tiros.

En el mejor de los casos, se decía que los Okies eran primitivos, unos palurdos que se pasaban la vida leyendo la Biblia. El vicepresidente Henry Wallace contó alegremente un encuentro con un recién llegado a California, imitándolo: «Pues sí, señor, allá en *Oklyhomy* yo era granjero y como empezó a llover cada vez menos, y cada vez menos... Pues aquí estoy.»[7]

Con todo, en muchas ocasiones el maltrato era mucho peor. Un empresario del Valle de San Joaquín decía que los inmigrantes eran «ignorantes y guarros», y opinaba que nunca debían «pensar que son tan buenos como el que más», un sentimiento que compartían muchos californianos, para quienes los recién llegados eran «gentuza, holgazanes que vivían como cerdos». Un médico del condado de Kern, perplejo ante la llegada de tantos inmigrantes, dijo de ellos que eran «gente rara... Parecen no tener idea de nada. Ni siquiera saben leer. [...] Estas personas han vivido aisladas durante mucho tiempo, parecen una raza aparte». Y H. L. Mencken, periodista conocido por no estar de acuerdo nunca con nadie, por una vez estuvo de acuerdo y recomendó la esterilización de todos los Okies.[8]

Esos prejuicios para con los Okies, indolentes, sencillos, gente de

condición inferior, fueron, en parte, un resurgimiento de las arraigadas actitudes hostiles con los negros, y hubo incluso personas bien intencionadas que contribuyeron a perpetuarlos. Una maestra parecía creerse una sagaz juez del carácter cuando comentó: «Distingo a un inmigrante en la calle sencillamente observando cómo camina. Arrastra los pies. No mantiene los hombros erguidos ni mira el mundo de frente. Su mirada suele ser tímida y errante. Digo esto no con dureza, sino con pesar. Tras haber vivido tan desvalidos durante generaciones, ahora parecen conejos asustados entre los arbustos.»[9]

Edward Everett Davis, profesor de agronomía de Texas, introdujo en ese punto de vista connotaciones implícitas de cuño racista pintando un cuadro apocalíptico del sur rural: «Debajo de nosotros, un campo de algodón, la gran pocilga al aire libre del sur, un Hades eterno de pobreza, ignorancia y depravación social. [...] Es demasiada la cantidad de cieno humano inservible que se ha colado en el cinturón algodonero. [...] El problema rural más acuciante del sur radica en [...] esas tribus biológicamente depauperadas de la humanidad marginal –negros, blancos, mexicanosque viven del algodón. La criatura humana de cuerpo débil y mentalidad de imbécil que perecería sin reproducir su odiosa especie entre las ventiscas y los campos de trigo de las Dakotas puede sobrevivir bien y ocupar la mitad de un aula en una escuela de las benignas regiones algodoneras de Texas.»[10]

Los nuevos migrantes se sintieron humillados, y también sorprendidos. Al fin y al cabo, eran blancos y anglosajones, y estrictamente protestantes. Habían imaginado que los inicios no serían fáciles en su nuevo destino, pero nunca habían esperado que los tratasen como a seres humanos de segunda. En *Las uvas de la ira,* la gran novela de John Steinbeck, un viejo reflexiona: «Antes [Okie] significaba que eras de Oklahoma. Ahora quiere decir que eres un cerdo hijo de perra, que eres un mierda. En sí no significa nada, es el tono con que lo dicen.»[11*]

También es posible que despreciaran a los Okies por otra razón. Eran la encarnación viviente y harapienta del fracaso del gran sueño americano, un fracaso debido a la codicia miope, a la explotación irresponsable de los recursos naturales y a las prioridades que dictaba la regla de oro de las ganancias. Los Okies eran la prueba de que ese sueño podía desvanecerse no sólo por una racha de mala suerte o por falta de capacidad o determinación, sino también a causa de un fallo en la concepción

propiamente dicha, por la atracción del dinero rápido y los cantos de sirena de esas enormes fortunas que parecían estar a la vuelta de la esquina.

Solidarizarse

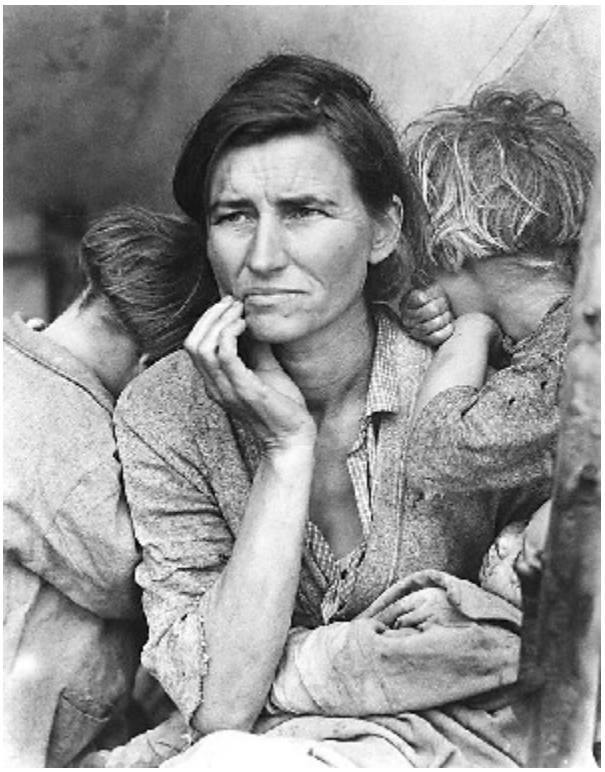
La ayuda llegó desde las esferas gubernamentales, pero fue cruelmente insuficiente. Al final, fueron artistas y escritores quienes construyeron un dique contra la marea de la opinión pública. En *El camino del tabaco*, novela de Erskine Caldwell publicada en 1932, el retrato fiel y comprensivo de los aparceros sirvió para que el libro consiguiera una enorme popularidad; el año siguiente se estrenó en Broadway una obra de teatro basada en la novela, y se representó con las localidades agotadas durante ocho años seguidos. El gran éxito de *El camino del tabaco* se vio eclipsado en 1938 por la publicación de *Las uvas de la ira*, durísima acusación contra los causantes de la desesperación y la humillación de esos migrantes rurales que lo habían perdido todo y que de repente se veían abandonados por los privilegiados de una sociedad marcada por la codicia.

Steinbeck culpaba de la catástrofe del Dust Bowl, el «cuenco de polvo», a un sistema cegado por la atracción de las ganancias y alejado de la naturaleza. «El hombre, que es más que sus reacciones químicas, caminando sobre la tierra, torciendo la reja del arado para esquivar una piedra, soltando la esteva para dejarse resbalar por una roca que sobresale, arrodillándose en la tierra para almorzar; el hombre, que es algo más que los elementos que lo componen, conoce la tierra, que es más que un análisis de componentes. Pero el hombre de la máquina, conduciendo un tractor muerto por un campo que ni conoce ni ama, sólo entiende la química; y siente desprecio por la tierra y por sí mismo. Cuando las puertas de hierro galvanizado se cierran, él se va a su casa, y su casa no es el campo.»[12]

A finales de la década de 1930, la tragedia de Steinbeck ya había vendido 430.000 ejemplares, y seguía en la lista de bestsellers. En parte, debió esa popularidad a la carga de su tono político. Mientras que muchos lectores sentían compasión por los personajes y su dolorosa situación, otros estaban convencidos de que el compromiso del autor con la escoria de la humanidad se parecía mucho al socialismo y olía a revolución. Los miembros de la Asociación de Agricultores de California se sintieron especialmente

indignados por la forma en que trató Steinbeck a sus colegas en la novela, y denunciaron con vehemencia algo que para ellos era «propaganda comunista». Se quemaron públicamente ejemplares del libro. Otros críticos manifestaron una opinión más equilibrada. En la reseña de *The New York Times* puede leerse: «Todo es bastante cierto, pero la genuina verdad es que Steinbeck ha escrito una novela desde lo más hondo de su alma y con una sinceridad que raramente se encuentra en otros libros. Puede ser una exageración, pero es la exageración de un escritor honesto y espléndido.»[13]

Sin embargo, la tarea de conformar el registro más completo e icónico de la desesperada miseria de los Okies correspondió a los fotógrafos. En 1935 se creó, en virtud del New Deal, la Farm Security Administration (FSA; Administración para la Seguridad Agraria, llamada primero Resettlement Administration), con el cometido de paliar la pobreza rural. Roy Striker, uno de sus funcionarios, había comenzado a emplear a un grupo de jóvenes reporteros gráficos –Walker Evans, Dorothea Lange, Marion Post Welcott y Arthur Rothstein, entre otros– para que documentaran la destrucción de los activos agrícolas y de vidas humanas que estaba teniendo lugar. Striker aspiraba a llegar al corazón de sus conciudadanos y registrar el éxito de los trabajos encaminados a paliar tanta miseria, y acabó logrando eso y mucho más.



La madonna *del Dust Bowl: Así retrató Dorothea Lange a una refugiada y dos de sus hijos en 1936*.
AKG Images

En el documental *The Plow That Broke the Plains*, Striker contó al público norteamericano por qué la agricultura intensiva era, en parte, culpable del desastre ecológico en curso. Utilizando las fotografías tomadas por observadores talentosos como Rothstein y Lange, presentó el lado humano de la catástrofe económica y medioambiental. Fue Dorothea Lange quien captó la imagen más conocida de los refugiados del Dust Bowl, el retrato de una madre y sus dos hijos en un campamento improvisado en California. Es posible que, más que cualquier otro testimonio, esa *madonna* moderna contribuyera a desarrollar un amplio consenso para movilizar más fondos gubernamentales destinados a la región afectada, a la que la lluvia no regresó hasta el otoño de 1939.

Puertos donde ponerse a salvo

Los Okies no fueron los únicos migrantes a quienes la América de la

Gran Depresión dejó en la estacada; de todos modos, si bien los despreciaban, seguían siendo ciudadanos estadounidenses. Para todos los que querían llegar a los Estados Unidos desde el extranjero, las cosas eran aún más duras. El país que una vez fue el principal destino de la inmigración se fue cerrando poco a poco. Después del crac, cuando la vida se hizo más difícil para muchos de los que acababan de desembarcar, Norteamérica se convirtió por primera vez en su historia en un país de emigrantes. En 1921, la migración neta (inmigración menos emigración) había sido de 557.000 personas; en 1925, un año después de la Ley de Inmigración, la cifra fue de 201.000. Pero en 1931, con el país golpeado por la Depresión, reconociendo la derrota, emigraron de los Estados Unidos 68.000 personas más de las que llegaron, y uno de los que regresaron a su país de origen fue el italiano Michele Schirru, el aspirante a asesino de Mussolini.

En Europa, otro nubarrón asfixiante había surgido de lo que una vez fue suelo fértil, oscureciendo los cielos y amenazando con enterrar todo aquello sobre lo que proyectaba su sombra. Era la Alemania nazi de Hitler, y también desencadenó una oleada migratoria. En Alemania y Austria, país éste que en aquel momento tenía su propio régimen fascista, los judíos y los liberales de izquierda cada vez dudaban más de la posibilidad de un futuro en su país natal y planificaban la marcha al extranjero. Las restricciones de visado para entrar en la mayoría de los países más deseados eran tales que las víctimas de las persecuciones pronto decidieron ir a cualquier parte; lo que importaba era que los dejaban entrar. En Alemania, la situación era cada vez más alarmante para los judíos, y en 1935, las leyes raciales, que prohibían todo, desde la presencia de judíos en los cines hasta el matrimonio mixto y la propiedad inmobiliaria de los judíos, les habían dado el tiro de gracia. Los emigrantes potenciales asediaron las embajadas como nunca lo habían hecho hasta entonces, desesperados por un visado muy difícil de conseguir.

No obstante, cabe recordar que en la historia reciente las normas relativas a las autorizaciones de visados se han endurecido en todas partes. Al principio, la Europa de entreguerras conoció un periodo de migración interna. Después de la Primera Guerra Mundial, el derrumbe de cuatro imperios (el alemán, el austrohúngaro, el ruso y el otomano) condujo a campañas nacionalistas y un cruel ajuste de viejas cuentas. En el este de

Turquía, un millón de armenios habían muerto masacrados en una extensa campaña de lo que, décadas más tarde, dio en llamarse «limpieza étnica»; fue el resultado de largos siglos de odio, sobre todo por parte de los militantes kurdos, cuya infame Brigada Hamidiye fue responsable de una gran parte de los salvajes asesinatos en masa.

Las poblaciones turca y griega de las zonas en disputa del Mediterráneo oriental habían estado enfrentándose mutuamente, un derramamiento de sangre que no cesaba de aumentar y que culminó en la masacre de Esmirna de la población griega en 1922. Los rusos blancos habían huido de la revolución en su propio país, y minorías alemanas, húngaras, tirolesas, eslovenas, irlandesas, finlandesas, judías, musulmanas y de cristianos ortodoxos y católicos habían tenido que escapar de la opresión local mientras millones de refugiados económicos seguían buscando una vida mejor en las grandes ciudades o en las zonas industriales de otros países. Europa había atravesado una época de levantamientos de poblaciones enteras, a menudo homicidas.

Sólo las últimas oleadas de desplazados y de gente en la miseria llegaron a los países de la Europa occidental, donde, a pesar de que la vida era precaria, se sentían menos desarraigados. Para los judíos alemanes (y poco después para los judíos austriacos), esa sensación de seguridad relativa había terminado abruptamente después del ascenso de Hitler al poder en 1933 y, dos años más tarde, con la aplicación de las leyes raciales. Algunos judíos se fueron de Berlín a Viena, o, con más frecuencia, hicieron el camino inverso, con la esperanza de encontrar un clima más tolerante y algunas oportunidades profesionales. Otros se fueron más lejos. Creyendo que podrían sobrellevar la época de la dictadura hitleriana, que para muchos seguía siendo un breve periodo de locura en la historia alemana, muchos judíos alemanes y austriacos, junto con muchos no judíos, comprometidos con la Resistencia antinazi de esos países, se fueron a París, Londres, Ámsterdam, Praga, Budapest e incluso a Moscú, intentando así evitar la persecución.

En París, la lánguida y glamourosa «generación perdida» de escritores norteamericanos fue reemplazada por otra, menos elegante y más angustiada, y durante la década de 1930 surgió en la capital francesa una «Pequeña Alemania», con sus librerías y tiendas de *delikatessen*. En los primeros meses posteriores al nombramiento de Hitler como canciller, unos

26.000 alemanes, judíos en su mayoría, abandonaron Alemania para instalarse en París. En 1940 ya vivían en Francia unos 150.000 alemanes: judíos, comunistas y socialistas, pintores y poetas, periodistas, músicos y comerciantes. Algunos esperaban un visado para llegar a su destino final; otros querían pasar a un país seguro. Muchos siguieron camino en cuanto pudieron, pero otros se quedaron, a la espera de un rayo de esperanza, o simplemente a que pasaran las nubes que amenazaban tormenta.

En plena depresión económica y soportando a menudo una guerra sangrienta entre facciones radicales izquierdistas y derechistas, Francia no era un agradable país de acogida para los recién llegados. Los ciudadanos de una sociedad desgarrada por las extravagancias antisemitas del caso Dreyfus a finales del siglo XIX solían mirar con especial sospecha la llegada de judíos. En 1934, el escándalo en torno a Serge Alexandre Stavisky, el financiero judío de origen ucraniano que había desfalcado millones de francos, había concluido con su aparente asesinato a manos de la policía, avivando aún más el antisemitismo de la opinión pública, y hasta tal punto que las organizaciones de extrema derecha, como la Croix-de-Feu, pedían abiertamente a Francia que adoptara la misma actitud que Alemania para con los judíos y los radicales de izquierda.

Como siempre, a los refugiados no les resultó sencillo conseguir documentos legales. Los que habían entrado en el país indocumentados podían verse en una situación imposible si los deportaban oficialmente o les ordenaban que se marcharan de Francia en veinticuatro horas, como solía ser el caso; sin pasaporte, no podían volver a cruzar legalmente la frontera, y la permanencia forzosa solía interpretarse como un desafío a la ley. A los desafortunados que se encontraban en ese vacío legal los encarcelaban por el «delito» de negarse a obedecer una disposición jurídica, y después de cumplir la pena volvían a expulsarlos; un círculo vicioso del que sólo podía sacarlos la intervención de amigos influyentes o de organizaciones de beneficencia. No obstante, todos estaban a merced de la *préfecture de police* y sus oficiales, a quienes, en caso de que se compadecieran, se podía persuadir para que fueran indulgentes –posiblemente entregándoles con discreción un sobre–. La situación mejoró temporalmente en 1936, con el gobierno izquierdista del Frente Popular encabezado por el primer ministro Léon Blum, un hombre sensible al sufrimiento de los que habían tenido que abandonar su tierra.

La emigración hizo que la gente se volviese terriblemente vulnerable. Muchos de los que llegaban a París eran intelectuales que, tras perder la lengua del país natal, su principal activo profesional y social, se encontraban de pronto tremendamente limitados. En consecuencia, muchos se vieron obligados a vivir de la beneficencia. En 1941, organizaciones como el Comité d'Assistance aux Réfugiés destinaba todos los meses 2,5 millones de francos (unos 24 millones de dólares estadounidenses de hoy) a ayudar a unos emigrantes cada vez más desesperados. También prestaron un servicio inestimable las organizaciones de beneficencia judías de diversas orientaciones ideológicas, de sionistas a ortodoxas.

Algunos profesionales, como médicos, ingenieros y abogados, no podían ejercer sin aprobar los exámenes franceses correspondientes; otros trabajadores, cualificados o no, se veían obligados a entrar en el círculo de la economía sumergida, y eso en caso de que encontrasen trabajo. Las evocaciones nostálgicas de los cafés de emigrantes que frecuentaban mujeres y hombres cultos que no tenían nada que hacer aparte de leer la prensa y discutir sobre política tenían algo de verdad, pero muchos de los que leían los periódicos y discutían soportaban, de hecho, la inactividad forzosa del desempleo.

Algunos de los que se habían quedado sin país y sin sustento no estaban dispuestos a dejar que su cultura se perdiera, y la diáspora alemana en particular se puso en marcha para crear centros intelectuales y culturales y ofrecer un poco de cordura en medio de la desazón que solía producirles el hecho de ser emigrantes. En 1933 había en París cuatro teatros y cabarets en lengua alemana, y una orquesta sinfónica de emigrados y una sociedad coral. La Freie Deutsche Universität (Universidad Libre Alemana) ofrecía cursos gratuitos que impartían profesores de renombre; también se organizaban ciclos de conferencias, y en 1934, cuando el Archivo Internacional Antifascista anunció la fundación de una biblioteca que debía incluir todos los libros quemados por los nazis el año anterior, recibió donaciones de más de veinte mil volúmenes en pocas semanas.

Era frecuente ver a escritores profesionales que habían perdido sus ingresos, y también a sus editores alemanes, una situación especialmente crítica para los novelistas, poetas y periodistas que aún no eran ricos y famosos. Los editores exiliados intentaron llenar ese hueco, consiguieron publicar una serie de obras importantes; los periódicos de la emigración

ofrecían tarifas muy bajas acordes con la situación económica de los autores, que solía ser crítica. En la década de 1930, solamente en París se publicaban regularmente (aunque no siempre duraron mucho) unos cuatrocientos periódicos y revistas en alemán; el *Pariser Tagblatt* vendía catorce mil ejemplares por día. Su redactor jefe era Georg Bernhard, periodista y político socialdemócrata que había sido diputado en el Reichstag y, antes, editor del prestigioso *Vossische Zeitung* de Berlín. Bernhard había huido en 1933, tras oponerse abiertamente a Hitler en el Parlamento y consciente de que su arresto era cuestión de días o de horas. Después de trabajar toda la vida por la democracia en Alemania, exiliarse significó para él vivir amargado. Cuando conoció a Harry Kessler, el conde trotamundos, le aseguró que nunca volvería a pisar «ese país» y que ya no se consideraba alemán. Bernhard cumplió su palabra y murió diez años después en Nueva York.

Ámsterdam fue otro destino importante para la emigración. Unos diez mil judíos alemanes se instalaron allí después de 1933, con la esperanza de sobrevivir en una cultura más segura y tolerante y no demasiado distinta de la suya, al menos exteriormente. Entre ellos estaba la familia Frank, de Frankfurt, cuya hija, la pequeña Anne, consiguió una triste fama póstuma por el diario que escribió en su escondite. Con treinta mil refugiados entrando en los Países Bajos, la mayoría con destino a Ámsterdam, el librero y editor local Emanuel Querido fundó una sucursal de su editorial para publicar en alemán obras de exiliados del nazismo; también fundó *Die Sammlung*, una revista dirigida a un grupo más amplio de exiliados literarios. Tanto desde una perspectiva humanitaria como económica, *Die Sammlung* fue un proyecto fructífero.

Entre los colaboradores de Querido cabe citar a intelectuales y escritores de la talla de Albert Einstein, Ernest Hemingway, André Gide, Lion Feuchtwanger, Aldous Huxley y Jean Cocteau, y también a autores cuyos nombres hasta entonces sólo eran conocidos en el mundo germanohablante, como el poeta Stefan Heym y los novelistas Jakob Wassermann, Max Brod y Joseph Roth, quien, en una carta a su colega Stefan Zweig, también en el exilio, manifestó que veía la situación con una lucidez desesperada: «A estas alturas, ya te habrás dado cuenta de que vamos a la deriva hacia grandes catástrofes. Aparte de las personales –nuestra existencia literaria y material está hecha pedazos–, esto desembocará en otra guerra. Yo ya no

daría un penique por nuestras vidas. Han conseguido aprobar esas leyes bárbaras. No te engañes. Reina el infierno.»[14] Querido, también judío, pudo, a pesar de todo, ayudar a muchos escritores exiliados. Murió a manos de los nazis en el campo de concentración de Sobibór (Polonia) en 1943.

Cuotas de supervivencia

La mayor parte de los judíos y otros refugiados que se detuvieron en París, Ámsterdam, Copenhague, Praga y otras ciudades de la Europa continental pensaban que su viaje aún no había terminado, y eran muchos los que querían llegar a los Estados Unidos. Sin embargo, las autoridades de inmigración de ese país tenían en mente una política proteccionista y estaban decididas a disuadir y, si era necesario, a deportar a todos los inmigrantes que llegaran sin recursos económicos suficientes. Además, el proceso de aprobación de nuevos ciudadanos potenciales contenía claras prioridades antisemitas.

La Ley de Inmigración de 1924 ya había contribuido no poco a limitar eficazmente la inmigración judía, pues fijaba cupos muy bajos para la Europa central y oriental, las regiones en las que vivían la mayoría de los judíos europeos; privilegiaba, en cambio, a los europeos del norte, los procedentes de Alemania y Escandinavia. No obstante, en 1933 la mayor parte de los inmigrantes alemanes eran judíos, y las autoridades de los Estados Unidos eran más reacias que nunca a conceder visados a los súbditos alemanes. En el periodo 1933-1940, durante el cual se podría haber concedido visados a 211.000 judíos alemanes, sólo a 100.987 les permitieron entrar en el país en virtud del cupo fijado en la Ley de 1924. Cuando dos políticos norteamericanos solidarios, el senador demócrata Robert F. Wagner y la diputada republicana Edith Rodgers, patrocinaron un proyecto de ley apoyados por sus respectivos partidos para que se permitiera la entrada de quince mil niños judíos exentos de visado, la iniciativa se enfrentó a la oposición de los senadores y diputados que socarronamente afirmaban que esos «bonitos niños judíos» acabarían siendo «judíos adultos feos». El proyecto de ley no pasó de la fase de estudio en comisión, y es posible que la mayoría de esos niños tampoco sobreviviera.[15]

Entre los que tuvieron la suerte de conseguir esos visados que con tanta angustia esperaban, estuvieron los Freudenheim de Berlín, una familia de judíos alemanes plenamente asimilada. Hans Freudenheim era un hombre culto y acaudalado, fabricante de enchapados de maderas exóticas que se empleaban para muebles de altísima calidad e instrumentos musicales; la prestigiosa empresa Bechstein de pianos de concierto era uno de sus mejores clientes. Orgullosamente prusiano en su ética del trabajo, Freudenheim había combatido en el frente occidental y le habían concedido la Cruz de Hierro, una distinción que a principios de 1930 lo llevó a creer que su familia y él se librarían de la persecución nazi. Era, en efecto, el modelo mismo de alemán de clase de media: comerciante próspero, ciudadano serio, demócrata por convicción y con un alto nivel cultural, tenía una pequeña biblioteca privada y un abono anual a la Filarmónica de Berlín. La identidad judía de la familia se reducía a poco más que los lazos familiares que la unían con unos parientes ortodoxos de Bohemia. Sin embargo, tras la aprobación de la leyes raciales de 1935, Freudenheim tomó conciencia de la seriedad de la situación y decidió huir con su familia. En 1937 consiguieron finalmente los visados norteamericanos, gracias a la intervención personal del almirante Claude Bloch, un primo lejano.

La historia de Bloch puede contarse como el éxito, nada habitual, de un judío. Nacido en Kentucky de padres inmigrantes de primera generación, había escogido la carrera militar y alcanzado el grado de almirante de cuatro estrellas; era el oficial judío de más rango de las fuerzas armadas estadounidenses y, después de 1938, comandante en jefe de la marina. Garantizar que sus parientes, a los que nunca había visto, no serían una carga para el Estado, posibilitó que los Freudenheim consiguieran los documentos necesarios para emigrar.

Así pues, los Freudenheim hicieron las maletas la misma noche en que recibieron los visados y se fueron por la mañana, a París, desde donde tenían pensado viajar a los Estados Unidos; pero, cuando llegaron a la capital francesa, no tardaron en sentirse parte de la intensa vida cultural de la comunidad de emigrantes, que les recordaba a Berlín, la ciudad que ya echaban de menos. En París, rehacer su vida no parecía un sueño imposible. Herbert, el hijo de Hans, que entonces tenía diecisiete años, recordó más tarde los días que pasó recorriendo los Campos Elíseos, admirando a las

chicas parisinas y los elegantes escaparates mientras soñaba con llegar a ser un francés *comme il faut*.

Sus esperanzas se vieron truncadas de repente cuando su padre comprendió que, en Francia, los judíos pronto también dejarían de estar a salvo de los nazis. Había creído que detrás de la línea Maginot –la larga serie de baluartes y fuertes de hormigón con instalaciones subterráneas de varios pisos construida después de la Primera Guerra Mundial como defensa contra futuros ataques alemanes– sería un hombre libre. No obstante, pronto advirtió que esa muralla protectora se detenía en la frontera belga y dejaba a Francia vulnerable a la misma ruta de ataque que el ejército alemán había elegido en 1914, y decidió que sólo poniendo un mar de por medio estarían a salvo de Hitler. Freudenheim y su familia se fueron a Londres llevando consigo sólo lo que podían cargar. Cuando llegaron a la capital británica, apenas les quedaban seis libras.

Los Freudenheim se instalaron en el noroeste de Londres, el nuevo refugio de muchos judíos alemanes en Inglaterra. Como en París, había cafés, restaurantes, librerías, clubs, tiendas de ultramarinos alemanes, y también periódicos en la lengua de Goethe. En la indigencia, pero no desesperado, el comerciante de Berlín buscó una manera de proveer a la familia, primero comprando col blanca, sal y toneles de vino rancio para hacer *sauerkraut*, la apreciada col fermentada que entonces no se conseguía en Londres, y después, cuando el negocio empezó a ir sobre ruedas, adquiriendo excedentes de bodegas de las grandes casas de campo, y así se recicló en vinatero, una ocupación para la que le vinieron de perlas su vida anterior de hombre rico y las muchas cenas que había disfrutado en restaurantes de categoría.

Para Herbert, su hijo menor, la adaptación a otra nueva gran ciudad no fue tan bien al principio. Hablaba francés, pero no inglés; Londres le pareció gris y deprimente, y no soportaba el patriotismo empecinado de su padre y su inflexibilidad prusiana. Cuando descubrió la Cruz de Hierro, se enfadó tanto que quiso hacerla desaparecer por el inodoro. Freudenheim vio lo que su hijo se disponía a hacer y consiguió rescatarla; después abofeteó al joven, al que nunca había pegado. «¡El emperador era un oficial y un caballero!», gritó.[16]

«De todos los garitos de todas las ciudades del mundo...»

Para algunos refugiados alemanes, la ayuda llegaba únicamente a través de contactos familiares, como los que Freudenheim tenía con su primo lejano de Norteamérica. A otros les ayudaba el ser ya famosos. Einstein, Thomas Mann y el hoy casi olvidado novelista Lion Feuchtwanger, que en su época publicó verdaderos bestsellers, no tenían problemas para que los aceptaran ni para integrarse en el extranjero. Muchos de ellos tenían trabajo o no necesitaban trabajar porque contaban con recursos propios más que suficientes. Para los actores, compositores, directores y otros trabajadores de la industria del cine, la única manera de asegurarse un visado de los Estados Unidos consistía en recibir una invitación de Hollywood, un documento que se les facilitaba para convencer a las autoridades de inmigración. Obtenerlo no era sencillo, pero a veces se ofreció una solución a un gran número de artistas incluso con contratos falsos. No obstante, por lo general sus carreras se vieron afectadas por serias interrupciones; algunos nunca se recuperaron. Para los actores, el idioma solía ser una barrera infranqueable, y algunos artistas hasta entonces venerados en su país se vieron forzados a interpretar papeles menores o a desempeñarse únicamente como actores de carácter.

Un actor austriaco que decidió emigrar para no quedar excluido de la profesión fue Paul Georg Julius, *Freiherr* (barón) von Hernried y *Ritter* (caballero) von Wassel-Waldingau. Como esos largos apellidos aristocráticos no servían de gran ayuda en los escenarios, profesionalmente se lo conoció como Paul von Hernried. Las cosas no le habían ido mal, y había hecho carrera como actor teatral con el legendario director Max Reinhardt y también había trabajado en cine. Después de la guerra civil que se declaró en Viena en 1934, cuando los fascistas austriacos empezaron a hacerse con el poder, en 1935 Hernried consiguió emigrar a Inglaterra.

Trabajar en el teatro y en el cine en una lengua distinta de la materna no era fácil, y se vio reducido a interpretar pequeños papeles, en su mayor parte, y aunque parezca irónico, de oficial nazi. La gran oportunidad sólo le llegó cuando a principios de la década de 1940 se instaló en Hollywood, donde le ofrecieron el papel de Victor Laszlo, heroico combatiente de la Resistencia, en una película ambientada en el norte de África, donde abundaban otros emigrantes desesperados, criminales sin escrúpulos y

oficiales nativos corruptos. Para que el público anglófono no tropezara con problemas de pronunciación, el estudio le cambió el apellido, y Paul von Hernried pasó a llamarse simplemente Paul Henreid; la película, de 1942, era la mítica *Casablanca*.

El elenco de esa legendaria evocación de pasiones y de luchas por un visado entre individuos de procedencias muy diversas pero igualados todos en el exilio, es un ejemplo del impacto que la huida de la Alemania nazi tuvo en Hollywood durante la década de 1930. Humphrey Bogart, el protagonista norteamericano, y su amor (im)posible, la sueca Ingrid Bergman, fueron dos excepciones, junto con el director, Michael Curtiz –nacido Manó Kertész-Kaminer en Budapest–, que había emigrado a Los Ángeles en la década de 1920, y el compositor de la banda sonora, el vienés Max Steiner, que también había llegado a Hollywood hacia 1929. Aparte de esos exiliados voluntarios, la comunidad de emigrantes del Rick's Café era bastante real. El reparto se había formado teniendo en cuenta la autenticidad, sobre todo en lo que atañe al *physique du rôle* de la clientela y sus acentos. En este punto, los encargados del cásting descubrieron un verdadero tesoro, actores cuya historia personal solía parecerse mucho a la de los personajes que interpretaban. Paul Henreid resultó perfecto para el papel de Laszlo, el rival de Bogart por el amor de Ingrid Bergman.

El amable camarero rechoncho era S. Z. Sakall, nacido Gerö Jenö en Hungría en el seno de una familia judía, que había huido en 1940. En una ironía conmovedora, el personaje del ruin comandante Strasser lo interpretó Conrad Veidt, que, enemigo acérrimo de los nazis, había dado la espalda a su patria alemana en 1933. Curt Bois, el carterista, había abandonado Berlín en 1934; Marcel Dalio, el crupier, nacido Israel Moshe Blauschild, se había visto obligado a marcharse de su París natal; otro austriaco era Helmut Dantine, que había pasado una breve temporada en un campo de concentración antes de poder viajar a los Estados Unidos, y que estuvo más que creíble en su papel de jugador y joven amante atormentado al que Rick (Bogart) le permite ganar un poco de dinero.

Y hubo muchos otros, refugiados todos ellos, que salían adelante como podían interpretando papeles de poca relevancia en el cine: Louis V. Arco (de Viena), Trude Berliner (de Berlín), Ilka Grüning (de Viena), Richard Ryen (nacido Richard Révy en Hungría), Ludwig Stössel (austriaco) y, en el papel del siniestro y desventurado señor Ugarte, el famoso Peter Lorre,

nacido László Löwenstein. Lorre había llegado a lo más alto de su carrera en Alemania en la década de 1920, sobre todo después de interpretar al asesino de la célebre *M, el vampiro de Düsseldorf*, de Fritz Lang, pero se había visto obligado a emigrar; en su país de adopción lo encasillaron en el papel, mitad siniestro, mitad cómico, del villano de ojos saltones.

Cuando en Europa la situación fue volviéndose cada vez más peligrosa, los que querían emigrar a cualquier precio y no conseguían un visado para países como los Estados Unidos, uno de los destinos preferidos, se declararon dispuestos a emigrar a cualquier parte que pareciera segura. Otra rama de la familia Freudenheim vivió una odisea que la llevó por siete países hasta que llegaron a Montevideo. Fritz Freudenheim, que entonces tenía once años, dibujó un mapa del viaje y lo tituló alegremente «¡De la vieja patria a la nueva!».

Sudamérica llegó a ser un destino importante para los emigrados. Personas con una vida y una carrera en Berlín, Múnich o Hamburgo que muy poco habían contribuido a prepararlos para prosperar en otro país, a menudo demostraron tener una buena capacidad de adaptación. En 1935, Erich Auerbach, filólogo judío nacido en Berlín y profesor en Marburgo desde 1929, emigró a Estambul, donde escribió, en gran parte de memoria, *Mímesis*, su gran e intemporal obra de crítica literaria. El filósofo vienés Karl Popper se fue lo más lejos posible, y ejerció en el Canterbury University College de Christchurch, Nueva Zelanda, donde escribió su obra más influyente, *La sociedad abierta y sus enemigos*.

Es posible que el lugar más impensable de todos para exiliarse, el más alejado desde el punto de vista cultural, fuese Shanghái, la legendaria ciudad china del comercio, el vicio y la complejidad urbana. En aquellos días no hacía falta visado para entrar en Shanghái. «El último lugar del mundo al que podíamos ir era Shanghái», recuerda un emigrado. Hasta finales de 1938 y el pogromo de la *Kristallnacht*, la noche de los cristales rotos, que asoló a toda Alemania, y así llamada por los miles de ventanas y escaparates de comerciantes judíos destrozados durante la noche del 9 al 10 de noviembre, sólo unos mil quinientos habían hecho el largo viaje hasta Shanghái. Después el número se multiplicó por diez. Los recién llegados tuvieron la suerte de que algunos miembros de la comunidad sefardita local, cuyos antepasados habían llegado con los comerciantes rusos en el siglo XIX, no sólo eran ricos sino también solidarios. Con todo, vivían en una

incertidumbre constante, y las condiciones de vida siguieron siendo las básicas para miles de refugiados que con frecuencia ni siquiera podían permitirse un *strudel* en una de las tiendas de la «Pequeña Viena» de Shanghái o un café en algunas de las *Kaffeehäuser* de los inmigrantes.

Berlín en el Levante

Eran muchos los que querían huir de la Alemania nazi, y para los judíos sólo había una opción directamente accesible. Desde la Declaración de Balfour de 1917, en la que el ministro de Exteriores británico había establecido que «el Gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos la creación, en Palestina, de una nación para el pueblo judío», la causa sionista, en Europa y más allá, se había fortalecido.[17] Después de 1918, y tras muchos años de nacionalismo, antisemitismo y conflictos cada vez más enconados, muchos judíos llegaron a ver en Palestina una salida viable, o incluso una necesidad histórica absoluta; otros la rechazaron con igual vehemencia.

Especialmente para los judíos jóvenes de Europa, la militancia en las organizaciones y clubs deportivos sionistas había sido una manera eficaz de responder a su progresiva exclusión de sociedades cada vez más preocupadas por sus respectivos mitos nacionales. Eran muchas las corrientes sionistas, mutuamente contradictorias a veces, y abarcaban desde una variante decididamente secular, cuyo objetivo era eliminar el antisemitismo haciendo de los judíos personas «normales», hasta las comunidades ortodoxas que anhelaban regresar a la Tierra Prometida, donde se prepararían para la llegada del Mesías. Había también socialistas pragmáticos que ansiaban realizar el sueño de fundar comunidades ideales en armonía con la población árabe local, y nacionalistas de extrema derecha resueltos a expulsar o eliminar a cualquiera que representara un obstáculo para la fundación de una nación judía. No obstante, estos últimos eran una minoría; la mayor parte de los recién llegados tenían ideas pacifistas.

El objetivo del sionismo no era solamente instaurar un Estado judío en Palestina (de hecho, se debatía exaltadamente sobre la necesidad de tener un Estado propio y su posible ubicación), sino también crear una nueva clase de judíos. Al pálido y descarnado *yeshive bójer* (en yídish, estudiante

de una *yeshivá,* escuela donde se estudian el Talmud y la Torá) se lo rechazaba por su imagen típica de víctima en un mundo que hacía cada vez mayor hincapié en el militarismo y la masculinidad –hasta el punto, en algunos lugares, de caricaturizar al superhombre nietzscheano–. Había que reemplazar la imagen antigua y afeminada por la del judío nuevo, musculoso, bronceado, orgulloso y seguro de sí mismo, capaz de cultivar la tierra y de luchar, un pionero y un héroe capaz de hacer frente a cualquier desafío físico.

En la práctica, la experiencia de vivir en Palestina en la década de 1930 fue, a pesar de los muchos desafíos prácticos, menos épica de lo que habían imaginado. Conseguir un visado para entrar en el protectorado británico no era fácil, pero la vida en un país esencialmente árabe exigía un enorme reajuste mental incluso a los que se atrevían a instalarse allí, hombres y mujeres más acostumbrados a los cafés y las aulas de las universidades de Lemberg (hoy Lviv, en Ucrania), Viena, Londres, Berlín o París que a la vida de los pioneros en el Levante. Los verdaderos pioneros, los colonos de los kibutz de todo el país, encontraron entre los árabes del lugar gente tolerante con unos europeos aparentemente locos que ansiaban deslomarse en el desierto, pero también muchos nativos hostiles a la intrusión, que los recibían con rencor e incluso con violencia.

En las ciudades, la vida era menos conflictiva, aunque no por ello menos extraña. Jerusalén todavía era un lugar pintoresco, con sus promesas legendarias, si bien contradictorias entre sí, y cargaba con un bagaje histórico demasiado pesado y demasiadas expectativas para ser un lugar atractivo en el que instalarse. Aparte de la Ciudad Santa y la ciudad portuaria de Haifa, los judíos alemanes preferían un nuevo asentamiento fuera de la antigua ciudad árabe de Jaffa, un lugar con más carácter europeo, villas construidas en el estilo de la Bauhaus y grandes edificios públicos: era Tel Aviv, la «colina de la primavera».

Entre los que habían emigrado con la intención de construir un destino para ellos y su pueblo había muchos judíos de los antiguos territorios habsbúrgicos de Centroeuropa y también del ahora destrozado imperio ruso. Tras siglos de opresión, estaban decididos a empezar de cero. Emblemático fue su deseo de no comunicarse en uno de sus antiguos idiomas, y mucho menos en yídish, la lengua de su humillante vida en el gueto. Buscando un idioma que los condujera hacia el futuro, revivieron y reformaron el hebreo

antiguo para convertirlo en una lengua viva, con nuevas palabras inventadas que se correspondieran con realidades que los escribas de la Biblia no habían conocido. El filósofo Martin Buber, junto con intelectuales más jóvenes, como el filólogo e historiador Gershom Scholem, de Berlín, y el historiador Hugo Bergmann (Samuel Hugo Bergman), de Praga, intentaron llenar el hueco de la antigua tradición cultural hebrea con nuevos valores e incluso con significados místicos en un contexto esencialmente secular.

Aquellos que habían emigrado a Palestina por pura necesidad más que por convicción sionista, intentaron ignorar que ahora paseaban por Sheinkin Street o King David Street y no por el bulevar Unter den Linden en Berlín. Siguieron usando sus ternos de siempre aun en los veranos más tórridos y leyendo la prensa alemana en unos cafés cuyos dueños hacían todo lo posible para que la clientela olvidase que el camello seguía siendo el medio de transporte preferido en las calles de la ciudad. En las librerías, y en las estanterías de las casas particulares, pilas de obras de Goethe, Schiller, Heinrich Heine y Thomas Mann. No era para ellos el sueño del nuevo judío, y se limitaban a llorar lo perdido y a tratar de adaptarse lo mejor que podían a ese presente caluroso, depauperado y provinciano.

Según una leyenda de la época, un profesor judío alemán tenía un retrato de Hitler en el escritorio de su estudio de Tel Aviv. Cuando otro emigrado fue a visitarlo y lo vio, se escandalizó y, tras reprochárselo, le preguntó cómo podía tener en su casa el retrato de semejante monstruo. «Lo necesito», repuso el profesor. «Me recuerda que no debo echar de menos mi país.»

1936: CUERPOS HERMOSOS

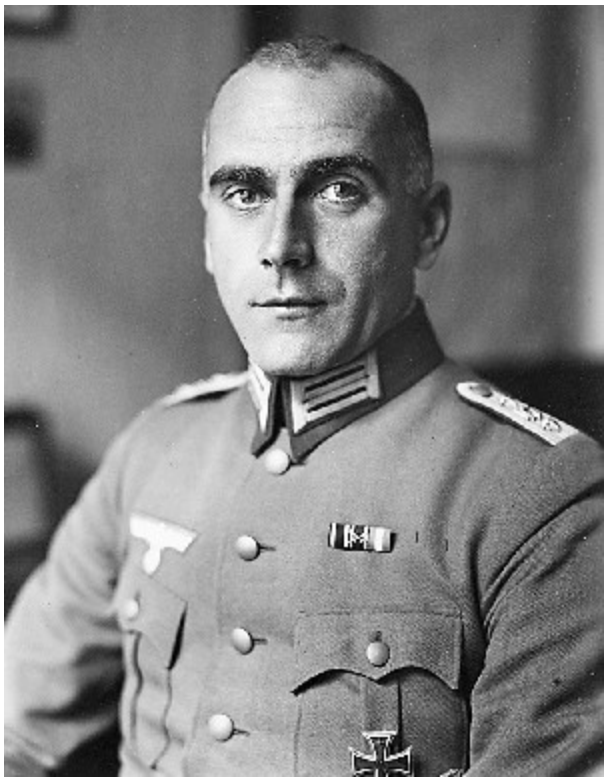
Wolfgang Fürstner decidió quitarse la vida, y puede afirmarse que lo hizo a raíz de un repentino giro de los acontecimientos. Capitán del ejército alemán, su carrera había simbolizado las virtudes patrias en un país del que siempre se había sentido orgulloso y que ahora promulgaba leyes cada vez más duras. Era hijo de un comandante de un buque de guerra, y su madre descendía de la aristocrática familia Von Reventlow. Oficial y patriota ferviente, Fürstner había tenido conexiones personales con gran parte de las personalidades más distinguidas de Alemania, a las que adoraba, y también conoció a un par de personajes de entre los más bohemios de su época. A éstos los despreciaba.

Tras haber combatido con gallardía en la guerra, se había apuntado a una intransigente militancia de derechas. En un retrato puede vérselo mirando directamente a la cámara, erguido, orgulloso y con el pelo bien corto; una Cruz de Hierro de la Gran Guerra adorna el bolsillo izquierdo de la pechera, y a la derecha se ven el águila y la esvástica del ejército de Hitler. En los caóticos años anteriores a 1921 había estado al mando de una sección del *Freikorps*, unidad paramilitar fascista que se enfrentaba contra los comunistas en las calles de Berlín. Organizar y disciplinar a grandes masas era su pasión. Mientras aún servía como oficial, había dirigido el programa de deportes del Deutsche Offiziersbund, la Federación de Oficiales Alemanes. Fue uno de los primeros en afiliarse al NSDAP, donde llegó a ocupar un alto cargo en el mundo alemán de los deportes. Asimismo, formó parte del comité organizador de los Juegos Olímpicos de 1936.

En 1931, Alemania había sido elegida para acoger las Olimpiadas; fue un gesto con el que se pretendía agradecer la conciliación de posguerra, y así se readmitió al país en la familia de las naciones. Para el gobierno de Hitler, fue un desafío y una oportunidad a partes iguales. Por fin se podría mostrar al mundo la nueva Alemania, dirigida por su gran líder como una tierra pacífica que también era una potencia. No tardaron en iniciarse los preparativos; todo tenía que ser gigantesco. Ningún plan era demasiado ambicioso, ningún detalle demasiado nimio. Joseph Goebbels, el ministro

de Propaganda de Hitler, se tomó los juegos como un ejercicio de relaciones públicas a gran escala para el régimen nazi. A principios de 1934, como parte de su ambicioso plan, nombró a Fürstner, soldado condecorado y hombre de confianza, comandante de la Villa Olímpica. De él dependería el bienestar de todos los atletas, así como las muchas impresiones que se llevarían al volver a sus respectivos países.

Fürstner se dedicó de lleno a la tarea de transformar unos antiguos cuarteles en un complejo con ciento sesenta alojamientos individuales, salas de reunión, espacios comunes y consultas médicas, entre otros servicios. El nuevo comandante tomó en cuenta las necesidades y los hábitos de atletas de distintas disciplinas y naciones. A los levantadores de pesas los alimentaron con *steak tartare* e hígado picado crudo. Los atletas indios tuvieron su dieta vegetariana. A la delegación británica no le faltaron la leche malteada ni las verduras hervidas. Según el reglamento, los atletas de los Estados Unidos comerían bistec al mediodía, pero no «arenques ahumados». De los chilenos se tuvo en cuenta su afición a consumir «grandes cantidades de mermelada», y los finlandeses tuvieron arándanos en abundancia. Mientras Fürstner se ocupaba de no dejar nada al azar en lo tocante al alojamiento de los atletas, la policía se dedicó a «embellecer» las calles de Berlín arrestando a centenares de vagabundos y «gitanos» para ocultarlos en un campo de internamiento en las afueras de la ciudad, lejos de la mirada de los posibles turistas.



Un oficial de la cabeza a los pies: Wolfgang Fürstner se suicidó tras asistir a un banquete en honor de su sucesor.
Bundesarchiv, Koblenza

Cuando los preparativos llegaron a su fase final, a Fürstner lo felicitaron por el trabajo realizado. Su villa parecía una postal de cine, y funcionaba como un mecanismo de relojería; había dentistas, barberos y prensa internacional. Consciente de su gran responsabilidad, quiso hacer una villa perfecta, pues Alemania quería ganarse la buena voluntad de todas las naciones visitantes. No obstante, una intensa polémica empañó los preparativos para el gran acontecimiento. El Comité Olímpico Internacional (COI) había insistido en que no se discriminase a los atletas judíos, a quienes también se les debía permitir formar parte de los equipos alemanes.

Algunas organizaciones judías habían hecho un llamamiento a boicotear los juegos, y varias asociaciones de izquierda prepararon una Olimpiada de los Trabajadores con sede en Barcelona; durante varios meses nadie tuvo claro si finalmente las Olimpiadas se celebrarían o no. Desde su exilio en París, el escritor alemán Heinrich Mann declaró: «¿Cómo puede respetar los deportes pacíficos y a unos atletas pacifistas un régimen que se basa en los

trabajos forzosos y la esclavitud de masas y que sólo existe gracias a una propaganda mendaz? Créanme, los atletas internacionales que vayan a Berlín, allí sólo serán gladiadores, presos y bufones de la corte de un dictador que ya se ve a sí mismo como amo del mundo.»[1]

Sólo gracias a un pacto se había conseguido que Alemania se asegurase los Juegos de Berlín. El Reich había garantizado que habría atletas judíos y que no se discriminaría a los judíos durante las Olimpiadas. Discretamente, la dirección del Partido Nazi dio la orden de quitar de las calles los carteles y mensajes antijudíos mientras durasen los juegos. Así pues, Alemania estaba obligada a presentar al menos a un atleta judío en el equipo nacional. La elección recayó en Helene Mayer, que en realidad era medio judía, tiradora de esgrima rubia y de ojos azules que ya había huido de la discriminación y estaba viviendo en Los Ángeles. Mayer era una atleta excepcional, candidata segura al oro olímpico. En 1924, cuando tenía trece años, había ganado los campeonatos nacionales alemanes y, cuatro años después, una medalla de oro en los Juegos de Ámsterdam, pero nada de eso impidió que en 1933 la expulsaran de su club de esgrima, tras lo cual se refugió en los Estados Unidos. Ahora, las autoridades nazis la contactaron para invitarla, dándole a entender no sólo que su participación sería bienvenida, sino también que una negativa no les pondría las cosas fáciles a los miembros de su familia que aún seguían en Alemania.

Mayer, considerando que se encontraba en buena posición para negociar, pidió que le devolviesen la nacionalidad alemana, pero al final tuvo que resignarse a volver a su país sin ninguna garantía al respecto. La prensa recibió instrucciones en el sentido de no informar sobre su llegada y no mencionar en ningún caso su ascendencia judía. Finalmente sólo consiguió una medalla de plata; cuando subió al podio, hizo el saludo nazi, no por sentirse orgullosa de su patria, sino para proteger a su familia.

De esos gestos públicos para ocultar el miedo íntimo se vieron muchos durante las Olimpiadas, sobre todo entre los judíos, que, mientras los reflectores internacionales enfocaban a Alemania, vivieron unas extrañas «vacaciones» del maltrato diario que padecían. El lingüista Victor Klemperer, que había perdido su plaza en la universidad, llevó un triste diario de lo que ocurría en su país. Hombre de una gran cultura y educado en la antigua tradición alemana, consideraba que todos los Juegos Olímpicos –no sólo los de 1936– eran una celebración indigna del

nacionalismo histérico, una ocasión en la que la cultura de una nación se igualaba no con altos logros intelectuales o artísticos, y mucho menos con el trato humano que esa nación daba a sus súbditos, sino simplemente con la velocidad con la que un individuo era capaz de correr. No obstante, los juegos de ese año eran «una iniciativa política de principio a fin. [...] A los nativos y a los extranjeros no dejan de inculcarles a machamartillo que lo que allí ven es un espíritu en alza, floreciente y nuevo, la unidad, la solidez, el esplendor y también, naturalmente, el espíritu pacífico y el amor al mundo del Tercer Reich».[2]

En mayo, tres meses antes de la inauguración oficial de los juegos, despidieron sumariamente a Wolfgang Fürstner de su puesto de comandante de la Villa Olímpica. Las autoridades competentes alegaron que, durante un día de puertas abiertas, algunos visitantes locales poco cuidadosos habían dañado las estructuras del complejo; pero la verdadera razón no tardó en conocerse. Ocho meses antes, durante el gran mitin anual en Núremberg, los nazis habían anunciado la introducción de nuevas leyes raciales, en virtud de las cuales, entre otras cosas, a los judíos se les retiraría la nacionalidad alemana y se les prohibiría casarse o tener relaciones sexuales con personas de otra religión. Concienzudos como siempre, los genealogistas del Reich determinaron que Fürstner tenía un abuelo judío y lo clasificaron entre los que tenían «una cuarta parte de judío». El oficial, que posiblemente desconocía ese detalle sobre sus antepasados, no salía de su asombro. Lo degradaron a subcomandante y lo reemplazaron con un militar más joven y «ario», absolutamente dispuesto a cosechar los frutos del meticuloso trabajo de Fürstner.

Enfrentado no sólo a la degradación, sino también a la expulsión del ejército, Fürstner se mostró estoico. Asistió a todos los juegos, e incluso a una cena en honor de su sucesor el 19 de agosto, tres días después de la clausura. En mitad de la comida, se disculpó y se dirigió al cuartel donde se alojaba, sacó su arma de la pistolera de cuero, se apuntó a la sien y apretó el gatillo. Tenía cuarenta años.

La prensa alemana recibió instrucciones para presentar lo ocurrido como un trágico accidente de automóvil. Lo enterraron con honores militares en el Invalidenfriedhof de Berlín, un cementerio castrense donde estaban enterrados otros héroes alemanes, como el as de la aviación Manfred von

Richthofen, «el Barón Rojo». Así quedó a salvo la reputación del Reich, y Fürstner se llevó su secreto y su desesperación a la tumba.

El color del oro

Fueron pocos los que, en el cuartel, oyeron el disparo. Dos semanas antes, el 3 de agosto de 1936, el sonido de otro disparo se había podido oír en todo el mundo: la detonación breve y seca de la pistola de salida para los 100 metros masculinos, quizá el momento más prestigioso de todos los juegos. El propio Hitler vio a los corredores ocupar su posición en la línea de partida. La gran esperanza blanca de Alemania era Erich Borchmeyer, que a los treinta y un años ya era un veterano. Muy cerca de él, un estudiante norteamericano, diez años menor que el alemán. «Miré la pista, los 100 metros que tendría que correr hasta llegar a la meta, y me puse a pensar en todo lo que me había costado llegar hasta ahí», reflexionó más tarde el joven. «Y mientras miraba el uniforme del país al que representaba y tomaba conciencia de que, al fin y al cabo, yo sólo era un hombre igual a todos los demás, de repente tuve la sensación de que mis piernas no podían cargar siquiera con el peso de mi cuerpo.»[3]

Jesse Owens dejó atrás el bloque de salida y entró en la historia del deporte con un tiempo de 10,3 segundos. En la película que se filmó ese día, vemos a Hitler, espectador animado en la mayoría de las demás competiciones, con cara de piedra y dando la espalda disgustado. Owens era afroamericano, como Ralph Metcalfe, el ganador de la medalla de plata. Aunque estaba previsto que felicitaría personalmente al ganador, Hitler abandonó el estadio antes de la ceremonia de entrega de los premios.

Aunque a Owens le importó poco el desaire del Führer, en los Estados Unidos los periódicos publicaron un sinnúmero de comentarios indignados sobre una actitud que consideraban un claro insulto. Con todo, esa reacción de los medios norteamericanos irritó a Owens. Los mismos que ahora reclamaban un trato justo a un atleta norteamericano en Alemania siempre lo habían tratado como a un ciudadano de segunda en su país. Owens, hijo de un aparcero de Alabama, era el menor de nueve hermanos nacidos todos en la pobreza. De pequeño, solía esconderse de las niñas del lugar porque no tenía ropa suficiente para cubrirse como mandaba la decencia. Durante

la Primera Guerra Mundial, la familia se había instalado en Cleveland, Ohio; fue una más de los cientos de familias de negros sureños que decidieron buscar una vida mejor en los estados del Norte.

En el colegio, la velocidad del niño no tardó en atraer la atención, y lo inscribieron en competiciones que con toda probabilidad ganaría. En 1932, con dieciséis años, lo eligieron para formar parte del equipo olímpico de los Estados Unidos. El año siguiente igualó el récord mundial de 9,4 segundos en las 100 yardas. A pesar de que nunca aprendió a leer bien, le concedieron una plaza en la Universidad Estatal de Ohio, de mayoría blanca, donde pudo concentrarse en el deporte.

Owens era un estudiante que se beneficiaba de una beca especial por ser un atleta talentoso, pero no le permitieron alojarse en una de las residencias para hombres de la universidad. En los restaurantes locales se negaban a servirle, y tenía que usar la puerta trasera de los estadios para poder competir en muchas de las carreras que acababa ganando. Su situación económica era precaria; mientras entrenaba, se ganaba la vida trabajando de ascensorista y, también, de portero de la cafetería de la universidad. Después de competir en alguna carrera en otra ciudad, Owens y sus colegas, atletas negros todos ellos, a menudo comían en el coche y dormían en el albergue para vagabundos local, el único lugar al que les permitían acceder. Una vez, en Kokomo, Indiana, escaparon por los pelos de un linchamiento.

En los Juegos Olímpicos de 1936, Owens ganó tres medallas de oro más, un logro histórico en sí mismo, pero cuando volvió a los Estados Unidos, el atleta más destacado del país ni siquiera recibió un telegrama de felicitaciones del presidente Franklin D. Roosevelt. Faltaba muy poco para las elecciones, y el presidente no podía permitirse adular públicamente a los negros. Más tarde, Owens dijo que ese desaire le dolió más que la ridícula irritación de Hitler el día de su victoria.

La creación del Hombre Nuevo

A pesar de que Alemania había presentado el equipo olímpico más numeroso y había cosechado el mayor número de medallas (89 de un total de 388), la jerarquía nazi tenía razones de sobra para sentirse consternada por el rendimiento espectacular de los atletas negros y asiáticos, y también

de los judíos, durante los juegos olímpicos de 1936. La intención del régimen había sido mostrar al mundo no sólo la generosidad y el carácter abierto del pueblo alemán y de su nuevo gobierno, sino también, e igualmente importante, el despliegue de la superioridad alemana «aria», tanto mental como física, para situarse por encima de todas las demás naciones, sobre todo las de una raza «inferior». Jesse Owens había acabado con esas pretensiones de los nazis, y aunque Albert Speer, el arquitecto del nacionalsocialismo, oyó a Hitler mascullar algo así como que los «negros estaban más cerca de los animales» que los blancos y que por eso corrían más rápido que los hombres, la propaganda de la raza dominante se había mostrado como lo que realmente era.

Para los ideólogos nazis se trataba de un punto fundamental. La buena forma física no era sólo un medio para afirmar la superioridad racial; era el centro mismo del nacionalsocialismo, como lo era también de otros movimientos de la época, incluidos el comunismo soviético y el sionismo. El objetivo último consistía en algo más que ser un pueblo más fuerte; lo que se quería conseguir era transformar la naturaleza humana, creando, de hecho, un Hombre Nuevo.

Estatuas de atletas en la entrada del complejo deportivo de Dresde, 1936.
Getty Images

Como todo elemento político poderoso, esa esperanza de transformación humana tenía importantes antecedentes mitológicos. El Hombre Nuevo era un motivo importante de la teología apocalíptica cristiana, y también lo habían hecho suyo con entusiasmo los pensadores renacentistas que querían volver a vivir a imagen de la Antigüedad clásica. En Ginebra, Jean-Jacques Rousseau había soñado con el renacimiento espiritual en el *Contrato social* (1762), y sus palabras tuvieron un profundo impacto en el pensamiento totalitario del siglo XX: «Quien se atreve con la empresa de instituir un pueblo debe sentirse en condiciones de cambiar, por así decir, la naturaleza humana; de transformar cada individuo [...] en parte de un todo mayor, del que ese individuo recibe en cierta forma su vida y su ser; de alterar la constitución del hombre para reforzarla; de sustituir por una existencia parcial y moral la existencia física e independiente que todos hemos recibido de la naturaleza. [...] De suerte que si cada ciudadano no es nada, ni puede nada sino gracias a todos los demás, y si la fuerza adquirida por el

todo es igual o superior a la suma de las fuerzas naturales de todos los individuos, se puede decir que la legislación está en el más alto grado de perfección que se puede adquirir.»[4*]

A principios del siglo XIX, el filósofo alemán Friedrich Wilhelm Hegel había dado a conocer su visión de la apoteosis final de Alemania mediante un proceso inexorable de progreso humano hacia un tiempo y un lugar que estaban más allá de la historia. Aun siendo una fantasía casi mesiánica que identificaba la cumbre de la historia con el protestantismo del norte alemán, en especial de Prusia, el idealismo de Hegel ejerció una importantísima influencia dentro y fuera de Europa. Cien años más tarde, Friedrich Nietzsche contraatacó con una réplica desdeñosa a la visión de Hegel de un progreso supuestamente inevitable, y, en una respuesta profunda a la alienación y el estado de casi esclavitud que afloraban en la modernidad incipiente, esbozó su propia convicción de la trascendencia no de los pueblos sino de los individuos libres.

El concepto del superhombre, tal como lo expuso Nietzsche en *Así habló Zaratustra* (1883-1885), era más poético, más complejo y más sutil de lo que entendieron la mayoría de sus lectores, que, transportados por su prosa metafórica y extrañamente exaltada, construyeron una variedad de ideas vulgarizadas del *Übermensch*, concentrándose casi siempre no en la idea sorprendentemente budista o epicúrea de trascendencia personal, sino en fantasías de masa muscular y héroes semidesnudos que atravesaban con brío un paisaje imaginario y aterrador.

Durante las décadas de mediados del siglo XIX, la idea de trascendencia del aquí y ahora, de un objetivo teleológico de la historia y un mundo poblado por hombres y mujeres nuevos, también había servido para generar otra visión utópica del mundo, también fruto del pensamiento alemán. Los individuos sólo prosperarán, escribió Karl Marx, después de que una revolución política defina las condiciones adecuadas poniendo fin a la opresión y estableciendo la justicia social. La desaparición del capitalismo y de la servidumbre de las masas posibilitaría la regeneración espiritual y física de los individuos.

Marx y Nietzsche fueron los profetas de una nueva era caracterizada por sus muchos y diversos senderos; uno de ellos conducía al «racismo científico» y, desde allí, al nazismo. Hay otras dos teorías sin un vínculo intrínseco con el racismo que contribuyeron al surgimiento de la misma y

temible ideología política y social. El descubrimiento darwiniano de la evolución se integró sin tardanza en una teleología conservadora que consideraba que los seres humanos evolucionaban hacia un potencial que les era innato, y que la competencia biológica eliminaría poco a poco todas las imperfecciones del grupo genético más favorecido. La sucinta expresión «supervivencia del más apto» llegó a aplicarse no a la supervivencia de los mejor adaptados a su entorno, sino a la dominación inevitable de los más fuertes, no sólo en un estado natural, sino también, y de manera inquietante, en las sociedades humanas avanzadas.

La visión teleológica y pseudocientífica de un paraíso de la evolución, con sus seres perfectos en un futuro aún lejano, no era más que un andrajoso mandil de laboratorio echado por encima de una idea antigua y esencialmente religiosa, a saber, la trascendencia final de la humanidad y el advenimiento del Hombre Nuevo. No obstante, la «supervivencia del más apto» pronto se convirtió en apología y grito para convocar al capitalismo y su dogma del *laissez-faire*, y también en expresión de las exigencias de la eugenesia, que aspiraba a ayudar a la evolución con vistas a impedir que se engendrasen seres humanos «inferiores».

Hacia finales del siglo XIX, y en contra de ese armonioso coro de superhombres de varios timbres, una voz dejó oír una nota escéptica y claramente disonante. Para Sigmund Freud, el pionero del psicoanálisis, el sueño de la trascendencia era una mera ficción social impuesta a los individuos para controlar los impulsos naturales que se apartaban de la norma. Según Freud, las visiones de transformación en un ser superior y de una vida de dicha eterna sólo eran espejismos en el desierto de la vida burguesa de Viena y, por extensión, de la vida humana. Podían ser necesarias para que no desapareciera la esperanza, pero, así y todo, seguían siendo ilusiones.

Sueños que se convierten en pesadillas

En *Nosotros*, novela antiutópica de 1921, precursora de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley (1932), el autor ruso Yevgueni Zamiatin había satirizado la visión bolchevique de la sociedad como una máquina enorme, con su amor a la mecanización, a la hipereficiencia y la «gestión científica» del

taylorismo. En el futuro tecnificado en que se ambienta la novela, la individualidad acaba completamente eliminada.

> Miré hacia abajo, hacia las gradas. Siguiendo la ley de Taylor, rítmicos y rápidos, al mismo tiempo y al igual que las palancas de una enorme máquina, los hombres se doblan, se enderezan de nuevo y giran. En sus manos brillaban unas varas delgadas angulares, los travesaños y los recodos. Grandes grúas de cristal se deslizaban pausadamente por raíles de vidrio, giraban sobre sí mismas y se inclinaban con la misma obediencia que los hombres para dejar por fin su carga en la panza del Integral. Y estas grúas humanizadas y estos hombres perfectos eran como un solo ser. ¡Qué belleza tan emocionante, tan perfecta, cuánta armonía y ritmo!... ¡Rápido, bajemos rápido, todo me invita a estar con ellos! Trabajé junto a los demás, preso en el mismo ritmo cristalino, el mismo ritmo de acero... Movimientos uniformes, mejillas sonrosadas y sanas, unos ojos claros como espejos y unas frentes libres de las nubes que surgen por culpa de la ilusión y la imaginación.[5]

La pesadilla que imaginó Zamiatin parecía una amenaza inminente, y las posibilidades de hacer algo contra ella eran limitadas. Más que nunca tras el ascenso de Stalin al poder y la aprobación del Plan quinquenal, la respuesta soviética al problema de la técnica fue fervorosa: los seres humanos solamente eran valiosos si podían desempeñar los papeles que se le asignaban como piezas de una máquina gigantesca. El Hombre Nuevo soviético nacería en una incubadora totalmente automática.

Algunos artistas de vanguardia comprometidos políticamente, como el dibujante y arquitecto El Lissitzky y Vladímir Maiakovski, adoptaron un enfoque constructivista de la forma humana, presentando la imagen del cuerpo como una máquina del glorioso futuro soviético. No obstante, esa atrevida visión no gustó a las autoridades, para quienes, entre otras cosas, era imposible de controlar, y quedó rápidamente marginada. Con todo, el realismo socialista, la corriente artística declarada oficial en 1931, acabó siendo la predominante, y firmemente vinculada a la idea del nuevo *Homo sovieticus*, orgulloso, puro músculo y dotado de poderes sobrehumanos gracias a la educación soviética, y presentado en una sencilla forma figurativa aceptable tanto para las masas como para las autoridades.

El Hombre Nuevo superaba no sólo las limitaciones humanas, sino también los límites políticos. Esos jóvenes gloriosos, esculpidos en mármol, hormigón y bronce, también eran un símbolo poderoso de la autoproclamada «raza dominante» de Occidente. Los ejemplos socialistas solían incluir también a mujeres igualmente esculturales; en cambio, los modelos fascistas se centraban más en la masculinidad. De todos modos, los

observadores no tardaron en advertir que era difícil distinguir entre las heroicas visiones comunistas y las de sus enemigos ideológicos de derechas.

Los ideólogos fascistas y sus simpatizantes de Italia, Francia y Alemania habían llegado todos al mismo punto por distintas vías. A diferencia de los bolcheviques, que querían modelar a los individuos como si fueran piezas de una máquina, los fascistas aspiraban a liberarse del yugo de la existencia anónima moderna –y de la crisis de sentido que parecía formar parte de ella– decantándose por la proyección política de un pasado mítico en el que los cuerpos humanos habían sido supuestamente expresiones de arquetipos heroicos, fuertes y hermosos, en perfecta armonía con la naturaleza. En ese sentido, la naturaleza era la antítesis misma de la modernidad, con su énfasis esencialmente urbano en el liberalismo, el cosmopolitismo y la razón. Para los fascistas, la naturaleza era la voz interior del hombre, y hablaba en distintas lenguas a distintos pueblos o razas.

Los fascistas querían que ese Hombre Nuevo se elevara para arrebatarles la historia –y, por supuesto, el poder político– a aquellos que, en su opinión, habían trabajado activamente en su contra. En ese sentido, el nazismo fue mucho más lejos que otros fascismos, pues pedía un choque apocalíptico de ideologías, un enfrentamiento en el que las líneas de batalla se trazarían según distinciones raciales. Para los teóricos nazis, el capitalismo era ajeno al alma germánica: era una conspiración judía concebida para acabar con esa fuerza espiritual superior latente en todos los arios, que, como seres humanos, tenían un valor intrínseco también superior. En *Metrópolis* (1936), Fritz Lang había imaginado las enormes máquinas del sistema fabril como los brazos abiertos de los mandamases capitalistas, que controlaban y coaccionaban a personas que eran nobles por naturaleza. Los nazis se ocuparon de divulgar ampliamente su creencia de que al pueblo alemán le habían quitado su merecida victoria en la Primera Guerra Mundial, una «puñalada trapera» de los políticos cobardes que pactaron en Versalles; ahora tenían que restablecer el equilibrio y conseguir una posición acorde a su supremacía natural. A tal efecto, tenían que transformarse desarrollando las dotes innatas de su raza hasta que el resto del mundo los viera como los verdaderos superhombres.

¿Hacia un futuro mejor? Obrero y mujer de un koljós, *escultura de Vera Ignatievna Mújina*.
AKG IMAGES

Así, el culto nazi a la buena forma física se vinculaba al objetivo apocalíptico de la guerra racial, pero podía nutrirse de una cultura existente, y muy generalizada, de la conciencia física, la salud, la vida natural y el nudismo, en boga desde el siglo XIX y no sólo en Alemania, sino también en Gran Bretaña y otros países, especialmente en el norte de Europa. En el periodo de entreguerras, la cultura del cuerpo no fue en absoluto fascista *per se*.

Con frecuencia, aunque no necesariamente, el redescubrimiento del cuerpo humano como parte de la naturaleza, más que de la sociedad, iba de la mano de cierto grado de inconformismo social. Surgido en 1896, y enormemente popular durante los años de entreguerras, el movimiento alemán *Wandervogel* (Ave de paso) había animado a los jóvenes a salir de las ciudades y apartarse de las restricciones sociales de la familia para recorrer el campo a pie o en bicicleta, entonando canciones populares junto

a una hoguera, a vivir en comunión con la naturaleza y admirar los cielos estrellados, y para conocerse de una manera que probablemente habría sido imposible en la proximidad del entorno familiar.

No obstante, en el fermento de la República de Weimar, esos jóvenes excursionistas que tanto habían escandalizado a sus padres antes de 1914, ya parecían muy poco audaces. A principios de la década de 1920 ya existían comunidades nudistas socialistas e incluso escuelas alternativas en las que se adoraba al sol y todos iban desnudos. Habían proliferado los gimnasios y clubs deportivos dedicados a crear cuerpos más fuertes y más bellos; los campamentos de vacaciones para trabajadores incluían algunas horas de gimnasia con nudismo incluido, y en las playas se acotaban extensas zonas para el movimiento dedicado al «baño de aire y de luz». A lo largo de toda esa década, miles, si no cientos de miles de alemanes, participaron en el movimiento denominado *Freikörperkultur* (FKK), la cultura del cuerpo libre, que se convirtió en sinónimo de un nuevo estilo de vida sin las restrictivas normas burguesas, sin vergüenza del propio cuerpo... y sin ropa. En 1933, en vísperas de la llegada de los nazis al poder, las asociaciones FKK tenían alrededor de cien mil miembros registrados, y muchos más simpatizantes.

Para los nacionalsocialistas, el objetivo de fomentar la cultura física era una prioridad. Toda la retórica nazi estaba impregnada de imágenes del cuerpo, y ponía el acento en la salud, la buena forma y la fuerza. En 1935, cuando Hitler pronunció un discurso ante cincuenta mil miembros de las Juventudes Hitlerianas, los instó a ser «duros como el acero de Krupp, rápidos como galgos y correosos como el cuero». Las referencias a un cuerpo colectivo, el cuerpo del pueblo *(Volkskörper)*, y a la fuerza física y a una vida en armonía con la naturaleza, no podían faltar en ningún discurso, artículo y mensaje propagandístico nazi. Los cuerpos tenían que ser hermosos.

Con la intención de transformar sus ideas utópicas en una política concreta, los nazis tuvieron que hacer suyas esas prácticas, y en poco tiempo se adueñaron de las organizaciones y de los individuos que las representaban. Así como la vida cultural, la enseñanza universitaria, la administración pública y el sindicalismo se habían adaptado ideológicamente en cuestión de meses después de la toma del poder en

1933, también la cultura física acabó rápidamente controlada por esos modernos «forzudos».

Bajo el nuevo régimen, incluso los clubs FKK, hasta entonces de espíritu pacifista y ecuménico, se vieron obligados a expulsar a todos sus miembros judíos; las asociaciones deportivas se convirtieron en templos de los cuerpos «arios», y se publicaban revistas como *Gesetz und Freiheit* («Ley y Libertad») y *Deutsche Leibeszucht* («Culturismo alemán»), que satisfacían una demanda constante, en parte voyerística, de cuerpos castos y desnudos. En 1936, se reeditó el bestseller *Mensch und Sonne – arisch-olympischer Geist* («El hombre y el sol. El espíritu olímpico ario»), publicado en 1925; es decir, justo a tiempo para llegar a las librerías antes de la celebración de los juegos. Una mojigatería verdaderamente utópica puso punto final al potencial anárquico que pudiera haber prosperado en los clubs y las publicaciones anteriores al nazismo, y la prensa nazi publicó un sinnúmero de fotos sugerentes, aunque gazmoñas, de cuerpos desnudos. Eran esculturas vivientes y máquinas biológicas aceitadas en el molde de la Antigüedad, y ensalzaban la vida y la naturaleza, aunque obligadas a cubrir la desnudez en el cuarto oscuro del fotógrafo.

Mantener el sexo en la sombra fue también expresión de una preocupación fundamental que los nacionalsocialistas compartían no sólo con los fascistas italianos y los simpatizantes franceses y de otras corrientes derechistas, sino también con los bolcheviques. Liberar el cuerpo de la alienación de un entorno capitalista y de la impronta culposa de la moral cristiana era un objetivo importante, pero no tenía nada que ver con crear una generación de libertinos. Cuando los movimientos totalitarios europeos comenzaron a desarrollar sus variadas visiones de un futuro utópico mientras sus contrapartidas democráticas se dedicaban a la más humilde tarea de erradicar el chabolismo y luchar contra los males de la pobreza en las grandes ciudades, la higiene y la limpieza se convirtieron en palabras clave, y en sentido tanto físico como moral. La limpieza se predicaba como una forma de vida, y no tardó en ocupar el lugar del antiguo temor al pecado con una serie de nuevas visiones del horror. La masturbación, la homosexualidad, la promiscuidad y la falta de control de los impulsos ya no se presentaban como una perversión, como se había hecho hasta entonces, sino como algo sucio, infeccioso y potencialmente mortal para el individuo y la sociedad. Y, por supuesto, mortal también para la raza.

Es posible que el objeto más curioso, y más elocuente, que documente la obsesión occidental con la limpieza durante el periodo de entreguerras siga en pie en Dresde, donde se instaló en 1930. El Museo de la Higiene de Alemania se construyó en 1911, pero tres años después de la llegada de Hitler al poder lo realojaron en un edificio nuevo, orgullosamente racional y con influencias de la Bauhaus. El objetivo del museo es explicar no sólo el funcionamiento del cuerpo humano, sino también hechos básicos sobre una nutrición y una vida saludables. El lugar de honor lo ocupaba el «hombre de cristal», un cuerpo humano con los brazos alzados y la piel transparente, que permite ver los huesos, los órganos y las principales venas y arterias. Garboso y seguro de sí mismo, este hombre (que en realidad era de Cellon, uno de los primeros plásticos) parecía la encarnación perfecta de la modernidad: transparente, funcional y absolutamente racional.

Otras iniciativas encaminadas a enseñar limpieza e higiene a la población fueron claramente más agresivas. Fundada en 1933, la organización *Kraft durch Freude* («Hacia la fuerza por la alegría») proporcionaba entretenimiento barato y estrictamente regulado. En sus campamentos de vacaciones para trabajadores alemanes se practicaba ejercicio físico en abundancia, para niños y adultos. Asimismo, el programa incluía también cruceros. Los organizadores habían desarrollado meticulosamente una serie de ejercicios y actividades ideados para amalgamar en un único cuerpo obediente a individuos rebeldes e indisciplinados y prepararlos para las batallas del futuro, fuesen sociales o de otro tipo. No había un solo crucero sin gimnasia para todo el mundo en la cubierta, ni escapada a la costa báltica ni a la Selva Negra sin diana matutina y actividades colectivas más parecidas a maniobras militares: un mar de cuerpos moviéndose al unísono. En 1945 ya sumaban siete millones los viajes a campamentos vacacionales y 690.000 los viajes por mar vendidos a precio de coste, un «regalo del Führer».

En Alemania, y también en otros países, engendrar el Hombre Nuevo tenía también otra connotación, más literal. A esas alturas, el movimiento eugenésico ya era popular entre intelectuales de Gran Bretaña, los Estados Unidos, Francia, Bélgica, los Países Bajos, Suiza, Checoslovaquia, Argentina, Rusia, Italia y Escandinavia. En varios países, la esterilización forzosa de los «deficientes mentales» llegó a ser una política y una práctica (en algunos casos, como en los Estados Unidos y Suecia, duró hasta la

década de 1970). Sin embargo, el régimen nazi llevó las ideas de la eugenesia aún más lejos. A partir de 1933, en los hospitales y clínicas alemanes esterilizaron a más de cuatrocientas mil personas, y a la mayoría de ellas no voluntariamente. Después de 1939 llegó la oleada asesina de «eutanasia» de «bocas inútiles», las personas consideradas «no aptas para la vida».

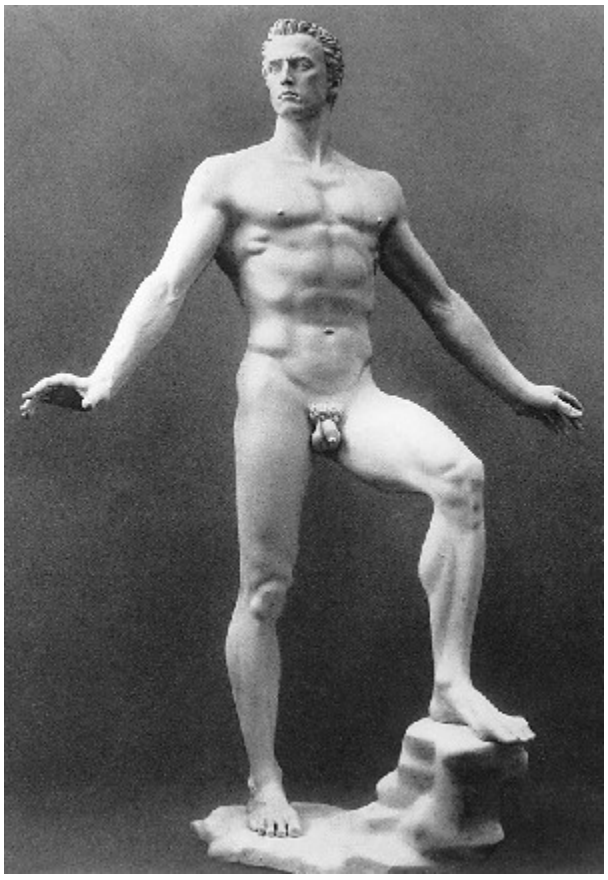
La eugenesia no era en absoluto una prerrogativa de la derecha política o de científicos cerriles como Francis Galton. De hecho, la idea tuvo una aceptación fuera de lo común entre personas de distintas opiniones en otros campos, aunque es verdad que la mayoría de ellas descendía de clases privilegiadas. Por ejemplo, en Gran Bretaña apoyaron las tesis de la eugenesia John Maynard Keynes, Winston Churchill, Virginia Woolf, George Bernard Shaw y Bertrand Russell, entre otros. Woolf tenía un hermano con una grave discapacidad psíquica con el que la habían obligado a compartir las comidas durante la infancia. Cuando, siendo ya adulta, tropezó durante una excursión campestre con una «larga fila de imbéciles», apuntó en su diario: «Era algo absolutamente horrendo. No cabe duda de que hay que matarlos.»[6] Todos creían que con alguna forma de gestión «científica» se podía contribuir a mejorar la reproducción a escala nacional.

El poeta William Butler Yeats estaba convencido de que la regeneración física aceleraría no solamente la regeneración política de su querida Irlanda, sino también el renacimiento espiritual. No obstante, al mismo tiempo también señaló: «Desde aproximadamente 1900, las mejores estirpes no se han regenerado en la misma proporción en que han ido desapareciendo; en cambio, los más estúpidos y menos sanos sí lo han hecho. [...] Si una reorganización económica [...] [puede] permitir que todo el mundo, satisfaga sin esfuerzo todas las necesidades vitales y acabar así con el control de la multiplicación de las masas incultas, el deber de las clases instruidas será controlar una o más de dichas necesidades. Las masas entrenadas y dóciles podrán tal vez rendirse, pero lo que parece más probable es una guerra civil prolongada. Y vencerán los diestros, montados en sus máquinas como los caballeros feudales montaban sus caballos con armaduras.»[7]

Existían también maneras más directas de crear una presunta utopía genética. En Alemania, Lebensborn («Fuente de vida»), una organización estatal fundada en 1935, se dedicó a producir los nuevos arios soñados por

Hitler seleccionando a hombres y mujeres que satisfacían los criterios raciales aprobados para un futuro pueblo germano, y que traerían al mundo niños para el Führer y el *Volk* alemán. Las posibles madres –todas con el imprescindible cabello rubio– se encontraban en un entorno institucional con apuestos mozos de clara ascendencia aria; a los hijos de esas uniones los integraban en un estricto sistema de enseñanza nacionalsocialista. En 1936, dicho sistema estaba –nunca mejor dicho– en pañales, pero al final de la guerra ya habían nacido unos quince mil bebés, los exponentes de la nueva raza dominante; los escolarizaban en centros que los críticos alemanes llamaron «las granjas de pollos de Hitler».

La imagen oficial de la nueva raza estaba en manos de Arno Breker, un escultor talentoso que había iniciado su carrera en París, donde había trabado amistad con artistas de la talla de Pierre-Auguste Renoir, Pablo Picasso, Jean Cocteau y Aristide Maillol. Breker regresó a Alemania en 1934, y a partir de entonces empleó sus dotes para esculpir representaciones de la desnudez heroica. Sus anodinas combinaciones de pomposidad y músculo pronto ornamentaron los edificios públicos, y a Hitler le encantaban los bíceps, la frente alta, el lomo y las poses visionarias de esos gigantes arios. No obstante, la poca gracia que pudieran exhibir no era deudora directa de la superioridad racial germana, sino del profundo conocimiento que Breker tenía de la escultura de la Antigüedad, que él se dedicó a copiar y, sin querer, también a satirizar a lo largo de toda su carrera.



El vencedor, *obra del escultor alemán Arnold Breker, ejemplo perfecto de la idea nazi del Hombre Nuevo*.
Bildrecht. Arnold Breker, Der Sieger/© Bildrecht, Viena, 2014

Breker no fue en absoluto el único artista que se inspiró en el arte grecorromano. Después de la Gran Guerra, el movimiento cubista, una vez vigoroso, se disolvió de manera abrupta, como si los artistas hubiesen perdido el valor y las ganas de presentar cuerpos fragmentados e identidades desintegradas. Picasso, reflector e iniciador a la vez de corrientes artísticas, había comenzado a pintar al estilo neoclásico ya en 1918; otros artistas no tardaron en seguirlo. En Rusia, el joven Serguéi Prokófiev estrenó su *Sinfonía clásica* ese mismo año; en París, Jean Cocteau comenzó a emplear un lenguaje neoclásico, también simplificado, en sus dibujos y decorados teatrales, e Ígor Stravinski abandonó la modernidad desmesurada de *La consagración de la primavera* para componer variaciones modosas de formas musicales italianas del siglo XVIII. Así se frenó esa experimentación artística aparentemente ilimitada, y fueron

muchos los que se sumaron al gran proyecto occidental de volver a reconstruir al hombre en su integridad rescatando al Hombre Nuevo de las ruinas de lo viejo y de la neurosis de guerra.

Por supuesto, aparecieron también contracorrientes. Expresionistas alemanes como George Grosz y Otto Dix habían aspirado a retratar el lado feo y grotesco de una civilización enferma, pero sus rostros distorsionados y sus *tableaux* obscenos eran en sí mismos maneras de acusar a la sociedad que producía tales aberraciones, la otra cara de la moneda de la esperanza. Los surrealistas de París habían apostado por un antiarte que afirmaba no estar interesado en la belleza, pero, como demostró el posterior compromiso político de André Breton, esa postura también tendía a atacar a la sociedad que había provocado la guerra y sus víctimas. Detrás de esos movimientos también merodeaba la visión de un Hombre Nuevo.

Nadie idolatró y admiró más el cuerpo clásico resurrecto que Leni Riefenstahl, la directora de la película oficial de los Juegos Olímpicos de Berlín, que ya había rodado una versión espectacular y sumamente propagandística del gran mitin del Partido Nazi en Núremberg (1934). En ambas películas, la introducción de Riefenstahl es la indicación más clara de la intención que subyace a esas imágenes. Su documental *El triunfo de la voluntad* comenzaba con tomas del avión que transportaba al «mayor héroe de todos los tiempos» hacia la multitudinaria concentración: el Führer, como un dios actual de carne y hueso, descendía sobre Alemania de las nubes, pero en un avión Junker. La película de Riefenstahl sobre las Olimpiadas comienza en la antigua Grecia; su cámara parece acariciar las esculturas. Luego, como por arte de magia, la figura de mármol de un discóbolo cobra vida y lanza el disco hacia un futuro desconocido. A continuación se ve llegar a más atletas, cuyos ejercicios heroicos culminan en los movimientos armoniosos de una serie de corredores que llevan la antorcha olímpica directamente de Atenas a Berlín: el último hombre de la larga carrera de relevos entra en el estadio y la enciende en honor de los juegos.

Superhombres mascachicles

El culto del Hombre Nuevo no era sólo un potente llamamiento al futuro;

también rechazaba el pasado reciente. Era, podría decirse, una huida precipitada hacia un reino imaginario, intemporal y perfecto donde se acabaría con toda la suciedad, la enfermedad, los trastornos y la degeneración para reemplazarlo con higiene, salud e integridad. Según la imaginación de cada autor, ese ideal moraría entre robles macizos y ruinas clásicas, entre fogonazos de luz eléctrica, máquinas lustrosas y una vasta coreografía de perfección mecánica. Hacer hincapié en cuerpos que eran hermosos y fuertes a la vez también era una respuesta a las piltrafas humanas que volvían de las trincheras afectadas por la espantosa neurosis de guerra, y a las lastimosas visiones de los veteranos amputados, ruinas de hombres antes orgullosos que ahora se veían, en Alemania y en toda Europa, desocupados y mendigando en las calles.

Ya antes de 1914 se habían oído advertencias, voces que anunciaban que el cuerpo humano no podía competir con la máquina, y la experiencia de la guerra industrial lo había confirmado. Al parecer, la humanidad no era rival para la técnica y, como el aprendiz de brujo, ya no podría controlar el mundo. El sueño del Hombre Nuevo, un superhombre que trascendiera todas las limitaciones, fue la respuesta a un miedo cultural profundamente arraigado en todas las naciones industrializadas.

En 1936, mientras Alemania celebraba la salud, la belleza física y las hazañas deportivas entre las insignias y la fanfarria del fascismo, el desarrollo parecía haber dado un giro completo. Sin embargo, no todo el mundo estaba dispuesto a inclinarse ante esos héroes nietzscheanos ni ante semidioses utópicos. Ese mismo año, el diplomático norteamericano George Kennan, en viaje a Europa, tuvo la sensación de estar compartiendo la travesía desde Nueva York con la supuesta flor y nata de la juventud de su país. Sin dejarse impresionar por los atletas olímpicos y sus costumbres pueblerinas, comentó, divertido: «En el barco viajaba la delegación olímpica norteamericana que participaba en los juegos que se celebraban ese verano. Estuvimos una semana intentando esquivar los movimientos de unos superhombres con el pelo cortado al rape y que mascaban chicle y de una variedad de amazonas corpulentas. Se pasaban el día haciendo gimnasia en la cubierta.»[8]

1937: LA GUERRA DENTRO DE LA GUERRA

> España era, para todos, el epítome del conflicto particular que les preocupaba. Fue por eso por lo que los escritores del mundo occidental se implicaron tanto emocionalmente con el conflicto español. En mi caso, y en el de un gran número de personas como yo, llegó a ser el gran símbolo de la lucha entre la democracia y el fascismo en todas partes.
>
> JASON GURNEY, *Crusade in Spain,* 1974

> Estamos frente a una conspiración, frente a un grupo de gente que intentó dar un golpe contra el Estado [...] una conspiración bastante compleja que vincula al conspirador con potencias extranjeras y fascistas. ¿Cómo pedir pruebas formales en tales circunstancias?
>
> ANDRÉI VYSHINSKI, fiscal general de la URSS en los llamados Procesos de Moscú, 1937

Con sus dos torres abovedadas, el edificio de la Telefónica es uno de los principales de la elegante Plaza de Cataluña, centro neurálgico de Barcelona. A principios de mayo de 1937, con el país en plena Guerra Civil, la capital de Cataluña, región autónoma desde 1932, se encontraba en manos de tropas republicanas leales al gobierno elegido democráticamente. No lejos de la ciudad, las fuerzas de la República estaban enzarzadas en un cruento enfrentamiento con los «nacionales», como se llamó, durante la guerra, a las fuerzas sublevadas. La línea del frente estaba en Zaragoza, lo

bastante lejos para no amenazar la vida de los barceloneses. No obstante, el clima era tan tenso que la Generalitat, el gobierno regional, temiendo que la presencia de miles de hombres armados en las calles hiciera estallar la ya volátil situación, llegó a prohibir el tradicional desfile comunista del Primero de Mayo. Pues, dentro de Barcelona propiamente dicha, comunistas, marxistas y anarquistas luchaban entre sí para ganar poder e influencia. En *Solidaridad Obrera*, el periódico anarquista local que en aquellos días podía alardear de tener la mayor tirada de toda España –era el órgano de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña y portavoz de la Confederación Nacional del Trabajo de España (CNT)–, pudo leerse que los nubarrones que se cernían sobre Barcelona eran cada vez más amenazadores.[1]

El 3 de mayo, tres camiones aparcaron delante de la Compañía Telefónica Nacional. A las órdenes de Eusebi Rodríguez Salas, consejero de Orden Público de la Generalitat, un grupo de milicianos armados bajó de los vehículos y comenzó a rodear el edificio. Cuando ordenaron al personal anarquista que se rindiera, les respondieron con una andanada de disparos. Se pusieron a cubierto, pero con ese episodio se quebró la frágil paz que reinaba en la ciudad.

George Orwell, miembro de las Brigadas Internacionales que se encontraba en Barcelona de permiso, presenció la contienda: «Esa tarde, entre las tres y las cuatro, andaba yo en mitad de las Ramblas cuando oí, detrás de mí, varios disparos de fusil. Al volverme, vi a un puñado de jóvenes armados; al cuello, el pañuelo rojinegro de los anarquistas. Entraron en una calle lateral que llevaba de las Ramblas hacia el norte. Saltaba a la vista que disparaban contra alguien que se encontraba en una alta torre octogonal –una iglesia, me parece– que dominaba esa calleja. Y al instante pensé: "¡Ya ha empezado!"»[2]

Enfrentamientos entre comunistas y anarquistas en las calles de Barcelona, 1936.
Getty Images

Cuando la ciudad se enteró del ataque, comenzaron a levantarse barricadas hechas de adoquines arrancados de las calles, sacos de arena y grandes trozos de muebles. A lo largo de la semana que siguió, con francotiradores en las azoteas, tiroteos casa por casa y refriegas, murieron unas cuatrocientas personas. El bando republicano de la Guerra Civil comenzaba a debilitarse.

Un país que se viene abajo

Comparada con otros acontecimientos de esa guerra terrible –batallas célebres, matanzas siniestras y ejecuciones sumarias habituales–, esa semana de mayo pareció poco más que una escaramuza. En medio de la crueldad, la desesperación y las molestias de una guerra en la que las víctimas se contaban por miles, cuatrocientas vidas podían considerarse casi una pérdida insignificante.

La guerra había empezado en 1936, cuando un grupo de generales, encabezado por Francisco Franco, organizaron un golpe de Estado militar contra el gobierno republicano democrático de Manuel Azaña, el presidente

de la Segunda República. Aunque desestabilizaron seriamente al gobierno, los generales no consiguieron hacerse con el poder, y ése fue el desencadenante de una brutal guerra civil. Las raíces del enconado conflicto se remontan a varios siglos de la historia española. El país estaba dividido en distintas regiones, cada una de ellas con sus tradiciones y su dialecto o lengua particular, y todas aglutinadas únicamente por la abrumadora presencia de la Iglesia católica. La Ilustración parecía haber pasado de largo por España, separada físicamente por los Pirineos de los vientos de cambio que soplaban desde el norte de Europa e, intelectualmente, por la propia Iglesia.

No había otro país europeo marcado por líneas divisorias tan amplias. En las grandes ciudades, modernas y elegantes, vivían intelectuales y artistas de la talla de José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Federico García Lorca, su íntimo amigo Salvador Dalí y el arquitecto Antoni Gaudí. Pero, como ha dicho Piers Brendon, lejos de esos centros culturales «aún se usaban rastras de la Edad de Piedra, hoces que no habían cambiado desde la Edad de Bronce, trillos como los que se describen en el Antiguo Testamento, arados como los que pueden verse en los antiguos vasos griegos. Los campesinos podían gastar trajes de pana negra, pero su mentalidad era esencialmente medieval; algunos temían a la brujería, otros pensaban que los protestantes tenían cola».[3] Y poco ayudaba que los curas de algunos pueblos impidieran activamente que, por miedo a que se contagiaran del hábito de pensar por sí mismos, los niños aprendiesen a leer.

En 1930 la población española aún seguía siendo mayormente rural; una masa continental que más que duplicaba el tamaño de Gran Bretaña tenía muchísimas menos líneas férreas y carreteras. Millones de personas vivían aún en «pueblos somnolientos cuyas sórdidas calles zigzagueantes estaban flanqueadas por casas grises, de adobe, en su mayor parte tugurios mugrientos con suelos de tierra batida y habitaciones que apestaban a humo y estiércol».[4] Sin embargo, en las ciudades florecía una cultura que se oponía ferozmente al conservadurismo profundo y oscurantista de la Iglesia, los terratenientes y la aristocracia. En las barriadas industriales y los suburbios deprimidos de Madrid y Barcelona, los anarquistas predicaban su evangelio radical contra toda autoridad. A pesar de su odio al clero, eran, a su manera, no menos católicos, partidarios del austero credo de la

abstinencia, pues no veían con buenos ojos el consumo de alcohol y tabaco, la tolerancia sexual y las corridas de toros.

Aunque en guardia contra los peligros potenciales del anarquismo y el comunismo, el ejército español no se consideraba a sí mismo obligado a proteger al país de enemigos extranjeros, sino una fuerza de ocupación dentro de su propio país, y sus prioridades –defender la antigua jerarquía social y el dominio indiscutible de la Iglesia católica– se reflejaban en su organización. Ochocientos generales comandaban unas fuerzas armadas que carecían de vehículos blindados y aviones de guerra, y que, por no tener, no tenían un solo bombardero; los soldados rasos, equipados con armas más que obsoletas, solían desertar. La munición almacenada en los arsenales se habría agotado al cabo de veinticuatro horas de guerra.

En 1923, prefiriendo la aparente seguridad de una dictadura a los caprichos de la democracia parlamentaria, el rey Alfonso XIII había apoyado el golpe militar encabezado por el general Miguel Primo de Rivera. Con el lema «Patria, religión, monarquía», Primo de Rivera había gestionado tan mal el gobierno que en las elecciones de 1931 la victoria de los partidos republicanos fue arrolladora. Alfonso XIII se marchó de España sin tomarse siquiera la molestia de abdicar. El nuevo gobierno lanzó un programa de reformas inmensamente ambicioso que incluía la introducción de la enseñanza laica, la reducción del ejército y del cuerpo de oficiales, la expropiación de bienes inmuebles de la Iglesia y una amplia reforma agraria. La nueva Constitución, que garantizaba la libertad de expresión y de asociación de todos los españoles, introdujo también el sufragio femenino.

Esas transformaciones radicales se enfrentaron a la salvaje oposición de los que perdieron poder e influencia y de los que creían que una república laica despojaba a España de su verdadera alma católica. En el centro de esa oposición estaba Francisco Franco Bahamonde, ex director de la Academia General Militar de Zaragoza. En 1931, cuando Manuel Azaña, ministro de Guerra (y luego presidente), cerró la Academia, Franco se enfrentó a la posibilidad de verse degradado a coronel.

El Caudillo

Panzón, más bien menudo y con una calva prematura, del general Franco no puede decirse que tuviera pinta de héroe, pero su entrega puritana al trabajo y su absoluta intrepidez en el campo de batalla le habían servido para ganarse el respeto de sus compañeros de armas. Ascendido a general en 1926 –el más joven de Europa desde Napoleón Bonaparte–, en 1934 ya había dado al país un anticipo de lo que se avecinaba. El gobierno de derechas salido de las elecciones de 1933 había suspendido todas las reformas sociales de Azaña. Los mineros de Asturias se sumaron con fuerza a una huelga general que acabó con la ocupación de Oviedo, la capital de la región, por un ejército de treinta mil trabajadores. Se desahogaron atacando a curas y monjas y quemando iglesias y la universidad.

Franco recibió la orden de sofocar la rebelión. Reacio a arriesgar las fuerzas regulares españolas, faltas de toda experiencia y potencialmente desleales, convocó a las rudas tropas coloniales. Con unidades marroquíes y los hombres de la Legión, la represión de la «Revolución de Asturias» fue un derramamiento de sangre indescriptible. Como represalia por el asesinato de treinta y tres sacerdotes y unos trescientos soldados, marroquíes y legionarios se dedicaron a violar y saquear durante varios días; mataron a unas dos mil personas y encarcelaron a un número que oscila entre las veinte mil y cuarenta mil. En ese feroz ataque, destrozaron también gran parte de Oviedo.

En febrero de 1936, un escándalo de corrupción puso fin al gobierno de derechas y Azaña volvió a ocupar su cargo de presidente de la República, aunque en una posición inestable. A Franco lo destinaron a las Islas Canarias, donde fue comandante militar, un puesto que para él equivalía al destierro. Las fuerzas reaccionarias, con el general Emilio Mola a la cabeza, ex director general de Seguridad y ahora también «desterrado» en el puesto de gobernador militar de la monárquica Pamplona, habían decidido dar un golpe de Estado contra el gobierno de izquierdas; aunque en privado Mola se burlaba de la «voz femenina» de Franco y su apretón de manos «pegajoso», a Mola y sus hombres les entusiasmaba la idea de contar en sus filas con la experiencia del general.[5] La fecha elegida para dar el golpe fue el 18 de julio; el 12 de ese mes, José Calvo Sotelo, líder de la oposición reaccionaria, murió asesinado a manos de los Guardias de Asalto gubernamentales. Fue un hecho decisivo para convencer a Franco, que decidió unirse a la conspiración; al mismo tiempo, permitió a los

sublevados presentar el golpe militar como un acto de patriotismo desinteresado.

Aunque esperaban un rápido retorno al autoritarismo, sorprendió a los conspiradores la tenaz resistencia que opusieron anarquistas, socialistas, comunistas y otras corrientes ideológicas. Si bien las ciudades del sur y el oeste del país, profundamente católicas y monárquicas, no tardaron en manifestar su apoyo a los rebeldes, Madrid, la región autonómica de Cataluña, el País Vasco y las regiones de la costa mediterránea se mantuvieron leales a los ideales republicanos. Dolores Ibárruri, «La Pasionaria», proporcionó a todas las fuerzas progresistas un grito de batalla común que tenía ecos del que, en 1916, había lanzado el general francés Robert Nivelle en la batalla de Verdún: «¡No pasarán!»

Los rebeldes, o «nacionales», como se llamaban a sí mismos, tuvieron que ocupar el país ciudad por ciudad y pueblo por pueblo. España se dirigía irremediablemente hacia una guerra civil. En las semanas y meses que siguieron, el derramamiento de sangre se extendió por toda España a medida que los vencedores de cada batalla ajustaban cuentas. Madrid, bastión republicano, sufrió la invasión de los rebeldes. En medio de un caos de barricadas y enfrentamientos, el Frente Popular entregó cincuenta mil fusiles a combatientes sindicalistas, pero apenas cinco mil tenían el cerrojo indispensable para disparar; los otros seguían en el depósito del enorme Cuartel de la Montaña, ahora en manos de los rebeldes. En un ataque masivo, las fuerzas regulares leales al gobierno, junto con algunas unidades de izquierdistas, entraron en el cuartel y masacraron a casi todos los que lo defendían. El 22 de agosto, los combatientes republicanos sofocaron el motín de los presos falangistas en la cárcel Modelo de la ciudad y ejecutaron a treinta reclusos, entre los que se encontraban varios ex ministros de derechas.

Durante los primeros meses de la guerra, las fuerzas republicanas mataron a unas treinta y ocho mil personas, en su mayoría civiles: 8.815 sólo en Madrid, y un número parecido en Cataluña. El clero católico sufrió el peor embate de una furia que apuntaba contra las fuerzas del antiguo orden. Murieron asesinados, a menudo con suma crueldad, unos cuatro mil doscientos curas, dos mil cuatrocientos miembros de órdenes menores y doscientas ochenta y tres monjas. A algunos los quemaron vivos en las iglesias; a otros los fusilaron, con frecuencia después de obligarlos a cavar

su propia fosa. Al parecer, a algunos también los castraron o destriparon. Uno de los métodos preferidos para ejecutar a cualquier sospechoso de ser un adversario político consistía en secuestrarlo y llevárselo en un coche –en la jerga de entonces, «de paseo»–. La actriz María Casares, hija de un ex ministro y jefe de gobierno bajo el mandato de Azaña, que trabajó en un hospital madrileño durante la guerra, una mañana encontró sangre en el asiento trasero de su coche. El joven chófer se disculpó con una sonrisa avergonzada y, encogiéndose de hombros, dijo: «Hemos llevado a un tipo de paseo esta madrugada y..., lo siento, no he tenido tiempo de limpiar el coche.»[6]

Aunque muy extendida y a menudo cruenta, la violencia infligida por los izquierdistas no fue, en general, planificada, y puede definirse como obra de unas masas enfurecidas o de pequeños grupos que actuaban por su cuenta. En cambio, en el bando nacional la violencia formaba parte de una campaña de terror sistemática, ordenada desde arriba. Prometiendo purgar a España de todos los enemigos internos, las fuerzas de Franco ejecutaron a políticos, a diputados de izquierdas, profesores y maestros, francmasones, médicos, sindicalistas y, a veces, también a personas cuyo único crimen se reducía a llevar gafas que los hacían parecer intelectuales. Aunque no pertenecía a ningún partido político, al poeta Federico García Lorca se le tenía por un hombre de mentalidad lo bastante liberal para merecer la muerte. Uno de sus verdugos, un terrateniente falangista, más tarde comentó de pasada: «Lo matamos. Le metí dos tiros en el culo, por maricón.»[7]

En las ciudades y los pueblos de todas las zonas ocupadas por los nacionales, comisiones formadas por oficiales, falangistas, terratenientes y sacerdotes condenaron a muerte a los prisioneros en unas parodias de juicio que, sin testigos ni abogado defensor, apenas duraban unos minutos. Los pelotones de ejecución solían trabajar de sol a sol para fusilar a tantos condenados. De pie contra la pared del cementerio local, muchos gritaban, desesperados, antes de morir: «¡Viva la libertad!» Un campesino de La Rioja afirmó haber oído 1.005 ejecuciones, y dejó constancia de ello en un cuaderno. Y no enterraban a todos los fusilados; los cadáveres de muchos conocidos izquierdistas se expusieron durante largos días, mientras se pudrían en la plaza de tal o cual pueblo y en los cruces de caminos.

Sevilla, una de las primeras ciudades en caer bajo las botas de los nacionales, fue víctima de una «limpieza» especialmente feroz. Con las

cárceles ya a rebosar de funcionarios municipales, de trabajadores de los molinos de aceite y otros simpatizantes republicanos, los condenados a muerte esperaban la ejecución encerrados en cines y teatros.[8] Unas ocho mil personas murieron ejecutadas en Sevilla solamente en la segunda mitad de 1936. En Córdoba, ciudad que los rebeldes ocuparon sin tropezar con mucha resistencia, el clero y los terratenientes confeccionaron las primeras listas de los que iban a morir, pero al comandante militar Bruno Ibáñez no le parecieron lo bastante largas; según un abogado falangista, Ibáñez «podría haber fusilado a toda la ciudad [...]. Lo enviaron a Córdoba y le dieron carta blanca».[9] Los sótanos de su cuartel general se llenaban de presos todos los días, y hasta los topes; las vaciaban al caer la noche. Unas diez mil personas, el 10 % de la población de la ciudad, fueron víctimas de esas ejecuciones sumarias.

En Badajoz, la ciudad más poblada de Extremadura, una atrocidad cometida por los republicanos provocó una de las represalias más sangrientas. Una noche de agosto de 1936, los izquierdistas encerraron a curas y otros simpatizantes de los nacionales en iglesias a las que luego prendieron fuego. Murieron diez personas, ocho de ellas quemadas vivas. El total de habitantes que cayeron a manos de los izquierdistas pudo estimarse en doscientos cuarenta y tres; pero, cuando tomaron la ciudad las fuerzas nacionales, a las órdenes del teniente coronel Juan Yagüe, pasaron a cuchillo a mujeres, niños y hombres sin hacer distinciones. Después empezaron a arrestar a cualquiera que les pareciese sospechoso de simpatizar con los republicanos y encerraron a los presos en la plaza de toros.

Para comprobar quién había combatido en la defensa de la ciudad, los nacionales abrieron la camisa a todos los hombres; así podían saber si en los hombros tenían las marcas delatoras del culatazo de un fusil. Después agruparon a los combatientes y otros sospechosos por miles. El periodista norteamericano Jay Allen, corresponsal del *Chicago Tribune*, contó así lo que ocurrió a continuación: «A las cuatro de la mañana los sacaron al ruedo por la puerta por la que entran los primeros participantes de la corrida. Los esperaban con ametralladoras. Después de la primera noche, la sangre ya debía de haber calado un palmo en la arena. Mil ochocientos hombres cayeron acribillados en unas doce horas; también fusilaron a mujeres. En mil ochocientos cuerpos hay más sangre de la que uno podría imaginar.»[10]

En total, los nacionales masacraron de esa manera a unas cuatro mil personas, agricultores y trabajadores locales en su mayoría. Tras la matanza, a Yagüe, luego ministro de Aviación de Franco, lo apodaron el «Carnicero de Badajoz». Se calcula que el número total de bajas republicanas en Extremadura osciló entre seis mil y diez mil.

Fueron muchas las ciudades castigadas por partida doble cuando cambiaron ideológicamente de manos. En Málaga, un diplomático británico contó que, entre julio de 1936 y febrero de 1937, los republicanos habían matado a más de mil personas, con o sin juicio. Cuando los nacionales tomaron la ciudad, sólo durante la primera semana tres mil quinientas personas cayeron; hacia finales de la guerra, 16.952 más fueron condenadas a muerte y ejecutadas. No hay cifras exactas sobre los que murieron en el bando nacional; el historiador Antony Beevor ha estimado que unos doscientos mil civiles murieron en una ejecución sumaria o masacrados por las tropas de Franco en lo que llamó «el Terror blanco». Se desconoce el número de mujeres y niñas que las famosas unidades marroquíes de Franco violaron y después mataron.

Mientras grandes zonas de España vivían ya en guerra, los habitantes de Barcelona esperaban inaugurar, el 19 de julio de 1936, la Olimpiada Popular, concebida como respuesta de la izquierda a los Juegos Olímpicos de Berlín; pero, tras el estallido de la rebelión el 18 de julio, los barceloneses no tardaron en levantar barricadas; pudieron oírse intercambios esporádicos de disparos. Los atletas se quedaron en sus hoteles y la Olimpiada quedó relegada al olvido.

Barcelona quedaba en la zona de influencia de un conflicto asesino, a lo largo de una línea del frente que se extendía desde el norte de Cataluña hasta Madrid, la capital sitiada, y desde allí hacia el sur, hasta Granada. Los sublevados habían planeado tomar la ciudad con doce mil soldados ya acuartelados allí, pero cuando estas unidades intentaron ocupar edificios y calles estratégicas, se encontraron con la tenaz resistencia de grupos de trabajadores organizados. Aunque Lluís Companys, el presidente de la Generalitat, temiendo un derramamiento de sangre aún mayor, se negó a entregar armas a los trabajadores republicanos, la CNT, el sindicato anarquista, improvisó a todo trapo una fuerza de combate. Requisaron las armas a la guardia portuaria, saquearon las armerías de la ciudad y vaciaron los arsenales a punta de pistola mientras los obreros del metal convertían

pequeños camiones en carros blindados con planchas de acero, algunas tan pesadas que los motores se negaron arrancar.

Para los nacionales no fue sencillo tomar Barcelona. Cuando salieron de sus cuarteles la madrugada del 18 de julio, sonaron las sirenas de las fábricas de toda la ciudad. Las escaramuzas empezaron pronto; luego, a medida que pasaba el día, los enfrentamientos se hicieron más encarnizados. Un regimiento de infantería sufrió un ataque tan violento que los soldados tuvieron que refugiarse en el cuartel mientras otras unidades luchaban con bombas de fabricación casera que arrojaban desde las azoteas y fuego de francotiradores desde ventanas y callejas oscuras.

Algunos combatientes del bando nacional consiguieron entrar en el Hotel Colón y en el Ritz, y también en el edificio de Telefónica, pero cuando amaneció, la situación seguía siendo confusa; algunas plazas rebeldes estaban sitiadas por destacamentos de obreros armados. Dentro, los nacionales esperaban refuerzos del Primer Regimiento de Artillería de Montaña, pero nunca llegaron. En el camino hacia el centro de la ciudad, los republicanos consiguieron convencer a todo el regimiento de que sería un crimen disparar contra sus hermanos, y los artilleros se unieron a las filas republicanas. Cuando la artillería requisada a los sublevados disparó contra los soldados atrincherados dentro de los edificios que habían ocupado, el general Goded, comandante de las fuerzas nacionales, capituló. Las tropas franquistas no consiguieron tomar Barcelona.

Tras derrotar a los nacionales dentro de la ciudad, el estado de ánimo de los barceloneses cambió y la angustia dio paso a una celebración caótica, y también a venganzas sangrientas. Se quemaron iglesias, se mataron a cientos de miembros del clero, a los curas les cortaron las orejas y se exhumaron los cadáveres de monjas, en distinto grado de descomposición, para exhibirlos en poses provocativas y escenas macabras. La noche del 19 de julio fue clara y estrellada, pero las siluetas de los campanarios en llamas destacaban contra un cielo color naranja como mártires quemados en un enorme auto de fe. Las purgas de «subversivos» fueron brutales, y a cientos de ellos los llevaron a dar ese «paseo» final y sin retorno. Fueron miles los que murieron en un episodio que, según el historiador Piers Brendon, acabó siendo un «frenesí de visionarios y criminales».[11]

Cuando terminó el derramamiento de sangre, los vencedores decidieron celebrarlo. Combatientes jóvenes, y a menudo borrachos y armados,

circulaban peligrosamente por las calles en vehículos requisados. En las plazas públicas, de los altavoces salía a todo volumen música revolucionaria y noticias de las victorias republicanas. Sindicalistas, anarquistas y comunistas rebosaban de euforia ante la repentina posibilidad de derrotar a los generales y, también, de hacer realidad la revolución con la que llevaban tantos años soñando. En las calles, la gente se tuteaba aunque no se conociera; como antifascistas que eran, se saludaban con el puño cerrado. Eran muchos los que estaban seguros de que las democracias europeas no tardarían en acudir en su ayuda.

Los revolucionarios de izquierdas parecían haber triunfado y la burguesía decidió quedarse en sus casas; o, antes de salir a la calle, se camuflaban con ropa de pobres. Era la hora del fervor revolucionario, del castigo y la experimentación. Proliferaron los consejos que debatían con vehemencia hasta el último aspecto de la defensa contra los ataques fascistas y, también, sobre su futuro. Las elegantes Ramblas acabaron ocupadas por gente de clase trabajadora llegada de los suburbios; el Ritz se convirtió en un comedor popular, el Hotel Gastronómico n.º 1, y hasta los burdeles se colectivizaron, aunque no por mucho tiempo.

Operación Fuego Mágico

A mediados de mayo de 1937 ya había pasado el primer momento caótico de la guerra en Barcelona. Cierto, seguían las tensiones entre anarquistas y comunistas, pero todo el mundo sabía que la primera prioridad de ambos bandos era mantener un frente unido contra Franco, cuyo ejército iba ocupando cada vez más territorios en toda España. Con todo, a pesar de ser conscientes de ello, ese mismo mes los comunistas decidieron atacar el edificio de la Telefónica, en manos anarquistas, y llevaron a la ciudad, dominada por la izquierda, a una guerra interna y suicida. Sin embargo, las causas de esa desastrosa decisión, que perjudicó no poco a la causa republicana, no hay que buscarla en Barcelona, sino en Moscú.

Hacía tiempo ya que la Guerra Civil española se había convertido en un conflicto internacional, y las potencias extranjeras habían buscado maneras –directas o indirectas– de intervenir. Las victorias de Franco en el campo de

batalla no se debieron esencialmente a las temidas tropas coloniales, y mucho menos a la eficiencia de sus fuerzas regulares, sino al apoyo que recibió del extranjero, una ayuda que el general había solicitado en cuanto el fracaso de su golpe militar se transformó en guerra.

Las potencias extranjeras empezaron a involucrarse desde el principio mismo de la guerra. Aspirando a sacarles una ventaja decisiva a los republicanos, valerosos aunque mal equipados, el 22 de julio de 1936, apenas cuatro días después del primer levantamiento, Franco había enviado un emisario a Alemania. Al regresar de una representación de *Siegfried*, de Wagner, dirigida por Wilhelm Furtwängler, Hitler recibió personalmente al enviado de Franco. Según parece, el Führer se disgustó al enterarse de esa manera española de combatir como aficionados: sin un equipamiento en condiciones, sin fondos, sin apoyo logístico y con un ejército que no contaba con la formación necesaria. No obstante, descubrió un importante punto en común con Franco y su cruzada: la amenaza del bolchevismo. Tras agasajar a sus huéspedes con una larga diatriba sobre el mal que se cernía sobre Rusia y la necesidad de impedir que se desarrollara en otras partes, tomó la decisión de enviar ayuda.

La Operación Fuego Mágico *(Unternehmen Feuerzauber* en alemán) parece haber llevado la impronta de la ópera que el Führer vio aquella noche, en la que la magia y el fuego enmarcan las hazañas de Siegfried envueltas en una música conmovedora. En un registro menos poético, si bien más útil para los golpistas españoles, Hitler consintió en enviarles aviones de transporte, bombarderos, fondos, pilotos, soldados y otras clases de ayuda. El transporte de tropas de Marruecos a Sevilla que permitió a Franco seguir adelante su conquista del resto de España pudo hacerse gracias a los aviones alemanes.

Franco no perdió el tiempo y buscó más apoyos. Unos días después de que Hitler recibiera a la legación española, el conde Ciano, ministro de Exteriores italiano y yerno de Mussolini, recibió a una comisión formada por destacados fascistas y monárquicos españoles. Al principio, y a pesar de un aluvión de telegramas de súplicas enviados desde el cuartel general de Franco en Tánger, el Duce había demostrado pocas ganas de implicarse en el conflicto; pero cuando empezó a verse que la rebelión de los nacionales podía acabar imponiéndose, y que Mussolini podía asegurarse una influencia duradera sobre un Estado hermano fascista del Mediterráneo,

Italia envió a Marruecos un escuadrón de bombarderos Savoia Marchetti y aviones de combate Fiat. Tres de esos doce aparatos no tardaron mucho en estrellarse, un hecho que, justa o injustamente, prefiguró en la imaginación popular la leyenda de combinación de valor e ineptitud que tan a menudo caracterizó a las tropas de Mussolini.

A medida que los combates fueron perdiendo fuelle, la ayuda de alemanes e italianos se intensificó, convirtiendo un golpe militar que, por falta de equipo y efectivos podría haber quedado en nada, en una larga y sangrienta guerra civil. Hitler envió pilotos voluntarios con veinte bombarderos Junkers, aviones de combate Heinkel y aviones de ataque Stuka capaces de cubrir el avance de los nacionales y aterrorizar al mal armado bando republicano. A fin de reforzar las tropas de Franco, en los tres años que duró la guerra Mussolini acabó enviando más de cien mil soldados, y también, de manera regular, munición y equipo, incluidos carros de combate y artillería.

En el bando republicano, las cosas eran muy distintas. Mientras que Franco podía contar con sus aliados fascistas, así como con las tropas coloniales y la Legión española, fuerzas éstas acostumbradas a combatir de manera implacable y más que contentas de poder aterrorizar a la población, las filas republicanas estaban formadas por unidades del ejército leales, pero sin experiencia y sin armas modernas, más los voluntarios, socialistas, comunistas, anarquistas y sindicalistas que combatían a muerte con un coraje enorme, pero que, además de mal equipados, carecían de toda formación militar. Para tener una oportunidad de derrotar a un enemigo cada vez mejor equipado, las fuerzas de la República necesitaban desesperadamente armas, munición, suministros, instrucción y apoyo.

El gobierno pidió ayuda a Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos. Los republicanos controlaban las reservas de oro del país, una garantía nada desdeñable para poder adquirir lo que necesitaran. A fin de cuentas, Franco sólo prometía la victoria. El 19 de julio, un día después del fallido golpe, el primer ministro José Giral, presidente del Consejo de Ministros, envió un telegrama a su homólogo socialista francés, Léon Blum, a quien pidió fraternalmente armas y aviones.

Aunque conmovido por la petición y con ganas de ayudar, Blum vaciló. Comprendía el imperativo moral de no dejar en la estacada al sitiado gobierno republicano español, y era sensible a la amenaza de una Francia

rodeada por tres Estados fascistas, pero la situación interna seguía siendo sumamente inestable. A pesar de que Blum había ganado las elecciones de 1936 con una mayoría aplastante, en París ya se habían producido disturbios violentos y las fuerzas francesas fascistas y de derecha sólo esperaban una excusa para volver a sacar su rabia a las calles. Los periódicos hostiles se ensañaban con el primer ministro, y el prestigioso escritor católico François Mauriac escribió en tono amenazante en *Le Figaro*: «¡Cuidado! Nunca os perdonaremos semejante crimen.»[12] Blum, que era judío, tenía motivos de sobra para temer que el envío de ayuda gubernamental a las fuerzas socialistas y anarquistas de la vecina España pudiera desencadenar un serio descontento en Francia o, incluso, una guerra con Italia y Alemania.

Enfrentado a riesgos tan considerables, Blum sondeó la posición del gobierno británico durante una visita a Londres, donde le advirtieron severamente contra una posible intervención. Los ministros de Su Majestad –entonces Eduardo VIII– y, de hecho, la mayor parte de la élite social del país, temían más a una España comunista que a un Estado fascista. En efecto, la agitación social, las marchas del hambre y las huelgas de los mineros habían agudizado el miedo británico de que los comunistas tomaran el poder; Norman King, el cónsul en Barcelona, llamó a los españoles «raza sedienta de sangre» y aconsejó a su gobierno que lo más conveniente era apostarlo todo a los nacionales sublevados. Según King, si no vencían las fuerzas de Franco, «España se sumirá en el caos de alguna forma de bolchevismo y cabe esperar que se produzcan actos de una brutalidad despiadada».[13]

La clara preferencia por Franco y sus generales por parte del *establishment* tenía otro motivo. Como demostró la breve carrera de Oswald Mosley, el fundador de la Unión Británica de Fascistas, con sus Camisas Negras, la élite local albergaba claras simpatías por las ideas que prosperaban en Italia y Alemania. También eran importantes las inversiones británicas en sectores españoles como el olivarero, el hortofrutícola y el del vino. Tampoco hay que olvidar que los jóvenes de las clases altas españolas llevaban siglos estudiando en internados británicos; de ahí que una sensación de solidaridad clasista hiciera que políticos como Sir Anthony Eden, el ministro de Exteriores, se decantaran a favor de una estricta

postura no intervencionista. Si Léon Blum estaba dispuesto a enviar armas a los republicanos, se quedaría solo y tendría que asumir las consecuencias.

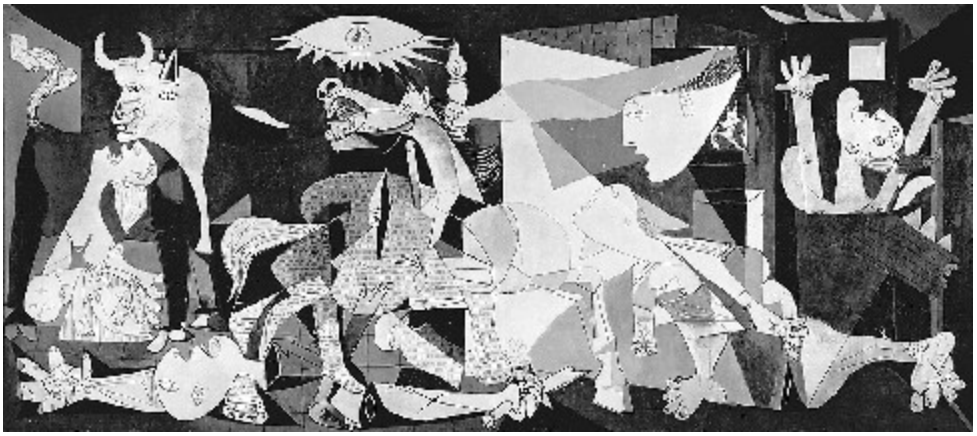
Huelga decir que la no intervención era cualquier cosa menos una postura neutral. Cuando el ejército nacional fue ganando fuerza y pudo usar sus bombarderos, sus aviones de combate, carros blindados y armas pesadas, los republicanos tuvieron que empezar a contar cada proyectil que disparaban sus anticuados fusiles. Faltos de todo apoyo, estaban prácticamente condenados a perder la guerra. Desconsolado y sin saber bien qué hacer, Blum envió algunos aviones, pero no bastaron para provocar un giro decisivo. Posteriormente decidió formar una coalición neutral –en la práctica, un embargo de armas– de los principales Estados democráticos, incluidos los Estados Unidos, cada vez más aislacionista. La opinión pública, influida por la prensa del magnate William R. Hearst, pro franquista, y el *lobby* católico de Washington, también apoyó la causa nacional a pesar de las preocupaciones que manifestaron los protestantes y algunos diplomáticos a título individual. Torkild Rieber, el presidente de Texaco Oil Company, llegó a apoyar abiertamente a los nacionales con donaciones por un importe total de seis millones de dólares.

Mientras los países democráticos titubeaban o no tomaban decisión alguna, los aliados fascistas de Franco sólo deseaban utilizar la guerra española en provecho propio. En julio de 1936, la Luftwaffe había empezado a enviar jóvenes a España, unas vacaciones al sol con la marca del movimiento Kraft durch Freude, que se encargaba de organizar las vacaciones de millones de alemanes. Disfrazados de turistas inofensivos que sólo querían pasar unos días de campo y playa, esos viajeros elegidos a dedo eran, en realidad, miembros de la recién fundada Legión Cóndor, una unidad alemana de diez mil soldados que operaba de manera encubierta en España y vestía uniformes que no delataban su pertenencia al Tercer Reich. Al principio, la mayoría formaba parte de unidades aerotransportadas, pero, después de enero de 1937, también llegaron efectivos con carros de combate.

El objetivo de la Legión Cóndor no se limitaba a ayudar a Franco. A los estrategas militares nazis les interesaba especialmente evaluar la eficacia de sus nuevas armas y tácticas de combate. Por ejemplo, abandonaron la tradicional formación en V de sus aviones para sustituirla por la pareja de cazas, que desempeñaron un papel importante en la Batalla de Inglaterra;

asimismo, probaron nuevos métodos que combinaban la artillería con ataques aéreos sobre las posiciones enemigas, experimentaron con carros blindados y pusieron a prueba la precisión y la fuerza destructiva de nuevas bombas, tales como cargas explosivas de cuatrocientos cincuenta kilos y dispositivos incendiarios de fósforo.

Una de esas maniobras tuvo lugar el 26 de abril de 1937, cuando la Legión Cóndor, apoyada por aviones de la Aviazione Legionaria italiana, atacó Guernica, a unos quince kilómetros detrás de las líneas del frente. Era una ciudad de diez mil habitantes de poco interés estratégico, pero, según los militares fascistas, podía llegar a usarse como parte de un plan B de las unidades republicanas en retirada; además, tenía una pequeña fábrica de pertrechos militares y un puente importante. Sin embargo, los aviones que aparecieron en el cielo de Guernica el 26 de abril de 1937, día de mercado, no lanzaron sus bombas sobre la fábrica, y tampoco sobre el puente. Lo que hicieron fue destruir la ciudad en una serie de ataques sucesivos.



¿El resultado de dos décadas? El Guernica *de Picasso, 1937*.
Bildrecht. Pablo Picasso, *Guernica*, 1937/© Succession Picasso/Bildrecht, Viena, 2014

Al mando de Wolfram von Richthofen, primo de Manfred von Richthofen –un as de la aviación de la Primera Guerra Mundial–, la Legión Cóndor aprovechó el ataque como una oportunidad inestimable para probar el bombardeo de saturación, una táctica concebida para causar los peores estragos posibles y aterrorizar a la población civil. Aún hoy se discute sobre las circunstancias exactas y la intención de esos bombardeos, y sin llegar a

conclusiones irrefutables. Algunos historiadores sostienen que la Legión Cóndor escogió Guernica simplemente por las facilidades que ofrecía para el transporte, pero en ese caso es imposible comprender por qué no bombardearon el puente y los caminos. Tampoco es probable que, a la hora de bombardearla, influyera su condición de símbolo de la independencia vasca, pues, según parece, Von Richthofen no se enteró de ese detalle hasta después del ataque. Cualesquiera que fuesen las verdaderas intenciones, de la ciudad no quedó nada en pie; primero cayeron unas cuarenta toneladas de bombas que destrozaron los edificios, y luego la artillería incendiaria convirtió los escombros en un mar de llamas. En apenas dos horas, Guernica quedó reducida a unas ruinas carbonizadas y ensangrentadas. No se sabe cuántas personas murieron, pero se estima, no sin fundamento, que pudieron ser entre trescientas y tres mil.

La ayuda que llegó del este

Abandonado por sus vecinos –cruelmente en lo que a Gran Bretaña se refiere, y actuando contra su propia conciencia moral en el caso de Blum–, el gobierno republicano se dirigió a la Unión Soviética en un último intento de sobrevivir, pero descubrió que también Moscú era ambivalente en la cuestión de ayudar a sus hermanos socialistas. Stalin sabía demasiado bien que la Unión Soviética no estaba preparada para la guerra, y no quería arriesgarse a tener como enemigos a Alemania e Italia; de ahí que decidiera esperar, y no cambió de actitud hasta que se estrellaron algunos de los aviones que había enviado Mussolini. Aunque era peligroso provocar al Tercer Reich, la presencia de otro Estado fascista en Europa perjudicaría aún más las ambiciones soviéticas; en última instancia, la gran madre patria de la revolución no podía permitirse que la vieran quedarse de brazos cruzados mientras sus hermanos proletarios morían por la causa. En septiembre, después de unas manifestaciones cuidadosamente orquestadas –ciento cincuenta mil personas en la Plaza Roja–, los republicanos recibieron los primeros envíos de ayuda alimentaria.

Con todo, al final fue otro motivo el que empujó a Stalin a no dejar sola a la asediada República: la no intervención soviética creaba, dentro de la Internacional Comunista, un vacío de poder que otros podían llenar; por

ejemplo, su archienemigo León Trotski, que ya vivía exiliado en México y podía usar la España republicana como base personal. Para mantener el liderazgo ideológico dentro del movimiento comunista, era imperativo que a Stalin se lo viera actuar en España e impedir que ganaran terreno posturas ideológicas rivales. Aunque al principio Stalin había declarado que la Unión Soviética no enviaría armas a España –si bien al mismo tiempo infiltraba espías y personal militar–, fueron esas consideraciones las que acabaron prevaleciendo. El *Komsomol*, el primer carguero con armas pesadas, atracó en Cartagena el 15 de octubre de 1936. La rebelión de los generales ya era una guerra en toda regla y comenzaba a afectar al resto del continente.

La lentitud con la que Moscú decidió implicarse en la península ibérica tuvo otra consecuencia de capital importancia, a saber, la creación de las Brigadas Internacionales. Los centros de reclutamiento que había establecido la Komintern (la Internacional Comunista con base en Moscú) y otras organizaciones comenzaron a enrolar voluntarios, una iniciativa que recibieron con enorme entusiasmo antifascistas de todas las tendencias ideológicas que, indignados ante la ausencia de una reacción internacional, querían frenar el avance de Franco y, por extensión, el de Hitler y Mussolini.

En Barcelona ya existía un núcleo de combatientes internacionales, pues algunos atletas afines a los ideales izquierdistas –los que habían acudido a la malograda Olimpiada Popular– decidieron unirse a los republicanos en una brigada que más tarde se llamó Ernst Thälmann, por el comunista alemán encarcelado desde 1933. Cuando los centros de reclutamiento de París, Londres y los Países Bajos empezaron a entrar clandestinamente en España a sus voluntarios, el número de brigadistas aumentó velozmente: al final de la guerra eran unos treinta y cinco mil, procedentes de cincuenta y tres países.

Las Brigadas Internacionales atrajeron principalmente a hombres jóvenes idealistas (las mujeres sólo podían alistarse como enfermeras o en otros puestos que no implicaran entrar en combate), la mayoría de ellos trabajadores de Gales o del norte de Inglaterra o de las zonas industriales de Alemania, Francia, Italia y Estados Unidos. Muchos, pero de ninguna manera todos, eran comunistas; otros eran intelectuales que deseaban combinar sus firmes convicciones con la experiencia de la guerra real. Entre estos últimos cabe mencionar a George Orwell, que combatió cerca de

Barcelona y sufrió una herida en el cuello; al comunista alemán y ex diputado del Reichstag Hans Beimler, y al comunista croata Josip Broz (más tarde el célebre mariscal Tito). Otro combatiente del bando republicano fue Fritz Leissner, que después de la Segunda Guerra Mundial, y con su verdadero nombre (Erich Mielke), llegó a jefe de la Stasi, el ministerio para la Seguridad del Estado en la República Democrática Alemana.

Para los combatientes y civiles republicanos, las Brigadas Internacionales significaron no sólo una ayuda militar muy necesaria, sino también un verdadero espaldarazo moral. En Barcelona, cuando las primeras columnas de voluntarios entraron en la ciudad, las fiestas callejeras espontáneas fueron la manera preferida de celebrarlo, y en Madrid saludaron como a héroes a aquellos jóvenes idealistas que carecían casi por completo de experiencia y del equipo necesario para combatir. Así lo contó un periodista británico:

> Eran pocos, y flanqueaban la carretera gritando, casi histéricamente: «¡Salud! ¡Salud!», mientras los recibían con el puño en alto o aplaudiendo con fuerza. Una mujer, ya bastante mayor, bañada en lágrimas, volvía tras largas horas de espera en una cola; llevaba en brazos a una niña pequeña que saludaba cerrando el puñito. [...] La multitud los tomó por rusos. El camarero se volvió hacia mí y dijo: «Han llegado los rusos, han llegado los rusos.» Pero cuando oí una áspera voz prusiana dar una orden en alemán y, después, más gritos en francés e italiano, supe que no eran los rusos. Había llegado a Madrid la Columna Internacional de Antifascistas, y para los madrileños fue una inyección de moral de un valor inestimable.[14]

Escribir sobre la guerra

El gusto por la aventura y la oportunidad de escribir un artículo memorable también llevó a España a muchos periodistas; en su mayor parte, nunca habían sido corresponsales de guerra, pero se sentían atraídos por el drama humano provocado por el conflicto. Ernest Hemingway se hizo famoso por ser un reportero temerario al que no le daba miedo colgarse el fusil al hombro. El socialista alemán Herbert Frahm informó sobre las hostilidades en Noruega, el país en que se había exiliado y donde ya trabajaba con el nombre de Willy Brandt, con el que llegó a canciller de Alemania en 1969.

El poeta inglés Stephen Spender fue a España como observador y para informar sobre la guerra, igual que el activista y escritor norteamericano Langston Hughes, que escribía para el *Baltimore Afro-American*. El novelista Arthur Koestler, nacido en Budapest en 1905 bajo el imperio austrohúngaro, llegó a valerse de su misión periodística para el *London News Chronicle* como tapadera para espiar el cuartel general de Franco. Lo descubrieron y consiguió escapar, pero pronto regresó a España, donde los nacionales lo capturaron y lo condenaron a muerte. Sólo se salvó gracias al intercambio por un rehén prominente después de que todos sus compañeros de celda ya hubiesen caído ante el pelotón de fusilamiento.

Como había ocurrido durante el desastre natural del Dust Bowl en los Estados Unidos, las imágenes fueron un factor crucial a la hora de influir en la opinión pública. En 1937, el fotógrafo Robert Capa publicó la imagen de un soldado republicano en el momento exacto en que caía bajo el impacto de un proyectil. La fotografía, que dio la vuelta al mundo, se convirtió en emblema de republicanos y pacifistas. Al cabo de una polémica que duró décadas, se supo que la historia de esa imagen icónica era más complicada de lo que parecía, y hoy no cabe duda de que nada fue como hicieron pensar las apariencias. Una investigación ha demostrado de manera concluyente que el soldado de la imagen no se encontraba cerca del frente, y que no murió por ese disparo; antes bien, parece que simplemente perdió el equilibrio mientras bajaba corriendo por una colina durante un ejercicio de instrucción.

No obstante, la verdad que se oculta detrás de la famosa fotografía de Capa es aún más enrevesada, pues no fue el propio Capa quien la tomó, sino su compañera, Gerda Taro, que lo había acompañado a España por encargo de algunas revistas francesas. Incluso «Robert Capa» fue un invento que se había originado en París, cuando la joven pareja decidió que sus nombres verdaderos, Endre Ernö Friedmann y Gerta Pohorylle, representaban un obstáculo para progresar en su profesión e inventaron el del «famoso fotógrafo norteamericano» Robert Capa, con el que ambos vendían fotografías a las revistas. Ese truco de márketing tan imaginativo fue rentable, pues los directores de las publicaciones estaban mucho más dispuestos a comprar imágenes a un gran talento estadounidense del que nunca habían oído hablar que a un judío húngaro o a su novia alemana, también judía. Al final, Friedmann se quedó con el alias y Gerda adoptó el

apellido Taro, pero la fotógrafa nunca se enteró de la fama posterior de esa imagen: murió el 25 de julio de 1937 a causa de las heridas que le causó, al caer sobre ella, un blindado que avanzaba marcha atrás. Más tarde, Capa vendió la fotografía con su nombre y fue la más famosa de toda su carrera.

Las Brigadas Internacionales, una amalgama de talentos extraordinarios unidos a un inmenso coraje, no pudieron salvar a la frágil República, que, poco a poco pero sin pausa, se encontró cada vez más aplastada entre las fauces de hierro del fascismo y el comunismo soviético. Los comisarios de Stalin y sus agentes secretos eran hombres que trabajaban duro, pero no sólo para derrotar a Franco, sino también para purgar toda disidencia que pudieran detectar dentro del bando republicano. El comunista Hans Beimler, al mando de la célebre brigada Thälmann y muy crítico con la intervención soviética en España, murió en diciembre de 1936 a manos de un compañero que probablemente también era agente soviético. Y a muchos más les esperaba el mismo destino.

En mayo de 1937, las luchas intestinas de Barcelona, en las que comunistas y marxistas se enfrentaron a anarquistas y trotskistas, formaron parte de esa operación de limpieza dirigida por el hombre más activo de Stalin en España, Aleksandr Mijáilovich Orlov, agente profesional, guerrillero y asesino que había vivido en muchos países europeos camuflado con diversos nombres falsos. Fue Orlov quien organizó los pagos de las armas y suministros soviéticos que llegaban a España, el que envió a Moscú todas las reservas de oro español –510 toneladas– en un despliegue sin precedentes de talento para la organización: durante cuatro noches seguidas envió desde Madrid camiones repletos de oro al puerto de Cartagena y de ahí a Rusia.

A Orlov también le encargaron que purgara a los herejes de la izquierda española. El principal objetivo era el POUM, el Partido Obrero de Unificación Marxista, una fuerza dominante en el bando republicano y alternativa comunista a la Komintern, controlada desde Moscú. «En Barcelona», escribió George Orwell,

> se respiraba una desagradable atmósfera de sospecha, miedo, incertidumbre y odio velado. Los enfrentamientos de mayo habían provocado efectos imborrables. Tras la caída del gobierno de Caballero, los comunistas se hicieron definitivamente con el poder; el orden interno se encontraba ahora en manos de ministros comunistas y nadie dudaba de que aplastarían a sus adversarios políticos en cuanto se les presentara la primera oportunidad. De momento, no sucedía nada, y yo

> no tenía ni idea de lo que podía pasar; sin embargo, la sensación de peligro era difusa y constante, se percibía que algo malo estaba a punto de ocurrir. Por poco que uno conspirase, ese ambiente lo obligaba a sentirse como un conspirador. Parecía que la gente se pasaba el rato hablando en voz baja en los rincones de los cafés, preguntándose si el que ocupaba la mesa de al lado sería o no un espía de la policía.[15]

Después de los sucesos de mayo, la dirección republicana ilegalizó y marginó al POUM, pues no quería arriesgarse a perder el favor de los soviéticos. Orlov ordenó el arresto de Andreu Nin Pérez, líder del POUM; lo más probable es que lo desollaran vivo en una celda controlada por simpatizantes de la Unión Soviética antes de que el 20 de junio muriera asesinado. «Enviamos al teatro de operaciones a nuestros jóvenes agentes secretos, totalmente inexpertos, y a nuestros inspectores, hombres formados y con años de experiencia. España fue un buen terreno de pruebas para las futuras operaciones de los servicios secretos. La Revolución española cayó derrotada. Los que vencieron fueron los hombres y las mujeres de Stalin», escribió Pável Sudoplátov, agente del NKVD, sobre su participación en la Guerra Civil española.[16]

«Yezhóvschina»

Los asesinatos políticos y las brutales purgas de comunistas y otros izquierdistas a los que no se consideraba completa e intachablemente leales a la línea estalinista sólo fueron un mosaico diminuto en el vasto panorama de terror que Stalin orquestó en la Unión Soviética. En un intento paranoico de asegurarse el poder total, el «Padrecito» dio luz verde a una época de persecuciones, torturas y asesinatos de los que literalmente nadie estuvo a salvo.

Rusia siempre había tenido sus oleadas de ejecuciones políticas; eran ajustes de cuentas entre adversarios o decisiones que sólo apuntaban a aterrorizar a la población. Por ejemplo, en 1922, después de la rebelión de Kronstadt, el marido de Anna Ajmátova había sido uno de los desdichados que fueron detenidos y ejecutados. Si algo parecía ir mal, había que encontrar un culpable. En el comunismo científico y el paraíso de obreros y campesinos no había lugar para la casualidad, las coincidencias y la mala suerte. Todo lo que salía mal era por culpa de alguien o algo: un acto de

sabotaje, la contrarrevolución o la perversidad de la burguesía. Que el enemigo interior acechaba en todas partes fue un precepto fundamental de una revolución que amenazaba con cristalizar en la fundación de un nuevo orden. Sólo la presencia continuada de enemigos podía mantener con vida la imperiosa causa revolucionaria.

Las purgas habían empezado en 1934, tras el asesinato de Serguéi Kírov, un protegido de Stalin que había empezado a dar muestras de no cumplir sus funciones con la obediencia absoluta que se esperaba de él. Popular funcionario del PCUS en Leningrado y miembro del Politburó, Kírov se había atrevido a desafiar la decisión de Stalin de arrestar a todos los disidentes. Lo que ocurrió a continuación nunca llegó a saberse a ciencia cierta. La policía había sorprendido, cerca del despacho de Kírov, a Leonid Nikoláiev, un hombre con trastornos mentales, y en su maletín habían encontrado una pistola cargada; pero dejaron que el sospechoso se marchara e incluso le devolvieron el arma. Poco después, a los guardaespaldas de Kírov les asignaron otra tarea.

Nikoláiev era un inadaptado social al que ya habían expulsado del Partido. Resentido con la jerarquía, buscó venganza. El 1 de diciembre de 1934 entró en el Instituto Smolny, donde Kírov tenía su despacho, subió al tercer piso sin que nadie tratara de impedírselo y mató a tiros al viejo amigo –y nuevo rival potencial– de Stalin. Lo detuvieron sin tardanza junto con varios hombres más. Uno de ellos, que había ayudado a someter al asesino, murió unos días después, supuestamente en un accidente tras caer de un camión del NKVD.

Stalin se hizo cargo personalmente del interrogatorio a Nikoláiev, tras el cual presentaron al trastornado como parte de una conspiración en la que estaban implicados decenas de soviéticos y, también, diplomáticos extranjeros. El 29 de diciembre lo juzgaron junto con otros ciento quince presuntos conspiradores. A todos los condenaron a muerte y los ejecutaron una hora después de concluido el juicio. Tres meses más tarde también fusilaron a la esposa de Nikoláiev y, según parece, la madre del asesino y otros familiares corrieron la misma suerte.

La muerte de Kírov fue la señal de partida de lo que llegó a conocerse como la Gran Purga. En los cuatro años que siguieron, sobre todo en 1936 y 1937, el NKVD arrestó y ejecutó a casi un millón de personas. Al principio la campaña se cebó en personas en su momento cercanas a Lenin o en

partidarios de Trotski, pero las autoridades no tardaron en comenzar a arrestar indiscriminadamente; las acusaciones eran absurdas. Absolutamente nada, ni la lealtad, ni haberlo dado todo por el partido, ni la fe ciega en la revolución, podía salvar a los acusados, y los cargos que pesaban sobre ellos no tenían fundamento alguno: un apellido que sonaba a extranjero, un vecino celoso, un cupo de arrestos que había que cumplir, un rumor, un trabajo demasiado bien hecho, un accidente en el lugar de trabajo que podía presentarse como sabotaje, un nombre mencionado en una carta, el capricho de un funcionario del Partido o, simplemente, el hecho de estar donde no se debía en el momento menos oportuno.

Como en el caso de Nikoláiev, el asesinato de adversarios políticos y víctimas escogidas al azar se empleó para sembrar el terror, pero también con fines propagandísticos. Había que presentar a los acusados como hombres y mujeres que habían maquinado y actuado contra la revolución, y así fue en lo que respecta a algunas de las víctimas más conocidas de las purgas. En 1936, Stalin se valió de la caza de brujas posterior al asesinato de Kírov para eliminar a dos de sus principales adversarios, Grigori Zinóviev y Lev Kámenev, con quienes había gobernado la Unión Soviética en el triunvirato que se instauró tras la muerte de Lenin en 1923. Ya los había dejado fuera de juego y humillado, pero de pronto decidió aniquilarlos. En 1934 los condenó a largas penas de prisión por «complicidad moral» en el asesinato de Kírov. Luego, tras estar encerrados durante meses en cárceles secretas y verse sometidos a un sinnúmero de interrogatorios, Zinóviev y Kámenev, para evitar la pena de muerte, aceptaron las falsas acusaciones de conspiración.

El esbirro más útil de Stalin durante esos interrogatorios secretos fue Nikolái Yezhov, comisario de Asuntos Internos y director de la temida policía secreta, el NKVD. Yezhov era un hombre de complexión menuda. Entre las damas era conocido por su poder de seducción; para los amigos era un juerguista empedernido con una delicada voz de barítono y, para los meros conocidos, un hombre de modales impecables. En cambio, para los presos sólo era un torturador eficiente y cruel. La primera tarea de Yezhov como jefe del NKVD consistió en interrogar y destrozar a Guénrij Yagoda, su predecesor en el cargo, pues Stalin sospechaba que albergaba simpatías por sus compañeros de armas revolucionarios, por lo cual obstaculizaba las investigaciones de sus respectivos casos. En manos de Stalin, Yezhov

demostró ser una herramienta ideal. Despiadado, imaginativo y sádico, sabía arrancar a sus prisioneros las confesiones necesarias. A Yagoda lo juzgaron por espionaje y corrupción en 1938.

Durante el juicio, y según recordó más tarde Aleksandr Solzhenitsyn, Yagoda pareció creer que el propio Stalin lo perdonaría. Pero, aunque a Stalin no se le vio el pelo en el tribunal, el acusado se dirigió así a su antiguo aliado y mentor: «"¡A usted recurro! ¡Dos grandes canales he construido para usted!" Cuenta uno de los presentes que en aquel momento, tras una pequeña ventana del primer piso de la sala, en la penumbra, como tras una muselina, se encendió una cerilla, y mientras ésta alumbraba pudo verse la sombra de una pipa.»[17*] Los juristas de Stalin hicieron su trabajo a conciencia, y declararon culpable a Yagoda y a unos tres mil hombres del NKVD a los que consideraron afines al ex jefe de la policía secreta. A todos los encerraron en los sótanos de la tristemente célebre Lubianka, el cuartel general y prisión del NKVD. Antes de fusilarlo, Yezhov le ordenó a Yagoda que se desnudara; los guardias le asestaron una dura paliza.

A Yezhov tanta eficiencia le sirvió para que su apellido entrase en el vocabulario ruso; *yezhóvschina* fue el término que se acuñó para referirse a la paranoia y el clima sangriento que imperaron durante las purgas. Se cree que las unidades de la policía secreta ejecutaban a unos mil hombres y mujeres por día, a la mayoría de ellos una hora después de esas farsas que eran los juicios secretos por acusaciones falsas. A otras víctimas las enviaban a una muerte más lenta, pero casi segura, en un gulag, el campo de trabajo soviético. Allí los verdugos eran los trabajos forzosos, la desnutrición y el frío.

Si bien la mayor parte de los juicios eran secretos, a Stalin le encantaba convertir la destrucción de sus víctimas más prestigiosas en un grandioso espectáculo público cuidadosamente orquestado, durante el cual el acusado, antes de oír la sentencia, tenía que repetir las confesiones amañadas de delitos absurdos. Nadie salía absuelto. Aunque, en lugar de la pena capital, a Zinóviev y Kámenev les habían prometido enviarlos a prisión (Kámenev no confesó hasta saber que iban a arrestar y ejecutar a su hijo), finalmente los condenaron a muerte y los ejecutaron en 1936.

La más espectacular de esas parodias de juicio empezó el 23 de enero de 1937 en la Casa de los Sindicatos, un elegante edificio clasicista cercano a la Plaza Roja. En tan sólo una semana, los dieciséis prominentes acusados

fueron sentenciados en un juicio concebido con todo cuidado como acontecimiento mediático que debía enviar un mensaje a todos los comunistas, tanto en la Unión Soviética como en el extranjero. Terminados los juicios, también arrestaron y ejecutaron a los jueces y fiscales. Nikolái Yezhov, el talentoso torturador jefe del NKVD corrió la misma suerte al cabo de dos años.

Tras afirmar su poder exterminador sobre el Partido y la policía secreta, Stalin se concentró en el ejército, el otro gran peligro para su autoridad absoluta, en una campaña cuya onda expansiva se dejó sentir incluso en la Guerra Civil española. El último adversario potencial de Stalin era el mariscal Mijaíl Tujachevski, que se había ganado el respeto de todos por su valor y su competencia y había supervisado una amplia reforma del ejército con vistas a convertirlo en una máquina de guerra moderna y eficaz capaz de hacer frente y sobrevivir a la amenaza de un ataque fascista.

A Tujachevski lo arrestaron el 27 de mayo de 1937; una vez más, Yezhov fue el encargado del interrogatorio y de arrancarle la confesión definitiva, animado personalmente por Stalin para que se ocupara de obligar al prisionero «a soltarlo todo». En la confesión escrita que firmó el ex cerebro del ejército aún pueden verse manchas de sangre seca. Se cuenta que, cuando se enteró de la acusación, alguien oyó decir a Tujachevski: «Debo de estar soñando.»[18] Lo sentenciaron, junto con otros altos mandos militares, el 11 de junio, y los fusilaron ese mismo día poco antes de medianoche.

La eliminación de figuras destacadas y poderosas de la jerarquía comunista tuvo efectos que se dejaron sentir mucho más allá del ámbito de esos juicios sumarios. Todos los que de una manera u otra tenían algo que ver con ellos –familiares, amigos, colegas, conocidos– quedaban salpicados por la sospecha y corrían el peligro de acabar igual. Y eso fue lo que le ocurrió al compositor Dmitri Shostakóvich, que había gozado de cierto grado de protección gracias al mecenazgo de Tujachevski, hombre de refinada cultura. Si bien eso significó que Shostakóvich pudiera trabajar con relativa tranquilidad mientras Tujachevski estuvo en el poder, la situación cambió drásticamente de signo tras la caída en desgracia del mariscal.

Incluso antes de que arrestaran a Tujachevski, Stalin había retirado su favor al músico, en parte para minar la moral de su rival. La prensa atacaba a Shostakóvich por escribir música burguesa; en particular, fue objeto de

críticas demoledoras su ópera *Lady Macbeth de Mtsensk*. Cada vez más aislado, sin encargos, temiendo por él y su familia y, a veces, en un estado de ánimo suicida, Shostakóvich no tuvo más remedio que dejar de componer sinfonías y óperas y dedicarse a escribir bandas sonoras cinematográficas «útiles»; para saciar su sed de expresión artística, compuso música de cámara, que sus amigos podían tocar en privado o que podían dormir un largo sueño de los justos en sus cajones. Supo ser prudente, pues varios miembros de su círculo más próximo fueron víctimas del terror; entre otros, Vsévolod Frederiks, su cuñado, fue arrestado; sus amigos Nikolái Zhilyayev, Borís Kornílov y Adrian Piotrovski murieron ejecutados, y a su suegra, Sofiya Varzar, y a otros amigos íntimos se los tragó el sistema de gulags.

La muerte de Tujachevski también tuvo una consecuencia directa en la participación rusa en España, donde, entre los cuadros que tomaban parte en la guerra, cundían cada vez más el miedo y la paranoia; una de las consecuencias del clima imperante fue que nadie se atrevía a que lo vieran aplicando las brillantes tácticas que había concebido el mariscal, autor de libros sobre teoría de la guerra, que, además, había revolucionado especialmente el empleo de los blindados en el campo de batalla. Cuando de repente sus ideas empezaron a asociarse a la traición y cualquier aprobación podía convertirse en una amenaza mortal, los carros de combate soviéticos se usaron en España de manera poco sistemática e improvisada, cosa que ofreció a las fuerzas fascistas una ventaja considerable.

El hombre de Stalin en España, el criminal Aleksandr Orlov, sabía leer los signos que él mismo había usado con frecuencia. En 1938, cuando le ordenaron que fuera a recibir un buque soviético en Amberes, llevó a su mujer y a su hija a Canadá. Antes de partir se aseguró de que la jerarquía soviética supiera que había tomado medidas para poner al descubierto a toda la red de espías soviéticos si algo les ocurría a él y a su familia.

El terror tuvo su emblema apropiado durante la Exposición Universal de París de 1937. Si en el pabellón soviético se expusieron estatuas colosales de los musculosos héroes de la Revolución, como la escultura *Obrero y mujer de un koljós*, de Vera Mújina, y se mostró al público cómo trabajaba el nuevo Estado en favor de los intereses de trabajadores y campesinos, el español, organizado por el gobierno republicano, se centró en una obra de arte igualmente monumental, el *Guernica* de Picasso, un auténtico

homenaje a los que murieron bajo las bombas alemanas en aquella ciudad vasca y un tributo a las víctimas de la guerra y las persecuciones en todas partes del mundo.

1938: EPÍLOGO: «ABIDE WITH ME»

El domingo 16 de enero de 1938, unas dos mil personas se reunieron para celebrar un ritual burgués. El templo al que se dirigieron –soltando vaho blanco a causa del intenso frío, vestidas con abrigos gruesísimos y con toda la elegancia que permitían las circunstancias y el tiempo– no era una iglesia, sino el Musikverein de Viena, la sala de conciertos más famosa de la capital. Ese día tocaba la Filarmónica dirigida por Bruno Walter, una tradición que ya conocían los padres y los abuelos de muchos de los miembros del público. Asistir a los conciertos del Musikverein, o, mejor aún, estar abonado al ciclo de conciertos dominicales, era una preciada tradición que no se interrumpió siquiera en esos años de pesadilla.

El público ocupó sus butacas en la gran sala; en las columnas, figuras femeninas doradas exhibían los pechos –toda una incongruencia geométrica y neoclásica– en medio de un caos ornamental dominado por el gran órgano y contenido por un espléndido techo dorado con medallones pintados. Ni siquiera una institución como el Musikverein tenía dinero suficiente para encender la calefacción esa gélida mañana de invierno. Entre bastidores, los músicos, aunque listos para empezar a tocar, intentaban que no se les enfriasen los dedos, y en todo el escenario podía verse una serie micrófonos negros. La obra principal del programa era la *Novena sinfonía* de Gustav Mahler, de la que aún no existía una grabación. Los técnicos de sonido de EMI habían viajado desde Londres con la misión de registrar el histórico concierto para la posteridad.

Entre el público se encontraba Hans Fantel, un joven de dieciséis años, nacido en Viena en 1922 en el seno de una familia judía de la burguesía austriaca, a quien su padre quería iniciar en los misterios de Mahler, un compositor cuyas obras pocas veces se interpretaban en público. «Los conciertos de Mahler eran raros aquellos días en Viena», recordó Fantel. «La ciudad de Mahler ya la habían contaminado los partidarios de Adolf Hitler. Para ellos, la música de Mahler era una ofensa, un producto de la "decadencia judía". Por tanto, incluir música de Mahler en el programa era un acto político, una protesta y una negación de esa odiosa ideología,

imparable ya al otro lado de la frontera con Alemania; y eso yo lo entendía a pesar de ser un adolescente.»[1]

Bajo la batuta de Bruno Walter, que en su juventud había sido director asistente de Mahler, se oyeron los primeros compases de la *Novena*, un universo musical extraño hecho de comienzos vacilantes, intermedios desgarrados, estallidos intempestivos, momentos de una ironía salvaje y, también, de tristeza. El público era consciente de la fuerza simbólica del momento y, para algunos, ese ritual se asemejaba a una comunión con algo más trascendente.

Cuando, al iniciarse el último movimiento, las cuerdas dejaron oír el prolongado y palpitante suspiro que cedía el paso al tema coral, apasionado y reflexivo a la vez, algunos de los presentes reconocieron el himno que Mahler había incluido en su sinfonía: *Abide with Me*, «Quédate conmigo», del anglicano escocés Henry Francis Lyte.

Cuando el público se dispersó por la ciudad después del concierto, hubo quien cruzó el Ring para ir al centro de Viena y, quizá, tomar algo en uno de sus cafés preferidos, mientras otros se dirigían a la elegante explanada de la Karlsplatz, dominada por la imponente iglesia barroca, símbolo innegable de la tolerancia y el espíritu ilustrado, con sus torres parecidas a minaretes, la cúpula semejante a la de un templo, la fachada griega y su aspiración a ser la representación de una de las grandes verdades de la humanidad.

Cada cual escogió su camino sabiendo que acababa de compartir con muchos más algo extraordinario. Lo que probablemente nadie sabía era que, con ese concierto, habían presenciado el final de una época, que los presentes esa mañana en el Musikverein ya no volverían a reunirse para nada parecido y que pronto muchos de ellos se dispersarían por el mundo o morirían. «No podíamos saber que ese domingo de invierno acabaría siendo la última actuación de la Filarmónica de Viena antes de que Hitler invadiera y devastara su país natal para convertirlo en parte del Reich alemán», recordó Fantel.

En efecto, Bruno Walter había programado esa sinfonía del que había sido su maestro –de quien fue un pionero en la difusión de su obra– desafiando abiertamente el nuevo clima cultural, que envenenaba todas las manifestaciones artísticas y cada momento de la vida cotidiana. Cinco años antes, en Leipzig, después de que los nazis llegaran al poder en enero de 1933, Walter se había visto obligado a retirarse de un concierto cuando los

nuevos gobernantes dejaron bien claro que se producirían actos violentos en caso de que el director de orquesta judío se atreviese a aparecer en una sala de conciertos alemana. Para mayor disgusto de Walter, Richard Strauss aceptó dirigir el concierto en su lugar.

En marzo de 1938, su apretada agenda lo llevó a Ámsterdam para dirigir a la orquesta del Concertgebouw. Fue allí donde su esposa y él, acurrucados junto a un aparato de radio en la habitación de su hotel, siguieron las noticias sobre la desaparición de Austria: «Había llegado el final. Desde primera hora de la tarde y hasta bien entrada la noche, no nos apartamos de la radio, oyendo, en la distancia, la agonía de Austria [...] y la confusión de patéticos comunicados austriacos y proclamas triunfales de los nazis. Y todo ello con acompañamiento musical, como si no estuviera representándose una tragedia histórica, como si nadie estuviera sufriendo y muriendo, como si no estuviera imponiéndose el mal, sino como si estuviéramos presenciando el insípido melodrama de un dramaturgo de pacotilla ansioso por causar sensación».[2]

Walter, que por encima de todo era músico, observó más que nada el cambio de estilo de las piezas que sonaban entre los comunicados. «Después de las palabras de despedida de Schuschnigg, "¡Que Dios proteja a Austria!", nuestro amado país pereció al compás del solemne himno nacional de Haydn, interpretado por un cuarteto de cuerdas», escribió, y añadió: «En cada pausa se oían valses vieneses, interrumpidos una y otra vez con noticias de nuevos desastres. A nuestros oídos llegó un sonido hasta entonces desconocido, una áspera voz prusiana que leía los comunicados por la radio de Viena. Nos contaba, con frases breves y secas, cómo avanzaba la conquista de Austria. Unas ensordecedoras marchas militares prusianas ocuparon el lugar de los valses, simbolizando así, musicalmente, lo que acababa de ocurrir.»

Las cosas empeoraron para el director cuando su representante le comunicó que, durante el intermedio de uno de sus conciertos en Ámsterdam, en Viena habían arrestado a su hija. Walter, que aún gozaba de ciertas influencias, consiguió que la pusieran en libertad al cabo de unos días de súplicas vehementes y frenéticas llamadas telefónicas. En los meses que siguieron, también logró encontrar refugios seguros para otros miembros de su familia.

Finalmente, el director emigró a los Estados Unidos y no regresó a Viena

hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, el conflicto que a finales de 1938 y principios de 1939 dejó de pronto de ser una amenaza remota para convertirse en una catástrofe inminente y real. Entre los refugiados que habían asistido al histórico concierto en el Musikverein estaba Hans Fantel, que había conseguido un visado para emigrar a los Estados Unidos; aunque parezca una ironía, se debió a su amor a la música clásica, un gusto que compartía con un diplomático norteamericano. Más tarde fundó la revista *Stereo Review* y fue columnista de *The New York Times,* donde escribió sobre equipos estereofónicos y grabaciones musicales.

El padre de Fantel, que había despertado en Hans la pasión por la música y que había sido fabricante de equipos de sonido, no pudo emigrar con él y murió a manos de los nazis. Como escribió más tarde el hijo, fue ese hecho lo que para él convirtió en un tesoro la grabación de Walter de 1938: «Ese disco registró un acontecimiento que había compartido con mi padre, setenta y un minutos de los dieciséis años que estuvimos juntos.»

Un momento grabado en medio de una larga época que desaparecía; dos historias –una famosa, y otra no– entre los millones de historias trágicas de los años que siguieron.

A lo largo de este libro he intentado sacar a la luz aspectos de las maneras en que la gente experimentó lo que ocurrió inmediatamente después del final de la Gran Guerra y las dos décadas que siguieron, y el modo en que la modernidad de esos años afectó a sus vidas. Las fuerzas de esa modernidad que había empezado a dominar la vida de las grandes ciudades de Europa y los Estados Unidos hacia 1900 se vieron intensificadas y aceleradas por la guerra y continuaron afirmándose después de 1918. En el primer capítulo, un soldado aquejado por la hasta entonces desconocida neurosis de guerra representó a un continente traumatizado y la experiencia de la guerra moderna. Los efectos de esa experiencia pueden leerse en los capítulos siguientes: los revolucionarios conservadores fueron los exponentes de la anatomía del descontento; la época de la Prohibición, con su «ley seca», ejemplifica las guerras culturales dentro de los Estados Unidos; la rebelión de Kronstadt ilustra la perversión final de la idea de la Revolución Rusa; el renacimiento de Harlem es una ventana a la energía innovadora y el cambio social que tanta importancia tuvieron en esos días y que oscilaron entre las esperanzas depositadas en la Unión Soviética y la búsqueda de diferentes salidas.

En los primeros cinco capítulos he intentado, entre otras cosas, analizar las ideologías y las concepciones culturales contemporáneas. En 1923 tuvieron lugar otros cambios polarizadores. Las teorías científicas convirtieron el mundo físico en algo tan imprevisible y extraño como lo era la sociedad misma para muchos de los habitantes de esa época. Los surrealistas acentuaron esa tensión en 1924 con su embestida contra la desacreditada moral del pasado, y en el proceso contra John Scopes, el «juicio del mono», el mundo tradicional tuvo que vérselas con la visión intelectual moderna. *Metrópolis,* película de 1926, presentó más visiones de las contradicciones culturales entre el hombre y la máquina, del miedo a los robots y la idea de que, en cierto modo, la técnica había empezado a amenazar a la humanidad. En 1927, el incendio del Palacio de Justicia de Viena fue un ejemplo concreto de las tensiones sociales, culturales y políticas del momento –en este caso, entre la derecha y la izquierda–. El capítulo dedicado a 1928 sugiere que, cuando ya se percibían indicios de una lenta recuperación económica, la respuesta que buscaron muchos jóvenes fue el escapismo.

Ése fue el momento en que el periodo de entreguerras, un tiempo a la deriva, comenzó a pasar del optimismo al pesimismo y dejó de ser la posguerra para convertirse en una época que anunciaba un nuevo conflicto bélico. 1929 comenzó en Magnitogorsk, pero el espectro del crac bursátil de Wall Street, en las antípodas de todas las esperanzas soviéticas y aparentemente también la confirmación de éstas, nunca estuvo muy lejos. Después de ese desastre, la disolución económica y cultural se puso de manifiesto en Berlín y su vida nocturna, en la que todo estaba permitido. El único antídoto contra esa clase de relajación moral era la fe; por ejemplo, la que surgió en la Italia fascista, dispuesta a cruzar los Alpes. Al mismo tiempo, los últimos vestigios de fe del experimento ruso se vieron sacudidos por el genocidio oculto, la hambruna artificial en Ucrania y la actitud vacilante de los intelectuales occidentales. En Alemania, las quemas de libros fueron un auténtico desafío a la inteligencia y un cheque en blanco al fanatismo.

Cuando todo empezó a señalar en dirección hacia otra guerra, decidí mirar hacia Gran Bretaña y observar la desesperación de la gente corriente durante esos años de crisis. El estudio prosigue con los refugiados del Dust Bowl, el «cuenco de polvo» de las grandes llanuras norteamericanas, y con

los que huían de Alemania, donde la situación se hacía cada vez más grave. Los Juegos Olímpicos de Berlín parecieron querer dar una respuesta a las fuerzas culturales y económicas que estaban desgarrando el entramado social, en la forma de cuerpos atléticos y hermosos –los que con tanto celo celebró Leni Riefenstahl en sus películas– y con el sueño del bello y fuerte superhombre nietzscheano capaz de trascender su propio tiempo y compensar el horror de los cuerpos destrozados en el campo de batalla, una realidad cultural traumática y omnipresente en la Europa de la primera posguerra. Por último, en 1937, los sueños y pesadillas de esos años se materializaron en una guerra sucia a escala mundial, pantalla de proyección de millones de personas de todo el mundo, y cada bando tuvo su dictador, y cada dictador su propio orden del día. En ambos casos, los resultados fueron fatales.

Al iniciar este libro sostuve que, para comprender el periodo de entreguerras, la clave no es la ruptura, sino la continuidad; que la guerra agudizó la experiencia de la modernidad técnica mientras los valores que sostenían a las sociedades de Occidente se veían seriamente dañados.

En el presente libro se analizan diversos efectos de esa tremenda conmoción, desde el trauma y los nuevos comienzos hasta las primeras confrontaciones y el auge del hedonismo, desde la fe política y sus límites hasta la realización estética en el ámbito del arte. Hemos explorado una serie de fenómenos, cada vez más catastróficos, desde los enfrentamientos en las calles hasta las avalanchas de refugiados y las ejecuciones masivas en un juego de ideologías que ya había degenerado en la política más sucia que cabe imaginar. El año 1918 empezó con un mundo en guerra, pero a finales de ese año predominaba la sensación de que el conflicto no se había zanjado de verdad y de que el Tratado de Versalles sólo había servido para ganar tiempo, y de ello dieron testimonio no sólo los revanchistas alemanes de derechas, sino también las ideas de observadores tan prestigiosos como John Maynard Keynes, el mariscal francés Ferdinand Foch y el presidente francés Paul Deschanel.

La guerra no había terminado. La Primera Guerra Mundial acabó convirtiéndose en algo que los historiadores luego denominaron la «Segunda Guerra de los Treinta Años», un horror que duró desde 1914 hasta 1945. Así pues, el llamado periodo de entreguerras fue, más que una época de paz, parafraseando a Clausewitz, una continuación de la guerra

con otros medios. Los nuevos frentes oponían entre sí a las clases sociales, separaban la ciudad del campo, se interponían entre ideologías, entre ricos y pobres y entre grupos étnicos. Es posible que esos conflictos se acercaran a una forma de resolución a finales de la década de 1920, cuando las economías se estabilizaron y las actitudes se suavizaron, pero la depresión económica mundial que siguió al crac de Wall Street endureció las maneras de pensar y, una vez más, problemas tales como la pobreza y el miedo a la indigencia dejaron al descubierto las líneas de falla.

En junio de 1940, Adolf Hitler se dispuso a derrotar no sólo a Europa, sino a la propia historia. Durante una revista a las tropas alemanas en Bélgica, visitó el cementerio militar de Langenmarck, cerca de Ypres. Langenmarck era un nombre con resonancias míticas para los alemanes. Había sido allí, el 10 de noviembre de 1914, donde unos jóvenes soldados germanos habían demostrado un verdadero espíritu patriótico cuando cargaron con valor contra el enemigo entonando *Deutschland, Deutschland über Alles*, luego himno nacional alemán a partir de 1922. Así lo habían contado los despachos oficiales desde el frente, y en las semanas posteriores los periódicos se dedicaron a embellecer tan épica gesta. La mayor parte de esos valientes jóvenes habían sido estudiantes de las mejores universidades alemanas, y ese día muchos de ellos dieron la vida en el campo del honor. El propio Adolf Hitler, acuartelado entonces a unos diez kilómetros de distancia, escribió sobre el acontecimiento en *Mi lucha*, donde afirmó haber oído cantar a los soldados que se dirigían a la muerte y recordó que el himno se entonó en todas las trincheras alemanas hasta que el enemigo se vio delante de una línea que cantaba y respiraba al unísono.

Era una leyenda, por supuesto, una mezcla de propaganda bélica y ferviente ilusión. Según lo establecían hábilmente los despachos militares, el ataque había tenido lugar «al oeste de Langenmarck»; Bikschote, el nombre exacto del lugar, no era apropiado para un mito alemán. El nombre del pueblo siguiente tenía resonancias más heroicas. Durante el enfrentamiento que llegó a conocerse como batalla de Ypres, tuvo lugar un ataque alemán a cargo de un regimiento formado principalmente por tropas jóvenes que no habían recibido instrucción. Algunos soldados, aunque probablemente ni siquiera uno entre veinte, eran estudiantes. Un par de

ellos podría haber estudiado en una de esas antiguas universidades alemanas.

Tal como sugieren varias crónicas, ese día también se cantó y al parecer también el himno nacional, pero en esa ocasión detrás de la línea del frente. En cualquier caso, según dijeron los soldados experimentados, atravesar el fango de un campo de nabos belga después de una marcha agotadora, con gruesos terrones pegados a las botas y luego intentar cantar algo, lo que fuese, era misión imposible, mucho más tratándose de una melodía tan lenta y pesada como la de *Deutschland, Deutschland über Alles*, el pausado tema de un cuarteto para piano de Haydn, el *Kaiser Quartet*, compuesto en 1797 para el emperador Francisco II, el último del Sacro Imperio Romano Germánico. Cantando o no, dos mil jóvenes de un solo regimiento cayeron ese día en combate, mientras se dirigían a trompicones hacia las trincheras enemigas, acribillados por los disparos de las ametralladoras antes incluso de poder alcanzar el objetivo.

Aun así, el mito de Langenmarck no había dejado de crecer. En esa guerra cada vez más sórdida y desesperada, Alemania necesitaba relatos heroicos. Se habían formado «asociaciones Langenmarck», se encargó un monumento en memoria de los caídos, se escribieron poemas y se pronunciaron discursos que ensalzaban la nobleza del sacrificio y del heroísmo. La idea de que esos jóvenes supieron morir por la patria fue un estribillo paradójico que no dejó de mencionarse en editoriales de prensa y en sermones solemnes. Hitler pisó ese suelo sagrado cuando visitó el cementerio en que estaban enterrados los soldados que ese día habían encontrado una muerte sin sentido. Langenmarck era el emblema de la Alemania en guerra, un recuerdo ya sublimado de la muerte de sus hijos y el final del imperio. El «Führer más grande de todos los tiempos», como le gustaba a Hitler que lo llamaran, nunca había descuidado los gestos simbólicos, y en 1940 declaró en Langenmarck que por fin había terminado la Primera Guerra Mundial de Alemania. La Providencia había hablado, pero esa histórica afirmación se adelantó cinco años al final de la Segunda Guerra Mundial.

La tragedia del periodo de entreguerras radicó en no tener un futuro abierto. Los «años de vértigo», de 1900 a 1914, suelen considerarse

erróneamente una época de anteguerra que culminó necesariamente con el estallido del conflicto armado, pero ni siquiera a principios del verano de 1914 podía sospecharse que estallaría la guerra, y es evidente que nadie podía prever qué clase de guerra sería ni la intensidad de la devastación que causaría, tanto en lo que atañe al coste en vidas humanas como en el plano económico y en el de las certidumbres fundamentales. En esa época, la gente empezaba, no sin dificultades, a comprender la modernidad y, a diferencia de lo vivido entre 1918 y 1938, sí tenía un futuro abierto. La Gran Guerra no fue un conflicto inevitable, y es únicamente el horror de ese cataclismo, y su aparente falta de sentido, lo que condujo a las generaciones posteriores a mirar los años que precedieron al conflicto una y otra vez para intentar hacer encajar las piezas, olvidando a menudo que los grandes acontecimientos no suelen tener causas sólidas y lógicas, que el desastre puede desencadenarse incluso a raíz de una serie difusa de actitudes y descuidos, de malentendidos e incompetencia.

La sensación de perplejidad e impotencia es un legado del periodo de entreguerras, por supuesto, un fenómeno que se ha abordado de dos maneras. Por un lado están los que alegaron razones sólidas, personas, por lo general, comprometidas ideológicamente. Según la familia ideológica a la que pertenecieran, echaron la culpa de la guerra a los capitalistas, a los judíos, a los militares, a la decadencia y a la modernidad *tout court*, o a una combinación de todos esos factores.

La segunda reacción, más que buscar una explicación, intentó encontrar un refugio. En la década posterior a 1918, los artistas y escritores ya habían comenzado a proyectar una luz nueva y nostálgica sobre el periodo anterior a 1914, en el que todos ellos habían vivido. En operetas, novelas, poemas, memorias y crónicas históricas, el periodo anterior a la Primera Guerra Mundial se bañó con los rayos dorados y benéficos de la nostalgia, dando lugar a la idea de que fueron unos años de estabilidad y orden, cosa que tenía poco y nada que ver con la percepción que se había tenido en su momento. Así se hizo aún mayor la imposibilidad de explicar la carnicería a escala industrial que comenzó al final de esos años. Cuando los primeros años de posguerra comenzaron a pasar lentamente de la crisis a la guerra civil, la culpa y la nostalgia estaban igualmente fuera de lugar, pero tenían la misma fuerza. Agresiva una, sentimental la otra, eran dos caras de las misma moneda.

Las fuerzas que se desencadenaron en las sociedades de Occidente desde 1918 hasta 1938 se cobraron un peaje terrible. La mayor parte de las bajas se produjo en la Unión Soviética, pero cada país occidental tuvo sus víctimas de la violencia política. En el mejor de los casos, la paz fue frágil. Otra guerra, continuación de la primera, esperaba sigilosamente en los márgenes. Las sociedades que habrían tenido que aprender a tratar con la memoria y el legado de la guerra no tuvieron tiempo para curarse. Sumidas en un nuevo conflicto tras la llegada de Hitler al poder, tuvieron que soportar una segunda catástrofe.

Las consecuencias de esa dinámica aún se dejan sentir hoy, incluso tras la caída de la Unión Soviética y la reunificación de Alemania. Están presentes, por ejemplo, en la composición de nuestras poblaciones: los afroamericanos en los centros urbanos de los Estados Unidos, los judíos y otros emigrantes en todo el mundo. Están presentes también en la aversión alemana a la inflación; en el espectro del Holocausto en la memoria de Occidente; en la existencia de las Naciones Unidas y el Estado de Israel y en la situación en Oriente Medio; en la hegemonía cultural de Norteamérica sobre el mundo occidental; en el paso del alemán al inglés como lengua principal de la ciencia y la difusión del inglés a escala mundial. Asimismo, pueden detectarse en el rápido declive de los imperios coloniales y sus repercusiones, en el fundamentalismo islámico como respuesta a la política de los «infieles» de Occidente, y en el sonido de nuestra música popular y sus diosas, cantantes con una vida que poco se parece a la de Mamie Smith, aquella temprana diva del jazz, pero que siguen haciendo realidad la misma promesa: llevar la calle a su música.

Y los sonidos de la calle siguen presentes en nuestra música. La irrupción del jazz en un mundo desgarrado y confuso cambió nuestra manera de escuchar. La cultura asociada al jazz no sólo penetró en nuestra vida en forma de notas con un toque obsceno y ritmos pegadizos; su orgullosa reivindicación de la rebeldía y de las identidades marginales también nos dio el rock, el hip-hop y el rap. La calle también sigue estando de moda, por ejemplo, en la estética del *black cool*. Nuestra cultura se convirtió en una cultura de la rebelión, y asomó, como fenómeno de masas, en el periodo de entreguerras, antes de recibir el golpe del conflicto que estalló en 1939 y decaer en el clima conservador que reinó en los años posteriores. En forma de rebelión de los niños de la guerra reapareció en la década de 1960, y los

himnos de esos años tuvieron ecos de los clubs, de las salas de conciertos y el espíritu del renacimiento de Harlem.

La entrada de la calle en las corrientes dominantes y también en manifestaciones culturales más elevadas es el mejor ejemplo de los grandes cambios que fueron registrándose, y no hay que olvidar que muchos de ellos ya habían comenzado a darse antes de 1914. No obstante, el desencanto de los años de posguerra hizo que algunos sencillamente se negaran a tomar nota de los valores y los límites que ya existían antes de la Primera Guerra Mundial, mientras que otros siguieron atacando todo lo que percibían como burgués, de clase media, seguro, restrictivo y construido con mentiras. Los millones de norteamericanos que frecuentaron los *speakeasies* durante la época de la ley seca simplemente habían votado con los pies. Su moral no tenía nada que ver con la de los legisladores, y sabido es que muchos de ellos también iban a echarse un trago a esos bares clandestinos.

La experiencia de la guerra actuó como un catalizador de la modernidad, y precipitó la llegada de lo nuevo sometiendo a millones de individuos a la autoridad absoluta de la planificación, de la instrucción, de la producción en serie, la estandarización y la logística. Más tarde, ese efecto se vio intensificado y distorsionado por una serie de errores políticos que tuvieron consecuencias económicas y culturales devastadoras. En el plano mundial, el crac de Wall Street endureció el clima económico y político y desembocó en nuevos brotes de violencia y hostilidad. En Alemania, la hiperinflación de 1923 provocó otra erosión del optimismo y de las actitudes cohesivas a nivel social. Conjuntamente, esos dos factores y sus efectos impidieron la recuperación en la década de 1920 y propiciaron el ascenso del fascismo.

Para los europeos y, de una forma menos directa, también para los norteamericanos, la guerra preformuló la experiencia de la década siguiente e informó los acontecimientos de la década de 1930, pero, desde nuestra perspectiva, es posible ver esos hechos bajo una luz diferente. De ninguna de las dos guerras puede decirse que fueron el acontecimiento definitorio del siglo XX; ambas son –casi– efectos secundarios de la misma prolongada y vasta revolución, a saber, la revolución de la modernidad, de la técnica y de la Ilustración.

Historiadores afines a Michel Foucault han trazado una línea recta que va del culto kantiano a la razón absoluta en el siglo XVIII a los campos de

concentración y los gulags del siglo XX, y no se han equivocado, al menos en parte (en mi libro *Gente peligrosa. El radicalismo olvidado de la Ilustración europea*[*] mencioné ya esta concepción de la Ilustración y sus alternativas marginales). La concepción kantiana e ilustrada de la razón dio lugar a una avalancha de cambios, innovaciones y revoluciones. Sin embargo,

Hacia 1900, cuando la modernidad llegó a las grandes ciudades, cada vez más pobladas, esa revolución cambió profundamente la manera en que la gente concebía el mundo y se concebía a sí misma, y avanzó con una fuerza y una velocidad extraordinarias, tardando menos de una generación en socavar y finalmente aplastar unas estructuras sociales, unas normas morales y unas ideas y tradiciones que habían predominado a lo largo de varios siglos. La historia comenzó a dejar atrás a la humanidad, las identidades se volvieron frágiles y cuestionables, y la técnica se desarrolló más rápidamente que la capacidad de comprenderla.

Ese desarrollo no se ha detenido, y las guerras, los asesinatos masivos, la opresión y las limpiezas étnicas que comenzaron en el siglo XX y continúan verificándose hoy, forman parte de esa larga historia, igual que la innovación, la liberación y el perfeccionamiento de la comprensión científica. Por lo visto, la modernidad, mientras sigue avanzando y cambiando nuestra identidad con cada día que pasa, no deja de ser empecinadamente neutral en el ámbito de la moral. A pesar de esa constante marea de cambios, los efectos sociales y culturales del periodo de entreguerras aún son omnipresentes. Tras invitar a la cultura de la calle a entrar en nuestro espacio íntimo, ahora todos vivimos en la calle. Nuestra vida es más pública, más diversa y más tolerante con normas sociales diversas, y las diferencias jerárquicas están menos marcadas, aun cuando a menudo oculten una desigualdad de ingresos que supera todo lo conocido en los primeros años del siglo XX.

Es sumamente tentador trazar paralelismos entre nuestro presente y el mundo tal como fue de 1918 a 1938, pero, si bien tales comparaciones son seductoras, también pueden resultar engañosas. Como la Gran Depresión de 1929, la crisis de las hipotecas *subprime* de 2008 provocó una alta tasa de desempleo y destrozó un sinnúmero de vidas, sobre todo de individuos que por primera vez esperaban gozar, ellos también, de las comodidades y los privilegios de una existencia de clase media. Los políticos y los

economistas echaron mano de ese paralelismo para advertir sobre la posibilidad de una segunda depresión mundial con efectos ruinosos a nivel económico y político; personalmente, opino que lo más interesante no es el parecido entre ambos fenómenos, sino lo que los distingue.

A pesar del pánico bursátil, comparable al de 1929, la crisis de 2008 no provocó un colapso de la economía con un 25 % de desocupación, como ocurrió en los Estados Unidos en la década de 1930, o superior al 40 %, como fue el caso alemán. Evitamos ese desastre gracias a las lecciones aprendidas y a las instituciones que se habían creado. Los mercados mundiales estaban más sólidamente entrelazados, y los gobiernos más dispuestos a intervenir; el *bailout* –rescate– de los propios bancos que habían provocado la crisis fue altamente polémico. De hecho, a lo largo de 2008 resonaron muchos de los conflictos de los agitados años de entreguerras: durante la crisis del euro, Alemania se opuso con firmeza a cualquier medida que pudiera conllevar el riesgo de una alta inflación, una actitud profundamente arraigada en el recuerdo de los sucesos de 1923 y el totalitarismo posterior.

Es posible que las semejanzas entre el periodo de entreguerras y nuestra época deban buscarse en otro plano. Tanto los veinte años que van de 1918 a 1938 como las primeras décadas del siglo XXI han estado marcados por una sensación constante de inseguridad, y en ambos periodos las razones y posibles remedios han sido temas de intensos debates; pero, si bien la situación puede analizarse desde perspectivas ideológicas distintas, no hay duda de que, comparada con la existencia en las décadas inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, nuestra vida se ha vuelto más precaria, y no a causa de una guerra, sino de las opciones políticas que tomamos y de las que toman, por nosotros, los políticos que hemos elegido. Todos vivimos más cerca de la catástrofe económica personal que nuestros padres; ni siquiera en el ámbito académico, protegido por tradición, puede hoy hablarse de una seguridad laboral completa. Durante décadas, esta rápida erosión de derechos y prestaciones sociales estuvo cubierta por la idea política de que ésa era la flexibilidad que exige el mercado libre, y que la recompensa por correr ese riesgo era la posibilidad de amasar una gran fortuna.

La justificación ideológica de esta precariedad, creciente y hasta deseada, incluso en los países más ricos, se asentó en una desconfianza mayor en el

Estado, en la democracia y en los políticos, considerados reacios e incapaces de hacer los cambios necesarios, o bien no facultados para interferir en la libertad individual. Friedrich von Hayek y Ludwig von Mises, los padres de la escuela económica neoliberal, fueron europeos que se formaron en el caótico periodo de entreguerras, y que concluyeron que la intervención estatal y las economías planificadas eran rasgos propios de las dictaduras y que sólo podían conducir al desastre económico y al totalitarismo. Para ellos, era más saludable despojar a la política de su componente ideológico y basar el funcionamiento de la sociedad en las leyes objetivas y no ideológicas del mercado libre.

Al cambiar así de lugar el acento, los ciudadanos dejaron órganos de un cuerpo colectivo que trabajaba al unísono, como en el fascismo, o piezas de una máquina gigantesca, como en el sueño comunista. Antes bien, pasaron a considerarse actores independientes que tomaban decisiones en el mercado, gobernados éstos por principios que ofrecían oportunidades y libertad sin necesidad de tomar partido. Conceptos como la racionalización y la maximización de las ganancias reemplazaron el culto ilustrado a la razón y el bien común, y se aplicaron a reevaluar las instituciones sociales –infraestructuras, escuelas, universidades, prisiones, atención sanitaria, entre otros– según un criterio comercial basado en la rentabilidad y la relación coste-beneficio. Fue sobre todo en los Estados Unidos, pero también cada vez más en Europa, donde empezamos a gestionar nuestras sociedades como si fueran empresas. A finales de la década de 1970, y a un ritmo cada vez mayor en la década de 1980, ese evangelio cambió y polarizó nuestra sociedad, pero también fue un paraguas de significado y necesidad bajo el cual pudimos protegernos de los desafíos y las dudas internas que iban apareciendo. En Occidente, la idea del mercado pasó a ser la casa ideológica de muchos. Vivir de conformidad con su iluminadora providencia y sus leyes férreas producía una sensación de estabilidad, e incluso de virtud, pero llegó 2008 y dio al traste con esa devoción colectiva e hizo que millones de personas comprendieran que les habían mentido, que su precariedad no se veía compensada con una posibilidad real de salir adelante, de conseguir un trabajo mejor o de pagar los estudios universitarios de sus hijos. Cuando las consecuencias económicas de la irresponsabilidad y la codicia en el mercado de la vivienda de los Estados Unidos y las cínicas prácticas crediticias de los grandes bancos comenzaron

a hacer zozobrar a un país tras otro, la rabia se convirtió en amargura y desencanto y millones de ciudadanos se apartaron del proceso político, perdiendo toda esperanza e incluso toda aspiración a ser algo más que consumidores cuyo valor para la sociedad se mide por la solvencia de su línea de crédito. Parecen creer que eso no tiene nada de político, que no pueden esperar ningún cambio real y que es posible que la política haya dejado de tener importancia. Hoy día, una revolución digna de ese nombre tendría que atacar, no la sede del gobierno, sino los cuarteles generales de las grandes corporaciones cuya influencia política, social y cultural ha crecido tanto que los presidentes y los primeros ministros parecen poco más que títeres colocados en el centro del escenario con fines únicamente cosméticos.

Las consecuencias de ese desencanto colectivo, que en muchos aspectos es comparable con el que sufrieron los europeos después de 1918, no se expresan mediante una acción política. A pesar de movimientos como Occupy, el Tea Party o los partidos populistas europeos de derechas, la mayoría de los ciudadanos de Occidente han permanecido esencialmente pasivos, se han refugiado aún más en su ámbito privado, en parte porque su precariedad y las obligaciones derivadas de la deuda contraída son poderosos factores disuasorios de agitar las aguas. Después de 1918, y una vez más tras el crac de 1929, la gente se ha visto enfrentada a esta pregunta: «¿Cómo puedo vivir en un mundo con valores e ideas que de repente están desacreditados?» Y la misma pregunta retorna después de 2008. La idea de la infalibilidad del mercado se ha vuelto una parodia, y el evangelio del crecimiento y el mito de la meritocracia se han derrumbado en la mente de muchos de nuestros contemporáneos. No obstante, tras el fin de la grandes ideologías poco y nada parece quedar en el mundo con qué reemplazarlas, y por eso siguen pervirtiéndose.

La ironía subyacente radica en que el evangelio del mercado libre es tan ideológico como los dogmas del comunismo y el fascismo. La fe en el poder aparentemente no ideológico del mercado sólo ha servido a los intereses de una pequeña minoría, y ha creado, para el resto de los mortales, un lugar donde cientos de millones de personas viven peor y más precariamente que sus padres. Vastos ámbitos de nuestra sociedad, como la atención sanitaria y la educación, se vuelven cada vez menos accesibles en un sector público infrafinanciado que hace lo que buenamente puede para

mantener los estándares frente a una alternativa privada que sólo busca beneficios. Los que pueden permitirse entrar en el sector privado pagan mucho más de lo que se pagaba hace apenas una generación, y los que no pueden, están cada vez más excluidos.

Y, sin embargo, los mismos que más han de temer por su sustento, cuyo estilo de vida se ve continuamente amenazado y tienen que pagar más para satisfacer sus necesidades básicas, son los que suelen defender el sistema vigente, quizá porque ofrece algo aún más fundamental que la seguridad: esperanza, orientación, algo parecido a la trascendencia. Tratamos al mercado como la realidad fundamental de la sociedad. Nos ofrece algo en lo que creer. Hemos elegido un evangelio político, en gran parte como lo hicieron los comunistas y los fascistas de la década de 1930.

La creencia en un mercado perfecto ha sido fundamentalmente ideológica desde los mismos comienzos. Su teoría se basa en afirmaciones no demostradas e indemostrables, como la idea de que los mercados se regulan solos, de que destruyen los monopolios y eliminan las estructuras ineficaces y anticuadas y representan un campo de juegos sin desniveles en el que todos los participantes operan con un grado similar de conocimiento y la misma capacidad de elección. Además, dicha teoría supone que las decisiones de esos actores económicos son esencialmente racionales, pero la experiencia en el mundo real demuestra que se están creando monopolios cada vez más poderosos, que los intercambios económicos casi nunca son simétricos y conllevan una escasa elección real, y que es muy raro encontrar, en su base, criterios racionales. No cabe duda de que la decisión económica más trascendente que mucha gente toma en la vida es tener hijos, aun cuando ser padres en Occidente tiende a hacerlos más pobres y vulnerables y a limitar su capacidad de elección.

No somos agentes racionales, ni tendríamos por qué serlo. A pesar del enorme abismo entre la teoría económica y la práctica, el evangelio del mercado ha penetrado profundamente en nuestra manera de pensar. Tiene sus propios rituales, y sus sacerdotes y profetas desfilan por nuestras pantallas y predican en nuestros periódicos. Los mercados se describen en términos antropomórficos: están preocupados..., están deprimidos... Debemos ofrecerles sacrificios, y, como en la antigua Grecia, los sacerdotes se quedan con los mejores trozos de la carne sacrificada. El periodo de entreguerras permitió que la calle entrase en nuestra cultura; el milenio

abolió cualquier idea de cultura. La cultura de entreguerras celebró libertades recién descubiertas; hoy hemos dejado el territorio de la libertad para entrar en el reino de un imaginario mercado perfecto en el que nuestra estrategia de supervivencia se basa en ser más compatibles con el sistema, más competitivos y más conformistas. Entre 1918 y 1938, muchos soñaron con un futuro mejor; ahora tratamos de impedir que ese futuro se materialice porque hemos perdido toda esperanza en que el cambio será para bien, en poder transformar nuestra sociedad privilegiando el bien común. En el fondo, nuestro futuro se ha convertido en una amenaza, y lo único que deseamos es vivir un presente que nunca termine.

Entre 1918 y 1938, las ideologías políticas sirvieron para contrarrestar la sensación de vacío moral y político que siguió al conflicto. Ofrecían un marco, una familia, una explicación grandiosa y una razón para la esperanza. Daban una respuesta positiva a la pregunta sobre cómo vivir con valores de otra época mientras se los reemplazaba con valores nuevos. La esperanza llegaba con el número de afiliación a tal o cual partido.

La alternativa a esa respuesta casi religiosa al vacío moral se vio igualmente limitada tanto en su alcance como en sus posibilidades, y recuerda no poco a nuestro proyecto: el paraíso del consumidor. El hedonismo de las *flappers*, que se tomaban la vida a la ligera, esos jóvenes llamados Bright Young Things, los bares de Berlín, los consumidores y los amantes de las fiestas ofrecían una manera de escapar de las preocupaciones que planteaba el futuro y de unos debates ideológicos interminables, pero no un camino hacia un futuro estable. Ésa fue la reacción de una generación joven que no estaba dispuesta a vivir conforme a los valores de sus padres y que no se tomaba la molestia de definir los suyos mientras pudiera divertirse y disfrutar del aquí y ahora. Sabían que aún faltaba mucho para el mañana, y que mañana uno puede estar muerto. El «No hay futuro» empezó en las trincheras.

La rigidez ideológica y el pasotismo –como diríamos hoy– del consumidor hedonista eran dos actitudes comprensibles ante una pérdida colectiva de confianza, pero profundamente destructivas, reacciones que sólo podían ir en contra de un debate político razonado. En lugar de discutir, comunistas y fascistas se enfrentaban a tiros; para las *flappers* y sus amigos, el siguiente cóctel siempre era más urgente que cavilar sobre el futuro de la

civilización. A medida que el debate y el diálogo políticos se fueron agotando, en el horizonte ya asomaba otra guerra.

Huelga decir que, para quienes creen que es posible aprender de la historia, el paralelismo no tiene nada de tranquilizador. Después de que la Primera Guerra Mundial acabara con imperios poderosos y con el universo moral que sostenía una actitud vital, millones de individuos, ansiosos por llenar el desafiante vacío que se abría ante ellos, se refugiaron en ideologías o sencillamente se dedicaron a bailar y a comprar hasta no poder más, o, si eran demasiado pobres para asistir a la fiesta, al menos soñaban con comprar y vivir por todo lo alto.

Las grandes doctrinas políticas fueron de la mano con una negativa a comprometerse con los desafíos del momento. En ese aspecto sí puede establecerse una comparación, y sólo podemos esperar que la generación de nuestros nietos tenga motivos para dictar un veredicto más benévolo que el juicio que nosotros emitimos sobre nuestros abuelos, que dieron su vida y sus esperanzas y su capacidad en pos de unas ilusiones que sólo pueden calificarse de criminales.

AGRADECIMIENTOS

Ahora que he terminado este trabajo de varios años, es un auténtico placer recordar a todos los que, con sus sugerencias, su apoyo y su generosidad, hicieron posible llevar a buen puerto este proyecto. Dado que es imposible hacer justicia a todos, los nombres aparecen en un orden cronológico y alfabético aproximado.

En las primeras fases de este libro, el entusiasmo y el apoyo de mis agentes y editores fue crucial, pues me animaron a llevar a cabo un proyecto de envergadura, centrado en un periodo de la historia europea extenso y complejo. Victoria Hobbs y Sebastian Ritscher analizaron mis ideas en las primeras fases. Después, Lara Heimert (Basic Books, Nueva York), Ravi Mirchandani y Margaret Stead (Atlantic Books, Londres), Tobias Heil y Michael Krüger (Hanser, Múnich), y Leonoor Broeder (Bezige Bij, Ámsterdam), ayudaron a hacerlo posible. Reconozco que puse muy a prueba su paciencia cuando otros proyectos me obligaron a retrasar la fecha de entrega del manuscrito, pero su apoyo fue constante y de un valor inestimable.

Entre los acontecimientos que se produjeron durante la redacción de este libro, hay uno que puede considerarse un hermoso regalo. Thomas Gaethgens, director del Getty Research Institute (Los Ángeles), me invitó a continuar la investigación en el instituto, y del año que pasé allí conservo recuerdos hermosos y amistades inolvidables, y también el primer borrador del libro. En un despacho muy agradable, con vistas al Pacífico, tuve oportunidad de leer, investigar y escribir sobre el periodo de entreguerras, y de mantener conversaciones con colegas que aportaron valiosas sugerencias y con personal académico del instituto, cuya ayuda fue fundamental. Gracias a todo el maravilloso personal del Getty Center, sobre todo a Thomas Gaethgens y su esposa Barbara; a Alexa Sekyra y Peter Schnitzler, Angie Donougher, Amy Lind, Louis Marchesano, Sabine Schlosser, Rebecca Zamora y Raquel Zamora, mi insustituible asistente de investigación. Entre los académicos, gracias a William Bainbridge, Stefano Cracolici, Lothar von Falkenhausen, Thomas Hines, Gordon Hughes, Ann-

Sophie Lehmann, Marina Pugliese, Salvatore Setis, Alla Vronskaya y Miao Zhe, que me ayudaron a pulir y ampliar mis puntos de vista. La hospitalidad y el esfuerzo de Amy Meyers hicieron que mi temporada en Los Ángeles fuese un placer que nunca olvidaré.

Muchas otras conversaciones contribuyeron a dar forma y a centrar mis ideas, así como a consolidar mi comprensión de la anatomía de la época. Thomas Angerer, Rainer Rosenberg, Barbara Coudenhove-Calergi, Franz Koessler, Cornelius Obonya, Timothy Snyder, Jürgen Osterhammel, Karl Schlögel, Ulrich Sieg, Ana Jornet, Herbert Freudenheim, Robert Neumüller, Jasper Sharp, Christian Witt-Döring y Elisabeth Stein me escucharon con atención y me permitieron desarrollar mis ideas apoyándome en las suyas. Carl Bodenstein tuvo la amabilidad de facilitar mis investigaciones bibliográficas.

Vaya un agradecimiento especial para Veronica Buckley, mi esposa, que no sólo me apoyó de todas las maneras posibles durante la preparación del libro, sino que me dio ánimos cuando el trabajo me agobiaba. Sin su constante cariño, sus preguntas inquisitivas, sus observaciones perspicaces, sus cuestionamientos editoriales y sus asombrosos puntos de vista nunca habría podido terminar este libro. Ella siempre marca la diferencia. Gracias, Veronica.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, Samuel Hopkins, Isabel Leighton y otros. *The Aspirin Age, 1919-1941*. Nueva York, Simon and Schuster, 1976.

Alexander, Robert J. *The Anarchists in the Spanish Civil War*. Londres, Janus, 1999.

Allen, Amy Ruth. *Growing Up in the Great Depression 1929 to 1941*. Minneapolis, MN, Lerner Publications, 2014.

Allen, Roy F. *Literary Life in German Expressionism and the Berlin Circles*. Ann Arbor, MI, UMI Research Press, 1983.

Amersfoort, Herman, y Wim Klinkert. *Small Powers in the Age of Total War, 1900-1940*. Ámsterdam, Brill, 2011.

Andrews, Clarence A. *Chicago in Story: A Literary History*. Iowa City, IA, Midwest Heritage, 1982.

Andrews, James T. *Science for the Masses: The Bolshevik State, Public Science, and the Popular Imagination in Soviet Russia, 1917-1934*. College Station, Texas A&M Press, 2003.

Annan, Noel. *Our Age: English Intellectuals Between the World Wars – A Group Portrait*. Nueva York, Random House, 1990.

Antonowa, Irina, y Jörn Merkert (eds.). *Berlin Moskau, 1900-1950 = Moskva Berlin, 1900-1950*. Múnich, Prestel, 1995.

Archer-Straw, Petrine. *Negrophilia, Avant-Garde Paris and Black Culture in the 1920s*. Londres, Thames & Hudson, 2000.

Armstrong, Tim. *Modernism, Technology and the Body, A Cultural Study*. Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

Arnold, Sabine, y otros. *Politische Inszenierung im 20. Jahrhundert, Zur Sinnlichkeit der Macht*. Viena, Böhlau, 1998.

Arwas, Victor. *Art Deco*. Nueva York, Abrams, 1980.

Aschheim, Steven E. *The Nietzsche Legacy in Germany, 1880-1990*. Berkeley, University of California Press, 1992.

Augé, Marc. *Paris années 30, Roger-Viollet*. París, Hazan, 1996.

Avrich, Paul. *Kronstadt, 1921*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 1970.

Baczko, Bronislaw. *Wege in die Gewalt: die modernen politischen Religionen*. Frankfurt am Main, Fischer-Taschenbuch-Verlag, 2000.

Badger, Anthony J. *The New Deal, The Depression Years, 1933-1940*. Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1989.

Baeumler, Alfred. *Männerbund und Wissenschaft*. Berlín, Junker und Dünnhaupt, 1934.

Bahr, Ehrhard. *Weimar on the Pacific, German Exile Culture in Los Angeles and the Crisis of Modernism (Weimar and Now, German Cultural Criticism)*. Berkeley, University of California Press, 2007.

Bajac, Quentin, y Clément Chéroux. *La subversion des images, surréalisme, photographie, film*. Exposición: Centre Pompidou, París, Galería 2, del 23 de septiembre de 2009 al 11 de enero de 2010; Fotomuseum Winterthur, del 26 de febrero al 23 de mayo 2010; Instituto de Cultura-Fundación Mapfre, Madrid, del 16 de junio al 12 de septiembre de 2010. París, Centre Pompidou,

2009 [trad. esp.: *La subversión de las imágenes: surrealismo, fotografía, cine*, Madrid, Fundación Mapfre, 2010].
Balakian, Peter. *The Burning Tigris: The Armenian Genocide and America's Response*. Nueva York, Harper-Collins, 2003.
Ball, Alan M. *And Now My Soul Is Hardened, Abandoned Children in Soviet Russia, 1918-1930*. Berkeley, University of California Press, 1996.
Banner-Haley, Charles Pete T. *From Du Bois to Obama African American Intellectuals in the Public Forum*. Carbondale, Southern Illinois University Press, 2010.
Baritz, Loren. *The Culture of the Twenties*. Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1970.
Barron, Stephanie (ed.). *«Degenerate Art»: The Fate of the Avant-Garde in Nazi Germany*. Los Ángeles, Los Angeles County Museum of Art, 1991.
Barron, Stephanie, Sabine Eckmann, Matthew Affron, Los Angeles County Museum of Art, Montreal Museum of Fine Arts, y Neue Nationalgalerie (Alemania). *Exiles + Emigrés: The Flight of European Artists from Hitler*. Nueva York, Abrams, 1997.
Bartov, Omer. *Mirrors of Destruction: War, Genocide, and Modern Identity*. Nueva York, Oxford University Press, 2000.
Bartusiak, Marcia. *The Day We Found the Universe*. Nueva York, Pantheon, 2009.
Bataille, Georges. *Œuvres complètes*. París, Gallimard, 1970-1988.
Baxter, Archibald. *We Will Not Cease*. Nueva York, Penguin, 1987.
Becker, Jean-Jacques. *1917 en Europe: l'année impossible*. Bruselas, Complexe, 1997.
Beckman, Wendy Hart. *Artists and Writers of the Harlem Renaissance*. Berkeley Heights, NJ, Enslow, 2002.
Beddoe, Deirdre. *Back to Home and Duty: Women Between the Wars, 1918-1933.* San Francisco, Pandora, 1989.
Beetham, David. *Marxists in Face of Fascism: Writings by Marxists on Fascism from the Interwar Period*. Manchester, Manchester University Press, 1983.
Behrenbeck, Sabine. *Der Kult um die toten Helden, Nationalsozialistische Mythen, Riten und Symbole 1923 bis 1945*. Vierow, SH-Verlag, 1996.
Bell, Julian, y Quentin Bell. *Essays, Poems and Letters*. Londres, Hogarth Press, 1938.
Benadusi, Lorenzo. *The Enemy of the New Man: Homosexuality in Fascist Italy.* Madison, University of Wisconsin Press, 2012.
Benda, Julien. *The Treason of the Intellectuals*. New Brunswick, NJ, Transaction Publishers, 2007 [trad. esp.: *La traición de los intelectuales*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008; traducción de Rodolfo Berraquero].
Bendavid-Val, Leah. *Propaganda and Dreams, Photographing the 1930s in the USSR and the US*. Zúrich, Stemmle, 1999.
Benson, Timothy. *Expressionist Utopias, Paradise, Metropolis, Architectural Fantasy*. Los Ángeles, Los Angeles County Museum of Art, 1993.
Bergan, Ronald. *Jean Renoir, Projections of Paradise*. Woodstock, NY, Overlook Press, 1994.
Berlin, Isaiah. *The Soviet Mind, Russian Culture Under Communism*. Washington, DC, Brookings Institution Press, 2004 [trad. esp.: *La mentalidad soviética: la cultura rusa bajo el comunismo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009; traducción de Gemma Deza Guil].
Berman, Sheri. *The Social Democratic Moment, Ideas and Politics in the Making of Interwar Europe*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 2009.
Bernanke, Ben. *Essays on the Great Depression*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000.
Besier, Gerhard, Francesca Piombo y Katarzyna Stoklosa. *Fascism, Communism and the*

Consolidation of Democracy, A Comparison of European Dictatorships. Berlín, Lit, 2006.
Bessel, Richard. *Germany After the First World War*. Nueva York, Oxford University Press, 1993.
Best, Gary Dean. *The Dollar Decade: Mammon and the Machine in 1920s America*. Westport, CT, Praeger, 2003.
Birnbaum, Paula. *Women Artists in Interwar France: Framing Femininities*. Farnham, Surrey, Ashgate, 2011.
Black, Edwin. *War Against the Weak, Eugenics and America's Campaign to Create a Master Race*. Nueva York, Four Walls Eight Windows, 2003.
Blackman, Cally. *The 20s and 30s: Flappers and Vamps*. Milwaukee, Gareth Stevens, 2000.
Blake, Jody. *Le Tumulte Noir: Modernist Art and Popular Entertainment in Jazz Age Paris, 1900-1930*. University Park, Pennsylvania State University Press, 1999.
Blamires, Cyprian, y Paul Jackson. *World Fascism: A Historical Encyclopedia*. Santa Bárbara, CA, ABC-CLIO, 2006.
Bloch, Marc Léopold Benjamin. *Memoirs of War, 1914-1915*. Ithaca, NY, Cornell University Press, 1980; trad. inglesa de Carole Fink.
Blocker, Jack S. *American Temperance Movements, Cycles of Reform.* Boston, Twayne, 1989.
Blom, Philipp. *The Vertigo Years: Change and Culture in the West, 1900-1914*. Nueva York, Basic Books, 2008 [trad. esp.: *Años de vértigo. Cambio y cultura en Occidente 1900-1914*, Barcelona, Anagrama, 2010; traducción de Daniel Najmías].
Bloom, Harold (ed.). *The Harlem Renaissance*. Filadelfia, Chelsea House, 2004.
Bollauf, Traude. *Dienstmädchen-Emigration: die Flucht jüdischer Frauen aus Österreich und Deutschland nach England 1938/39*. Viena, Lit, 2010.
Bolloten, Burnett. *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1991 [trad. esp.: *La Guerra Civil española: revolución y contrarrevolución*, Madrid, Alianza, 1997; traducción de Belén Urrutia].
Borsodi, Ralph. *This Ugly Civilization*. Nueva York, Simon and Schuster, 1929.
Bourke, Joanna. *Dismembering the Male: Men's Bodies, Britain and the Great War*. Chicago, University of Chicago Press, 1996.
Bouvet, Vincent, y Gerard Durozoi. *Paris Between the Wars, 1919-1939: Art, Life and Culture*. Nueva York, Vendome Press, 2010.
Bowler, Peter J. *Reconciling Science and Religion: The Debate in Early-Twentieth Century Britain*. Chicago, University of Chicago Press, 2013.
Bradford, Perry. *Born with the Blues: The True Story of the Pioneering Blues Singers and Musicians in the Early Days of Jazz.* Nueva York, Oak Publications, 1965.
Braun, Emily (ed.). *Italian Art in the 20th Century, Painting and Sculpture, 1900-1988*. Nueva York, Neues, 1989.
Breicha, Otto. *Fritz Wotruba: Werkverzeichnis Skulpturen, Reliefs, Bühnen- und Architekturmodelle*. St. Gallen, Erker-Verlag, 2002.
Brendon, Piers. *The Dark Valley, A Panorama of the 1930s*. Nueva York, Knopf, 2000.
Brenner, Michael, y Gideon Reuveni. *Emancipation Through Muscles, Jews and Sports in Europe*. Lincoln, University of Nebraska Press, 2006.
Bréon, Emmanuel. *L'art des années trente*. París, Somogy, 1996.
Breton, André. *Surrealism*. Edición de Herbert Read. Londres, Faber and Faber, 1936 [trad. esp.: *El surrealismo*, Barcelona, Barral, 1972].
—. *Œuvres complètes*. París, Gallimard, 1988-2008.
Brittain, Vera, y Alan Bishop. *Chronicle of Friendship: Diary of the Thirties, 1932-1939*. Londres, V.

Gollancz, 1986.
Broer, Lawrence R., y John D. Walther (eds.). *Dancing Fools and Weary Blues: The Great Escape of the Twenties*. Bowling Green, OH, Bowling Green State University Press, 1990.
Brokoff, Jürgen. «Die Apokalypse in der Weimarer Republik». *Arbitrium, Zeitschrift für Rezensionen zur germanistischen Literaturwissenschaft*, 21, n.º 3 (2003).
Brown, Frederick. *An Impersonation of Angels, A Biography of Jean Cocteau*. Harlow, Longmans, 1969.
Brown, Nicholas. *Utopian Generations: The Political Horizon of Twentieth-Century Literature*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 2005.
Bucur, Maria. *Eugenics and Modernization in Interwar Romania*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2010.
Busche, Jürgen. *Heldenprüfung: Das verweigerte Erbe des Ersten Weltkriegs*. Múnich, Verl.-Anst., 2004.
Cable, Mary. *Top Drawer: American High Society from the Gilded Age to the Roaring Twenties*. Nueva York, Atheneum, 1984.
Calo, Mary Ann. *Distinction and Denial: Race, Nation, and the Critical Construction of the African American Artist*. Ann Arbor, University of Michigan Press, 2007.
Camfield, William A. *Max Ernst, Dada and the Dawn of Surrealism*. Múnich, Prestel, 1993.
Canetti, Elias. *Masse und Macht*. Múnich, C. Hanser, 1960 [trad. esp.: *Masa y poder*, Barcelona, Debolsillo, 2005; traducción de Juan José del Solar].
—. *The Torch in My Ear*. Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1982 [trad. esp.: *La antorcha al oído*, Barcelona, El Aleph, 1982; traducción de Juan José del Solar].
—. *Die Fackel im Ohr: Lebensgeschichte 1921-1931*. Múnich, C. Hanser, 1993 [trad. esp.: *La antorcha al oído: Historia de una vida 1921-1931*, Madrid, Alianza, 1995; traducción de Juan José del Solar].
Cannon, Poppy. *The Presidents' Cookbook: Practical Recipes from George Washington to the Present*. Nueva York, Funk & Wagnalls, 1968.
Carbone, Teresa A. *Youth and Beauty, Art of the American Twenties*. Nueva York, Skira Rizzoli, 2011.
Caron, Vicki. *Uneasy Asylum: France and the Jewish Refugee Crisis, 1933-1942*. Stanford, CA, Stanford University Press, 1999.
Carr, Edward Hallett, y Michael Cox. *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939: An Introduction to the Study of International Relations*. Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2010 [trad. esp.: *La crisis de los veinte años (1919-1939): una introducción al estudio de las relaciones internacionales*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2004; traducción de Emma Benzal Alonso].
Carroll, Anne Elizabeth. *Word, Image, and the New Negro: Representation and Identity in the Harlem Renaissance*. Bloomington, Indiana University Press, 2005.
Carson, Cathryn. *Heisenberg in the Atomic Age, Science and the Public Sphere*. Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
Cassata, Francesco. *Building the New Man: Eugenics, Racial Science and Genetics in Twentieth-Century Italy*. Budapest, Central European University Press, 2011.
Cassidy, David C. *Uncertainty: The Life and Science of Werner Heisenberg*. Nueva York, W. H. Freeman, 1992.
Cather, Willa. *Not Under Forty*. Nueva York, A. A. Knopf, 1936 [trad. esp.: *Para mayores de cuarenta*, Barcelona, Alba, 2002; traducción de Alejandro Palomas].
Caws, Mary Ann. *Bloomsbury and France: Art and Friends*. Oxford, Oxford University Press, 2000.
Cecil, Hugh, y Peter Liddle. *Facing Armageddon: The First World War Experienced*. Londres,

Cooper, 1996.
Chambers, Clarke A. *The New Deal at Home and Abroad, 1929-1945*. Nueva York, Free Press, 1965.
Chaney, Otto Preston. *Zhukov*. Norman, University of Oklahoma Press, 1996 [trad. esp.: *Zhukov*, Madrid, San Martín, 1975; traducción de Lázaro Minué].
Chanlaine, Pierre. *Les Horizons de la Science: Entretiens avec les Notabilités du Monde Politique, Religieux et Scientifique*. París, Flammarion, 1928.
Chase, Stuart. *Men and Machines*. Nueva York, Macmillan, 1929.
Cheng, John. *Astounding Wonder: Imagining Science and Science Fiction in Interwar America*. Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2012.
Cheng, Yinghong. *Creating the New Man: From Enlightenment Ideals to Socialist Realities*. Honolulú, University of Hawaii Press, 2009.
Childs, Donald J. *Modernism and Eugenics: Woolf, Eliot, Yeats, and the Culture of Degeneration*. Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
Christianson, Gale E. *Edwin Hubble: Mariner of the Nebulae*. Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1995.
Clair, Jean. *Vienne, 1880-1938: l'apocalypse joyeuse*. París, Éditions du Centre Georges Pompidou, 1986.
—. *The 1920s: Age of Metropolis*. Montreal, Montreal Museum of Fine Arts, 1991.
—. *The 1930s: The Making of the New Man*. Ottawa, National Gallery of Canada, 2008.
Clark, Christopher M. *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*. Nueva York, Harper, 2013.
Clark, Jon. *Culture and Crisis in Britain in the Thirties*. Londres, Lawrence and Wishart, 1979.
Clark, Katerina. *Petersburg: Crucible of Cultural Revolution*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 1996.
—. *Moscow, the Fourth Rome: Stalinism, Cosmopolitanism, and the Evolution of Soviet Culture, 1931-1941*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 2011.
Clark, Katerina, y Evgeniĭ Aleksandrovich Dobrenko. *Soviet Culture and Power: A History in Documents, 1917-1953*. New Haven, CT, Yale University Press, 2007.
Clout, Hugh D. *After the Ruins: Restoring the Countryside of Northern France After the Great War*. Exeter, University of Exeter Press, 1996.
Cocteau, Jean. *Cocteau: catalogue de l'exposition «Jean Cocteau sur le fil du siècle».* París, Centre Pompidou, 2003.
Cohen, Deborah. *The War Come Home, Disabled Veterans in Britain and Germany, 1914-39*. Berkeley, University of California Press, 2001.
Cohen, Lizabeth. *Making a New Deal: Industrial Workers in Chicago, 1919-1939*. Cambridge, Cambridge University Press, 2008.
Cohn, A. A. *The Jazz Singer*. Edición de Robert L. Carringer. Madison, University of Wisconsin Press, 1979.
Collier, Christopher. *Progressivism, the Great Depression, and the New Deal, 1901 to 1941*. Nueva York, Benchmark Books, 2001.
Conkin, Paul. *When All the Gods Trembled: Darwinism, Scopes, and American Intellectuals*. Lanham, MD, Rowman & Littlefield, 1998.
Conquest, Robert. *The Great Terror: Stalin's Purges of the Thirties*. Nueva York, Macmillan, 1968 [trad. esp.: *El gran terror*, Barcelona, Caralt, 1974; traducción de Joaquín Adsuar Ortega].
—. *Stalin and the Kirov Murder*. Nueva York, Oxford University Press, 1989.
—. *The Great Terror: A Reassessment*. Nueva York, Oxford University Press, 1990.

Cooper, Wayne F. *Claude McKay: Rebel Sojourner in the Harlem Renaissance, a Biography*. Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1987.
Costello, John. *Deadly Illusions*. Nueva York, Crown, 1993.
Coudenhove-Kalergi, Barbara. *Zuhause ist überall: Erinnerungen*. Viena, Zsolnay, 2013.
Cowan, Michael, y Kai Marcel Sicks. *Leibhaftige Moderne: Körper in Kunst und Massenmedien 1918 bis 1933*. Bielefeld, Transcript Verlag, 2005.
Cruz, Rafael. *Pasionaria, Dolores Ibárruri, historia y símbolo*. Colección Perfiles del Poder, 1. Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
Cuomo, Franco. *I Dieci: Chi Erano gli Scienzati Italiani che Firmarono il Manifesto della Razza*. Milán, Baldini Castoldi Dalai, 2005.
Currell, Susan, y Christina Cogdell (eds.). *Popular Eugenics: National Efficiency and American Mass Culture in the 1930s*. Athens, Ohio University Press, 2006.
Curtis, Michael. *Three Against the Third Republic*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 1959.
Dabrowski, Magdalena. *Aleksandr Rodchenko*. Nueva York, Museum of Modern Art, 1998.
Daniels, Roger. *Coming to America: A History of Immigration and Ethnicity in American Life*. Nueva York, Harper-Collins, 1990.
David-Fox, Michael. *Showcasing the Great Experiment: Cultural Diplomacy and Western Visitors to Soviet Union, 1921-1941*. Nueva York, Oxford University Press, 2012.
Davidson, Roger. *Dangerous Liaisons: A Social History of Venereal Disease in Twentieth-Century Scotland*. Ámsterdam, Rodopi, 2000.
Davies, Sarah, y James Harris. *Stalin: A New History*. Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
De Camp, L. Sprague. *The Great Monkey Trial.* Garden City, NY, Doubleday, 1968.
De Grazia, Victoria. *How Fascism Ruled Women: Italy, 1922-1945*. Berkeley, University of California Press, 1992.
Dean, Carol. *The Frail Social Body: Pornography, Homosexuality, and Other Fantasies in Interwar France*. Berkeley, University of California Press, 2000.
Demaris, Ovid. *America the Violent*. Nueva York, Cowles Books, 1970.
Dewey, John. *The Public and Its Problems.* Nueva York, Henry Holt, 1927 [trad. esp.: *La opinión pública y sus problemas*, Madrid, Morata, 2004; traducción de Roc Filella Escolà].
—. *Individualism: Old and New*. Nueva York, Minton, Balch, 1930 [trad. esp.: *Viejo y nuevo individualismo*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2003; traducción de Isabel García Adánez].
Diehl, Paula. *Körper im Nationalsozialismus: Bilder und Praxen*. Paderborn, Schöningh, 2006.
Dinter, Artur. *Die Sünde wider das Blut: ein Zeitroman*. Leipzig, Verlag Matthes und Thost, 1921.
Dix, Otto. *Dix: Galerie der Stadt Stuttgart, Nationalgalerie, Staatliche Museen Preussischer Kulturbesitz Berlin*. Stuttgart, G. Hatje, 1991.
Dmitrieva, Marina, y Heidemarie Petersen. *Jüdische Kultur(en) im Neuen Europa: Wilna 1918-1939*. Wiesbaden, Otto Harrassowitz Verlag, 2004.
Dolot, Miron. *Execution by Hunger: The Hidden Holocaust.* Nueva York, W. W. Norton, 1985.
Dreiser, Theodore. *An American Tragedy*. Cleveland, OH, World, 1948 [trad. esp.: *Una tragedia americana*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992; traducción de Mariano Horta Manzano].
Drowne, Kathleen Moran, y Patrick Huber. *The 1920s.* Westport, CT, Greenwood Press, 2004.
Düffer, Jost, y Gerd Krumeich (eds.). *Der verlorene Frieden, Politik und Kriegskultur nach 1918*. Essen, Klartext, 2002.
Duggan, Christopher. *Fascist Voices: An Intimate History of Mussolini's Italy*. Londres, Bodley Head, 2012.

Dumenil, Lynn. *The Modern Temper: American Culture and Society in the 1920s*. Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1995.
Duppler, Jörg, y Gerhard Paul Gross. *Kriegsende 1918: Ereignis, Wirkung, Nachwirkung*. Múnich, Oldenbourg, 1999.
Durst, David. *Weimar Modernism: Philosophy, Politics, and Culture in Germany, 1918-1933*. Lanham, MD, Lexington Books, 2004.
Eatwell, Roger. *Fascism: A History*. Nueva York, Random House, 2011.
Eby, Cecil D. *Comrades and Commissars: The Lincoln Battalion in the Spanish Civil War*. University Park, Pennsylvania State University Press, 2013.
Edmondson, Jacqueline. *Jesse Owens: A Biography*. Westport, CT, Greenwood, 2007.
Edwards, Brent Hayes. *The Practice of Diaspora: Literature, Translation, and the Rise of Black Internationalism*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 2003.
Egan, Timothy. *The Worst Hard Time*. Boston, Houghton Mifflin, 2006.
Eichengreen, Barry J., y T. J. Hatton. *Interwar Unemployment in International Perspective*. Dordrecht, Springer, 1988.
Ekstein, Modris. *Rites of Spring: The Great War and the Birth of the Modern Age*. Boston, Houghton Mifflin, 1989.
Emmerich, Alexander. *Olympia 1936: trügerischer Glanz eines mörderischen Systems*. Colonia, Fackelträger-Verlag, 2011.
Erben, Tino. *Traum und Wirklichkeit Wien, 1870-1930*. Viena, Museen der Stadt Wien, 1985.
Evans, Richard J. *The Coming of the Third Reich*. Nueva York, Penguin, 2004 [trad. esp.: *La llegada del Tercer Reich: El ascenso de los nazis al poder*, Barcelona, Península, 2005; traducción de José Manuel Álvarez Flores].
Exner, Gudrun. *Bevölkerungswissenschaft in Österreich in der Zwischenkriegszeit (1918-1938): Personen, Institutionen, Diskurse*. Viena, Böhlau Verlag, 2004.
Ezra, Elizabeth. *The Colonial Unconscious: Race and Culture in Interwar France*. Ithaca, NY, Cornell University Press, 2000.
Fair-Schulz, Axel, y Mario Kessler. *German Scholars in Exile, New Studies in Intellectual History*. Lanham, MD, Lexington Books, 2011.
Fass, Paula. *The Damned and the Beautiful: American Youth in the 1920s*. Nueva York, Oxford University Press, 1977.
Feingold, Henry L. *A Time for Searching: Entering the Mainstream, 1920-1945*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992.
Feinstein, Elaine. *Anna of All the Russias: The Life of Anna Akhmatova*. Nueva York, Knopf, 2007 [trad. esp.: *Anna Ajmátova*, Barcelona, Circe, 2007; traducción de Xoán Abeleira].
Ferguson, Niall. *The Pity of War: Explaining World War I*. Nueva York, Basic Books, 2000.
Feuchtwanger, E. J. *From Weimar to Hitler: Germany, 1918-33*. Nueva York, St. Martin's Press, 1993.
Fiedler, Jeannine. *Social Utopias of the Twenties: Bauhaus, Kibbutz and the Dream of the New Man*. Wuppertal, Müller + Bussman, 1995.
Figes, Orlando. *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*. Londres, Jonathan Cape, 1996 [trad. esp.: *La Revolución Rusa: la tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2001; traducción de César Vidal].
—. *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia*. Nueva York, Metropolitan Books, 2007 [trad. esp.: *Los que susurran*, Barcelona, Edhasa, 2009; traducción de Mirta Rosenberg].
Fishburn, Matthew. *Burning Books*. Basingstoke, Hampshire, Palgrave Macmillan, 2008.

Fisher, Peter S. *Fantasy and Politics: Visions of the Future in the Weimar Republic*. Madison, University of Wisconsin Press, 1991.

Fitch, Noel Riley. *Sylvia Beach and the Lost Generation: A History of Literary Paris in the Twenties and Thirties*. Nueva York, Norton, 1983.

Fitzgerald, F. Scott. *Novels and Stories, 1920-1922: This Side of Paradise; Flappers and Philosophers; The Beautiful and the Damned; Tales of the Jazz Age*. Nueva York, Penguin Books, 2000 [trad. esp.: *A este lado del paraíso*, Madrid, Alianza, 1984, traducción de Juan Benet; *Flappers y filósofos*, Madrid, Velecio, 2007, traducción de Andreu Barba y Teresa Barba Muñiz; *Hermosos y malditos*, Madrid, Alianza, 1983, traducción de José Luis López Muñoz; *Cuentos de la era del jazz*, Vilassar de Dalt, Ed. de Intervención Cultural, 2009; traducción de Esther Pérez Pérez].

Fitzpatrick, Sheila. *The Cultural Front: Power and Culture in Revolutionary Russia*. Ithaca, NY, Cornell University Press, 1992.

—. *Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization*. Oxford, Oxford University Press, 1994.

—. *Everyday Stalinism, Ordinary Life in Extraordinary Time: Soviet Russia in the 1930s*. Oxford, Oxford University Press, 1999.

—. *The Russian Revolution*. Oxford, Oxford University Press, 2007.

Fitzpatrick, Sheila, y Michael Geyer (eds.). *Beyond Totalitarianism: Stalinism and Nazism Compared*. Nueva York, Cambridge University Press, 2009.

Fitzpatrick, Sheila, y Yuri Slezkine (eds.). *In the Shadow of Revolution: Life Stories of Russian Women from 1917 to the Second World War*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000.

Flanner, Janet. *Paris Was Yesterday, 1925-1939*. Nueva York, Viking Press, 1972 [trad. esp.: *París fue ayer*, Barcelona, Grijalbo, 1974; traducción de Marcelo Covián].

Fleming, Donald, y Bernard Bailyn (eds.). *The Intellectual Migration, Europe and America, 1930-1960*. Cambridge, Belknap Press, 1969.

Föllmer, Moritz, y Rüdiger Graf. *Die «Krise» der Weimarer Republik, zur Kritik eines Deutungsmusters*. Nueva York, Campus Books, 2005.

Forman, Paul. «Weimar Culture, Causality, and Quantum Theory, 1918-1927, Adaptation by German Physicists and Mathematicians to a Hostile Intellectual Environment», *Historical Studies in the Physical Sciences*, 3 (enero de 1971), pp. 1-115 [véase en español: *Cultura en Weimar, causalidad y teoría cuántica 1918-1927*, Madrid, Alianza, 1984; traducción de José Sánchez Ron].

Forman, Paul, Cathryn Carson y otros. *Weimar Culture and Quantum Mechanics: Selected Papers by Paul Forman and Contemporary Perspectives on the Forman Thesis*. Londres, Imperial College Press, 2011.

Franck, Dan. *The Bohemians: The Birth of Modern Art, Paris 1900-1930*. Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2001; trad. inglesa de Cynthia Hope Liebow [trad. esp.: *Bohemios*, Madrid, Ollero y Ramos, 1999; traducción de Teresa Alonso-Lasheras].

Franke, Julia. *Paris, eine neue Heimat? Jüdische Emigranten aus Deutschland 1933-1939*. Berlín, Duncker & Humblot, 2000.

Friedrich, Thomas. *Berlin Between the Wars*. Nueva York, Vendome Press, 1991.

Frost, Laura Catherine. *Sex Drives: Fantasies of Fascism in Literary Modernism*. Ithaca, NY, Cornell University Press, 2002.

Froula, Christine. *Virginia Woolf and the Bloomsbury Avant-Garde: War, Civilization, Modernity*. Nueva York, Columbia University Press, 2013.

Furet, François, y Ernst Nolte. *Fascism and Communism*. Lincoln, University of Nebraska Press,

2001 [trad. esp.: *Fascismo y comunismo*, Madrid, Alianza, 1999; traducción de Esther Benítez y Arturo Parada].
Fussell, Paul. *The Great War and Modern Memory*. Oxford, Oxford University Press, 1975 [trad. esp.: *La Gran Guerra y la memoria moderna*, Madrid, Turner, 2006; traducción de Javier Alfaya].
Gabriel, Heinz Eberhard, y Wolfgang Neugebauer. *Vorreiter der Vernichtung? Eugenik, Rassenhygiene und Euthanasie in der österreichischen Diskussion vor 1938*. Viena, Böhlau Verlag, 2005.
Galbraith, John Kenneth. *The Great Crash, 1929*. Boston, Houghton Mifflin Harcourt, 1997 [trad. esp.: *El crac del 29,* Barcelona, Ariel, 1965; traducción de Ángel Abad Silvestre].
Garrard, John Gordon, y Carol Garrard. *Inside the Soviet Writers' Union*. Londres, I. B. Tauris, 1990.
Gatewood, Willard B. *Controversy in the Twenties: Fundamentalism, Modernism and Evolution*. Nashville, TN, Vanderbilt University Press, 1969.
Gay, Peter. *Weimar Culture: The Outsider as Insider*. Nueva York, Harper & Row, 1968 [trad. esp.: *La cultura de Weimar*, Barcelona, Arcos Vergara, 1984; traducción de Nora Catelli].
Gentile, Emilio. *The Sacralization of Politics in Fascist Italy*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 1996; trad. inglesa de Keith Botsford.
Gerstle, Gary. *American Crucible: Race and Nation in the Twentieth Century.* Princeton, NJ, Princeton University Press, 2001.
Getzler, Israel. *Kronstadt: 1917-1921*. Cambridge, MA, Cambridge University Press, 2002.
Gilbert, Martin. *The First World War: A Complete History.* Nueva York, Henry Holt, 1994 [trad. esp.: *Atlas Akal de la Primera Guerra Mundial: la historia completa*, Tres Cantos, Akal, 2003; traducción de Rosa Mecha].
Ginzburg, Yevgenia Solomonovna. *Journey into the Whirlwind.* San Diego, Harcourt, Brace, 1995.
Glassman, Bruce. *The Crash of '29 and the New Deal*. Morristown, NJ, Silver Burdett, 1986.
Goebbels, Joseph. *Goebbels Reden*, vol. 1. Múnich, Heyne, 1971.
Golan, Romy. *Modernity and Nostalgia: Art and Politics in France Between the Wars.* New Haven, CT, Yale University Press, 1995.
Goldberg, David Joseph. *Discontented America: The United States in the 1920s*. Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press, 1999.
Goldman, Wendy Z. *Inventing the Enemy: Denunciation and Terror in Stalin's Russia*. Nueva York, Cambridge University Press, 2011.
Goodliffe, Gabriel. *The Resurgence of the Radical Right in France: From Boulangisme to the Front National*. Nueva York, Cambridge University Press, 2011.
Gordon, Mel. *Voluptuous Panic: The Erotic World of Weimar Berlin*. Los Angeles, Feral House, 2006.
Gorsuch, Anne E. *Youth in Revolutionary Russia: Enthusiasts, Bohemians, Delinquents*. Bloomington, Indiana University Press, 2000.
Gossman, Lionel. *The Passion of Max von Oppenheim: Archaeology and Intrigue in the Middle East from Wilhelm II to Hitler*. Cambridge, Open Book Publishers, 2013.
Gourley, Catherine. *Flappers and the New American Woman: Perceptions of Women from 1918 Through the 1920s*. Minneapolis, MN, Twenty-first Century Books, 2008.
Graham, Loren R. *Between Science and Values*. Nueva York, Columbia University Press, 1981.
Graves, Robert. *The Long Weekend: A Social History of Great Britain, 1918-1939*. Middlesex, Penguin Books, 1971.
Green, Martin. *Children of the Sun: A Narrative of «Decadence» in England After 1918*. Nueva York, Basic Books, 1976.

Gregory, James N. *American Exodus: The Dust Bowl Migration and Okie Culture in California*. Nueva York, Oxford University Press, 1991.
Griffin, Roger. *Modernism and Fascism: The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler*. Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007 [trad. esp.: *Modernismo y fascismo: la sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Tres Cantos, Akal, 2010; traducción de Jaime Blasco Castiñeyra].
Grimshaw, Allen D. *A Social History of Racial Violence*. New Brunswick, NJ, Transaction Publishers, 2009.
Grolier Educational. *Depression America*. Danbury, CT, Grolier Educational, 2001.
Grosskurth, Phyllis. *Havelock Ellis: A Biography*. Nueva York, Nueva York University Press, 1985.
Grossman, Manuel L. *Dada: Paradox, Mystification, and Ambiguity in European Literature*. Nueva York, Pegasus, 1971.
Grosz, George. *Briefe 1913-1959*. Reinbek bei Hamburg, Rowohlt, 1979.
—. *George Grosz, an Autobiography*. Nueva York, Macmillan, 1983; trad. inglesa de Nora Hodges.
Gruber, Helmut, y Pamela M. Graves. *Women and Socialism, Socialism and Women: Europe Between the Two World Wars*. Nueva York, Berghahn Books, 1998.
Gumbrecht, Hans Ulrich. *In 1926: Living at the Edge of Time*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 1997.
Gunning, Tom. *The Films of Fritz Lang: Allegories of Vision and Modernity*. Londres, British Film Institute, 2000.
Hacohen, Malachi Haim. *Karl Popper: The Formative Years, 1902-1945: Politics and Philosophy in Interwar Vienna*. Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
Haldane, J. B. S. *Daedalus or Science and the Future*. Londres, Dutton, 1925 [trad. esp.: *Dédalo e Ícaro: el futuro de la ciencia*, Oviedo, KRK, 2005; traducción de Juan Á. Canal y M.ª Teresa Rodríguez].
Haldane, R. B. *The Reign of Relativity*. Londres, J. Murray, 1921.
Halfeld, Adolf. *Amerika und der Amerikanismus: Kritische Betrachtungen eines Deutschen und Europäers*. Jena, E. Diederichs, 1927.
Hallwas, John E. *The Bootlegger: A Story of Small-town America*. Urbana, University of Illinois Press, 1998.
Hamilton, Neil A. *Rebels and Renegades: A Chronology of Social and Political Dissent in the United States*. Nueva York, Routledge, 2002.
Hardtwig, Wolfgang. *Ordnungen in der Krise: Zur politischen Kulturgeschichte Deutschlands 1900-1933*. Múnich, Oldenbourg, 2007.
Harrington, Anne. *Reenchanted Science: Holism in German Culture from Wilhelm II to Hitler*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 1996.
Hart, Peter. *The Great War: A Combat History of the First World War*. Nueva York, Oxford University Press, 2013.
Hatfield, H. Stafford. *Automation; Or, the Future of the Mechanical Man*. Nueva York, E. P. Dutton, 1928.
Hattersley, Roy. *Borrowed Time: The Story of Britain Between the Wars*. Boston, Little, Brown, 2007.
Hehn, Paul N. *A Low Dishonest Decade: The Great Powers, Eastern Europe, and the Economic Origins of World War II, 1930-1941*. Nueva York, Continuum, 2002.
Heiting, Manfred, y Roland Jaeger (eds.). *Autopsie: deutschsprachige Fotobücher 1918 bis 1945*. Gotinga, Verlag Steidl, 2012.
Henderson, Caroline. *Letters from the Dust Bowl*. Norman, University of Oklahoma Press, 2012.

Hentschel, Klaus, y Ann Hentschel. *Physics and National Socialism: An Anthology of Primary Sources*. Boston, Birkhäuser Verlag, 1996.
Heppner, Ernest G. *Shanghai Refuge: A Memoir of the World War II Jewish Ghetto*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1993.
Herf, Jeffrey. *Reactionary Modernism: Technology, Culture and Politics in Weimar and the Third Reich*. Nueva York, Cambridge University Press, 1984.
Herzfelde, Wieland. *Zur Sache: geschrieben und gesprochen zwischen 18 und 80*. Berlín, Aufbau-Verlag, 1976.
Heynickx, Rajesh, y Tom Avermaete. *Making a New World: Architecture and Communities in Interwar Europe*. Lovaina, Leuven University Press, 2012.
Hillstrom, Kevin. *The Harlem Renaissance*. Detroit, Omnigraphics, 2008.
Hilton, Christopher. *Hitler's Olympics: The 1936 Berlin Olympic Games.* Stroud, Sutton, 2006.
Hipp, Daniel. *The Poetry of Shell Shock: Wartime Trauma and Healing in Wilfred Owen, Ivor Gurney and Siegfried Sassoon*. Jefferson, NC, McFarland, 2005.
Hitchcock, Hugh Wiley. *Music in the United States: A Historical Introduction*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1974.
Hochschild, Adam. *To End All Wars: A Story of Loyalty and Rebellion, 1914-1918*. Boston, Houghton Mifflin, 2011 [trad. esp.: *Para acabar con todas las guerras*, Barcelona, Península, 2013; traducción de: Yolanda Fontal Rueda].
Höchtl, Daniela. *Buenos Aires–eine neue Heimat? Die Integration der deutschen Juden in der argentinischen Hauptstadt 1933-1939*. Múnich, GRIN Verlag, 2008.
Hofer, Hans Georg. *Nervenschwäche und Krieg–Modernitäts kritik und Krisenbewältigung der österreichischen Psychiatrie, 1880-1920*. Viena, Böhlau, 2004.
Hoffmann, David L. *Stalinist Values: The Cultural Norms of Soviet Modernity, 1917-1941*. Ithaca, NY, Cornell University Press, 2003.
—. *Cultivating the Masses: Modern State Practices and Soviet Socialism, 1914-1939*. Ithaca, NY, Cornell University Press, 2011.
Holden, Wendy. *Shell Shock: The Psychological Impact of War*. Londres, Channel 4, 1998.
Holmes, Richard. *Tommy: The British Soldier on the Western Front*. Londres, Harper Collins, 2011.
Holmes, Deborah, y Lisa Silverman. *Interwar Vienna: Culture Between Tradition and Modernity.* Rochester, NY, Camden House, 2009.
Holub, Robert C. «Nietzsche, Socialist, Anarchist, Feminist», en *German Culture in Nineteenth Century America: Reception, Adaptation, Transformation*. Edición de Lynne Tatlock y Matt Erlin. Rochester, NY, Camden House, 2005.
Howe, Irving, y Kenneth Libo. *World of Our Fathers: The Journey of the East European Jews to America and the Life They Found and Made*. Nueva York, Book-of-the-Month Club, 1993.
Hughes, Robert. *American Visions: The Epic History of Art in America.* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1997 [trad. esp.: *Visiones de América: la historia épica del arte norteamericano*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2001; traducción de Vicente Campos González].
Hughes-Hallett, Lucy. *The Pike: Gabriele d'Annunzio, Poet, Seducer and Preacher of War*. Londres, Fourth Estate, 2013.
Hyman, Paula. *From Dreyfus to Vichy: The Remaking of French Jewry, 1906-1939*. Nueva York, Columbia University Press, 1979.
Internationale Arbeitstagung Politische Religionen: Forschungskonzepte, Ergebnisse. *«Totalitarismus» und «Politische Religionen»,* vol. 2. Paderborn, Schöningh, 1997.
Isenberg, Noah William. *Weimar Cinema: An Essential Guide to Classic Films of the Era*. Nueva

York, Columbia University Press, 2009.
Jacobs, Jack Lester. *Bundist Counterculture in Interwar Poland*. Syracuse, NY, Syracuse University Press, 2009.
Jang, Gyoung Sun. «The Sexual Politics of the Interwar Era Global Governance, Historicizing the Women's Transnational Movements With(in) the League of Nations, 1919-1940». Tesis doctoral, Clark University, 2009.
Jefferies, Matthew, y Mike Tyldesley. *Rolf Gardiner: Folk, Nature and Culture in Interwar Britain*. Farnham, Surrey, Ashgate, 2013.
Jeismann, Michael, y Reinhard Koselleck (eds.). *Der politische Totenkult: Kriegerdenkmäler in der Moderne*. Múnich, Fink, 1994.
Jenkins, Alan. *The Twenties*. Nueva York, Universe Books, 1974.
—. *The Thirties*. Nueva York, Stein and Day, 1976.
Jones, Sharon L. *Rereading the Harlem Renaissance: Race, Class, and Gender in the Fiction of Jessie Fauset, Zora Neale Hurston, and Dorothy West*. Westport, CT, Greenwood Press, 2002.
Judt, Tony. *The Burden of Responsibility: Blum, Camus, Aron, and the French Twentieth Century*. Chicago, University of Chicago Press, 1998 [trad. esp.: *El peso de la responsabilidad*, Madrid, Taurus, 2014; traducción de Juan Ramón Azaola].
Jullian, Philippe. *D'Annunzio*. Londres, Pall Mall Press, 1972.
Jünger, Ernst. *In Stahlgewittern.* Stuttgart, E. Klett, 1961 [trad. esp.: *Tempestades de acero*, Barcelona, Tusquets, 1987; traducción de Andrés Sánchez Pascual].
—. *Sämtliche Werke.* Stuttgart, Klett-Cotta, 1978-2003.
—. *Storm of Steel*. Nueva York, Penguin Books, 2004.
Kaes, Anton (ed.). *Weimarer Republik: Manifeste und Dokumente zur deutschen Literatur 1918-1933.* Stuttgart, J. B. Metzler, 1983.
—. *The Weimar Republic Sourcebook*. Berkeley, University of California Press, 1994.
Kalman, Samuel. *The Extreme Right in Interwar France: The Faisceau and the Croix de Feu*. Farnham, Surrey, Ashgate, 2008.
Kasson, John F. *Houdini, Tarzan and the Perfect Man: The White Male Body and the Challenge of Modernity in America*. Nueva York, Hill and Wang, 2001.
Kaufmann, Walter. *Nietzsche: Philosopher, Psychologist, Antichrist*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 1974.
Keegan, John. *The First World War*. Nueva York, Vintage, 2000.
Kemp, Wolfgang. *Foreign Affairs: die Abenteuer einiger Engländer in Deutschland 1900-1947*. Múnich, Hanser, 2010.
Kennan, George F. *Memoirs, 1925-1950*. Boston, Little, Brown, 1967.
Kennedy, David M. *Freedom from Fear: The American People in Depression and War, 1929-1945*. Nueva York, Oxford University Press, 1999.
Kessler, Harry. *The Diaries of a Cosmopolitan: Count Harry Kessler, 1918-1937.* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1971; trad. inglesa de Charles Kessler.
Keynes, John Maynard. *The Economic Consequences of the Peace*. Nueva York, Harcourt, Brace and Howe, 1920 [trad. esp.: *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 1991; traducción de Juan Uña].
Kienitz, Sabine. *Beschädigte Helden: Kriegsinvalidität und Körperbilder, 1914-1923.* Paderborn, Schöningh, 2008.
King, David C. *Al Capone and the Roaring Twenties.* Woodbridge, CT, Blackbirch Press, 1999.
Kinnear, Mary. *Margaret McWilliams: An Interwar Feminist.* Montreal, McGillQueen's University

Press, 1991.
Kirk, D. *Europe's Population in Interwar Years*. Londres, Taylor & Francis, 1969.
Kirschke, Amy Helene. *Aaron Douglas: Art, Race, and the Harlem Renaissance*. Jackson, University Press of Mississippi, 1995.
Kirschl, Wilfried. *Albin Egger Lienz, 1868-1926: das Gesamtwerk*. Viena, Brandstätter, 1996.
Kitchen, Martin. *Europe Between the Wars: A Political History*. Nueva York, Longman, 2000 [trad. esp.: *El periodo de entreguerras en Europa*, Madrid, Alianza, 1992; traducción de Nazaret Terán].
Kiyem, Sigrid. *Der Wiener Justizpalastbrand am 15. Juli 1927. Darstellung in Quellen und Medien*. Viena, 2001.
Klein, Holger Michael (ed.). *The First World War in Fiction: A Collection of Critical Essays*. Nueva York, Barnes and Noble, 1977.
Klein, Maury. *Rainbow's End: The Crash of 1929*. Nueva York, Oxford University Press, 2001.
Klüver, Billy. *Kiki's Paris: Artists and Lovers 1900-1930*. Nueva York, Abrams, 1989.
Kniesche, Thomas W., y Stephen Brockmann (eds.). *Dancing on the Volcano: Essays on the Culture of the Weimar Republic*. Columbia, SC, Camden House, 1994.
Kobler, John. *Ardent Spirits: The Rise and Fall of Prohibition*. Nueva York, Da Capo Press, 1993.
Köhler, Thomas, y Christian Mertens. *Justizpalast in Flammen: ein brennender Dornbusch, das Werk von Manes Sperber, Heimito von Doderer und Elias Canetti angesichts des 15. Juli 1927*. Viena, Verlag für Geschichte und Politik, 2006.
Kojevnikov, Alexei, Cathryn Carson y Helmuth Trischler. *Weimar Culture and Quantum Mechanics: Selected Papers by Paul Forman and Contemporary Perspectives on the Forman Thesis*. Singapur, World Scientific, 2011.
König, Mareike. *Deutsche Handwerker, Arbeiter und Dienstmädchen in Paris: eine vergessene Migration im 19. Jahrhundert.* Múnich, Oldenbourg Verlag, 2003.
Kooy, G. A. *Het Echec van een «volkse» beweging: nazificatie en denazificatie in Nederland 1931-1945*. Utrecht, HES, 1982.
Korte, Barbara, Sylvia Paletschek y Wolfgang Hochbruch (eds.). *Der Erste Weltkrieg in der populären Erinnerungskultur*. Essen, Klartext, 2008.
Kos, Wolfgang (ed.). *Kampf um die Stadt: Politik, Kunst und Alltag um 1930*. Viena, Wien Museum, 2010.
Kossmann, E. H. *De lage landen 1780-1980: twee eeuwen Nederland en België*. Ámsterdam, Elsevier, 1986.
Kosta, Barbara. *Willing Seduction: The Blue Angel, Marlene Dietrich, and Mass Culture*. Nueva York, Berghahn Books, 2012.
Kotkin, Stephen. *Magnetic Mountain: Stalinism as Civilization*. Berkeley, University of California Press, 1995.
—. *The Cultural Gradient: The Transmission of Ideas in Europe, 1789-1991*. Lanham, MD, Rowman & Littlefield, 2003.
Kozhevnikov, A. B. *Stalin's Great Science: The Times and Adventures of Soviet Physicists*. Singapur, World Scientific, 2004.
Kramer, Alan. *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*. Oxford, Oxford University Press, 2007.
Krasner, David. *A Beautiful Pageant: African American Theatre, Drama, and Performance in the Harlem Renaissance, 1910-1927.* Nueva York, Palgrave Macmillan, 2002.
Krementsov, Nikolai. *Stalinist Science.* Princeton, NJ, Princeton University Press, 1997.
Kufeld, Maria. *Jüdische Emigration aus Deutschland in die USA und nach Brasilien in den Jahren*

1933-1945. Múnich, GRIN Verlag, 2004.
Kühl, Stefan. *Die Internationale der Rassisten: Aufstieg und Niedergang der internationalen Bewegung für Eugenik und Rassenhygiene im 20. Jahrhundert*. Frankfurt am Main, Campus-Verlag, 1997.
Kyvig, David E. *Unintended Consequences of Constitutional Amendment*. Athens, University of Georgia Press, 2000.
—. *Daily Life in the United States, 1920-1940: How Americans Lived Through the «Roaring Twenties» and the Great Depression*. Chicago, Ivan R. Dee, 2004.
Lackerstein, Debbie. *National Regeneration in Vichy France: Ideas and Policies, 1930-1944*. Farnham, Sussex, Ashgate, 2012.
Lagendijk, Vincent. *Electrifying Europe: The Power of Europe in the Construction of Electricity Networks*. Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2008.
Langhamer, Claire. *The English in Love: The Intimate Story of an Emotional Revolution*. Oxford, Oxford University Press, 2013.
Langsam, Walter Consuelo. *The World Since 1919*. Nueva York, Macmillan, 1971.
Larson, Edward. *Summer of the Gods: The Scopes Trial and America's Continuing Debate over Science and Religion.* Nueva York, Basic Books, 1997.
Lawrence, Christopher, y Anna-K. Mayer. *Regenerating England: Science, Medicine and Culture in Interwar Britain*. Ámsterdam, Rodopi, 2000.
Leacock, Stephen. *The Iron Man and the Tin Woman, with Other Such Futurities: A Book of Little Sketches of To-Day and To-Morrow*. Nueva York, Dodd, Mead, 1929.
Le Bon, Gustave. *Psychologie der Massen*. Leipzig, A. Kröner, 1938 [trad. esp.: *Psicología de las multitudes*, Granada, Comares, 2012; traducción de José María Navarro de Palencia].
Le Corbusier. *Quand les cathédrales étaient blanches, voyage au pays des timides*. París, Plon, 1937 [trad. esp.: *Cuando las catedrales eran blancas*, Arganda del Rey, Apóstrofe, 1999; traducción de Julio E. Payró].
Leese, Peter. *Shell Shock: Traumatic Neurosis and the British Soldiers of the First World War*. Nueva York, Palgrave, 2002.
Leinwand, Gerald. *1927: High Tide of the Twenties*. Nueva York, Four Walls Eight Windows, 2001.
LeMahieu, Dan. *A Culture for Democracy: Mass Communications and the Cultural Mind in Britain Between the Wars*. Nueva York, Oxford University Press, 1988.
Lenoe, Matthew E. *Closer to the Masses: Stalinist Culture, Social Revolution, and Soviet Newspapers*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 2004.
Lerner, Paul. *Hysterical Men: War, Psychiatry and the Politics of Trauma in Germany, 1890-1930*. Ithaca, NY, Cornell University Press, 2002.
Leser, Norbert, y Paul Sailer-Wlasits. *1927, als die Republik brannte: von Schattendorf bis Wien*. Viena-Klosterneuberg, Edition Va Bene, 2001.
Lesy, Michael. *Murder City: The Bloody History of Chicago in the Twenties*. Nueva York, Norton, 2007.
Lettevall, Rebecca, Geert Somsen y Sven Widmalm (eds.). *Neutrality in Twentieth Century Europe, Intersections of Science, Culture, and Politics After the First World War*. Nueva York, Routledge, 2012.
Levie, Sophie. *Reviews, Zeitschriften, Revues: Die Fackel, Die Weltbühne, Musikblätter des Anbruch, Le disque vert, Mécano, Versty*. Ámsterdam, Rodopi, 1994.
Levin, Harry. «Two Romanisten in America, Spitzer and Auerbach», en *The Intellectual Migration:*

Europe and America, 1930-1960. Edición de Donald Fleming y Bernard Bailyn. Cambridge, MA, Belknap Press, 1968.
Levy, Silvano. *Surrealism: Surrealist Visuality*. Edimburgo, Edinburgh University Press, 1997.
Lévy, Sophie (ed.). *A Transatlantic Avant-Garde: American Artists in Paris, 1918-1939*. Berkeley, University of California Press, 2003.
Lewis, David L. *W. E. B. Du Bois*. 2 vols. Nueva York, Henry Holt, 1993-2000.
Lewis, Helena. *The Politics of Surrealism*. Nueva York, Paragon House, 1988.
Lewis, Sinclair. *Main Street and Babbitt*. Nueva York, Library of America, 1992 [trad. esp.: *Calle Mayor*, Madrid, Espasa, 2003; traducción de Carlos de Onís; *Babbitt*, Madrid, Cátedra, 1985; traducción de Juan José Coy Ferrer].
Lewis, Wyndham. *Time and Western Man*. Londres, Chatto and Windus, 1927.
Lienesch, Michael. *In the Beginning, Fundamentalism, the Scopes Trial, and the Making of the Antievoltuion Movement*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2007.
Lifton, Robert Jay. *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*. Nueva York, Basic Books, 1986.
Light, Alison. *Forever England: Feminicity, Literature, and Conservation Between the Wars*. Nueva York, Routledge, 1991.
Lilla, Mark. *The Reckless Mind: Intellectuals in Politics*. Nueva York, *Nueva York Review of Books*, 2001 [trad. esp.: *Pensadores temerarios: los intelectuales en la política*, Barcelona, Debate, 2004; traducción de Nora Catelli].
Lippmann, Walter. *A Preface to Morals*. Nueva York, Macmillan, 1929.
Locke, Alain. *The Negro and His Music*. Washington, DC, Associates in Negro Folk Education, 1936.
Longley, Marjorie. *America's Taste, 1851-1959: The Cultural Events of a Century Reported by Contemporary Observers in the Pages of the New York Times*. Nueva York, Simon and Schuster, 1960.
Loughran, Tracey Louise. «Shell-Shock in First World War Britain: An Intellectual and Medical History, c. 1860–c. 1920». Tesis doctoral, University of London, 2006.
Lovell, Mary S. *The Sisters: The Saga of the Mitford Family*. Nueva York, Norton, 2002.
Loving, Jerome. *The Last Titan: A Life of Theodore Dreiser*. Berkeley, University of California Press, 2005.
Low, Ann Marie. *Dust Bowl Diary*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1984.
Low, Archibald Montgomery. *Our Wonderful World of Tomorrow: A Scientific Forecast of the Men, Women, and the World of the Future.* Londres, Ward, Lock, 1984.
Low, Robert. *La Pasionaria*. Londres, Hutchinson, 1992.
Lowe, Peter. *English Journeys: National and Cultural Identity in 1930s and 1940s England*. Amherst, NY, Cambria Press, 2012.
Lucie-Smith, Edward. *Art of the 1930s: The Age of Anxiety*. Nueva York, Rizzoli, 1985.
Ludington, Townsend. *A Modern Mosaic: Art and Modernism in the United States*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000.
Lyttelton, Adrian. *The Seizure of Power: Fascism in Italy, 1919-1929*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 1988.
Malino, Frances, y Bernard Wasserstein. *The Jews in Modern France*. Hanover, NH, University Press of New England, 1985.
Mallac, Guy de. *Boris Pasternak: His Life and Art*. Norman, University of Oklahoma Press, 1981.
Mandell, Richard D. *The Nazi Olympics*. Urbana, University of Illinois Press, 1971.

Mandelstam, Nadeshda, y Max Hayward. *Hope Against Hope: A Memoir.* Nueva York, Modern Library, 1999 [trad. esp.: *Contra toda esperanza: Memorias*, Barcelona, El Acantilado, 2013; traducción de Lydia Kúper de Velasco].
Mann, Carol. *Paris: Artistic Life in the Twenties and Thirties*. Londres, Laurence King, 1996.
Marable, Manning. *W. E. B. Du Bois, Black Radical Democrat*. Boston, Twayne, 1986.
Martel, Gordon (ed.). *A Companion to Europe 1900-1945*. Malden, MA, Blackwell, 2006.
Martin, Benjamin F. *Years of Plenty, Years of Want: France and the Legacy of the Great War*. DeKalb, Northern Illinois University Press, 2013.
Masterman, Charles F. G. *England After War: A Study*. Nueva York, Harcourt, Brace, Jovanovich, 1923.
Matthews, J. H. *The Surrealist Mind*. Selinsgrove, PA, Susquehanna University Press, 1991.
Mawdsley, Evan. *The Stalin Years: The Soviet Union, 1929-53*. Manchester, Manchester University Press, 2003, 2.ª edición.
McConnachie, Kathleen. «Science and Ideology: The Mental Hygiene and Eugenics Movements in the Interwar Years, 1919-1939». Tesis doctoral, University of Toronto, 1987.
McElvaine, Robert S. *The Great Depression: America, 1929-1941*. Nueva York, Times Books, 1984.
McKay Claude, *Harlem Shadows: The Poems of Claude McKay*. Nueva York, Harcourt Brace, 1922.
McLaren, Angus. *Reproduction by Design: Sex, Robots, Trees, and TestTube Babies in Interwar Britain*. Chicago, University of Chicago Press, 2012.
McWhirter, Cameron. *Red Summer: The Summer of 1919 and the Awakening of Black America*. Nueva York, Henry Holt, 2011.
Medawar, J. S., y David Pyke. *Hitler's Gift: The True Story of the Scientists Expelled by the Nazi Regime*. Nueva York, Arcade, 2001.
Mencken, H. L. *Heathen Days, 1890-1936*. Nueva York, Knopf, 1943.
Mencken, H. L., y Charles Fecher. *The Diary of H. L. Mencken*. Nueva York, Random House, 1989.
Meskimmon, Marsha, y Shearer West (eds.). *Visions of the «Neue Frau», Women and the Visual Arts in Weimar Germany*. Brookfield, VT, Ashgate, 1995.
Metzger, Rainer. *Berlin, The Twenties*. Nueva York, Abrams, 2007.
Meyer, Jessica. *Men of War, Masculinity and the First World War in Britain*. Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2008.
Micale, Mark. *Hysterical Men: The Hidden History of Male Nervous Illness*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 2007.
Miles, Peter, y Malcolm Smith. *Cinema, Literature and Society: Elite and Mass Culture in Interwar Britain*. Londres, Croom Helm, 1987.
Miller, Tyrus. *Late Modernism: Politics, Fiction, and the Arts Between the World Wars*. Berkeley, University of California Press, 1999.
Miller, Zane L. *The Urbanization of Modern America: A Brief History*. San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1987.
Millward, Robert, y John Singleton. *The Political Economy of Nationalisation in Britain, 1920-1950*. Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
Mogulof, Milly. *Foiled: Hitler's Jewish Olympian: The Helene Mayer Story*. Oakland, CA, RDR Books, 2002.
Möhring, Maren. *Marmorleiber: Körperbildung in der deutschen Nacktkultur (1890-1930)*. Colonia, Böhlau, 2004.
Mommsen, Wolfgang J. *Der Erste Weltkrieg: Anfang vom Ende des bürgerlichen Zeitalters*. Frankfurt, Fischer Taschenbuch Verlag, 2004.

Monaco, Paul. *Cinema and Society: France and Germany During the Twenties.* Nueva York, Elsevier, 1976.
Moore, Lucy. *Anything Goes: A Bibliography of the Roaring Twenties*. Nueva York, Overlook Press, 2010.
Mosier, John. *The Myth of the Great War: A New Military History of World War I.* Nueva York, Perennial, 2002.
Mosse, George L. *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*. Nueva York, Grosset & Dunlap, 1964.
—. *Germans and Jews: The Right, the Left, and the Search for a «Third Force» in Pre-Nazi Germany*. Nueva York, Grosset & Dunlap, 1971.
—. *Masses and Man, Nationalist and Fascist Perceptions of Reality*. Nueva York, H. Fertig, 1980.
—. *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*. Nueva York, Oxford University Press, 1991.
—. *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*. Nueva York, Oxford University Press, 1996 [trad. esp.: *La imagen del hombre: la creación de la masculinidad moderna*, Madrid, Talasa, 2001; traducción de Rafael Heredero].
—. *Nationalism and Sexuality: Respectability and Abnormal Sexuality in Modern Europe*. Nueva York, H. Fertig, 1997.
—. *Nazi Culture: Intellectual, Cultural and Social Life in the Third Reich*. Madison, University of Wisconsin Press, 2003 [trad. esp.: *La cultura nazi: la vida intelectual, cultural y social en el Tercer Reich*, Barcelona, Grijalbo, 1973; traducción de Juan Carlos García-Borrón y Enrique de Obregón].
Mott, Frederick Walter. *War Neuroses and Shell Shock*. Oxford, Oxford University Press, 1919.
Mowat, Charles Loch. *Britain Between the Wars, 1918-1940*. Chicago, University of Chicago Press, 1955.
Mowry, George E. *The Twenties: Fords, Flappers, and Fanatics.* Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1963.
Müller, Hans-Harald. *Der Krieg und die Schriftsteller, der Kriegsroman der Weimarer Republik*. Stuttgart, J. B. Metzler, 1986.
Myers, Bernard Samuel. *Expressionism, a Generation in Revolt*. Londres, Thames and Hudson, 1963.
Myers, Charles Samuel. *Shell Shock in France, 1914-1918*. Cambridge, Cambridge University Press, 1940.
Naumann, Hans. *Kampf wider den undeutschen Geist. Reden, gehalten bei der von der Bonner Studentenschaft veranstalteten Kundgebung wider der undeutschen Geist auf dem Marktplatz zu Bonn am 10. Mai 1933.* Bonn, Bonner Universitäts-Buchdruckerei, 1933.
Nell, Liza, y Jan Rath. *Ethnic Amsterdam: Immigrants and Urban Change in the Twentieth Century*. Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2009.
Nelson, Cary. *Madrid 1937: Letters of the Abraham Lincoln Brigade from the Spanish Civil War*. Nueva York, Routledge, 1996.
Néret, Gilles. *The Art of the Twenties*. Nueva York, Rizzoli, 1986.
Neuman, Andrés. *El viajero del siglo*. Madrid, Alfaguara, 2009.
Nicolson, Juliet. *The Great Silence: Britain from the Shadow of the First World War to the Dawn of the Jazz Age*. Nueva York, Grove Press, 2009.
Nin, Anaïs. *The Diary of Anaïs Nin*. Nueva York, Swallow Press, 1966 [existen varias traducciones españolas].
Nussbaumer, Harry. *Discovering the Expanding Universe*. Cambridge, Cambridge University Press,

2009.
Nye, Mary Jo (ed.). *The Cambridge History of Science*, vol. 5: *The Modern Physical and Mathematical Sciences*. Nueva York, Cambridge University Press, 2008.
Ogren, Kathy J. *The Jazz Revolution, Twenties America and the Meaning of Jazz*. Nueva York, Oxford University Press, 1989.
Okrent, Daniel. *Last Call: The Rise and Fall of Prohibition*. Nueva York, Scribner, 2010.
Orlov, Aleksandr. *The Secret History of Stalin's Crimes*. Londres, Jarrolds, 1954.
Ortega y Gasset, José. *Der Aufstand der Massen,* Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1931; trad. alemana de Helene Weyl [versión orig.: *La rebelión de las masas*].
Osborne, Peter. *The Politics of Time: Modernity and Avant-Garde*. Londres, Verso, 1995.
Overy, R. J. *The Twilight Years: The Paradox of Britain Between the Wars*. Nueva York, Viking, 2009.
—. *The Morbid Age: Britain Between the Wars*. Londres, Allen Lane, 2009.
—. *The Interwar Crisis, 1919-1939*. Nueva York, Longman, 2010.
Pacé, Suzanne. *Années 30 en Europe: Le temps menaçant, 1929-1939*. París, Flammarion, 1997.
Payne, Stanley G., David J. Sorkin y John S. Tortorice. *What History Tells: George L. Mosse and the Culture of Modern Europe*. Madison, University of Wisconsin Press, 2004.
Peale, Norman Vincent. *The True Joy of Positive Living: An Autobiography*. Nueva York, Morrow, 1984.
Pells, Richard. *Modernist America: Art, Music, Movies, and the Globalization of American Culture*. New Haven, CT, Yale University Press, 2012.
Perret, Geoffrey. *America in the Twenties: A History*. Nueva York, Simon and Schuster, 1982.
Phelan, Tony. *The Weimar Dilemma: Intellectuals in the Weimar Republic*. Manchester, Manchester University Press, 1985.
Pinto, Louis. *Les Neveux de Zarathoustra: la réception de Nietzsche en France*. París, Éditions du Seuil, 1995.
Pipes, Richard. *The Russian Revolution*. Nueva York, Vintage Books, 1991.
—. *Russia Under the Bolshevik Regime, 1919-1924.* Londres, Harville, 1994.
Polizotti, Mark. *Revolution of the Mind: The Life of André Breton*. Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1995 [trad. esp.: *La vida de André Breton: revolución de la mente*, Madrid, Turner, 2009; traducción de Gabriel Bernal y Juan José Utrilla].
Pollard, Sidney. *Wealth and Poverty: An Economic History of the Twentieth Century*. Nueva York, Oxford University Press, 1990 [trad. esp.: *Cambios económicos: riqueza y pobreza*, Madrid, Aguilar, 1992].
Pound, Reginald. *The Lost Generation of 1914*. Nueva York, Coward-McCann, 1965.
Prelinger, Elizabeth. *Käthe Kollwitz*. Washington, DC, National Gallery of Art, 1992.
Preston, Paul. *The Spanish Civil War: Reaction, Revolution and Revenge*. Nueva York, W. W. Norton, 2007 [trad. esp.: *La Guerra Civil española: reacción, revolución y venganza*, Barcelona, Debolsillo, 2003; traducción de Francisco Rodríguez de Lecea].
—. *The Spanish Holocaust: Inquisition and Extermination in Twentieth Century Spain*. Nueva York, W. W. Norton, 2012 [trad. esp.: *El holocausto español: odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona, Debate, 2001; traducción de Catalina Martínez Muñoz y Eugenia Vázquez].
Prévost, Jean-Guy. *A Total Science: Statistics in Liberal and Fascist Italy*. Montreal, McGill-Queen's University Press, 2009.
Priestley, John Boynton. *English Journey: Being a Rambling but Truthful Account of What One Man*

Saw and Heard and Felt and Thought During a Journey Through England During the Autumn of the Year 1933. Nueva York, Harper & Brothers, 1934.
Pronger, Brian. *Body Fascism: Salvation in the Technology of Physical Fitness*. Toronto, University of Toronto Press, 2002.
Rampersad, Arnold. *The Life of Langston Hughes*. 2 vols. Nueva York, Oxford University Press, 1986-1988.
Ratner-Rosenhagen, Jennifer. *American Nietzsche: A History of an Icon and His Ideas*. Chicago, University of Chicago Press, 2012.
Rawls, Walton H. *Wake Up, America! World War I and the American Poster*. Nueva York, Abbeville Press, 1988.
Rayfield, Donald. *Stalin and His Hangmen: The Tyrant and Those Who Killed for Him*. Nueva York, Random House, 2004 [trad. esp.: *Stalin y sus verdugos*, Madrid, Taurus, 2010; traducción de Amado Diéguez].
Reeder, Roberta. *Anna Akhmatova: Poet and Prophet*. Nueva York, St. Martin's Press, 1994.
Reich, Wilhelm. *Die Massenpsychologie des Faschismus*. Colonia, Kiepenheuer & Witsch, 1971 [trad. esp.: *Psicología de masas del fascismo*, Bilbao, Ddt Liburuak, 2014; traducción de Iñaki Gil de San Vicente].
Reid, Fiona. *Broken Men: Shell Shock, Treatment and Recovery in Britain, 1914-1930*. Londres, Continuum, 2010.
Reilly, Philip. *The Surgical Solution: A History of Involuntary Sterilization in the United States*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991.
Renneberg, Monika, y Mark Walker. *Science, Technology and National Socialism*. Nueva York, Cambridge University Press, 1984.
Renouvin, Pierre. *War and Aftermath: 1914-1929*. Nueva York, Harper & Row, 1968.
Rewald, Sabine. *Glitter and Doom: German Portraits from the 1920s*. Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 2006.
Rife, Patricia. *Lise Meitner and the Dawn of the Nuclear Age*. Boston, Birkhäuser, 1999.
Rigg, Bryan Mark. *Hitler's Jewish Soldiers: The Untold Story of Nazi Racial Laws and Men of Jewish Descent in the German Military*. Lawrence, University Press of Kansas, 2004.
Ringer, Fritz. *The Decline of the German Mandarins: The German Academic Community, 1890-1933*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 1969 [trad. esp.: *El ocaso de los mandarines alemanes: la comunidad académica alemana 1890-1933*, Massanet de la Selva, Pomares-Corredor, 1995; traducción de José M. Pomares-Olivares].
Rodgers, Daniel T. *Atlantic Crossings: Social Politics in a Progressive Age*. Cambridge, MA, Belknap Press, 1998.
Rohkrämer, Thomas. *Eine andere Moderne? Zivilisationskritik, Natur und Technik in Deutschland 1880-1933*. Paderborn, Schöningh, 1999.
Romein-Verschoor, Annie, y Jan Marius Romein. *De lage landen bij de zee, geïllustreerde geschiedenis van het nederlandse volk*. Zeist, W. de Haan, 1961.
Romsics, Gergely. *The Memory of the Habsburg Empire in German, Austrian and Hungarian Right-Wing Historiography and Political Thinking, 1918-1941*. Boulder, CO, Social Sciences Monographs, 2010.
Romsics, Gergely, Thomas J. DeKornfeld, Helen D. DeKornfeld y Habsburg Történeti Intézet. *Myth and Remembrance: The Dissolution of the Habsburg Empire in the Memoir Literature of the Austro-Hungarian Political Elite*. Wayne, NJ, Center for Hungarian Studies and Publications, 2006.

Roper, Michael. *The Secret Battle: Emotional Survival in the Great War*. Manchester, Manchester University Press, 2008.
Rosenthal, Bernice Glatzer. *Nietzsche and Soviet Culture: Ally and Adversary*. Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
Roth, Benjamin. *The Great Depression: A Diary*. Nueva York, Public Affairs, 2009.
Saehrend, Christian. *Der Stellungskrieg der Denkmäler, Kriegsdenkmäler im Berlin der Zwischenkriegszeit (1919-1939)*. Bonn, Verl. Neue Ges., 2004.
Sanders, David. «Ernest Hemingway's Spanish Civil War Experience», *American Quarterly*, 12, n.º 2 (1960), p. 133; DOI: 10.2307/2710752.
Sauder, Gerhard. *Die Bücherverbrennung: zum 10. Mai 1933*. Múnich, Hanser, 1983.
Schiffhauer, Nils. *Stichtag der Barbarei: Anmerkungen zur Bücherverbrennung 1933*. Hannover, Postskriptum, 1983.
Schivelbusch, Wolfgang. *The Culture of Defeat: On National Trauma, Mourning, and Recovery*. Nueva York, Metropolitan Books, 2003; trad. inglesa de Jefferson Chase.
Schlesinger, Arthur Meier. *The Coming of the New Deal, 1933-1935*. Boston, Houghton Mifflin, 2003.
Schlögel, Karl. *Russische Emigration in Deutschland 1918 bis 1941, Leben im europaïschen Bürgerkrieg*. Berlín, Akademie Verlag, 1995.
—. *Moscow, 1937*. Malden, MA, Polity, 2012.
Schnorbus, Philipp. *Die Emigration der Juden aus dem Deutschen Reich von 1933 bis 1941, Analyse der Faktoren für Nichtauswanderung*. Múnich, GRIN Verlag, 2008.
Schnurbein, Stefanie V., y Justus H. Ulbricht. *Völkische Religion und Krisen der Moderne, Entwürfe «arteigener» Glaubenssysteme seit der Jahrhundertwende*. Wurzburgo, Königshausen & Neumann, 2001.
Schoenbaum, David. *Hitler's Social Revolution: Class and Status in Nazi Germany, 1933-1939*. Garden City, NY, Doubleday, 1966.
Schrader, Bärbel. *The «Golden» Twenties: Art and Literature in the Weimar Republic*. New Haven, CT, Yale University Press, 1988.
Schulze, Hagen. *Weimar: Deutschland 1917-1933*. Berlín, Siedler, 1994.
Schumacher, Julie A. (ed.). *The Harlem Renaissance*. Logan, IA, Perfection Learning, 2001.
Schwitters, Kurt. *Anna Blume und ich; die gesammelten «Anna Blume»Texte*. Zúrich, Im Verlag der Arche, 1965.
Scopes, John Thomas, y James Presley. *Center of the Storm: Memoirs of John T. Scopes*. Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1967.
Scott, John. *Behind the Urals: An American Worker in Russia's City of Steel*. Bloomington, Indiana University Press, 1989 [trad. esp.: *Más allá de los montes Urales,* Buenos Aires, Claridad, 1945].
Sebag Montefiore, Simon. *Stalin: The Court of the Red Tsar*. Nueva York, Knopf, 2004 [trad. esp.: *La corte del zar rojo*, Barcelona, Crítica, 2010; traducción de Teófilo de Lozoya].
Sembach, Klaus-Jürgen. *Style 1930: Elegance and Sophistication in Architecture, Design, Fashion, Graphics, and Photography*. Nueva York, Universe Books, 1971.
Severn, Bill. *The End of the Roaring Twenties: Prohibition and Repeal*. Nueva York, J. Messner, 1969.
Shack, William A. *Harlem in Montmartre: A Paris Jazz Story Between the Great Wars*. Berkeley, University of California Press, 2001.
Shogun, Robert. *The Battle of Blair Mountain: The Story of America's Largest Labor Uprising*. Boulder, CO, Westview Press, 2004.

Shorten, Richard. *Modernism and Totalitarianism: Rethinking the Intellectual Sources of Nazism and Stalinism, 1945 to the Present*. Hampshire, UK, Palgrave Macmillan, 2012.
Sieg, Ulrich. «Jüdische Intellektuelle im Ersten Weltkrieg, Kriegserfahrungen, weltanschauliche Debatten und kulturelle Neuentwürfe». Tesis doctoral, Philipps-Universität Marburg, 1999.
—. *Geist und Gewalt: deutsche Philosophen zwischen Kaiserreich und Nationalsozialismus*. Múnich, Hanser, 2013.
Siegel, Jerrold E. *Bohemian Paris: Culture, Politics, and the Boundaries of Bourgeois Life, 1830-1930*. Nueva York, Viking, 1986.
Silver, Kenneth. *Esprit de Corps: The Art of the Parisian Avant-Garde and the First World War, 1914-1925*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 1989.
—. *Chaos and Classicism: Art in France, Italy, and Germany, 1918-1936*. Nueva York, Guggenheim Museum, 2010.
Sime, Ruth Lewin. *Lise Meitner: A Life in Physics.* Berkeley, University of California Press, 1996.
Sinclair, Andrew. *Prohibition, the Era of Excess*. Boston, Little, Brown, 1962.
Sivulka, Juliann. *Soap, Sex, and Cigarettes: A Cultural History of American Advertising*. Belmont, CA, Wadsworth Publishing Co., 1998.
Smith, Douglas. *Transvaluations: Nietzsche in France, 1872-1972.* Nueva York, Oxford University Press, 1996.
Smith, Elton Edward. *The Angry Young Men of the Thirties*. Carbondale, Southern Illinois University Press, 1975.
Smith, Shawn Michelle. *Photography on the Color Line: W. E. B. Du Bois, Race, and Visual Culture*. Durham, NC, Duke University Press, 2004.
Smith, Willie. *Music on My Mind: The Memoirs of an American Pianist*. Londres, MacGibbon & Kee, 1964.
Snyder, Timothy. *Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin.* Nueva York, Basic Books, 2010 [trad. esp.: *Tierras de sangre: Entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011; traducción de Jesús de Cos].
Solomon R. Guggenheim Museum y Museo Guggenheim Bilbao. *Chaos and Classicism: Art in France, Italy, and Germany, 1918-1936*. Nueva York, Guggenheim Museum, 2010 [*Caos y clasicismo, arte en Francia, Italia y Alemania 1918-1936*, Bilbao, Fundación del Museo Guggenheim Bilbao, 2010].
Sonn, Richard David. *Sex, Violence, and the Avant-Garde: Anarchism in Interwar France*. University Park, Pennsylvania State University Press, 2010.
Southard, Elmer Ernest. *Shell Shock and Other Neuro-psychiatric Problems Presented in Five Hundred and Ninety Case Histories from the War Literature, 1914-1918*. Nueva York, Arno, 1973.
Spengler, Oswald. *Untergang des Abendlandes: Umrisse einer Morphologie des Weltgeschichte*. Múnich, C. H. Becksche Verlags-buchhandlung, 1923 [trad. esp.: *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa, 1989; traducción de Manuel García Morente].
—. *Jahre der Entscheidung. Erster Teil: Deutschland und die weltgeschichtliche entwicklung*. Múnich, Beck, 1933 [trad. esp.: *Años decisivos: Alemania y la evolución histórica universal*, Barcelona, Ojeda, 2005; traducción de Luis López-Ballesteros].
Spies, Werner (ed.). *Paris-Berlin, 1900-1933: Übereinstimmungen und Gegensätze Frankreich, Deutschland, Kunst, Architektur, Graphik, Literatur, Industriedesign, Film, Theater, Musik*. Múnich, Prestel, 1979.
Spinney, Robert G. *City of Big Shoulders: A History of Chicago.* DeKalb, Northern Illinois University Press, 2000.

Stackelberg, Roderick. *Hitler's Germany: Origins, Interpretations, Legacies*. Londres, Routledge, 1999.
Stanley, Adam. *Modernizing Tradition: Gender and Consumerism in Interwar France and Germany*. Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2008.
Stanley, Jerry. *Children of the Dust Bowl: The True Story of the School at Weedpatch Camp*. Nueva York, Crown, 1993.
Stark, Johannes. *Nationalsozialismus und Wissenschaft.* Múnich, Zentralverlag der NSDAP. F. Eher Nachf., 1934.
Steegmuller, Francis. *Cocteau, a Biography*. Boston, Little, Brown, 1970.
Steele, Valerie. *Fashion and Eroticism: Ideals of Feminine Beauty from the Victorian Era to the Jazz Age*. Nueva York, Oxford University Press, 1985.
Stehr, Nico. *Society and Knowledge*. New Brunswick, NJ, Transaction Publishers, 2005.
Steininger, Rolf, Günter Bischof y Michael Gehler. *Austria in the Twentieth Century.* New Brunswick, NJ, Transaction Publishers, 2008.
Stern, Ludmilla. *Western Intellectuals and the Soviet Union: 1920-1940*. Nueva York, Routledge, 2007.
Sternhell, Zeev. *Neither Right nor Left: Fascist Ideology in France*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 1995; trad. inglesa de David Maisel.
Stevenson, David. *Cataclysm: The First World War as Political Tragedy*. Nueva York, Basic Books, 2005.
Stieg, Gerald. *Frucht des Feuers: Canetti, Doderer, Kraus und der Justizpalastbrand*. Viena, Edition Falter im ÖBV, 1990.
Stites, Richard. *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*. Nueva York, Oxford University Press, 1989.
Stone, Dan. *Breeding Superman: Nietzsche, Race and Eugenics in Edwardian and Interwar Britain*. Liverpool, Liverpool University Press, 2002.
Streissguth, Thomas. *The Roaring Twenties: An Eyewitness History*. Nueva York, Facts on File, 2001.
Sudhalter, Richard M. *Stardust Melody: The Life and Music of Hoagy Carmichael*. Nueva York, Oxford University Press, 2002.
Szalay, Michael. *New Deal Modernism: American Literature and the Invention of the Welfare State*. Duke University Press, 2000.
Szöllösi-Janze, Margit. *Science in the Third Reich*. Nueva York, Berg, 2001.
Szreter, Simon, y Kate Fisher. *Sex Before the Sexual Revolution: Intimate Life in England 1918-1963*. Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
Taylor, D. J. *Bright Young People: The Lost Generation of Londres's Jazz Age*. Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2009.
Taylor, Paul. *Jews and the Olympic Games: The Clash Between Sport and Politics, With a Complete Review of Jewish Olympic Medallists*. Brighton, Sussex Academic Press, 2004.
Taylor, Richard (ed.). *The Film Factory: Russian and Soviet Cinema in Documents*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 1988.
Taylor, S. J. *Stalin's Apologist: Walter Duranty, the «New York Times»'s Man in Moscow*. Nueva York, Oxford University Press, 1990.
Terkel, Studs. *Hard Times*. Nueva York, New Press, 2012.
Theweleit, Klaus. *Männerphantasien*. Frankfurt am Main, Verlag Roter Stern, 1977-1978.
Tillery, Tyrone. *Claude McKay: A Black Poet's Struggle for Identity*. Amherst, University of

Massachusetts Press, 1994.
Tillich, Paul. *The Courage to Be*. New Haven, CT, Yale University Press, 1952 [trad. esp.: *El coraje de existir*, Barcelona, Laia, 1974; traducción de José Luis Lana].
Timms, Edward. *Visions and Blueprints: Avant-Garde Culture and Radical Politics in Early Twentieth Century Europe*. Manchester, Manchester University Press, 1988.
Tismaneanu, Vladimir. *The Devil in History: Communism, Fascism, and Some Lessons of the Twentieth Century*. Berkeley, University of California Press, 2012.
Todman, Daniel. *The Great War: Myth and Memory*. Londres, Hambledon, 2005.
Toepfer, Karl Eric. *Empire of Ecstasy: Nudity and Movement in Germany Body Culture, 1910-1935*. Berkeley, University of California Press, 1997.
Travers, Martin. *Critics of Modernity: The Literature of the Conservative Revolution in Germany, 1890-1933*. Nueva York, P. Lang, 2001.
Tress, Werner. *Wider den undeutschen Geist: Bücherverbrennung 1933*. Berlín, Parthas, 2003.
Tumblety, Joan. *Remaking the Male Body, Masculinity and the Uses of Physical Culture in Interwar and Vichy France*. Oxford, Oxford University Press, 2012.
Turda, Marius, y Paul Weindling. *«Blood and Homeland»: Eugenics and Racial Nationalism in Central and Southeast Europe, 1900-1940*. Budapest, Central European University Press, 2007.
Vaihinger, Hans. *Die philosophie des als ob. System der theoretischen, praktischen und religiösen fiktionen der menschheit auf grund eines idealistischen positivismus*. Berlín, Verlag von Reuther & Reichard, 1911.
Van Es, Joneike, y Jan E. Schierbeek. *Art et résistance: les peintres allemands de l'entre-deux-guerres*. La Haya, Museum Paleis Lange Voorhout, 1995.
Vermilye, Jerry. *The Films of the Thirties*. Secaucus, NJ, Citadel Press, 1982.
Verrips, Jojada. *En boven de polder de hemel: een antropologische studie van een Nederlands dorp 1850-1971*. Groningen, Wolters-Noordhoff, 1978.
Von Ankum, Katarina (ed.). *Women in the Metropolis: Gender and Modernity in Weimar Culture*. Berkeley, University of California Press, 1997.
Vondung, Klaus (ed.). *The Apocalypse in Germany*. Columbia, University of Missouri Press, 2000; trad. inglesa de Stephen D. Ricks.
Wakounig, Marija, Wolfgang Mueller y Michael Portmann. *Nation, Nationalitäten und Nationalismus im östlichen Europa, Festschrift für Arnold Suppan zum 65. Geburtstag*. Viena, LIT Verlag, 2010.
Walker, Ian. *City Gorged with Dreams: Surrealism and Documentary Photography in Interwar Paris*. Manchester, Manchester University Press, 2002.
Walker, Mark (ed.). *Nazi Science: Myth, Truth, and the German Atomic Bomb*. Nueva York, Plenum Press, 1995.
——. *Science and Ideology: A Comparative History*. Nueva York, Routledge, 2003.
Wallace, Max. *The American Axis: Henry Ford, Charles Lindbergh, and the Rise of the Third Reich*. Nueva York, St. Martin's Press, 2004.
Watkins, Raymond J. «The Modern Savage, Figures of the Fascist "Primitive" in Interwar Europe». Tesis doctoral, University of Iowa, 2006.
Watkins, T. H. *The Hungry Years: A Narrative History of the Great Depression in America*. Nueva York, Henry Holt, 2000.
Weber, Eugen Joseph. *Action Française: Royalism and Reaction in Twentieth Century France*. Stanford, CA, Stanford University Press, 1962.
—. *The Hollow Years: France in the 1930s*. Londres, Sinclair-Stevenson, 1995.

Weber, Stefan. *Ein kommunistischer Putsch? Märzaktion 1921 in Mitteldeutschland*. Berlín, Karl-Dietz-Verlag, 1991.
Wedemeyer-Kolwe, Bernd. *«Der neue Mensch»: Körperkultur im Kaiserreich und in der Weimarer Republik*. Wurzburgo, Königshausen & Neumann, 2004.
Weingart, Peter, Jürgen Kroll y Kurt Bayertz. *Rasse, Blut und Gene: Geschichte der Eugenik und Rassenhygiene in Deutschland*. Frankfurt am Main, Suhrkamp Taschenbuch Verlag, 1992.
Weinzierl, Erika. *Der Februar 1934 und die Folgen für Österreich*. Viena, Picus Verlag, 1995.
Weitz, Eric D. *Weimar Germany: Promise and Tragedy*. Princeton, NJ; Princeton University Press, 2009 [trad. esp.: *La Alemania de Weimar: presagio y tragedia*, Madrid, Turner, 2009; traducción de Gregorio Cantera].
Wende, Peter (ed.). *Politische Reden*. Frankfurt am Main, Deutscher Klassiker Verlag, 1990-1999.
Whalen, Robert Weldon. *Bitter Wounds: German Victims of the Great War, 1914-1939*. Ithaca, NY, Cornell University Press, 1984.
Whitney, Susan B. *Mobilizing Youth: Communists and Catholics in Interwar France.* Durham, NC, Duke University Press, 2009.
Widdig, Bernd. *Culture and Inflation in Weimar Germany.* Berkeley, University of California Press, 2001.
Wildmann, Daniel. *Begehrte Körper: Konstruktion und Inszenierung des «arischen Männerkörpers» im «Dritten Reich».* Wurzburgo, Königshausen & Neumann, 1998.
Wilk, Christopher (ed.). *Modernism: Designing a New World, 1914-1939.* Londres, Victoria & Albert Publications, 2006.
Wilson, Edmund. *The Twenties: From Notebooks and Diaries of the Period*. Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1975.
—. *The Thirties: From Notebooks and Diaries of the Period*. Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1980.
Wingler, Hans Maria. *Das Bauhaus, 1919-1933: Weimar, Dessau, Berlin*. Colonia, M. DuMont Schauberg, 1962 [trad. esp.: *La Bauhaus: Weimar, Dessau, Berlín 1919-1933*, Barcelona, Gustavo Gili, 1980; traducción de Francisco Serra].
Winkler, Heinrich August. *Weimar 1918-1933: Die Geschichte der ersten deutschen Demokratie*. Múnich, Beck, 1993.
Winter, Jay. *The Experience of World War I*. Oxford, Oxford University Press, 1989.
—. *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*. Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
—. *Remembering War: The Great War Between Memory and History in the Twentieth Century*. New Haven, CT, Yale University Press, 2006.
Winter, Jay, y Antoine Prost (eds.). *The Great War in History Debates and Controversies, 1914 to the Present*. Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
Winter, Jay, y Blaine Gagget. *1914-18: The Great War and the Shaping of the 20th Century*. Londres, BBC Books, 1996.
Winter, Jay, y Jean-Louis Robert (eds.). *Capital Cities at War, Paris, Londres, Berlin, 1914-1919.* Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
Wiskemann, Elizabeth. *Europe of the Dictators, 1919-1945*. Nueva York, Harper and Row, 1966 [trad. esp.: *La Europa de los dictadores 1919-1945*, Madrid, Siglo XXI de España, 1994; traducción de Mercedes Abad].
Wohl, Robert. *The Generation of 1914*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 1979.

Wolin, Richard. *The Seduction of Unreason: The Intellectual Romance with Fascism, from Nietzsche to Postmodernism*. Princeton, NJ, Princeton University Press, 2004.
Woods, Roger. *The Conservative Revolution in the Weimar Republic*. Houndmills, Basingstoke, Macmillan, 1996.
Woolf, Virginia. *The Diary of Virginia Woolf, vol. 5, 1936-1941*. Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1985.
Worster, Donald. *Dust Bowl: The Southern Plains in the 1930s*. Oxford University Press, 2004.
Zanden, Jan Luiten van. *Een klein land in de 20e eeuw: Economische geschiedenis van Nederland 1914-1995*. Utrecht, Het Spectrum, 1997.
Zeitz, Joshua. *Flapper: A Madcap Story of Sex, Style, Celebrity and the Women Who Made America Modern*. Nueva York, Crown, 2006.
Zeldin, Theodore. *A History of French Passions 1848-1945*. Oxford, Clarendon Press, 1993.
Zhadova, Larisa. *Malevich: Suprematism and Revolution in Russian Art 1910-1930*. Nueva York, Thames and Hudson, 1982.

Título de la edición original:
Fracture

Edición en formato digital: septiembre de 2016

© de la traducción, Daniel Najmías, 2016

© Philipp Blom, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2016
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3738-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

INTRODUCCIÓN: 1.567 DÍAS

1. Perry Bradford, *Born with the Blues: The True Story of the Pioneering Blues Singers and Musicians in the Early Days of Jazz* (Nueva York, Oak Publications, 1965), pág. 114. Willie «the Lion» Smith niega la afirmación de Bradford, que dice haber participado en la grabación. Más tarde, Smith también afirmó haber sido el pianista en esa sesión.

2. Hugo Ball, «Kandinsky: Vortrag gehalten in der Galerie Dada (Zürich, 7. April 1917)», en Hans Burkhard Schlichting (ed.), *Der Künstler und die Zeitkrankheit: Ausgewählte Schriften* (Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1984), pág. 41.

3. Ibídem.

4. Ernst Jünger, *Feuer und Blut* (Magdeburgo, Stahlhelm-Verlag, 1925), pág. 466.

5. John Dewey, *The Public and Its Problems* (Nueva York, Henry Holt, 1927), pág. 8 [trad. esp.: *La opinión pública y sus problemas*, Madrid, Morata, 2004; traducción de Roc Filella Escolà].

1. *Times* (Londres), 24 de abril de 1915.

2. También murieron ejecutados por «deserción» unos seiscientos soldados franceses y alrededor de dieciocho alemanes. En 2006, al reconocerse que era imposible establecer qué «desertores» habían sido afectados por neurosis de guerra, se perdonó con carácter póstumo a todos los soldados británicos y de la Comunidad de Naciones ejecutados durante la Primera Guerra Mundial.

3. Paul Nash, citado en Robert Wohl, *The Generation of 1914* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1979), pág. 97.

4. *Labour Leader*, 6 de mayo de 1915.

5. Wilfred Owen, carta a su madre, 16 de enero de 1917, en *Letters,* págs. 427-428; citado en Daniel Hipp, *The Poetry of Shell Shock: Wartime Trauma and Healing in Wilfred Owen, Ivor Gurney and Siegfried Sassoon* (Jefferson, NC, McFarland, 2005, pág. 47).

6. Siegfried Sassoon, citado en Max Egremont, *Siegfried Sassoon: A Life* (Londres, Macmillan, 2005), pág. 144.

7. Reginald Pound, *The Lost Generation of 1914*, citado en Wohl, *Generation of 1914*, pág. 122.

8. Vera Brittain, *Testament of Youth* (Londres, Gollancz, 1933), pág. 475.

9. Rosa Mayreder, *Zur Kritik der Weiblichkeit* (Jena, E. Diederichs, 1905), pág. 118.

10. El Dominio de Terranova no pasó oficialmente a formar parte de Canadá hasta 1949.

11. John Milne, *Footprints of the 1/4 Leicestershire Regiment* (Londres, Naval and Military Press, 2009), pág. 58.

12. Fernand Léger, *Fernand Léger: une correspondance de guerre à Louis Poughon* (París, Bibliothèque publique d'information du Centre Pompidou, 1997), pág. 72; trad. inglesa del autor, con un agradecimiento especial a Gordon Hughes.

13. Elmer Ernest Southard, *Shell-Shock and Other Neuropsychiatric Problems, Presented in Five Hundred and Eighty-Nine Case Histories* (Boston, Leonard, 1919).

14. F. W. Mott, «Lettsomian Lecture on the Effects of High Explosives upon the Central Nervous System» (3.ª parte), *Lancet*, 11 de marzo de 1916, pág. 553.

15. Marcel Arland, 1926, citado en Wohl, *Generation of 1914*, pág. 26.

16. Jean Prévost, «Dix-huitième année», citado y traducido en Wohl, *Generation of 1914*, pág. 32.

17. Wohl, *Generation of 1914*, pág. 31.

1919: EL GOLPE DE ESTADO DE UN POETA

1. Gabriele d'Annunzio, citado en Philippe Jullian, *D'Annunzio* (Londres, Pall Mall Press, 1972), pág. 285.
2. D'Annunzio, citado en Jullian, *D'Annunzio,* pág. 257.
3. Osbert Sitwell, *Noble Essences*, citado en Jullian, *D'Annunzio*, pág. 287.
4. Lucy Hughes-Hallett, *The Pike: Gabriele d'Annunzio, Poet, Seducer and Preacher of War* (Londres, Fourth Estate, 2013); posiciones Kindle 7203-7205.
5. Oswald Spengler, *The Decline of the West,* vol. 1: *Form and Actuality*, trad. inglesa de Charles Francis (Nueva York, Atkinson, 1926), pág. 105 [trad. esp.: *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa, 1989; traducción de Manuel García Morente].
6. Ibídem, pág. 377.
7. Ibídem, pág. 137.
8. Ibídem, pág. 460.
9. Ibídem, págs. 464, 463.
10. Ibídem, pág. 464.
11. Cameron McWhirter, *Red Summer: The Summer of 1919 and the Awakening of Black America* (Nueva York, Macmillan, 2011), pág. 56.
12. Ibídem.
13. De *Negroes in America*, citado en Wayne F. Cooper, *Claude McKay: Rebel Sojourner in the Harlem Renaissance, a Biography* (Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1987), pág. 187. McKay lo afirmó enérgicamente en una alocución en el Cuarto Congreso de la Tercera Internacional (Moscú, 1922).
14. Claude McKay, «If We Must Die», 1919, en *Harlem Shadows: The Poems of Claude McKay* (Nueva York, Harcourt Brace, 1922), pág. 22.
15. Lothrop Stoddard, *The Rising Tide of Color Against White World Supremacy* (Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1921), pág. 5.
16. Ibídem, pág. 179.
17. Ibídem, pág. 90.
18. Ibídem, pág. 23.
19. Ibídem, pág. 123.
20. Ibídem, pág. 253.
21. Francis Ludwig Carsten, *The Rise of Fascism* (Berkeley, University of California Press, 1982), pág. 62.

1. Citado en William Vance Trollinger, *God's Empire: William Bell Riley and Midwestern Fundamentalism* (Madison, University of Wisconsin Press, 1990), pág. 179.
2. Citado en Daniel Okrent, *Last Call: The Rise and Fall of Prohibition* (Nueva York, Scribner, 2010), pág. 44.
3. R. Hutton, *Anti Saloon League Yearbook,* 1918.
4. Citado en Okrent, *Last Call*, pág. 208.
5. Andrew Sinclair, *Prohibition, the Era of Excess* (Boston, Little, Brown, 1963), pág. 220.
6. Ibídem, pág. 226.
7. Ibídem.
8. Roy F. Allen, *Literary Life in German Expressionism and the Berlin Circles* (Ann Arbor, MI, UMI Research Press, 1983), págs. 216-217.
9. John F. Carter, «These Wild Young People», *Atlantic Monthly*, septiembre de 1920, págs. 301-304.
10. Sinclair, *Prohibition*, pág. 181.
11. Denis Brogan, *American Themes* (Londres, Hamish Hamilton, 1948), pág. 192.
12. F. Scott Fitzgerald, *This Side of Paradise* (Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1920), pág. 282 [trad. esp.: *A este lado del paraíso*, Madrid, Alianza, 1997; traducción de Juan Benet].
13. Citado en John P. O'Neill y Sabine Rewald, *Twentieth Century Modern Masters: The Jacques and Natasha Gelman Collection* (Nueva York, Metropolitan Museum of Art, 1990), pág. 4.
14. Ernest Hemingway, *A Moveable Feast* (Nueva York, Scribner Classics, 1996), pág. 29 [trad. esp.: *París era una fiesta*, Barcelona, Seix Barral, 1981; traducción de Gabriel Ferrater].
15. Citado en William A. Shack, *Harlem in Montmartre* (Berkeley, University of California Press, 2001), pág. 33.
16. Liverpool Watch Committee Minute Book, 17 de junio de 1919, n.º 56, págs. 251-262, 352 1/56, Liverpool Record Office, Central Library.
17. George Grosz, *George Grosz, an Autobiography*, trad. inglesa de Nora Hodges (Nueva York, Macmillan, 1983), pág. 149.
18. Ibídem, pág. 119.
19. Ibídem, pág. 113.
20. Ibídem.
21. Ibídem, pág. 119.
22. Ibídem, págs. 149-150.

1. Citado en Paul Avrich, *Kronstadt 1921* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 1970), pág. 156.
2. *The New York Times*, 31 de marzo de 1921.
3. Citado en Avrich, *Kronstadt 1921*, págs. 77-78.

1. Langston Hughes, «The Negro Speaks of Rivers», en *Collected Poems of Langston Hughes*.
2. Carl Van Vechten, *Nigger Heaven* (Nueva York, Knopf, 1926), pág. 77.
3. Manning Marable, *W. E. B. Du Bois, Black Radical Democrat* (Boston, Twayne, 1986), pág. 121.
4. Du Bois siguió dirigiendo *The Crisis* hasta que dimitió en 1934.
5. Citado en Marable, *W. E. B. Du Bois*, pág. 122.
6. Charles S. Johnson, citado en Kevin Hillstrom, *Defining Moments: The Harlem Renaissance* (n.p.: KWS, 2011), pág. 38.
7. David Levering Lewis, citado en Hillstrom, *Defining Moments,* pág. 51.
8. Zora Neale Hurston, «How It Feels to Be Colored Me», en Joyce Carol Oates y Robert Atwan (eds.), *The Best American Essays of the Twentieth Century* (Nueva York, Houghton Mifflin, 2000), pág. 405.
9. Ibídem.
10. Langston Hughes, citado en Hillstrom, *Defining Moments*, pág. 182.
11. Aaron Douglas, citado en Hillstrom, *Defining Moments*, pág. 99. Marcus Garvey, nacido en Jamaica, se instaló en Harlem en 1917. Abrazaba la idea del separatismo racial, y convirtió su Universal Negro Improvement Association en el movimiento «Back to Africa». En 1923, condenado por fraude postal, ingresó en prisión. Aunque siguió gozando del apoyo de un gran número de partidarios, su papel en el Renacimiento de Harlem propiamente dicho fue menor.
12. Van Vechten, *Nigger Heaven*, pág. 119.
13. Ibídem, pág. 148.
14. Citado en Hillstrom, *Defining Moments*, pág. 46.
15. Alain Locke, «Enter the New Negro», *Survey Graphic*, marzo de 1925.
16. Hugh Wiley Hitchcock, *Music in the United States: A Historical Introduction* (Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall, 1974), pág. 207.
17. Van Vechten, *Nigger Heaven*, pág. 212.
18. Ibídem, pág. 281.
19. Langston Hughes, *The Big Sea* (Londres, Macmillan, 1922), pág. 221.
20. Citado en Wayne F. Cooper, *Claude McKay: Rebel Sojourner in the Harlem Renaissance, a Biography* (Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1987), pág. 109.
21. Ibídem, pág. 110.
22. Claude McKay, *A Long Way from Home* (Nueva York, Lee Furman, 1937), pág. 55.
23. Hitchcock, *Music in the United States*, pág. 202.
24. Langston Hughes, citado en Hillstrom, *Defining Moments*, pág. 196.
25. Harry Kessler, *The Diaries of a Cosmopolitan: Count Harry Kessler, 1918-1937*, trad. inglesa de Charles Kessler (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1971), entrada del 13 de febrero de 1926.
26. Willa Cather, *Not Under Forty* (Nueva York, Knopf, 1936), nota preliminar [trad. esp.: *Para mayores de cuarenta*, Barcelona, Alba, 2002; traducción de Alejandro Palomas].
27. F. Scott Fitzgerald, citado en Noel Riley Fitch*, Sylvia Beach and the Lost Generation: A History of Literary Paris in the Twenties and Thirties* (Nueva York, Norton, 1983), pág. 183.

1. Shapley a Hale, citado en Marcia Bartusiak, *The Day We Found the Universe* (Nueva York, Pantheon, 2009), pág. 129.
2. Hubble a Shapley, en Bartusiak, *The Day We Found the Universe*, pág. 202.
3. Citado en Gary Haitel, *The Origins of the Grand Finale* (Bloomington, Indiana University Press, 2014), pág. 11.
4. Werner Heisenberg, «Kausalgesetz und Quantenmechanik» (1931), citado en Cathryn Carson, *Heisenberg in the Atomic Age* (Cambridge, Cambridge University Press, 2011), pág. 45.
5. Citado en Jeremy Bernstein, *Secrets of the Old One: Einstein, 1905* (Nueva York, Copernicus, 2006), pág. 171.
6. Philipp Lenard, *Deutsche Physik, 1. Teil* (Berlín, Vorwort, 1938), pág. 38.
7. Oswald Spengler, *Decline of the West*, trad. inglesa de Charles Francis Atkinson (Londres, Allen & Unwin, 1926), pág. 92. (El autor ha modificado la traducción de C. F. Atkinson.)
8. Ibídem, pág. 15.
9. Ibídem, pág. 103.
10. A. Vierkandt, *Die sozialpaedagogische Forderung der Gegenwart* (Berlín, 1920), pág. 20.
11. Werner Heisenberg, «Die Beziehungen zwischen Physik und Chemie» (1953), en Carson, *Heisenberg in the Atomic Age*, pág. 3.
12. G. Doetsch, «Der Sinn der angewandten Mathematik», *Jahresbericht der Deutschen Mathematiker-Vereinigung*, 31 (1922), págs. 231-232; citado en Paul Forman, «Weimar Culture, Causality, and Quantum Theory: Adaptation by German Physicists and Mathematicians to a Hostile Environment», *Historical Studies in the Physical Sciences*, 3 (1971), págs. 1-115 [véase *Cultura en Weimar: causalidad y teoría cuántica* 1918-1927, Madrid, Alianza, 1984; traducción de José Sánchez Ron].
13. Erwin Schrödinger, «Ist die Naturwissenschaft milieubedingt?» (1932), págs. 27-28, citado en Forman, «Weimar Culture, Causality, and Quantum Theory».
14. R. J. Overy, *The Morbid Age: Britain Between the Wars* (Londres, Allen Lane, 2009), pág. 47.
15. R. B. Haldane, *The Reign of Relativity* (Londres, J. Murray, 1921), pág. 5.
16. Ibídem, pág. 129.
17. J. B. S. Haldane, *Daedalus or Science and the Future* (Londres, Dutton, 1925), pág. 3 [véase: *Dédalo e Ícaro: el futuro de la ciencia*, Oviedo, KRK, 2005; traducción de Juan Á. Canal y M.ª Teresa Rodríguez].
18. Ibídem.
19. Ibídem.

1. Hugo Ball, «Dada Manifesto», leído en la primera velada dadaísta, Zúrich, 14 de julio de 1916, en Hugo Ball (ed.), *Flight out of Time* (Berkeley, University of California Press, 1996), pág. 219 [trad. esp.: *La huida del tiempo (un diario): con el primer manifiesto dadaísta*, Barcelona, El Acantilado, 2005; traducción de Roberto Bravo de la Varga].
2. Hans Arp, *On my Way: Poetry and Essays 1912-1947* (Nueva York, Wittenborn Schulz, 1948), pág. 48.
3. Tristan Tzara, «Dada Manifesto 1918», citado en Mark Polizzotti, *Revolution of the Mind: The Life of André Breton* (Nueva York, Farrar, Straus, and Giroux, 1995), pág. 90 [véase: *Los siete manifiestos Dadá*, Barcelona, Tusquets, 1987; traducción de Huberto Haltter].
4. Vaché, citado en Polizzotti, *Revolution of the Mind*, pág. 42.
5. André Breton, *Entretiens* (París, Gallimard, 1952), pág. 56.
6. Breton, citado en Polizzotti, *Revolution of the Mind*, pág. 105.
7. André Breton y Philippe Soupault, «Les Champs Magnétiques Partie III Eclipses», *Littérature*, 10 (diciembre de 1919), pág. 16, trad. inglesa del autor [trad. esp.: *Los campos magnéticos*, Barcelona, Tusquets, 1982; traducción de Francesc Parcerisas].
8. Everling, citado en Polizzotti, *Revolution of the Mind*, pág. 122.
9. Polizzotti, *Revolution of the Mind*, pág. 123.
10. Ibídem, pág. 124.
11. Ibídem, pág. 171.
12. Ibídem, pág. 175.
13. Ibídem, pág. 179.
14. Citado en Patrick Waldberg, *Surrealism* (Nueva York, McGrawHill, 1971), págs. 66-75.
15. Polizzotti, *Revolution of the Mind*, pág. 247.
16. Ibídem, pág. 253.
17. Otto Dix, «War Diary» (inédito), Städtische Kunstsammlungen Galerie Albstadt, Alemania.
18. Teresa A. Carbone, *Youth and Beauty: Art of the American Twenties* (Nueva York, Skira Rizzoli, 2011), pág. 96.
19. Ibídem, pág. 122.
20. Ibídem, pág. 113.
21. Ibídem, pág. 114.
22. Ibídem, pág. 182.

1. Citado en L. Sprague De Camp, *The Great Monkey Trial* (Garden City, NY, Doubleday, 1968), pág. 91.
2. Citado en Edward Larson, *Summer of the Gods: The Scopes Trial and America's Continuing Debate over Science and Religion* (Nueva York, Basic Books, 1997), pág. 35. Nuestra versión del primer juicio se atiene al excelente libro de Larson.
3. Ibídem, pág. 45.
4. Ibídem, pág. 32.
5. Ibídem.
6. Ibídem, pág. 72.
7. Ibídem, pág. 93.
8. Ibídem, pág. 162.
9. H. L. Mencken, *Heathen Days, 1890-1936* (Nueva York, Knopf, 1943), págs. 224-225.
10. Ibídem, pág. 177.
11. Ibídem, pág. 222.
12. Ibídem, pág. 182.
13. *Scopes v. State*, 154 Tenn. 105, 1927.
14. Just Sicard de Plauzoles, «L'avenir et la préservation de la race: l'eugénique», en *Prophylaxie antivénerienne* (1932), págs. 201-203, citado en William Schneider, «Toward the Improvement of the Human Race: The History of Eugenics in France», *Journal of Modern History*, 54, n.º 2 (junio de 1982), págs. 268-291.
15. Citado en Susan Currell y Christina Codgell (eds.), *Popular Eugenics: National Efficiency and American Mass Culture in the 1930s* (Athens, Ohio University Press, 2006), págs. 196-197.
16. «Closing Argument, the State of Illinois v. Nathan Leopold & Richard Loeb, Delivered by Clarence Darrow, Chicago, Illinois, August 22, 1924», University of Missouri-Kansas City School of Law, «Famous American Trials: Illinois v. Nathan Leopold and Richard Loeb», http://law2.umkc.edu/faculty/projects/ftrials/leoploeb/darrowclosing.html.
17. Oscar Levy, citado en Dan Stone, *Breeding Superman: Nietzsche, Race and Eugenics in Edwardian and Interwar Britain* (Liverpool, Liverpool University Press, 2002), pág. 13.
18. Ibídem, pág. 20.
19. Ibídem, pág. 22.
20. Ibídem, pág. 25.
21. Ibídem, pág. 27.

1. H. G. Wells, «Mr. Wells Reviews a Current Film: He Takes Issue with This German Conception of What the City of One Hundred Years Hence Will Be Like», *New York Times*, 17 de abril de 1927. Reimpreso con el título «The Silliest Film: Will Machinery Make Robots of Men?», en *Authors on Film*, Harry Geduld (ed.) (Bloomington, Indiana University Press, 1972), págs. 59-67.
2. *San Antonio Light*, 1 de julio de 1928.
3. Blaise Cendrars, «I've Killed», trad. inglesa de Bertrand Mathieu, *Chicago Review*, 25, n.º 3 (1973), págs. 32-36.
4. Lenin, citado en Richard Stites, *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution* (Nueva York, Oxford University Press, 1989), pág. 147.
5. Henry Ford, «The Meaning of Time», citado en Stites, *Revolutionary Dreams*, pág. 148.
6. Alekséi Gástev, citado en Stites, *Revolutionary Dreams*.
7. Stites, *Revolutionary Dreams*, pág. 202.

1. Anton Kuh, «Wien am Gebirge», *Die Stunde,* 1, 101 (4 de julio de 1923), pág. 3; traducción del autor.
2. Charles Maurras, citado en Louis Bodin y Jean Touchard, *Front populaire 1936* (París, Armand Colin, 1961), págs. 33-34.
3. Charles Maurras, *L'Action Française*, 15 de mayo de 1936.
4. Citado en Wolfgang Huber, «Die Gegenreformation 1933/34», *Neuhäuser*, 2004, pág. 47.

1. Zelda Fitzgerald, «Eulogy on the Flapper», *Metropolitan Magazine*, junio de 1922, pág. 78.
2. J. B. Watson, *Behaviorism*, ed. revisada (Chicago, University of Chicago Press, 1930), pág. 82.
3. Citado en Clive Bloom, *Bestsellers: Popular Fiction Since 1900* (Houndmills, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2002), págs. 175-176.
4. Citado en Joshua Zeitz, *Flapper: A Madcap Story of Sex, Style and Celebrity and the Women who Made America Modern* (Nueva York, Random House, 2007), pág. 211.
5. Harry Kessler, *Diaries of a Cosmopolitan* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2012), págs. 284-285.
6. Virginia Woolf, *Collected Essays* (Londres, Hogarth Press, 1966), 1, pág. 320.
7. Citado en Alison Maloney, *Bright Young Things: Real Lives in the Roaring Twenties* (Londres, Virgin, 2012), pág. 16.
8. «Neger», *Neues Wiener Tagblatt*, 9 de enero de 1927.
9. Harry Kessler, *Tagebücher 1918-1937* (Frankfurt am Main, Insel Verlag, 1961), entrada del 26 de febrero de 1926, pág. 482. Citado según la traducción inglesa de Peter Jelavich, *Berlin Cabaret* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1993), pág. 171 [véase: Harry Kessler, *Diario (1893-1937)*, Barcelona, Libros de Vanguardia, 2016; traducción de Raúl Gabás].

1929: LA CIUDAD MAGNÉTICA

1. Citado en Stephen Kotkin, *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization* (Berkeley, University of California Press, 1997), pág. 29.
2. Ibídem.
3. Robert Shackleton, *The Book of Chicago* (Filadelfia, Penn Publishing, 1920), pág. 183.
4. Paul O'Hara, *Gary: The Most American of All American Cities* (Bloomington, Indiana University Press, 2011), pág. 6.
5. Citado en Kotkin, *Magnetic Mountain*, pág. 37.
6. Ibídem, pág. 46.
7. Ibídem, pág. 81.
8. Ibídem, pág. 49.
9. Ibídem, pág. 46.
10. John Scott, *Behind the Urals: An American Worker in Russia's City of Steel* (Boston, Houghton Mifflin), págs. 4-5.
11. Ibídem, pág. 16.
12. Arthur Koestler, *Arrow in the Blue: An Autobiography* (Nueva York, Macmillan, 1952), págs. 277-278 [trad. esp.: *Autobiografía I. Flecha en azul*, Barcelona, Debate, 2000; traducción de Juan Rodolfo Wilcock].
13. Stephen Spender, *World Within World, The Autobiography of Stephen Spender* (Londres, Hamish Hamilton, 1951), pág. 132 [trad. esp.: *Un mundo dentro del mundo*, Barcelona, El Aleph, 1993; traducción de Ana Poljak].
14. Citado en Ludmilla Stern, *Western Intellectuals and the Soviet Union, 1920-40: From Red Square to the Left Bank* (Nueva York, Routledge, 2007), pág. 11.
15. Theodore Dreiser, *Dreiser's Russian Diary*, Thomas P. Riggio y James L. W. West III (eds.) (Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1996), pág. 67.
16. Ibídem, pág. 140.
17. Citado en Stern, *Western Intellectuals and the Soviet Union*, pág. 105.
18. Ibídem.
19. Henri Barbusse, «Le Devoir socialiste», *L'Humanité*, 24 de octubre de 1920.
20. Winston Churchill, *Great Contemporaries* (Chicago, University of Chicago Press, 1973), pág. 55 [trad. esp.: *Grandes contemporáneos*, Barcelona, Orbis, 1983; traducción de Pedro Fraga de Porto].
21. Ibídem.
22. Scott, *Behind the Urals*, págs. 5-6.
23. Kotkin, *Magnetic Mountain*, pág. 182.
24. Ibídem, pág. 121.

1930: LILI ELBE Y «EL ÁNGEL AZUL»

1. Klaus Mann, «Erinnerungen an Anita Berber», *Die Bühne*, 1930, Heft 275, págs. 43-44.
2. W. H. Auden, citado en David Clay Large, *Berlin* (Nueva York, Basic Books, 2000), pág. 227.
3. John Lehmann, citado en Large, *Berlin*, pág. 227.
4. Auden, citado en Large, *Berlin*, pág. 228.
5. Christopher Isherwood, *Christopher and His Kind*, citado en Large, *Berlin*, pág. 229 [véase: *Christopher y su gente*, Barcelona, Versal, 1990; traducción de Jordi Mustielles].
6. Ibídem, pág. 230.
7. Carl von Ossietzky (Celsus), «Der Film gegen Heinrich Mann», *Weltbühne*, 26 de enero de 1930, págs. 665-666.
8. Large, *Berlin*, pág. 237.
9. Stephen Spender, *World Within World*, citado en Large, *Berlin*, pág. 252.

1. «Testament of Michael Schirru», en *«Man!» An Anthology of Anarchist Ideas, Essays, Poetry and Commentaries*, Marcus Graham (ed.) (Londres, Cienfuegos Press, 1974), pág. 515.
2. Ibídem.
3. Citado en Piers Brendon, *The Dark Valley: A Panorama of the 1930s* (Nueva York, Knopf, 2000), pág. 72.
4. Booker T. Washington, *The Man Farthest Down: A Record of Observation and Study in Europe* (Nueva York, Doubleday, 1912), pág. 212.
5. Ibídem.
6. Discurso de Ellison DuRant Smith, 9 de abril de 1924, *Congressional Record,* 68th Congress, 1st Session (Washington, DC, Government Printing Office, 1924), 65, págs. 5961-5962.
7. Claretta Petacci, *Mussolini Segreto. Diari 1932-1938*, Mauro Suttora (ed.) (Roma, Rizzoli, 2009), pág. 236.
8. Citas tomadas de Christopher Duggan, *Fascist Voices: An Intimate History of Mussolini's Italy* (Londres, Bodley Head, 2012), págs. 225-244.
9. P. Willson, *Peasant Women and Politics in Fascist Italy: The «Massaie Rurali»* (Londres, Routledge, 2002), págs. 155-156.
10. Arnaldo Mussolini, citado en Duggan, *Fascist Voices*, pág. 107.
11. Citado en Duggan, *Fascist Voices*, pág. 120.
12. Maria Teresa Rosetti, citado en Duggan, *Fascist Voices*, pág. 205.
13. Edward R. Tannenbaum, *Fascism in Italy: Society and Culture, 1922-1945* (Londres, Allen Lane, 1973), pág. 264 [trad. esp.: *La experiencia fascista: sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid, Alianza, 1975; traducción de Joaquín Bollo Muro].

1. Miron Dolot, *Execution by Hunger: The Hidden Holocaust* (Nueva York, W. W. Norton, 1985), pág. 1. Dolot es el seudónimo de Simon Starov, que sobrevivió a la colectivización forzada y a la hambruna posterior; más tarde fue profesor de ucraniano en California. Es imposible verificar los detalles de sus memorias –que, como él mismo reconoce, son subjetivas–, pero no hay motivos para dudar de lo que cuenta en ellas, un relato considerado fiable, que describe acontecimientos y circunstancias apoyados por otras pruebas históricas.
2. Ibídem, pág. 2.
3. Ibídem.
4. Ibídem, pág. 32.
5. Ibídem, pág. 56.
6. Ibídem, pág. 68.
7. Ibídem, pág. 92.
8. Ibídem, págs. 137-138.
9. Ibídem, pág. 138.
10. Ibídem, pág. 140.
11. Ibídem, pág. 150.
12. Ibídem, pág. 182.
13. Ibídem.
14. Arthur Koestler, citado en Richard Crossman (ed.), *The God That Failed* (Londres, Hamish Hamilton, 1950), pág. 52.
15. Nicolas Werth, Karel Bartošek, Jean-Louis Panné, Jean-Louis Margolin, Andrzej Paczkowski y Stéphane Courtois, *The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1999), págs. 159-160.
16. Walter Duranty, *The New York Times*, 31 de marzo de 1933.
17. Robert Conquest, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine* (Oxford, Oxford University Press, 1986), pág. 306.
18. Archivos del Servicio de Seguridad Federal, Moscú, 2/11/971/ 145-147.
19. A. Graziosi, «Lettres de Kharkiv: La famine en Ukraine et dans le Caucase du nord à travers les rapports des diplomates italiens, 1932-1934», *Cahiers du Monde Russe et Soviétique,* 30 (1989), págs. 5-106.
20. Dolot, *Execution by Hunger*, pág. 229.

1. Erich Kästner, *Bei Durchsicht meiner Bücher* (Stuttgart, Rowolt, 1946), prólogo.
2. Hans Karl Leistritz, *Erstes Rundschreiben*, 8 de abril de 1933, Akte der Deutsche Studentenschaft, Bundesarchiv Berlin.
3. Ibídem.
4. Citado en Helmuth Heyer, «10. Mai 1933 "Ehrentag der freien deutschen Literatur" –zur Bücher-Verbrennung in Bonn», *Bonner Geschichtsblätter*, 51-52 (2001-2002), págs. 285-328.
5. Citado en J. S. Medawar y David Pyke, *Hitler's Gift: The True Story of the Scientists Expelled by the Nazi Regime* (Nueva York, Arcade, 2001), pág. 26.
6. Citado en Marion Sonnenfeld, *The World of Yesterday's Humanist Today: Proceedings of the Stefan Zweig Symposium* (Albany, State University of New York Press, 1983), pág. 221; traducción del autor.
7. Martin Heidegger, «Die Selbstbehauptung der deutschen Universität», discurso pronunciado el 27 de mayo de 1933, citado en Victor Farías, *Heidegger und der Nationalsozialismus* (Frankfurt am Main, S. Fischer, 1989), págs. 155 y ss. [trad. esp.: *La autoafirmación de la universidad alemana, 1933-1934*, Madrid, Tecnos, 1989; traducción de Ramón Rodríguez García; *Heidegger y el nazismo*, Barcelona, El Aleph, 1989].
8. Martin Heidegger, «Die Universität im Neuen Reich, Vorlesung vom 30. Juni 1933», citado en Farías, *Heidegger und der Nationalsozialismus*, págs. 200 y ss.
9. Benedetto Croce, *Il Giornale d'Italia*, 9 de julio de 1924; traducción del autor.
10. *Il Mondo*, 1 de marzo de 1925.
11. Citado en John Gordon Garrard y Carol Garrard, *Inside the Soviet Writers' Union* (Londres, I. B. Tauris, 1990), pág. 1.
12. Ossip Mandelstam, «The Stalin Epigram»; traducción del autor.
13. Olga Ivinskaya, *A Captive of Time: My Years with Pasternak* (Garden City, NY, Doubleday, 1978), págs. 61-63.
14. Klaus Mann, «Notizen in Moskau», en *Die Sammlung* 2, 2 (1934-1935), págs. 72-83; traducción del autor.
15. Willi Bredel, «Rede auf dem Moskauer Allunionskongres», *Neue Deutsche Blätter*, 12 (1934), pág. 724.

1934: GRACIAS, JEEVES

1. John Boynton Priestley, *English Journey: Being a Rambling but Truthful Account of What One Man Saw and Heard and Felt and Thought During a Journey Through England During the Autumn of the Year 1933* (Londres, Harper & Brothers, 1934), pág. 20.
2. Ibídem, pág. 28.
3. Ibídem, pág. 67.
4. Ibídem, pág. 103.
5. Ibídem, pág. 197.
6. Ibídem, pág. 218.
7. Ibídem, págs. 224-229.
8. Ibídem, pág. 242.
9. Ibídem, pág. 259.
10. Ibídem, pág. 272.
11. Max Cohen, *I Was One of the Unemployed* (Londres, Gollancz, 1945), págs. 11-12.
12. Citado en Juliet Gardiner, *The Thirties* (Nueva York, HarperPress, 2010), pág. 168.
13. Citado en Piers Brendon*, Dark Valley: A Panorama of the 1930s* (Nueva York, Knopf, 2000), pág. 169.
14. Citado en *Times*, 23 de mayo de 2006, Suplemento jurídico, pág. 7.
15. John Strachey, *The Coming Struggle for Power* (Londres, Gollancz, 1932), pág. 245.
16. Martin Stannard, *Evelyn Waugh* (Londres, Dent, 1986), 1, pág. 348.
17. Beatrice Webb, *The Diary of Beatrice Webb*, Norman y Jeanne MacKenzie (eds.) (Cambridge, MA, Belknap Press, 2009), pág. 232.
18. P. G. Wodehouse, *Thank You, Jeeves* (Londres, H. Jenkins, 1934), pág. 62 [trad. esp.: ¡*Gracias, Jeeves*!, Barcelona, Anagrama, 2010; traducción de Esteban Riambau Saurí].
19. Priestley, *English Journey*, pág. 323.

1. Margaret Bourke-White, citado en Donald Worster, *Dust Bowl: The Southern Plains in the 1930s* (Nueva York, Oxford University Press, 2004), pág. 23.
2. *Kansas City Star*, 7 de junio de 1936.
3. Citado en Worster, *Dust Bowl*, pág. 23.
4. Ibídem, pág. 31.
5. Archibald MacLeish, *Land of the Free* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1938), pág. 49 [en catalán véase: *Poemes d'Archibald MacLeish*, Barcelona, Edicions 62, 1981; traducción de Marià Manent].
6. Herbert Hoover, *The Memoirs of Herbert Hoover: The Great Depression, 1929-1941* (Nueva York, Macmillan, 1952), pág. 30.
7. Citado en James N. Gregory, *American Exodus: The Dust Bowl Migration and Okie Culture in California* (Nueva York, Oxford University Press, 1991), pág. 19.
8. Citado en ibídem, págs. 100-101.
9. Citado en ibídem, pág. 101.
10. Citado en ibídem, pág. 107.
11. John Steinbeck, *The Grapes of Wrath* (Nueva York, Viking, 1939), cap. 18 [trad. esp.: *Las uvas de la ira*, Madrid, Cátedra, 1989; traducción de María Coy Girón].
12. Ibídem, pág. 149.
13. Peter Monro Jack, *New York Times*, 16 de abril de 1939.
14. Joseph Roth, *Briefe 1911-1939* (Colonia, Kiepenhauer & Witsch, 1970), pág. 249 [trad. esp.: *Cartas 1911-1939*, Barcelona, Acantilado, 2009; traducción de Eduardo Gil Bera].
15. Citado en Roger Daniels, *Coming to America: A History of Immigration and Ethnicity in American Life* (Nueva York, HarperCollins, 1990), pág. 299.
16. Comunicado al autor en una conversación con Herbert Freudenheim.
17. M. E. Yapp, *The Making of the Modern Near East 1792-1923* (Harlow, Reino Unido, Longman, 1987), pág. 290.

1. Heinrich Mann, discurso pronunciado en la Conferencia para la Defensa de la Idea Olímpica, París, 6-7 de junio de 1936; traducción del autor.

2. Victor Klemperer, citado en Guy Walters, *Berlin Games: How the Nazis Stole the Olympic Dream* (Nueva York, HarperCollins, 2009), pág. 240.

3. Citado en Walters, *Berlin Games*, pág. 1.

4. Jean-Jacques Rousseau, *Le contrat social*, en *Œuvres complètes*, Bernard Gagnebin y Marcel Raymond (eds.) (París, La Pléiade, 1964), págs. 3, 381-382 [trad. esp.: *El contrato social*, Madrid, Alianza, 1982; traducción de Mauro Armiño].

5. Evgeny Zamyatin, *We*, trad. inglesa de Clarence Brown (Nueva York, Penguin, 1993), pág. 81 [trad. esp.: *Nosotros*, Madrid, Cátedra, 2011; traducción de Alfredo Hermosillo López].

6. Virginia Woolf, *The Diary of Virginia Woolf*, vol. 1, 1915-1919 (Londres, Penguin, 1979), pág. 13 [trad. esp.: *Diario íntimo I: 1915-1923*, Barcelona, Random House Mondadori, 1993; traducción de Justo Navarro].

7. William Butler Yeats, citado en Donald J. Childs, *Modernism and Eugenics: Woolf, Eliot, Yeats, and the Culture of Degeneration* (Cambridge, Cambridge University Press, 2001), pág. 17.

8. George F. Kennan, *Memoirs, 1925-1950* (Boston, Little, Brown, 1967), pág. 77.

1. Citado en Antony Beevor, *The Battle for Spain* (Londres, Penguin, 2006), pág. 294.
2. George Orwell, *Homage to Catalonia* (Londres, Secker and Warburg, 1938), pág. 171 [trad. esp.: *Homenaje a Cataluña*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1996; traducción de Carlos Pujol].
3. Piers Brendon, *The Dark Valley: A Panorama of the 1930s* (Nueva York, Knopf, 2000), pág. 308.
4. Ibídem.
5. Ibídem, pág. 317.
6. Citado en Beevor, *The Battle for Spain*, pág. 94.
7. Ibídem, pág. 103.
8. Los relatos y el número de bajas, según Beevor, *The Battle for Spain*, págs. 94 y ss.
9. Beevor, *The Battle for Spain*, pág. 101.
10. Citado en Paul Preston, *The Spanish Civil War: Reaction, Revolution and Revenge* (Nueva York, W. W. Norton, 2007), pág. 121 [trad. esp.: *La Guerra Civil española: reacción, revolución y venganza*, Barcelona, Debolsillo, 2003; traducción de Francisco Rodríguez de Lecea].
11. Piers Brendon, *The Dark Valley*, pág. 320.
12. Citado en Beevor, *The Battle for Spain*, pág. 147.
13. Ibídem, pág. 140.
14. Geoffrey Cox, citado en Preston, *The Spanish Civil War*, págs. 175-176.
15. Orwell, *Homage to Catalonia*, pág. 155.
16. Citado en Karl Schlögel, *Terror und Traum* (Múnich, Hanser, 2008), pág. 151; traducción del autor [trad. esp.: *Terror y utopía,* Barcelona, El Acantilado, 2014; traducción de José Aníbal Campos].
17. Aleksandr I. Solzhenitsyn, *The Gulag Archipelago* (Nueva York, Harper & Row, 1973), 1, pág. 378 [trad. esp.: *Archipiélago Gulag: ensayo de investigación literaria 1918-1956*, Barcelona, Tusquets, 3 vols.; traducción de Josep Maria Güell i Socias].
18. Citado en Karl Schlögel, *Terror und Traum*.

1938: EPÍLOGO: «ABIDE WITH ME»

1. Hans Fantel, «Poignance Measured in Digits», *The New York Times*, 16 de julio de 1989.
2. Bruno Walter, *Theme and Variations: An Autobiography* (Nueva York, Alfred A. Knopf, 1947), págs. 323-324.

* Salvo mención expresa a pie de página, las citas se han traducido a propósito para la presente edición. Este fragmento forma parte de la conferencia que Hugo Ball pronunció el 7 de abril de 1917 en la Galería Dada de Zúrich. *(N. del T.)*

* Cita tomada de la traducción de Salustiano Masó; Madrid, Alfaguara, 2004. *(N. del T.)*

* Agradecemos a Amelia Pérez de Villar la traducción de esta cita a partir del original italiano. *(N. del T.)*

* Esta y las demás citas de *La decadencia de Occidente* están tomadas de la traducción de Manuel G. Morente; Madrid, Espasa-Calpe, 1966. *(N. del T.)*

* Gracias a José Luis López Muñoz por esta versión actualizada de su traducción de *El gran Gatsby*; Barcelona, Alfaguara, 2002. *(N. del T.)*

* Cita tomada de la traducción de Juan Benet; Madrid, Alianza, 1984. *(N. del T.)*

* Cita tomada de la traducción de Gabriel Ferrater; Barcelona, Seix Barral, 1981. *(N. del T.)*

* Cita tomada de la traducción de Olvido García Valdés y Monika Zgustova; Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2000. *(N. del T.)*

* Cita tomada de la traducción de Alejandro Palomas; Barcelona, Alba, 2002. *(N. del T.)*

* Publicado en español, junto con la respuesta de Bertrand Russell a Haldane, con el título *Dédalo e Ícaro: el futuro de la ciencia. (N. del T.)*

* Agradecemos a Gabriel Hormaechea la traducción de estos versos a partir del original francés, así como los del siguiente poema de André Breton («Lâchez tout») y los fragmentos de «J'ai tué», de Blaise Cendrars. *(N. del T.)*

* Cita tomada de *La huida del tiempo (un diario). Con el primer manifiesto dadaísta*, Barcelona, El Acantilado, 2005; traducción de Roberto Bravo de la Varga. *(N. del T.)*

* Revista satírica publicada como suplemento de la publicación *El Obrero de Magnitogorsk*. La cita procede de un breve volumen publicado por la editorial estatal OGIZ en Moscú y Sverdlovsk (actual Yekaterimburgo). Queremos agradecer a Marta Sánchez-Nieves sus aclaraciones y comentarios. *(N. del T.)*

[*] Agradecemos a Olga Korobenko los comentarios y aclaraciones relativos a este capítulo. *(N. del T.)*

* Acrónimo de *torgovlia s inostrantsami* (en ruso, «comercio con extranjeros»), las tiendas soviéticas en las que sólo se podía pagar con divisas, oro o plata. *(N. del T.)*

* Traducción de Lydia Kúper; en *Contra toda esperanza*, de Nadiezhda Mandelstam, Barcelona, Acantilado, 2012. *(N. del T.)*

* Esta y las demás citas de *¡Gracias, Jeeves*!, en *Ómnibus Jeeves*, tomo I, Barcelona, Anagrama, 2010; traducción de Esteban Riambau Saurí. *(N. del T.)* bles tías, su tío Lord Elmsworth y su compinche Gussie Fink-Nottle, decidió irse a vivir a Francia para escapar de la doble imposición vigente en Gran Bretaña, su país natal, y en los Estados Unidos, su principal lugar de residencia durante su vida adulta.

* Esta y la siguiente cita de *Las uvas de la ira* están tomadas de la traducción de María Coy Girón; Madrid, Cátedra, 2002. *(N. del T.)*

* Cita tomada de la traducción de Mauro Armiño; *El contrato social*, vol. II, cap. VII, Madrid, Alianza, 1982. *(N. del T.)*

* Cita tomada de la traducción de Josep Maria Güell i Socias y Enrique Fernández Vernet; Barcelona, Tusquets, 1998. *(N. del T.)*

* Barcelona, Anagrama, 2012. *(N. del T.)* también supo convertirse en una racionalidad fría que, en su búsqueda del progreso o, incluso, por su aspiración a realizar una utopía, no vaciló a la hora de acabar con millones de vidas humanas.